

Maite Carranza

Sin invierno

*En un mundo sin estaciones, un hombre
se compromete con el tiempo que le ha tocado vivir.*



Lectulandia

Las predicciones más catastrofistas sobre el deterioro del medio ambiente se han cumplido: el aumento global de las temperaturas y la contaminación atmosférica han generalizado la sequía, las inundaciones y la miseria, acentuando aún más el desequilibrio entre los países del norte y del sur.

Mario ya no puede contemplar con indiferencia la lenta agonía de los árboles de su ciudad. Todo le recuerda a Ana. Vive obsesionado con esa mujer que trastornó su vida, involucrándolo en un trágico episodio que conmocionó al hospital donde ambos trabajaban, y que luego desapareció misteriosamente de su lado.

Mario intenta olvidarla, pero una llamada telefónica, proponiéndole una cita en una remota ciudad mauritana, será suficiente para que abandone su rutina y se lance a un viaje incierto en pos del amor y la verdad. En esa búsqueda plagada de contratiempos encontrará respuestas a preguntas que nunca hasta entonces se había formulado y que le abrirán los ojos al mundo que le rodea.

Una trepidante novela de amor que especula sobre las contradicciones de un mundo abocado al desarrollo a cualquier precio. Engaño, traición y desesperanza, en una fábula futurista sobre el fraude farmacéutico, el tráfico ilegal de residuos tóxicos y la lucha secreta de una organización ecologista.

Lectulandia

Maite Carranza

Sin invierno

ePub r1.0

Titivillus 08.02.15

Título original: *Sin invierno*

Maite Carranza, 1999

Ilustración de cubierta: «Les princes de l'automne» de René Magritte

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Marce, que inspiró y alentó esta novela y me ayudó a escribirla.

Amor, de vós io en sent més que no en sé
de que la part pijor me'n romandrà;
e de vós sap lo qui sens vés està.
A joc de daus vos acompararé.

AUSIÀS MARCH

EL BESO DE ANA

Los hombres ricos de las sociedades ricas son quienes gobiernan el mundo y compiten entre sí para lograr mayores cuotas de riqueza y poder, eliminando sin clemencia a quienes se interponen en su camino, ayudados por los ricos de las naciones pobres que obedecen sus órdenes. Los demás... sirven y sufren.

NOAM CHOMSKY

Había vuelto a soñar con ella. Ana era su sueño recurrente, su pesadilla, el fantasma que le visitaba inoportuno noche tras noche. Ana le tendía una mano a través de la ventisca de sus desvaríos y se escondía tras los copos de nieve que sepultaban sus noches disparatadas. Mario se revolvía en la cama, tiritando, y seguía sus huellas gritando su nombre, pidiéndole que le esperase. Ana le sonreía desde la distancia inalcanzable de los laberintos de los sueños y él, ansioso por besar sus labios, corría hacia ella a sabiendas de que se desvanecería. Se despertaba inquieto, sacudido por escalofríos, y era incapaz de discernir entre el deseo y la realidad. Entonces se levantaba, abría la ventana y dejaba que entrase el aire caliente, pegajoso, sin un asomo de vida. Se acodaba en la repisa y contemplaba la ciudad para convencerse de que el frío, la nieve y los inviernos de cielos límpidos se habían volatilizado de su latitud. Como Ana.

Barcelona, desdibujada bajo la neblina de dióxido de carbono y sumida en una eterna estación gris, le saludaba con el mismo amanecer triste de cada mañana para recordarle, con su monotonía exasperante, que todo era intrascendente, absurdo. Nada tenía sentido desde que Ana se fue.

La infancia de Mario, en las montañas cántabras, fueron guantes y bufandas de lana, tardes desapacibles junto a la estufa, lluvia contra los cristales, hielo en las carreteras, nieve en los tejados, frío en las manos azuladas, humo en las chimeneas y amaneceres de soles resplandecientes sobre lomas pintadas de blanco.

Los guantes y las bufandas cayeron en desuso cuando comenzó a hacerse evidente que algo ocurría y que poco a poco se estaba disolviendo el frío. Mario se resignó a prescindir de las estaciones, a aceptar su ausencia y a familiarizarse con el cambio climático del que hablaban los científicos. Aceptó que las aguas de los océanos engullesen litorales y atolones del Pacífico y que el efecto invernadero modificase paisajes y climas. Creyó que nada de eso le importaba hasta el día en que Ana le dejó. Inexplicablemente, a partir de ese momento comenzó a añorar el frío de su infancia y sus sueños se poblaron de copos de nieve.

Intentó olvidarla y se engañó telefoneando a Pierre, que se alegró de oírlo y estuvo encantado de volver a contar con él. Salieron juntos con la moto y Mario se excusó por no acudir a sus fiestas fingiendo que estaba cansado y jurándole que no, que no estaba colgado de Ana, porque Ana tan sólo fue un accidente, una casualidad que se cruzó en su camino y que se esfumó sin dejar rastro. Pierre y sus amigos se rieron de Mario, ignorantes de que Ana fue su invierno.

En un mundo sin contrastes en el que los días se fundían sin sobresaltos y contagiaban el tedio, en un tiempo sin matices y sin cambios, Ana había irrumpido en su vida como una tormenta de otoño barriendo las últimas hojas y trayendo consigo la luz fría del solsticio. Mario soñó compartir con ella la siguiente estación, pero Ana le escamoteó su primavera.

Aquella mañana de invierno, el termómetro alcanzaba los treinta grados. Mario se afeitó ante el espejo deslucido. Tenía las palmas de las manos sudorosas y, por descuido, se cortó el mentón sin apenas sentir dolor. La sangre brotó en abundancia y salpicó el lavabo. Se entusiasmó con el color rojo de su propia sangre y, en lugar de detener la hemorragia, acercó su cara al vidrio hasta empañarlo con su aliento, extasiándose ante la belleza de ese rojo intenso. No pudo remediarlo y, junto con su sangre, regresó la imagen de la sangre que empapaba el vestido azul de Ana la noche en que llamó a su casa.

Al marchar cerró la puerta con rabia en un intento por conjurar su debilidad. Pretendía exorcizar el dolor de Ana. Ana invierno, Ana sangre, Ana primavera truncada.

En el hospital atendió a diecinueve pacientes y asistió a un parto. No se entretuvo como otras veces en consultar su historial ni charló sobre sus problemas personales. Hizo oídos sordos a sus confesiones y se zambulló mecánicamente en la rutina de tectar y explorar. Diagnosticó sin una sonrisa, sin una palmada de aliento y, al finalizar la jornada, se lavó las manos y se dirigió torpemente a su apartamento. Pierre le había invitado esa noche a una fiesta y Mario había acabado por ceder a su insistencia. Mientras buscaba sus llaves en el bolsillo interior de la cazadora decidió que no iría. Los paseos en moto con Pierre y su amistad eran una farsa y también lo fueron sus fiestas mezquinas, los colocones con sus amigos y las caricias que prodigaba a sus amigas maquilladas que se esforzaban por aparecer zalameras y tristemente alegres, como la pobre alegría de ese cielo plomizo que se había adueñado de la ciudad. Todo era una farsa.

El apartamento apestaba a tabaco y a soledad. Se quitó la camisa sudada y abrió una lata de cerveza con la determinación de librarse de una vez por todas del recuerdo persistente de Ana y de esa adicción enfermiza que le mantenía atado a su memoria. Se había negado a la evidencia de que ella se había ido de su lado y se obstinaba en creer que regresaría. Se levantó decidido a atajar la melancolía. Limpiaría. Barrería los suelos que ella pisó, fregaría los pomos de las puertas que conservaban sus huellas, abriría las ventanas para que entrase la luz y asustase a su fantasma y para que el viento arrebatase su aroma y lo llevase lejos, muy lejos, disolviéndolo en el humo de los tubos de escape de los coches que contaminaban las calles de la ciudad.

Al regresar de la cocina percibió de reojo el parpadeo del contestador. Se quedó con la escoba en ristre y la mirada clavada en el pequeño aparato. Alguien había llamado y había dejado un mensaje. Había esperado ese parpadeo durante semanas. Cada vez que introducía la llave en la cerradura corría ansiosamente los pocos metros que le separaban del teléfono con la secreta esperanza de oír su voz. ¿Ana tal vez? No, ya no. Ana no había existido jamás. Sólo podía ser Pierre que le recordaba

la hora de su fiesta y le insistía machaconamente para que acudiese. No tenía ningunas ganas de escuchar a Pierre. Tomó la escoba y desplegó con energía una bolsa de basura. Más tarde, sin prisas, rebobinaría la cinta y escucharía el mensaje.

Mientras fregaba con encono la sangre coagulada que ensuciaba las baldosas del baño contempló su mentón en el espejo. Sólo quedaba una pequeña cicatriz rojiza. Vació una botella de lejía en la taza del inodoro y sonrió. Se encontraba muchísimo mejor, ya no sentía frío y había olvidado el color impoluto de la nieve.

Cogió un cigarrillo de la cajetilla que había sobre el televisor y lo encendió. Se arrellanó en su butaca preferida y, con un gesto premeditadamente suave, oprimió el mando del contestador automático. Mario se dijo a sí mismo que era un completo imbécil. ¿A quién pretendía engañar? Si hubiera estado realmente seguro de que la llamada era de Pierre no la hubiera dejado para el final.

«Número de mensajes recibidos, uno.»

La voz metálica del contestador le causó un ligero estremecimiento, un cosquilleo de impaciencia, como el que sentía al franquear una puerta desconocida. Había estado esperando una llamada durante días. Con una le bastaba. ¿Sería ésta? Hubo un silencio largo, un titubeo, y sintió cómo se le aceleraba el pulso y luego, al distinguir el timbre de su voz, se le desbocaba el corazón. Era la voz de Ana. La escuchó sin parpadear, inmóvil, incapaz de comprender ni una palabra. Al finalizar rebobinó frenéticamente la cinta y la escuchó de nuevo. Comprendió vagamente su significado, pero no atendió a lo que decía. Quería oírla, conservar su voz, volver a poseerla. Oprimió el mando hasta seis veces y comprendió que estaba a punto de enloquecer. Se levantó del sofá y, con las manos temblorosas, acertó a coger el frasco de tranxilium. No podía permitírsele, no podía volver a caer en esa ansiedad aniquiladora.

El tranquilizante surtió efecto. Poco a poco disminuyó la tensión y el tiempo fluyó con naturalidad. Tomó un bolígrafo y un papel y copió el mensaje de Ana. Lo releyó, degustando las palabras una a una. Comprendiéndolas por fin.

«Mario, lo siento, tuve que marcharme y no pude avisarte. Te espero el día 12 de marzo en Ouarz. Ya te explicaré. Un beso.»

Ana lo sentía, Ana hubiera deseado avisarlo pero no pudo, Ana lo esperaba, Ana se lo explicaría todo. Ana le enviaba un beso. El beso, eso era. Un beso de sangre y nieve, de primavera e invierno. ¿Bastaba un beso? ¿Lo dejaría todo por la promesa de un beso incierto? ¿Acudiría a la cita con Ana sin pasado ni presente?

Cerró los ojos e imaginó ese beso de primavera como las rosas que florecían en el jardín de los abuelos. Sin tan siquiera recoger las bolsas de basura tomó su cazadora y se lanzó a la calle. Disponía de catorce días con sus horas, sus minutos y sus segundos para hacer las maletas y viajar a Ouarz, el campo de refugiados mauritano cercado por el desierto. ¿Sería capaz de esperar tanto tiempo? Observaba las expresiones de los hombres y mujeres que se cruzaban en su camino. Ninguno de ellos sospechaba que una llamada telefónica había trastornado su vida. No sabían

que él, Mario, a sus treinta y cinco años, retaría al destino por un simple beso. Tampoco sabían que ese beso era el beso de Ana.

CAPÍTULO 1

Mario conoció a Ana un miércoles de julio, pero apenas reparó en ella. Tiempo después, pensando en ese día caluroso, recordaría que le presentaron una joven con brillos tornasolados en el cabello y que él no le dedicó ni una mirada. Para ser exactos, ni siquiera se molestó en averiguar su nombre.

Aquel miércoles, Mario salió de casa atolondrado, camino del hospital, y al pisar la calle se dio cuenta de que había olvidado su casco. Maldijo las ordenanzas municipales y tuvo que subir caminando de nuevo los ciento veinte escalones de la tercera planta de su apartamento porque, precisamente ese día, no funcionaba el ascensor. Había dormido mal y tenía resaca. La noche anterior se había bebido, mano a mano con Pierre, una botella de calvados. Los dos habían acabado en la calle brindando a la salud de las rubias sin teñir. A las tres de la madrugada, armados con una cámara de vídeo, se hicieron pasar por reporteros de televisión y filmaron y entrevistaron a media docena de rubias que estuvieron encantadas de posar para las cámaras y confesarles los secretos del color de su cabello. Llegaron a la conclusión de que todas eran teñidas. Se tomaron otra botella de bourbon y se las ingeniaron para acabar la juerga en casa de Pierre con dos de ellas, las más dispuestas a intimar.

Apenas había podido pegar ojo, un par de horas a lo sumo. A las nueve de la mañana había regresado a su apartamento, había tomado una ducha y un café y se había dirigido hacia la consulta.

El descuido del casco no era casual. Lo atribuyó a los zipizapes que le montaba la rubia Lena —el origen de todas sus inquietudes por las rubias— y al exceso de trabajo en la planta. Desde que Ernesto, su ayudante, consiguió una plaza en un hospital público, sus responsabilidades se habían multiplicado por tres. De eso ya hacía un par de meses y Darío, el director, aún no había contratado a nadie que lo sustituyera.

Creyó que el casco sería un incidente aislado, pero se equivocó. Le detuvieron en el control de emisión de gases a pocos metros del hospital. Frenó con prevención. Aún le duraban los efectos del alcohol y se sentía incapaz de superar una prueba de alcoholemia.

Bajó de la moto con recelo, pero la actitud de los policías parecía amistosa. Le ofrecieron unos cuestionarios y no se atrevió a preguntar el motivo. No recordaba haber cometido ninguna infracción y afortunadamente llevaba los papeles en regla.

Un joven policía husmeaba en su tubo de escape. Su compañero, el que dirigía la operación, era un hombre obeso que renqueaba de la pierna izquierda. Sacó un chicle de su bolsillo y le aclaró el misterio: se trataba de un control rutinario de emisión de gases contaminantes. Los noticiarios y la prensa llevaban semanas vanagloriándose de la nueva medida correctora. ¿Cómo no se había enterado? Mario respiró aliviado y anotó las cruces correspondientes en el cuestionario. Las preguntas eran poco originales y estaban mal redactadas.

—Vaya, vaya, no había oído hablar de los controles. Pues no será porque no lo hayan anunciado a bombo y platillo —musitó el policía gordo con retintín.

Mario pasaba temporadas en las que rehuía la prensa y las noticias. Estrictamente lo más indispensable, lo que oía comentar en el bar del hospital y las fiestas nocturnas de Pierre.

—Así pues, tampoco se ha enterado del sabotaje a la petroquímica.

—Algo he oído.

El municipal sudaba copiosamente, hizo una bola con su goma de mascar, la reventó con estrépito y le señaló un grafito en la fachada de un supermercado.
BENEDETTO LIBERTAD.

—Nuestro amigo Benedetto ha vuelto a hacer de las suyas.

Más que una frase era un mascullo. El hombre se retiró el cuello de la camisa con dos dedos gordezuelos para que se colase un asomo de aire entre la ropa y la piel.

—Asco de vida, moriremos todos ahogados de calor.

Mario se apresuró a rellenar el formulario. El municipal sudoroso le resultaba antipático, le molestaba su masticar indolente de chicle.

—¿Ginecólogo? O sea que es médico.

Una gota de sudor cayó sobre el papel y borró el apellido de Mario. Mario cambió de posición para que no leyese por encima de su hombro. El policía volvió a su tema predilecto.

—Una panda de gamberros es lo que son.

Mario entendió que se refería a las guerrillas McLoppainer. Benedetto, el responsable político de la organización, había sido recientemente detenido en Mauritania y se estaba negociando su extradición a Europa.

—Y que conste que a mí lo del cambio climático me tiene frito, fíjese el hartón de sudar que me pego cada día. Pero las petroquímicas dan trabajo y lo que hace falta en este país es trabajo.

Mario no le dio cancha, pero al cojo le traía sin cuidado, una vez tomaba carrerilla no había quien le hiciese callar.

—Se aburren, se lo digo yo que los jóvenes se aburren. Les da lo mismo una cosa que otra.

El funcionario más joven cumplía con su tarea con una lentitud exasperante. Medía concienzudamente en sus aparatos y anotaba los resultados en su libreta de papel milimetrado. Por fin se limpió las manos en un trapo grasiento y dio por

acabada la faena. Mario le devolvió en silencio el cuestionario y se despidió con un gesto ambiguo. Su tubo de escape funcionaba correctamente y los gases que emitía a la atmósfera eran mortíferos pero en pequeñísimas cantidades. La ley le amparaba. Calculó los cientos de miles de motos como la suya que circulaban a diario y sumó mentalmente las emisiones. Era un cálculo abrumador. No tuvo tiempo de entrar la segunda. El agente más joven le detuvo de nuevo.

—Perdone. ¿Sería tan amable de soplar aquí? Es para comprobar su nivel de alcohol en la sangre. Un trámite de rigor.

Mario se puso lívido, pero en cualquier caso no tenía alternativa. Le habían pescado.

A medida que soplabla, el joven fue ensombreciendo su mirada, hasta que le pidió correctamente que le acompañase a comisaría. Le sería retirado el carnet durante un tiempo prudencial.

Mario paró un taxi a la salida de la comisaría y anotó en su agenda el teléfono de su taller de reparaciones. Él ya no podría recoger su moto por culpa del cojo. Por lo visto, era un tipo con un olfato de lobo. En el coche celular, el joven le había hecho la confianza de que su compañero había olido a bourbon nada más levantar el brazo para detener la moto. En comisaría, Mario se había tomado otro café y había aceptado sin pestañear la multa y la sanción. Sabía que pronto olvidaría al municipal, su globo de chicle, su olfato de lobo y sus lamentos estúpidos. Olvidaba fácilmente, olvidaba el mundo entero si conseguía encontrar un buen culo que mereciese la pena. El de Lena fue una equivocación.

A causa del contratiempo, Mario comenzó su visita con dos horas de retraso. El consultorio estaba atestado, pero nadie se quejaba, quizás porque, a diferencia de la calle, la temperatura era soportable. Consultó los historiales que tenía sobre su mesa y agradeció la comodidad que le brindaba ese milagro del aire acondicionado. La primera paciente era Rosa Lago. Leyó atentamente el informe y revisó la analítica que habían bajado del laboratorio esa misma mañana. Cáncer de mama en estado avanzado. Tenía entre manos un asunto desagradable. Pidió a la enfermera que hiciese pasar a Rosa Lago y reparó en sus manos mientras sostenían el expediente 3015. Temblaban. Jamás le temblaban en el quirófano, bisturí en mano, pero no podía evitar que le desobedecieran ante una mesa convencional repleta de papeles con dictámenes tan desagradables como el que debía comunicar a Rosa Lago. Unas gotas le perlaban la frente. Era inapreciable, pero sentía la angustia que le atenazaba. Agradeció de nuevo el milagro del aire acondicionado.

El viejo hospital Luis Ventura, a pesar de su arquitectura obsoleta, disponía de aire acondicionado, y entre las muchas razones estúpidas que Mario esgrimía para no

dejarlo, ésa era la principal. Más allá de su amistad con Tomás y el tapizado de la silla de su despacho, no existían motivos sentimentales que lo vincularan al trabajo. Sí que había, en cambio, motivos que le aconsejaran un nuevo destino, y esos motivos se resumían en un nombre: Darío.

El Luis Ventura había sido fundado por un indiano del mismo nombre aquejado por las fiebres. El hospital había resistido a todo tipo de embates financieros y, tras un par de gestiones mediocres que pusieron seriamente en duda su continuidad, había pasado a manos de una sociedad anónima vinculada a Laboratorios Losón, que confió enteramente su dirección a Darío Cartes, un médico muy bien relacionado, que se había hecho rápidamente con el control del centro y había luchado enconadamente por su rentabilidad como si se tratase de una planta embotelladora. Para Darío, los pacientes del Luis Ventura carecían de entidad. Eran números de expediente.

Rosa Lago, con su rostro avejentado a pesar de sus treinta y nueve años, era del tipo de pacientes que Darío hubiera ignorado. Mario levantó la vista y la saludó con corrección, fingiendo indiferencia, como si su expediente acabase de aparecer trasapelado entre el montón. Midió de una ojeada el estado anímico de la mujer y detectó inquietud. Eso le devolvió la entereza. Rosa olía a miedo y eso la hacía vulnerable.

Reinó el silencio hasta que Mario rompió el hielo con precaución.

—¿Cómo andamos?

—Pues no muy bien, tengo dos niños y...

Mario obvió el nudo que se le había hecho en la garganta y siguió adelante.

—Rosa, no quiero engañarla. La biopsia ha dado positiva. Tiene cáncer.

Rosa Lago bajó los ojos con resignación. No se rebeló ni gritó ni pataleó.

—Es un poco feo. Operaremos y tendrá que someterse a un tratamiento de quimio.

Esperó a que Rosa preguntase, pero no hizo ningún comentario sobre el tratamiento ni mostró curiosidad por la operación.

—¿Qué edades tienen los niños?

—Trece el mayor y once el pequeño.

—¿Tiene con quién dejarlos mientras esté en el hospital?

Rosa asintió. Tenía familia, unos cuñados que vivían cerca de su casa.

Mario tomó un formulario de su cajón y le dirigió una sonrisa.

—¿Recuerda lo que hablamos el otro día antes de la biopsia? Necesito que me conteste algunas preguntas de rutina. —Cogió el bolígrafo y comenzó el aburrido interrogatorio—. ¿Es alérgica a algún medicamento?

—No, señor.

—¿Toma anticonceptivos?

—Bueno, mi marido se largó y... de eso ya hace un par de años y...

Mario no insistió. La respuesta era más que elocuente.

—¿Alguna operación anterior?

—El parto del pequeño fue por cesárea.

—¿Toma algún fármaco?

Rosa dudó. Mario sabía que debía insistir. Tenía práctica.

—Aunque sea sin receta no me preocupa.

—No siempre, pero...

—¿Toma somníferos?

No sabía cómo se las apañaban aquellas mujeres para agenciarse barbitúricos sin receta, pero los conseguían.

—Sí, Erzorium.

Mario dejó de anotar en el acto. Rosa y la enfermera quedaron en silencio, sólo se oía el murmullo del aire acondicionado. Erzorium. ¿Dónde y cuándo había anotado Erzorium en los últimos meses? En otros expedientes similares al de Rosa, no tenía ninguna duda. Repitió la pregunta:

—¿Toma Erzorium?

Rosa asintió. Percibió el interés repentino de Mario y se justificó.

—Fue cuando mi marido se quedó sin trabajo. No podía dormir.

Mario continuó escribiendo. Erzorium. ¿Dónde y cuándo había escrito ese nombre recientemente?

—¿Y no siente ninguna molestia? Dolores de cabeza, hinchazón en las piernas, algo que no le hubiera ocurrido antes.

—No, señor, no noto nada, me van bien.

—¿Cuántas pastillas?

Rosa calló y bajó la mirada avergonzada. Mario entendió.

—No la regañaré. Sólo necesito saberlo.

—El médico me dijo que con dos había suficiente, pero ha habido temporadas en que me he tomado tres y a veces cuatro.

—Ya.

—Fue antes de que se fuera mi marido, la casa era un infierno... No podía dormir y...

—Rosa, no la riño. ¿Cuánto tiempo hace que las toma con regularidad?

—Cuatro años.

—Y si algún día no ha podido tomar sus píldoras, ¿qué le ha ocurrido?

—Me tiemblan las manos.

Mario se mesó el cabello.

—¿Ha probado a dejarlo?

—Sí, pero me da por llorar. Lloro y lloro.

Era imposible saber si Rosa decía toda la verdad.

—Y, aparte de los temblores, ¿ha notado algo especial?

—¿A qué se refiere?

Mario no sabía a lo que se refería. Todo eran conjeturas que bullían dispersas.

—A nada, es igual. Le haré un tacto.

Rosa se levantó pálida. Diríase que la impresionaba más que Mario hurgase en su pecho que la inminente operación, ante la cual aún no se había pronunciado. La mirada huidiza de Rosa, que evitaba el cara a cara, le conmovió.

—Tendremos que extirpar la mama.

Rosa movió levemente la cabeza y asintió. Se lo imaginaba, pero no protestó.

—¿Me operará usted, doctor?

—Mi especialidad no es la cirugía de mama.

—Quiero que me opere usted.

—Veremos qué se puede hacer. En cualquier caso, le aseguro que estaría en la operación.

Rosa parpadeó y tragó saliva.

—Yo le tengo mucha confianza, por favor. Continúe llevándome usted.

—No depende de mí, pero haré todo lo posible.

El pecho de Rosa, flácido como su voz, no guardaba ningún parecido con el de Lena, su última amante, que ni se molestaba en usar sujetador. El tumor había crecido y afectaba al ganglio. Decidió en pocos segundos que se debía operar urgentemente, el ritmo de crecimiento era vertiginoso.

—Rosa, atienda, todo va a ser muy rápido, tendrá que solucionar el problema de los niños. Le daré un volante para que se haga un electro y una analítica de sangre, y el viernes tenga la maleta preparada. La enfermera acabará de explicárselo todo.

—Pero me operará usted, ¿verdad?

Era una súplica, casi un lamento. Mario asintió levemente e hizo una seña a la enfermera para que le acercase los papeles. Firmó las solicitudes urgentes y, antes de despedirla, le dio una palmada amistosa.

—Si todo va bien, le podremos implantar otra mama en pocos meses. Al principio le costará hacerse a la idea, pero no hay más remedio que extirpar.

Calló lo más importante, las probabilidades de que lo avanzado del proceso hubiera desarrollado una metástasis y de que el sistema linfático ya hubiese extendido el cáncer.

—Si usted me lleva, estoy tranquila.

Mario reservó el expediente en el borde de su mesa y se dispuso a atender al resto de sus pacientes. Maldijo la burocracia que le impedía decidir sobre el derecho de intervenir o supervisar a sus propios enfermos. Darío Cartes, el director, tenía la última palabra. Siempre Darío.

El resto de la mañana le visitó, intermitentemente, como un regusto de sofrito mal digerido, la conversación con Rosa Lago. Su expediente, separado del resto, le retornaba el tacto flácido de su pecho, su voz suplicante y su fe ciega.

La mañana se diluyó sin más contratiempos que los habituales y le trajo a la memoria el municipal del chicle insolente y su olfato de lobo. Telefoneó al taller de reparaciones, les dio la dirección exacta de su moto y le prometieron que pasarían a recoger las llaves y la pondrían a buen recaudo. Hacia mediodía, cuando se registraba

el mayor movimiento a causa de los cambios de turno, había conseguido olvidar el incidente por completo.

El hospital bullía de actividad en ese ir y venir de batas blancas, murmullos quedos y risas apagadas que informaban del paso del tiempo. Tras unos instantes de colapso en ascensores y escaleras, las puertas de los consultorios se cerraron de nuevo y la calma de la espera se adueñó de salas y pasillos.

Ese día, Mario no tenía que visitar la planta de las internas y prefirió esperar. Colgó su bata tras la puerta y se tomó un respiro. El cansancio de la jornada hacía mella en sus ojos. Los frotó con encono para aliviar la pesadez de los párpados y tomó de nuevo el expediente de Rosa Lago, que había quedado sobre la mesa.

Era un tema que despertaba su curiosidad. ¿Dónde y cuándo había anotado la palabra Erzorium? Tomó el libro de su repisa y leyó la fórmula del Erzorium. No sacó nada en claro, únicamente un persistente dolor de cabeza. Era un tranquilizante antidepresivo que se comercializaba con normalidad y nunca había estado sujeto a dudas.

De pronto lo recordó. Recordó un número. Un número que él, unos meses antes, en broma, atribuyó a la suerte. Tres sietes y un cero ¿7770 o 7077 o 7707? Era una chica pálida, cabello pajizo y grandes ojeras. Imposible recordar el nombre, aunque tenía presente la broma sobre los sietes y su buena suerte. Lo halló a la segunda intentona. A la chica rubia le temblaban las manos y se le humedecían los ojos. Se llamaba Carmen, y Emilia, la enfermera jefe, la rebautizó como Carmencita. Sí, ahora se acordaba perfectamente de Carmencita. Le había hablado largo y tendido del Erzorium mientras se recuperaba del postoperatorio y le rogaba que le recetase esas píldoras para dormir. Era una cajita azul. Carmencita soñaba con la cajita de Erzorium y él acabó por extender una receta a Emilia para conseguir que la chica descansase. La paciente 7077, a pesar de los sietes de su expediente, no tuvo suerte. Su diagnóstico fue cáncer de mama en fase avanzada y pasó por quirófano, como pasaría Rosa Lago dentro de poco. Leyó una anotación suya a lápiz y comenzó a sudar. Su anotación le remitía a otro expediente anterior: «Ver expediente 5279. Antecedentes de toma de Erzorium.»

¿Cómo podía haberle pasado inadvertida esa coincidencia? ¿Por qué anotó a lápiz el otro número? Ya no podía volverse atrás. El expediente 5279 pertenecía a Elisenda Mor. Sesenta y tres años, cuatro partos, una intervención de quistes en la matriz, cáncer de mama incipiente y toma de Erzorium. No podía retener su cara, era una paciente sin rostro, sin apodo, sin anécdota, pero consumía Erzorium y padecía cáncer de mama.

Mario quedó anonadado. Rosa había abusado de las dosis y había consumido Erzorium durante cuatro años, pero Carmen y Elisenda lo habían tomado en dosis mucho menores a lo largo de tres y dos años respectivamente.

Volvió a abrir el libro que había dejado sobre su escritorio. Releyó la fórmula hasta memorizarla y comprobó lo que ya sabía. Erzorium salió al mercado hacía

cuatro años y era uno de los medicamentos estrella de Laboratorios Losón que se distribuía con gran aceptación en Europa y América. Lo cerró con un golpe seco. Por fuerza tenía que estar equivocado. Era imposible que nadie hasta el momento hubiera detectado esa posibilidad de causa efecto entre el cáncer de mama y el Erzorium. Sin embargo recordó el caso reciente del Redux, el maravilloso adelgazante que, al cabo de un año de su aprobación por la Dirección de Alimentos y Fármacos de Estados Unidos y habiéndose expedido más de dos millones y medio de recetas, había sido retirado del mercado tras detectar que producía lesiones en las válvulas del corazón. El escándalo del fen/fen había pasado inadvertido a centenares de miles de médicos que, antes de que surgiera la alarma, nunca relacionaron las valvulopatías con su consumo.

Podía suceder, todo estaba dentro de los límites de lo posible, pero España no era Estados Unidos, los Laboratorios Losón no eran los Laboratorios Lilly y él no estaba en contacto con ninguna compañía aseguradora que pudiera garantizarle su seguridad si cundía la alarma por su intuición —fuese acertada o no— y Darío Cartes lo despedía. Darío era uña y carne con Paco Losón y un hueso duro de roer. Hacer pública su desconfianza del Erzorium y promover una investigación podría acarrearle problemas.

Los fantasmas de Rosa Lago, Losón y Darío comenzaron a agobiarle. Le apetecía una cerveza fresca. El hambre, si la había sentido en algún momento, se había esfumado.

De nuevo en la calle, los cuarenta y cinco grados que señalaban los termómetros le propinaron una bofetada caliente. Anduvo atontado unos instantes, desorientado. Apenas algún que otro peatón se atrevía a salir a esas horas. Viajaban bajo los cimientos de la ciudad, en los laberintos del metro, o parapetados dentro de coches climatizados con ventanillas herméticamente cerradas. En el bar, todos estaban pendientes de las noticias. Le sirvieron su cerveza y dio un trago largo. A través del humo del cigarrillo atendió a la pantalla del televisor. De nuevo Benedetto y las guerrillas acaparaban la atención. El gobierno hacía declaraciones sobre el sabotaje a la petroquímica y se empeñaba en repetir que las empresas de esa índole eran de interés nacional. Al parecer, las McLoppainer habían introducido un virus en el ordenador central y habían paralizado completamente las maquinarias. Se tardaría semanas en resolver el problema y las pérdidas ascenderían a varios miles de millones de pesetas, pero el gobierno ya se había comprometido a contribuir con un presupuesto especial. Un traumatólogo del hospital conocido de Mario gritó al televisor que las ganancias de las petroquímicas ni se hacían públicas ni se repartían entre los contribuyentes. Mario sonrió. Le hizo gracia que un desorden microscópico produjera un trastorno de índole nacional. Acabó su cerveza y escuchó los gritos del traumatólogo que vaticinaba que aunque el gobierno metiese en la cárcel a Benedetto y descabezara a las guerrillas no conseguiría más que atizar el fuego. Los contertulianos le dieron la razón y continuaron con su partida de dominó. Mario se

desinteresó inmediatamente de la retahíla de declaraciones aburridas de políticos y altos funcionarios. Todas le sonaban igual, carecían de entidad, exactamente copiadas unas de otras: sabotear una planta petroquímica era un crimen de Estado según los políticos. Sonrió para sus adentros, pero la sonrisa le duró poco.

La puerta del bar se abrió para dejar paso a la rubia cabeza de Lena y dos jóvenes enfermeras más que habían acabado su turno. Mario dio un respingo, tragó saliva y le envió un saludo. Lena fingió no verlo, se sentó dándole la espalda y continuó charlando con sus amigas. Lo perseguía, lo había seguido, ella no acostumbraba a frecuentar ese bar. Desde que rompieron se comportaba como una amante despechada de vodevil. No tenía claro por qué tuvo tan claro que debía darle puerta, pero lo hizo, y Lena se vengó. Estaban hablando de él, estaba seguro. Lena las estaba poniendo al corriente sobre lo suyo, como ella gustaba de referirse a aquellos meses tontos de aburrimiento en pareja. Una de las chicas se giró un par de veces sin ningún disimulo y le echó unas ojeadas insolentes. Eso le puso nervioso. Jamás había sabido lo que en realidad se explicaban las mujeres en sus confesiones de retrete, pero sospechaba que se regodeaban en detalles que para los hombres pasaban inadvertidos y que por el mismo placer de charlar eran mucho, muchísimo más crueles. La rubia Lena era teñida y él jamás lo divulgó a pesar de que tenía todo el derecho a hacerlo. Además de teñida era tosca y hueca y no tenía ni pizca de imaginación. Un cuerpo magnífico repleto de serrín que se enfureció cuando le dio la excusa de las clases de chelo. Era cierto, prefería el chelo a Lena. Del chelo podía aspirar a arrancar sonidos musicales, de Lena ni eso. Una de las chicas rompió a reír como una loca. Se reían de él. Sin desearlo, enrojeció. No tenía nada de qué avergonzarse, pero era muy probable que Lena mintiera y ellas la creyeran. Se sintió miserable, muy miserable, y prisionero de la lengua afilada de la rubia que no era rubia y mentía. Deseó por un momento que Lena envejeciera y que sus pechos cayesen, flácidos, como los de Rosa, y que tuviese que tomar tranquilizantes para dormir y... se dio cuenta de que desvariaba.

Pagó su cerveza y, en cuanto hizo el gesto de retirar la silla, ocurrió lo que se temía. Lena le salió al paso y le cortó la retirada. Su voz le sonó profundamente desagradable.

—¿Tienes prisa? Qué extraño, siempre que me ves tienes prisa.

—Perdona, Lena, pero me esperan en el hospital.

—No te vayas, hombre. Siempre te vas demasiado pronto...

Las enfermeras rompieron a reír y un par de parroquianos acodados en la barra sonrieron maliciosamente. Mario se armó de paciencia, no le seguiría el juego.

—Lo siento.

—Más lo sentía yo.

Si se quedaba y aguantaba el tipo se vería obligado a darle un guantazo en público. Optó por un mutis silencioso. La apartó con firmeza y abrió la puerta, a sabiendas de los murmullos que se oían a sus espaldas. Conociendo a Lena era lo más práctico. En la cafetería del hospital tendría que aguantar un chaparrón de

comentarios malintencionados, pero eso debió haberlo previsto el día que se la llevó a la cama.

Caminaba a paso rápido y sentía la quemazón del asfalto a través de las suelas de sus zapatos. Notó que un niño le miraba y se avergonzó. ¿De qué huía? Se detuvo desconcertado en medio de la acera, pero el sol le obligó a refugiarse bajo el alero de un balcón. Amparándose en la sombra plomiza del mediodía se fijó en un antiguo taller de reparaciones de calzado. RÁPIDO JULVE, rezaba el cartel de la puerta. A través del cristal se reflejaba la silueta del zapatero, ya anciano, que cosía pacientemente unas suelas. Mario decidió que si se reencarnaba en una próxima vida sería zapatero. Se imaginó a sí mismo con las manos ajadas y quemadas por la cola, los dientes ennegrecidos por el cuero y sentado pacientemente día tras día en su escabel de madera acumulando zapatos viejos y remendándolos con esmero. Una existencia simple y reconfortante. Se llamaría Julve, le gustaba el nombre, y sería un zapatero con un par de huevos, como diría el abuelo.

Regresó al hospital, subió a su despacho y redactó un *report* donde consignaba los datos de sus tres pacientes y planteaba su hipótesis sobre el Erzorium y el cáncer de mama. Con el papel en la mano paseó repetidas veces por su despacho, dudando de la conveniencia de ponerlo en circulación.

Se la estaba jugando, pero si se echaba atrás le perseguirían las risas burlonas de Lena y sus amigas. Quizás le había afectado el calor o aún le duraba la borrachera de la noche anterior. Se mojó la cara y lo vio todo más claro. Informaría del caso a Darío. Le repugnaba tener que contar con Darío, pero estaba ahí y mandaba. Le dejaría una copia del informe en su despacho y le adjuntaría una nota indicándole que tenía la intención de divulgar el *report* a través de Internet.

Le pareció razonable y dejó el sobre a su secretaria, Loles, que se disculpó, como era habitual, con la excusa de que Darío estaba reunido y de que no podía recibirlo.

Comió sin hambre en el bar del hospital. Leyó la prensa del día y decidió, sin prisas, visitar a Tomás y ponerle al corriente del *report*, pero le surgió al paso una contrariedad que no esperaba. Luisa, presa de una urgencia inexcusable, le abordó camino del despacho de Tomás.

—¡Mario! ¡Mario! —La voz de Luisa era estridente—. ¿Tienes un momento, por favor?

No tuvo más remedio que detenerse. Luisa lo había atenazado por la camisa. Estaba impaciente.

—Ésta es Ana. Verás, acaba de llegar y... creo que Darío te lo comentó.

Junto a Luisa había una muchacha de cabellos tornasolados. Parecía incómoda. Mario hizo memoria. Darío le había prometido refuerzos en la tercera planta. Podía tratarse de la sustituta de Ernesto. Luisa revoloteaba entre los dos.

—Ana, éste es Mario. Tendrás que trabajar a sus órdenes, o sea que lo mejor será

que él te lo explique todo.

Tenía prisa por quitársela de encima. Hizo un aparte con Mario y le habló en susurros.

—Mario, cariño, me están esperando. ¿Puedes ocuparte de ella?

Mario no soportaba a Luisa y se sentía desbordado. No tenía nada contra la nueva médico, pero en aquellos momentos le faltaba la dosis de humor y el tiempo para actuar de anfitrión.

—Luisa, ahora tengo un asunto con Tomás. Que venga mañana a las ocho y hablamos.

—Mario, cariño, sólo hoy, te lo juro. Una horita de paseo y la despides.

Fue Ana quien se despidió. Los interrumpió con un suave apretón de manos, hasta la mañana siguiente a las ocho, y dio por zanjado el asunto.

Mario se encogió de hombros y se disculpó con Luisa. Luisa lo siguió.

—Espero que no me traiga problemas. Me lo ha pedido Darío personalmente, pero no es mi tarea. Yo no tengo la culpa de que la chica se haya presentado sin avisar. Eso se dice antes, yo ya había quedado. Lorenzo es un cielo, es monitor de squash, y me ha invitado a degustar unos vinos.

Mario confiaba que de un momento a otro Luisa se daría cuenta del itinerario que estaban siguiendo y desistiría de explicarle su vida a riesgo de llegar tarde a la cita con Lorenzo, pero ella continuó graznando.

—Últimamente no se te ve el pelo, lo de Lena te ha borrado de la circulación. Ya sabes que Darío te tiene el dedo metido en el ojo. ¿Qué le hiciste a esa chica? Explica unas cosas que no puedo creer.

Mario entró en el montacargas y oprimió el botón del sótano.

—¡Un momento! ¿Dónde me llevas si puede saberse?

—Luisa, yo no te llevo a ninguna parte, eres tú quien viene. Te dije que Tomás me esperaba.

—¡Páralo! ¡Te digo que lo pares! ¡Llegaré tarde, lo has hecho a posta!

El ascensor se detuvo en el sótano. Luisa se subía por las paredes.

—¡Y ni tan sólo me he podido peinar!

Mario la dejó maquillándose a hurtadillas en un rincón del viejo montacargas y compadeció a Lorenzo.

El despacho de Tomás estaba mal iluminado. Se había habilitado en los antiguos sótanos, junto al depósito de cadáveres, macabra compañía que a Tomás le traía sin cuidado. A Tomás le importaban pocas cosas fuera de la realidad virtual. No contabilizaba el número de horas que pasaba diariamente sentado ante las pantallas. Era obvio que mucho más del que la empresa le exigía. Todas sus amistades, exceptuando a Mario, eran nombres de guerra dispersos por los cinco continentes. Un montón de chiflados como él dispuestos a perder la tarde en confeccionar un crucigrama en cirílico, echar una partida de ajedrez o discutir a tres bandas la última jugada del partido de los Lakers.

Era de complexión corpulenta y de cabello pajizo que clareaba en torno a la nuca, a modo de tonsura, y le abría una frente de dimensiones insospechadas. Tenía el hábito de charlar con la vista fija en sus múltiples pantallas mientras sus dedos bailoteaban incansables sobre las teclas. Mario lo pilló escuchando la radio. Estaban dando noticias sobre las detenciones de militantes de las McLoppainer.

Con un gesto, Tomás le pidió que esperase unos segundos. Se llevaban bien; discutían por todo, pero se llevaban bien. Ese día, sin embargo, Tomás parecía alterado. Apagó la radio y ojeó extrañado el *report* que Mario le ofrecía.

—Y esa letra. Pero ¿en qué mundo vivís? ¿Cómo no se os ocurre informatizaros?

Mario necesitó paciencia para vencer las reticencias de Tomás y aplacar su mal humor.

—Escúchame bien. Tres pacientes sin antecedentes familiares, que no pertenecían a ningún grupo de riesgo, desarrollan un cáncer fulminante.

—Bueno, ¿y qué?

—Todavía no he acabado. Las tres consumían los mismos tranquilizantes, la misma marca y en dosis parecidas.

—¿Quieres decir que esos tranquilizantes pueden ser la causa?

—Los efectos secundarios a medio plazo son imprevisibles. Es una simple observación. Te estoy hablando de hipótesis, de coincidencias.

Tomás arrancó el papel de la mano de Mario con curiosidad. Lo leyó de nuevo y sonrió.

—Enviamos el *report* y listos.

Mario le detuvo.

—No estoy seguro.

—Aclárate.

—El Erzorium pertenece a Laboratorios Losón.

Tomás detuvo el movimiento de su mano derecha que jugaba con el ratón y dejó de sonreír.

—Ah, amigo. Ahí es donde duele.

A Mario no le agradó el tonillo con que hizo tintinear sus palabras.

—He dejado una copia en el despacho de Darío. Esperaré.

—A la voz de su amo.

La observación le irritó.

—No me gustan los puristas.

—Ni a mí los lameculos.

—No sé por qué he venido.

—Eso mismo me estaba preguntando yo, si ya lo tenías decidido de antemano no sé qué pinto yo en todo esto. Quizás esperabas que te diese la razón.

Se miraron irritados. La situación rayaba en el ridículo. Sin más, Mario se echó a reír y Tomás se disculpó.

—No me hagas caso, tengo un día tonto.

Se levantó, tomó unas monedas que tenía amontonadas sobre la mesa y regresó al cabo de poco con dos infusiones de menta poleo.

Bebieron en silencio a pequeños sorbos. Quemaba como el demonio y no era una bebida que Mario encontrara especialmente estimulante, pero agradeció el gesto de Tomás, que al poco rompió el silencio.

—Es por lo del sabotaje a la petroquímica. Ha habido tres detenidos.

—Acabo de oírlo.

Tomás se puso serio.

—¿Sabías que durante los dos últimos años se redactaron hasta cinco informes?

—¿Sobre qué?

—La planta no cumplía ningún requisito y era muy peligrosa.

—Ni idea.

—No me extraña. Los informes se borraron de un plumazo, ni siquiera llegaron a la prensa.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Los he leído.

Mario asintió con la cabeza.

—Eres todo un *hacker*.

Tomás abrió con parsimonia un cajón, de donde extrajo una bolsa de tabaco rubio y una pipa de aguamar. Prensó el tabaco con los dedos y lo introdujo en la cazoleta. Mantuvo la cerilla inclinada hasta que prendió y, a continuación, aspiró lentamente el humo. El aroma penetrante del tabaco rubio inundó la estancia. Era un ritual que efectuaba un par de veces al día a lo sumo. Retomó su explicación.

—Mantener las petroquímicas en estas condiciones es un riesgo que ya se está pagando.

—Sale barato —opinó Mario.

Tomás gesticuló con aire mesiánico.

—¿Qué es barato y qué es caro? ¿Las vidas humanas cuánto valen?

Mario estaba admirado.

—Tomás, te has vuelto un radical. Aún habrás sido tú el loco que ha introducido ese virus informático en su ordenador.

Tomás ladeó la cabeza.

—Ya me hubiera gustado.

—¡Vaya! Y yo que te tenía por un hombre tranquilo.

—Me han puesto de mala leche los discursos oficialistas sobre el sabotaje...

—Ya.

—Y las detenciones. ¿Te acuerdas cuando murieron dos trabajadores? Nadie pringó por eso.

—¿Y por qué te interesas tanto por la dichosa petroquímica? Ni que fueras accionista.

Tomás aspiró su pipa.

—Los que leen la prensa y escuchan los noticiarios no saben de la misa la mitad y tragan lo que les echen. ¿Tienes idea del poder de las grandes compañías petroleras?

Mario no supo qué contestar. Tomás se fue encendiendo.

—La Elf, sin ir más lejos, la compañía de nuestros vecinos franceses. Hace unos años pescaron a Le Floch Prigent, un ex presidente de la compañía, y lo acusaron de malversación de fondos. ¿Y sabes qué declaró? Que eso suyo no era nada comparado con los pasteos de la Elf en África, que se dedicaba a derrocar gobiernos poco obedientes y a elegir regímenes adictos.

Mario estaba confundido.

—¿Y qué?

Tomás no comprendía su indiferencia.

—¿Cómo que y qué? Significa que una compañía petrolera es más que un gobierno, que tiene más poder que muchos bancos. La Texaco en México, la Shell en Nigeria. La Shell se cubrió de gloria con el caso de los ogoni en el golfo de Níger. Hasta consiguieron que el gobierno nigeriano ejecutase a los disidentes a pesar de la oposición internacional. ¿No recuerdas el caso de Ken Saro-Wiwa?

Mario se rascó la nuca y negó sin comprender hasta dónde quería llegar Tomás.

—El petróleo como fuente de energía es un gran absurdo, un suicidio. Ahora ni siquiera las compañías petroleras pueden negar el cambio climático, pero lo negaron durante décadas pagando de sus bolsillos a científicos para que testimoniasen en contra.

Tomás suspiró.

—Tú y gente como tú tenéis la culpa de todo.

Mario estaba atónito.

—¿Yo?

—Sí, los que os laváis las manos y no queréis enteraros de nada y decís que os da lo mismo todo...

—¡Para el carro, Tomás!

Tomás le acusó con el dedo.

—No tienes narices, ves algo que no te gusta y miras hacia otro lado...

—¿Lo dices por lo del *report*?

—Enviárselo a Darío es lo mismo que romper ese papel en mil pedacitos. Sabes que te responderá que no. Te has lavado las manos, Mario.

Mario vaciló.

—Muy sencillo. Alístate en las McLoppainer.

Tomás le sorprendió.

—No te creas que no lo he pensado alguna vez.

—Lo que me faltaba por oír.

—Benedetto sabe lo que hace.

Mario asintió.

—Adelante, hombre, adelante. Yo te aplaudiré.

Tomás no respondió y Mario aprovechó para devolverle la pelota.

—¿Quieres un consejo? Búscate una novia y no le des tanto al tarro.

Tomás calló. Mario había dado en su talón de Aquiles. Encendió de nuevo la pipa con la solemnidad que requería.

—Lo intento. Mejor dicho, lo intentaba.

Mario señaló despectivamente el ordenador más cercano.

—Cómo vas a ligar si te pasas el día aquí momificado.

Tomás chasqueó la lengua, volvía a ser el de siempre.

—A lo mejor puedo consolar a Lena ahora que se siente tan sola.

Mario negó con la cabeza.

—Lo que quieras excepto Lena. Es muy mala en la cama.

—No me molesta, yo tampoco tengo mucha práctica, pero eso se aprende.

—Las hay negadas por naturaleza.

Tomás pareció que iba a replicar, pero se contuvo. Arrancó de nuevo con un tonillo dubitativo, como si hablara para sí mismo.

—No sé por qué me ha dado por ahí.

—Y que lo digas.

Tomás aspiró la pipa. Estaba nervioso.

—Cuando he oído lo de las detenciones y he pensado en esos chicos tan jóvenes... Sólo tienen veintipocos años, como Pomés.

Mario sintió curiosidad. Pomés había sido un personaje extraño, un informático en prácticas que había trabajado junto a Tomás durante unos meses y que desapareció como por arte de ensalmo. Habían hecho buenas migas a pesar de que Pomés era de ese tipo de individuos, sin asomo de sentido del humor, que encajaba fatal las bromas.

—¿Qué pasó con Pomés?

Tomás se arrepintió inmediatamente. Balbuceó una excusa.

—Bueno, nada en especial...

—¿Qué es ese especial.

—Nada.

—No deberías haber empezado.

Tomás farfulló:

—Pomés... era... yo me quedé con su gata.

Mario se quedó de una pieza.

—¿Su gata? ¿Pomés tenía una gata? ¿Quieres decir que vives con una gatita como una vieja solterona?

—No sabía qué hacer con ella. Le he cogido cariño.

—¿Y adónde fue Pomés? No se despidió de nadie.

Tomás guardó silencio. Mario comprendió que no quería hablar abiertamente de Pomés. Se le ocurrió una idea absurda. Quizás Tomás estuviera intentando decirle que entre Pomés y él había habido algo más que una relación profesional. Se sintió

incómodo.

—Oye, déjalo, cada cual sabe los líos que se trae entre manos. Yo no me meto en la vida de nadie y...

Tomás saltó ofendido.

—¿Qué insinúas?

—De verdad, Tomás, no me interesa Pomés.

—Pomás militaba en la organización y lo detuvieron.

Mario se quedó atónito. La noticia le cogía totalmente por sorpresa.

—¿Y cómo no se supo?

—Se silenció, ya sabes, nada de escándalos. Darío dio las órdenes y se corrió un tupido velo.

Tomás se secó el sudor que le había perlado la frente. Mario comprendió.

—Los informes de que hablaste, los del acceso restringido... ¿te los proporcionó él?

Tomás asintió.

—Trabajaba en ello y yo me enteré por casualidad. Me tomó confianza y... Pero, por favor, olvídalo, no quería hablar tanto.

Mario se conmovió. Tomás había vivido en silencio el drama del chaval y había adoptado su gata huérfana.

—En fin, espero que me la presentes. Ahora ya no tienes excusa.

Tomás no entendió.

—A la gata, tonto, a la gata. Supongo que tendrá un nombre.

Tomás relajó las facciones y se le iluminó la mirada. Era exactamente un niño grande.

—*Gilda*. Es una preciosidad.

Mario suspiró.

—Lo que me temía. Estás colgado de tu gata *Gilda*.

Tomás iba a replicar pero el pitido del busca de Mario los interrumpió. Descolgó el teléfono y marcó un número interno. «Soy Mario, ¿qué ocurre?» Comprobó su reloj y se asombró de la rapidez con que Darío había considerado su nota y su informe. Se esperaba una respuesta pero no tan inmediata. «Está bien, ahora subo.»

Se levantó de su silla y palmeó la espalda encorvada de Tomás.

—Es Darío, me está buscando. Créeme, mejor tu gata que una loca como Lena.

Mario se alejó y ya en el dintel de la puerta palpó sus bolsillos. Tomás alargó su mano, le mostró su encendedor y lo lanzó. Mario lo cogió al vuelo, lo guardó en el bolsillo del pantalón y le guiñó un ojo.

—¿Me esperas? No tardaré.

—Con Darío nunca se sabe.

—Oye. ¿Por qué no traduces a las teclas esa letra mía infecta?

—Que te haga de mecanógrafa, vaya.

—Si te aburres.

—Anda, lárgate de una vez.

Mario se resistió a abandonar el sótano hasta comprobar de hurtadillas que su amigo leía cuidadosamente su *report* y comenzaba a teclear, ajeno a su vigilancia.

Darío hablaba por teléfono con su mujer, una periodista de televisión. Mario no la conocía pero en el hospital se comentaba que se negaba a acompañarlo a actos protocolarios y que eso le hacía enfurecer.

—Alicia, no iré a cenar esta noche... ¿Que por qué te llamo? Pues por eso, para avisarte... Tengo un compromiso con gente de la Fundación y regresaré tarde... Alicia, déjame la correspondencia encima de la mesa... de acuerdo... espera, no cuelgues...

Hacía unos pocos meses, Darío asistió a la condecoración de su cruz de San Romualdo con media hora de retraso, solo y con la corbata ladeada. Durante la cena, los camareros retiraron discretamente el servicio reservado a su acompañante y la ausencia de su señora casi pasó inadvertida. Esa noche, Darío bebió compulsivamente y Mario, que se dio cuenta del plantón, decidió, sin conocerla, que Alicia, la mujer de Darío, le caía bien.

Mario se sentó tranquilamente sin esperar a que Darío le invitase y encendió un cigarrillo. A juzgar por la conversación, parecía que Alicia ni lo interrogaba ni estaba interesada en sus compromisos. Se preguntó cómo sería y por qué se habría casado con él. Una vez, Loles le comentó que era guapa e inteligente y que Darío no se la merecía. Le gustaba su nombre, Alicia.

Finalmente, Darío colgó y sonrió a Mario. La sonrisa de Darío era estudiadamente seductora. Las prodigaba en privado y en público, pero eran mucho más efectivas desde una distancia íntima.

—Puedes sentarte y puedes fumar.

—Gracias, eres muy amable.

—Me alegro de que hayas atendido tan pronto a mi llamada.

—Lo mismo digo.

Darío se golpeó la frente con el dedo índice acusándose de desmemoriado.

—¡Ah! Te refieres al *report* que dejaste a Loles. Sí, hablaremos de esos después.

Mario se puso sobre aviso.

—Creía que me habías llamado para darme tu opinión.

—Sí, claro, también, pero antes quería hablar sobre una médico recién llegada. La he destinado a tu planta, tal como me pediste. Querría que dieras tu aprobación, a pesar de ser tan joven tiene un buen currículum. Fue número uno de su promoción.

—¿La chica nueva pelirroja?

—¿La conoces?

—Me la presentó Luisa hace un rato, quedamos para mañana.

Darío sonrió intencionadamente, con complicidad.

—No te podrás quejar.

Se suponía que eso era una indirecta y Mario se sintió cogido en falta. Lo cierto era que no se había fijado en absoluto. Intentó memorizarla, pero sólo conseguía recordar el aroma del perfume chillón de Luisa y un ligero brillo tornasolado. Lo demás se confundía con la blancura inmaculada de los pasillos.

—Tiene buenas recomendaciones —añadió.

Eso era sin duda una advertencia. ¿Le habría llegado alguna queja de su parte por haberse negado a atenderla?

—Ha trabajado en el campo Ouarz estos últimos tres años y su bagaje es excelente.

Mario no podía recordar el nombre de la chica. Lamentó no haber escuchado a Luisa. Tomó la carpeta que le presentaba Darío y la abrió al azar, ojeó sin leer nada concreto, le faltaba la concentración necesaria.

—Llévatelo a casa y así mañana sabrás con quién tratas. Y créeme, no es ninguna principiante.

Mario cerró la carpeta y agradeció la sugerencia.

—Y ahora ya me puedes hablar sobre ese asunto tan urgente que tanto te preocupa.

Mario carraspeó.

—Es un trámite rutinario. Ya sabes. He detectado una posible relación causa efecto con respecto al Erzorium y el cáncer de mama y he redactado un *report*.

—Lo he leído y me parece prematuro. No hay más que acusaciones de mal gusto, sin ninguna base científica.

Mario supo que la batalla había comenzado.

—Por eso lo envió a la comunidad. Los *report*, en sí mismos, no significan nada.

—Es gratuito. ¿Acaso ayudará a la investigación sobre las patologías mamarias?

—Eso depende.

Darío subió el tono para amedrentarlo.

—La toma de Erzorium es tan poco significativa como la toma de agua mineral. ¿Sabes cuánta población consume Erzorium actualmente? ¿Por qué no abres una investigación paralela sobre los casos de cáncer de próstata, de pulmón y de hígado y descubres que también un alto porcentaje de los afectados consumieron Erzorium al igual que aspirina? ¿No te das cuenta de que no tiene ni pies ni cabeza?

—Si no hay respuestas, me retractaré.

—Y ya será demasiado tarde porque habremos creado dudas sobre un producto y una marca que merece toda la confianza.

Mario sintió que Darío lo llevaba a su terreno y se resistió.

—Te entiendo, entiendo que estés asustado por la reacción de Losón.

La mirada de Darío se ensombreció al oír nombrar a Losón.

—Te equivocas. Mi preocupación es otra. Losón no entra ni sale en eso.

Esta vez Mario se confió excesivamente.

—Así pues, ¿cuál es el problema?

—El problema eres tú, Mario.

Los interrumpió el teléfono. Darío lo cogió sin pestañear y vigiló de cerca a Mario. Lo había desconcertado. Respondió con amabilidad y Mario supo instantáneamente que hablaba con una mujer, conocía su sonrisa de bobo. Darío carraspeó y se giró de espaldas. De forma inaudible dictó el nombre del restaurante y la hora de su cita. A pesar de que no lo había oído bien, Mario ligó cabos y supo que había mentado a Alicia; esa noche no tenía ningún compromiso con miembros de la Fundación, salía con una amiguita. Darío colgó, se levantó con parsimonia, abrió el archivo, extrajo un expediente con la letra L y lo depositó sobre la mesa.

—Rosa Lago. Aquí está tu informe. Lo he estado estudiando junto con Estévez y con quirófano y hemos desestimado la urgencia. Estévez se hará cargo de la paciente. Tus apreciaciones son muy discutibles.

Mario perdió los papeles, un trámite ordinario significaba meses de espera, podía significar la muerte.

—Imposible, no puedo aceptarlo. Es un caso urgente.

—Estamos colapsados.

—Eso no es excusa, continuamente tramitamos urgencias por casos menos relevantes.

—Me corresponde la última palabra.

Darío ya no sonreía, ordenaba con arrogancia, y Mario se sintió perdido.

—Déjame esta paciente, soy responsable de su caso.

Darío hinchó el pecho.

—¿Responsable? Cómo puedes hablar de responsabilidades. ¿En qué condiciones visitaste a la señora Lago esta misma mañana después de que te retirasen el carnet por no superar un control de alcoholemia?

O sea, que era eso. Su sonrisa, la recomendación de la nueva médico, su aire paternalista. Sus prolegómenos habían sido pura humareda. Mierda de municipal sudoroso. Mierda de vida. Negarlo era tan estúpido como no reconocer que Darío le tenía cogido por los huevos.

—¿Cómo te enteraste?

—Me llamaron. Les extrañó que fueras un médico, dijeron que no era habitual y me preguntaron por ti. Les di buenos informes, naturalmente.

—¿Y eso qué tiene que ver con el *report* y el caso Lago?

—Tu revisión no resulta de fiar y tu informe es discutible.

—Estaba sereno.

—Mario, te estoy sacando de un apuro. Conducías ebrio y te dirigías al hospital. Pasaste consulta bajo el efecto de una intoxicación etílica.

—Quiero esa paciente.

—Y yo no quiero favoritismos, lo sabes bien.

—¿Favoritismos? Por favor, no seas cínico. Díaz impone las listas de su

consultorio privado semana a semana, y tú, prefiero no hablar.

Darío tenía los ojillos encendidos.

—Habla, no te reprimas.

Era una invitación al desahogo y Mario estaba demasiado indignado para callar la boca.

—En el Luis Ventura se han cerrado las puertas a los visitantes de otras marcas que no sean Laboratorios Losón, y Losón forma parte de la comisión del campo Ouarz junto con Saavedra y tú mismo.

—Nadie ha cerrado las puertas a nadie. Simplemente han optado por no competir con Losón. ¿Queda claro? Y por lo que respecta al campo Ouarz, no es de tu incumbencia y el único responsable de la comisión soy yo mismo. No hace falta que te dé explicaciones, pero haré una excepción. Losón nos ofrece unas condiciones de pago inmejorables y precios muy por debajo de los precios de mercado. Vivimos en democracia y en un Estado libre y capitalista. ¿Lo habías olvidado?

Mario calló, todo estaba estropeado. Darío remató su veredicto.

—Estévez se hará cargo de la señora Lago y tú olvidarás ese *report*.

Mario no respondía. Sentía rabia, una rabia que le comía las entrañas.

—Te seré franco, Mario, mi responsabilidad trasciende lo estrictamente técnico. Me he ganado un nombre dentro y fuera del hospital y me incumbe la seriedad de mi equipo. Sabes que podría buscarte problemas por tu conducta; a un ginecólogo que practica la cirugía no le están permitidas ciertas licencias, el consumo de ciertos productos. No es únicamente el alcohol. En otros centros se han abierto expedientes disciplinarios por denuncias interpuestas por problemas menores. Me estoy arriesgando demasiado por ti. A veces me pregunto si vale la pena. Eres bueno con el trabajo, pero...

Mario le interrumpió.

—No me hagas reír. Se supone que soy sospechoso de matar pacientes por beber alcohol y trasnochar. ¿De eso me piensas acusar?

—Yo no, Mario, yo no. Yo siempre estoy al lado de mi equipo, pero la opinión pública piensa diferente y el Colegio es estricto. No aceptarían tu *report* si yo los pusiese al corriente de tus escándalos. No ofreces garantías de ningún tipo. Hay otro caso reciente que podría acarrearle problemas serios. Te podrían apartar del ejercicio de la profesión.

—¿Por qué motivo?

—Acoso sexual.

—Lo tenías todo bien calculado. Hasta Lena te sirve...

—Ya que has dado nombres... sostiene que abusaste de ella.

—La muy puta.

—Eso es serio.

—No puedes creerla.

—Mario, por favor, reflexiona. Lena ha seguido mi consejo y no te ha

denunciado. Me tienes que agradecer que haya intervenido.

Mario se levantó y retiró la silla de un empujón. No pudo soportar por más tiempo el tonillo paternal de Darío.

—Eres un cerdo.

Salió del cuarto de una zancada y cerró la puerta con un golpe seco. Le había dejado con la palabra en la boca y él había pronunciado la última frase después de haber quemado todos sus barcos y haber perdido miserablemente su flota. Tocado y hundido. No podía haberlo hecho peor.

Vagó sin rumbo por salas y pasillos y deseó no haberse levantado esa mañana. Todo hubiera ido mucho mejor si se hubiese quedado en la cama sobando junto a la rubia y en compañía de su «intoxicación etílica», tal como había bautizado rimbombantemente Darío a su mamada. En otro momento se hubiera quedado con la palabrita y se hubiera cachondeado a su costa, pero no era el caso. Darío era listo, más listo que él, y podía utilizar el vocabulario que le viniera en gana sin temor a sus burlas.

Pensó en Tomás, pero supuso que se habría marchado. Prefería estar solo. La compasión sería lo único que un buenazo como Tomás podría ofrecerle. Prefería estar solo y asumir que era un estúpido ratón borracho que caía en el cepo de sus debilidades y se servía como manjar a gatos como Darío, que se relamían los bigotes al verlo entrar por su puerta. En su situación aún tenía que agradecerle que no le hubiese puesto de patitas en la calle, y eso era lo que más le dolía. A pesar de los pesares, le debía un favor. Cornudo por partida doble, sintió deseos de estrangular a Lena y patear al municipal chismoso, pero se limitó a deambular por las desiertas calles de la ciudad. Caminó una hora, dos, no lo supo con certeza, hasta que oyó las sirenas. Al poco, una flota de coches celulares y un camión de bomberos pasaron junto a él saltándose los semáforos en dirección al centro de la ciudad. Había sucedido algo y se acercó hacia allá por pura curiosidad. Al girar el recodo de la calle y encarar la plaza descubrió lo que había causado tanto revuelo. Una gran pancarta de más de veinte metros de largo pendía de la fachada del vetusto edificio del Banco Central. PETROQUÍMICAS NO. Observó imprudentemente cómo un equipo de bomberos se descolgaba desde la azotea para retirarla y se unió a un grupo de curiosos que comentaban las últimas noticias de la radio. Al parecer, las McLoppainer habían simultaneado diversas acciones, y una de ellas había sido tapiar los desagües de los residuos de la petroquímica. Las autopistas estaban colapsadas de controles. Una pareja de policías se acercó al grupo, pidió la documentación a todos los presentes, anotó los datos y les recomendó que se dirigiesen a su casa. No hizo falta que insistiesen. Mario estaba exhausto.

Esa noche, al caer rendido en su colchón sin haber tenido tiempo ni de quitarse los pantalones, topó con una carpeta que había lanzado de cualquier manera al llegar al apartamento. La tomó descuidadamente y la abrió. Contenía el currículum de una tal Ana Vila. Entonces recordó que le habían presentado a una muchacha con brillos tornasolados en el cabello y que no había sido capaz de memorizar su nombre. Muy equivocadamente, valoró que ese encuentro era lo más intrascendente que le había sucedido a lo largo de aquel día.

CAPÍTULO 2

Creí que Darío lo sabía todo. Aquel miércoles me esperaba despierto con la luz de su mesilla de noche encendida, el libro disimulado entre el embozo de la sábana y su mirada acusadora que parecía preguntarme: «¿Desde cuándo, Alicia?» Pero no abrió la boca. Sólo me miró y me obligó a bajar la vista. ¿Me había delatado yo misma? Debí suponer que tarde o temprano me vería obligada a darle explicaciones. Esa noche estaba segura de que regresaría después de mí porque me había telefoneado desde el despacho disculpándose por no poder venir a cenar e insistiendo en que no lo esperara despierta. No tuve tiempo de improvisar una excusa. No se me ocurrió nada. Otras veces, al salir a horas intempestivas, mentía, sin enrojecer lo más mínimo, sobre una llamada urgente o una reunión de última hora. Pero ese miércoles no tenía ninguna coartada y creí que finalmente Darío lo sabía todo.

Cuando tomé mi decisión lo hice con el condicionante de que Darío no debía enterarse nunca. Habían pasado casi tres años y había aprendido a ser maestra del disimulo a pesar de que siempre me había tenido por una bocazas. Darío no sospechaba nada, o eso creía yo, cuando los domingos vestía a Sergio, lo sentaba en su cochecito y salía a dar un paseo por el parque. Con Sergio me creía a salvo porque cuando apretaba sus manos regordetas entre las mías me sentía fuerte. Mi coraje nacía del instinto y del afecto que compartía con mi hijo. Yo no era valiente, pero me negaba a dejar de soñar tal y como pretendía Darío. «Alicia, calla, por favor, sé razonable.» Y casi me obligó a callar hasta que nació Sergio. Y, no me avergüenza decirlo, me enamoré de mi hijo. Fue por él y sólo por él por lo que quise escaparme de Darío y volar como Wendy y Peter Pan en mis fantasías infantiles. «Estás loca, Alicia», me hubiera dicho si lo hubiera sabido. Pero Darío se habría equivocado, yo no estaba loca. Locos, los había conocido a montones, enloquecían con las ideas que defendían y ciertamente eran muy peligrosos. Yo no, yo me defendía a mí y al niño de un mundo hostil e injusto y deseaba sentirme viva para convencerme de que no estaba inmersa en un sinsentido. Yo era valiente porque Sergio existía y cada noche se dormía con su manita en la mía. Por eso militaba en la organización. Pero esa mi verdad había jurado no confesársela jamás a Darío.

Darío era guapo, lo dijeron mis amigas y lo comentó mi madre cuando se lo presenté. Supongo que debí de fijarme en él porque era guapo. Con el tiempo, los matices se diluyen y deseamos confundirnos. No recuerdo si me pareció interesante,

pero no habría aceptado irme a la cama con él sin ese aliciente. Yo era muy exigente y tonteaba con todos sin acabar de decidirme. En el fondo esperaba a mi príncipe azul. Darío me sedujo porque era médico y me apetecía acostarme con un médico y dejarme acariciar por unas manos expertas. Los polvos con Darío fueron excitantes al principio, aunque también lo habían sido con otros mientras me parecieron interesantes. Él me hizo creer más tarde que fui yo quien tomé la iniciativa y me lo repetía a menudo. «¿Recuerdas, Alicia, cuando me pusiste cerco?» Acabé por darle la razón, le agradaba reinventar su propio pasado. A mí, esas cosas me traían sin cuidado, nunca fui amante de coleccionar fotografías ni de contemplar con ojos melancólicos fragmentos de mi vida. Él, en cambio, era mimoso con su imagen, la proyectaba obsesivamente en todas direcciones y disfrutaba cada vez que conseguía arrancar un pedazo de mi pasado para añadirlo al suyo y construir su propia leyenda.

Admirarlo, lo que se dice admirarlo, ni lo logré nunca ni mucho menos me esforcé en aparentarlo. Él, que estaba acostumbrado a la devoción ciega, se tuvo que conformar con mi escepticismo. Ésa fue, precisamente, la razón de que se fijara en mí.

Yo acababa de conseguir mi título de periodista y soñaba con viajar al sur. Se comentaban los cambios termométricos, sudábamos copiosamente en primavera y a lo largo de los últimos años los incendios habían devastado grandes superficies forestales de Europa y América. El sur se desertizaba a ojos vista, el Mediterráneo se abrasaba y el norte sufría las secuelas de la lluvia ácida. La atención mundial comenzaba a interesarse tímidamente por el agotamiento de los recursos naturales y la destrucción sistemática de la capa de ozono. Fue entonces cuando algunos colectivos centroeuropeos, entre ellos Earth, vaticinaron un calentamiento del planeta y un cambio climático inminente si no se ponía freno a la emisión de gases a la atmósfera y se protegían las grandes selvas ecuatoriales. Pero nadie les hizo caso, todos creímos que la amenaza de un cambio climático era tan catastrofista como improbable y optamos por continuar viviendo alegremente sin preocuparnos por lo que pudiera suceder en un futuro que nos parecía muy lejano.

Conocí a Darío con mi decisión tomada. Viajaría al sur, a ese sur primitivo e indómito que en ocasiones amenazaba con desbocarse tras una larga sequía y que atacaba las blancas conciencias de los blancos que residían al norte. El sur preservaba sus esencias, sus diversidades, sus costumbres ancestrales que nada tenían que ver con la tecnología y la masificación de Occidente. Sentía curiosidad por conocerlo y no me asustaban los peligros ni las contrariedades. Tenía veintitrés años.

Darío no pensaba como yo, pero bailaba el rock estupendamente. Mi hermano Toni estudiaba cuarto de Biología y siempre me rogaba que asistiera a las fiestas que

organizaba su facultad. En realidad, los amigos de Toni eran demasiado jóvenes para mí, y por esa razón fui acompañada. Me puse un ligero vestido de muselina azul, me calcé mis zapatos de medio tacón y, con un suave toque de maquillaje y unas gotas de perfume de jazmín acudí a la fiesta acompañada de un profesor de la Escuela de Periodismo con el que planeaba emprender mi viaje.

Darío me lo impidió, me impidió realizar mi sueño y me prohibió soñar, y todo por unos malditos pasos de rock que jamás repetiríamos. Me fijé en él porque era moreno, muy moreno, tenía los ojos negros y rasgados y el cabello ensortijado. Volteaba a su pareja con arrogancia, pero yo bailaba mejor que ella y Darío siempre había deseado lo mejor.

Sospecho que nunca estuve enamorada. Si lo hubiera estado de mi profesor, no hubiera cedido tan fácilmente al empuje de Darío. Se llamaba Adolfo y, además de no gustarme su nombre, me daba la razón en todo y jamás me contradecía. Adolfo era brillante pero tenía sangre de horchata y a su lado todo era previsible y aburrido. Yo, entonces, aspiraba a que los hombres me emborracharan con sólo mirarlos y se me subieran a la cabeza como un vaso de vino en ayunas. No estuve enamorada porque eso no me ocurrió jamás. Ni tan sólo con Darío.

Darío insistió e insistió para que bailásemos, me invitó a mil copas y me encendió mis cigarrillos sin importarle nada la presencia, cada vez más seria, de Adolfo. No estaba acostumbrada a ser pretendida y Adolfo tosía, sudaba y quería irse, pero yo le retuve; me estaba divirtiendo. Pedí otro chupito y brindé maliciosamente con él por mi nueva licenciatura y nuestro futuro viaje. Sin poder evitarlo, me salió del alma, lancé un guiño a Darío señalándole su copa e invitándole a unirse a nosotros. Darío creyó que el campo estaba libre y me tomó de la mano para comenzar los compases del rock. Yo me desasí. Entonces me fijé en la chispa de los celos en los ojos del uno y del otro y me pareció una experiencia excitante. De hecho, no me la había buscado, había surgido de repente, sin premeditación, como un regalo de despedida de mis tiempos de estudiante. Pronto se acabarían los juegos, los libros y los exámenes, y me cargaría de responsabilidades, pero antes viajaría y el viaje no pertenecería a ninguna de mis edades, sería mi rito de paso. Mi aventura cerraría un tiempo y abriría las puertas al siguiente. Regresaría del viaje para alcanzar la orilla de mi propia Ítaca. Todo eso se me ocurrió en pocos segundos y me trastornó. Impetuosa, concluí que en ese caso me sobraba Adolfo. Adolfo había sido la excusa para proyectarlo y, a partir de ahí, ya no me hacía ninguna falta.

En resumidas cuentas, mientras la música atacaba de nuevo y el chupito se me subía a la cabeza decidí plantar a Adolfo sin más. Acababa de descubrir que era prescindible y que me apetecía un montón viajar sin él.

Adolfo se alejó, ofendido por mi despedida fuera de lugar, y se me pasó por la cabeza comenzar mi aventura desde aquel momento. ¿Por qué no? Y lanzarme a la

pista con Darío. Al fin y al cabo se lo había ganado a pulso.

—¿Bailamos de una vez?

«Estabas muy loca, Alicia.» Era la frase favorita de mi madre. Nunca hubiera tenido que pronunciar aquellas palabras. «Me pusiste cerco. ¿Lo recuerdas, Alicia?» Bailamos, naturalmente que bailamos, y Darío aceptó la mano que le ofrecí y me sujetó tan fuerte que esa vez no me pude desasir.

Perdí la oportunidad de emprender mi viaje aquel verano. Darío se ofreció a jugar a médicos conmigo en un bungalow junto al mar mientras me leía una y otra vez la historia del gran Darío emperador de los persas. Creía sin lugar a dudas que él era su reencarnación y que estaba llamado a emular sus hazañas. Era una broma que me divertía. «Doctor Darío, me duele aquí, me han recomendado que acuda a su consulta.» Darío se prestaba sin mucho entusiasmo y yo me cachondeaba. «Con esas manos que lo curan todo y encima un emperador; gracias, majestad, me siento mucho mejor.»

Darío no entendía las bromas y yo me escabullía de sus brazos cada vez que se ponía pesado. Era trascendente, como su nombre, pero su tenacidad acabó por triunfar. «Alicia, sé razonable, tenemos que hablar, no se puede jugar siempre.» Yo no tenía prisa por vestir trajes de chaqueta y oírme llamar señora. Aún tenía pendiente mi viaje a ninguna parte.

Aquel verano contemplé el mar cada crepúsculo y me acostumbré al estallido de las olas contra las rocas. Se me adormeció la conciencia y no reparé en la arena sitiada por el mar, que ganaba centímetro a centímetro las costas que una vez habían sido suyas. Nuestra playa de aquel verano desapareció completamente varios años después. Pronto, el mar cubrirá el suelo del bungalow y algún día engullirá los vestigios de aquel tiempo en que renuncié a viajar y a jugar.

Darío, cuatro años mayor que yo, consiguió una buena plaza en un hospital de Barcelona. Había hecho muchos contactos en poco tiempo y todos le palmoteaban la espalda cuando, por las noches, salíamos a cenar con otros médicos, y Darío se empeñaba en pagar la cuenta. Y de pronto, como caído del cielo, me propuso un trabajo en la televisión. Había sido gracias a uno de esos amigos bien relacionados. «Alicia, no puedes dejar perder una oportunidad como ésta.» Yo estaba entusiasmada, jamás hubiera podido aspirar a colaborar en un equipo de redacción de espacios informativos. Darío me regaló un traje de chaqueta y lo estrené en mi primera entrevista de trabajo. «Con esa cara de niña no te van a tomar en serio.» Poco después me convertí en su mujer y una tarde me sorprendí girando la cabeza con naturalidad, a medio subir la escalera, cuando la portera me llamó señora. Después, todo ocurrió muy de prisa y confundí caras y nombres, unos años en los que Darío subía y subía

con tesón y yo me zambullía en la vorágine de los fax, los micrófonos y las noticias.

No bailamos más el rock. No hablé más de mi viaje al sur. No jugamos a médicos. Darío era importante y yo era su esposa. Sus contactos no eran tan sólo los del hospital; pronto abrió su consulta y consiguió hacerse con la mejor clientela de la ciudad. Atendía a los políticos, a los empresarios y a la intelectualidad. Darío se puso de moda, yo no acababa de saber a ciencia cierta cuál era su techo, y empecé a acusar un cierto cansancio por la frivolidad de los compromisos y las amistades que conllevaban la carrera de Darío. Se había afianzado en el Luis Ventura y fácilmente consiguió llegar a la dirección, pero sin darse siquiera un respiro se propuso hacerse con la presidencia de la Fundación y me di cuenta de que su ambición no tenía límites. Darío hablaba y yo no le entendía ni deseaba entenderlo por miedo a confundirme, hasta que dejé de escucharle y me alejé de él porque sus palabras sonaban huecas y yo necesitaba creer en las palabras y en los sueños para sentirme viva. Me refugié en Toni y en sus amigos, abrí los ojos a lo que sucedía a mi alrededor y me aferré a una ilusión difusa para renacer a la esperanza.

Todo se hizo evidente poco después con la tragedia del Pacífico. Mi matrimonio, mi vida y mi mundo se vinieron abajo. Fue entonces cuando quise tener un hijo y me incorporé clandestinamente a las guerrillas McLoppainer.

—Y bien, Alicia, ¿no piensas decirme de dónde vienes a estas horas?

Aquella noche creí que Darío lo sabía todo. No me había dado tiempo a urdir una excusa que sonara creíble. No podía responderle que había estado esperando pacientemente en un coche, con Sergio dormido en su sillita, a que regresasen los muchachos que habían colgado la pancarta en la fachada del Banco Central para dejarlos en un lugar seguro. Era demasiado tarde y leía en su mirada que estaba al corriente de mis engaños. Respondí lo primero que me vino a la cabeza.

—Me dijiste que tenías un compromiso con médicos de la Fundación.

Darío se caló las gafas; sólo las usaba para leer, era demasiado presumido para ponérselas en público. Sabía que ofrecía un aspecto más maduro, más inquisitivo. Por eso me miró fijamente a través de los cristales graduados.

—Ésa no es razón para que estés por ahí con el niño. Sergio tiene sus horarios. ¿Dónde estabais?

Tal vez aún tenía posibilidades. A lo mejor sólo quería imponer su autoridad, y no podía permitirse ignorar dónde se hallaban su mujer y su hijo a las doce de la noche de un miércoles. Sí, lo del niño era su mejor coartada. Tentaría a la suerte. Me quité los zapatos con despreocupación, me senté en la cama y me masajeeé los pies fingiendo un gran alivio.

—Estos zapatos me matan. Me parece recordar que te avisé de que iría a ver a Carla, es toda una excursión.

Lo observé de reojo. Darío vaciló.

—Pero Sergio...

Y de pronto se me ocurrió. Todo era muy fácil. Darío estaba enfadado por mi irresponsabilidad, pero desconocía mis motivos. Lo había desconcertado, se había quitado las gafas y dudaba. Intentaba recordar cómo y cuándo le había hablado yo de esa visita a Carla. Aún no estaba todo perdido. Procuré dar toda la energía y convicción posible a mi gesto de quitarme las medias y voltear la cabeza con un chasquido de lengua.

—¿Cómo querías que saliera de casa de Carla después de una acción de las McLoppainer? Te has enterado, supongo. Las calles están plagadas de controles. Preferí acostar al niño y esperar unas horas. Si hubiera sabido que estabas en casa, te hubiera telefoneado.

Lo había desarmado. Darío cerró el libro y lo colocó en su mesilla. Estaba vencido, pero eso tampoco me convenía, se trataba de salvar la situación, no de plantear una guerra abierta. Le sonreí.

—A mí también me hubiera gustado llegar antes, pero creía que no estarías. Últimamente no tenemos demasiadas ocasiones de vernos a solas.

Darío suavizó las facciones, se incorporó y extendió su brazo. Me acarició lentamente la pierna mientras yo luchaba con la cremallera de mi falda. No pude evitar ponerme nerviosa. Era eso. Darío me ayudó con la cremallera y me desabotonó la blusa. Tomé aire y suspiré al sentir el contacto de su mano fría en mi piel. Darío creía que era suya, como su escritorio, como su yate.

Pero mi secreto continuaría siendo mío, mío y de Sergio.

CAPÍTULO 3

El teléfono sonó insistentemente y Mario saltó de la cama creyendo que era el despertador. Descolgó con voz soñolienta y oyó la voz de su madre a más de setecientos kilómetros de distancia. Le cogió desprevenido.

—Sí, mamá, no te llamo más a menudo porque estoy ocupado.

No era del todo cierto. Le sonaba a excusa repetida. Su madre le llamaba por lo de la boda de su hermano menor, Gerardo, que se casaba a principios de septiembre. Le había enviado la invitación pero no había recibido respuesta.

—Sí, la recibí.

Su madre quería saber si asistiría a la boda. Hacía tanto tiempo que no le veían...

—Haré todo lo posible, pero no te lo aseguro.

Aguantó algunos reproches velados que su madre lanzaba por inercia, sin demasiado énfasis. Se quejaba de su padre, de los años, del clima, de todo aquello que la molestaba. Era un recordatorio de que ella existía.

—No le des importancia, procura salir con las amigas y divertirte. Un beso.

Colgó el teléfono y comenzó a buscar un bolígrafo.

La pérdida del último vínculo de su infancia en las montañas fue la muerte de los abuelos y de don Ramón, el maestro. A sus padres, distantes demasiados kilómetros, los visitaba a intervalos cada vez más relajados y jamás creyó que ni ellos ni él tuvieran que fingir un afecto que no sentían. Vivía en Barcelona desde hacía más de diez años, lejos de la ciudad del Cantábrico que lo vio nacer y del pueblo de las montañas en que creció junto a los abuelos, y no sentía ningún desarraigo. Sus verdaderos padres estaban enterrados bajo los sauces de las colinas y los valles sumidos en el abandono, y sólo regresó para cerrar la casa el invierno en que murieron. Él estaba en el último año de carrera y había prometido al viejo que le tomaría la tensión por las Navidades, pero no pudo cumplir su promesa porque expiró como un pajarillo a causa de una gripe mal curada. Mario siempre supo que su abuelo se dejó morir por ir a hacer compañía a la abuela y no quedarse solo en el inmenso caserón, y sobre todo por no ver lo que estaba sucediendo a su alrededor. El mundo cambiaba demasiado de prisa y ya no era aquel lugar monocorde y plácido en el que la vejez era un estadio de merecido reposo. Los viejos eran un estorbo y las vacas también. En la Comunidad Europea les pagaban por deshacerse de ellas y el pueblo quedó atrapado entre la reconversión ganadera y el desmantelamiento industrial. El

abuelo prefirió morir tranquilamente junto a su huerta, su jardín y sus rosas, y aún pudo contemplar los últimos vestigios de nieve en las montañas antes de cerrar los ojos. Sus padres pusieron la casa en venta, y cuando Mario acudió a cerrarla, cerró un tiempo que supo perdido para siempre. Sepultados entre las paredes del caserón, quedaron los recuerdos de los largos paseos por el monte con don Ramón, los guisos de la abuela y las charlas interminables del abuelo.

Ningún bolígrafo escribía. Por fin halló un lápiz mordido, marcó el día de la boda de su hermano en el calendario y calculó mentalmente cuántas guardias le debían. Podría cogerse un jueves y un viernes y sumarlos al fin de semana. Se prometió resolverlo de inmediato y evitarse así tener que improvisar a última hora. Una vez lo hubo anotado en la agenda, tomó la carpeta que le había dado Darío y se entretuvo ojeando los papeles que contenía.

Hablaban de una tal Ana Vila de veintiocho años que había trabajado en el sur y había conocido campos de refugiados, sequías, guerras y plagas endémicas. Lo predispuso en contra. Le sonó a currículum heroico, apañado para impresionar a médicos acomodaticios como él.

Después de darse una ducha, tuvo la extraña sensación de despertar de una duermevela inquieta. La percepción del día anterior se oscurecía en brumas mal difuminadas y el tiempo le resultaba lejano en el recuerdo. Había un antes y un después y, aunque la noche fuera la frontera precisa entre el ayer y el hoy, supo que la razón de su despertar se debía a su encontronazo con Darío. Todo le pareció ajeno: su encuentro con los policías, el miedo de Rosa Lago, la obcecación de Lena, la urgencia de Luisa, la vulnerabilidad de Tomás, la ira de Darío. No sabía a ciencia cierta si había sucedido o lo había inventado.

Darío le había dado un bofetón y él había caído en la cuenta de quién era y de lo poco que valía.

Recordó que no tenía moto y le irritaron las voces de falsete del televisor de los vecinos. Durante un mes tendría que acostumbrarse a cambiar la ruta de su trayecto habitual. No le apetecía en absoluto hacer largas colas en el autobús ni pegar empujones en el metro. Consultó la hora y la temperatura y decidió probar suerte dando un paseo. Recogió la carpeta de la nueva médico y, antes de salir, paladeó un café cargado de azúcar.

Ana lo esperaba en su consultorio, amparada discretamente por la sombra de la persiana echada. Su currículum decía que tenía veintiocho años, pero parecía más joven. Estaba sentada con las piernas levemente cruzadas y las manos caídas, sueltas. Vestía bata blanca y bajo la ropa se adivinaba su delgadez. Le saludó con una sonrisa errática. Tenía el rostro curtido por el sol y sus ojos eran acaramelados. Todo en ella tenía el matiz de la contención, de la ambigüedad y Mario olvidó los recelos que había concebido al leer su historial. Era imposible tratarla con brusquedad y, sin

pretenderlo, las palabras fluyeron amables. Ana callaba, atendía y anotaba diligentemente en una pequeña libreta milimetrada. Su trazo era firme, y escribía con una letra picuda, inconfundible. Mario, de refilón, observó la armonía de sus apuntes y dedujo un estricto sentido del orden. Ana se había mostrado discreta en todo momento y le había dejado hablar, y Mario valoraba sobremanera la virtud de los que sabían escuchar.

—¿Tienes alguna pregunta, alguna observación?

Ana ladeó la cabeza y hurgó en los historiales que habían repasado.

—Bueno, me he fijado que continuáis administrando Primperan a la paciente tres mil ocho, aunque hace tres días que come con normalidad y no se queja de náuseas.

Su tono no era quisquilloso. Había hablado en un susurro, sin dar excesiva importancia a sus palabras. Mario reflexionó unos breves instantes.

—De acuerdo. Suprime la medicación tú misma.

Ana hizo la corrección diligentemente. Mario sentía un vacío en el estómago y estaba deseando bajar a desayunar.

—Alguna duda, alguna otra observación...

Ana habló con voz suave:

—La planta está bien organizada pero yo añadiría un refuerzo en el turno de noche, sobre todo por las urgencias.

Mario la escuchaba con interés.

—No quiero desilusionarte, pero en esta casa el presupuesto es sagrado. Darío no suelta ni un duro.

Ana asintió con la cabeza, lo suponía.

—Por lo demás, me parece bien la repartición de las tareas del personal, los horarios de visita y los controles. Te tengo que felicitar por los historiales. Lleváis un control clínico muy ajustado.

La entrevista adquirió un tinte más amistoso.

—Me he fijado que no hacéis distinciones con los residuos. ¿No habéis pensado en clasificarlos en función de la peligrosidad?

Mario recordó una antigua discusión que había quedado en tablas.

—Si en esta planta acordáramos un criterio, no serviría de mucho. La política tendría que ser ratificada por todo el hospital y asumida por Sanidad. Se intentó una vez, pero sin éxito.

Ana insistió.

—Una intentona fallida no significa nada.

No era un tema que preocupara a Mario, por eso le pareció excesivo discutir sobre ello.

—¿Qué propones?

—Disponer de bolsas que se identifiquen fácilmente y enseñar al personal de enfermería y de limpieza la forma de clasificar los desechos infecciosos y los residuos citostáticos.

Mario se permitió objetar:

—Pero si esos residuos no son incinerados en plantas especiales no ganamos nada, y eso sí que ya no es tarea del hospital.

Ana no se arredró.

—Podemos iniciar una experiencia piloto.

—Necesitarás el permiso de Darío.

—Lo tendré.

Mario se extrañó de que lo dijera con tanta convicción, con Darío jamás podía uno afirmar con antelación nada. A no ser que... recordó la insistencia de Darío por Ana y lo acechó una sospecha. Tal vez se había equivocado. ¿Qué otra razón había para que la número uno de promoción, y muy probablemente de buena familia a juzgar por sus modales, optara por un destino tan siniestro como el campo Ouarz? Ana le escudriñaba con sus ojos acaramelados y él intuía que algo no encajaba en el rompecabezas de la personalidad de Ana. Su aspecto inocente, la brillantez de sus estudios, su dura experiencia en el sur, su dulce terquedad y esa ingenuidad infantil de creer que Darío la escucharía y se embarcaría en un proyecto de cariz ecologista que no le reportaría ningún beneficio... O bien pecaba de estúpida o bien estaba muy segura de su ascendente. Quizás se las tendría que haber con una soplona entrometida, y de éstas sobraban.

—¿Sois buenos amigos Darío y tú?

Ana frunció el entrecejo.

—¿Qué insinúas?

—Generalmente no se preocupa de los recién llegados.

Ana continuaba seria.

—No hubo ningún tipo de enchufe. Opté a la plaza desde Ouarz y tenía méritos suficientes.

Mario se disculpó y admitió su grosería. Se había expresado mal.

—No quería decir que no te merecieses el puesto, de eso estoy convencido, pero...

Mario se sintió incómodo. Entraban en un terreno en el cual hubiera preferido no poner los pies. Se arriesgó, ya había comenzado y no podía dejar la conversación a medias.

—Darío y yo no nos tragamos. Así de fácil. Si no te lo digo yo, te lo dirá cualquier otro por los pasillos. Prefiero adelantarme.

Ana sonrió con franqueza.

—Es un engreído, en eso estamos de acuerdo.

Mario respiró agradecido.

—Y ya puestos en el terreno de las confidencias, te confesaré que me acusan de borracho y cosas peores.

Ana rió alegremente. Su carcajada era sincera.

—¿Y esas cosas peores también se refieren a tu moralidad?

Mario entrevió que se podrían entender inter pasillos. Le pareció un buen comienzo.

—Digamos que mi moralidad es dudosa, no como la de Darío, que es intachable. —Recordó la cita de Darío, a espaldas de su mujer y sonrió—. Intachable de puertas afuera, claro.

—Las moralidades intachables o son ficticias o sumamente aburridas.

Mario se levantó de su silla reconfortado. Tendría una aliada en la planta que podría sacarle de muchos apuros.

—Te invito a desayunar.

Ana se levantó de un salto.

—Tú mandas.

Mario la condujo hasta el bar, agradeciendo el aroma dulzón de la leche y el café y los saludos y bromas de los compañeros, que otras mañanas le resultaban insoportables. El hospital era su segunda casa y tras diez años de deambular por sus largos corredores había acabado por hacer suyos los desconchados de las paredes y las grietas de los techos. Se sentía condescendiente y Ana no era ajena a ese clima de bienestar. Mario se acomodó en la barra y la puso al corriente de algunos cotilleos de la planta. Ana mordisqueaba su ensaimada y reía.

—¿Ninfómana?

—No hace ascos de chicas como tú.

—He conseguido salir ilesa de peligros peores, créeme.

—He leído que estabas en el campo Bull cuando lo del bombardeo. ¿Cómo fue?

Ana desmenuzó nerviosamente la ensaimada. No respondió. Mario se disculpó.

—Lo siento. Debió de ser terrible.

—No puedes imaginártelo.

—Aquí no ocurren cosas de ese tipo, estamos en el Primer Mundo, o eso dicen. Las guerrillas McLoppainer nos ofrecen algún que otro entretenimiento. Ayer, por ejemplo.

Ana mostró curiosidad.

—¿Qué opina aquí la gente sobre los sabotajes?

—¿La gente? —Mario miró a su alrededor cómicamente—. A qué gente te refieres. —Señaló con discreción—. ¿Ves ése de la nariz ganchuda? Ése opina que deberían colgarlos a todos. En cambio, la de las medias de colores que se zampa el bollo con azúcar los aplaude siempre. Hay opiniones para todos los gustos.

—¿Y la tuya?

—A veces opinar es muy cansado.

—¿Por el calor?

—Aquí se aguanta, pero fuera no quedan ni sombras donde refugiarte.

Ana apuntó con su dedo hacia una ventana que daba a la calle.

—Los plátanos están muertos. Cuando me fui aún estaban vivos.

Mario se conmovió. Esa misma mañana, camino del hospital, había reparado en

las ramas macilentas sin hojas que jalonaban las avenidas. Tomás estaba en lo cierto. El cambio climático era tan evidente como inquietante.

—Y las hayas y los robles y los castaños y los sauces se están secando; apenas quedan árboles en las montañas.

Ana parpadeó levemente y se retiró un mechón de la frente.

—No creía que fuera cierto hasta que lo vi con mis propios ojos. Sólo han pasado cuatro años, pero parece una eternidad.

—En cuatro años pueden ocurrir muchas cosas.

Ana volvió al silencio. Tal vez pensara en esos cuatro años y las esperanzas que depositara en su regreso.

—Esa rubia no te quita los ojos de encima.

Mario se giró rápidamente y tropezó con la mirada inquisitiva de Lena. Maldijo la hora en que se fijó en su culo y procuró disimular.

—Es teñida.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Lo has dicho sin pestañear.

—Se ve a la legua.

Mario se puso nervioso. Lena estaba desayunando en compañía de un anestesista pendenciero. Una vez, en pleno quirófano, se lió a tortazos con el cirujano por un asunto de faldas. Formaban una pareja temible. Mario consultó el reloj y Ana se le adelantó.

—Vamos.

Abandonó su ensaimada sobre la barra, casi intacta, y avanzó con seguridad entre sillas y mesas en dirección a Lena. Le sostuvo la mirada sin tapujos durante todo el trayecto, inclinó la cabeza al pasar junto a ella y estudió las raíces de su cabello. Mario palideció. Ana, con aplomo y sin modular la voz, comentó tranquilamente:

—Tienes razón, es teñida.

Todo sucedió tan rápido que las piernas de Mario flaquearon, pero el instinto le recomendó seguir adelante sin mirar atrás. No le hizo falta ver la expresión de Lena. La imaginaba mueca a mueca. Jamás la habían sorprendido de una forma tan efectiva. Ana asestó tan certeramente su golpe que los pilló desprevenidos a todos. A Lena, al anestesista y a él. En el pasillo Mario se agarró a la puerta para no caerse de la risa.

—Pero... ¿cómo has podido?

Los ojos de Ana danzaban juguetones.

—Se lo estaba buscando. No ha dejado de criticarnos desde que ha puesto los pies en el bar.

Mario se secó las lágrimas y se sintió obligado a advertirla.

—No sabes con quién te la juegas.

—Primero te la jugaste tú... ¿o no?

Mario tuvo la certeza, desde aquel segundo encuentro, de que Ana estaba muy lejos de ser lo que parecía.

Esa misma mañana transmitió el expediente de Rosa Lago al despacho de Darío. No le costó tanto como creía. Simplemente se puso en su lugar y cumplió la orden de su superior. Rosa Lago ya no era su paciente y, a partir del momento en que su carpeta desapareció de su archivo, se esfumó con ella cualquier responsabilidad sobre su vida. Su conciencia ya no podía exigirle que hurgase en su historial para descubrir la causa de su tumor. Había cometido una estupidez sacando las cosas de quicio. Un tumor no dejaba de ser un tumor, y los había a miles, a millones, muchos de ellos causados por alimentos adulterados, exposiciones a radiaciones no estudiadas o inhalaciones de productos cancerígenos. Reconsideró su situación con calma. Había sufrido de estrés, le ocurría a menudo. Las presiones de Lena, el calor y el exceso de trabajo en la planta habían disparado su alarma personal. No era la primera vez que sucedía, y en esos momentos el mundo entero giraba alrededor de una obsesión que tomaba el cariz de lo absoluto. Obcecación, eso era. Se había obcecado en torno a una idea. Esa tarde envió unas líneas al correo electrónico de Tomás informándole que se había resuelto el tema de los tranquilizantes y advirtiéndole que se olvidara del *report*; todo había sido un malentendido. Unos días después encontró un par de mensajes vacilantes de Tomás en su contestador, le pedía que le llamase para charlar sobre el *report*, pero le dio pereza contestar a su llamada y los borró fingiendo que no los había oído. Deseaba borrar de su memoria al Erzorium y a Rosa Lago.

El día que le retiraron el carnet de conducir se sintió incapaz de reinventar hábitos tan arraigados como el de trasladarse de un lugar a otro de la ciudad sin la rapidez que le brindaba la moto. Sin embargo, una vez ensayado su trayecto, descubrió, paso a paso, caminos inciertos de la gran ciudad y rincones que les estaban vedados a los motoristas. Se aficionó a las caminatas, miró a su alrededor y dio la razón a Ana. Los parques se hallaban despojados de flores y los parterres, mustios, eran incapaces de cortar la sucesión de grises que fachadas, aceras y cielos conferían a las tonalidades ciudadanas. Sin embargo, y a pesar de la crispación política que se detectaba por el caso Benedetto y por los recientes atentados a la petroquímica, Mario inauguró un paréntesis de optimismo en su período estival.

Los paseos le abrían el apetito y pronto recuperó el gusto por la comida y el sexo. Empezó a salir con Sofía, amiga de Pierre, que siempre estaba dispuesta a un polvo de última hora, y efectuó los trámites para marchar a Santander hacia principios de septiembre y poder asistir a la boda de su hermano Gerardo. La tranquilidad de tener a Ana cerca para sustituirlo y solventar los problemas de la planta le permitió liberarse momentáneamente de algunas obligaciones engorrosas y hasta ese día ineludibles. Por las noches trasnochaba en casa de Pierre y, confiado, llegaba al hospital cada día un poco más tarde. Milagrosamente, las manos de Ana ya habían actuado en su nombre con diligencia. Ana hizo buenas migas con Emilia, la enfermera jefe, y en ausencia de Mario asistía a los partos, visitaba a las internas y

controlaba las medicaciones. Sus anotaciones, meticulosas, con su característica letra picuda, comenzaron a serle familiares en la lectura de los historiales. Las pacientes le preguntaban por ella, con afecto, los días que libraba. Ana le fue comiendo terreno en algunas cuestiones en las que él se había mantenido siempre inflexible. Consiguió ablandarlo, hasta arrancarle un sí remiso, para retirar el antibiótico en las puérperas que amamantaban a sus hijos, y obtuvo su permiso para asistir a un par de partos sin epidural. Ana conseguía que sus pequeños triunfos no fuesen vividos como derrotas por sus adversarios, era hábil en la palabrería y dulce y firme para imponer sus puntos de vista. Mario estaba admirado por su tesón y su infatigable laboriosidad. Su llegada había sido providencial y desde que pusiera los pies en la planta todo funcionaba como un reloj. Emilia, que no tenía pelos en la lengua y era parca en elogios, le confesó una mañana que Ana era algo así como un ángel caído del cielo. Poco a poco, los pasillos se alegraron con la presencia de bolsas de basura de color rojo y azul con etiquetas impresas en las cuales se indicaba el tipo de residuos que les correspondía. Ante el estupor de Mario, las enfermeras y el personal de limpieza las utilizaron sin una queja ni un reproche, a pesar de que esa tarea requería una atención especial y rompía una dinámica de años que nadie había osado interferir. Ana lo hizo, cambió costumbres y modificó hábitos. Ese encaje difícil de una recién llegada no se realizaba jamás sin herir susceptibilidades o incurrir en errores imperceptibles. Ana consiguió ser la primera, que recordara Mario, en ocupar su lugar como si hubiese estado siempre en él. En silencio, casi de puntillas, había impuesto su voluntad y se había hecho imprescindible.

Tomás los sorprendió una mañana en el bar. Mario le presentó a Ana y le invitó a compartir su mesa con ellos, pero Tomás no abrió la boca durante todo el desayuno y se comportó cohibido, como solía ocurrirle en presencia de mujeres. Una vez Ana los dejó solos, rompió su silencio.

—O sea, que era eso.

—¿El qué?

—El motivo de tus ausencias.

—¿Te refieres a Ana?

—No, te entiendo. Yo en tu lugar preferiría su compañía a la mía.

—Esta vez fallaste.

—No me digas que no...

—Es una profesional magnífica.

—¡No fastidies!

Mario se molestó.

—No sabría decirte qué talla de sujetador usa. Ni me he fijado en sus piernas.

Tomás hizo un gesto elocuente y se recolocó las gafas.

—Pues están pero que muy bien, te lo aseguro.

—Toda tuya si te atreves. Me juré que después de Lena no quería líos en el trabajo.

Tomás se negaba a creerlo.

—Eso sí que no, se ve a la legua... a mí no me engañas.

Mario hablaba en serio. Las pocas veces que hablaba en serio nadie lo creía.

—Colegas, somos colegas. Entérate.

—Eres gilipollas.

—¿Para eso me buscabas, para darme el coñazo?

—Está bien, no tocaré el tema de Ana. Te dejé un par de mensajes en el contestador.

Mario recordaba perfectamente los vagos mensajes de Tomás que borró.

—Dime.

—Se trata del Erzorium.

Mario se puso en situación a pesar de que no le apetecía lo más mínimo.

—Sí. ¿Y qué?

—Envié los datos a través de Internet.

Mario perdió el aplomo. No podía ser cierto.

—¿Cómo?

—Lo hice bajo mi responsabilidad. Firmé yo el *report*.

Mario se pellizcó.

—¿Estás loco?

—Era un asunto serio, me convenciste.

—Y yo te envié una nota por el correo electrónico al día siguiente, ¿recuerdas? Era una falsa alarma.

—Te equivocas.

Tomás lo dijo con convicción. Estaba satisfecho de sí mismo. Mario se puso a la defensiva.

—El Erzorium es absolutamente inocuo, su relación con los cánceres de mama es absurda.

Tomás sonrió de oreja a oreja.

—Me han llegado tres confirmaciones de casos similares. De Zaragoza, de Huelva y de Lyon. Están a la espera de nuestra respuesta. Eres un lince.

Mario chasqueó la lengua. Lo había pillado desprevenido.

—No puede ser.

—Pues lo es.

—Imposible.

—No, Mario. Tuviste una intuición acertada.

Mario se desconcertó. La fórmula del Erzorium y los historiales de cáncer de mama ya no le decían nada. Eran asuntos antiguos, sin entidad. De repente aparecía Tomás y pretendía que se le encendiera la sangre ante una injusticia que ni le iba ni le venía. Todo había cambiado, la información estaba descontextualizada. Apuró de un

sorbo el café que le quedaba.

—Eres idiota. Te dije que lo dejaras correr.

Tomás calló entre sorprendido y ofendido. No asimilaba el repentino desinterés de Mario.

—¿Has entendido bien lo que te he dicho? Tenías razón, esas pastillas posiblemente son peligrosas. Lo han corroborado catorce casos más. Tengo los historiales en el despacho, dicen un montón de cosas que yo no entiendo, pero me han respondido. ¿Te das cuenta? No puede ser el azar.

Mario no quería escucharlo. No deseaba dar marcha atrás y volver a enfrentarse al desconcierto y al miedo a las represalias de Darío. Afortunadamente había conseguido borrar la expresión suplicante de Rosa Lago de su conciencia. Ya no era su paciente, no podía resolver su caso ni le competía.

—No me interesa.

—Eres un cabrón. ¿Cómo puedes decir que no te interesa? Pues entérate, a mí sí que me interesa. Mucho.

Mario comprendió que por las malas no convencería a Tomás.

—Perdona, no he querido ofenderte. Ya sé que es importante, pero, seamos sensatos. ¿Qué ocurrirá con Laboratorios Losón? Quizás te has creído que te felicitarán y te colgarán una medalla.

—Es una bomba.

—Que nos puede explotar en las manos.

—¿Qué pasó con Darío? ¿Te paró los pies?

—Entre otras cosas sin importancia, Darío nos puede despedir a los dos.

—Eso ya lo sabía.

—Más vale que retires el *report* de la circulación y te disculpes. Has montado un buen pitote.

Tomás se mantuvo en sus trece, frunció el entrecejo y negó con la cabeza.

—No.

—Hazlo por mí.

—Estamos hablando de vidas humanas.

Mario se asustó. Su cabeza estaba en juego y Tomás se la ofrecería a Darío en bandeja de plata. Pero lo peor era que si continuaba dando cancha a Tomás, acabaría cediendo a sus argumentos. Las acusaciones de Tomás le hurgaban la piel y comenzaban a dolerle. Ante la posibilidad de quedar cogido por las palabras, huyó de ellas.

—A mí no me mezcles en tus aventuras de detective. Tengo prisa.

Tomás le miró con rabia.

—Vete a la mierda.

Plantó a Tomás y se refugió en sus quehaceres.

Tomás le recordó a Andresito, un antiguo compañero de la escuela que se empeñó en escribir de derecha a izquierda para desesperación del maestro, el bueno de don

Ramón. Andresito ganó por tozudería y sus padres, campesinos propietarios de una veintena de vacas, le dieron la razón y acabaron por sacarlo de la escuela.

Fue una revelación surgida a las doce de la noche en el baño de su apartamento mientras intentaba cortarse las uñas de los pies. Sofía se había quejado de sus arañazos y la complació. Con el cortaúñas en mano atacó su dedo gordo. Tomás le había mirado de frente, como los toros, dispuesto a embestir. No daría su brazo a torcer porque era obstinado y no valoraba todo aquello que podía perder por su falta de sentido común. Era Andresito. Tomás escribía al revés y tenía la cualidad de creer que todos los demás se equivocaban.

No volvió a saber de él. Lo evitó o, simplemente, no coincidieron.

Semanas más tarde, de madrugada, llegó con Sofía al apartamento. Habían estado en un parque de atracciones cerca del mar. Sofía era amante de las atracciones peligrosas y había arrastrado consigo a Mario en un viaje vertiginoso sobre balsas, trenes, aviones y cachivaches prodigiosos que los lanzaron por los aires desafiando los más elementales principios de la gravedad. La noche de Mario se pobló de gritos y luces y se sintió confundido entre miles de visitantes que, como él, pagaban por ser centrifugados hasta perder la conciencia de su propia dimensión. Bebieron y se marearon. De regreso, Mario vomitó en el arcén de la autopista. Sofía se rió de él y condujo el resto del viaje con las ventanillas abiertas y el pie en el acelerador, hasta que el cuentakilómetros marcó los ciento sesenta. En cuanto llegó al apartamento de Mario se quitó el vestido negro, lanzó los zapatos al aire y, desnuda y desafiante, se estiró sobre el sofá de la sala.

—Me gusta. Tú y tu apartamento me gustáis.

Se puso en pie, dio un par de vueltas a la sala, midiendo las baldosas, y se rascó una nalga, impúdica, satisfecha de su descubrimiento. Luego, con toda naturalidad, abrió el mueble bar. Preparó dos gin-tonics e invitó a Mario. Mario rechazó su copa.

—Bueno, me las beberé yo. Tengo cuerda para rato. ¿Sabías que esta sala tiene la medida justa para ser perfecta? Treinta metros.

Mario la contemplaba y callaba. Aguantó el vértigo y el mareo durante toda la noche para cobrarse el polvo que le correspondía. Sin embargo, llegado el momento, le apetecía dormir solo. La desnudez obscena de Sofía lo había enfriado. Sofía abrió los brazos, pero Mario no acudió. Encendió un cigarrillo y se acodó en la ventana. El teléfono sonó una vez, dos, pero no pudo llegar hasta él. Sofía se le había adelantado.

—¿Sí? ¿De parte de quién?

Le arrancó el teléfono de un manotazo. Su sorpresa fue mayúscula.

—¿Ana? No, no dormía. ¿Ocurre algo?

Sofía, juguetona, le desabrochaba los botones de su camisa y Mario le retiró las manos. Sofía frunció el ceño y se sentó en el suelo, con la cabeza gacha y, mientras él escuchaba la voz de Ana, extraña a través del hilo telefónico, no dejó de lanzarle

miradas de resentimiento.

—¿Y dices que ha preguntado por mí? De acuerdo, ahora mismo voy.

Colgó ensimismado. Habían ingresado una paciente de urgencias, un caso grave. Sufría hemorragias intestinales y sospechaban que se trataba de un tumor de colon. Era Rosa Lago. Decidió llamar un taxi, no se sentía con fuerzas para caminar hasta el hospital. Sofía detectó que prescindía de ella.

—No te irás a largar y dejarme así.

Mario le lanzó su vestido.

—No vuelvas.

Sofía se quedó helada.

—¿Qué dices?

—Que no aparezcas más por aquí. Estoy harto de ti.

Sofía se puso el vestido, a la defensiva.

—A ver si aclaramos este asunto. Has sido tú quien me ha telefoneado.

Mario no le contestó. Tomó la puerta y salió. No podía remediarlo. Era como tantas otras veces. A partir de ese momento, Sofía le era del todo indiferente. Ya no conseguiría ponerlo cachondo y no valía la pena gastar tiempo ni dinero en su compañía.

Afortunadamente, Ana estaba de guardia esa noche. Otro cualquiera, en su lugar, no habría hecho caso de una paciente y no lo habría molestado a esas horas. Ana pasó por encima de los convencionalismos y se saltó las normas. Juntos visitaron a Rosa Lago. Tenía los ojos muy abiertos y sus manos, crispadas, se asían al embozo de la sábana. Mario recordó su misma expresión unas horas antes, al descender por la cascada, agarrado a la barca. Él se lanzó por frivolidad. Rosa, no. A Rosa la habían lanzado a la fuerza.

—Tranquilícese, Rosa, todo irá bien.

—No quiero que me hagan más pruebas. Quiero que me dejen.

—Compréndalo. Si no sabemos qué tiene, no podremos curarla.

Rosa gimió.

—Los niños se han quedado solos. Están asustados.

Ana se acercó y le tomó la mano.

—Si me da el teléfono de algún pariente que se pueda hacer cargo de ellos, yo misma le llamaré.

Mario se sintió aliviado. Rosa musitó unos números y un nombre y Ana los dejó solos. Rosa hablaba en sordina. A su lado, una anciana roncaba intermitentemente.

—El doctor Estévez me dijo que no era urgente, que no había prisa, que usted se había precipitado.

—Hubo un cambio de expedientes y pasaron su caso a otros médicos que pensaban diferente que yo.

—Eso no es justo. Yo le tenía confianza a usted.

No supo qué contestar. Moralmente le daba la razón. Su ética profesional, sin

embargo, consistía en no cuestionar a sus superiores.

—Ahora la operarán. Ya está ingresada.

—¿Y si ya es demasiado tarde?

Había transcurrido un mes. Un mes sin controles, sin analíticas. Quizás fuera tarde, pero no podía transmitirle su angustia.

—Yo me ocuparé de todo.

Un brillo de esperanza iluminó los ojos de Rosa.

—¿No me engaña?

Mario recordó su viaje. Era un inconveniente, pero todo tenía solución.

—Le doy mi palabra.

—También me la dio la otra vez y...

Un camillero acudió a recoger a la señora Lago para realizarle una prospección de colon. Mario le apretó la mano y la vio alejarse a través de los pasillos. Ana lo encontró pálido. Había localizado a los cuñados de Rosa y le habían asegurado que se ocuparían de los niños.

—Te conviene un café. No estabas preparado para madrugar.

Mario se dejó acompañar al bar, desierto a esas horas, y vomitó por segunda vez en esa noche.

—Soy un mierda.

Ana le obligó a beberse su café y le escuchó. Le escuchó sin reproches y no le interrumpió con comentarios idiotas. Mario le habló sobre el Erzorium, sobre la curiosidad que le habían despertado los casos anteriores a Rosa, el *report* que había redactado, su conversación con Darío, el traspaso del expediente a Estévez y la decisión de Tomás de actuar por su cuenta. Ana no lo interrumpió ni una sola vez. Su rostro parecía inalterable. Meditó unos instantes, asimilando toda la información que le había proporcionado, sonrió con condescendencia y se permitió una palabra que no pretendía reconfortarlo.

—Ésa es la impotencia.

Lo había resumido y todo era fácil cuando salía de su boca. Impotencia.

—Le partiré la cara a Darío.

—No seas burro, no conseguirías nada.

—Ese error le corresponde a él.

—Evita enfrentarte con Darío; saldrías perdiendo. Puedes retomar el caso de Rosa Lago por el procedimiento de urgencia sin alertar a nadie. Hazlo con discreción.

—¿Y qué hago con el Erzorium?

Ana tardó en responder y cuando lo hizo su mirada era cautelosa.

—Contigo o sin ti, la mecha ya está prendida. Has dicho que Tomás piensa remover cielo y tierra, y si es testarudo lo conseguirá.

Estaban solos. Muy próximos. Miró a Ana de una forma diferente y esa vez vio su cuerpo bajo su ropa. Desvió la mirada porque no quería fijarse en ella. Ana no tenía edad, era una mujer sin edad que podría ser su madre, su abuela, su amante, su hija.

Le invadió la ternura y deseó abrazarla pero reprimió su impulso.

—¿Nunca te sientes perdida? ¿Nunca tienes miedo?

Ana levantó la vista. Hablaba en un susurro:

—A veces querría no ser humana.

Mario no olvidó nunca esas palabras.

CAPÍTULO 4

Cuando supe que en televisión se barajaba la posibilidad de realizar un reportaje sobre Benedetto corrí a entrevistarme con el nuevo jefe de programas para convencerle de que yo, Alicia Luque, era la persona idónea para dirigirlo. Lo hice a sabiendas de que jamás me lo concedería. Nuestra antipatía era mutua y manifiesta, y sin embargo no me arredré y le solicité ese favor porque para mí Benedetto significaba mucho más que un titular de portada.

Siendo yo muy joven, lo entrevisté en la cárcel de Peruggia cuando ni tan sólo se habían fundado las guerrillas McLoppainer. Lo habían encarcelado por su sabotaje al pantano de Murieto y una revista de actualidad me encargó el reportaje por mis conocimientos de italiano. Sin pensármelo dos veces, me subí al avión y mi madre me despidió con su frase favorita: «Alicia, estás bien loca.»

Aquel día llevaba conmigo una maleta llena de papeles y bolígrafos, un radiocasete, una máquina fotográfica y un montón de preguntas preparadas, pero estaba muy nerviosa porque era mi primer trabajo en el extranjero. Entonces era muy joven y poco ducha en lidiar con políticos, papeleos y funcionarios de prisiones. Cuando llegué a la celda de Benedetto, después de un larguísimo meandro de trámites, me cayó la maleta al suelo y todos mis apuntes quedaron desperdigados. Benedetto advirtió mi confusión y se agachó conmigo para ayudarme a recogerlos, y yo me disculpé como una niña por parecer tan niña, y mientras hablaba, sin que él me interrumpiera, me fui sintiendo cómoda en su compañía y le confesé sin más que estaba asustada y que temía hacerlo mal.

Benedetto explotó en una carcajada y me invitó a sentarme en una silla. Me dijo que no le gustaban los formalismos y que llevaba mucho tiempo sin hablar con nadie y sin hacer ningún dibujo al natural, y que yo le venía como anillo al dedo. Me pidió permiso para hacerme un retrato al carbón y me recomendó que me olvidase de las preguntas preparadas. Ya irían surgiendo poco a poco.

En la cárcel le permitían tener papeles, lápices y carboncillos, y a medida que reunía su material comentó que todos estábamos asustados por algo y que lo que más le asustaba a él de nuestro tiempo, el tiempo que sin escogerlo le había tocado vivir, era la mezquindad. Sujetó mi cara unos segundos para orientar mi perfil hacia la luz, tomó su carboncillo y comenzó a hablar con una voz persuasiva y musical. El italiano, la lengua que yo conocía tan bien, me pareció más entrañable que nunca en boca de Benedetto.

—Mire usted, *signorina*, en este mundo todo tiene un precio pero nada tiene

valor. ¿Cuánto vale el aire que respiramos? ¿Cuánto vale el agua de nuestros océanos? ¿Y una vida humana? Somos muy mezquinos si creemos que podemos poner precio a todo eso.

Mientras hablaba me iba estudiando de soslayo y dibujaba frunciendo el entrecejo, concentrado en su labor. Le pregunté sobre el dinero. ¿Qué valor le otorgaba?

—El dinero lo puede todo, pero no sirve a las personas, se sirve a sí mismo y a quien lo posee. Las entidades financieras acostumbran a ser más poderosas que los gobiernos.

Eso me dio pie a preguntarle qué opinaba sobre la política internacional y qué papel jugaban esas sociedades financieras todopoderosas. Benedetto suspiró.

—Dictan su ley, la ley del más fuerte, naturalmente. Mire usted, *signorina*, cuando Estados Unidos convenció a la opinión pública de la legitimidad de bombardear Bagdad por invadir territorio kuwaití les escribí una carta preguntando cuándo se efectuaría el bombardeo sobre Washington en castigo por la invasión de Panamá, dada que ésa era la política empleada por la ONU para respetar los tratados internacionales.

Me hizo reír, pero creo que lo dijo en serio. Benedetto se consideraba un poco hereje porque se saltaba algunas normas y se permitía excentricidades de ese tipo. Perfilaba las líneas de su boceto citando de memoria todos los tratados incumplidos por los países que se cobijaban bajo el manto protector de los Estados Unidos y que no dudaban en utilizar el uso de las armas para imponer su fuerza. Tuve curiosidad por saber si le habían respondido.

—No tuvieron respuesta ni la tendrán nunca. Su arrogancia los lleva a creer que todos los ciudadanos del mundo son estúpidos. Hasta que nos vayamos hartando y no dudemos de nuestras verdades a pesar de que nos hagan creer que no tenemos criterio.

Benedetto era declaradamente antiamericano y exploré sus opiniones en ese terreno. Le fastidiaban los americanos y su filosofía de la vida, que se resumía en la dicotomía entre el fracaso y el éxito. Me miraba con sus ojos negros burlones y continuaba atento al retrato.

—Se han ocupado de construir una realidad virtual gracias al televisor y nos colonizan con la publicidad, el marketing, la ficción, los sondeos y la información. Ésas son las armas más poderosas de las que se valieron los americanos, y todos acabaron copiándolos. Mis padres y mis abuelos y sus padres y sus abuelos, *signorina*, «estaban» jodidos, tristes, explotados o puteados, pero no «eran» fracasados. ¿Se da cuenta de esa sutileza entre otras mil? ESTAR es un accidente, SER es un estado. Nos colonizaron con el verbo *to be*.

Yo tomaba nota y asentía. Benedetto gesticulaba con la mano izquierda y me explicaba que, según él, el concepto de fracaso que los americanos trasplantaron a las conciencias individuales, en su afán protestante por hacer responsables a los

individuos de los problemas sociales y políticos de sus mundos, había acabado por constituir una medición aplicable a comunidades, a países, a continentes.

—No se mueva, *signorina*, así, deje que la luz resbale por su mejilla, perfecto. ¿Quiere saber una cosa que nos ocultan? ¿Uno de los secretos mejor guardados del mundo?

Yo asentí procurando no moverme.

—Los propietarios de las grandes cadenas televisivas e informativas y de las autopistas de la información: CNN, News Corporation Limited, Microsoft, Fidelity Investments, China Trust & International Investment, ATT, son los amos del mundo. Han desplazado a los políticos y a los Estados y han acabado por instalarse en nuestras conciencias privadas bombardeándonos con su concepto mentiroso del bien y el mal.

Le pregunté entonces por el papel de los gobernantes y los políticos y de la supuesta soberanía de los países pobres.

—Es una falacia, *signorina*. Los Estados y los países no existen. Se compran y se venden, se hipotecan y se reparten como un pastel. El mundo subdesarrollado está en manos del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional. Esas gentes que primero colonizamos y ahora no poseen otra cosa que su deuda, fabrican lo que el Banco Mundial les dicta, venden lo que los países ricos les compran a bajo precio, y con ese canje no consiguen pagar su deuda. No hay colonización, hay explotación.

Le pregunté cómo se podía solucionar todo eso. Si había alguna esperanza o bien lo único que cabía esperar en el futuro era el reinado de la injusticia.

—Habitualmente soy optimista, pero cuando pienso que nuestros destinos están regidos por personas avariciosas que sólo piensan en enriquecerse y en etiquetar el precio de las cosas, destruyendo y repartiéndose el planeta como si fuera suyo, como si fueran ellos los que lo hubieran fabricado y empaquetado en una de sus factorías, me viene a la cabeza la imagen de un cuadro de Bruegel donde una cadena de ciegos cogidos de la mano siguen los pasos de otro ciego que se precipita en el abismo. Somos ciegos.

Benedetto bajó la cabeza y sus ojos se detuvieron en mi calzado. Señaló inquisitivamente mis pies con el carboncillo que sostenían sus manos rudas.

—Por ejemplo, sus zapatos. ¿Se ha fijado bien en ellos, *signorina*? ¿Se ha preguntado cómo y dónde se fabrican?

Lo cierto es que ni tan sólo recordaba cuándo los había comprado y no me había molestado en averiguar qué camino habían seguido hasta llegar a mis pies. Le pedí que me lo explicara con la misma curiosidad con que pedía a mi padre que acabara el cuento que comenzaba cada noche para Toni y para mí. Puse toda mi atención en las palabras de Benedetto y me olvidé de tomar notas.

—Hará unos tres años que la compañía Droti, con más de cinco mil trabajadores, cerró su planta en Milán y dejó en el paro a veinte mil familias. Sorprendentemente, el día que anunció su cierre las acciones de Droti subieron en los mercados

financieros. Droti abrió otra factoría en Marruecos, donde la mano de obra era más barata, no había reivindicaciones sindicales y el régimen imponía su mano dura. La materia prima se importó de diferentes puntos de Asia, la piel, la cola, el cuero, los tejidos y la maquinaria procedían de lugares apartados y remotos, allá donde se consiguieran a más bajo precio y, gracias al transporte y al carburante, recorrieron miles de kilómetros hasta llegar a esa nueva planta marroquí donde los trabajadores cobraban diez veces menos que los empleados de Milán. Es la competitividad y la globalización del mercado.

Yo comencé a sentirme incómoda con mi calzado e, inconscientemente, con el pie izquierdo me descalcé. Benedetto recogió mi zapato y me lo mostró.

—Son bonitos. Fíjese en el diseño, en la línea, en la calidad de los materiales... pero los marroquíes y los asiáticos no pueden comprar estos zapatos que fabrican ellos mismos, y los antiguos empleados de Droti, que están en el paro, tampoco pueden comprarlos.

Lo dejó sobre la mesa y se lo quedó mirando.

—Pero lo más sorprendente es que estos zapatos han sido transportados despilfarrando toneladas de combustible fósil, que se acumuló a lo largo de millones de años en la corteza de la Tierra. Eso, según los fabricantes, abarata los costos. Transportar los materiales desde miles y miles de kilómetros lejos resulta más barato que conseguirlos cerca. Mi pregunta es: ¿Realmente resulta más barato? ¿Y los costos de esa energía?

La cinta de mi casete se detuvo, pero a mí me daba igual, quería saber cuáles eran esos costos.

—La extracción del petróleo y su refinamiento es una cadena de devastación. Las compañías petroleras niegan los problemas, pero ya no pueden ocultar por más tiempo que la combustión del petróleo aumenta las emisiones de CO₂ a la atmósfera y produce un aumento de la temperatura global del planeta.

—¿Puede usted decirme cuánto valen estos zapatos? —Los contempló desde todos sus ángulos—. No su precio, sino su valor.

Benedetto me desconcertó y me quedé en silencio, abrumada.

—El valor nunca serán capaces de admitirlo y el precio de este zapato lo fija un mercado libre, el mismo mercado que explota y reprime libremente a los trabajadores asiáticos, marroquíes e italianos.

Volvió a colocar el zapato en mi pie y me invitó a compartir con él un pedazo de mortadela que rompió con las manos porque en su celda no le permitían tener cuchillos. La saboreamos lentamente y la mortadela me supo a libertad, la última palabra que me dirigió antes de despedirnos.

—La libertad se ha convertido en propiedad de unos pocos que son libres de robar, de engañar, de mentir, de explotar y de matar. Ésa es la gran falacia, *signorina*. Ése es el cinismo de nuestro tiempo. La palabra libertad, a fuerza de usarla, se ha gastado. Tenemos que reinventar la libertad.

Aquella tarde, pensando en todo lo que había aprendido de Benedetto, recuerdo que se me indigestó la mortadela. Todavía guardaba el boceto al carbón que Benedetto me regaló antes de marcharme. El papel estaba arrugado y amarillento, pero los trazos eran concisos y firmes como su discurso. Recordé sus manos recias sosteniendo el carboncillo, sombreando mi cabello y los claroscuros de mi perfil, y me emocioné porque me di cuenta de que Benedetto supo captar todo mi desconcierto con la atenta delicadeza de los hombres que saben ver y no se conforman únicamente con mirar.

Hubiera deseado encabezar el artículo con esas últimas palabras que grabé a Benedetto, REINVENTAR LA LIBERTAD, pero la revista lo consideró un titular excesivo.

Años después, al releerlo, volvió a parecerme un bonito título, pero, tal y como suponía, la dirección de televisión desestimó mi nombre y encargó el programa a un periodista melifluo.

No quise ver ese reportaje. Sin lugar a dudas, Benedetto se merecía algo mejor.

CAPÍTULO 5

Rosa Lago entró en quirófano, por procedimiento de urgencia, después de que la colonoscopia confirmara el tumor que provocaba las hemorragias. Habían sido dos días de constantes controles que había sobrellevado con más entereza de la que Mario imaginase, tal vez por su promesa de que esa vez no la abandonaría. En efecto, Mario cumplió su palabra. Comunicó telefónicamente a Estévez que la paciente había ingresado en su planta y que próximamente sería intervenida. Mantuvieron una conversación seca y distante, no hubo reproches por parte de Mario, pero dejó claro que se trataba de un diagnóstico equivocado. En realidad no tuvo que fingir, ya que su ira recaía sobre Darío. Estévez, un monigote complaciente, probablemente ni tan sólo había leído sus notas. Mario cumplió su palabra y procuró estar cerca de Rosa hasta su ingreso en quirófano. Había conseguido reunir un buen equipo de cirujanos y programó la operación para las ocho de la mañana del jueves. Ante la sorpresa de las enfermeras, Mario se presentó a las siete en la habitación de Rosa, le administró personalmente el valium y la acompañó durante el lúgubre trayecto hasta el sótano, que siempre se le antojaba un viaje a los infiernos. Rosa, cubierta por una manta y con el cabello escondido bajo un antiestético gorro de plástico, estaba desnuda e inerte en su camilla y llevaba la palidez impresa en el rostro. No lloraba. Según ella, la noche anterior, después de que la enfermera le suministrase dos lavativas y, armada con una simple hoja de afeitar, depilase su vello púbico sin un asomo de delicadeza, se le acabaron las lágrimas. Sabía que perdería su pecho izquierdo y sabía que muy probablemente le practicarían un ano artificial. Mario sabía más y no se atrevió a aventurar posibles tragedias. Una vez en la antesala del quirófano, hizo broma con el anestesista, simuló un optimismo que no sentía y, por fin, cuando Rosa entrecerraba los ojos por el efecto fulminante del líquido inyectado en su vena, la despidió con un beso. El equipo, formado por tres cirujanos, se había reunido la noche anterior y, a la vista de los resultados de los análisis, resolvieron aplicar una quirurgia drástica y conservadora. Mario confiaba en ellos y estuvo presente a lo largo de la intervención, que no se prestó a bromas ni charlas banales como acostumbraba a suceder en situaciones de menor riesgo. Casi a mediodía, sin haber podido descansar ni tomar un bocado, acabaron de suturar el maltrecho abdomen de Rosa y la confiaron a rehabilitación. La operación había durado más de cinco horas. Luis Comas, compañero de estudios de Mario y veterano en esas lides, se había ocupado de la mastectomía. Estaba exhausto. Se secó el sudor que perlaba su frente y Mario tanteó su opinión sobre las posibilidades de supervivencia de Rosa. Luis Comas se encogió

de hombros. El tumor era serio y sería un milagro que no se hubiera extendido a través del sistema linfático. Habían trabajado casi a ciegas hasta el momento de abrir y, una vez sobre la mesa de operaciones, habían visto que la metástasis estaba localizada en colon, vejiga y matriz. No había habido más remedio que practicarle una vejiga artificial. Luis se quejaba, y con razón.

—Ha sido una carnicería. No me explico cómo revisaron el caso. Tú le habías dado tratamiento urgente.

Mario no necesitaba que le confirmasen lo que ya sabía. Darío había cometido un tremendo error.

—El tumor de mama estaba muy extendido. Es indignante.

Mario le ofreció un cigarrillo en silencio, pero Luis había dejado de fumar.

—Si los familiares interpusiesen querrela por negligencia sería un litigio ganado.

Los cuñados de Rosa ni tan sólo la habían acompañado en el trance del preoperatorio. Se habían excusado por tener a sus hijos en casa. Mario había intentado convencerlos para que estuviesen a su lado, pero notó que Rosa se sentía incómoda en su presencia. Mario chupó su cigarrillo mientras Luis sumergía la cabeza bajo el chorro del grifo, agradeciendo el contacto del agua.

—Sus cuñados no están por la labor y sus hijos son demasiado jóvenes.

Luis sacó un peine de su bolsillo y se peinó coquetamente el cabello mojado.

—O sea, que nadie ha levantado la liebre.

—Por el momento, no.

A pesar de su irritación, primó su instinto corporativista.

—Un consejo, Mario. No te busques problemas.

Mario se desanimó. Todavía no había conseguido hablar con Darío cara a cara. Se había confirmado su nombramiento para la Subdirección de Sanidad y apenas se dejaba ver por el hospital. Invariablemente le atendía su secretaria, Loles, que juraba una y otra vez que le había pasado su recado.

No pudo charlar con el urólogo y el anestesista le informó que habían trasladado a Rosa a la Unidad de Vigilancia.

Rosa Lago estaba en la UVI. La vio a través de los cristales, entubada, conectada a un sinfín de cables y drenajes, pálida, inconsciente. La habían vaciado y lo que veía era la cáscara de lo que antes había sido una mujer. El sentimiento de culpa no lo abandonaba desde el día que ingresó y le pidió que no la dejase sola. Una enfermera comprobó mecánicamente las constantes de Rosa y los niveles de sus drenajes y lo apuntó en una libreta. Mario le hizo un ademán y le pidió la libreta. Repasó los datos. Muchos de ellos concernían a urología y tórax. No podía opinar sobre la medicación ni influir en el postoperatorio, pero recomendó a la enfermera que la tratase con mimo, dando a entender que se trataba de una allegada. Los parentescos con médicos de la casa eran ventajosos para los pacientes. La enfermera le dejó solo y Mario se paseó, sintiéndose inútil, con las manos hundidas en los bolsillos de la bata, hasta que su busca comenzó a pitar intermitentemente. Acudió de inmediato a su planta y

Emilia le comunicó que tenía un parto. Era una primeriza, pero se presentaba sin dificultades. La tacto y comprobó que dilataba con muchos esfuerzos. No había roto aguas y los nervios la consumían. Tranquilizó al marido y dio las órdenes al anestesista para que le administrase la epidural. Bajó al bar, se tomó dos cafés y volvió a la sala de partos para controlar las contracciones, ya regulares. La parturienta era joven y sonreía. No podía creerse que el dolor se hubiese esfumado milagrosamente con una simple inyección. El parto progresaba correctamente, aunque con lentitud. El niño se presentaba bien y Mario autorizó al marido para estar junto a su mujer. Generalmente no admitía hombres, eran más un engorro que una ayuda, pero se sentía generoso. Creyó que le agradaría ver llegar su hijo al mundo y ser el primero en tenerlo en sus brazos. El muchacho, no pasaba de los veinticinco, se extendió en agradecimientos que Mario atajó con una palmada de ánimo. Se marchó en busca de Ana y por el camino maldijo la inconsciencia de los que traían hijos a un mundo en peligro de extinción. Los absolvió en silencio por su juventud y por su ignorancia. Se sentía viejo y resentido, sin más. Ana refrescó sus sombrías reflexiones. La encontró en el despacho de la planta, ante el ordenador, redactando el informe de las altas del día. Levantó la cabeza en cuanto oyó la puerta.

—¿Qué tal ha ido la operación de Rosa?

Mario la miró. A pesar de que llevaba trabajando un montón de horas, su rostro no expresaba fatiga alguna. La envidió. Ella también era más joven, más entusiasta.

—Ha sido una putada. La vejiga también estaba afectada.

Ana parpadeó y asumió la nueva situación de Rosa Lago en unos instantes.

—Necesitará terapia. Emilia me aseguró que el equipo de terapeutas es muy eficiente.

Mario explotó.

—¿Eficientes? ¿A qué llamas eficiencia? Hemos mutilado a una mujer por nuestra ineficiencia, pero, claro, los especialistas en terapias de ayuda, que se sientan a su lado con una sonrisa y los convencen de que mejor vivos que muertos, sí que son eficientes. Es una vergüenza.

Ana no se exaltó y le miró fijamente esperando que continuase. Mario apretó los puños.

—¡Di algo! ¡Insulta a alguien, a mí mismo, por ejemplo!

Ana se retiró el mechón que se empecinaba en caer sobre su frente.

—¿Has asistido a una amputación sin anestesia?

Mario se estremeció y contuvo la respiración. Ana habló con voz metálica.

—La primera vez creí morir junto con mi paciente. Luego me acostumbré.

Ana cobró otra dimensión. En todo el tiempo que llevaban juntos no había hecho ninguna referencia a sus campos de trabajo que una noche Mario juzgó como heroísmo esnob. Mario creyó que Ana, una vez comenzado su relato, no podría detener las imágenes que se agolpaban tras sus extraviadas pupilas color de miel. Rompería a llorar y se abrazaría a él para conjurar esos recuerdos. Pero esperó en

vano. Ana calló y no esbozó emoción alguna. Con un leve movimiento de su cuello, balanceó su cabeza una fracción de segundo, ahuyentando la tentación, y sustituyó su mirada errática por un rostro vivo enfrascado en el presente más inmediato.

—Y bien, ¿puedo ayudarte en algo?

Mario desabotonó su bata con desprecio por sí mismo, la lanzó sobre la única silla libre de papeles que había en el abarrotado despacho y murmuró un ruego:

—¿Puedes ocuparte del parto? Todo marcha bien.

—Pues claro, será mejor que vayas a descansar.

No se sentía cansado, pero dejó que se confundiese. Los nervios amenazaban con traicionarlo y escondió sus manos tras la espalda para que no detectara su temblor.

—Estoy desconcertado.

Ana recogió su bata y la colgó del perchero.

—¿Con respecto a ti mismo?

—Quizás.

—Te has portado bien con la señora Lago, no puedes hacer más.

Mario se mordió la lengua para no explicarle que podía hacer mucho más, siempre se puede hacer más aunque uno no esté seguro de nada. Sin embargo, de algo sí estaba seguro, y era de la fidelidad de Ana. Era la prolongación de sus brazos y su voz. Le era indispensable. Con ella a su lado no temía a los imponderables. Le tomó la mano en un raptó de espontaneidad y la besó.

—Eres un encanto.

Ana permaneció extrañada unos instantes, antes de reaccionar y retirar su mano con una mueca jocosa.

—Baboso.

Mario se dirigió a oncología y pidió los historiales de las dos pacientes suyas, anteriores a Rosa Lago, que presentaban su mismo cuadro. Había tenido tentaciones de hacerlo infinidad de veces, pero había reflexionado a tiempo y se había echado atrás. Ahora ya no podía ni quería poner freno a su curiosidad. Su impulso no hizo más que empeorar las cosas. La segunda paciente, Elisenda Mor, había fallecido la semana anterior, y la primera, Carmen Torrent, Carmencita, se encontraba en fase terminal porque el cáncer había afectado al hígado.

Pidió una copia de los expedientes y con ellos bajo el brazo tomó una determinación que le resultaba difícil. Se dirigió al montacargas decidido a hablar seriamente con Tomás. Evidentemente, Tomás tenía todo el derecho a recibirlo con una patada en el culo y hasta con un buen puñetazo en la nariz. Eso y más se merecía, pero le pediría disculpas y se tragaría el orgullo.

Chocó de frente con Luisa, que salía del bar, atolondrada para variar, y ambos cayeron al suelo. Mario se levantó de un salto y la ayudó a reponerse del encontronazo. Él también caminaba ensimismado y no tuvo tiempo de esquivarla.

Luisa gimoteaba, se palpó el pie derecho con grandes aspavientos, hizo un gesto de dolor y se colgó de su brazo.

—Chico, me he torcido el tobillo. Eso sí que tiene gracia, lesionarme en el hospital. Me tendrás que acompañar a urgencias a que me echen un vistazo.

Mario no estaba muy seguro de que dijera la verdad. Hizo ademán de arrodillarse, pero Luisa se lo impidió.

—Lo compruebo yo mismo.

—Que no, que prefiero que me hagan una radiografía. Tengo los huesos de cristal.

—Luisa, no fastidies, no te puedes haber roto nada.

—¿Y tú qué sabes de tobillos? Tú sólo entiendes de chochos, deja a los de trauma que se ocupen de sus cosas.

—Aviso a un camillero y te trae una silla.

—¡Ca! Vas a dar el coñazo a los muchachos. Yo me apoyo en tu brazo y listos. Pasito a pasito.

Mario la dejó por imposible. Luisa era un caso perdido.

—Por cierto, Lorenzo era un fraude, un completo fraude.

—¿Qué Lorenzo?

—¿Cómo que qué Lorenzo? El de los vinos, el profesor de squash que estaba como un tren. —Luisa estaba convencida de que todo el hospital tenía que retener el nombre de sus innumerables ligues pasajeros—. Iba de coca hasta el culo, por eso tenía tanta marcha, pero era un maricón con todas las letras.

Mario no estaba para opinar sobre Lorenzo, así que se abstuvo, pero eso no fue obstáculo para que Luisa continuase de cháchara.

—¿Y qué me dices de tu mosquita muerta? Carita de ángel y braguetazo a la primera de cambio.

Mario aminoró el paso.

—¿Se puede saber de quién estás hablando?

—De la monada exploradora, de esa de quien todos hablan. Ana.

Mario paró en seco. No podía ser cierto.

—Explícate mejor.

Luisa sonrió. Había conseguido lo que deseaba, interesarlo.

—Pues nada, que se entiende con Darío.

Lo dijo de golpe, sin tomar aire. Lo dejó caer como una bomba, pero no supuso que diese en el blanco como dio. Mario olvidó los expedientes que llevaba bajo el brazo y asió a Luisa por la muñeca.

—Mentira.

Luisa hizo una mueca de dolor.

—Ay, hijo, que me haces daño. ¡Suéltame!

Mario estuvo a punto de propinarle un bofetón. Imposible saber si Luisa se lo inventaba por el morro o el rumor tenía visos de verosimilitud.

—¿De dónde has sacado esa historia?

—De la manga no, mi amor. Yo misma los vi. —Se irguió y lo miró desafiante—. Pregúntaselo a la Loles si no te lo crees. Por aquí mucho disimulo, pero fuera del hospital se deben dar cada atracón... El Darío tiene hambre atrasada. Anda que su mujer, la Alicia, no es sargento ni nada. La Loles dice que me lo hace andar bien firme.

A Mario le importaba un comino la vida matrimonial de Darío, pero no podía asimilar que Ana fuera su amante. No entraba dentro de sus esquemas. La sola duda de que otros pudieran hacer cábalas al respecto lo enfureció.

—¿Qué viste, si puede saberse?

—Entraba en su coche y se fueron juntos, muy juntitos. No es lista ni nada. Acaba de llegar y se lía con el jefe. Y aguanta ahora a Darío... tiene unos humos desde lo de la Subdirección. La Loles está hasta el gorro.

Mario hizo tres respiraciones disciplinadamente, contó hasta diez y retiró la mano de la muñeca de Luisa que, al encontrarse sin apoyo alguno, se tambaleó.

—Pero, no me dejes, que estoy lesionada.

—Estás como una chota. ¡Que te den morcilla!

La dejó fingiendo una caída que no llegó a producirse. La muy puta había conseguido sacarle de sus casillas con esa absurda historia. Sólo le faltaba Luisa. Era más falsa que un duro sevillano y él le había dado cancha enfadándose como un chiquillo. Lo que se reiría a costa suya en el bar, con sus compinches. A saber la historia enrevesada que surgiría de ese encuentro. Había dado gusto a una entrometida y se había comportado como un colegial.

Todo era una invención que no tenía pies ni cabeza. Ana y Darío era una combinación imposible, ridícula, fuera de lugar. Sin embargo, no podría poner la mano en el fuego porque, siendo realista, lo ignoraba todo sobre Ana y su vida privada.

Le fastidió esa reacción suya visceral, le fastidió profundamente porque le confirmaba algo que ya venía sospechando pero que se negaba a admitir. Desde el mismo día de la conversación en su despacho con Ana, después de que ella se vengara de Lena en su nombre y se estableciera entre los dos una corriente de simpatía, que él creyó mutua, había considerado a Ana como algo suyo, personal e intransferible. Disponía de ella con absoluta naturalidad y confiaba en ella como había confiado ciegamente en su moto hasta el momento en que le retiraron el carnet. No se había preguntado por sus relaciones personales creyendo que, sencillamente, carecía de ellas. Era del todo cierto, y en eso no mintió, que se había negado a reconocer su dimensión femenina. No había mirado con descaro sus pechos, ni sus piernas, ni la había deseado ni un solo momento.

Ana acababa de regresar, estaba sola y era joven, y Darío... Darío posiblemente no se andaba con monsergas de preservar la profesionalidad —como le había dado a él últimamente en un ataque de puritanismo inusual—, y Ana...

Las palabras de Luisa eran como moscas cojoneras que zumbaban, burlonas, en sus oídos. No podía deshacerse de ellas por muchos manotazos que lanzase ciegamente al aire. Machaconas y certeras, volvían una y otra vez y enturbiaban sus intenciones, engrosando la lista de agravios de Darío, agravios que ya superaban lo estrictamente profesional y amenazaban con dirimirse en el terreno personal, el peor de todos, allí donde no domina la razón y las afrentas se convierten en motivos absolutos. Quince años atrás, cuando aún estaba sin pulir, Mario se hubiera remangado la camisa, hubiera salido al encuentro de Darío y, sin mediar palabra, le hubiera propinado una tanda de soplamocos. Pero ya no vivía en el pueblo y ya no se estilaba resolver los problemas con los puños. De las pocas enseñanzas de su abuelo le quedó la más fundamental. «Quien tiene cara de hijoputa lo es.» Los veía a la legua, era capaz de distinguirlos de un simple vistazo. La universidad, la residencia, los bares, la casa de Pierre y el hospital estaban llenos a rebosar de hijoputas que se ocultaban tras apariencias respetables. Como Darío, que avanzaba sin importarle un pimiento a quién aplastaba en su tortuoso ascenso por los peldaños del poder. Incapaz de lealtades, de afectos —exceptuando el suyo por su persona—, mezquino en sus miserables logros, paso a paso, mentira a mentira, traición a traición, Darío se había salido con la suya, hasta llegar a su Subdirección. Evidentemente, debía ya soñar con la Dirección y la cartera ministerial. Era insaciable.

Oyó un lloro incontenible y se sorprendió escuchando a través de la puerta metálica cerrada, con su luz roja titilante, de la sala de partos. Sus piernas le habían llevado hasta allí sin consultarle. Se avergonzó de su pronto y retrocedió unos pasos, yendo a chocar contra una silla de ruedas dejada de cualquier manera en medio del paso. Oyó la voz de Ana destacándose entre las demás por su musicalidad. Tenía un tono jocoso, distendido, acababa de asistir a un nacimiento y traslucía la emoción de ese instante. Mario no respiraba. Espiaba los sonidos familiares, que deducía al otro lado del tabique y, con los ojos entornados, reproducía con exactitud los movimientos que debía de efectuar Ana. A juzgar por el tiempo transcurrido y el lloro del recién nacido, Ana debía de estar suturando los puntos de la parturienta. Tomó una bata verde del armario, se calzó los protegepiés y se ajustó la máscara. Al asomar por el resquicio de la puerta que había manipulado con suavidad sorprendió a Ana inclinada junto a la madre, sosteniendo al bebé en sus brazos, a punto de depositarlo sobre su pecho. Mario no avanzó. Contempló la escena que se desarrollaba ante él, ajena a su presencia. Ana se movía con soltura y colocó al pequeño sobre el vientre flácido que había abandonado minutos antes. Ayudó a la madre a recorrer el cuerpecillo con las manos, a besar su cabello húmedo y a arrullarlo con la voz que lo había acompañado a lo largo de nueve meses. Luego acercó la boca del pequeño e introdujo el pezón entre sus encías desdentadas. La muchacha dio un respingo y hubo unos instantes de expectación hasta que el niño comenzó a succionar. Ana sonrió relajada y acarició

con ternura el cabello revuelto de la joven madre.

—Buena chica.

La madre sonreía sin perder detalle de su hijo y palpaba sus piernecitas con incredulidad. No había podido asimilar todavía que ese ser diminuto que pateaba en sus entrañas y abultaba su vientre fuese ese niño que chupaba ahora el calostro de su pecho. Buscó a su marido y sus ojos chocaron con el rostro embobado de Mario.

—Todo ha ido bien, doctor.

Ana se giró de inmediato. Estaba recogiendo la palangana que contenía la placenta.

—Pero bueno... —Calló por lo inoportuno de su frase. Mario cazó al vuelo su incomodidad. Era un espía celoso que debía fingir profesionalidad. Él mismo se preguntaba qué deseaba ver. Qué morbosidad inconfesable le había llevado hasta un lugar tan poco sospechoso de esconder pasiones ocultas como la sala de partos. Dijo lo primero que se le ocurrió para salir del paso.

—Veo que te has arreglado estupendamente. Te felicito.

Ana, sin sentirse juzgada, como habría hecho otra en su lugar, le mostró su trabajo de sutura y la placenta. Mario simuló estudiarlo con atención, pero sus ojos se detenían en las manos de Ana, ocultas tras los guantes, y su imaginación proyectaba escenas eróticas, arrullado por la voz de esa mujer que, sin proponérselo, le había hecho sentir la comezón de los celos.

El camillero acudió a trasladar a la madre hasta su habitación y la comadrona cubrió al pequeño para llevarlo a la *nurserie*.

Ana y Mario quedaron solos. Salieron juntos a la antesala y se despojaron de su disfraz verde. Ana musitó sin titubeos:

—Creí que estabas en casa, descansando.

Mario improvisó.

—Fue una jaqueca y nada más.

Ana se lavó las manos en silencio. Mario intentó dar a sus palabras un aire distante y cordial.

—Estoy en deuda contigo, te invito a comer.

Le explicó que era la menor de siete hermanos y que todos ellos —profesionales liberales de clase media acomodada— y sus padres habían desaprobado su decisión de trabajar en el sur en un campo de refugiados. Les parecía absurdo que con un expediente tan brillante no se decantase por un trabajo más lucrativo.

Mario la había llevado a un pequeño restaurante que solía frecuentar años antes. Cocinaban más que correctamente y a mediodía el menú resultaba barato y apetitoso. Era tarde y creyó que ya no les servirían, pero la dueña, una mujer regordeta y afable, les hizo un guiño y les indicó la segunda planta. Haría una excepción. Subieron por una angosta escalera al segundo piso, construido en madera y con las paredes

estucadas en un discreto color salmón. Las mesas, tal vez demasiado juntas las unas de las otras, estaban cubiertas por manteles blancos de hilo y jarrones de porcelana con una rosa roja, dispuestas para la cena.

Ana tomó la rosa y aspiró su fragancia.

Mario sirvió el vino y a hurtadillas se entretuvo en la contemplación de su rostro. El dibujo de sus labios rosados, su piel tersa, sin maquillaje, fresca como la rosa que sostenía, el óvalo dulce de su cara, su nariz fina, todo en Ana era delicado, impregnado por el equilibrio y la elegancia. Se fijó en su largo cuello y en el contorno de sus hombros delgados, apenas vestidos por el estrecho tirante de su camiseta punteada de verde. Era la primera vez que la veía sin bata y tuvo la rara sensación de descubrir su cuerpo. Se sintió confuso y excitado y, sin querer, sus ojos se detuvieron en el contorno de su pecho, cuya silueta se transparentaba bajo la camiseta ligera que permitía adivinar la textura de su piel. Era una belleza botticelliana, contenida, de trazos ligeros y esbeltos. Podría abarcar su cintura con sus manos y tomarla en sus brazos como una pluma. Era completamente opuesta a la opulencia de Lena, de caderas sólidas y pechos generosos. El cuerpo de Ana, cimbreante como una caña de bambú, susurraba, como su voz, caricias delicadas y prometía goces lentos, sensuales. Mario degustó el vino, paladeándolo, sin dejar de mirarla, y alzó su vaso. Los cristales tintinearón y rompieron el hechizo del silencio. Ana no podía haber sido ajena a su examen, pero se había prestado a él sin abandonar su aire ingenuo. Tal vez ese gesto femenino de tomar la rosa y acercarla a su rostro fue una forma de coqueteo negligente.

Comieron patatas guisadas, rellenas de carne, y merluza en salsa verde. Ana charlaba despreocupada y respondía sin ningún recelo a las preguntas que le planteaba Mario, infatigable, de pronto, en su curiosidad por ella, deseoso de saberlo todo, de conquistar su pequeño mundo de recuerdos. Ana había acabado los estudios de piano durante sus primeros años universitarios y consiguió su título de Medicina en Londres con notas brillantes. Dejó casi intactos sus platos mientras le hablaba de travesuras morbosas de estudiante de Medicina, de locuras de juventud con drogas y fármacos, de cartas mentirosas a sus padres y de esfuerzos titánicos de noches en blanco. Todo era verosímil, todo era probablemente cierto y encajaba perfectamente. Sin embargo, Ana se preservaba. Le negaba algo que Mario no podía nombrar con palabras y que detectaba en adjetivos ambiguos o frases convencionales. Cuando les trajeron la cuenta, después de unos helados de crocanti y un par de cafés, descubrieron que llevaban dos horas sentados y despreocupados del tiempo.

Mario se puso nervioso. Los relojes habían roto el encanto del paréntesis en el que se había refugiado. El mundo, durante ese breve período, existió para los dos y cumplió su tarea sin molestar, en un discreto segundo término. Sin embargo ahora se imponía altanero y, a la vez que los celos que había sentido por Darío, renació la comezón de la duda. Los ahuyentó con una sola mirada a Ana, sintiendo que debía hacer algo para no dejarla escapar.

Mario sabía cuándo una chica estaba a punto de caramelo y aceptaría encantada un beso o una invitación a su apartamento. Ana le falló. Con cualquier otra habría apostado fuerte y se la habría llevado a la cama, pero Ana no era cualquiera y dominaba muy bien sus emociones. No podía leer a través de sus gestos. Después de su conversación íntima, plagada de confesiones personales, Ana se comportaba con la misma naturalidad que había mostrado en la primera entrevista. Encantadora y distante. Barajó los motivos mientras pagaba la cuenta y hacía planes rápidamente. Aborrecía aquellas situaciones estúpidas en las cuales —siempre por culpa de una cuenta sobre una mesa o el cierre de un local— se largaba cada uno por su lado con la convicción de que una propuesta a tiempo habría salvado la situación y propiciado un idilio.

Ana se levantó, y fue al baño, y la dueña del restaurante le devolvió su tarjeta de crédito y le indicó dónde debía firmar.

—¿No le ha gustado la comida a la señora? Ha dejado los platos intactos.

Mario disculpó a Ana.

—Oh, sí, ha dicho que le parecía delicioso, pero no tenía mucho apetito.

—Debería comer, está muy delgada.

Desapareció escalera abajo con la nota y la propina y se cruzó con Ana. Mario experimentó una extraña sensación. Las palabras de la mujer, insinuantes, la imagen de Ana junto a la rolliza cocinera y el recuerdo del picoteo indolente en sus desayunos, sus constantes excusas de haber comido mucho en casa, sus negativas a acabarse los platos... fue como si hubiese estado ciego hasta el momento. ¡Pues claro! De repente se hizo la luz sobre un aspecto confuso de su personalidad. Ana tenía toda la sintomatología que correspondía a un caso de anorexia. ¡Anoréxica! A medida que se acercaba se sintió abrumado por la revelación. Temía a las enfermedades mentales y temía a las mujeres desequilibradas, del tipo que fueran, sobre todo cuando le hacían partícipe de sus problemas y pretendían que se implicase en ellos. Muchas chicas habían visto en él, por su condición de médico, una tabla donde asirse. Le había ocurrido en diversas ocasiones y la última le dejó exhausto. Fue una corta relación que mantuvo con una maestra depresiva que amenazó con suicidarse dos veces en el transcurso de un trimestre. Aún recordaba, lívido, la tarde que la sorprendió dispuesta a lanzarse por la ventana. Ana le sonrió y le indicó la puerta.

—¿Piensas quedarte aquí toda la tarde pensando?

Mario actuó con malicia.

—¿Qué te ha parecido la comida?

—Buenísima. Estaba todo muy rico.

Quedó clavado en el asiento y se sintió fatal. Las anoréxicas mentían compulsivamente, como Ana.

Bajaron la escalera en silencio y Mario aprovechó la ocasión para repasar el cuerpo de Ana, esta vez sin asomo de erotismo. Utilizaba su ojo clínico, y su ojo

clínico le indicaba que no era grave, que a buen seguro comía poco y mal, pero que ingería proteínas e hidratos. Su piel era tersa y suave y tenía buen color. Cuando estuvieron en la calle, el uno frente al otro, fue incapaz de proponer nada. Ana se despidió con un beso en la mejilla.

—Me ha encantado comer contigo, creo que te haré más sustituciones.

Tendría que haber borrado sus reticencias en aquel momento y correr tras ella, tomarla de la mano, quisiera o no —eso daba lo mismo, después ya la convencería—, y llevarla con él a alguna parte, pero se abstuvo y caminó en dirección contraria. Era consciente de que había dejado escapar una oportunidad y de que se había buscado excusas. La realidad era que Ana le infundía respeto o, para ser más exactos, le daba miedo su lado oscuro, inexplorado, que intuía más que conocía.

Aquella misma noche, solo en su cama, desnudo, recompuso palmo a palmo el torso de Ana tal como lo había observado desde su silla. Ascendió por su cuello y se detuvo en el rostro. Se excitó como hacía tiempo que no conseguía con Sofía ni con ningún sucedáneo de revistas o vídeos. Su atracción mal encubierta por Ana había sido destapada por los celos, y tal vez la morbosidad era un ingrediente esencial para desearla. Se excitó aún más imaginando a Ana en el despacho de Darío, con la falda remangada hasta las caderas y su pubis de tonos irisados, como su cabello, sobre la mesa, coronando sus piernas delgadas y morenas. Su erección aumentó al imaginar su blusa desabrochada y sus pezones temblorosos bajo la lengua de Darío. Se masturbó pensando en esa escena que le revolvía la sangre y lo enfurecía, y en su fantasía el rostro de Darío fue transformándose hasta convertirse en el suyo y el goce que sintió al penetrar el coño delicado de Ana le produjo un orgasmo como hacía tiempo que no sentía. Afortunadamente, en su fantasía, Ana no le recriminó que se hubiera corrido sin darle tiempo. Alguna ventaja tenían las pajas solitarias. Se durmió como un niño y se prohibió pensar en ello.

Durante las semanas siguientes no pudo olvidar esa escena por más que lo intentó. Resistió los embates de Sofía, que le pedía explicaciones sobre su frialdad. Mario ya no tenía tiempo para Sofía ni para ninguna otra mujer. Ana, solamente Ana, ocupaba el espacio mental que dedicaba a sus momentos de asueto. No fraguaba planes, no planificaba estrategias para llevarla a su cama; simplemente soñaba con ella.

Evidentemente no visitó a Tomás. Enfriada su indignación por la injusticia que se había cometido contra Rosa, devolvió los expedientes a oncología y optó por aparcar el asunto. El estado de Rosa Lago no era satisfactorio, pero había dejado de convertirse en algo apremiante. Luis Comas le comunicó que el análisis de los ganglios había sido negativo y acordaron comenzar la quimio tan pronto se recuperara de la intervención.

La causa de que su conciencia se hubiera adormecido era Ana. Ana era su única

obsesión. Estudiaba todos sus movimientos, escuchaba sus conversaciones, preguntaba acerca de ella a los que sabía que estaban al cabo de los cotilleos del hospital, y a medida que llegaba a la conclusión de que Ana no era anoréxica ni estaba liada con Darío descubría otra verdad. Se estaba chalandando por Ana.

Una noche, el insomnio se apoderó de él y una pregunta repetida hasta la saciedad acabó por hacerlo levantar de la cama y abrir una cerveza tras otra. Si Ana no se acostaba con Darío —aunque eso no fuera un grave obstáculo— y si Ana no era anoréxica —que tampoco era ningún obstáculo—, ¿qué demonios le impedía tirársela si se la tiraba en sentido metafórico todos los días? No supo responder. Por fin, atontado por el alcohol, se metió en la cama y se olvidó de sus preguntas. Ana era un misterio y gracias a ella estaba descubriendo que él era otro misterio para sí mismo.

Un mediodía, Ana le pidió la tarde libre y él se la concedió sin más. A su regreso, por sorpresa, le invitó a cenar. Quería devolverle el favor. Mario sonrió estúpidamente y aceptó sin pronunciar palabra. Ella fijó el lugar y la hora del encuentro y se despidió con una sonrisa.

Mario se presentó a la cita como un colegial. Había dedicado un par de horas a su indumentaria y después de haberse probado todas las camisas que tenía en el armario, una tras otra, y decidirse finalmente por una informal de color azul marino, la incógnita surgió en torno a los pantalones. Lena le había acusado de tener el gusto en el culo y de ser incapaz de combinar dos piezas sin incurrir en aberraciones. Esa sentencia —nunca sabría si era cierta o una forma más de herirle— había dinamitado la poca confianza que tenía en sí mismo respecto a su supuesta elegancia y le había infundido la duda metódica sobre su intuición, que era el único parámetro que había barajado hasta conocer a Lena para vestirse. Le pareció que todos sus pantalones se pegaban de patadas con la camisa y que ninguno le favorecía. Los marrones le quedaban ligeramente cortos, los negros de pinzas eran abultados en los bolsillos y los vainilla le marcaban excesivamente el paquete. Se sentó desesperado frente al espejo y reflexionó. Ana no era Lena y muy probablemente le importara un pimiento su aspecto. Se relajó y se vistió cómodo, con sus vaqueros habituales, y tomó el ascensor. Sin embargo, una vez en el ascensor cambió de opinión. Ana sacaría la errónea conclusión de que él no apreciaba su invitación si vestía como siempre. Oprimió el botón de su piso y, sin perder un instante, sustituyó los ajados vaqueros por los pantalones de fieltro color vainilla que, a pesar de venirle demasiado ajustados, eran los que más le gustaban. Una vez en la calle, ya no quiso pensar más en la ropa que llevaba. Se había perfumado con una colonia que jamás utilizaba y, tras muchas vacilaciones, había comprado una orquídea en la tienda de flores de la esquina de casa. Lo lamentó porque tuvo que responder a las preguntas indiscretas de la florista y se sintió más imbécil de lo acostumbrado. Llegó con diez minutos de adelanto y, durante la espera, se fumó tres cigarrillos, uno tras otro, y se repeinó el

pelo con los dedos una infinidad de veces. Maldijo la hora en que decidió vestir los pantalones vainilla, le oprimían los cojones y los notaba ajustados a las nalgas, como un torero de pacotilla. Cuando la vio llegar, atravesando el paso cebra y sorteando los coches con agilidad a pesar de sus tacones, estuvo tentado de lanzar la orquídea a la calzada y salir huyendo. Sentía pánico, pero se repuso y se armó de valor. No le ocurría nada parecido desde que citó a Elisa en el río la vez que se propuso seriamente perder su virginidad. Habían pasado nada más y nada menos que veinte años.

Ana se había maquillado; sus ojos y sus labios parecían más vivos. Al acercarse y besarla en la mejilla, Mario contuvo la respiración. Con su cara aniñada, de porcelana, luminosa y perfecta, Ana parecía una portada de revista. Le propuso un restaurante del puerto que Mario conocía bien. Era un pequeño local de un conocido pintor que cuidaba con esmero la decoración, el pescado y los clientes. Ana —como era de suponer— ya había reservado mesa. Mario le ofreció la orquídea, ansioso por librarse del engorro, balbuceando un cumplido, y Ana se extrañó de su formalidad. Le confesó que esperaba verlo con vaqueros y sin afeitarse, pero que celebraba su nuevo aspecto, a pesar de que creía que no era su estilo. Ana, sin joyas ni abalorios, vestía de negro, como una viuda exquisita, pensó Mario. Se dejó de monsergas y levantó un brazo para detener un taxi. Sentado junto a Ana en el asiento trasero del vehículo supo que aquella noche tendría que decidirse y olvidar sus temores. Ana, de carne y hueso, podía ser infinitamente más seductora que su imagen.

Cenaron marisco y rodaballo. Bebieron vino blanco de aguja y se miraron a través de la opacidad de las lamparillas de aceite que iluminaban quedamente las mesas. Los manteles eran de lino y la cubertería de plata antigua. Desvarió para sus adentros que tal vez la flaqueza de Ana fuera su buen gusto, incompatible con su profesión, su salario y sus veleidades humanitarias. Tal vez en realidad Ana fuera una joven esnob que ansiaba emparentar con un abolengo rancio. Se le ocurrían un montón de ideas descabelladas sobre Ana, pero eso no le distraía de la obsesión que se había propuesto erradicar esa noche. Su preocupación, su malestar era sonsacarle sobre Darío y arrancarle una carcajada franca y la frase en negativo que le infundiría tranquilidad para siempre, aunque le hiciera perder un estimulante sexual más barato que los vídeos pornográficos. Sin embargo, y muy a pesar de Mario, la conversación no versó sobre temas personales. La casualidad los llevó al terreno de la política y fue imposible evadirse. La detención del comando de las guerrillas McLoppainer, acusado de los sabotajes a la petroquímica, y la debatida extradición de Benedetto amenizaron la charla. En cualquier caso era preferible eso a conversar sobre las fecundaciones in vitro. Se bebieron dos botellas de vino y poco antes de los postres Mario se sintió con fuerzas para tomar el timón de los acontecimientos y dar un giro a su favor mientras ofrecía fuego a Ana.

—Y... ¿qué tal tus relaciones con Darío?

Había barajado multitud de frases inocuas, pero ésta le pareció la más adecuada

por la ambivalencia de su significado. Ana no se inmutó. O bien controlaba perfectamente sus emociones o bien no tenía nada que ocultar. La estudió como el investigador que estudia las reacciones de una rata una vez inoculado el veneno.

Ana tenía todos los visos de ser inmune a su veneno.

—Últimamente no se deja ver. Le envié dos notas, pero no me contestó. Lo de la Subdirección le ha sorbido el seso.

Su respuesta era tan desconcertante como su actitud. Ana le miró a través del humo de su cigarrillo.

—¿Se enteró finalmente de lo de Rosa Lago? ¿Te dio alguna disculpa?

Mario se resituó. Ana no estaba nerviosa ni alterada. Le respondía con naturalidad y se permitía hacerle preguntas.

—No, la verdad es que se ha esfumado. Creo que he aparcado el tema.

Ana modificó su expresión y apretó sus mandíbulas con dureza. Escupió las palabras con desprecio:

—Maldito cabrón.

El pulso de Mario se disparó. Recordó el vino que había bebido Ana. Siempre se mostraba comedida, pero él le había llenado la copa hasta cinco veces. Quizás cuando bebía perdía ese reparo en mostrarse sincera.

—Te lo dije, pero tú le mostrabas simpatía.

Ana se exaltó.

—¿Simpatía yo? ¿Por quién me tomas? Darío es un lameculos de mierda, un cochino traidor que vendería a sus hijos por una nómina en la Administración.

Mario hizo un gesto al camarero y le pidió un whisky para él y otro para Ana. Ana no se opuso.

—¿Y las notas que le enviaste?

—Aún no se ha comprometido a aplicar el proyecto de clasificación de residuos en el hospital. Tuvimos un par de reuniones, pero jamás puedes creer lo que diga. Hará lo que le parezca.

Mario bebió su whisky y sintió cómo le quemaba la garganta. Respiró de forma estentórea, como después de un gran esfuerzo. Hasta Ana se dio cuenta de su suspiro.

—¿Estás cansado?

Mario era feliz. Inmensamente feliz, y se sentía en paz con el universo. Se reprimió para no eructar y tirarse un par de pedos sonoros, tan grande había sido su alivio al convencerse de que Ana no se había acostado con Darío. Por primera vez desde que la bruja de Luisa le inoculara el veneno de los celos había conseguido librarse de una angustia que lo atenazaba. Ana no mentía, era imposible que mintiese. Al contrario de lo que había temido, Ana se mantenía firme en su fidelidad. Le era fiel. No le gustaba ese término. Leal, eso era. Ana le garantizaba su lealtad. Con eso ya tenía bastante por el momento. Quiso abrazarla, pero la mesa y los restos del festín le impedían acercarse a ella. Se había librado de una carga que le pesaba en la conciencia, la carga de ser un cornudo, y tenía ganas de flotar en el limbo de los

justos.

Mario chasqueó los dedos e indicó por gestos al camarero que trajese la cuenta.

—Te invito yo.

Ana se mostró ofendida.

—De ninguna manera.

—Pues tú pagas las copas.

No le pidió conformidad ni le consultó sobre su decisión ya tomada. Ana también se dio cuenta del cambio que se había operado en su ánimo.

—Vaya, lo del whisky te coloca al momento.

Mario estaba harto de asumir el papel de oveja degollada. Se habían acabado las lamentaciones, los celos, las conmisericordias. Volvía a pisar sobre seguro y Ana conocería a un Mario en su salsa. Lo único que le jodía eran los malditos pantalones. Le estaban estrujando hasta el buen humor. Cuando se levantara le caerían los huevos al suelo gangrenados, estaba seguro de ello.

Ana no estaba al día de locales de moda. La moda, pasajera y caprichosa, no perdonaba los años de ausencia. Mario decidió por su cuenta y riesgo y la llevó hasta El Maratón. Tuvo que haber previsto los problemas, pero no lo hizo y él mismo se labró su propia ruina. En El Maratón estaba Lena, más teñida que nunca, con un acompañante desconocido. Los dos llevaban unas cuantas copas encima.

Mario ya sabía lo que quería saber, por lo tanto la cháchara estaba de más. En El Maratón conversar era imposible y se imponía la comunicación táctil o visual. Condujo a Ana fuertemente cogida de la mano, por miedo a perderla, hasta la barra y se hizo entender a gritos. Ofreció a Ana su mojito y por señas le indicó un rincón donde podrían instalarse. Se sentaron muy juntos y Ana no se retiró al sentir el contacto del brazo de Mario sobre su hombro. De hecho, era la única forma de embutirse en el estrecho sofá donde las parejas se apretujaban hasta conseguir alojar a más del doble de los usuarios para los que había sido diseñado. Podrían haberse quedado bebiendo de pie o salir a bailar a la pista, pero no resistió la tentación de acercarse al cuerpo de Ana y tantear el terreno. Ana se mostraba atenta y relajada. Bebía y miraba a su alrededor con los ojos abiertos, extrañada del ruido. Habían sido cuatro años de olvido, para adaptarse en unos segundos a la agresividad de los locales nocturnos. Mario sentía su aliento cerca de su mejilla y el calor de su transpiración que humedecía su blusa. La fragancia de Ana impregnaba el pequeño espacio que ocupaban. Acarició lentamente su hombro y advirtió que la piel se estremecía bajo su tacto. No era indiferente a su caricia. Pero no continuó, no por falta de ganas sino porque Lena, inoportuna y borracha, los interrumpió. Supo que algo no iba bien al sentir de pronto que la espalda de Ana se enderezaba y sus músculos se tensaban. No tuvo tiempo de hacer nada para impedirlo, sólo vio el brazo de Lena muy cerca de su cara y sintió el contacto frío de algo que le había arrojado a la cabeza. Ana se levantó de un salto, con su vaso en la mano, y derramó su mojito en el escote de Lena. La pilló por sorpresa, hasta que reaccionó.

—¡Cerde! ¡Te acuestas con todos!

Ana estaba preparada para defenderse, pero Mario sujetó a Lena por las muñecas cuando se disponía a arrancarle los ojos. Al moverse notó cómo algo le caía de la cabeza y se hacía añicos en el suelo. Unas gotas de nata pringosa y de café caliente le resbalaron por la frente. Tenía el cogote lleno de helado y las orejas pringadas de crema. Lena le había incrustado una copa de café irlandés en la cabeza a modo de cucurucho. A pesar de lo desagradable de la situación sintió deseos de reír. Era lo más imaginativo que jamás había hecho Lena. Si en la cama le hubiera propuesto algo parecido quizás se habría replanteado lo de dejarla. Lena le insultaba a él. Un corro de curiosos los rodeó, encantados por el espectáculo.

—¡Déjame, cornudo!

Mario se las veía y se las deseaba para sujetarla. Lena pateaba el suelo y le pateó los dos pies clavándole los tacones de aguja a través de los zapatos. Sin embargo no la soltó por eso, sino a causa del puñetazo que le propinó el desconocido acompañante de Lena y que le lanzó al suelo. Mario no necesitó más. Con el *irish coffee* chorreándole la camisa, se limpió los ojos con el dorso de las manos, se levantó a tientas y arremetió contra el desconocido peleón. Al cabo de pocos minutos, el cisco en El Maratón era tan impresionante que Mario se sintió anonadado. Tenía un ojo contusionado, había perdido a su brioso rival y a su alrededor se veían saltar los puños y los bolsos. Se acordó de Ana, pero tampoco había ni rastro de ella. Los chillidos eran ensordecedores y la histeria se había apoderado del local. Supuso que Ana formaría parte del tumulto y se dirigió dando tumbos hasta la puerta, que había quedado colapsada. De refilón distinguió al bravucón acompañante de Lena pegándose con un matón de seguridad. Por fin, a patadas y empujones fue expulsado al exterior junto con la marea humana que se dispersaba enloquecida tan pronto pisaba la acera. Algunos sin zapatos, otros con la ropa rota. Vio correr a una chica sin falda, pero no vio a Ana por ninguna parte. Hizo un par de intentonas para volver a entrar, pero le fue imposible. De pronto, las sirenas de la policía dispersaron a los que estaban fuera, ansiosos por reunirse con sus parejas. Todos huyeron y Mario optó por imitarlos. Corrió un par de manzanas y se apoyó jadeante contra una esquina. Ana no tenía teléfono —o eso le dijo— y desconocía su dirección.

Caminó sin rumbo al son de las palabras de Lena, que bailoteaban junto a sus pocas neuronas empapadas en vino, whisky y mojito. Lena había acusado a Ana de acostarse con todos. Lo había dicho clarísimo: «Te acuestas con todos», y en ese todos, naturalmente, había implícito —o explícito, como le pareció a él— el nombre de Darío, el flamante y novísimo subdirector general de Sanidad. Para rematar la faena, Lena le había llamado cornudo. De todas sus miserias terrenales se quedó con la de cornudo y apaleado y no le costó demasiado tomar la dirección de un bar que conocía y que cerraba a altas horas de la madrugada. Era vulgar hasta en eso. Un vulgar cornudo que se emborrachaba para olvidar lo que era y seguiría siendo. Ahogó sus penas en la barra mientras lamentaba su mala suerte y su miopía. Después de cada

copa se sentía más confortado por el alcohol y más triste por su desgracia. Cuando le echaron del bar decidió que tenía que ver a un amigo. A las cinco de la mañana, sucio, pringoso y bebido, sacó a Tomás de la cama y se lanzó a sus brazos gimoteando. No lo había visto desde hacía más de tres semanas y la última vez que charlaron discutieron, pero un amigo siempre es un amigo y Tomás ya conocía sus fluctuantes estados anímicos. Le pidió perdón por su falta de consideración, le besó los pies y le rogó que le presentara a su gata *Gilda*, la única hembra digna de consideración entre todas las que conocía. Lo felicitó por su buen gusto en amar a una gata y no a una mujer, y cuando Tomás lo metió bajo la ducha y le cayó un chorro de agua fría sobre la cabeza comenzó a reír como un loco y a dar lametazos al agua, con gusto de café irlandés, que chorreaba de su pelo y caía en su boca. Improvisó un discurso, asido al teléfono de la ducha, dirigiéndose a un auditorio invisible y clamando por la supresión de cargos inútiles como los subdirectores de Sanidad, que sólo servían para tirarse a las médicos recicladas. Al acabar con su retahíla de insultos a Darío —y ante la sorpresa de Tomás— le pidió un cuchillo para cortarse los cojones porque los tenía inservibles y, total, a los cornudos como él no les hacían ninguna falta. En calzoncillos, por fin liberado de los odiosos pantalones vainilla que le habían dado la noche, bailó salsa en el comedor y escupió como un niño el café con sal que le ofreció Tomás. Le amenazó con pegarle si volvía a intentar curarle su ojo maltrecho y, cuando Tomás, exhausto, ya estaba a punto de desistir, se durmió sobre el killim del estudio cantando a voz en grito.

Despertó horas después, contusionado, magullado y con la cabeza a punto de explotar. Sólo encontró una nota de Tomás junto a una aspirina y una cafetera. La nota decía:

Estoy en el hospital. Rosa Lago murió durante la noche. Espero que te recuperes.

CAPÍTULO 6

Darío no me dijo que le habían nombrado subdirector de Sanidad. Siempre había sido reservado para sus cosas, pero nunca llegó hasta el punto de ocultarme sus logros a mí, su mujer. Debió de coincidir con los días en que le evitaba porque llevaba entre manos el asunto de Tomás Millán.

El contacto surgió a raíz de un informe de un miembro de la organización. Según ese informe, Tomás Millán, un informático del Luis Ventura, había emprendido por su cuenta una investigación sobre los riesgos de un medicamento llamado Erzorium y estaba falto de medios para continuar adelante. Pronto supimos que Tomás visitaba con regularidad a Pomés en la cárcel, y gracias a él nos enteramos de que simpatizaba con nosotros y de que no rechazaría nuestra oferta. Rápidamente consideramos que su incorporación podría sernos de gran valor, ya que, con la pérdida de Pomés, estábamos faltos de documentalistas e informáticos. La mayoría de nuestras ofensivas comenzaban con una batalla de datos y Tomás era como maná caído del cielo. Descartamos que Tomás pudiera ser un confidente o un infiltrado a la vista de su historial gris, sin mácula, casi anodino. Sin embargo establecimos el período de prueba habitual antes de incorporarlo a un comando operativo. Yo no era la persona idónea para establecer los contactos porque Tomás trabajaba en el mismo hospital que mi marido, pero no había nadie más disponible e insistí en aceptar ese trabajo. Me lo planteé como un reto. Desde que comencé a militar en las McLoppainer me había esforzado en dejar claro que mi relación con Darío no ponía en peligro a la organización y que mi vida privada quedaba absolutamente al margen de mi militancia, pero a pesar de ello notaba que se me encargaban tareas menores y que, en mi presencia, Jorge y Esteban hablaban con comedimiento y evitaban dar nombres. Involucrarme en un asunto que concernía al hospital en el que trabajaba Darío y demostrar que no filtraba ningún dato sería una forma de conseguir afianzarme. Tanto Esteban como Jorge no pusieron objeciones y yo asumí el riesgo. Telefoneé a Tomás y noté su sorpresa al decirle sin tapujos que las McLoppainer querían ponerse en contacto con él. Tartamudeó, se le quebró la voz y tuve miedo de haberme equivocado, pero aceptó la cita. En el primer encuentro se disiparon todos mis temores. Dejé a Sergio con mi madre y acudí al cine a la hora en punto. Le localicé en seguida, estaba en la cola hecho una madeja de nervios, pero yo ya tenía práctica y me situé a su lado con naturalidad, le besé en la mejilla, ante su mirada atónita, y me colgué de su brazo. Tomás sacó dos entradas y nos sentamos en las filas traseras de la sala. Le tomé la mano, era una mano regordeta, caliente y agitada. Siempre acariciaba

las manos de los que contactaba. Nadie me lo exigía, pero yo lo hacía porque en ese roce humano adivinaba más que en las palabras. Su mano me tranquilizó, era amable y cálida. Le susurré al oído que mi nombre era Ester y que a partir de ese momento actuaríamos como dos viejos conocidos del trabajo. Cumplió su papel a las mil maravillas. Salimos de la sala comentando la película y nos dirigimos hacia el bar. El bar estaba bastante concurrido a esas horas, pero encontramos una mesa con facilidad. Al retirar mi silla galantemente, me confesó, sonrojándose, que se había sentido muy a gusto y que jamás pensó que una mujer tan guapa como yo accediese a estar sentada a su lado durante dos horas. Me hizo reír por su espontaneidad. No escondía nada, era transparente como una copa de vidrio. Me explicó todo lo concerniente al Erzorium y quedó maravillado por nuestra perspicacia. Se sinceró conmigo. Siempre había deseado pertenecer a la organización, pero nunca había tenido agallas suficientes para atreverse. Era franco y estaba asustado por las consecuencias de los pasos que había dado. Había firmado un *report* haciéndose pasar por médico y temía que en el hospital tomasen represalias contra él. Yo callé cuando se refirió a Darío y me explicó que Losón y Darío eran carne y uña y que tarde o temprano sabrían que fue él quien disparó la alarma sobre un medicamento tan lucrativo como el Erzorium. Le liberé de la responsabilidad de continuar adelante con nombre y apellidos y arriesgar su trabajo, y le aconsejé continuar recabando datos desde el anonimato. Sus informaciones eran muy valiosas y la organización se encargaría de divulgar ese *report* y conseguir que retirasen el Erzorium de la circulación si se comprobaba su peligrosidad. Tomás respiró aliviado y aceptó un nuevo encuentro. A la cita siguiente acudí con Sergio y no tuve ningún inconveniente en que lo sentara sobre sus rodillas y lo hiciese galopar. Era un encanto.

El nombramiento de Darío debió de coincidir con esos días en que yo le evitaba para que no notase mi inquietud. A través de Tomás supe que Darío, sin ningún escrúpulo, había prohibido en el Luis Ventura la entrada de otros grupos farmacéuticos fuera de Laboratorios Losón. El caso del Erzorium me tenía preocupada y siempre que pasaba ante alguna farmacia atisbaba en el interior y me detenía unos instantes en la puerta preguntándome cuántas mujeres entrarían a lo largo del día con el billetero en la mano y pagarían para comprar esa cajita azul que engrosaría las arcas de Losón y que al cabo de los años tal vez les supusiera la muerte. Darío no podía ser cómplice de algo semejante, me resistía a creerlo, pero Tomás repetía que sí, que Darío protegía a Losón cubriéndole las espaldas y que recientemente interceptó el caso de una paciente grave para demostrar hasta dónde llegaba su autoridad. Yo lo escuchaba con el corazón encogido y en mi fuero interno me negaba a aceptarlo. Siempre había sido cauta y había impuesto una barrera entre mi privacidad y mis convicciones, pero esa vez me sentía cogida entre mi vida personal y mi militancia y no podía enfrentarme a Darío y pedirle explicaciones hasta

que el tema no saliera a la luz. Por eso le rehuía y evitaba hablar con él.

Me enteré de su nombramiento gracias a un compañero de televisión que, medio en broma, medio en serio, me llamó para felicitarme con un cierto retintín. «Felicidades, Alicia. Ser la esposa de un subdirector general de Sanidad no ocurre todos los días.» Me quedé cortada, con el teléfono en la mano, incapaz de improvisar una respuesta airosa. El muy idiota creyó que me había emocionado por la noticia. «¿Te ha impresionado?»

No estaba impresionada en absoluto. Estaba indignada.

Pasé el resto del día aparentando tranquilidad y quitando hierro al asunto. Acudí a una entrevista que tenía concertada con una joven abogada, despedida de su puesto de trabajo por haber quedado embarazada. Había interpuesto una demanda por despido improcedente a Magistratura de Trabajo y había aguantado el chaparrón de descalificaciones que le cayeron encima a medida que se hinchaba su vientre. Era soltera y vivía sola. La acusaron de promiscua, de viciosa, de incompetente, y hasta buscaron pruebas para alegar que llegaba tarde y charlaba por teléfono con sus amistades, pero ella se mantuvo en sus trece y no cedió a los chantajes con que intentaban disuadirla bajo mano. Me negué en redondo a que la cámara ofreciese un primer plano de su vientre y tuve una bronca con el realizador, que pretendía imprimir un estilo sensacionalista a la entrevista. La indignación que sentía contra Darío y la discusión con el realizador me inspiraron un texto introductorio encendido que el equipo de producción, acojonado por las consignas de los nuevos cargos de informativos, se negó a incluir si no moderaba el tono. Muy a mi pesar taché algunos adjetivos.

Por la tarde, Sergio estaba insoportable. Lloriqueaba por todo, no quiso la merienda, se negó a bañarse y vomitó la cena. Era el cuadro que presentaba habitualmente cuando le rondaba algún virus. De buena mañana, lo más seguro, despertaría ardiendo de fiebre.

Y Darío no estaba nunca. No estaba a mi lado ni para lo bueno ni para lo malo. Lo peor era que cada vez me sentía más lejos de él y que ya me había acostumbrado a la distancia que nos habíamos impuesto el uno al otro.

No podía ser, no podíamos continuar ignorando que nos ignorábamos. Habíamos llegado demasiado lejos. Me equivocaba al repetirme una y otra vez que lo que hiciera o dejase de hacer Darío me traía sin cuidado. Cuando Tomás me habló de él, con la sinceridad que le caracterizaba, deduje que la honestidad de Darío en el hospital era más que dudosa y que sus intereses personales y sus favoritismos prevalecían sobre algo tan incuestionable como el derecho a la salud. Me habló del enchufismo que perjudicaba a los enfermos sin recursos, de los convenios que había firmado con la sanidad pública y que eran una tapadera para desviar recursos hacia otros fines más lucrativos, de su nueva política de reducción de plantillas y del

endurecimiento de las condiciones de trabajo del personal. Me asusté. Tomás era honrado y el retrato que hacía de Darío, despojado de apasionamiento, correspondía a un hombre frío, codicioso y movido por la ambición.

Por eso, al enterarme por boca de un extraño que mi marido había aceptado un cargo político, todo encajó y comprendí hasta dónde pretendía llegar Darío, y supe que no se arredraría ante ningún obstáculo. El cargo se lo habían ofrecido ellos, los de siempre, los que por fin habían conseguido con demagogias llegar al poder. Darío me había oído una y mil veces insultar al televisor. Me escuchaba reírme cada mañana, durante el desayuno, de las declaraciones del nuevo gabinete en la tertulia de la radio, mientras desayunaba de prisa y preparaba la mochila del niño. Él objetaba que no había para tanto y yo me indignaba por su desfachatez. No era ningún ignorante y distinguía entre las verdades y las mentiras. Ellos mentían por costumbre, sin un asomo de vergüenza, y copiaban consignas de la izquierda que ya habían perdido valor y que dejaron de significar algo cuando ellos se apropiaron de las palabras y tergiversaron su sentido. ¿Qué pintaba yo ahora? ¿Se suponía que tendría que representar el papel de la esposa del político conservador? No, Darío, conmigo no podías contar y lo sabías, y por eso te escurrías de mis manos cuando te preguntaba —sin interés, lo reconozco— por tus cosas. Me respondías que bien, que todo iba bien, y yo no insistía porque pensaba que tu mundo me resultaba indiferente. Pero me habías implicado en él sin pedirme opinión y eso ya no podía consentirlo.

La rabia la sentía contra Darío y contra mí misma. Yo había sido quien había comenzado a practicar el secretismo y a mantenerme impermeable a la vida en común. La pareja, entendida como la unidad de destinos en lo privado, me parecía un artificio malabar, una falsedad de cara a la galería. La pareja era una suma de uno y uno que no siempre daba el resultado mágico del dos. Las había que se componían de dos más cero. Yo me decantaba por la equidad matemática que consistía en no renunciar a mi uno bajo ningún concepto. En presencia de sus amigos me comportaba en consonancia con mi criterio y Darío me acusaba de querer ponerlo en evidencia. Pero no era eso, no entendía mis motivos. Quería que supiesen que yo no compartía las opiniones del que supuestamente era mi marido y que mi ideología era como mi nariz, mía y de nadie más, y me negaba a operarme y adquirir una nariz de diseño estándar como las que veía en las portadas de las revistas y en los rostros inexpresivos de las dependientas de las *boutiques*. Se había perdido la noción de la ética, de las narices y de las ideas.

Sabía que era una bocazas y procuraba actuar con prudencia, pero a veces, cuando acompañaba a Darío a algún acto social protocolario, no podía soportar tanta mediocridad y, o bien me recluía en un mutismo huraño, o bien respondía con algún exabrupto fuera de lugar.

Me repateaba la hipocresía de quienes hablaban del saneamiento de la economía nacional con sus cuentas privadas en bancos extranjeros. Me extrañaba de su respeto por la moralidad y su oposición al aborto —en la sanidad pública— y sus inversiones

en clínicas privadas abortistas. Me ofendía su firme defensa de la enseñanza de la religión católica en las escuelas del país y su decisión de enviar a sus hijos a colegios extranjeros laicos o protestantes. A veces, no podía remediarlo y, si tenía un día tonto, se me escapaba alguna alusión, algún comentario hiriente. En seguida, Darío, atento a mi comportamiento, lo solucionaba disculpándose porque había olvidado que al día siguiente tenía un viaje. Nada más cruzar la verja de la puerta —los amigos de Darío, Losones y compañía, acostumbraban a tener verjas y jardines— me reprendía como a una niña mala. Darío tenía miedo por su futuro y, a pesar de ello, tenía mucha paciencia conmigo. Yo, sin lugar a dudas, no la hubiera tenido, pero acabé por aburrirme y por negarme a acompañarlo. «Lo siento, Darío, te haré quedar mal como siempre, ya sabes que o no estoy de humor o hablo demasiado.»

Aunque Darío callase por cobardía y no me dijese ni una palabra de su nombramiento como subdirector y me tuviese que enterar por personas honradas como Tomás que sus actuaciones médicas eran inmorales, no podía reprochárselo. Fui yo quien me alejé de su mundo y fui yo quien le mentí primero, estoy segura.

Lo que no sabía entonces era por qué motivo no me había planteado separarme de él para acabar de una vez con tanta hipocresía y con tanto fingimiento.

CAPÍTULO 7

La palabra muerte, aunque fuera leída y conjugada en pasado, le produjo un efecto parecido al de inyectarse en la vena un litro de café. Mario se despejó de inmediato. La noche anterior había vuelto a beber y, mientras él bebía, Rosa había muerto. Bebió porque Lena le llamó cornudo. El juicio de Lena no tenía sentido, pero daba igual, Rosa Lago estaba muerta.

A juzgar por la intensa luz que iluminaba la estancia debía de ser casi mediodía. Echó una ojeada a su muñeca desnuda y palpó los bolsillos de su pantalón, dejado de cualquier manera sobre una silla, sin acertar a encontrar su reloj de pulsera por ninguna parte. Supuso que Tomás se lo debía haber quitado antes del remojón bajo la ducha. Sobre la mesilla del dormitorio de Tomás dio con un ruidoso despertador rojo, grande y de mal gusto, que marcaba la una. Lamentarse por las horas perdidas no conseguiría el milagro de que las agujas retrocedieran y se detuvieran en las ocho. ¿Por qué no lo había despertado Tomás? Descartó pasar por su apartamento, aunque tampoco podía presentarse en el hospital vestido con la camisa apestando a whisky y los pantalones vainilla con lamparones de café. Se desnudó rápidamente y se metió en la ducha. Tenía el cabello pegajoso y duro como el cartón. Lo lavó con un champú contra la caspa que usaba Tomás y fregó con encono su piel hasta hacerla enrojecer. Consiguió relajarse unos segundos bajo el chorro de agua caliente; luego se secó con una toalla húmeda que Tomás había dejado abandonada sobre el bidé, y lanzó un grito de dolor al restregarla contra su ojo hinchado. Había olvidado sus magulladuras. Aprovechando el pequeño resquicio sin empañar que quedaba en el espejillo del baño dio un vistazo a su cara. Tal vez con unas gafas de sol podría disimular el aparatoso morado que casi le impedía abrir el párpado izquierdo. Con los pies chorreando agua, se dirigió de nuevo al dormitorio de su amigo. Daba lo mismo que escogiera una prenda u otra. Tomás pesaba treinta kilos más y medía quince centímetros menos que él. Puesto que haría el ridículo de todas maneras, tomó al azar una camisa, lo más discreta posible, y unos pantalones. Ató su cinturón a los pantalones, que le llegaban más arriba de los tobillos y, sin mirarse siquiera en el espejo para no echarse atrás, tomó su documentación, su dinero y sus llaves y se llenó una taza de café. Se lo bebió de un trago y, al alzar el brazo, reparó en la ligereza de su muñeca y, de nuevo, echó en falta su reloj. Sin el reloj se sentía extrañamente desvalido. Se juró a sí mismo que se concedía una sola intentona. Hurgó en los armarios del baño y el dormitorio, abrió los cajones del mueble de la sala y vació todos los lapiceros del estudio. Sorprendentemente, en sus pesquisas halló un pendiente de mujer. Era de oro y tenía

la forma de un delfín diminuto. Se sonrió para sus adentros. Imaginó a Tomás besando el pendiente y poniendo los ojos en blanco al recordar la noche en que Margarita, Rosana o quien fuera olvidó delatoramente su joya. Calculó que, teniendo en cuenta los preservativos caducados que había hallado en el baño, eso debía de haber sucedido cuando los dinosaurios poblaban la Tierra. Lo guardó con sumo cuidado y reemprendió la búsqueda del reloj. Al abrir la puerta de la cocina oyó un gruñido y, sin darle tiempo a reaccionar, recibió un arañazo en su mano, justo cuando la dirigía al interruptor. Dos resplandores verdes, que brillaban en la oscuridad, le hicieron estremecer. En seguida ató cabos. Era *Gilda*, la gatita de Pomés. Mario la había imaginado dulce y mimosa, pero *Gilda* era más díscola de lo que suponía. Sintió haberse comportado como un intruso avasallador y haber fisgoneado en las cosas de Tomás. *Gilda* se merecía unos arrullos y una disculpa, pero lo dejó para otro momento. Cerró la puerta del piso y salió a la calle sin reloj, sin gafas de sol y con un arañazo en la mano. Paró un taxi y, por fin, arrellanado en el asiento trasero y camino del hospital, pudo poner en orden sus ideas.

Esperaba que Ana estuviese sana y salva y no hubiese ido a parar a comisaría. Esperaba que le creyera cuando le dijera que había salido de la sala para buscarla y que le había sido imposible volver a entrar. Esperaba que las palabras de Lena, que aún martilleaban en sus oídos, fuesen un embuste, para no tener que sentir más la punzada de los celos que le hacían cometer tantas estupideces. Esperaba que Ana aceptase su disculpa y que, con su sonrisa, borrarse la absurda sospecha de creerla la amante de Darío. Esperaba también que el cuerpo de Rosa aún estuviera en el hospital y que el forense le permitiera leer el dictamen de su muerte.

La muerte, esa palabra absoluta que no se prestaba a ambigüedades ni manipulaciones, le anonadó. Una vez más había abandonado a Rosa. No preguntaría sobre su agonía, ni sobre su estado de lucidez antes de expirar, ni sabría nunca si le había reprochado que la dejase sola en esos momentos. No, no haría indagaciones porque, a diferencia de otras ocasiones, ahora no valían los futuros hipotéticos. Para Rosa Lago ya no existía el futuro. En el hospital, su ficha correría de mano en mano y su nombre sería pronunciado por personas que no llegaron a conocerla. Seguramente, en esos mismos momentos, algún administrativo anotaría el término «fallecimiento» en su ordenador y gestionaría su baja definitiva.

Al llegar al hospital se dirigió de inmediato a la planta de ginecología y, sin saludar, corrió a su despacho a ponerse una bata que ocultase su disfraz grotesco. Una vez camuflado, a pesar de que sus pantalones ridículamente cortos se vislumbraban por debajo de la bata, salió al pasillo y se topó con la enfermera jefe, Emilia, que pareció sorprendida al verlo. Mario temblaba cuando Emilia irrumpía en su despacho con los brazos en jarras sobre las caderas y la barbilla adelantada, desafiante, tan terrible como una pescadera deslenguada. La ira de Emilia únicamente se apaciguaba con hechos, con ella no valían las promesas. Mario agradeció que Emilia le encontrase en el pasillo, con el ojo maltrecho, la barba sin afeitar y las ojeras de haber

bebido, ya que, de ese modo, sus observaciones punzantes serían más comedidas que si lo hubiese cazado a solas en su despacho. Sin embargo, la reacción de Emilia fue desconcertante.

—Doctor Serna, ¿se puede saber por qué ha venido en estas condiciones?

Mario estuvo a punto de preguntar en qué condiciones, pero supo que Emilia hablaba de algo más que de una borrachera y una pelea.

—Quiero ver al forense por lo de Rosa Lago.

Emilia también estaba afectada.

—Pobrecilla, está en el depósito... pero, sinceramente, doctor, tiene muy mal aspecto. Ana se ha ocupado de todo, será mejor que vuelva a casa y descansa hasta que se haya repuesto.

—Estoy bien, no se preocupe.

—¿Cómo que no me preocupe? La doctora Ana nos lo ha explicado. Se portó como un valiente.

Mario no comprendía nada. Era imposible que Ana les hubiese hablado sobre el incidente de la noche anterior. ¿Lo había entendido bien? Emilia había dicho exactamente «un valiente».

Balbuceó la excusa de que le esperaba el forense y prometió a Emilia que descansaría. Emilia no se conformó con eso. Le llevó a la salita de enfermería y aplicó un antiinflamatorio a su ojo. Tenía manos de ángel y supo, por su cháchara, que Ana se había presentado, como de costumbre, a las ocho y media y había pasado su visita. Un día rutinario, si se exceptuaba, claro está, la muerte de Rosa Lago.

Mario cazó al vuelo al forense y consiguió que le resumiera en pocas palabras el caso de Rosa. Había sufrido un rechazo de la vejiga y, consecuentemente, una complicación renal que derivó en infección aguda y acabó por afectar al corazón. Todo había sido muy rápido. Sufrió un paro cardíaco. Ése era el diagnóstico de la autopsia realizada durante la mañana. Añadió que, dadas las circunstancias, era la muerte más deseable en su caso. Eso no consoló a Mario. Si bien era cierto que no había sufrido en esos instantes, sus últimos días fueron un verdadero infierno. A veces se preguntaba si la medicina tenía en cuenta el sufrimiento humano, si atender a desahuciados y prolongar su vida artificialmente era un acto médico o una bufonada. Rosa Lago tenía solamente treinta y nueve años y si él hubiese podido prever ese final se hubiera negado a ingresarla en quirófano. No era fácil. No era fácil distinguir entre lo bueno, lo malo y lo menos malo.

Le informaron de que no habría velatorio para Rosa. Sus familiares habían decidido que su cuerpo permaneciera en el depósito hasta la exhumación, que tendría lugar al día siguiente, una vez realizados los trámites y contratada la funeraria. Dejó su teléfono en secretaría y les rogó que le avisasen cuando supiesen la hora y el lugar del entierro. La chica, cola de caballo y nariz pecosa, recogió su encargo con extrañeza. No era usual que los médicos se interesasen por sus pacientes una vez fallecidos. La mirada de la chica, cuando le prometió que lo tendría al corriente,

estaba cargada de simpatía, como si su desaliño y su ojo morado la hubieran enternecido. Mario supuso que era de las que creían que todos los médicos eran unos engreídos sin corazón.

Mario se presentó en el bar dispuesto a comer alguna cosa y con la secreta esperanza de localizar a Ana. Afortunadamente había encontrado unas gafas viejas en su despacho con las que disimuló el hematoma. Rogó en silencio para no coincidir con Lena. No se sentía con fuerzas para resistir otro embate y reaccionar con sensatez. No era un hombre sensato, si lo hubiera sido nunca habría caído en la tentación de tocarle las tetas a la rubia. Respiró aliviado mientras avanzaba por entre las mesas, sosteniendo su bandeja y sorteando los obstáculos que le salían al paso. Allá estaba Ana comiendo junto a Tomás. Ambos estaban absortos en su conversación y no repararon en su presencia hasta que se sentó frente a ellos. Hubiera preferido estar a solas con Ana, pero también debía explicaciones a Tomás.

—¡Hombre! ¡Mira quién está aquí!

Ana levantó los ojos y se asombró al verlo. Evidentemente no lo esperaba.

—Creí que no vendrías. ¿Cómo estás?

Mario movió la cabeza.

—Mucho mejor. Gracias por ocuparte de la planta.

Ana esbozó una sonrisa y le indicó la comida.

—Las lentejas te sentarán bien. Anda, come.

Ana llevaba el cabello recogido en una trenza y su cara fresca, sin restos del maquillaje de la noche anterior, le recordó la de una colegiala. Se sentaba con la espalda erguida, sin utilizar el respaldo de la silla. Se fijó en cómo sostenía sus cubiertos, apenas rozándolos, con los dedos elegantemente engarzados en la empuñadura del cuchillo. La sorprendió mirándole de hurtadillas, posiblemente deseaba decirle algo, pero la cohibía la presencia de Tomás. Cesó en su masticar pausado y bajó los ojos. Tomó su servilleta de papel y se limpió la boca, discretamente, antes de acercar el vaso de agua a su rostro. Bebió como un pajarillo, mojándose los labios. Estaba pensativa, pero no pronunció palabra. Tomás, desinhibido a pesar de estar en compañía de una mujer, rompió el hielo.

—Menudo pedo cogiste.

Mario se sintió avergonzado. Sacar de la cama a un amigo a las cinco de la madrugada merecía una disculpa por muy amigo que fuera el susodicho.

—Lo siento, de verdad que lo siento. Tenía ganas de verte, eso es todo.

Tomás rió.

—Pues qué le vamos a hacer, más vale tarde que nunca.

Mario no sabía cómo hablar con Ana sin incurrir en indiscreciones. Ana le sacó del apuro. Jugeteó con el vaso de agua unos instantes y se dirigió a Mario.

—Ya se lo he explicado todo a Tomás. —Esta vez sí que le aguantó la mirada sin pestañear, le indicaba silencio, le ordenaba que la escuchase y que no la interrumpiera —. Lena y yo te estamos muy agradecidas. Bueno... pegas bien.

Mario calló y asintió. Engulló su carne sin masticarla y se preguntó qué cojones explicaba Ana y qué se suponía que tenía que responder él. Tomás le arrancó las gafas.

—¡Cómo se te ha puesto el ojo!

Ana no se había fijado. Dejó el vaso en el acto y, aproximándose por encima de la mesa, le palpó la contusión y Mario sintió el contacto de sus dedos suaves y fríos.

—Está muy hinchado. ¿Te has puesto algo?

Mario se volvió a colocar las gafas para no llamar la atención de las otras mesas.

—Emilia se ha ocupado de él. No os preocupéis.

Tomás comenzó a pelar su manzana.

—Te portaste como un jabato.

Mario creyó que no lo comprometería mucho si contestaba una ambigüedad.

—Bueno, tú también habrías hecho lo mismo en mi lugar.

Tomás movió la cabeza con humildad.

—No creo que me hubiera atrevido con tres capullos. Si anoche lo hubiera sabido, te hubiera tratado con más delicadeza.

Mario empezaba a entender que Ana había hecho correr un bulo y que había transformado su ridícula historia del *irish coffee* en una hazaña bélica. De ahí los comentarios de Emilia. Pero... ¿y Lena? ¿Cuál era la versión de Lena?

Ana habló para él. Era una invitación a que la siguiera.

—Tengo que pasarme por la planta. Esta mañana no he acabado de consignar las altas y se tiene que hacer la lista de ingresos. La están esperando.

Mario todavía no había terminado sus lentejas, pero se puso en pie limpiándose apresuradamente los labios con la servilleta.

—Espera, no hace falta. Es trabajo mío.

Ana vació su bandeja y le esperó cerca de la barra. Mario se dirigió a Tomás.

—Paso luego por tu casa a recoger mi ropa y a devolverte ésta.

Tomás se fijó en que vestía unos pantalones suyos y asintió.

—Por cierto, ¿dónde pusiste mi reloj?

Tomás se rascó la cabeza y torció el gesto.

—¿Tu reloj? Pues no lo recuerdo.

El reloj y el tiempo perdían importancia estando con Ana. Ya le había sucedido en las dos ocasiones que se vieron a solas. Ahora, camino de la planta, bebía de sus palabras y hubiera querido perderse con ella por corredores sin fondo y perder el rumbo de su vida acompasando sus zancadas al paso ligero de ella. Era sugestivo caminar a su lado y creyó que no dejaría jamás de sorprenderlo.

—Les he explicado que ayer noche quedé para cenar con Lena y que luego fuimos a tomar una copa al Intransferible. Y allí estabas tú con unos amigos.

Mario asimiló el nuevo escenario de los hechos.

—O sea, que yo estaba en el Intransferible.

—Eso es. Pero preferiste nuestra compañía, estuvimos charlando un rato y

salimos juntos del bar hacia la parada de taxis.

Mario abrió los ojos.

—¿Tú, yo y Lena tan amigos? ¿Cómo se te ha ocurrido?

Ana movió la cabeza.

—Espera que acabe, no seas tan impaciente.

—Bueno, sigue. Te escucho.

Ana entornó los ojos en una inequívoca expresión de niña picara.

—En el callejón Rousseau nos abordaron tres tipos. Nos pedían pasta y uno de ellos empezó a meterle mano a Lena. Estaban bastante bebidos.

—¡Pobre Lena! ¿Y yo qué hice?

—Muy sencillo. Te pegaste con los tres hasta que salieron zumbando.

Mario encajaba lentamente. Señaló su morado.

—O sea, que este ojo es por defenderos.

Ana asintió.

—Tomamos un taxi y te dejamos en tu casa. Esta mañana me llamaste diciéndome que tenías los huesos doloridos y que te quedarías en cama.

Mario la cogió por los hombros y la obligó a detenerse.

—Espera, no vayas tan de prisa... ¿Cómo sabías que no vendría esta mañana?

A Ana le bailaban las pupilas, los ojos reían sin poderlo remediar. Reía por la reacción de Mario, por su confusión, por su travesura. No pudo resistirlo más y rompió en una carcajada. Se había reprimido durante toda la comida.

—Esta mañana, temprano, me llamó Tomás preocupado. Me explicó que estabas como una cuba durmiendo sobre el killim de su estudio y que no conseguía despertarte de ninguna manera. Quería saber si tenías alguna intervención. Estaba cabreado contigo, ya sabes, muy cabreado. Te llamó irresponsable y vicioso. Entonces, en fin, se me ocurrió que te merecías un poco de heroísmo en tu vida.

Mario no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Pero te arriesgabas a que yo se lo hubiera explicado todo a Tomás.

Ana rió de nuevo.

—El pobre no había entendido ni una palabra de lo que decías. Estaba confuso y no me costó demasiado convencerlo.

Mario la atrajo hacia él, muerto de risa, y la abrazó con los ojos llenos de lágrimas. Se imaginó la escena telefónica que se había desarrollado a pocos pasos de donde él roncaba. Tomás transmutando la expresión y abriendo los ojos como un niño grande, descubriendo de pronto que había acogido en su morada a un héroe y que él le había tratado como si fuera un maleante. Preparando a toda prisa una cafetera y redactando con cuidado una nota para informarle de lo de Rosa Lago. De pronto, Mario se dio cuenta de que estaba abrazando a Ana y la sintió frágil y cálida. Deseó besar su boca embustera y sus ojos traviesos y esa trenza de niña pizpireta y sus manos de pianista, pero Ana se deshizo del abrazo y se alejó de él. Todo había sido inocente, pero ignoraba si Ana dejó que la abrazara inocentemente o lo incitó a

ello y luego cambió de opinión. Nunca sabía a qué atenerse con ella.

—Pero ¿yo solo contra tres tipos?

Ana se recompuso la trenza.

—Ayer no lo hiciste nada mal. Te estuve observando un rato y le acertaste a más de cuatro. Pegas bien. ¿Dónde aprendiste?

Mario se hinchó como un pavo.

—De niño... la supervivencia, ya sabes.

Oyeron unas voces que se acercaban. Ana vaciló unos instantes y continuó caminando. Mario la siguió pensativo. Había algo que no encajaba.

—¿Y Lena?

Ana aminoró el paso.

—Solucionado.

—¿Solucionado?

Ana volvió a reír.

—Lena y yo nos hicimos amigas, me quiere un montón.

Esta vez, Mario hubiera necesitado un whisky doble. Los esquemas no le daban para más, pero no pudo salir de dudas hasta pasado un rato. Habían llegado a la planta y tuvieron que suspender su charla y atender algunas preguntas del personal. En cuanto tuvo ocasión, Mario insistió para que Ana lo acompañase al despacho y, una vez dentro, cerró la puerta tras él y la conminó a que confesase.

—Explícame lo de Lena.

Ana se sentó en la silla con indolencia y dejó escapar un bostezo.

—Lena estaba muy borracha y recibió un par de golpes. Yo la saqué de la sala, histérica, y la llevé a mi casa.

Mario se puso nervioso. Temía a Lena más que a cualquier otro imponderable. Un sudor frío le cubrió la sien. Al hablar se notó la voz temblorosa.

—¿Y qué te explicó Lena? Supongo que no le harías caso. Lena está desequilibrada, tú misma lo viste con tus propios ojos, yo no la provoqué...

Ana lo cortó.

—Lena no hacía más que llorar y lamentarse. Necesitaba que la escuchasen, así que me armé de paciencia y la escuché. Le hice de psiquiatra.

Mario se salió de sus casillas. Era una combinación horrorosa. Él intentaba seducir a Ana y Ana escuchaba las aberraciones de una rubia gorda que se folló sin ganas una docena de veces. Lo debía de haber puesto a caldo como amante.

—Supongo que no le creíste una palabra.

Ana se restregó los ojos.

—Dijo muchas tonterías, pues claro, pero no le hice caso. Yo creo que en algún momento me llegué a dormir y todo.

—¿Y qué piensa hacer ahora? ¿Me disparará con un revólver?

—¡Qué va! La tienes como un guante.

—Lena... como un guante. No me lo creo. Te engañó.

Ana se desperezó. Se le comenzaban a notar las ojeras de una noche en blanco.

—Habló tanto que acabó por marearme. Estaba asustada por lo de la pelea y la asusté diciéndole que tú le podías buscar problemas por su agresión. Al fin y al cabo eres un superior...

—¿Y sólo con esa sugerencia cambió su opinión?

—Bueno, Darío está ahí, pero todos sabemos que con su cargo tarde o temprano dimitirá del hospital, y en ese caso... puedes ser un candidato.

Mario se pellizcó.

—¿Eso le dijiste? ¿Se lo tragó?

—Sin pestañear. Al cabo de unos segundos comenzó a decir maravillas sobre ti. Pero la lió cuando te telefoneó para pedirte disculpas y no te encontró en casa. Se puso como una loca creyendo que estabas en comisaría. O sea, que me salió el tiro por la culata y me quedé sin dormir.

—¿Y está de acuerdo con la historia del Intransferible, el callejón Rousseau y los atracadores?

—Pues claro. Lena estaba en casa dándome el coñazo esta mañana cuando llamó Tomás. Yo empecé y luego, entre las dos, fuimos improvisando la coartada.

Mario admitió para sus adentros que Ana tenía madera de política.

—O sea, que Lena también ha hecho correr el bulo de mi heroísmo.

Ana afirmó con la cabeza.

Mario no supo qué decir. Lo gracioso del caso es que, poniendo en juego el ingenio, en una sola noche Ana había saldado una cuenta que él tenía pendiente desde hacía un montón de tiempo y le había librado de un problema.

—¿Y cómo podré agradecerte todo lo que has hecho por mí?

Todo podía haber sido más íntimo. Podría haberse acercado a ella y haberla besado y haber pronunciado esa frase con segundas, susurrándosela al oído. En cambio se comportó como un principiante. Se quedó en pie, con la frase grotescamente enredada en la lengua, sin saber dónde poner las manos ni adónde mirar. Ana no captó sus intenciones o no quiso entender.

—Somos colegas. Buenos colegas.

Su interpretación lo cortó aún más. Quiso salvar las distancias, pero Ana entrecerró los ojos y musitó:

—Creo que iré a dormir. Estoy hecha polvo.

Hubiera sido una descortesía ignorar que no había pegado ojo en toda la noche porque la había destinado a deshacer sus entuertos.

—¿Quieres que te acompañe? Me siento en deuda, me siento un desagradecido.

Ana negó con la cabeza y se levantó perezosamente de la silla.

—Emilia está esperando la lista de quirófano para mañana y te dejo algunas altas para consignar. Están ahí encima. La verdad es que ya no me aguanto.

Mario no quería que se fuese, pero abrió la puerta y musitó antes de verla desaparecer:

—La próxima cena te juro que será sin broncas.

Ana no dijo ni que sí ni que no y Mario se quedó con la duda. Dudas y preguntas que le molestaron mientras trabajaba a toda prisa para sacarse los papeles de encima y que le continuaron agujijoneando hasta que llegó a casa de Tomás al caer la noche. Se preguntaba qué esperanzas podría tener con Ana y qué tipo de mujer era. Sin duda no era la amante de Darío ni la amante de otro hombre. Nunca recibía llamadas telefónicas ni nadie la esperaba a la salida del hospital. Él conocía a las mujeres enamoradas de otros y tenían los ojos extraviados y jamás aceptaban invitaciones comprometidas ni las propiciaban. Las mujeres enamoradas de otros eran repetitivas y tarde o temprano sacaban a relucir su felicidad y se morían de ganas de explicar sus sentimientos. Las distinguía perfectamente y huía de ellas como de la peste. Ana no, pero ¿qué sentía Ana?... Era cambiante como la luna, escurridiza como un pez, desconcertante. ¿Quizás no sabía expresar lo que sentía? ¿Sentía algo por él? Sabía que ésa era la pregunta más difícil de contestar y que no tendría la respuesta hasta que un día se armara de valor y, decidido a dejar las cosas claras de una vez por todas, le confesase... ¿Qué debía confesarle? Ni él mismo lo sabía. Tal vez su locura.

La velada en casa de Tomás fue apacible y, por primera vez en mucho tiempo, no se enzarzaron en disputas inútiles. Charlaron como viejos amigos que eran y Tomás, con su gata *Gilda* en el regazo —que respondía con ronroneos a las distraídas caricias de su mano— y su pipa humeante en la boca, intentó esclarecer a Mario los motivos que le habían inducido a firmar el *report* sobre el Erzorium aun a sabiendas de que se estaba buscando problemas. Le habló de su afecto por Pomés, el muchacho que había acabado con sus huesos en la cárcel por sus convicciones políticas. Lo visitaba cada domingo desde hacía once meses. ¡Cómo pasaba el tiempo! Pronto se cumpliría un año y nadie se imagina lo que puede significar un año en la vida de un joven de veintiuno. Antes, Pomés —y Mario debía de recordarlo bien— era un chaval animoso, siempre dispuesto a todo, aunque nunca se distinguió por alegre ni bromista. Pero desde el mismo día que lo encerraron Pomés se hundió. Semana a semana, Tomás comprobó asustado cómo se fundía la grasa de sus mejillas, se afilaba su nariz y su piel se apergaminaba. Once meses después, y a la espera de su juicio, era exactamente una calavera. Pomés enflaqueció, envejeció y estuvo a punto de perder la razón. El chico pasó por un largo estadio de ansiedad para caer luego en la apatía más absoluta. A Tomás le permitían conversar con él media hora, de seis a seis y media, a través de un doble cristal. Cada semana le llevaba una caja de cartón, cuidadosamente embalada, que llenaba con dulces de crema, embutido, mermelada y un par de cajetillas de tabaco. Le conseguía libros de ensayo y noticias de prensa, y, si al principio daba muestras de reaccionar al leer los artículos que se referían a las acciones de las guerrillas, al final, esas noticias que Tomás seleccionaba amorosamente le dejaban sumido en la más completa indiferencia. En la cárcel, el

aislamiento ideológico era estricto. No mantenía ningún tipo de contacto con militantes encarcelados y compartía sus horas y sus patios con presos comunes —chorizos y drogatas en su mayoría— que eran impermeables a su credo y se reían de sus peroratas tratándolo de iluso. Cayó en la cuenta de que todo aquello en lo cual él creía sólo había torcido su destino y no el de la humanidad, y esa intuición, que acabó convirtiéndose en certeza, le llenó de amargura. Tomás se desesperó porque estaba asistiendo a un suicidio lento y no podía hacer nada para remediarlo. La familia había reaccionado muy mal —culpando al chico de haberles traído la vergüenza—, hasta que Pomés, razonablemente, se negó a recibirlos. Le confesó a Tomás que cada vez que su madre sacaba el pañuelo y derramaba sus lágrimas con desconsuelo, lamentándose de su desgracia, sentía que los nervios lo traicionaban y que le venían unas ganas locas de cometer un disparate, algo así como romper el vidrio que los separaba, de un manotazo, y estrangularla. Eso también era al principio, cuando aún tenía sangre en las venas y reaccionaba a los estímulos. ¡Ojalá le hubiera sucedido unos meses después! Pero Pomés vegetaba y dormitaba todo el día y había acabado por ocultarse tras una coraza de indiferencia que —a juicio de Tomás— recordaba, más que otra cosa, la actitud resignada y la mirada vacía de los gorilas en cautividad. Intentó que le visitase un psiquiatra, pero eso era mucho pedir, y por ello el día que le explicó, anecdóticamente, que un compañero suyo había detectado una posible reacción causa-efecto entre el Erzorium y los cánceres de mama y que estaba esperando su aprobación para enviar el *report* a través de Internet se sorprendió al ver la llamita de interés que se encendía imperceptiblemente en las pupilas opacas de Pomés y entendió que el tema le interesaba y que ése quizás era el estímulo que le haría reaccionar a tiempo para sacarle del pozo. Acertó y, gracias a su insistencia, consiguió que Pomés saliera de su mutismo. Al domingo siguiente, después de interrogarle una y otra vez, Pomés comenzó a hablar con dificultades. Sus mejillas se colorearon levemente y le explicó que su primer trabajo en la organización había sido una investigación muy parecida que también comenzó con un simple *report* de un médico. Él era muy hábil manejando el ordenador y le encomendaron la tarea a pesar de ser muy joven. Era un triunfo del cual estaba orgulloso porque había conseguido, gracias a su labor de hormiguita, poner contra la pared a una poderosa multinacional alimentaria que distribuía leches maternas adulteradas a países del Tercer Mundo. Había rastreado pacientemente durante meses datos y pruebas que luego fueron puestos en manos de abogados, y se siguió una vista pública en un proceso que había acabado en un rotundo éxito personal y colectivo. La multinacional se había visto obligada a retirar el producto y a indemnizar a las víctimas con sumas cuantiosas. Aquel día, Pomés, visiblemente emocionado, acusó su esfuerzo. Se sentía muy cansado y respiraba entrecortadamente, pero había asomado la cabeza del pozo y pugnaba por salir de él. Eso le bastó. Tomás intentó ponerse en contacto con Mario y, al no obtener respuesta, se arriesgó a firmar el *report* con su nombre y a enviarlo. Las respuestas, cada vez más alentadoras, habían sido savia nueva en la vida de Pomés. El

muchacho no vivía para otra cosa. Cada domingo le esperaba ansioso y le acribillaba a preguntas. Si había habido alguna respuesta, leía de un tirón la copia del informe — que Tomás imprimía para él— y, acto seguido, le animaba para que continuase adelante con su labor. Tomás había abierto un directorio sobre Laboratorios Losón y todo lo que concernía a la fabricación del Erzorium, su venta, su difusión, su consumo y sus usuarios. Le rogó a Mario que guardara el secreto. Calló unos instantes y Mario advirtió que estaba a punto de decirle algo más, pero que prefería callar. Sospechó que Tomás no trabajaba en solitario ni apuntaba a ciegas y que probablemente alguien, además de Pomés, le estaba ayudando.

Tomás continuó hablando con un cierto deje de misterio. En un principio creyó que ese trabajo era una acción caritativa dictada por la compasión que le inspiraba su amigo, pero a medida que se sumergía en la tarea se contagiaba del entusiasmo y descubría que, al avanzar en sus investigaciones, se sentía más y más orgulloso de su empeño. Había descubierto que no estaba solo y que había otras muchas personas que pensaban como él. No sabía adónde le conduciría esa aventura que había emprendido, ni si algún día se arrepentiría de ello, pero, por el momento, constituía un pequeño descubrimiento personal. Creía que Mario lo podría entender.

Mario calló. No podía ser de otra manera. Estaba anonadado por la sinceridad de Tomás y por las palabras graves que utilizaba, pronunciadas sin asomo de ironía para salvaguardarse del miedo al ridículo. No quería herirlo con alguna observación idiota. Por mucho que lo intentara no podría adoptar el tono trascendente que Tomás esperaba de él. Tomás le había hecho partícipe de una revelación que había infundido sentido a su vida y que llenaba un vacío que no podían satisfacer sus ordenadores ni su gata. Tomás era deficitario en afectos, por eso le tomó cariño a Pomés y sabía a ciencia cierta que también le tenía cariño a él. Mario se sintió conmovido por la generosidad de su amigo y supo que si él se encontrara en apuros, Tomás sería el único que permanecería a su lado. Era un consuelo contar con gente como Tomás y sobraban los comentarios frívolos sobre mujeres y las bromas sobre su celibato forzado.

Cuando, horas antes, llamó al timbre de casa de su amigo, Mario se distrajo recogiendo el reloj que le ofreció Tomás y acariciando a *Gilda*, y dejó para más tarde la alusión burlona al pendiente y a los condones caducados. Después de escuchar su relato se le habían pasado las ganas. No era momento de bromas. Tomás era serio, su seriedad había nacido de su confesión. Ese informático despistado, carente de atractivos para las mujeres y tan alejado de los parámetros de los triunfadores, se había convertido en un hombre serio.

Su hermano Gerardo se casaba la semana siguiente, su hermano mayor tenía un hijo, Darío había conseguido su nombramiento en la Subdirección. Ahora Tomás también había decidido engrosar las filas de los creyentes.

¿Era el único que se tomaba la vida como una broma de mal gusto?

Rosa tuvo mala suerte con él. Al pedirle su ayuda no supo que era un pobre tonto

que se imaginaba listo por eludir los compromisos. Trabajaba para sobrevivir, ligaba para follar y conocía gente para beber y reír. ¿Era eso su vida? En los últimos diez años, la única pequeña ilusión que se permitió fue la del chelo. Lo compró, pagó sus clases y se cansó de esforzarse. Lo tenía abandonado en algún rincón del apartamento. Un capricho. Como Lena. ¿Ana era un capricho? Sus caprichos le duraban poco. El *report* también había sido un pequeño capricho de una tarde. Delante de Rosa Lago fingió que era serio, pero su seriedad se desvaneció en el cara a cara con Darío.

No ofreció su ayuda a Tomás porque dudaba de su propia seriedad. Le dijo que leería su informe al regresar de la boda de su hermano, pero no se comprometió a más.

Mario llegó a su apartamento confuso. Habían sucedido demasiadas cosas en un día y le dolía la cabeza. Buscó su chelo, lo sacó de su estuche y arrancó unas notas estridentes. Ya casi no recordaba cómo se tocaba. Buscó en su agenda y telefoneó a su hermano Gerardo. Le dijo que contara con él para la boda, al fin había conseguido unas cortas vacaciones.

Era eso lo que necesitaba, tomarse unas vacaciones, así de sencillo. No le apetecía ver a su familia, pero le iría bien alejarse de ese torbellino de dudas que le estorbaban. Lejos de las dudas podría cultivar su escepticismo, aunque a veces le reportase un sinsabor pecaminoso, como cuando, de niño, se confesaba y, de pronto, al repasar su lista de faltas, todo aquello que hacía habitualmente era susceptible de ser considerado pecado. Abandonaba la iglesia con las rodillas enrojecidas y las palabras del cura zumbando en sus oídos. «Mario, tienes que vigilar, el demonio siempre acecha detrás de las cosas que más nos gustan.» Y durante unas horas —la memoria infantil no da para más— esperaba ver un diablillo escondido tras su pelota, surgiendo de dentro de la pastilla de chocolate o enredado entre los radios de su bicicleta.

En el contestador había tres mensajes. Uno correspondía a la policía. Le informaban de que podía pasar a recoger su carnet de conducir porque ya le había sido levantada la sanción. El segundo era de Lena, que, con voz melosa y arrepentida, le pedía disculpas por su comportamiento y esperaba que no lo tuviese en cuenta, puesto que estaba muy bebida y no sabía lo que hacía. El otro era de una joven de voz insegura que le citaba a las diez de la mañana del día siguiente. La chica vacilaba y se cortó un par de veces hasta que acabó su explicación. Era para el entierro de Rosa Lago. Mario se acordó de la chica pecosa de las oficinas y esbozó una sonrisa. Debía de haberse sentido coaccionada por el hecho de telefonar al domicilio de un médico. Le divirtió la idea de que la chica no supiera nada acerca de él ni de dónde vivía. Si lo hubiese visto en calzoncillos, devorando un pedazo de pastel que guardaba en la nevera, bebiendo cerveza y echado sobre el sofá raído —de la sala sin barrer de su

apartamento que apestaba a tabaco—, a buen seguro que no hubiese manifestado ningún tipo de temor respetuoso. Él tampoco sentía ningún respeto por sí mismo.

El entierro fue triste. Todos los entierros lo son, pero en algunos se respira la voluntad de olvidar para seguir viviendo. Los hijos de Rosa eran demasiado pequeños para tener voluntad y en su desolación había una mezcla de estupor y de miedo que rompía el alma. Los vecinos los apretujaban y los besaban y los niños apenas podían llorar, asustados por la pompa y mirando fijamente el ataúd donde les habían dicho que yacía su madre.

Mario saludó a los cuñados, que presidían el duelo, y se interesó por los niños. La cuñada hablaba claro.

—Mire usted, mi hermano, su padre, se ha desentendido de los chavales y nosotros ya tenemos tres. Pero qué se le va a hacer, no los dejaremos en la calle.

El cuñado dio la razón a su mujer. Trabajaba en la construcción intermitentemente. Mario intentó calcular su salario y dividió por siete. Le pareció imposible que nadie pudiese vivir con esa cantidad. La mujer debía de ganar algunas pesetas limpiando en las casas, como Rosa, pero aun así era insuficiente. Tendrían que hacinarse en las habitaciones, en la mesa, compartir un solo lavabo los siete, lavar más ropa, zurcir más calcetines. Los entendía. Entendía que fuesen recelosos con la enfermedad de su cuñada, fríos con su muerte y que no expresasen más generosidad ante la perspectiva de compartir su miseria con sus hijos.

Mario asistió a la ceremonia sin atreverse a mirar cara a cara a los niños. Él tampoco podía hacer nada por ellos y sabía que eran carne de cañón, que igualmente lo hubieran sido con su madre y su menguado salario, pero ahora, además de la pobreza, estaban faltos de amor. Con el tiempo se acostumbrarían e, inmunizados, sobrevivirían a su manera, a la manera de los pobres. Descartó la posibilidad de que los cuñados abrieran un proceso contra el hospital. Con sus pocos recursos lo perderían y tendrían que pagar las costas del proceso. Una indemnización por la muerte de Rosa hubiera sido una gran ayuda para sus hijos, pero no les podía ofrecer ninguna garantía de conseguirla. El Colegio de Médicos cerraba filas en torno a sus afiliados. Disponían de abogados duchos en esas lides, contra los cuales, los abogados de oficio —la mayoría jóvenes— no podían hacer nada. Para ser sincero consigo mismo, tampoco creía que Tomás pudiese hacer nada con respecto al Erzorium. Era desolador. Con Rosa enterraba el fruto de su impotencia. Silabeó la frase que Ana pronunció en una ocasión. Ésa era la impotencia.

Mario estuvo cuarenta y ocho horas de guardia en el hospital, durmiendo a intervalos, comiendo desordenadamente y trabajando a destajo. Era el precio de su viaje y sabía que durante la semana de vacaciones que le esperaba tendría tiempo

suficiente para recuperarse y hasta olvidar la mecánica de la rutina. No le dio tiempo a recoger su carnet de conducir y no coincidió con Tomás. Ana tenía libre, pero se había comprometido a pasarse por el despacho a última hora de la mañana para tomar su relevo. Mario, que en un principio había proyectado viajar en tren y salir temprano, cambió sus planes ante la promesa de Ana de comer juntos y se decidió por el avión. Desde el hospital reservó su billete para la tarde y esperó a Ana inútilmente. Al cabo de unas horas, consumido de impaciencia, recibió una llamada desde una cabina. Era Ana, que se disculpaba por no haberse presentado a la cita. Le había sido imposible. Mario sufrió un pequeño desencanto. ¿Tan poco le importaba que no se tomaba ni la molestia de despedirlo? Le dejó una nota sobre la mesa, escrita con frialdad, donde enumeraba los asuntos pendientes de la planta y le consignaba el día de su regreso.

Le pareció que el destino se encargaba de poner las cosas en su sitio y le obligaba a alejarse de todo aquello que le desconcertaba. Sabía que la distancia obraba milagros y que los problemas adquirirían otra dimensión a mil kilómetros y que ocho días con sus veinticuatro horas sumaban demasiado tiempo para mantener vivas ciertas inquietudes. Ese viaje le serviría para alejarse de lo inmediato.

Al embarcar su maleta se sintió ligero. Intuía que al despegar el avión, y a medida que fuese ganando altura, se iría desprendiendo del lastre de sus problemas y recuperaría la tranquilidad.

Como le sobraba tiempo se sentó en la cafetería y se entretuvo observando las expresiones de los que, pacientemente, consultaban los paneles de las llegadas de los vuelos y esperaban tras las barreras para recibir a familiares y amigos. Las puertas automáticas se abrían y escupían a viajeros cargados con maletas, baúles y regalos. El trajín le distraía. De pronto abrió los ojos y los volvió a cerrar. No podía ser. Entre los muchos rostros pendientes de los horarios acababa de descubrir el de Ana. Era ella, enfundada en un elegante traje de chaqueta verde, consultando su reloj de pulsera con una expresión seria y concentrada que no le conocía. Su primera reacción fue levantarse y correr hacia ella convencido de que había ido a despedirlo, pero se contuvo inmediatamente. No, era imposible, no sabía que él estaba allí porque no había comentado absolutamente con nadie su decisión de volar. Así pues, Ana esperaba el regreso de alguien que no era él. Ana se había vestido para OTRO. Un sudor frío le recorrió la nuca y su corazón bombeó más de prisa. Esa llegada podría explicar muchas cosas incomprensibles. La puerta se abrió y, de nuevo, una multitud variopinta irrumpió en el gran *hall* del aeropuerto procedente de la sala de equipajes. Ana escudriñó a los viajeros uno por uno, meticulosamente, repasándolos y descartándolos al cabo de poco, hasta que su mirada se detuvo en uno de ellos. Entonces sonrió y agitó la mano. Mario no deseaba mirar, pero lo hizo. Caminando a paso ligero, con una Samsonite en la mano y vistiendo un impecable traje de tonos ocres, distinguió claramente —no había ninguna duda— al hombre que respondía al saludo de Ana. Era Darío.

Mario se levantó, con las piernas temblorosas, pagó su consumición y se alejó hacia la puerta de embarque. Ya tenía suficiente.

CAPÍTULO 8

Nunca me pregunté si Darío tenía amantes.

Seis años después de conocernos todavía compartíamos la misma cama y quizás por eso estábamos juntos, a pesar de todo.

Por aquellas fechas Darío había sido nombrado director del Luis Ventura y dedicaba todas sus horas a sanear sus cuentas. Yo me burlaba y le sugería que en lugar de sanear cuentas debería sanar enfermos, que para eso era médico y no economista. Pero Darío tenía madera de gerente y consiguió lo que otros no habían podido. No quise saber cómo. Escondí la cabeza bajo el ala y me negué a que me hablara de números porque tarde o temprano acabaría recriminándole su falta de sensibilidad y su frialdad administrativa. Para él, el hospital eran partidas, nóminas, créditos, compraventas y rentabilidades. Yo no lo concebía de esa forma, pero el cargo se lo habían dado a él y pasó su examen con sobresaliente. Entonces ocurrió un hecho insólito. Darío me habló sobre la Fundación y sobre el campo Ouarz. Manifestó su deseo de hacer algo útil, algo que no reportase beneficios, algo desinteresado. Ni que decir cabe que lo animé desde el primer día y que hasta le acompañé a las cenas previas a la elección del nuevo presidente. Por primera vez estuve a su lado, dispuesta a darle mi apoyo y a defenderlo con uñas y dientes. No es que creyera en la caridad ni en la bondad de las limosnas que el norte aportaba al sur para paliar los desperfectos de las colonizaciones, pero menos daba una piedra. Se trataba de contribuir a la defensa de un concepto turbio —como todas las innovaciones—, que era el de la solidaridad. Ser solidario implicaba reconocer *la desigualdad*, quería decir tomar posición *al lado de* y no en contra y significaba *aceptar* la existencia de otros países que, aparentemente, no existían porque para ellos sólo había indiferencia. Por todo ello me alineé junto a Darío, mostré mi mejor sonrisa y me abstuve de mis comentarios mordaces para con las otras señoras de los integrantes de la Fundación, más preocupadas por lucir sus modelitos y salir favorecidas en la foto que por decir dos palabras seguidas con lógica gramatical y contenido semántico.

Darío salió elegido y yo me sentí orgullosa de él. Pronto, muy pronto, me desilusioné. En su primer viaje a Ouarz, para tomar contacto con los integrantes del equipo y atender a sus necesidades inmediatas, me ofrecí a acompañarlo. Me apetecía. Darío se extrañó y al cabo de unos días me comentó que no podía ser, que era un viaje de trabajo y no de placer. Me ofendí porque evidentemente no pensaba irme a la playa ni pasarme el día de compras. Darío no me escuchó y yo no insistí por

orgullo. Por mi parte había sido una oferta sincera de colaboración y entendimiento. Ese jarro de agua me enfrió, moderé mi entusiasmo y me mostré relativamente interesada en la Fundación. Alguna vez le facilitaba nombres y teléfonos de alguna ONG, que yo conocía a través de los informativos, o le dejaba sobre su mesa de trabajo las resoluciones de tal o cual tratado que podía resultarle de interés en materia de política internacional, pero él no llamaba a los teléfonos ni leía los informes. Acabé por captar el mensaje de que no quería que me interfiriera en sus asuntos. Lo lamenté porque quizás Ouarz podría haber servido para salvar nuestro matrimonio, aunque a lo mejor Darío ni tan sólo se enteró de que nuestro matrimonio iba mal.

Todavía no había nacido Sergio y yo todavía no me había enfrentado con los dilemas que comporta la maternidad, con lo cual me faltaba perspectiva y consideraba a mi madre —injustamente, lo reconozco— una gallina clueca.

Toni, mi hermano, había desbaratado todas las predicciones que ella había hecho sobre nuestros futuros respectivos. Se creía muy lista y muy intuitiva, como todas las madres, y había predicho más de una vez que yo le daría disgustos y que mi hermano le alegraría la vejez, pero al enterarse de mi boda con Darío se quedó con la boca abierta y cuando entré en plantilla de televisión apagó la vela que tenía encendida a santa Rita desde que nací. Para colmar su felicidad sólo le faltaba un nieto, pero yo me hacía la remolona y le daba largas. Ella creía que Darío y yo éramos felices y que prosperábamos —lo de la prosperidad siempre lo tuvo claro: más dinero que ayer y menos que mañana—, y en eso, por lo que respecta al sueldo de Darío y no al mío, estaba en lo cierto. Yo le recordaba que los logros eran de mi marido y que yo, para buenas o para malas, era una currante y que si nos separábamos me quedaría con lo puesto y con mi nómina. Mi madre se escandalizaba y luego se reía. Ya no estaba asustada conmigo, ya se había reconciliado con sus errores de pitonisa aficionada y había corregido sus predicciones. Yo ya no le daba miedo, a pesar de que temió que de joven cometiera locuras. «Estabas muy loca, Alicia, pero que muy loca. Suerte que sentaste la cabeza a tiempo.» Quien le daba preocupaciones, en cambio, era mi hermano Toni, siempre tan tranquilo, tan buen niño, tan reservado. Toni, una vez consiguió el título de biólogo, se lió la manta a la cabeza y se enroló en un velero que daría la vuelta al mundo en una investigación oceanográfica destinada a estudiar el impacto medioambiental de los contaminantes en los océanos. Mi madre no podía creerlo, pero Toni se largó y la dejó sin argumentos. Pasó un año de pena, la pobre. Me llamaba continuamente para pedirme noticias de la expedición —convencida de que por el hecho de trabajar en un noticiario tenía las noticias en el bolso, como los kleenex—. Me lloriqueaba explicándome que no podía pegar ojo por las noches imaginando a su Toni, dentro de un cascarón, a merced de los oleajes y las ballenas. Entonces no la entendía. Luego me fue posible comprender que se podía sufrir por un hijo.

«El planeta es un estercolero», me dijo Toni nada más llegar de su viaje. Curtido por el sol y con la voz más engolada y más grave —salpicada de un leve acento extranjero—, Toni había crecido. Aquél no era mi hermanito, el niño tímido y complaciente que obedecía a mamá.

Toni, efectivamente, estaba muy cambiado, y cuando, muerta de curiosidad, le invité a cenar para que me explicara sus aventuras en el transcurso de ese año mágico lo primero que me confesó fue que se había incorporado al colectivo Earth. Fue un descubrimiento sorprendente. Mi hermano se había convertido en un pozo de sorpresas y me hablaba sobre realidades que a mí me habían pasado inadvertidas hasta el momento. Toni continuaba siendo más joven que yo y su llegada fue como una bocanada de aire fresco en mi vida aburrida y convencional junto a Darío.

Me aficioné a salir por las noches con él y con su amigo Salvador. Vagábamos por las calles de la ciudad, de bar en bar, y me divertían con sus anécdotas. Poco a poco me fui contagiando de su entusiasmo y acabaron por convencerme de lo que para ellos eran evidencias y que yo me resistía a creer. Se estaba produciendo un cambio climático y la verdad ya no podía ocultarse por más tiempo. Había aumentado la temperatura de la Tierra a consecuencia del retroceso de los polos. Algunos litorales comenzaban a desaparecer. No podía contradecirlos porque yo no disponía de datos y ellos se negaban a admitir la veracidad de algunas declaraciones de científicos que, según ellos, estaban pagados por multinacionales para manipular la opinión pública. A veces se acordaban de mi trabajo como periodista y me acusaban de contribuir a la desinformación y yo, riendo, los amenazaba con abandonarlos si se empeñaban en considerarme su enemiga. Toni se exaltaba con facilidad y achacaba al cinismo de los políticos el fracaso en las sucesivas cumbres sobre la Tierra. «¿Te das cuenta? Fingieron que estudiaban el problema y luego lo archivaron sin llegar a ningún acuerdo que pusiera fin a esa absurda carrera hacia el desastre.» Muy a mi pesar, tuve que darle la razón. En esas cumbres no se llegó al consenso esperado sobre la reducción de emisión de gases a la atmósfera ni sobre el control y protección de la masa forestal planetaria. Ni siquiera hubo acuerdos políticos para el control del crecimiento de la población mundial y que pasaba —a juicio de los expertos— por destinar fondos para la educación en el Tercer Mundo.

Salvador, más bromista, me hacía jurar que no tendría hijos. «Alicia, traer hijos al mundo sin garantías es un suicidio. Júrame que te harás la ligadura de trompas.» Me reía, pero comencé a creerlos y a sentirme asustada por mi futuro. Vivíamos en un mundo de ambiciosos y de ambiciones desmedidas —lo sabía bien porque compartía mi vida con Darío—, y los políticos estaban atados de pies y manos por los grandes intereses económicos que financiaban sus legislaturas. Cuatro años era la única medición política de la miopía parlamentaria. Carecíamos de perspectiva ¿Qué significaban cuatro años comparados con los millones de años que necesitó el planeta para formarse?

Me convencieron y decidí contribuir a su causa con aportaciones monetarias, que

ingresaba en la cuenta corriente de Earth.

Toni no se conformaba con pagar su cuota. En el transcurso de su viaje entró en contacto con responsables de la organización y se decidió por la militancia activa. Salvador bromeaba a menudo con él sobre una chica de cabellos lacios y rubios, con ojos azules, que le enviaba encendidos mensajes a su correo electrónico en la universidad y le telefoneaba una vez por semana. Ante mi insistencia, Toni acabó por confesar que, efectivamente, la chica existía, aunque vivía en Dinamarca, demasiado lejos.

Unos meses después, Toni me pidió que le echase una mano para redactar su primer artículo sobre la contaminación nuclear oceánica, y me sentí orgullosa de él. Le di algunas nociones de retórica, de las que carecía, aconsejándole menos apasionamiento y más didactismo. Su artículo fue bien acogido y recibió una carta personal de Turner, presidente de Earth por entonces, animándole a seguir en su línea de investigación y de denuncia.

Todo iba viento en popa, excepto mi relación con Darío, encallada en la indiferencia, hasta que un día una noticia conmocionó al mundo. Francia anunció su decisión de reanudar las pruebas nucleares en el Pacífico, a pesar de la oposición internacional. No podía creerlo, nadie podía creerlo, Toni no daba crédito. El artículo de Toni versaba sobre las consecuencias de anteriores pruebas atómicas. Toni había sido un oráculo y la reacción de Earth fue inmediata. Toni embarcó inmediatamente, rumbo a Munich, cuando Turner le requirió para formar parte del comité de expertos que deberían estudiar la estrategia de la acción que Earth pensaba emprender para intentar disuadir a Francia de su impopular decisión.

El verano se presentó lleno de malos presagios. Los efectivos militares trasladados a la zona crearon inquietud en los medios internacionales y hubo algunas tímidas protestas de países de poca envergadura. Los demás se guardaron su opinión y siguieron los acontecimientos —reservándose hasta el último momento—. En una breve llamada telefónica, Toni me informó de las disensiones internas dentro de la dirección de Earth. McLoppainer, el segundo de a bordo de la organización y veterano en algunas conocidas misiones transoceánicas, disentía de la línea de actuación propuesta por Turner y los suyos, que querían ser fieles a sus políticas anteriores de denuncia y propaganda. McLoppainer apostaba por apretar las tuercas y proponía el desembarco masivo de militantes en la zona de los atolones donde se producirían las pruebas nucleares. Toni estaba de acuerdo con McLoppainer.

La crispación en la dirección de Earth trascendió a la opinión pública. En otros países centroeuropeos, donde la militancia era mayor que en el nuestro, muchos jóvenes salieron a la calle en apoyo de las tesis de McLoppainer.

Al poco supimos que McLoppainer y una treintena de acólitos, entre los cuales se hallaban Toni y su rubia amiga, habían fletado el *Argos* —el barco que capitaneaba McLoppainer— rumbo a la zona militar, con el objetivo de burlar el cerco y desembarcar en el centro neurálgico del conflicto.

McLoppainer se convirtió, de la noche a la mañana, en el titular de muchas portadas y en el líder carismático que muchos esperaban. Su veteranía, su arrojo y su pragmatismo habían hecho mella en los más apasionados militantes de Earth y era aclamado como héroe indiscutible en una desigual batalla contra dos frentes, el conservadurismo de Turner y el coloso nuclear.

Turner desautorizó a McLoppainer y le negó el apoyo logístico de la organización. Los altos mandos militares de la zona recibieron órdenes de impedir a toda costa su desembarco y de entorpecer el rumbo del *Argos* que, ante su confusión, se hallaba en paradero desconocido. Algunos Estados se manifestaron por la moratoria nuclear y la retirada de los efectivos militares.

Se palpaba el desastre y yo comencé a sufrir seriamente por Toni. De pronto me di cuenta de que no era ningún juego, pero que él quizás, confundido, era todavía aquel niño bobalicón que obedecía mis órdenes sin rechistar. Se lo oculté a mi madre tanto como me fue posible, pero no pude negar la evidencia el día en que la prensa destacó su nombre en la lista de integrantes del comando. Viví esas semanas, con sus horas, minutos y segundos, atendiendo a la radio, a las agencias de información y a los fax permanentemente conectados. Apenas abandonaba la redacción de los informativos excepto para tomar un bocado y regresar, insomne y cargada de cafés, a mi silla, y me tapaba los oídos cuando Darío me telefoneaba recriminándome que mi hermano estuviera loco y que yo no hubiera sabido poner freno a su tontería. No supe si fue rápido o lento, pero para mí representó una agonía y se me hizo interminable. Las fuentes de información se contradecían continuamente, las versiones se multiplicaban y el desenlace era cada vez más inminente. Nadie daba su brazo a torcer.

McLoppainer se acercaba a su objetivo y hacía declaraciones sobre sus propósitos. Su comando había tomado una dirección única y no retornarían si no era victoriosos. Preferían la muerte a la derrota. La respuesta del gobierno francés fue contundente. No cederían a chantajes y no se dejarían coaccionar por un puñado de suicidas. Los llamaron suicidas, kamikaces y provocadores, los acusaron de sanguinarios y belicosos y llegaron a barajar teorías según las cuales el comando de Earth sería el desencadenante de un nuevo conflicto mundial como lo había sido en su momento el asesinato de Sarajevo. Se vertieron tantas injurias desde los medios de comunicación que la atmósfera irreal que se había creado artificialmente en torno al *Argos* —a partir de los discursos de sus enemigos— operó como un *boomerang* y McLoppainer, sin comerlo ni beberlo, fue coronado con la aureola de la gloria antes de haber probado las mieles del triunfo. Se estaba alimentando un mito.

Una noche, a las tres de la madrugada, los teléfonos sonaron ininterrumpidamente en la redacción y nos despertaron de la soñolencia que producen las noticias suspendidas en la inercia. McLoppainer había conseguido, contra todo pronóstico, su hazaña. El comando se había lanzado en paracaídas sobre un pequeño islote cercano a Tematangi durante la noche anterior y había burlado la vigilancia de los buques de

guerra que patrullaban las costas de los atolones. McLoppainer había ofrecido sus declaraciones al mundo entero. Resistirían hasta la muerte.

Me pareció excesivo. Me pareció un drama romántico inspirado en una tragedia shakespeariana, me pareció desmedido, heroico con mayúsculas y desfasado. En un tiempo gris y mezquino, nadie se planteaba perder la vida en aras de un ideal. Los resistentes de las dictaduras eran resistentes a la fuerza, y su vivir o morir era más simple e inmediato. Pero McLoppainer y los suyos, tal vez imbuidos por el reflejo que su propia imagen había proyectado en el mundo, estaban dispuestos a no decepcionar a todos aquellos que, ebrios de emociones, rememoraban sus tardes en cinemascopes de barrio y, jaleándolos como al Séptimo de Caballería, los empujaban al jaque mate definitivo. McLoppainer había adquirido conciencia de héroe en vida y aceptaba coronar su cabeza, majestuosamente, con el laurel que le ofrecía el pueblo. Habían minado el atolón con explosivos que accionarían ante cualquier maniobra de desalojo y, si las pruebas nucleares se realizaban, ellos, en el centro mismo de la onda explosiva, serían las primeras víctimas. Semidioses náufragos en un océano — tristemente llamado Pacífico— dispuestos a morir y a ser recordados como valedores de la justicia.

Mi madre estaba destrozada y yo, por qué negarlo, tampoco pude levantarle el ánimo. A tanta distancia era imposible adivinar lo que pensaba Toni en aquellos momentos y saber hasta qué punto compartía el valor de que hacía gala McLoppainer. Continuaba siendo mi hermano pequeño, desvalido, un poco torpe y obediente, que estaba destinado a alegrar la vejez de sus padres. ¿Qué sentiste, Toni? ¿A quién encomendaste tus recuerdos? ¿Pensaste en mí? ¿Me perdonaste por haberte escondido la merienda tantas tardes? Cuántas estupideces se me ocurrieron. Entendí de pronto a las viudas de guerra, a las madres de luto, a las hijas llorosas. Las entendí a todas en su dolor sordo y rabioso porque no habían podido hacer nada para impedir la muerte de los que amaban y nunca se perdonarían no haber podido cerrar los ojos a sus seres queridos.

La confusión reinó en la redacción y las noticias se atropellaban. Todos venían a comentarlas conmigo y me palmeaban la espalda, sabedores de que uno de los integrantes del comando era mi hermano. Eso me conmovía y me apenaba. El presidente de la República había ordenado el desalojo y no estaba dispuesto a continuar con la farsa. Ofrecía una última oportunidad a los resistentes. Les daba una hora para que abandonaran el islote. Todos los que se acogieran a sus condiciones serían repatriados y no sufrirían represalias.

Dos hombres y una mujer accedieron a la oferta y dejaron el atolón a bordo de un fueraborda de goma que fue izada por el buque anclado a un cuarto de milla de los abruptos acantilados.

Esperaron media hora, pero nadie más se unió a los disidentes. Quedaron veintisiete personas, hombres y mujeres de diferentes nacionalidades, de diferentes edades, pero con la misma tozuda tenacidad. Habían decidido ser consecuentes y

volar por los aires, accionando las cargas con su propia mano en el momento en que las tropas pusieran un pie en el islote. Lo anunciaron una vez, dos, tres. La voz ronca de McLoppainer llegaba desde el ojo del huracán y se expandía por el mundo entero. «Estamos dispuestos a morir porque creemos en la vida.»

Comenzaron a oírse declaraciones apresuradas de jefes de gobierno sacados a medianoche de sus camas por sus asistentes y obligados a pedir calma en los micrófonos, sugiriendo alternativas amistosas. Pero ya era demasiado tarde y el plazo se cumplía minuto a minuto, hasta que expiró. La palabra de un jefe de Estado de un ejército, de un engranaje tan complejo como el que se había puesto en funcionamiento, como un viejo elefante herido, no se podía detener. El presidente dio la orden de desalojo del atolón y el buque de guerra viró dirigiendo su proa hacia el pequeño islote y avanzó lentamente hacia él.

Todos esperaban que ocurriera, pero nadie creía realmente que serían capaces. Lo fueron. La explosión del atolón fue retransmitida vía satélite por todas las televisiones del planeta ante los ojos atónitos de millones de personas.

McLoppainer, en esos breves instantes que separan la frontera entre la consciencia y la nada, mientras su cuerpo recibía el impacto de las minas y saltaba en mil pedazos, sospechó y supo que estaba alcanzando la inmortalidad.

El mito McLoppainer había nacido con su muerte.

Durante unos minutos fui incapaz de apartar los ojos de las pantallas, donde, una y otra vez, veía el reflejo cobrizo de las llamas surgiendo majestuosas sobre los acantilados y oía el sonido lejano, sordo, como un tambor retumbando en la distancia, de lo que se suponía era la explosión. Sólo veía y oía, no podía pensar. Los pensamientos vinieron después, se agolparon todos mezclados, caóticos, sin orden ni concierto, insistentes, repetitivos, canturreando como un lamento que Toni había muerto, que Toni ya no reiría, ya no hablaría, ya no caminaría. Pensé en mis padres, en su infinito dolor por una muerte para ellos incomprensible y absurda.

Pensé en aquella muchacha del norte, cabellos lacios y ojos azules, que Toni me confesó que amaba, pensé si ella habría muerto a su lado, las manos cogidas con fuerza, mirándose a los ojos para infundirse ánimos, tal vez besándose en el último instante. Pensé en nuestros juegos infantiles y recordé la mañana en que mi madre me mostró a mi hermano, pequeñísimo, indefenso, feúcho, aferrado a su pecho. No pude derramar ni una lágrima.

Una hora después llegó la noticia. Toni Luque era uno de los tres miembros de Earth que habían embarcado en la lancha neumática y había abandonado el atolón.

Estaba vivo.

Darío no me entendió. No entendió que llorase cuando supe que Toni estaba vivo. Creía que los nervios me habían traicionado y que cedía a la alegría por saber que se había salvado. Pero yo lloraba porque Toni había renunciado a la inmortalidad y egoístamente lloraba porque había ensuciado la memoria que yo construí de él durante el breve tiempo en que creí que había sido un valiente, y me reconcilié con su torpeza y su talante sumiso. Darío no entendía una palabra y mi madre tampoco. Ellos me recriminaban que yo no tenía derecho a llorar por un hermano vivo, pero ignoraban que yo lloraba por un muerto.

Yo, a diferencia de Toni, habría permanecido hasta el final junto a McLoppainer.

Fue entonces cuando supe que me había hundido, que mi matrimonio no me servía, que mi vida estaba vacía y que debía llenarla porque quería y deseaba luchar por algo para serle fiel hasta mi último aliento. Por inconsciencia o, si se prefiere, con plena conciencia de mi decisión y a pesar de la contradicción que entrañaba, quise concebir un hijo. Fue después de la muerte metafórica de mi hermano Toni cuando yo renací y parí a Sergio, y por él, y por mí y por los que murieron con McLoppainer me alisté en la organización en secreto.

CAPÍTULO 9

Mario estuvo ausente durante el tiempo que permaneció lejos. Siempre había creído que la ausencia existía en relación a otros, pero averiguó que podía sentirse ausente de sí mismo. Escuchaba sus palabras, observaba sus gestos, palpaba su ropa y se preguntaba quién era ese ser, extraño, desconocido, que usurpaba su cuerpo y respondía por su nombre. Si bien se desenvolvió con soltura entre familiares y amigos de la infancia, adoptando con naturalidad una actitud espontánea y antigua sin que nadie se percatara de su perplejidad, lo cierto era que al besar a su madre y escucharla hablar, sentado junto a su padre y viendo el fútbol, tuvo la sensación de que calzaba unos esquís viejos, después de muchos años, y de que sus piernas —y no su cabeza— recordaban cómo debía flexionar las rodillas, dejarse llevar por la pendiente y esquivar los baches que hallaba en su camino.

La semana que pasó en la ciudad cántabra, antes húmeda y lluviosa, estuvo jalonada de actos reflejos, inconscientes, como el tomar vinos en la calle acodado contra los coches, charlando de nimiedades, o como el paseo por el malecón al atardecer, respondiendo al saludo cantarín de unos y otros, imitando su musicalidad, sin preguntarse quiénes eran ni cómo sabían de él después de tantos años. Se había trasladado a un espacio atemporal donde nada había sucedido y todo permanecía casi igual, inmutable, excepto él, que regresaba del presente, aterrizando en la ciudad de su juventud con sus calles empinadas inclinadas sobre la bahía cada vez más oscura, más cerrada en su mutismo. Paisajes urbanos de balaustradas grises en las fachadas renacentistas con chorretones dejados por las lluvias del pasado, insistentes y monótonas. Plazuelas en las que resonaban ecos de risas, cuchicheos, pasos y besos que protagonizara él mismo, cuando formaba parte de ese pasado al que no era capaz de otorgar la categoría de presente. Era un intruso entre amigos carnavalescos que se habían disfrazado con una tripa y habían pintado sus sienes de blanco, y algunos, los más exhibicionistas, se habían agenciado de una calva y hasta habían pedido prestados unos niños insolentes que los llamaban papá.

Subió una tarde, caminando, a la peña que coronaba la estribación y que tantas veces había conquistado a golpe de pedal, montado en su bicicleta. Desde lo alto, divisando el mar a lo lejos, dominaba la bahía que, a sus pies, lamía con voracidad el paseo marítimo de su ciudad. Allí, solo, se sintió víctima de una broma grotesca.

El paisaje le engañaba, como todos. Colinas áridas, desgastadas, tristemente pintadas de ocre para ocultar los prados de hierba fresca, antes verde, que las engalanaban. Quedó confundido por la luz insistente que le cegaba y que jamás había

iluminado su ciudad tan despiadadamente, mostrándole sus arrugas, sus grietas, su mediocridad, que antes, coquetamente, ocultaba bajo la bruma y la llovizna. Lamentó haber subido y le pidió perdón por su descortesía al haberla contemplado impúdicamente en su desnudez.

Todos hablaban de Mario y preguntaban por Mario y se interesaban por Mario, y él oía la respuesta del que se hacía pasar por Mario respondiendo vaguedades y dando a entender grandezas que él sabía que eran mentiras como las calvas, las tripas y los dientes negruzcos. De inmediato se incorporó sin preguntas a un tedio del que se había alejado hacía trece años y se reconoció tan ajeno a su ciudad y a su juventud como a la estrecha litera que nunca le perteneció y que ahora —en ausencia de Gerardo— se había convertido en su cama.

Fue a la playa con su hermano Julián y la que decía que era su mujer y que le había hecho creer que tenía un hijo. Julián no quiso jugar a la pelota y se tendió al sol mientras esa amiga que no callaba y que le llamaba cariño con una familiaridad exasperante le embadurnaba de crema y le hacía cosquillas. Julián fingía que era importante porque trabajaba en el ayuntamiento y llevaba un bigote postizo, como un pegote, que le hacía parecer falso como sus comentarios sobre los intereses hipotecarios o sus opiniones sobre la reforma educativa que afectaba a ese niño que llevaba su mismo apellido. ¿Desde cuándo Julián entendía de hipotecas? El Julián de antes, vacilante, inseguro, chutaba a la pelota fenomenal, no se comía un rosco y se dejaba la cara hecha un mapa reventándose las espinillas. El Julián del bigote era un impostor que intentaba hacerse pasar por su hermano, como los ladrones de cuerpos de las películas de ciencia ficción, como el ladrón que había usurpado su cuerpo y que entablaba una conversación cordial con aquel hermano viejo y desgastado como la ciudad.

En la boda de Gerardo se juró no dejarse confundir y aceptar con naturalidad a todos los extravagantes invitados que, a buen seguro, se presentarían como viejos amigos y parientes. Estaba preparado y le funcionó a las mil maravillas, pero no gracias a él sino gracias a ese Mario que le ayudaba a quedar bien y a decir la frase adecuada en cada momento. Ante su sorpresa, el otro Mario se sentó junto a una chica morena con piernas larguísimas que cruzaba y descruzaba con rapidez asombrosa, como anémonas marinas, y que le tuvieron obsesionado toda la noche, mientras oía la conversación y descubría —sin asombrarse— que la morena se hacía pasar por una prima suya llorona y caprichosa de apenas ocho años que se volvía loca por las manzanas asadas. La seudoprime aceptó los cigarrillos de aquel Mario, rió con sus chistes y aplaudió su iniciativa de cortar la corbata de Gerardo empuñando unas grandes tijeras. Los dos pasearon por las mesas recogiendo montones de billetes, se hicieron bromas y abrieron el baile junto con los novios. Dedicó toda la noche a contemplar sus largas piernas y a concentrarse en sus contoneos, en sus movimientos rápidos y armoniosos que coincidían con la música de la orquesta y, luego, se dedicó a seguirlas al piso que compartía con unas amigas y a dejarse caer junto a ellas en su

cama y acariciarlas voluptuosamente en una caricia larga como sus muslos, interminable, que no se acababa nunca y que no pudo acabar porque en las bodas, ya se sabe, se bebe demasiado y mal. La prima, a pesar de tener las piernas bonitas, roncaba como un camionero. La volteó diversas veces, sin lograr que callara, hasta que se hartó, se vistió y se fue a dormir solo a la estrecha litera de Gerardo.

Le quedaban dos días y decidió que no visitaría el pueblo de los abuelos porque había oído que habían canalizado el río y se habían secado los chopos. No quería verlos, ya había visto bastante para saber que sobraba, que no pertenecía a ese tiempo y que debía regresar al presente antes de quedar atrapado en el pasado y perderse en los túneles del tiempo, irremediabilmente.

En el aeropuerto de Barcelona le fueron visitando los recuerdos, de textura confusa, desvanecidos en la memoria inmediata que había abandonado a su suerte durante esos días en que no fue él. Reconocía aromas, instantáneas urbanas, rostros, ademanes y acentos a medida que iba recuperando palmo a palmo sus dominios, desenvolviéndose a cada minuto con más soltura y apreciando lo que significaba volver a irrumpir en su presente.

Se sabía prendido de una imagen con nombre de mujer y reemprendía la órbita en torno a esa obsesión, cansinamente, resignado a su suerte de satélite.

En el hospital no lo esperaban hasta el día siguiente; así pues, dejó su equipaje en el recibidor del apartamento, tomó su cazadora y sus guantes y se dirigió a la comisaría de policía para recuperar el carnet de conducir. Consiguió arrancar la moto después de muchas intentonas y se perdió con ella por la ciudad, rulando, él y su moto como dos amantes sin metas ni tiempo —quizás la única que le había sido fiel durante dos meses— dejándose llevar por el capricho de girar a la derecha y de pronto tomar el primer callejón a la izquierda para así, zigzagueante, desconcertarse hasta perder cualquier sentido de la orientación y sentirse prisionero y perdido en las tripas de un laberinto de cemento. De niño giraba como una peonza hasta marearse y luego se tendía en el suelo, exhausto, con el techo de la habitación cayendo sobre su cabeza, la ventana temblorosa y la cómoda bailando sobre su mano. Volteaba su pequeño mundo y luego se introducía dentro para ser a la vez actor y espectador de ese fenómeno. Unas simples cabriolas y la habitación enloquecía. La ciudad estaba ahí, como su habitación, dispuesta a engullirlo, y él pretendía marearla, a golpe de gas, con la secreta esperanza de que, a fuerza de insistir en sus idas y venidas, la ciudad acabaría danzando sólo para él.

Ana no se avendría a desviarse ni un ápice de la rectitud del trazo de su vida —concebida al margen de la voluntad de los demás—, tan meticulosa como su letra, por mucho que Mario girase como una peonza ante sus ojos. Ana batía sus alas, se escabullía de los dedos torpes que pretendían aprisionarla y volaba de flor en flor, diligentemente.

En el hospital, el nombre de Ana era un lugar común que tarde o temprano salía a relucir. Las conversaciones derivaban en ese nombre conciso, de resonancias contundentes, parco en fonemas que, a fuerza de repetirlo en la oscuridad, había perdido todo sentido para Mario. Se sintió perseguido por ella. Ana había pisado todos los suelos por donde pasaba, había puesto sus manos sobre todas las pacientes que atendía, había prodigado sus risas en la cafetería donde desayunaba, había dejado caer sus palabras sobre las opiniones que él había formulado, había dejado la huella de su letra en los expedientes, había impregnado del olor de su perfume las batas del despacho. Mirase donde mirase, allá estaba Ana. Las salas y los pasillos del hospital estaban inundados de sus bolsas multicolores, prueba de su tozudez, de su infatigable perseverancia que una vez —al principio— confundió con la ingenuidad. Ana se le antojaba omnipresente y Mario se sintió preso de un embrujo.

El maleficio de Ana también había alcanzado a Tomás. Tardó una mañana en enterarse de que, en su ausencia, se habían visto a menudo, sin esconderse, comiendo juntos en la cafetería o abandonando el hospital en el viejo coche de Tomás. Congeniaban, le comentó Luisa con sorna. En esta ocasión había sido él quien la había ido a buscar y la había interrogado con avidez. Ya no desconfiaba de ella, quería escuchar los bulos que corrían por los pasillos de boca en boca y que Luisa coleccionaba y largaba a poco que le tirasen de la lengua. Mario la aguijoneaba impaciente: seguro que Ana los deslumbraba a todos. Mariposeaba con sus alas de Campanilla espolvoreadas de polvos mágicos. Era ambiciosa y quería llegar hasta la cima, era eso, ¿verdad? Confundía con su cara de niña, pero era un disfraz. ¿Cómo pudo hacerse amiga de Lena —esquizofrénica, obsesiva— en tan sólo una noche? Ana podía engañar a la chalada de Lena y hacerle creer que era su amiga y que la protegía y que deseaba salvarla de la ira de Mario. Ana también era teñida. Ese brillo tornasolado no podía ser natural. Teñida como las rubias, pero su pelo rojo confundía y desconcertaba por su color y hacía concebir esperanzas de ternura, de amor. Luisa avivó el fuego con más madera. Darío había decidido aprobar el proyecto de selección de residuos y ésa sería su primera actuación política. Desde la Subdirección de Sanidad había destinado un alto presupuesto para esa campaña y se rumoreaba que Ana tendría un departamento a su cargo para llevar adelante el proyecto. Mario se indignó. Ana y Darío, Darío y Ana, dos nombres unidos que no conseguía desenlazar y que cobraban significado el uno en relación con el otro. Pero... ¿y Tomás? Recordaba la expresión de Ana al saludar a Darío en el aeropuerto, ese recibimiento que ya no estuvo dispuesto a contemplar, e intentó sustituir la figura de Darío por la de Tomás. No podía imaginarlo, Tomás no vestía corbatas, ni usaba Samsonites, ni se trajeaba en la sastrería Johnson, ni tenía una sonrisa seductora... ¿Qué tenía Tomás? Se repitió que no eran celos, esa vez no eran celos, sino fidelidad a Tomás, a su inocencia de niño grande enamorado de su gata y huérfano de afectos, como él mismo se había definido.

Recordó detalles que le habían pasado por alto y que había almacenado sin darles

importancia. La cita de Darío con una chica fue el mismo día de la llegada de Ana. Ana y Darío tal vez cenaron juntos la noche del atentado de la petroquímica, mucho antes de que él se fijase en ella. Ana trabajaba en Ouarz y Darío viajaba al campo con frecuencia. Era fácil tener aventuras en la distancia, amparándose en la excepcionalidad. Ana y Darío eran amantes en el sur, a espaldas de la mujer de Darío. Mario restregaba sus ojos con encono para borrar la miopía que se había adueñado de su visión oblicua, deformada, distorsionada por la ilusión que él, y sólo él, había enfocado sobre Ana y que ahora, corrigiendo el punto de mira, aparecía borrosa. El nuevo ángulo de perspectiva le retornaba un plano nítido, sin claroscuros, tintado en blanco y negro con todos sus contrastes, y en él aparecía de nuevo Ana, glacial, fría, impávida en su blancura. Los ojos endurecidos. Blanca, muy blanca, como la nieve.

Todo encajaba: el interés de Darío por Ana, su amante, venida a la ciudad para tenerla cerca, y el comedimiento de Ana con respecto a Darío y sus estratagemas para protegerlo con su silencio. Ana sabía de su ascenso a la Subdirección, Ana justificó a Darío y lo exculpó del caso de Rosa Lago, Ana confió en que Darío atendería su propuesta de selección de residuos. Es cierto que habló de él con odio, pero tal vez se expresó la amante despechada.

El calidoscopio de Ana le produjo vértigo. Se superponían sus labios, sus palabras, sus manos, sus pezones, las manos de Darío, sus sonrisas, sus recomendaciones, las evasivas de Ana, sus desdeños aparentemente inocentes, sus ausencias cargadas de indiferencia, las trampas de ambos, sus propios engaños... ya no era un juego inocente como el que practicara cuando fantaseaba sobre aquel despacho que se le sugería insólitamente erótico y que le excitaba por absurdo. Era verdad. Se reirían de él, abrazados en un hotel de cinco estrellas, con moqueta color canela, cava frío en la nevera y condones en el baño. Ana, desnuda en la cama, frunciría los labios con expresión picara y entornando los ojos, coqueta, recitaría sus frases, hurtándolas de su contexto, privándolas de privacidad, para que Darío se partiese de risa a su costa. Su intimidad desvelada, ensuciada por bocas ajenas, objeto de mofa. Su orgullo herido. Le dolía y quiso evitar que le doliera a Tomás. De nuevo, Tomás se empeñaba en escribir al revés.

—Me dijiste que no había nada entre tú y ella.

—Y no lo hay, te lo aseguro.

—Yo nunca le quitaría la novia a un amigo, pero Ana no es tu novia. Lo que haya entre nosotros es cosa nuestra, ¿no te parece?

Tomás le sostenía la mirada tembloroso, sin creerse demasiado sus propias palabras, con las manos suspendidas sobre el teclado, a la espera de reemprender su tarea después de una interrupción azarosa. Mario contempló sus dedos, que había visto tantas veces moverse ágiles, veloces, independientes a los dictados de la razón, pero que se incomodarían al sustituir las teclas familiares por un cuerpo de mujer. No sabrían arrancar gemidos de placer ni explorar rincones oscuros y húmedos, sólo sabían de letras desparejadas que saltaban a las pantallas y componían frases, claves,

respuestas. Tomás era tozudo.

—¿Y qué hay entre vosotros?

Tomás no era ajeno a su rabia y se encerró en su caparazón.

—No te interesa.

—Tomás, Ana no es lo que parece.

—Vete a la mierda.

—Se entiende con Darío.

—¿Y tú qué sabes? ¿Desde cuándo haces caso a Luisa?

No quería escucharlo, no podía obligarle a oír lo que no deseaba, se tapaba los oídos como un niño y canturreaba una canción para sus adentros. No lo escucharía.

—Tomás, ¿cómo conseguiste su teléfono? ¿Por qué la llamaste por la mañana el día que yo llegué a tu casa? ¿Te lo dio ella? ¿Os habíais telefoneado antes? A mí me dijo que no tenía teléfono.

Esta vez, Tomás le miró con desprecio.

—Y dices que no estás celoso.

Mario se avergonzó. Su perorata se perdía en los límites de la credibilidad. Tomás estaba en lo cierto, se sentía celoso de él y de Darío y de la zona oscura de Ana que no llegó a desentrañar en sus charlas ni en sus miradas. Se sintió ridículo por haber irrumpido en el despacho de su amigo con la espada desenvainada, creyéndose oráculo de verdades difusas y dispuesto a arrancar confesiones de errores que había cometido él mismo. Tomás no estaba preparado para esa opereta bufa que había representado ante él, con las manos en los bolsillos y la voz jesuítica, Tomás se había escondido en su concha y se había retraído. Mario balbuceó una disculpa y encendió un cigarrillo. Creyó que el silencio sería un muro que separaría dos momentos y que tras el silencio quedaría olvidado su penoso comienzo y podría repetir su entrada. Tomás callaba y escribía, Mario fumaba y, al apagar la colilla, se convenció de que disponía de una segunda oportunidad y que Tomás y él se reencontraban después de quince días, como si acabara de cruzar el dintel de la puerta en aquellos precisos momentos, como si nada hubiera sucedido unos minutos antes. Bromeó sobre la boda de su hermano, sobre su prima morena que, de niña, comía manzanas asadas, sobre los amigos de su juventud, agobiados por las responsabilidades y los kilos. Explotó la cordialidad para que Tomás asomase de nuevo sus antenas y fuese receptivo a su amistad, y le preguntó por su amigo Pomés, por sus investigaciones sobre el Erzorium, pero Tomás se escudaba en el trabajo y levantaba momentáneamente la mirada de la pantalla respondiéndole con recelo.

Se despidieron sin efusiones, con un «hasta luego» lacónico.

Lamentó su impetuosidad mal calculada que le había alejado de su amigo. Tomás no lo necesitaba; a pesar de lo que dijera, tenía otros afectos a quienes recurrir. Tenía a Pomés, a *Gilda* y... a Ana. Mario se había convertido en un rival.

En la planta todos andaban ajetreados. Emilia, sin contemplaciones, le conminó a que le echara una mano con una joven paciente con infección tubovárica que requería

antibiótico intravenoso. En tres días había sufrido cuatro flebitis y se disponía a colocarle un catéter en la yugular. Llevaba toda la mañana reclamando un anestesista y no había obtenido respuesta. No era el mejor momento para actuar con sangre fría, pero Mario se armó de valor y ayudó a Emilia a tranquilizar a la chica, que contemplaba la aguja con espanto. No podía contener los sollozos y se horrorizó cuando le explicaron que debían insertársela en el cuello. Emilia atajó los lloros con autoridad y sujetó la cabeza con fuerza, rogándole que se abstuviese de moverse. Mario ahuyentó a Ana, a sus problemas con Tomás, a sus penurias afectivas y, como solía hacer en quirófano, se concentró en un punto del universo que requería todo su pulso, toda su firmeza. Hundió la aguja en la carne y notó el estertor de la chica. No se arredró y continuó adelante, con tiento, buscando la vena, sabiendo que estaba allí. Le conducía el mismo instinto que lo impulsaba a diseccionar ranas con la vieja navaja de don Ramón. Era un médico, aunque fuera un completo ignorante en lo que respectaba a los sentimientos. Retiró la jeringuilla con suavidad, temiendo haberse equivocado en sus cálculos, pero no, la sangre brotaba roja, viva. Él y Emilia sonrieron, cómplices, y a continuación conectó el catéter con el gotero. Emilia aflojó la presión sobre la cabeza de la chica y limpió con una gasa el sudor que había perlado su frente.

Emilia le informó con detalle de la labor de Ana y alabó su criterio, su laboriosidad. Para Emilia existían dos clases de individuos: los trabajadores y los vagos. En su pragmatismo de abeja diligente, siempre animosa, inasequible a la fatiga, Emilia despreciaba a los que ella catalogaba como zánganos. Con Ana había hallado la horma de su zapato y sus elogios eran sinceros. Le habló largamente de su empeño en aplicar esa idea suya de la clasificación de residuos y de su merecido triunfo. Darío no sólo había dado su aprobación para que se experimentara en el hospital sino que desde su nuevo cargo había apoyado la iniciativa y había convertido al Luis Ventura en un centro pionero. Aún era muy pronto y todo estaba en mantillas, pero era probable —y se comentaba— que Ana podría dirigir un nuevo departamento que extendiera la experiencia a toda la red hospitalaria estatal y dirigiera las operaciones destinadas a crear la infraestructura necesaria para que ese proceso fuese eficaz.

—Esa chica tiene empuje.

Mario dilucidaba que no había nada casual. Ana ya se mostró interesada desde buen principio en esa idea y esa idea, a la corta o a la larga, le reportaba ventajas. Con Darío en el bolsillo —o en la cama— podría escalar puestos, hacerse con cargos, dirimir detrás de una mesa asuntos trascendentes. La podría embargar la borrachera de los números y la avaricia de administrar presupuestos ajenos. Era comprensible, pero la Ana que él había inventado no era la Ana de carne y hueso que siempre había sido y que él obvió.

Emilia, en un exceso de celo, pasó revista a todo lo que concernía a las obligaciones de Ana. Mario jamás le hubiera pedido que ejerciera de vigilante, pero

Emilia, por propia iniciativa, asumía un deber, casi religioso, de velar por el orden de la planta y fiscalizar la conducta de los que para ella eran a menudo simples intrusos, pasavolantes o sustitutos que estorbaban más que ayudaban a mantener el orden y la disciplina. Ana superó el examen de Emilia con creces y sin mácula alguna de pecadillo venial. Emilia se enorgullecía de ella y pronunciaba su nombre con cariño. Había estado al pie del cañón durante todo ese tiempo. Hasta en los días en que le tocaba librar pasaba a darse una vuelta y a comprobar que todo funcionase. Emilia — tan maternal, tan protectora— tuvo que convencerla para que descansase un día con la promesa de que el regreso de Mario la libraría de agobios. En el despacho hallaría una carpeta con todas sus anotaciones y también un número de teléfono por si deseaba hablar personalmente con ella. Mario cogió el papel que le tendía Emilia y venció su impulso de romperlo en mil pedazos. Lo guardó en el bolsillo del pantalón y escuchó, sin prestar atención, los comentarios bienintencionados de Emilia, que se proponían ponerlo al corriente de los acontecimientos del hospital. Los recientes despidos de personal subcontratado de enfermería que habían revolucionado la planta quinta, porque era la más afectada por la reducción de plantilla, los nuevos horarios de la cafetería que, para reducir costes, cerraría por las noches y, por último, la desagradable noticia de que el comité de empresa, finalmente, había pactado y firmado una congelación de salarios que garantizaba la estabilidad del personal durante dos años. Mario no se inmutó. Todo respondía, como siempre, a esa maldita política de ajustes que, a ciencia cierta, nadie sabía de dónde procedía pero que todos acataban ante el miedo a perder lo poco que tenían.

Darío no había planteado todavía su dimisión de la gerencia y a lo mejor se proponía compaginar los dos cargos. Darío era capaz de eso y más. Evidentemente, Emilia, a su pesar, también lo admiraba, puesto que pertenecía a la raza de los trabajadores infatigables. Mario reflexionó sobre la admiración ciega que conseguían despertar personajes turbios como Darío. Dictadores, militares, caudillos religiosos, muchos de ellos mediocres, pero consecuentes con sus pobres doctrinas, fieles hasta la muerte a un credo consistente en la disciplina y el comportamiento ejemplar. Herederos de la gloria de emperadores y guerreros, nunca cuestionados porque su valor en la vanguardia de sus ejércitos estaba fuera de toda duda. Mano de hierro en la aplicación de la justicia injusta, en las decisiones políticas absurdas, en las declaraciones de guerra temerarias. Madera de líderes precisamente por su condición de obreros infatigables y manipuladores de conciencias en la sombra. Ese mismo respeto odioso que habían despertado en él maestros taciturnos y cerriles que imponían el estudio como un deber, pero que practicaban la enseñanza con vocación fanática, siempre puntuales, siempre con los exámenes corregidos, siempre atentos al programa, siempre vigilantes a los errores de los demás y atentos a los suyos propios. Entendía que Emilia no cuestionase la esencia de la doctrina sanitaria de Darío y se complaciese en la rectitud de su praxis. La eficacia la obnubilaba, como había obnubilado a pueblos enteros la eficacia de las campañas militares de personajes

grises encumbrados por sus cálculos meticulosos, y los habían aclamado a su regreso, otorgándoles la categoría de héroes de la patria y hasta acatado sus dictados con orgullo complaciente.

Salió a la calle casi anocheciendo y se fijó en el atardecer inconcluso que bien podría haber confundido con un amanecer sombrío. Hasta las horas perdían entidad, como las estaciones, como los paisajes de su infancia, tan diferentes antes en sus gamas de verdes infinitos y reducidos ahora a la homogeneidad del ocre árido. Se acercaba el otoño y algunas hojas secas así parecían indicarlo, pero era una casualidad. En primavera también se secaban las hojas y ya no florecían las amapolas porque morían antes de nacer. La ciudad se copiaba a sí misma en un sinnúmero de copias cada vez más macilentas y opacas. Añoró las lluvias torrenciales que anunciaban el otoño, las hojas barridas por el viento que crujían bajo los pies de los paseantes, calzados con botas de agua, esquivando los charcos, metiéndose en ellos los niños para salpicar de fango los calcetines de lana y recibir luego la regañina de sus madres. Suspiró por la luz difusa, triste de su infancia percibida bajo el manto de los paraguas y por el llanto húmedo y apacible del otoño que calaba los huesos dulcemente e invitaba al refugio de los hogares. El mundo, su mundo, siempre había sido una sucesión de diferencias que juntas conformaban un equilibrio. Nadie creía que ese equilibrio fuera tan frágil hasta que se quebró. Ana también había quebrado su equilibrio personal, tan frágil como la meteorología, y lo había sumido en un estado de inquietud permanente. Había sembrado un deseo confuso de adentrarse en la aparente docilidad de sus ojos melosos y de explorar los confines de los sentimientos que anidaban en ese cuerpo delgado y misterioso que poblaba sus sueños. Había despertado en Mario un deseo de posesión que excluía a otros. Había hecho nacer los celos y la obsesión de ser correspondido con pasión de una pasión que no había aceptado ni alimentado pero que se había adueñado de su ser hasta convertirse en una molestia crónica, como una úlcera, como una llaga que le roía y le arañaba el estómago a todas horas y que se negaba a atender, convencido de que se trataba de una proyección psicósomática.

Halló su apartamento polvoriento e impregnado de un olor dulzón y desagradable que provenía de las cañerías faltas de agua. Colocó la ropa en su armario, dejó los grifos abiertos para que se evaporara ese aroma putrefacto, pesado como el aire que se respiraba en la calle y que le recordaba vagamente a las aves de caza muertas que la abuela colgaba en el porche durante días antes de guisarlas. Llenó la bañera y se sumergió entero, burbujando como un niño, aguantando la respiración, contando mentalmente hasta que los pulmones le exigían una bocanada de aire. Era una hazaña tonta pero le llenaba de orgullo. Una vez limpio y seco, se afeitó con parsimonia y masajéó su cara con loción. Se contempló largamente ante el espejo, desnudo, pugnando por huir de su subjetividad y juzgando su apariencia con ojos ajenos. Quería descubrir lo que Ana intuía o percibía de él bajo la ropa, qué impresión le causaba su cuerpo, su rostro, sus movimientos. Se contempló con curiosidad y se

preguntó si Ana alguna vez había dejado caer indolentemente la mirada sobre sus nalgas, como hacían otras mujeres, o había medido sus muslos, imaginando sentirse atrapada por ellos. Lo descartó inmediatamente. No se había sentido arropado por el calor de su deseo. Se vistió sin prestar más atención al espejo y después marcó el número de Pierre. Esa noche celebraba una fiesta informal y estaría encantado de verlo de nuevo. Pierre era inmutable como las montañas. Pasara lo que pasara, Pierre era fiel a sí mismo y se perpetuaba en sus fiestas. Para Mario resultaba cómodo ser su amigo; todo lo que se esperaba de él era dejarse caer por su casa y engrosar el número de invitados, con la particularidad de que Pierre le sonreía y le señalaba las chicas que él consideraba más atractivas. Bebida, música, indolencia, conversaciones banales que no le exigían esforzarse demasiado en agudizar el ingenio, y roces de pieles que le excitaban. Chicas jóvenes que se emocionaban al saber que era médico y se despojaban de la ropa para él musitándole un nombre al oído que luego olvidaba. Las fiestas de Pierre le adormecían la conciencia y le proporcionaban una paz solapada que no era en absoluto incompatible con sus obligaciones y sus rutinas. Todo formaba parte de un equilibrio, de un orden, hasta que Ana lo desbarató.

Vagó por la casa sin saber en qué dar. Reparó en su chelo abandonado en un rincón de la sala y se compadeció de su inutilidad. Ni se molestó en arrancar unas notas desafinadas, como cuando lo rescató del olvido momentáneamente para dejarlo al cabo de poco abandonado a su suerte, testigo de sus vacilaciones, de sus dudas, de su comezón. Marcó indeciso los números que Ana había escrito en el papel que le diera Emilia. Sabía que quería hacer eso desde que lo metió en su bolsillo y fingió no darle importancia. Esperó tembloroso y en el último momento rogó para que nadie respondiera a su llamada, pero Ana le habló desde el otro extremo del hilo, ajena a su angustia, a sus celos, ajena a todo. Se alegró de oírlo, o eso dijo, con voz que parecía sincera, y le pormenorizó detalles de los expedientes, riendo al relatarle alguna anécdota, con una risa cristalina que difuminó sus pesares y fue como un destello de esperanza al que aferrarse. La escuchó en silencio, respondiendo con monosílabos a sus palabras, hasta que le pidió si podían verse. Quería charlar a solas con ella un rato. Había algunos asuntos que necesitaba solventar y no le parecía que el teléfono fuera el medio más adecuado. Ana no pareció sorprendida y aceptó, había dormido durante el día y estaba descansada. Le apetecía tomar un café. Se citaron en un bar que ambos conocían. Al colgar el aparato, Mario se sintió ridículamente adolescente y maldijo su impulso. Hubiera debido buscar una partitura y tocar el chelo en lugar de ponerse en evidencia y propiciar una cita urdida con excusas para contemplar el rostro de una mujer que se acostaba con su enemigo y flirteaba con su amigo.

Ana se presentó puntual al encuentro. Parecía más alta, más delgada, más joven. Se había cortado el pelo unos centímetros y su melena era homogénea y recta, a la altura de los hombros, con los mismos brillos tornasolados que acentuaban su tez

bronceada y enmarcaban el óvalo dulce de su cara. Entró en el bar y se detuvo cerca de la puerta, buscando a Mario con la mirada y estudiando las mesas que quedaban libres para tomar asiento. Ana tenía una instintiva tendencia a agazaparse en las sombras, a resguardarse en los rincones. Recordó otros momentos en los que ella se había refugiado en los ángulos y las aristas. ¿Desamparo o recelo? Los instantes en que permaneció inmóvil, con su melena ondulante, las piernas esbeltas sobre los zapatos de tacón alto y esa falda corta que nunca le había visto y que estilizaba su silueta le recordó un escorzo de modelo posando para un fotógrafo exigente. Su elegancia natural era sin duda su mayor atractivo. Mario la contemplaba con una ansiedad mal reprimida, apurando esos instantes en que ella creía no ser vista y que no disimulaba los titubeos de sus gestos. Cuando le vio, Mario tuvo la brevísima intuición de que sus mejillas se coloreaban. Fue una impresión equivocada. Al besarlo, rozando con suavidad sus labios, hizo gala de todo su aplomo y, al sentarse, se comportó con la misma seguridad de siempre.

—Te has cortado el pelo —comentó tocándole la melena con los dedos y lamentándolo al poco de haberlo hecho. Ana no le dio importancia y sonrió sin coquetería. Hubiera querido decirle que la encontraba más bella que nunca, más diáfana, que resplandecía entre el humo azulado de los cigarrillos y que sus ojos mostraban una viveza inusual. Pero se conformó con hablarle de su pelo. Poco después charlaba con ella de su familia, como si fueran dos viejos amigos.

Ana siempre se alejaba de él. Por más que Mario quisiera acercarse, chocaba con la presencia de algo frío, un cristal tras el cual Ana se parapetaba, una barrera infranqueable. Ana no le preguntaba acerca del motivo de su encuentro y parecía no tener prisa. Se acodó sobre la mesa y le escuchó con la cara apoyada en la mano, sin tapujos, extasiada con sus explicaciones estúpidas sobre su hermano Gerardo y sus amigos. Parecía como si el tiempo jugase a su favor y la noche se congratase con ellos dejándoles todas las horas por delante para saborear su intimidad de mesa para dos. Una isla en medio del océano de ruidos y rostros anónimos que los unía como a dos naufragos asidos a la misma madera, flotando a la deriva. Mario ya estaba acostumbrado a que los encuentros con Ana cobrasen una dimensión desconocida, pero no por ello dejaba de asombrarse. Primero le habló de Pierre y su fiesta, y su compromiso de esa noche para dar un final a su tiempo y dejar claro que no esperaba nada de ella excepto esa conversación. Ana parpadeó unos segundos. Fue incapaz de valorar el significado de su parpadeo; ¿asombro?, ¿decepción?, ¿indiferencia? Entonces, Mario afrontó el espinoso tema de Darío. Le preguntó por su relación con él, por su interés en él y en el cargo que ocupaba. No podía desprenderse de la escena que contempló sin proponérselo en el aeropuerto, pero no le habló de ello. Se refirió a las habladurías del hospital y a sus logros sobre el tema de los residuos. Ana le miró sin entender. Esta vez sí parecía desconcertada. Escudriñó sus ojos intentando averiguar lo que sabía, lo que intuía, lo que le preguntaba. Estaba asustada. Encendió un cigarrillo con el pulso firme, pero su voz —la conocía bien— temblaba

ligeramente.

—¿Me acusas de algo?

Quería haber gritado que sí, que la acusaba de acostarse con Darío, de prostituirse por un puesto en la administración, de traicionarlo a él, pero fue incapaz.

—Sólo quiero saber qué hay de cierto.

Expulsó su humo lentamente, midiendo las palabras, pero aún le temblaba la voz.

—¿Quién me hace la pregunta, Mario o mi jefe de planta?

—Y eso qué importa.

—Cada uno se merece una explicación diferente.

—Comienza por la que quieras.

—Eso en el supuesto de que tenga que dar alguna explicación.

—Tendrás que decidirlo tú, pero yo fui sincero desde el primer día. No soporto a Darío.

—Y te molesta que me vea con él.

Hubiera querido gritar de nuevo que no podía soportar la idea de que Darío la desnudase, la besase, la poseyese, pero se cogió al argumento que le tendía como a un clavo ardiendo.

—Sí.

—Mis reuniones con Darío no interfieren en mi trabajo.

—Ana, no se trata de tu trabajo, se trata de... confiar en ti.

Ana, nerviosa, apagó su cigarrillo y suspiró.

—Los asuntos que tenemos entre manos no te afectan.

Mario se impacientó. Hubiera querido que se echase a llorar y le explicase que se sentía sola y que Darío la engañó y le hizo promesas y... no sabía lo que quería oír, pero le flaqueaban las piernas cada vez que Ana se ratificaba en esa «oscura» relación con Darío que le excluía a él.

—Tendré que pedirte una cosa. Espero que lo entiendas.

Ana no dijo nada, esperó sin impaciencia, con los ojos brillantes. Le escuchó con la misma atención que había escuchado sus explicaciones sobre su familia minutos antes.

—Te agradecería que pidieses el cambio de planta.

Ana apretó los dientes, pero no titubeó.

—Si es eso lo que quieres...

Mario bajó los ojos avergonzado. Había ido demasiado lejos y no podía echarse atrás. Ella tampoco daba su brazo a torcer y no se arrepentía de ser la amiga de Darío. Ana se puso en pie y recogió su bolso con presteza.

Mario quiso retenerla, pero no se atrevió. Acababa de portarse como un marido despechado. La había echado de su lado. Había abierto la puerta y la había lanzado escalera abajo. No se atrevió a cogerle su mano y besarla y confesarle que todo era sucio y desagradable y que sentía celos y que los celos no le dejaban en paz y que temía volverse loco.

—¿Te vas?

—Llegarás tarde a tu fiesta.

—¿Te acompaño a casa?

—Gracias, puedo ir sola.

Le dio la espalda premeditadamente. Lo dejaba solo, asido a su madera, a la deriva entre el océano de desconocidos. Intuía que cuando cruzara la puerta y se alejara sentiría un vacío semejante al de haber ayunado. Debía decirle algo antes de que lo abandonase.

—No juegues con Tomás, se enamora fácilmente.

Lo dijo por despecho, desolado por el sonido de sus propias palabras. Se despreció por haberlo dicho, se hubiera dado de bofetadas. Ana torció la cabeza y dudó unos segundos. Sus piernas delgadas esbozaron un balanceo hacia él, pero no querían moverse. Después, muy lentamente, las obligó a avanzar en dirección a la puerta. Atravesó el bar perdiéndose en la neblina del humo y las conversaciones. Se diluyó en la nada y desapareció definitivamente.

CAPÍTULO 10

Tomás hizo una observación sobre el mal aspecto de Mario, pero no aludió a la tensa conversación del regreso de vacaciones. Habían pasado unas cuantas semanas y era evidente que no le guardaba rencor. Le recibió jovial, con las ventanas abiertas de par en par, vestido con un chándal y blandiendo una plancha. Era su día de limpieza y durante doce horas cocinaba para toda la semana, fregaba los suelos y el baño y planchaba toda su ropa. Le dijo que ya estaba acabando.

Mario balbuceó una excusa cualquiera para justificar el motivo de su visita, pero se dio cuenta de que no era necesaria. Tomás le recibía con la mayor naturalidad, como si el día anterior hubiesen estado tomando copas. Hablaba atento a la raya de los pantalones y al cuello de las camisas que planchaba con mimo, doblaba y colocaba luego sobre las sillas de la sala. Mario cogió la pieza que Tomás acababa de dejar junto a él y la sostuvo ante sus ojos con incredulidad.

—¡Pero si son unos calzoncillos!

—Déjalos donde estaban.

—¿Desde cuándo planchas los calzoncillos?

—Desde siempre.

—Nunca he oído de nadie que perdiese el tiempo de esa forma.

—Mi madre.

—Menuda tontería.

Tomás le hizo levantar para colgar una camisa en el respaldo de su silla y le amenazó con la plancha.

—Si has venido para meterte conmigo, ya te puedes largar.

Mario calló, no quería incomodarlo aunque continuara pensando que lo de planchar los calzoncillos era una extravagancia. Acarició a *Gilda*. La gatita ronroneó mimosa y se puso panza arriba, juguetona, invitándole a que continuara. Tomás le ofreció té y unos pastelillos que le habían traído su hermana y sus sobrinas como detalle por su cumpleaños. Había cumplido los cuarenta y seis y no había querido celebrarlo. Le deprimía profundamente saberse un cuarentón a las puertas de la cincuentena. Mario le animó y casi le convenció de que no se le notaba. Tomás, satisfecho, le obligó a comer más pastelillos y él mismo hizo gala de un apetito voraz, tragándolos sin apenas masticarlos, al tiempo que colocaba ordenadamente la ropa en sus muchos armarios. Entre viaje y viaje insistió para que se pusiera cómodo, y Mario rebuscó entre la mermada discografía de su amigo, eligiendo una pieza de Béla Bartók. Acto seguido, se arrellanó junto a la ventana y atinó a ver, en la lejanía, la

línea brumosa del horizonte que cabalgaba sobre el mar. Tomás vivía en un sobreático excesivamente caluroso, pero tenía el privilegio de las vistas. Desde el mirador de su terraza, la ciudad —ese hervidero de terrados grisáceos y avenidas trazadas con tiralíneas— se perdía en la lontananza como una maqueta fantasmagórica. Por el mero hecho de dejar vagar la vista planeando sobre los tejados, sin fijarla en ningún punto concreto, Mario notó una placentera laxitud que nunca sentía en su apartamento, encajonado entre edificaciones aparatosas y cuyas ventanas daban a una calle atestada de coches. Le invadió un ligero cosquilleo de bienestar al que contribuían la música, el ronroneo de *Gilda* sobre sus rodillas, el sonido de los pasos diligentes de su amigo, atareado en acarrear la ropa planchada, el aroma de los pastelillos y el olor de lejía que desprendían los suelos del salón, acabados de fregar. Era lo más parecido a la cálida sensación de hogar que recordara desde su infancia, transcurrida en la casa de los abuelos. Para que su felicidad hubiera sido completa le habría bastado saberse cerca de Ana.

Reparó en la decoración de la sala de Tomás, en los cuadros colgados de las paredes, en la iluminación queda de los rincones, en las alfombras de colores cálidos, el sofá de piel, la librería de madera de cerezo, la copa que ganara de niño en un torneo de ajedrez y las cerámicas que compró en sus viajes. Envidiaba ese toque de permanencia que le remitía a un universo personal de detalles y recuerdos que Tomás y otros cultivaban y que él siempre había rechazado. Su provisionalidad era exasperante. Sus amantes no entendían cómo podía vivir sin cortinas ni alfombras, con el colchón en el suelo y los libros y los discos desparramados de cualquier manera, en un desorden tácito, dispuestos a ser empaquetados y trasladados en cualquier momento sin que en realidad se hubiera mudado en los últimos diez años. Su apartamento era amplio, pero las paredes estaban amarillentas por el humo del tabaco y se hallaba repleto de cajas de cartón cubiertas de polvo, llenas de cachivaches inútiles, de papeles y facturas. No tiraba nada por desidia. Vivía en un desván atiborrado de trastos engorrosos y propiciaba el desapego a los objetos como si desde siempre se negara a sí mismo la posibilidad de amarlos y, a través de ellos, de amar su pequeño mundo. Le vino a la memoria la casa de los abuelos, ahora vendida y olvidada, poblada de ruidos familiares, de aromas de guisos y de objetos sólidos, con nombre, con historia, con el valor añadido que otorga la memoria. Mario siempre deseó que la casa fuera suya, pero no se atrevió a plantearlo a su padre. Dejó que la vendieran y no se conmovió lo más mínimo. Sin embargo, siempre quiso poseer una casa en la cual proyectar la intimidad del crujido de sus pasos sobre la madera y tener la certeza de que la solidez de sus paredes de piedra le defendería de los avatares. No soñó con ella ni buscó el rincón idóneo para excavar sus cimientos. Y a pesar de todo deseaba una casa. Acababa de descubrirlo en esos mismos instantes gracias a Tomás, su gata y su lejía.

Tomás se sentó ante él y encendió su pipa. Había acabado con sus obligaciones domésticas. Mario borró de un plumazo sus disertaciones y consideró que su

monólogo era una solemne estupidez. Dijera lo que dijera, pensase lo que pensase sobre la casa —reconocía que la especulación tenía un grado de poesía convincente—, su única y machacona obsesión tenía nombre de mujer. Tomás le quitó la palabra de la boca.

—Sinceramente, no entiendo lo de Ana.

Tomás había conseguido encender su pipa y le miraba con ojillos curiosos. Había dejado caer la frase inocentemente, pero le interesaba la respuesta.

—No hay nada que entender, pidió el traslado y punto.

—Eso me contestó ella cuando le pregunté.

Mario se alegró de la discreción de Ana.

—¿Y no te basta?

—Me resulta raro. Os entendíais bien. Siempre habla bien de ti.

A Mario le molestó la apropiación indebida que Tomás, sin proponérselo, hacía de la persona de Ana. Le contestó en los mismos términos.

—También habla bien de ti y no trabaja contigo.

Tomás se sonrojó levemente.

—Creí que quizás tú tenías algo que ver. El otro día estabas muy alterado.

Mario decidió que no quería herirlo. Optó por la ambigüedad.

—No lo tengas en cuenta. Estaba... eso, alterado.

Tomás se confundió.

—Ana es... cómo te lo diría, es fantástica. No sé cómo pudiste decir lo de Darío. Si no fuera porque te conozco te hubiera partido la cara.

Mario calló. No quería continuar por ese camino. Tomás, sin embargo, insistió:

—Consiguió lo de los residuos aunque todos la acusaran de ambiciosa. Hasta tú desconfiaste de ella.

Mario, a su pesar, se ratificó en lo que ya sabía.

—Le interesa tener una mesa de despacho y un presupuesto con muchos ceros en las manos. Quizás tengas razón, no es tan grave.

Tomás negó con la cabeza.

—Ha rechazado el puesto que le ofrecía Darío. Le ha dicho que no.

Mario pidió que se lo repitiese. Tomás se extendió en detalles.

—Darío no está acostumbrado a las negativas, se cree que los demás están cortados por su mismo patrón, que en cuanto ven el hueso mueven la cola y le lamen la mano. Pero Ana no es de éstas.

Mario buscaba palabras en su repertorio para expresar su sorpresa. No las halló y continuó en silencio.

—A ella le gusta el trabajo del hospital y Darío no podía creer que no aceptase el traslado a la capital.

Mario hubiese querido darse de bofetadas. Ahora se suponía que Ana y Darío se habían enemistado... ¿Era eso lo que le estaba diciendo Tomás?

—No entiendo un pimiento —explotó.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Yo los vi juntos y Ana... déjalo, da lo mismo.

Tomás se animó.

—No, no da lo mismo. Eres un imbécil, Mario. Ana estaba presionando a Darío para que pusiese en marcha el plan de residuos. Lo ha conseguido, pero no para beneficiarse ella.

—Ése no era el único motivo.

Tomás se restregó los ojos.

—Eres ciego. Completamente ciego. ¿De verdad pensaste que estaban liados?

Mario se defendió.

—Pues sí, qué le vamos a hacer, y... aún lo creo.

—Ana no es lo que parece.

Mario estaba harto de tantos misterios.

—¿Es que no sé qué parece! Es demasiado perfecta. ¿No te das cuenta? A ti también te ha engañado.

—Ella no le dijo ni una palabra a Darío sobre el Erzorium, si es a lo que te refieres. Le llegó una carta de Uppsala. Fue un error mío.

Mario volvió a sorprenderse.

—¿El Erzorium? ¿Qué sabe Darío?

Tomás suspiró y acarició el lomo de *Gilda*.

—Todo. En cuanto recibió la carta se puso como un loco a rastrear y se enteró de que se ha abierto una investigación en Zaragoza.

Mario saltó.

—¿Por qué no me avisaste?

—No estabas interesado. ¿Lo recuerdas?

Mario entendió que decía la verdad.

—¿Y ese subdirectorío sobre Laboratorios Losón?

Tomás sonrió.

—¿Te crees que soy tan tonto? Ése lo tengo en mis ficheros de casa. Guardo un disquete de seguridad. Te advierto que he descubierto cosas muy interesantes.

—Pero ¿qué te dijo Darío? ¿Te amenazó?

—Y eso qué importa.

—¿Qué te dijo Darío?

Tomás estaba incómodo.

—Que me acusaría de intrusismo. Ya sabes que firmé como médico.

—Te puede buscar problemas.

—Le dije que era un error. No tiene pruebas excepto esa carta. La investigación sobre el Erzorium la están llevando desde Zaragoza y yo ya no estoy implicado en ella. Borré las pistas.

—Y qué piensas hacer.

Tomás se levantó a coger un pastelillo. El último de la bandeja. Habló con la boca

llena desde el otro extremo de la sala.

—Te quedarías con la boca abierta si supieras los muchos negocios que tiene Darío entre manos. A lo mejor soy yo quien puede buscarle problemas a él.

Mario se atolondró.

—¿De qué hablas?

Tomás estaba seguro de sí mismo.

—Tengo informaciones muy interesantes. ¿Te has preguntado alguna vez por qué preside la Fundación?

—Dímelo tú.

—Digamos que obtiene beneficios por ello. Y Losón también, claro.

—¿Qué tipo de beneficios?

—Relacionados con los productos farmacéuticos y otros negocios.

—¿Qué negocios?

—De momento no puedo decir nada más.

—Tomás, no te hagas el listo. Darío es más listo que tú. ¿Cómo sabes que esas informaciones no llegarán a manos de Darío?

Tomás no se inmutó.

—Sencillamente porque no he hablado a nadie de ellas.

—¿Ah no? ¿Y yo quién soy? ¿Y Ana... y Pomés...? Tú no eres la persona más adecuada para guardar secretos. Lo debes haber contado a todos tus amigos de Internet en esas tertulias babélicas. Lo sabe medio planeta.

Tomás reflexionó.

—Bueno, tienes razón. He hablado contigo y con Pomés.

—¿Y esos negocios de Darío qué tienen de extraño?

Tomás se asomó a la ventana y respondió con cautela:

—Son sucios.

—¿Y estás seguro de que no son legales? ¿Has consultado con abogados?

—¿Por quién me tomas? Hace un momento me gritabas por no saber guardar un secreto y ahora...

—Es igual, déjalo. —Encendió un cigarrillo y dio una calada para aplacar el nerviosismo—. Y dices que Ana tampoco sabe nada de eso.

—No quería complicarle la vida.

Mario optó por lo más sensato.

—¿Puedo hacer algo por ti?

Tomás relajó las facciones.

—No es necesario. Ya tengo quien me ayude.

Mario comprendió lo que deseaba decirle.

—Si no quieres, no me contestes, pero... ¿estás en contacto con las McLoppainer?

Tomás calló y Mario entendió que la respuesta era afirmativa y que la prudencia le aconsejaba no insistir. De pronto se conmovió y le palmeó la espalda.

—¿Estás seguro?

Tomás asintió con la cabeza. Su hilera de dientes blancos coronó una sonrisa de satisfacción.

—Nunca he estado más seguro en toda mi vida. Siempre he ido a remolque de los demás. Mi padre, mi hermana, mi mujer...

Mario lanzó una exclamación:

—¡Tu mujer!

Tomás dudó, pero ya lo había dicho.

—Pues sí. Estuve casado una vez, mucho antes de que nos conociéramos.

Mario no podía imaginar a Tomás casado.

—¿Y por qué nunca me hablaste de ella?

—Me dejó. Me dejó plantado y lo pasé muy mal. Prefiero no recordarlo.

De pronto había envejecido y en su frente habían nacido unas arrugas que le afeaban el rostro. Quiso reconfortarlo.

—Si te consuela, a mí también me plantaron algunas novias.

Hubiera hecho mejor hablando del tiempo. Era una frase demasiado convencional para ser entendida como una palmada de ánimo.

—Estuve un año persiguiéndola y rogándole que volviera. Luego me enteré de que llevaba dos años liada con su jefe.

No era una historia nueva, pero Tomás no se la merecía.

—Me puse a comer como un cerdo y no quise saber nada de las mujeres. Soy muy vulgar.

No, Tomás no era vulgar. Todo era cuestión de perspectivas. La grandeza de Tomás sólo se apreciaba en los planos cortos, al contrario de Darío, que destacaba en los planos generales, y del mismo Mario, que dominaba el plano medio. Tomás salía malparado en las distancias, injustamente, por su aspecto anodino, pero se crecía en la intimidad hasta alcanzar las proporciones de su desbordante humanidad. Su mujer no supo entenderlo o no quiso. Prefirió, probablemente, una intimidad vulgar con su jefe, compensada por la proyección majestuosa de su cargo. La perfección minimalista de Tomás consistía en un té preparado con esmero, en el arte de escuchar pacientemente y en la magia de sus palabras, pocas y nada brillantes, pronunciadas con amor en la más estricta intimidad. El mundo estaba poblado de fantoches y títeres que actuaban de cara a la galería, de amores de cartel y amistades de conveniencia. Tomás había equivocado su momento. A su alrededor se practicaba el exhibicionismo burdo y él, confundido por el desdén, se consideraba vulgar.

Esa noche, Mario aceptó la hospitalidad de su amigo y compartió con él una cena fría. Luego, arrellanados en los sofás, charlaron, sin prisas, hasta casi la madrugada, mientras la luna menguante, ora los saludaba desde una ventana, ora reaparecía tras las persianas de la cocina. *Gilda*, en celo, maulló toda la noche desde la terraza con un gemido triste y agudo que Mario después recordaría como una premonición.

Después del despido de Tomás todo sucedió muy rápido. Mario asoció en su memoria la vorágine de ese otoño a las películas cómicas de cine mudo, de movimientos precipitados e indisolublemente unidas al blanco y negro del televisor y a las musiquillas machaconas. Tomás y el otoño actuaron en un escenario de grises y ocre con acompañamiento musical de notas de chelo arrancadas a deshoras en su apartamento. El otoño vacilante, sin acabar de decantarse por el frío, y Tomás torpón en su papel de víctima. Todo muy rápido...

Mario, sin Ana a su lado, sin su letra picuda, sin el sonido de sus pasos suaves en el corredor de la planta, sufrió su carencia y se reprochó por haberla alejado de su mundo desoyendo la voz que le repetía desde sus adentros que la culpabilidad que achacaba a Ana no era más que la proyección de su propia inseguridad. Sus sentimientos hacia ella eran refractarios y regresaban sin haber podido traspasar el muro que había alzado con su silencio, con su destierro, para defender su estúpido orgullo. No fue capaz de propiciar un solo encuentro porque tenía claro que fue su propia cobardía la que los había conducido irremediablemente, a ambos, al desencuentro.

Cuando Mario se enteró del despido de Tomás le telefoneó inmediatamente. Tomás, indignado, le habló con voz dolida y palabras cargadas de reproches y reconoció que se sentía fatal. Mario fue a verlo y observó que tenía las mejillas coloreadas y que hacía crujir sus nudillos mientras hablaba. *Gilda* compartía su nerviosismo saltando de silla en silla y desgarrando los flecos de las cortinas.

Mario lo convenció de actuar ordenadamente. Juntos se entrevistaron con el comité de empresa y tuvieron una desagradable sorpresa. La reconversión de la plaza de Tomás formaba parte de un paquete de diecinueve despidos pactados con la dirección del Luis Ventura.

Tomás se desesperó y quiso hablar con Darío personalmente, pero Darío estaba fuera, en la capital, y Loles acabó por colgarle el teléfono. Mario recurrió a Alborch, un abogado conocido de Pierre con quien tenía la suficiente confianza como para hacerlo partícipe de la complejidad del asunto. Le puso en antecedentes sobre el interés de Tomás por propagar el *report* sobre el Erzorium y también le habló sobre las investigaciones de cariz privado que Tomás había emprendido por su cuenta y riesgo referentes a los Laboratorios Losón y al mismo Darío.

—Tomás lo tiene muy crudo —confesó Alborch a Mario—. Si ese Darío quería sacárselo de encima, lo ha hecho con habilidad. Ahora es un caso más entre diecinueve y cualquier intento de personalismo estará fuera de lugar.

Mario recordó los pastelillos de su cumpleaños.

—Tiene cuarenta y seis años. O reingresa o se queda en la calle.

—Lo sé, pero no creo que podamos argumentar ante Magistratura que se trata de un despido por represalias.

—Y qué podemos hacer.

—Este tipo de litigios se dirimen mejor ante una mesa que ante un tribunal.

—Si consigues sentar a Darío quizás podamos intimidarlo con las informaciones de Tomás.

Alborch movió la cabeza con enfado.

—Lo siento, no puedo utilizar unos datos que se niega a enseñarme. Tomás debe entender que no puedo jugar con humo. Quiero saber de qué se trata y entonces podré atenerme a ello.

Mario compartía su opinión.

—Es un cabezota.

—Absolutamente de acuerdo, pero yo no puedo defenderlo si me niega la confianza.

—Al parecer, se trata de negocios sucios.

Alborch golpeó la mesa con su bolígrafo.

—¿Y qué son negocios sucios si puede saberse? Tomás no es un abogado, ni tan sólo un economista. Puede tratarse perfectamente de trapicheos permitidos por la ley. Darío no es ningún idiota.

Mario asintió.

—Eso mismo le dije yo.

—Si pudiera demostrar el cobro de comisiones ilegales o algo por el estilo, lo tendríamos cogido por los huevos, pero...

—¿Tenemos alguna otra forma de coaccionar a Darío? En el caso de que Tomás no diera su brazo a torcer.

Alborch llamó a su secretario y le pidió que le imprimiese un documento. Una vez que el chico le trajo el texto impreso lo pasó a Mario.

—He escrito esta carta. No podemos arriesgarnos a más hasta que Tomás no se decida a colaborar.

Mario la leyó de un tirón y dio su aprobación. La carta estaba redactada muy correctamente. En ella, Alborch pedía una entrevista a Darío mencionando que disentía sobre los motivos del despido de su cliente. Aclaraba que, según sus informaciones, dicho despido se debía a un informe que su cliente había redactado — y que perjudicaba a Laboratorios Losón— y no al argumento que esgrimía la empresa sobre la reconversión de su plaza.

—Lo siento, pero es lo único que puedo hacer.

Mario se sentía en deuda con Tomás.

—Tomás borró todos los datos que le implicaban y no hay pruebas de que fuera él quien puso en circulación el *report*. Darío se acogerá a eso, pero en caso de litigio yo podría declarar. El *report* lo redacté yo mismo.

Alborch reflexionó.

—Si el resultado de la investigación fuera inmediato y se retirara el *Erzorium*, Tomás podría verse beneficiado por el escándalo, pero si sólo son conjeturas...

Mario se comprometió a trabajar en esa línea.

—De acuerdo, me ocuparé del Erzorium. Pero primero intentaré convencer a Tomás para que recapacite.

—Tú mismo. Si consigues la información sobre Darío, pásamela lo antes posible y veremos qué puedo hacer.

Decididamente, Tomás era peor que Andresito. Estuvo de acuerdo con los argumentos de la carta de Alborch, pero se negó a dar ni siquiera una pista sobre los negocios sucios de Darío y no soltó prenda sobre las pruebas de que disponía. Cuanto más insistía Mario, más se negaba a hablar sobre ello. Ni tan sólo consiguió que le razonara los motivos por los cuales se negaba. Era la tozudería personificada.

Mario telefoneó a Zaragoza en repetidas ocasiones y tuvo que arrostrar las dificultades que entrañaba el secretismo y la cautela con que se llevaba a cabo la investigación sobre el Erzorium. Finalmente consiguió hacerse oír y le comentaron sucintamente que todavía no disponían de los datos necesarios para pedir una retirada cautelosa del producto. Si bien todo apuntaba en la dirección de sus sospechas, Laboratorios Losón habían interferido en su tarea y les había hecho perder un tiempo precioso. Mario, desanimado, no le comentó nada a Tomás.

Cuando Alborch recibió el fax y le telefoneó, Mario estaba enzarzado en una discusión tonta con Rosi, su vecina. Rosi había bajado a su apartamento para advertirle de las restricciones de agua y, al poco, comenzó a quejarse de su chelo y de las horas intempestivas de sus entradas y salidas. Mario le respondió que estaba harto de oírla pegar gritos a sus hijos a través de la ventana del deslunado. Rosi gritó que ella jamás gritaba y, en ésas, sonó el teléfono. Mario agradeció la interrupción de Alborch aunque fuera para darle malas noticias. Darío había enviado un fax negándose a cualquier tipo de conversación sobre el despido de Tomás. Mario plantó a Rosi y se dirigió con su moto al despacho del abogado. Efectivamente, el fax era explícito. Darío se negaba a recibir a Alborch y opinaba que no había nada que discutir.

Mario prefirió dar personalmente la mala noticia a Tomás. Guardó el fax en su cazadora y se dirigió al piso de su amigo que un día le pareció algo así como un hogar. Mario, aun cuando Tomás no estuviese, recogía la llave que guardaba bajo su maceta de hortensias, entraba en casa de su amigo y le esperaba acariciando a *Gilda*, que se refugiaba mimosa y ronroneante en su regazo.

Con el fax en la mano, llamó al timbre insistentemente y, cuando ya estaba a punto de levantar la maceta para coger la llave, Tomás le abrió y Mario entró atolondradamente, le mostró el fax y farfulló que la respuesta de Darío era previsible. Tomás le advirtió:

—Ana está aquí.

Esas tres palabras le remitieron al gesto de su mirada, que le señalaba la silueta de

Ana recortada en la puerta de la terraza.

Quedaron los tres en silencio. Fueron unos instantes suspendidos en el tiempo que le parecieron eternos. Ana, inmóvil, con sus pupilas clavadas en él. Mario se sintió acometido por el vértigo y se resistió al impulso de dar un paso y rodearla con sus brazos, besarla y decirle que la amaba y que la había apartado de su lado porque la amaba demasiado. Tomás, nervioso, con la incomodidad de los que se sienten de más, carraspeó e invitó a Ana a entrar en la sala.

—Pasa, Ana. Mario ha traído la respuesta de Darío. Se niega a recibirnos.

Ana dio un paso y se despojó de la sombra que la envolvía.

Le pareció que, sin el abrigo de la noche, Ana nacía a la luz desnuda como una Afrodita. Había adelgazado y su piel era más blanca.

—Hola, Mario. —Su voz era indolente como su gesto y se sentó junto a Tomás sin esperar a que su saludo fuera correspondido. Cuando apartó la mirada de él, Mario recuperó momentáneamente la compostura. Tomás y Ana esperaban que hablase. Habló sin saber qué decía, sin importarle que Ana fuese o no la amante de Darío o que jugase a dos bandos. Vomitaba las palabras cada vez más convencido de que el rencor que siempre había sentido hacia Darío —ancestral, intuitivo— ahora quedaba plenamente justificado. Darío propiciaba su infelicidad por encima de todas las cosas. Puso a Lena en su contra, le apartó de Rosa Lago y permitió que muriese, lo enemistó con Ana y despidió a Tomás. Darío le perseguía a través de sus amigos, sus amores, sus pacientes...

Instó a Tomás a que se dejara estar de monsergas y que destapara de una vez todo lo que podría comprometer a Darío. Tenía cartas para jugar... pues era el momento para jugarlas. Ana expresó su asombro.

—¿Qué sabes de Darío?

Al oír su pregunta, Tomás bajó los ojos y apretó los cartílagos de sus dedos. El crujido de los huesos fue la única respuesta.

—Tomás, por favor, habla.

Tomás fulminó a Mario antes de contestar.

—Te pedí que mantuvieras la boca cerrada.

—Te ha dado por el culo. ¿Qué más te puede importar?

Era cierto. Mario ya no creía en la prudencia. Tampoco le importaba no guardar las formas. ¿Por qué temer a Darío? ¿Era Dios? ¿Era infalible? ¿Estaba fuera del alcance de la ira de los humanos?

—Tomás, si puedes joder a Darío, hazlo. Hazlo ahora y no esperes.

Tomás dudaba.

—Me reservaba esos datos para más adelante. Pensaba resolver otro asunto.

Mario explotó.

—¿Qué otro asunto hay que sea más importante que tú? Estás en la calle y nadie te dará trabajo a tu edad.

Ana intervino. Estaba pálida.

—Mario, por favor, calla.

Mario estaba demasiado excitado.

—No quiero callar. No le tengo miedo al cabrón de Darío.

Se enardeció con sus propias palabras y con el tono contundente con que las pronunció. No, no le tenía miedo.

—Seamos sensatos. —Ana reclamaba sensatez, pero él estaba harto de palabras. Tomás cambió de actitud.

—Mario tiene razón. Es hora de actuar.

Ana lo estropeó aún más.

—Darío está hoy en la Fundación. Tal vez si yo hablase con él...

Tomás rechazó su ofrecimiento.

—No, Ana, seré yo quien dé la cara.

Ana insistió:

—Pero yo podría convencerle para que te readmitieran, no hace falta amenazar. Está en la Fundación.

Tomás lo dijo con rabia.

—La Fundación no es más que una tapadera.

Mario atendía vagamente a la conversación. Ana, una vez más, preservaba a Darío. ¿Por qué? Ya no le importaba. Se acabó, todo tenía un límite. Le inundaba la rabia y, cuando se levantó, nada ni nadie hubiera podido convencerle de que recapacitara. Estaba hasta los huevos de Darío.

Darío cayó al suelo con la nariz sangrando y se levantó asiéndose a la mesa de caoba. No tuvo tiempo de ponerse en guardia y Mario le asestó un segundo puñetazo que lo derribó sobre los papeles amontonados y los salpicó de sangre.

Saavedra, su socio, permanecía inmóvil, temeroso de que Mario arremetiese contra él si se interfería. Todo había sido muy rápido. Mario se presentó hecho una furia y pidió explicaciones a Darío sobre el despido de Tomás. Darío le ordenó que se marchara, pero él, sin mediar palabra, le propinó un golpe certero en la cara.

Mario esperó a que Darío se levantase y, esta vez, le dejó un margen de tiempo para defenderse. Darío balbuceó unas palabras:

—Mario, por favor, todo ha sido un malentendido, Tomás está confundido.

Mario no oía, no veía, sólo tenía muy claro que estaba haciendo algo que siempre deseó hacer.

—Cabrón.

Cada golpe le liberaba de una afrenta. En aquellos momentos todo era fácil. Darío estaba a sus pies y en su expresión había miedo, respeto, temor. No lucía su media sonrisa sarcástica, ni podía confundirlo con sus demagogias. Era vulnerable y estaba

a merced de sus puños. Así de sencillo. Quien tiene cara de hijoputa lo es. Debería haber calentado a Darío mucho antes de reprimir su ira y volcarla sobre otros. Podía perder su trabajo y pasar la noche en comisaría, pero nadie podría privarle del placer que había sentido en esos momentos.

Saavedra, con un hilillo de voz, le conminó a que se detuviese. Darío ya no se levantaba. Mario no había recibido ni un arañazo porque Darío no sabía luchar. Había sido la pelea más fácil de su vida.

—Por favor, cálmese.

Mario no estaba tan cegado como para ignorar que Darío ya estaba bastante vapuleado. Primó su profesionalidad y se arrodilló junto a él. No tenía nada grave, simplemente no estaba acostumbrado a recibir golpes. Comprobó sus contusiones y pidió a Saavedra que le trajese una toalla mojada.

La ambulancia llegó a los diez minutos y Mario, que estaba mojando con agua fría la cara de Darío, se preguntó quién la habría avisado. Saavedra, envalentonado ante los camilleros, amenazó a Mario con la policía. Él mismo pondría una denuncia por agresión. Mario apuntó sus datos en un papel arrugado y se lo ofreció. Luego dio media vuelta y se fue a casa. No se escondería, no negaría los hechos, no se buscaría excusas de ningún tipo. Estaba satisfecho consigo mismo y no estaba dispuesto a falsear la verdad por temor a las represalias. Declararía ante quien fuera que, efectivamente, zurró a Darío y que se alegraba. Lo hizo porque se lo merecía, porque le había hinchado las narices y para recordarle que era mortal.

Esperó toda la tarde en casa, pero la policía no llegó. Se fue a dormir vestido, con el convencimiento de que lo sacarían de la cama a media noche, pero se despertó de buena mañana sin que nada hubiera ocurrido. Acudió al hospital, como de costumbre, y se extrañó de que no hablaran de Darío. Preguntó en trauma y urgencias y nadie dio fe del ingreso de Darío. Acabó por pensar que lo había soñado, que no era cierto nada de lo sucedido en la sala de juntas de la Fundación.

Esa tarde, sin embargo, Tomás le telefoneó muy excitado. Él sí sabía lo de Darío, aunque no pudo sonsacarle cómo se había enterado.

—Te felicito, se merecía unas buenas hostias. Me hubiera gustado verlo.

—Pero ¿quién te lo ha dicho?

—No importa ahora. Escúchame bien, he tomado una decisión.

Mario retuvo la respiración y Tomás creyó que había colgado.

—¿Estás ahí?

—Sí, suelta ya.

—Esta noche a las ocho he convocado una rueda de prensa en el hotel Presidente.

—¿Una rueda de prensa? ¿Con qué motivo?

—Agárrate fuerte. Pienso destapar todos los escándalos de Darío y de Laboratorios Losón.

Mario reaccionó al cabo de pocos instantes. Sus puñetazos habían servido para algo, el efecto dominó comenzaba a ponerse en marcha.

—Tomás, cojo la moto y estoy ahí en cinco minutos.

Tomás le obligó a sentarse de nuevo.

—No puede ser. No tengo tiempo, he quedado para visitar a Pomés. Iré directamente al hotel.

—Tomás, preferiría acompañarte.

—Hazme un favor.

—Dime.

—Telefonea a Ana y explícaselo. Yo no tengo ganas de discutir. Ella no está de acuerdo, pero tú la convencerás. Estoy seguro.

Eso era lo último que tenía ganas de hacer. Todo menos hablar con Ana sobre Darío. Tomás insistió:

—Por favor, Mario. Tengo prisa.

—De acuerdo, nos veremos a las ocho en el Presidente.

—Iré a por todas, como tú.

Mario se sintió presa de la misma excitación que Tomás. Tal vez se la había contagiado a través del hilo telefónico. ¿Qué informaciones tendría Tomás? ¿Hasta qué punto pondrían a Darío en la cuerda floja? Recogió su casco, guardó las llaves de la moto en el bolsillo y cerró la puerta de su apartamento. No quería arriesgarse a una detención.

Telefoneó a Ana desde una cabina. Se cortó la comunicación dos veces y se quedó sin monedas. Fue a un estanco y compró un par de paquetes de cigarrillos y una tarjeta. Localizó con dificultades otra cabina y, finalmente, tras introducir la tarjeta, esta vez sin interrupciones, pudo hablar largo y tendido. Ana, como suponía Tomás, demostró inquietud. No estaba de acuerdo con ellos. En su opinión, Tomás se buscaba problemas serios. Le preguntó cómo encontrarlo. Mario dudó y al final admitió que estaba en la cárcel visitando a Pomés. Ana se despidió apresuradamente y le agradeció su llamada.

Mario colgó con la convicción de haberse equivocado. Tendría que haber obviado el encargo de Tomás y abstenerse de hablar con Ana. Ana intentaría disuadirlo. Si Ana ponía en juego todo su poder de convicción, Tomás se echaría atrás. Paró en un bar a tomarse una cerveza. A través de los vidrios sucios de la ventana contempló cómo el día moría súbitamente, en una rápida agonía otoñal. El sol, sin suplicatorios, fue sustituido por la noche y las sombras se adueñaron de la avenida. Los coches comenzaron a circular con las luces encendidas y los transeúntes se abrigaron con cazadoras y chaquetones. Los contó porque no tenía otra cosa que hacer. En el intervalo de cinco minutos pasaron cuatro personas ante su ventana. Pocos y solos, caminaban de prisa, la mirada absorta en sus zapatos, con ganas de regresar a sus casas. Morían como el día, desaparecían del asfalto y abandonaban las calles a su suerte.

Salió del bar y comprobó su reloj. Disponía de veinte minutos. Se preguntó si esas dos horas que había permanecido fuera de casa le habrían servido para librarse de la justicia.

Preguntó en la recepción del hotel sobre la rueda de prensa. El conserje, un hombre de unos cincuenta años con dentadura de oro, le indicó la sala Isis en el primer piso. Subió y echó un vistazo. Sólo había dos periodistas sentados, un hombre y una mujer que tomaban una copa y charlaban con expresión grave. Discutían. La mujer dirigió la vista hacia él. Tendría unos treinta años, vestía americana y pantalón de cheviot sobre una camisa cruda que se adivinaba de seda. Tenía los ojos verdes y una sonrisa bonita. Era atractiva y se le quedó mirando con descaro. Mario adivinó, en la manera de dejar a su compañero con la palabra en la boca, que tenía ganas de entablar conversación con él. En otra ocasión no hubiera dudado un instante, pero dio media vuelta y decidió esperar a Tomás en la calle. Al bajar se cruzó con otro periodista y un fotógrafo. La prensa respondía. Faltaban aún diez minutos. Salió al *hall* y se divirtió localizando otros periodistas. Algunos eran muy jóvenes. Eso significaba que la noticia, de momento, no tenía la trascendencia suficiente como para atraer a pesos pesados de la información. La periodista de los ojos verdes pasó junto a él, se detuvo, dudó y finalmente salió a la calle. Caminaba nerviosamente de un lado a otro y consultaba su reloj de pulsera. Evidentemente esperaba a alguien. Tal vez a su fotógrafo.

Mario encendió un cigarrillo y oteó los taxis creyendo que Tomás acudiría en taxi.

Se equivocó. Pocos minutos antes de las ocho distinguió sin muchos esfuerzos dos figuras que caminaban por la acera contraria a la del hotel. Habían salido de una cafetería. Avanzaron un par de metros y se detuvieron ante una vistosa tienda de electrodomésticos con una gran nevera pintada en su fachada. Bajo las luces de neón Tomás y Ana se besaron en la mejilla y Ana comenzó a caminar en dirección contraria. Tomás la siguió con la mirada sin moverse. Mario respiró. Ana lo había intentado, pero no se había salido con la suya. Un coche que circulaba lentamente se aproximó a Tomás y frenó junto a él. Sólo oyó un sonido opaco que no relacionó con la súbita caída de Tomás, que parecía haber tropezado contra un adoquín. El coche se alejó. Un hombre vestido con un guardapolvos azul salió de la tienda de electrodomésticos y se arrodilló sobre Tomás. Gesticuló con las manos y gritó. Ana se detuvo en seco, dio media vuelta y corrió hacia él. Entonces lo comprendió. Habían disparado a Tomás.

Ana tenía la cabeza de Tomás en su regazo y sostenía su muñeca. Mario supo, nada más verlo, que estaba muerto. La sangre manaba en abundancia de su sien. Le habían disparado a poca distancia, casi a bocajarro, y Ana, obstinada y ciega a la evidencia, se empeñaba en buscar su pulso. No quería admitir que estaba muerto. A

su alrededor se arremolinó un corro de curiosos. El hombre que le había asistido al caer estaba muy alterado y explicaba a gritos cómo vio nítidamente la pistola que asomaba por la ventanilla del acompañante del conductor. La sostenía un hombre joven. Mario obligó a Ana a soltarle la muñeca y cerró los ojos abiertos de Tomás. Pasó la palma de su mano suavemente sobre sus párpados y Tomás perdió su aire aniñado, de asombro, con que le sorprendió la bala. Un policía municipal se abrió paso entre la multitud y llegó hasta ellos. Mario se identificó como médico y testificó su muerte. El municipal rogó a Ana que dejara el cuerpo en el suelo y pidió una manta. Ana se levantó con el vestido, de un azul pálido, empapado en sangre. Estaba pálida, muy pálida, y miraba, ora a Tomás, ora a Mario. Llegaron los periodistas del hotel Presidente y se oyeron las sirenas de la policía. Pronto el caos y el torbellino de los flashes los aturdió. Mario oía la voz exasperada del hombre del guardapolvos azul explicar a los periodistas cómo lo había visto todo a través de su escaparate. Tomás cayó doblándose sobre sí mismo y cuando llegó aún movía los labios. La dueña de la cafetería, llorosa, acudió con una manta, pero los periodistas no dejaron que cubriera la cara ensangrentada de Tomás. Mario arrancó la manta de las manos de la mujer, se arrodilló sobre su amigo y lo tapó con cuidado, temeroso de lastimarlo o de despertarlo de un sueño profundo, fijándose en que la manta quedase sin arrugas, obsesionado, repentinamente, en la formalidad de ese acto sin importancia. Quedó junto a él, agazapado, protegiendo el cuerpo sin vida de Tomás con su propio cuerpo, privándolo de las miradas obscenas, de la curiosidad insaciable de las cámaras. Buscó a Ana, pero sólo vio rostros congestionados y gesticulantes. Había llegado la policía y el municipal hablaba con ellos. Se levantó con cuidado y se retiró intentando esquivar las preguntas con que le acosaban. Sabían que era médico y le interrogaban desordenadamente sobre el muerto, le preguntaron por la trayectoria de la bala y hasta inquirieron sobre si había sentido dolor. Mario se negó a hablar y, al darles la espalda, vio a la mujer de los ojos verdes contemplando la escena desde la distancia. No se había acercado al cadáver y sostenía la libreta y el bolígrafo con la mano agarrotada, sin anotar nada. No acababa de creerse que el anodino personaje que los había convocado a la rueda de prensa hubiese muerto ante sus ojos. Leyó en su expresión la misma rabia que sentía él. La periodista apretó las mandíbulas y torció la cabeza. Su perfil se dibujó bajo la tenue luz de la farola contra la que se apoyaba y Mario vio brillar en su lóbulo un pequeño pendiente. Estaba cerca y distinguió la forma de un delfín. Recordó el que hallara en el piso de Tomás y entendió rápidamente que esa mujer le conocía, que quizá fueran viejos amigos o amantes. Intentó acercarse a ella, pero la policía se interpuso. Se habían abierto paso a empujones y estaban acordonando la zona. La bella desconocida fue obligada a alejarse y Mario la vio perderse entre la multitud. Se perdió con su delfín de oro, con su recuerdo de Tomás, con su secreto.

Le pidieron la documentación y le conminaron a que se esperase para identificar al fiambre. Debían esperar la llegada del juez para el levantamiento del cadáver.

Mario ni tan sólo encendió un cigarrillo. No contó las horas, perdió la noción del tiempo y del espacio. Estuvo en comisaría, en el hospital y fue requerido en múltiples ocasiones hablando sin saber lo que decía. Su consciencia yacía en la esquina donde se agachó sobre el cuerpo sin vida de su amigo. Presenció impávido la autopsia y certificó la muerte de Tomás por enésima vez en esa noche. Una vez en la calle, siglos después de que encendiera su último cigarrillo y viese caer a Tomás sobre los adoquines, se dirigió cansinamente hacia el piso de su amigo. Subió los escalones de dos en dos y tanteó en busca de la llave que Tomás ocultaba bajo la maceta de hortensias. Estaba allí, pero en la cerradura notó algo extraño. La puerta estaba cerrada de golpe, cosa que Tomás no hacía nunca. Su amigo tenía el hábito de dar un par de vueltas de llave, lo sabía por experiencia. Entró con cuidado y, desde el pasillo, se percató de que había luz en la cocina. Caminó sigilosamente y abrió la puerta de la cocina por sorpresa. No había nadie. Llamó a *Gilda*, pero *Gilda* no acudió a frotarse, ronroneando, contra sus piernas. Silbó de nuevo sin éxito y aspiró un perfume de mujer. Una fragancia reciente, intensa, desconocida... o no tan desconocida. No podría decir dónde ni cuándo había olido anteriormente esa esencia. ¿Jazmín? Intuyó que alguien había visitado la casa antes que él. En el despacho de Tomás encendió su ordenador y entró en su archivo personal, pero no pudo abrir los documentos sin su clave. Tomás jamás le había hecho confianza de su clave. Halló los disquetes desordenados, en un desbarajuste inusual. Buscó entre ellos esperando encontrar las siglas que buscaba, pero le pareció una tarea difícil. Cogió una bolsa de plástico y los introdujo dentro, de cualquier manera. Apagó las luces y llamó de nuevo a *Gilda*. La gatita no apareció y Mario tuvo que desistir. Cerró la puerta con suavidad, se guardó la llave en el bolsillo y bajó la escalera sin llamar la atención. No se cruzó con ningún vecino. Salió a la calle, respiró profundamente y paró un taxi.

Entró en su apartamento y dejó la bolsa de los disquetes sobre el mármol de la cocina. Buscó en la nevera y abrió una cerveza. Intentó recordar dónde había dejado sus ansiolíticos. Sólo deseaba dormir, dormir y olvidar lo que había visto. Oyó el timbre de la puerta. Una vez, dos, creyó que sería Rosi y no acudió, pero el timbre sonó una vez más y otra. Finalmente se dirigió a la puerta y espío por la mirilla. Abrió inmediatamente. Era Ana, con su vestido azul manchado de sangre reseca, de un color pardo. Tenía la cara desencajada y los ojos enrojecidos. Mario dejó caer su cerveza, sin importarle que el vidrio se rompiera en mil pedazos, y la abrazó. La abrazó con todas sus fuerzas. Cerró la puerta tras ellos y quedó en pie con Ana, temblorosa, sollozando contra su pecho. Notó cómo las lágrimas de Ana empapaban su camisa y acarició su cabello con las manos. La meció como a una niña, conmovido por su llanto. Él no había llorado, no había podido llorar, pero Ana le hacía sentir su dolor con toda la intensidad que se negó a lo largo de esas horas eternas que le habían separado de la realidad. Había vivido un sueño y ahora bajaba a los infiernos con su amor entre los brazos. Ana no hablaba, sólo lloraba, gimoteaba y señalaba su vestido azul manchado con la sangre de Tomás. Señalaba sus manos oscuras y sus mejillas

tintadas. Estaba cubierta de sangre. Mario la dejó unos instantes sentada en el sofá, fue hasta el baño y abrió el grifo de la bañera. La tomó en brazos y la levantó en vilo. La estiró sobre su cama y le quitó los zapatos, el vestido, desabrochó su sujetador e hizo resbalar sus bragas piernas abajo. Ana no hablaba, sollozaba y se ahogaba en llanto. La llevó al baño, desnuda, y la sumergió en el agua tibia. La enjabonó y frotó su piel con la esponja. Lavó sus cabellos y los aclaró con agua. La puso en pie, la secó, la abrigó con su albornoz y la acostó en su cama. Preparó una tila y disolvió un tranquilizante dentro. La obligó a tomársela toda, aunque ella apenas podía beber y se atragantaba con sus lágrimas. Acarició de nuevo sus cabellos y se estiró junto a ella tarareando una cancioncilla que su abuela le cantaba de niño. Notó cómo sus convulsiones se apaciguaban y su respiración se iba acompasando. Al cabo de un rato supo que estaba dormida. No se movió. Dejó que su cabeza continuara sobre su pecho y la contempló durante largo rato. Ana estaba junto a él, desvalida, rota. Ana, sin su coraza de fortaleza, se había derrumbado y se había abandonado. Él la había lavado, la había vestido, la había arropado, la había acunado como a una niña y era feliz por tenerla entre sus brazos. No podía creer que, a pesar del dolor por la muerte de Tomás, fuera capaz de sentir felicidad. Se avergonzó y cerró los ojos para no verla, para no amarla y traicionar el recuerdo de su amigo.

Despertó mucho más tarde. Ana ya no estaba entre sus brazos, no sentía el peso de su cuerpo ni su calor, pero aún estaba impregnado de ella. Abrió los ojos. A pocos centímetros de su cara Ana le sonreía. Mario levantó su mano y acarició suavemente su mejilla para cerciorarse de que no era un sueño. Ana tembló con el contacto de su piel y se acercó lentamente hasta que sus labios se encontraron. Mario creyó que Ana se desvanecería como una ilusión, pero su boca era húmeda, caliente. Ana estaba viva. La aferró con fuerza y la atrajo hacia sí, temeroso de perderla.

CAPÍTULO 11

Gilda no se extrañó de su nueva casa. No supe resistirme a su ronroneo afectuoso y la llevé conmigo. Quizá cometí una imprudencia, pero Sergio se encariñó con ella nada más verla. Fue un amor a primera vista. Sergio estrujó a la gata, dando gritos de alegría, y luego me besuqueó llamándome mamá buena, convencido de que le había comprado ese regalo pensando en él. *Gilda* parecía contenta. Le dimos arroz con leche, le buscamos una pelota de goma para sus juegos y, cuando preparé una manta en el suelo para que se acomodara, Sergio cogió una pataleta de las suyas porque quería que durmiera en su cama. No tenía ánimos para discutir y accedí. En cuanto el niño cerró los ojos la gatita se escabulló silenciosamente de su habitación. La sorprendí maullando ante la puerta cerrada de la terraza y la dejé salir creyendo que se escaparía, pero era demasiado joven o demasiado miedosa. Estaba en celo y, sin embargo, no se atrevía a adentrarse en la noche. El gemido de la gata me inquietó. Era como el lloro de un niño. Yo no conseguía dormir por más que lo intentara, me era imposible olvidar todo lo sucedido. Debía tomar una decisión sin acobardarme. Pero yo era como *Gilda*. Había aullado y sacado las uñas en muchas ocasiones, pero siempre desde mi terraza, sin atreverme a dar el paso en falso hacia la oscuridad.

La muerte siempre me había atemorizado, y esa tarde la vi tan cerca que me rozó con su mano fría. Podía ver la cara ensangrentada de Tomás y también podía oír aún sus palabras afectuosas. Me repetía que Tomás estaba muerto y que los muertos no hablan. Era inútil. Él no sabía mi nombre y yo me hacía llamar Ester. Pronunciaba Ester con dulzura, silabeando la ese, matizando las es. Era un hombre tierno y sin malicia. Cuando me hablaba de Pomés y de sus proyectos para reducir su pena se le iluminaba la mirada. Una tarde me susurró que tenía unas informaciones que comprometían a un cargo de la administración. Me dijo que quería canjearlas por la libertad de Pomés. Yo me mostré cauta y le previne contra la improvisación. Militar era ante todo obediencia y silencio. Yo fui quien le obligó a acatar las órdenes de la organización y a no actuar por su cuenta y riesgo. ¿Por qué yo? ¿No había más mujeres en la ciudad que pudiesen servir como enlaces sin despertar sospechas? ¿Por qué tuve que ser yo quien elaborara su informe, me citara con él en los parques, le permitiera coger a mi hijo en sus brazos, inocentemente, mientras le aleccionaba sobre normas de seguridad y le encargaba tareas delicadas? No, no fue premeditado. No podía serlo porque en ese caso la organización me habría utilizado. Ellos sí sabían que yo era la esposa de Darío y les interesaba mi relación con determinados círculos políticos. Me tenían por un buen topo, una baza a jugar. Ellos no contaron con el azar.

Yo tampoco, ni Tomás, ni Pomés... nadie sabía que esa información sobre Darío acabaría en mis manos y que yo, la madre de su hijo, tendría la potestad de decidir su suerte. Era una broma. Una broma macabra.

Siempre creí que Darío era imbatible hasta que lo vi caer bajo el efecto del primer puñetazo. Darío sorteaba todos los escollos y se ponía a salvo de las pedradas que siempre iban a parar sobre las cabezas de los demás, pero no pudo esquivar el puño de ese médico. Darío no fue el único sorprendido. Saavedra, que estaba muy cerca, quedó hipnotizado siguiendo la trayectoria del brazo sin poderse creer que de verdad llegase hasta el final de su recorrido. Pero el médico tenía puntería, buena puntería. Me crucé con él al salir del ascensor y me fijé en su forma de caminar decidida, resuelta a algo. Quedé intrigada. Me giré y le vi abrir la puerta de la sala de juntas que yo acababa de abandonar. Entró sin llamar con los nudillos ni pedir permiso. Se avecinaba tormenta, podía sentir la electricidad que las suelas del médico habían dejado en la moqueta del pasillo. Dejé que se fuera el ascensor por pura curiosidad. Al poco oí los gritos y, silenciosamente, casi de puntillas, me asomé por la puerta entreabierta y lo vi y lo oí todo sin que ellos se fijaran en mi presencia.

El médico era más alto que Darío, el rostro anguloso y el cabello castaño. A pesar de ser delgado y poco musculoso, era fuerte, de complexión huesuda. Me fijé en las venas de su sien, hinchadas y en tensión, como sus mandíbulas, que chasqueaba de puro nervio. Yo acababa de discutir con Darío. Fue una disputa fría, más fría de lo habitual, pero no por eso diferente de las muchas que manteníamos constantemente. Ya no nos importaba manifestar nuestras diferencias en público. Darío pretendía que dejara mi trabajo para podemos trasladar los tres a la capital. Quería cambiar su residencia para estar más cerca del ministerio. Yo no estaba dispuesta a abandonar la televisión ni a hacer las maletas para seguirle. Le planteé que no pensaba moverme y que él hiciese lo que le conviniese sin contar ni conmigo ni con el niño. No me afectaba que viviese en otra ciudad, pero tampoco le prohibí que me visitase cuando le apeteciera, como a una querida. No temía estar sola. A decir verdad, casi lo deseaba. Su presencia cada vez se hacía más difícil de compaginar con mi vida, con mi secreto, con mi hijo...

Darío, conmigo, no se ponía nervioso ni perdía la compostura, no bajaba la cabeza ni pedía perdón, pero ese médico le pegó y sintió miedo. Lo leí en sus ojos. Estaba asustado y desconcertado. Hubiera podido intervenir pero no lo hice. Me quedé quieta contemplando cómo por primera vez Darío perdía los papeles y se tapaba la cara con la mano para protegerse de algo inesperado. No quise entrar ni actuar y simplemente llamé a una ambulancia desde el teléfono de conserjería. Estaba indignada. Tomás no me había dicho nada sobre su despido y yo me acababa de enterar, por boca de un desconocido, que Darío había firmado la reconversión de su plaza. Esperé en la calle la llegada de la ambulancia e indiqué al conductor dónde

debía aparcar. Aguardé dentro a que los camilleros bajaran a Darío y lo acomodaran. Con él entró Saavedra, que se quedó sorprendido al verme. Quería denunciar la agresión del médico y me mostró el papel donde él mismo había anotado su nombre y su dirección. Le exigí que me lo entregara y le dije que yo me ocuparía de todo. Fui tajante. Saavedra y yo no nos tragábamos, pero aunque presenciara nuestras disputas matrimoniales sabía que era la esposa de su jefe. Era un hombre de lealtades y de mandos. Se retiró y le pedí que callase con el argumento de que el incidente podía perjudicar la reputación de mi marido. Si un político era agredido, nadie se compadecía de él y la prensa y la opinión pública tendían a creer en su culpabilidad. Algo habría hecho para que le pegasen... Lo entendió o, como mínimo, fingió que lo entendía. Sobre todo captó que le estaba ordenando que no se inmiscuyese y que Darío decidiría por él mismo. Acompañé a Darío hasta el hospital Santrec, registré su ingreso y me entrevisté personalmente con Dato, su director. Le expliqué, improvisando, que Darío se había peleado con un médico de su hospital por una cuestión de faldas. Al parecer, el médico le acusaba de entenderse con una enfermera. Lo dije con aplomo, sin rubor, y le pedí discreción. Le confesé que Darío tenía flacas que yo le perdonaba y que podrían perjudicar su carrera política. No era necesario poner ninguna denuncia ni airear el asunto. La prensa amarilla caería sobre él y yo, naturalmente, también me vería involucrada. Me creyó a pies juntillas y me compadeció. Mi gesto le pareció insólito y hasta se permitió alguna galantería conmigo. Le pedí que no lo hablase con nadie y fingí un lloro que acabó de ablandarlo. Luego me acompañó hasta la habitación donde atendían a Darío y me dejó a solas con él.

Tenía la nariz hinchada y fracturada. Le dolía y se quejaba, pero no me daba ninguna pena. Había echado a Tomás del hospital, quizás porque se había enterado de la investigación sobre el Erzorium, o había llegado a sus oídos algún rumor de sus simpatías con Pomés o sus posibles contactos con las McLoppainer. Me pareció mezquino. Pequeño y mezquino. Le hablé con desprecio y le repetí lo mismo que había dicho a Saavedra. Si denunciaba al médico perdería su respetabilidad... Darío calló. Le hablé de ese tal Tomás, el motivo de la disputa, y le interrogué. Apenas me contestó. Aún estaba aturdido. Yo, en cambio, notaba mi agresividad a flor de piel. Ver a Darío postrado, lloriqueando como un niño, en lugar de entermecerme me irritaba. Parecía un guiñapo y yo me preguntaba por qué razón convivía con un guiñapo incapaz de encajar los golpes de frente. La crueldad es un sentimiento que nos sorprende siempre por inesperado. Me había preguntado infinidad de veces, al redactar crónicas de guerra, quién protagonizaba esas escenas de mutilaciones y ejecuciones a sangre fría. Y de pronto yo me sentía tan fuerte como si hubiera tenido un arma en la mano apuntando a Darío y comprendí que era tan simple como eso.

El puñetazo de aquel médico y la sangre de Darío me habían envalentonado. Le dije que no le quería. Darío no se defendió. Calló y me miró apenado. No le conocía esa expresión de perro apaleado, perdido y sin amo. Me miraba sin creer lo que yo le

estaba diciendo. No podía entender que no le quisiese. Era tan engreído que nunca había barajado la posibilidad de que no le amase. Entonces supe que había llegado al Darío que siempre se preservaba y que, sin pretenderlo, había acertado con su talón de Aquiles. Adiviné que aún estaba enamorado de mí. Sólo balbuceó unas palabras. «Alicia, yo sí te quiero.» No mentía, no mandaba, no imponía, no jugaba conmigo. Era sincero y su sinceridad me desconcertó. Le temblaba la mandíbula y estaba a punto de echarse a llorar. Yo no quería retractarme, pero me fallaba el coraje que tenía momentos antes. Me había desarmado.

El médico se llamaba Mario Serna y recordé que Darío, en alguna ocasión, me había hablado de él con antipatía. Tenía su dirección y su teléfono, pero no le llamé para no levantar sospechas. De los años de militancia como cuadro de apoyo logístico en las McLoppainer aprendí la cautela. Una llamada de teléfono a Mario o una cita con él a hurtadillas para comunicarle que nadie le denunciaría hubiera sido un paso en falso y, más que eso, una solemne tontería. Mientras enviaba un mensaje en clave al correo electrónico de Tomás, citándole en la cafetería de unos grandes almacenes, pensaba en Mario. No podía ser, y sin embargo sentía una comezón extraña que me proponía un juego arriesgado. Fantaseaba sobre presentarme de improviso en su casa «Hola, Mario, no me conoces, pero...» Estrujaba el papel arrugado donde había escrito su nombre y yo misma me convencía de que era una estupidez.

Tomás se presentó puntual. Entró en la cafetería con aire despistado, llevando en su mano una bolsa de los grandes almacenes que contenía un par de calcetines y una corbata. Había hecho una compra, como yo le indiqué, y respondió a mi señal acercándose a saludarme afectuosamente como si nuestro encuentro hubiera sido casual. Le invité a sentarse conmigo y el niño y pidió una menta poleo. Primero le reñí por no haberme informado sobre su despido. Tenía un contacto de emergencia que podría haber utilizado. Hablé en nombre de las McLoppainer cuando en realidad la cita y mi interés por su caso respondían solamente a mi curiosidad. Era cierto que la organización exigía que el currículum de sus allegados ofreciese las menores sospechas posibles, pero ése no era el motivo de que yo estuviese actuando por mi cuenta y riesgo. Estaba haciendo un pulso con Darío.

Tomás y yo nos habíamos visto a menudo durante los últimos dos meses y todo había ido sobre ruedas. Tomás había recabado algunos datos que yo le pedí y me había proporcionado toda la información sobre el Erzorium para que se ocupasen del caso en Zaragoza. La investigación sobre el Erzorium seguía su curso y pronto obtendríamos resultados, y Tomás aprendía rápidamente las normas de seguridad que yo me encargaba de inculcarle. Posiblemente dentro de poco se integraría en un comando operativo y dejaríamos de vernos.

La cafetería de los almacenes estaba en la octava planta de un gran edificio levantado en el centro de la ciudad. Diariamente pasaban por sus mesas miles de

personas. Tomás, que en un principio se sorprendió de que nuestras citas fueran en lugares concurridos, ya se había acostumbrado a sentirse arropado en el anonimato de las muchedumbres. En pocas palabras le resumí lo que sabía sobre la pelea entre Mario y Darío. Le impresioné. Creyó que la organización disponía de infiltrados en la Fundación. En ningún momento se le pasó por la cabeza que yo tuviera nada que ver con Darío. Le interrogué sobre Mario y se extendió en elogios sinceros. Le pregunté sobre su vida privada, sobre su profesionalidad, sobre sus amoríos y sobre todo lo que se me ocurrió en aquel momento. Tomás creyó que la organización tenía algún interés en él y se alegró, pero me hizo la confidencia de que Mario era un escéptico individualista. Le corregí. Se había pegado por un amigo. Tomás se rascó cómicamente la cabeza y Sergio le imitó. Nos dimos cuenta de que estaba chupando la corbata nueva de Tomás y de que, mientras charlábamos, había intentado ponerse sus calcetines. Nos reímos. Éramos casi viejos amigos y supongo que por eso se atrevió a explicármelo todo. Pidió otra menta y me dijo, con voz más queda, que tenía informaciones comprometedoras sobre los Laboratorios Losón. El posible escándalo del Erzorium no era nada comparado con lo que había encontrado. La punta de un iceberg repleto de mierda que comprometía a conocidos industriales y a cargos políticos. Darío, sin ir más lejos, estaba con la soga al cuello. Se me heló la sonrisa en los labios y me quedé fría. Él notó mi intranquilidad y calló creyendo que había visto a alguien conocido. Vacilé unos instantes y él malinterpretó mi desazón.

—Te lo explicaré con más calma en otro momento. Aunque creo que tengo que tomar una decisión pronto.

Le ordené que no hiciese nada sin consultármelo y casi le agradecí que se marchara. Aquella noche sufrí insomnio. Darío continuaba en el hospital, estaba casi restablecido pero le convenía descansar y yo no quería que volviera a casa porque necesitaba un par de días de reflexión para decidir sobre mi traslado a la capital. En el hospital todo había sido extraño y demasiado brusco. Los dos sentimos miedo sin confesárnoslo.

Todavía ahora no sé de dónde saqué la sangre fría necesaria para visitar a Pomés en la cárcel y pedirle la clave del ordenador de Tomás. Había presenciado el primer asesinato de mi vida y nada ni nadie lo borraría de mi memoria. Actué como hubiera hecho ante un bombardeo. Me crecí, me olvidé del muerto y pensé con una claridad tan diáfana que me asombraría mucho tiempo después. Me planteé la situación como un problema de álgebra y establecí ordenadamente todos los pasos que debía efectuar para llegar hasta la resolución. Encontré la llave del piso de Tomás bajo la maceta de hortensias, hallé sin dificultades el disquete de seguridad en la caja que me había descrito Pomés, teclé la clave sin que me fallara el pulso y borré el subdirectorío Losón de su archivo. No me vio nadie, pero *Gilda* me siguió hasta la escalera. Se frotaba contra mis piernas y ronroneaba cariñosa. Me compadecí de ella. Guardé el

disquete en mi bolso y la tomé en mis brazos acariciándole el lomo con dulzura y susurrando todo lo que hubiera deseado decirle a Tomás. ¿Por qué hacía todo eso? ¿Por la organización? ¿Por Darío? ¿Por mí misma? Y de nuevo Mario. Mario llegó poco después de que yo cerrara la puerta. En lugar de bajar la escalera subí un piso y me agazapé en las sombras del rellano. Esperé a que entrara y bajé rápidamente con *Gilda* en mis brazos. Las dos temblábamos, pero afortunadamente no nos vio.

Mario Serna era un desconocido para mí hasta que su puño fue a chocar contra el mentón de Darío. Desde aquel instante se había cruzado tres veces más en mi vida. Jamás habíamos intercambiado una palabra, pero yo le conocía. Cada nuevo encuentro lo ratificaba, como cuando le sonreí, inconscientemente, en la sala del hotel. Estaba discutiendo con Gomá acaloradamente. Hacía tan sólo dos horas que, al llegar a la redacción, había encontrado un comunicado en mi mesa con el aviso de que debía acudir al hotel Presidente. Me dijeron que no me preocupase porque ya había acudido Gomá en mi lugar. Lo habría archivado sin más si no hubiese intuido un nombre conocido. Lo desdoblé con cuidado y lo leí sin respirar. No podía creerlo: un tal Tomás Millán había convocado una rueda de prensa. Me faltó tiempo para telefonar a Esteban y advertirle de lo que sucedía. Casi simultáneamente intenté localizar a Tomás sin éxito. Nadie sabía de él. Corrí hacia el hotel para interceptarlo antes de que comenzase la rueda de prensa y topé con Gomá. El muy estúpido creyó que quería desbancarlo de la noticia. Estaba muy cabreada y en aquel preciso momento se abrió la puerta y apareció Mario. Me miró y yo le sonreí. Dejé a Gomá con la palabra en la boca e hice el gesto de acercarme a él para hablarle. ¡Qué idiota! Él no me conocía y, simplemente dio media vuelta y salió de la sala. Gomá aprovechó mi desconcierto soltándome una perorata sobre las prioridades informativas y no sé qué gilipolleces. Le hubiera dado un par de bofetadas. Bajé de nuevo la escalera y salí al *hall*, que ya comenzaba a estar animado. ¿Por qué demonios Tomás había convocado esa rueda de prensa? ¿Qué información se suponía que iba a dar sobre Laboratorios Losón? ¿Tenía que ver con lo que me había susurrado en los almacenes sobre Darío? No tenía ningún sentido. Si había descubierto algún escándalo tendría que habérselo comunicado a nosotros. Le había dejado claro desde el principio que la militancia implicaba delegar las iniciativas ¿No se daba cuenta de que nos comprometía, de que se comprometía a él? Me mordí las uñas con desesperación... se suponía que yo le había enseñado las normas de la organización, yo era la responsable de su seguridad, yo le había encargado dos pequeños trabajos. ¿Me habría equivocado con él? ¿Y si Tomás era un topo y esa rueda de prensa encubría algo diferente? Yo no le había dado pistas, pero los informáticos acostumbran a ser hábiles en sus deducciones. Podría haber accedido a los archivos de la organización. Pero era absurdo, ni yo misma sabía cómo hacerlo. En cuanto a mí era bien sencillo, con un retrato robot y unos pocos detalles habría suficiente. Lo del nombre era

superfluo. Estaba mareada de tanto darle vueltas a la cabeza. Salí a la calle. Tan pronto como lo viera llegar le impediría entrar. Esa rueda de prensa era una locura, un suicidio. Caminaba nerviosa de un lado a otro y miraba a lo lejos. Mario también estaba fuera. Se me ocurrió que quizás estaba esperando lo mismo que yo. Quizás también quería interceptarlo.

Fue una pistola la que hizo callar a Tomás. Unos segundos después sólo era un cadáver, un muerto. No quise mirarlo, pero descubrí que Mario me había reconocido y supo que yo sabía sobre él y sobre Tomás. Me escabullí entre la multitud y tomé una determinación. Estaba muy claro. De pronto todo era claro... todo era posible, sólo cabía encajar las piezas del puzle.

Esa noche, mientras *Gilda* aullaba en la terraza sin atreverse a enfrentarse a la oscuridad, decidí que esos documentos que acusaban al padre de mi hijo no saldrían nunca a la luz.

Abracé a *Gilda* y lloré como no lloraba desde que murió mi hermano Toni.

CAPÍTULO 12

Su tiempo con Ana estaba sentenciado. Desde el principio, Mario intuyó que no podría durar, y que cualquier mañana despertaría de su duermevela sabiendo que la había soñado y que su aparición fantasmagórica la noche de la muerte de Tomás, con su vestido teñido de sangre y su mirada extraviada, era una invención. Sus besos, sus abrazos, su cuerpo formaban parte de un bello sueño de amor tejido de fantasías y deseos que él mismo alimentó a lo largo de meses y conjuró para que se hiciesen carne. Ana se apartó de todos y de todo y se refugió en sus brazos. Vestía su ropa, comía de sus platos, dormía en su cama y esperaba su regreso cada tarde, ansiosa por saber de él y del mundo. Pero ambos olvidaban al mundo tras la puerta que él cerraba al llegar. Descolgaban el teléfono y permanecían incomunicados, prisioneros de sus besos y caricias. Juntos construían un universo macabro, forjado por la muerte del amigo y alimentado por el temor. Ana temía por su vida y Mario temía porque dejara de temer y recuperara su fortaleza. No podía durar, cada amanecer abría los ojos y la contemplaba largas horas antes de ir al hospital que ella no volvió a pisar desde el día que murió Tomás. Mario era el único que conocía su paradero y que escondía celosamente la llave del misterio de su desaparición. Era la misma llave que guardaba en su bolsillo y que abría las puertas de la felicidad al hacerla girar en la mágica cerradura de su apartamento. Allí, resguardada en las sombras de las persianas semicerradas, le esperaba ella. Estaba a salvo, Mario era su guardián y su carcelero, su cordón umbilical, su único contacto tibio con la vida. Amaba la indefensión de Ana y la sentía maravillosamente humana en su resignada dependencia de la pasión que la dominaba. Y en cambio no podía negar que había tristeza en su felicidad, una tristeza exigua, pasajera, que moteaba las pupilas doradas de Ana cuando miraba al infinito a través de las lamas de las persianas abatidas. Su tristeza pugnaba por huir a horcajadas de los resquicios de luz. En una ocasión se miraron en silencio y los dos supieron, sin necesidad de palabras, que eran cómplices de un amor culpable.

Mario no se planteó comprenderla ni esclarecer la muerte del amigo, no se planteó nada excepto retenerla y detener el tiempo para permanecer eternamente a su lado. Fue un iluso al creer que sabía y aceptaba que tarde o temprano algo sucedería porque, razonablemente, Ana no podía continuar escondiéndose del miedo. Y así fue. Una tarde, Ana no le esperaba. Pero cuando sucedió, cuando Ana se marchó tan sorprendentemente como había llegado, tampoco lo creyó.

Ana se fue poco después de que se publicara la noticia sobre el escándalo del Erzorium y la decisión de retirar el medicamento del mercado, pero Tomás murió antes de conocerla. Siempre existía un antes y un después. El día en que Mario subió al avión para reunirse con Ana comenzó su después con la esperanza de alcanzar el antes. Contempló el océano desde la ventanilla del viejo Boeing y vino a su memoria la leyenda de los atlantes, misteriosos moradores de una tierra mítica engullida por las aguas. No dejaría que el olvido engullese el recuerdo de Ana. Surcaba los cielos para volver a abrazarla y convencerse de que no la inventó. Volaba por ese beso prometido a través del hilo telefónico. Volaba sin querer saber lo que no se atrevió a preguntar y evitaba descubrir. No le impulsaba la curiosidad de saber quién era ella, únicamente deseaba su beso. El beso de Ana.

EL SUR

La miseria y la extrema miseria del Sur se considera como producto de una crisis económica global que afecta a esa región del mundo de modo *natural* (...) La explotación de los pueblos y los trabajadores del Sur por las empresas del Norte y sus asociadas nativas, es un fenómeno que no se ve y que por *invisible* no se puede asociar con ningún otro.

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA y SAMIR AMIN

CAPÍTULO 13

Benedetto, el líder de las guerrillas McLoppainer, sería finalmente extraditado y juzgado en Italia, su país de origen. Había sido detenido ocho meses antes en territorio mauritano, cuando su *jeep* se extravió en el desierto y cruzó la frontera argelina. Tras largas negociaciones, el gobierno mauritano había conseguido obtener un buen precio por su rehén y había accedido a la firma del tratado de extradición. La Unión Europea estaba dispuesta a pagar caro porque le interesaba a toda costa descabezar las guerrillas, sospechando que no tenían recambios para sustituir a Benedetto.

Mario, durante el vuelo al archipiélago, acabó por aburrirse de leer la misma noticia contada de mil formas diferentes y de bucear en crónicas sentimentales sobre la infancia de Benedetto y la trágica muerte de su hijo.

Aterrizó en el aeropuerto de Gran Canaria a eso de las once de la mañana, atrasó una hora su reloj, tomó un autobús a Las Palmas y se apeó en la plaza San Telmo. Allí detuvo un taxi y se dirigió inmediatamente al consulado mauritano sin tan siquiera pasar por el hotel a dejar su equipaje. Tenía prisa por reunirse con Ana y le molestaban los engorros burocráticos, los trámites, los vuelos, las esperas y ese intervalo de tiempo perdido entre su decisión de acudir a su llamada y el momento del encuentro. Todo había sido muy rápido y en tan sólo un par de días había dejado atrás su trabajo, su piso, su moto y los pocos amigos que aún conservaba. Reconocía que no le había costado excesivamente. Quizás esa tendencia suya a la provisionalidad, que le había acompañado desde que se fuera de la casa de los abuelos, y que le confería un halo de excentricidad, era una premonición de lo que le estaba sucediendo. Le pareció natural, lo más natural, ceder al embrujo de desaparecer. Le preguntaron si huía de algo, si le perseguía la policía o una novia furiosa, si le había tocado la lotería y se podía permitir el lujo de dejar de trabajar, y él bromeó por toda respuesta y preservó a Ana. Ana era lo único importante y Ana le necesitaba, que era más importante aún. La ansiedad de poseerla se solapaba con el placer de saber que ella le esperaba. Sin embargo, para poder estrecharla en sus brazos era necesario rellenar papeles y formularios. En el consulado le aseguraron que le concederían el visado en cuarenta y ocho horas y que sólo se requería una carta justificando el motivo del viaje, tres fotografías, el pasaje de avión a Noadheb y dinero. Redactó la carta que le pedían, dudando sobre si sería leída o era un simple

requisito, y dudando también sobre cuál sería el motivo más verosímil de su viaje. Optó por considerarse un turista y escribió una carta convencional elogiando las bellezas del país.

Ese mismo día se dirigió a las oficinas aéreas para comprar el pasaje que había reservado telefónicamente para Noadheb, su primer destino, desde donde se desplazaría en un vuelo interior hasta Ouarz, distante setecientos kilómetros desierto adentro.

Le atendió una mujer joven, vestida con una blusa negra calada, que transparentaba su ropa interior —también negra—, pendiente de las idas y venidas de su jefe, un cuarentón barrigudo y un poco grosero que la trataba con una familiaridad insolente. La chica hablaba en susurros y, mientras escribía o respondía al teléfono, vigilaba a su jefe con el rabillo del ojo, nerviosa, esperando quizás una bronca o un reproche. Sin embargo, cuando pasó junto a su mesa y le pidió una carpeta, la tomó por el hombro con una naturalidad inusual y Mario se fijó sin querer en que los dedos de su mano acariciaban torpemente su cuello. Ella respondió a su contacto con una sonrisa relajada, cómplice, y Mario entendió sin lugar a dudas que estaban liados. Desde que viajaba solo, sin hablar apenas con nadie, se fijaba en esos detalles y le entretenía adivinar los recovecos de las vidas ajenas. Cuando vivía con Ana le bastaba su propia felicidad.

Se dirigió de nuevo al consulado con su pasaje de avión dentro de un sobre, junto con las tres fotografías, el pasaporte y la carta. Cumplió con todos los requisitos con una prontitud que sorprendió al empleado. El chico recogió su sobre, anotó el nombre y el teléfono de su hotel y le aseguró que le avisaría en cuanto el visado estuviese listo.

La espera comenzó a hacersele larga a partir del segundo día. La prensa local andaba revuelta con la extradición de Benedetto. Al parecer, el avión procedente de Noachock, la capital mauritana, haría escala en el aeropuerto de Las Palmas antes de dirigirse a Roma. Le fastidió sobremanera el triunfalismo que acompañaba al acontecimiento y le trajo el recuerdo de Tomás, apasionado, vehemente, que, sin duda, se hubiera indignado por tamaña farsa. Pero Tomás estaba muerto, aunque aún no se hubiera familiarizado con la idea, y en ocasiones como esas en que su recuerdo aparecía exultante de vida y se sentaba junto a él en una cafetería para pedir una menta poleo y parloteaba amigablemente sobre Benedetto y su gata, Mario se avergonzaba y le pedía disculpas por haberlo abandonado a su suerte. Tomás lo hubiera entendido, sin duda, Tomás se hubiera alegrado de que Mario conociese el amor y se ofuscara apasionadamente por una mujer, hasta el punto de olvidar a sus amigos y eludir sus lealtades.

Quizás fue demasiado condescendiente con Ana y sus miedos, pero actuó movido por un miedo irracional a perderla. Ana le hizo prometer que se mantuviera al margen de todo, que no hablara con la policía sobre los ficheros de Tomás y sus pesquisas, que evitara comentar detalles de su relación con Tomás con nadie, por inofensivo que

pareciera, y que guardara silencio sobre ella y su paradero. Mario cumplió su promesa e hizo por Ana lo que no había hecho por ninguna otra mujer. Ana le pidió que abandonase a un amigo y lo olvidase. Y lo hizo. Asistió al entierro de Tomás y dio el pésame a sus familiares. Soportó los interrogatorios de la policía sin decir ni una palabra sobre el subdirector Losón ni sobre el *report* Erzorium. Rehuyó los corrillos del hospital donde se discutía acaloradamente el tema del asesinato y se formulaban disparatadas hipótesis y eludió con evasivas las conversaciones del bar sobre la desaparición de Ana. Y lo hizo porque era al principio, cuando estrenaban su amor y todos y cada uno de los rincones del cuerpo de Ana, sus gemidos, sus suspiros, sus palabras eran un descubrimiento que ofuscaba sus sentidos. La amaba, a pesar de ignorar muchas cosas de ella, o quizás por eso.

El día que la policía lo interrogó por segunda vez le preguntaron por Ana Vila y él calló. Sin embargo, al llegar al apartamento, y antes de besarla, impaciente, a bocajarro, la puso sobre aviso de las pesquisas de la policía y de las sospechas que despertaba su desaparición. Le pidió que recapacitara, que tal vez sería conveniente salir del encierro y hablar. Ella no respondió, pero esa noche la oyó revolverse inquieta en la cama y, de madrugada, asida al embozo de la sábana, lloró dormida, con un llanto tan desgarrador que él creyó que estaba despierta. Balbuceaba nombres en una lengua extraña. Ana soñaba en una lengua ajena y sólo pudo entender dos palabras: «Tomás» y «el suizo». A la mañana siguiente, en la cocina, le explicó lo sucedido venciendo el impulso de preguntar. Ana palideció y le rogó que si volvía a tener una pesadilla la despertase. A partir de ese momento, Ana no fue la misma. O tal vez él no fuera el mismo y su curiosidad se convirtiera en un muro de preguntas no formuladas que se fue alzando poco a poco entre los dos.

El anillo fue un aviso. Ella, que no perdía nunca nada, que era una virtuosa del orden y que había ocupado su tiempo reorganizando los armarios de la casa y alineando la vajilla de la cocina por usos, por colores, por tamaños, perdió su anillo. Ana vagó durante todo un día buscando desesperadamente su anillo y asegurando que no se lo quitaba nunca, pero Mario comenzaba a conocerla y sabía que en ocasiones, cuando se ponía nerviosa, sus dedos jugueteaban con su anillo en un incesante quita y pon. Imaginó a Ana sola, sin posibilidades de hablar con nadie, paseando arriba y abajo del pasillo, con sus manos entrelazadas, sin que ella misma supiera que el anillo entraba y salía de su dedo y, finalmente, caía olvidado en algún rincón. El anillo apareció días más tarde bajo la cama y, sin duda, fue una premonición. Un mediodía Mario entró en el piso y Ana no estaba. Registró como un loco todas las habitaciones y encontró su ropa, la que él le había comprado, y encontró el libro que estaba leyendo con el punto inserto en la página de la noche anterior y su cepillo de dientes, húmedo, en el vaso de la repisa del baño, junto al dentífrico. Al cabo de unos minutos oyó abrirse la puerta y la vio entrar con las mejillas encendidas, como una niña descubierta en su travesura. Le sonrió y le confesó que había sentido el impulso de salir y pasear a plena luz del día porque estaba a punto de volverse loca mirando

desde la ventana un pedazo de cielo diminuto, siempre gris, y que se encontraba mucho mejor. Tres días después, al regresar del hospital, halló la casa vacía, sin rastro de Ana ni de sus cosas, sin una sola nota, sin un beso olvidado para mitigar su soledad. Creyó que Ana le había dejado porque no le amaba como él la amaba y no discernió que tal vez Ana no hubiera huido, sino que las tinieblas de sus silencios la hubieran atrapado para arrastrarla de nuevo a la oscuridad.

Y ahora Ana le necesitaba en Ouarz y él necesitaba a Ana para contemplarla a la luz del día, despojada de sombras y de miedos.

Tomás, sin duda, lo entendería.

Los días fueron cayendo impregnados de nostalgia e impaciencia hasta que la mañana de la partida del avión para Noadheb, cuyo billete guardaba en su cartera y llevaba siempre consigo, el cónsul aún no había firmado su visado porque, según le explicó la secretaria, lo estaba estudiando con detenimiento. El muchacho que le había atendido el primer día —con la promesa de que en cuarenta y ocho horas lo tendría todo resuelto— estaba desolado, pero eso no impidió que Mario perdiera su avión y tuviera que regresar a las oficinas aéreas mauritanas para cambiar el pasaje. Comenzó a invadirle la angustia. Sólo había dos vuelos semanales a Noadheb y eso, a partir de ese retraso, le daba un margen muy pequeño para, desde Noadheb, gestionar su vuelo hasta Ouarz. La cuenta atrás había comenzado. Ana le citó en Ouarz el día 12, pero ignoraba si aguardaría hasta el día 13 o se esfumaría y desaparecería para siempre de su vida. Ése era el gran enigma. No sabía nada de ella, no había obtenido ningún otro mensaje y no podía comunicarse con ella. La posibilidad de que algo ajeno a él y tan estúpido como un papel, un avión o un sello le impidiera abrazar a Ana le tenía fuera de sus casillas. Regresó de nuevo al consulado para presentar su nuevo pasaje y pidió entrevistarse con el cónsul, pero la secretaria se excusó y le rogó que volviese al día siguiente. Mario, harto de dilaciones y disculpas, acudió a la policía y denunció su situación. Estaba siendo injustamente tratado por el consulado mauritano a pesar de cumplir los requisitos para viajar a su país. Arguyó que era médico y que debía acudir a Ouarz para realizar su tarea. Le escucharon sin mucho interés y tomaron nota de su reclamación. Le dijeron que se pondrían en contacto con él y le recomendaron que esperase.

Paseó al atardecer por la bahía encalmada entre las palmeras mecidas por la brisa atlántica. Era una playa que otrora debió de ser hermosa, flanqueada por los acantilados negros, inquietantes. Barajó posibilidades diversas sobre el retraso de su visado y no halló ninguna explicación plausible.

Al regresar al hotel preguntó si tenía alguna llamada del consulado, con la secreta esperanza de que le hubieran concedido el visado, pero la recepcionista comprobó su ficha y negó cortésmente con un ademán.

Sufrió una decepción y decidió ducharse.

Le sacaron de la ducha unos golpes secos en la puerta y abrió medio desnudo, con la toalla ridículamente anudada en la cintura, como una gallina mojada. El policía fingió no reparar en su indumentaria y le ofreció su pasaporte con el sello del visado.

—Hemos comprobado su versión y nos ha parecido correcta. Su visado, efectivamente, estaba retenido.

Mario se atolondró. El policía le tendía su pasaporte con una cierta prepotencia y le acusaba con la mirada de ser un don nadie pecaminoso que cubría su desnudez con una toalla demasiado pequeña.

—¿Por qué motivo?

El policía hizo un gesto vago.

—Supongo que lee la prensa y se habrá enterado de lo de Benedetto.

Mario asintió.

—Antes de conceder visados a determinados países debemos saber a quién se le concede.

Mario comenzó a comprender.

—Me está hablando de las McLoppainer.

El policía masticaba las palabras.

—Usted tenía ficha policial en Barcelona. Fue interrogado por un caso de asesinato y los motivos que expuso para visitar Mauritania no eran convincentes. Dijo que iba por turismo.

Mario estaba atónito.

—Desde Barcelona nos han enviado finalmente su historial, pero otra vez sea más claro en sus peticiones de visado.

Quiso responder, pero no se le ocurrió nada.

—Gracias. Muchas gracias.

Ya con la mano en el pomo de la puerta, el policía se giró hacia él y le dio un último vistazo.

—Vaya con cuidado, las aguas están muy revueltas y más vale que sepa con quién habla y en dónde se mete.

Mario quedó en pie sobre un charco de agua, el cabello goteando, la toalla empapada y el pasaporte en la mano. De nuevo no supo qué decir.

Cuando cerró la puerta tras él, Mario respiró aliviado. El avión salía al cabo de dos días, tenía su pasaje y su visado y, de pronto, gracias a un timbre, todo volvía a ser posible. Decidió que tenía que celebrarlo. Se vistió con las mejores ropas que encontró en su armario y preguntó a la recepcionista por un buen restaurante. La chica en seguida se aprestó a recomendarle un par de ellos en la punta del espigón.

El camarero le retiró su copa de helado vacía. Había cenado opíparamente y estaba a punto de pedir un café cuando, al notar la presencia de ella, levantó rápidamente la mirada. Lo primero que distinguió fue su blusa negra, calada, la

misma que vestía el primer día que la vio, pero tenía los labios más rojos. Mario le mostró la silla, intrigado por su presencia. Era la empleada de las líneas aéreas.

—La recepcionista me ha dicho que podría encontrarte aquí.

Le sorprendió el tuteo, la familiaridad con que le abordó, el tono quedo de su voz y su mirada decidida.

—Sí, me lo ha recomendado ella misma, es un lugar excelente. ¿Quieres tomar algo?

—Un té, por favor.

Mario hizo su pedido al camarero y le ofreció un cigarrillo. Ella lo rechazó. Sacó su polvera y se pintó los labios, mirando a través de su espejillo a la pareja que tenía detrás. Cerró la polvera y dobló su cintura para acortar la distancia que los separaba. Aproximó tanto sus labios a la mejilla de Mario que lo mareó con su perfume ácido.

—Puedo conseguir tu visado para mañana.

Le dejó atónito. Se esperaba cualquier cosa menos eso. Estaba preparado para una cita, para una conversación erótica, pero no para eso. Mario enmudeció.

—En cuanto he recibido la llamada he intentado ponerte en contacto contigo, pero no estabas en el hotel. Mañana a esta misma hora...

Mario, por fin, salió de su mutismo y la interrumpió.

—Ya tengo el visado.

La sorprendida fue ella.

—¿Cómo?

—Me lo ha dado la policía esta noche.

La chica resopló.

—Pues a mí me dijeron...

—¿Quién te lo dijo?

Ella se movió incómoda en la silla y miró su reloj.

—Nada, no pasa nada. Deben de haberme informado mal.

Intentó levantarse, pero Mario la retuvo con suavidad.

—Un momento. ¿Quién te ha avisado de que tenía problemas y quién te ha dicho que me ayudases?

Ahora fue ella quien le miró asustada y se zafó de su mano.

—Por favor, déjame ir.

La soltó avergonzado, y ella, repentinamente nerviosa, se levantó con presteza, pero al recoger su bolso detuvo la vista en un hombre que cenaba solo en la terraza y volvió a sentarse. Mario no comprendió nada.

—¿Le conoces?

Ella negó con la cabeza y tamborileó con sus uñas esmaltadas sobre la mesa, presa de una inquietud contagiosa. Mario, confundido, llamó al camarero y pagó la cuenta. La chica estaba pálida. Mario se puso en pie, retiró la silla de ella, la tomó por el hombro y la besó en el cuello. Sintió bajo sus labios la rigidez de sus músculos, pero ella sonrió y le devolvió el beso. Salieron abrazados del restaurante, como una

pareja cualquiera. Mario la condujo hacia el espigón y allí, ante el comensal solitario, frente al oleaje furioso que chocaba contra la roca, la besó en los labios. Tenía un gusto dulzón, a pintura de labios y a pastillas de fresa. Ella dejó que la besara y se mantuvo erguida, abrazada a él, rodeando su cuello con sus brazos y apretando imperceptiblemente sus pezones contra su camisa. Se separaron en silencio. Mario pasó el brazo sobre su espalda y encaminó sus pasos y los de ella hacia el hotel, paseando por la playa, como una pareja discretamente normal. Ella iba callada y Mario no podía pensar en otra cosa que en la frescura de su boca de fresa. Desde que Ana desapareció no se había acostado con ninguna mujer y ese beso había sido el primero tras largas semanas de soledad. No le importaría dormir con ella una noche, sin preguntarle su nombre ni su edad. La ayudaría a olvidar a su jefe barrigudo y taciturno, probablemente un hombre casado que no la merecía. Le preguntaría por qué le había buscado para ayudarlo, quién le había dado su nombre y quién la enviaba. Se detuvieron un par de veces y comprobaron que nadie los seguía. El comensal había quedado en su mesa, saboreando su pollo e ignorante del teatro que habían representado para él. Mario retiró su brazo del hombro de la chica, pero ella buscó su mano y la apretó con fuerza. Se entretuvo fabulando sobre el color de sus pezones, que suponía grandes y oscuros como sus pupilas, pero al llegar al cruce donde se bifurcaba la calle que conducía al hotel, y antes de que pudiera invitarla a subir a su habitación, ella se desasíó de su mano y musitó un adiós ligero. Mario, desprevenido, no la retuvo y la dejó marchar, lamentando no haber sido más indiscreto, más desvergonzado.

Ella se alejó con paso rápido dejándole en la mano, aún caliente, el temblor imperceptible del miedo. ¿Quién la había llamado? ¿Era un contacto de las McLoppainer? El deseo se esfumó como por ensalmo y la certeza del peligro que corría la muchacha dio paso a la sospecha de que, efectivamente, alguien los hubiese visto.

Volvía a estar solo y contagiado de la inquietud que ella le había transmitido.

Se refugió en su habitación fingiendo tranquilidad, pero cerró la puerta con llave, escondió su pasaporte en el fondo de la maleta y pasó el día siguiente contando las horas y los minutos que faltaban para tomar el vuelo y salir hacia Mauritania.

CAPÍTULO 14

Fui al entierro de Tomás a pesar de que ellos me advirtieron de que no lo hiciera. Pedí en la redacción que me permitiesen cubrir la noticia, puesto que yo había estado presente en el momento de su asesinato y me había ocupado de la información de su rueda de prensa. Me camuflé junto al cámara y los otros reporteros que se agolpaban tras las vallas y me arrepentí en seguida. Al ver el ataúd sobrio y los rostros enlutados de sus familiares y reconocer a Mario Serna —con la cara desencajada, más delgado— supe que lo que deseaba en realidad era abrazarlos y llorar con ellos y confesarles que en el poco tiempo en que conocí a Tomás llegué a quererlo sin proponérmelo. Era de ese tipo de hombres que invitaba a la confianza y a la ternura y se hacía querer. No podría escribir ni una línea sin delatarme, sin caer necesariamente en esa ternura que él me inspiraba, y tampoco podría tachar todas las frases impregnadas de complicidad que irían surgiendo, como por ensalmo, de mis dedos en un póstumo homenaje al amigo. Nadie debía sospechar que lo conocía y si escribía mi crónica me traicionaría a mí misma, a la organización y a él en todas las palabras que evocarían el recuerdo de nuestros encuentros, emotivos, sinceros, alejados de la aparatosa rigidez de otros a los que también aleccioné y que creían formar parte de un decorado de cartón piedra. Niños y jóvenes que levantaban el cuello de su gabardina —les tenía prohibidas las gabardinas— y asistían a las citas con un diario bajo el brazo adoptando un rictus de media sonrisa de conspirador de vodevil. Estaban actuando y sus convicciones eran tan relativas y tan postizas como la comedia que protagonizaban. Tomás era franco y cuando nos encontrábamos en los parques y en los grandes almacenes nos alegrábamos de vernos, nos besábamos en la mejilla y nos tomábamos del brazo paseando con naturalidad, con tanta naturalidad que hasta cuando nos separábamos nos sentíamos extrañados de ese adiós. Bromeábamos a menudo sobre nuestra apariencia de familia convencional y él se sentía feliz. No había tenido hijos y conmigo y con Sergio formaba parte de esos cuadros entrañables de aperitivos de domingos soleados en la gran ciudad. Comíamos berberechos y olivas, chutábamos las pelotas que llegaban a nuestra mesa y reíamos cuando Sergio imitaba sus andares torpones y su risa de oso.

En el entierro lloré y me soné aparatosamente sin escribir ni una sola palabra. El cámara, durante toda la ceremonia, me iba mirando de soslayo, asombrado, un poco ofendido y sin saber a ciencia cierta qué hacía él tomando planos como un tonto mientras yo me abstecía de escribir y fingía una pena que no sentía en el entierro de un desconocido. Se me ocurrió contarle una media verdad para salir del paso. Le

confesé que tenía problemas con mi marido y que me estaba separando. Esa noche telefoneé a Gomá, le pedí disculpas por mi intromisión y le dije que la crónica era suya.

Mentí a la organización cuando me preguntaron qué sabía sobre Tomás. Les mentí a todos con un miedo irracional a destapar algo demasiado feo que ensombreciera el futuro de mi hijo y mi propio pasado y esa cuerda floja por la que estaba tambaleándome a duras penas que era mi presente.

La organización estaba muy preocupada y Jorge y Esteban me comunicaron que sería necesario un análisis a fondo de las conversaciones mantenidas con Tomás para rastrear cualquier pista que pudiese interesar a la policía y conducirla hasta nosotros. Insistieron sobre las medidas de seguridad de nuestros encuentros y me felicitaron cuando les informé —mentirosamente— de que lo primero que había hecho había sido borrar los directorios de su ordenador que pudieran comprometerlos. Ya sabían —a través de Pomés— que yo había corrido a pedirle la clave de su ordenador y la forma más rápida de acceder a su vivienda. Ellos lo sabían, pero lo que no sabían era que esos informes no habían sido borrados precipitadamente sino que los guardaba en mi poder. Me facilitaron las cosas proponiéndome un receso. Durante un tiempo no nos veríamos ni nos comunicaríamos hasta que las aguas volviesen a su cauce y la muerte de Tomás hubiera sido olvidada. Sin embargo, yo no podría olvidarla nunca porque en mis pesadillas surgiría eternamente la duda de que Darío estuviera implicado en ella.

Él estaba en el centro de mi torbellino emocional. Él, Darío, de quien Tomás me confesó inocentemente que tenía asuntos sucios entre manos. Darío, de quien desconfiaba la organización y entorpecía mi propia militancia aunque no se atreviesen a decírmelo claramente. Darío, de quien yo me escondía puerilmente, engañándole con argucias, como una niña que miente a sus padres, para que no descubriese que había tomado partido por unas ideas contrarias a las suyas y que con ese juego idiota había contribuido a mantener nuestra pareja porque en lugar de amantes secretos tenía interlocutores secretos y me citaba con ellos a hurtadillas y esa mentira emocionante me compensaba de la rutina indiferente que se había adueñado de mi vida. Darío, que me había dado un hijo sin saber que me serví de él y que luego fue demasiado tarde para comprender que era prisionera de esa contradicción. Darío, que había despedido a Tomás injustamente, desde la impunidad y la cobardía de las listas dictadas a las secretarías. Darío, a quien vi caer vencido, asustado, lloriqueándome que no le dejara y mostrándose desvalido con su nariz rota y su amor sincero por mí.

Tenía que alejarme de Darío y resolver mis dudas a solas hasta asumir que todo eso había sucedido por mi propia insensatez. Fui yo quien mezclé todos los ingredientes en un peligroso cóctel que ahora había explotado en mis propias manos. Quise jugar con todas las cartas, sin renunciar a nada y sin atreverme a afrontar decididamente que estaba confundida. Quise tener un hijo dándome a mí misma la

coartada de que lo hacía por un motivo ajeno al deseo de ser madre, quise militar en la organización sin dejar de ser la esposa de un enemigo, quise engañar a mi marido sin reconocer que no le quería. Siempre me había valido de excusas. La muerte de Tomás había puesto las cartas sobre la mesa y después de años de dilaciones me veía obligada a decidir. No postergaría por más tiempo lo que venía entreteniéndome durante siempre. Darío había sido mi gran equivocación, ¿por qué no le había dejado?

Lo intenté una vez, dos años antes de nacer Sergio. Quise enamorarme de otro hombre y tener fuerzas para abandonar a Darío, pero no me salió como yo esperaba. Surgió sin desearlo, aunque quizás yo lo deseaba sin admitirlo y lo propicié.

Un verano tórrido me vi forzada a trabajar en un documental que me obligaba a trasladarme a otra ciudad. Hice la maleta disgustada y me despedí de Darío prometiéndole que tan pronto pudiera me escabulliría de mi obligación y me reservaría unos días de vacaciones. Lo dije sinceramente, me creyó y se quedó tranquilo viéndome partir.

Él se llamaba Javier y era muy bromista. Desde el primer día se metió conmigo insistentemente, buscándome las cosquillas, criticando mis guiones y valiéndose de ese recurso un poco pueril, propio de adolescentes, de azuzar a las chicas para que se fijen en ellos. Era un realizador con sueños de director y pronto nos entendimos bien y, sin darnos cuenta, nos encontramos durmiendo en la misma cama. Fue muy fácil y me resultaba fácil trabajar con él, hacer el amor con él, ir a la playa con él y volver a ilusionarme por unas caricias y por unos besos nuevos. Me sorprendía pensando en lo fácil que sería no regresar nunca y quedarme con él y cambiar de ciudad, de piso y acabar formando parte de su mundo, que también era el mío, y escribir una película que él dirigiría y de la que hablábamos hasta altas horas de la madrugada. Todo era fácil, excepto ese gusto amargo de culpabilidad que sentía cuando Darío me telefoneaba y me preguntaba por mis apaños para conseguir mis días de vacaciones. No los llegué a pedir nunca y pasé el resto del verano con Javier, sin hacer planes ni pensar en el futuro abiertamente, saboreando la provisionalidad de ese idilio clandestino, pecaminoso, que me brindaba momentos inolvidables. No creí que fueran necesarias las palabras y abrigué la secreta esperanza de que ese romance transgresor se prolongara durante el otoño, resistiera al invierno y se instalara calladamente en mi vida abriendo las ventanas a la risa que Darío había ahuyentado con su seriedad.

Javier, poco antes de que acabara el programa, me confesó que se estaba enamorando de mí y, precisamente por eso, porque no podía soportar la idea de que yo pronto le dejaría, me rogó que no nos viéramos más. Fue como un mazazo en la cabeza. Actué por despecho y lo dejé. Era más cobarde que Darío. Darío, a pesar de todo lo que yo pudiera recriminarle, habría luchado con uñas y dientes por mí. Javier, en cambio, daba su batalla por perdida y me devolvía a mi marido —a quien él creía que pertenecía— sin preguntarme tan siquiera si le quería, sin soñar y ser consecuente con sus sueños, apeándose de ellos con la cabeza gacha y renunciando a

tomar la espada para pelear por su amor valerosamente. Le auguré que jamás dirigiría su película y le planté. Tenía razón, Javier no dirigió su película, pero yo me engañé volviendo con Darío. Ése fue mi error.

Esta vez no había ningún Javier ni era verano. El verano distorsiona la vida en un espejismo y nos lanza a aventuras imposibles, algunas sin retorno. Me fugué con Darío un verano, concebí a mi hijo Sergio un verano, me enamoré de Javier un verano. Pero cuando murió Tomás las hojas estaban marchitas y nada me inducía a creer en fantasías. Era otoño, estaba lúcida y tenía claro que esa vez no me daría excusas ni me echaría atrás. Tenía que resolver mi vida y debía empezar por lo más difícil. Darío.

CAPÍTULO 15

Fue providencial que Mario saliera del hotel con la antelación suficiente para resolver los trámites del vuelo. A tan sólo un kilómetro del aeropuerto, el autobús se detuvo a causa de un gran atasco. Televisiones, prensa y policía habían ocupado los alrededores de las terminales y pululaban a la espera de un acontecimiento. El autobús tomó un carril preferente y esquivó la caravana mientras los pasajeros sacaban la cabeza por la ventanilla y comentaban la llegada de Benedetto. Mario no había leído la prensa del día a la espera de su viaje. No los retuvieron ni pasaron ningún control, pero la presencia de la policía y los medios de comunicación avivó su intranquilidad y le hizo temer complicaciones. Probablemente, Benedetto llegaría en el mismo avión de las líneas aéreas mauritanas que utilizaría él. Maldijo la coincidencia. Siempre era víctima de coincidencias engorrosas a pesar de su propensión a eludir los compromisos. Los problemas le salían al encuentro y le perseguían, como el Erzorium, como Lena, como el miedo de Ana y su desaparición, como su calidad de sospechoso de pertenecer a las McLoppainer. Inquieto aún, facturó su equipaje y presentó su pasaporte en la aduana, procurando aparentar serenidad. El policía que le atendió estaba más interesado en la revista que tenía sobre la mesa que en su fotografía y ni tan sólo reparó en él.

Pasó a la sala de viajeros, extrañado del gentío que se agolpaba ante la puerta de embarque, y deambuló de un lado a otro, sin tomar asiento para amortiguar la ansiedad mal reprimida por la inminencia de pisar el mismo suelo que Ana. Ahora que ya estaba a salvo, con su visado en el bolsillo y su tarjeta de embarque en la mano, hubiera deseado chasquear los dedos y trasladarse a Ouarz sin más demoras.

Entre los numerosos pasajeros que esperaban para tomar su mismo vuelo —marineros chinos, hombres y mujeres mauritanos ataviados con elegantes túnicas y bonitas *melhf*as de vistosos colores, niños de tez oscura correteando entre los equipajes— apenas distinguió dos occidentales, como él, camuflados en la maraña de rostros extranjeros. Uno de ellos, cincuentón, acento italiano y porte altivo, conversaba en una mesa con miembros de la tripulación china y, a juzgar por el trato que le dispensaban, se adivinaba que era un hombre importante. El panel donde se anunciaba el vuelo modificaba constantemente su información, para desespero de Mario, y causaba revuelo entre los viajeros.

Comenzó a invadirle el desánimo y creyó que jamás conseguiría subir a ese avión ni pisar el continente africano. Pero finalmente se puso en marcha el dispositivo de embarque y todos se agolparon en la puerta de salida ofreciendo sus tarjetas y

corriendo precipitadamente por la pista, a cielo abierto, hacia el destartado avión, un modelo antiguo de hélice que lucía los emblemas de la compañía africana. Subió por la escalerilla a empellones y pudo sentarse junto a un miembro de la tripulación china que, asido a su maleta, todavía resoplaba a causa de la carrera. Quedaban pocos asientos libres, pero no cesaban de llegar nuevos pasajeros y pronto fue evidente que no cabían todos. Un grupo de hombres se enzarzaron en una discusión hasta que el sobrecargo señaló inquisitivamente al compañero de asiento de Mario y le obligó a levantarse. En su lugar se acomodó el occidental de sienes plateadas y andares elegantes que Mario había visto en la sala de espera. Se arrellanó en la estrecha butaca y se dirigió a Mario.

—¿Italiano?

Él era italiano, lo notó por su acento.

—No, español.

—Ah, español. Negocios, supongo.

Hablaba un español correcto y parecía educado, pero Mario dudó. No quería volver a caer en el error de admitir que era un turista.

—Trabajo. Soy médico.

Pareció gustarle.

—Un médico, muy bien.

Mario observó cómo el sobrecargo y un empleado desalojaban del avión a los viajeros sin asiento, entre ellos al joven chino que se había sentado junto a él.

—¿Qué ha ocurrido?

Su compañero no dio importancia alguna al incidente.

—Lo de siempre, habían vendido más pasajes de la cuenta.

Mario expresó su incredulidad ante lo que le pareció un hecho insólito.

—¿Cómo es posible?

El hombre cazó al vuelo su estupefacción y sonrió con aire de suficiencia.

—¿Es la primera vez que vuela a Noadheb?

—Pues sí.

Le ofreció la mano.

—Rominger. Espero que si me pongo enfermo me tenga usted en cuenta. En ese poblacho no encuentra uno nunca un médico que valga la pena.

Mario se presentó a su vez.

—Serna. Siento decirle que soy ginecólogo, o sea, que no creo que pueda serle de gran ayuda.

Rieron distendidos, pero Mario no podía quitarse de la cabeza el hecho de que Rominger hubiera desplazado a un viajero que había llegado antes que él.

—¿Y, ese chico, el que se sentaba a mi lado, que ocurrirá con él?

—Tendrá que esperar unos días.

—¿Quiere decir que tendrá que probar suerte con el vuelo del lunes?

—Exactamente.

—¿Y si pierde su trabajo?

Rominger no pareció conmovido.

—Ya lo ha perdido. En cuanto llegue rescindiré su contrato. Trabajaba para mí.

Mario no tuvo tiempo de reaccionar al comentario lacónico y cínico de Rominger porque el avión comenzó el despegue sin que nadie los advirtiese de ello y sin el preámbulo habitual de la leccioncilla sobre las normas de seguridad. Comprobó que bajo los asientos no había salvavidas y no encontró por ninguna parte los sosos folletos explicativos para casos de accidente. El avión perdió tierra vertiginosamente, se ladeó y realizó una maniobra brusca que lanzó a Mario contra el asiento delantero y provocó que algunas maletas cayeran sobre los viajeros y que un carrito saliera disparado por el pasillo. Mario cerró los ojos y dejó pasar unos segundos. Al abrirlos se fijó en que Rominger bostezaba aburrido.

—Se acostumbra uno a todo, ¿no?

Rominger negó con la cabeza y frunció la nariz con asco.

—No, se equivoca. No me acostumbraré jamás a ellos. La suciedad, la vagancia, la superstición. Para un europeo es imposible acostumbrarse.

—¿Conoce bien el país?

—Digamos que me muevo por ahí desde hace tiempo, pero es por mi trabajo, créame; no lo hago por gusto.

Mario estaba intrigado por Rominger. Probablemente era un hombre influyente, conocido.

—¿Cuál es su trabajo?

—Barcos, me dedico a los negocios.

Mario había leído en las guías que la principal riqueza del país eran sus costas.

—¿Pescado?

Rominger sopesó la respuesta.

—Sí, básicamente pescado.

Les ofrecieron una comida envasada que Rominger rechazó y aconsejó a Mario que hiciese lo mismo. Encendieron unos pitillos y fumaron.

—Si es ginecólogo, tendrá mucho que hacer. Se reproducen como conejos. En realidad son como conejos.

Mario se asombró.

—No parece que les tenga mucha simpatía.

—Una advertencia. Cúrese en salud con los nativos. Y nunca mejor dicho tratándose de un médico. —Rió de su propia ocurrencia—. ¿Reforzará el equipo del consulado?

—Voy al campo de Ouarz. Cogeré un avión en Noadheb.

Inmediatamente Rominger paró de reír y frunció el entrecejo.

—No lo dirá en serio.

—¿Qué problema hay?

—Ouarz es... el fin del mundo. No se lo recomiendo.

—¿Lo conoce?

Rominger calló un instante.

—No, no he estado nunca, pero he oído hablar al respecto.

—Será cuestión de comprobarlo.

Rominger miró por la ventanilla y dejó que su cigarrillo se consumiera entre sus dedos.

—¿Le esperan en Noadheb? ¿Tiene algún contacto, algún conocido que se haya ocupado de su pasaje?

Mario negó con la cabeza.

—No.

—Pues lo mejor será que se esté unos días en Noadheb antes de tomar el avión.

—No, no me interesa Noadheb. Quiero llegar cuanto antes a Ouarz.

—Quédese en Noadheb y tómeselo con calma. Necesita aclimatarse. Le puedo presentar a amigos míos que le acompañarán a visitar algún lugar de la costa. ¿Ha oído hablar de la reserva de aves del Banco de Arguin?

—Ya me gustaría, pero no puedo.

—Se evitará problemas, créame.

Mario no podía entender su insistencia, comenzaba a sentir una ligera incomodidad.

—¿Qué problemas?

—Bueno, allá las cosas no funcionan como aquí. Comprar un pasaje de avión no es sencillo y... en fin, ya lo comprobará usted mismo.

Le dejó intrigado, pero no le hizo más preguntas. Hubo un silencio entre los dos, matizado por el rumor ronco de los motores del avión, hasta que Rominger abrió su periódico y dejó de prestar atención a Mario. Mario apagó su cigarrillo y se enfrascó en la lectura de la prensa. La extradición de Benedetto, como bien suponía, era el titular de portada. De nuevo leyó retazos sobre su vida, sobre su trayectoria como químico respetable de una multinacional hasta que, a partir de la trágica muerte de su hijo, se vinculó con movimientos ecologistas y acabó convirtiéndose en el dirigente de las guerrillas McLoppainer. No era un visionario ni un activista, era un intelectual respetado que había acercado a importantes librepensadores a la organización y que pretendía potenciar el debate en torno al monopolio de las ideas. Su sustitución era a todas vistas difícil y probablemente las guerrillas McLoppainer acusarían, tarde o temprano, la falta de liderazgo. Al cabo de un rato, repasadas los editoriales y las crónicas, se levantó para ir al servicio y pasó frente al otro español, un joven de nariz pcosa que le sonrió abiertamente con un «hola, cómo va» que le reconfortó y le ratificó en su esperanza de que no viajaba al fin del mundo como intentaba hacerle creer Rominger.

Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de Noadheb no hizo falta que nadie le advirtiera de que había desembarcado en otro continente. África le atendió por la puerta trasera y en zapatillas como el viejo Putio, un pariente loco del abuelo queapestaba a orines y a moho y recibía a las visitas a oscuras ofreciéndoles, como única muestra de hospitalidad, un vaso de agua turbia. A través de la ventanilla contempló la estampa lúgubre de la pista de aterrizaje, plagada de escombros, barrida por el viento y por los torbellinos de arena áspera, desolada en su abandono y en su manifiesta precariedad. Le sobrevino un desamparo tan grande como cuando, de niño, visitaba al viejo Putio y su reacción instintiva era darse media vuelta y salir huyendo. Mario se detuvo en lo alto de la escalerilla esperando su turno para descender. La pista, antes desnuda, había sido invadida por una marea humana de bereberes que se apelotonó a los pies del avión y que acabó por fundirse, como dos océanos en un estrecho, con los recién llegados que tomaban tierra. La algarabía era estruendosa y Mario, aturdido, fue incapaz de asimilar en unos instantes la novedad del vocerío incomprensible del dialecto árabe, de los rostros adustos y sombríos de los nativos, de sus ademanes amenazadores, de sus siluetas majestuosas que ocultaban las largas túnicas y los tocados enigmáticos de sus turbantes negros. Habitado a moverse en mundos conocidos, carecía de la experiencia del viajero y se sentía desbordado porque nada de lo que veía u oía podía asociarlo a su memoria ni a sus recuerdos y todo era extraño, incatalogable, irreconocible. Al iniciar el descenso por la escalerilla le acometió el vértigo, el mismo vértigo que sentía de niño desde lo alto de la palanca de la piscina. Se agarró a la barandilla para ganar tiempo antes de zambullirse en el inmenso hormiguero despanzurrado, caótico, que discurría a sus pies, a ese incesante ir y venir de esas gentes opacas que acarreaban fardos, gesticulaban y vociferaban en una lengua abrupta. Escudriñó desesperadamente en busca de auxilio con la esperanza de localizar a Rominger y al español, pero ambos habían desaparecido. Se hallaba solo entre desconocidos y los que esperaban tras él se impacientaron y le empujaron escalera abajo, obligándole a incorporarse a la multitud. Mario se dejó conducir a empujones hacia una barraca de cemento con techo de uralita. Estaba débilmente iluminada y hacía las veces de aeropuerto provisional. Avanzó lentamente entre los hombres y mujeres, acosado por sus olores agrios tan incatalogables como los matices de su lengua. Se desató el viento, un viento cálido que levantó torbellinos de arena, y la arena se coló por su camisa, por sus pantalones, penetró en su boca y en sus ojos y le agujijoneó la piel. Las mujeres se protegieron con su velo y los hombres alzaron el turbante, dejando únicamente una ranura para los ojos. La noche, agazapada, se cernió sobre el atardecer y, repentinamente, lo engulló de un bocado sumiendo a Noadheb en las tinieblas. Mario sintió un escalofrío y continuó su trayecto en la oscuridad guiado por el azul índigo de las túnicas fantasmagóricas agitadas por la brisa. Estaba en un país extraño donde las gentes vestían de forma extraña, hablaban extraño, miraban con mirada extraña y se comportaban como extraños. Desde su perspectiva miserable hubiera deseado

convencerlos de ello, pero sabía que el único extraño era él mismo. Al penetrar en la casucha y acogerse a la tímida luz de unas bombillas que pendían del techo, el griterío de los viajeros mauritanos, enjaulado entre cuatro paredes, le ensordeció y le hizo sentir si cabe más indefenso. Ignoraba a quién debía dirigirse, a quién debía mostrar su pasaporte, dónde debía recoger sus maletas, dónde debía pedir un taxi. Inocentemente, había creído que en el aeropuerto podría cambiar sus divisas y telefonar a un hotel, pero aquello no era un aeropuerto. Un policía armado lo agarró por el brazo y lo condujo hasta un angosto corredor. Allí se hizo sitio a empujones y le acribilló a preguntas formuladas en un mal francés. Mario, intimidado y confundido, no comprendió ni una palabra. Creyó que le pedía el pasaporte pero, al mostrárselo obedientemente, el policía se enfadó y le gritó. El español de la nariz pecosa que le había saludado durante el vuelo y que pronto supo que respondía al nombre de Pedro apareció en el momento preciso, justo cuando Mario estaba siendo conducido no sabía dónde por dos policías que le increpaban en su dialecto. Pedro atajó la situación con desparpajo. Les ofreció un billete a cada uno y rescató a Mario tirando de él a través del gentío hasta un rincón aislado del tumulto, junto a un mostrador de madera carcomida cubierto por montones de papeles arrugados.

—Pero bueno, ¿cómo se te ocurre venirte solo a Noadheb?

Mario sudaba, el sudor le empapaba la camisa.

—Estoy acojonado.

Pedro rió.

—Creí que viajabas con Rominger.

—Nos conocimos en el avión y desapareció sin despedirse.

—Mandan huevos.

Mario se sinceró.

—No sé si me miran con ganas de degollarme o si pretenden ser amables. No sé si estoy en un aeropuerto o en un manicomio.

Pedro cogió un par de impresos y se los ofreció a Mario didácticamente.

—Bien venido a Mauritania. Tendrás que creerte que soy un amigo y no te quedan más cojones que obedecerme. Ahora debes hacer tu declaración de divisas. Sobre todo cuenta bien el dinero y no escamotees ni una peseta. Después te registrarán y será el último mal trago.

Mario buscó un bolígrafo en el bolsillo de su pantalón sin atinar a encontrarlo por el temblor de sus manos.

Los gritos y el barullo no cesaron mientras le registraron, le interrogaron, contaron su dinero y almacenaron sus papeles para, lo más probable, lanzarlos luego a la papelera. Finalmente lo abandonaron a su suerte en un corral de cemento que comunicaba con el exterior. Era la salida. Mario lanzó un profundo suspiro y miró a su alrededor en busca de su equipaje. Todos, excepto él, acarreaban maletas y fardos.

—¿Y mis maletas?

Pedro rompió a reír.

—No jodas que las embarcaste.

Mario se mosqueó.

—¿Qué querías? ¿Que las lanzase al mar?

Pedro avisó a un muchacho y se dirigió a Mario.

—Dame tu comprobante.

Con el comprobante en mano ordenó al chaval que fuera a buscarlas. Mario se sentía superado por las circunstancias.

—¿Qué ocurre con mis maletas?

Pedro rió de nuevo, pero a Mario no le hizo ninguna gracia.

—La mitad del equipaje de la isla no llega a embarcarse porque los primeros que facturan ocupan todo el espacio disponible del avión.

Mario no podía creerlo.

—Esto es de locos.

Lo cierto era que viajaba sin moneda del país, sin reserva de hotel ni medio de transporte, y para colmo no tenía maletas. Pedro le mostró los grandes embalajes que acarreaban los recién llegados.

—Aprovechan los viajes a la isla para comprar productos que luego venden a precio de oro en sus tienduchas. En este país no se produce nada excepto mineral y pescado.

Mario estaba inquieto.

—Tarda mucho.

Pedro le apaciguó.

—Tranquilo. Aquí todo va despacio, tendrás que irte acostumbrando.

Esperaron largo rato y se enteró de que Pedro era negociante de pescado y que trabajaba para una compañía de japoneses.

—Como Rominger. También se dedica al pescado.

Pedro frunció el entrecejo.

—¿Negocios de pescado Rominger? No tenía noticias. Tiene barcos, pero que yo sepa...

—Eso me dijo. Vaya, lo afirmó.

Pedro negó.

—No es de los nuestros...

—¿Os conocéis todos aquí?

Pedro asintió.

—Ya lo comprobarás tú mismo. Somos cuatro y el cabo.

El muchacho regresó sudoroso y sin maletas, pidiendo disculpas. El equipaje de Mario no aparecía por ninguna parte. Pedro intentó consolarlo explicándole que la primera vez que viajó a Noadheb le sucedió lo mismo, pero no le reconfortó lo más mínimo. Fuera reinaba el silencio y la oscuridad y la noche encubría un panorama desolador de vastos arenales jalonados de casuchas diseminadas. Los deslumbraron los faros de un *jeep* que rompió el silencio con un bocinazo y frenó muy cerca de

ellos. El conductor descendió del vehículo y corrió a saludar a Pedro que, entre bromas y palmadas, le presentó a Mario y le recriminó su tardanza. Era un compañero de trabajo, de la empresa japonesa, que venía a recogerlo y que no tuvo ningún inconveniente en acompañar a Mario a un hotel. Mario estaba empeñado en recuperar sus maletas, pero entre los dos lo convencieron para que desistiese y se olvidase de su equipaje hasta el día siguiente. De noche no se podía hacer absolutamente nada en aquel jodido país. ¿Dónde creía que estaba? Aquello era África. Mario los escuchaba y asentía. No le quedaba ni un ápice de sentido del humor y el recuerdo de Ana lo trastornaba. Ahora que ya había dado el paso definitivo, ¿sería capaz de encontrarla en medio del desorden y el caos? ¿Dónde debía estar Ana en esos precisos momentos mientras el viento soplaba con fuerza y la noche —sin alumbrado ni farolas que entorpecieran su labor oscura— parecía infinitamente más peligrosa que en ningún otro lugar del planeta?

Lo dejaron en el Sabah, el mejor hotel de la ciudad, un viejo edificio colonial de entrada suntuosa pero abandonado al olvido y la desidia. La iluminación era pobre, las paredes aparecían desconchadas y las moquetas estaban sucias. Le atendió un muchacho negro que le preguntó por sus maletas y que no se sorprendió lo más mínimo al enterarse de que habían quedado olvidadas en la isla. Dejó el pasaporte en recepción, cambió una pequeña cantidad en monedas del país —a un precio astronómico— y siguió al chico hasta su habitación. Los largos corredores, el *hall* y el restaurante estaban vacíos. La soledad de un espacio tan grande le produjo tristeza. Dio una propina al muchacho y se encerró en la habitación. Se desnudó lentamente, saboreando su intimidad y, antes de meterse en la bañera descascarillada, aplastó un par de cucarachas insolentes que pretendían trepar por sus piernas. El agua era escasa y tuvo que volver a vestirse con la ropa sudada y arrugada. El baño estaba lleno de chorretones, la luz parpadeaba, las toallas estaban sucias, pero se sentía mejor. Se sentó sobre la cama y descubrió que no tenía hambre ni sueño y que no sabía qué hacer. Salió de la habitación y deambuló por los pasillos. A través de las ventanas contempló la noche llena de amenazas y se convenció de que a la mañana siguiente, a la luz del sol, todo sería más fácil. De momento estaba a salvo en un simulacro de reserva occidental cochambrosa donde hasta existía un televisor. Oyó voces y se dirigió hacia el bar. Efectivamente, allí encontró dos españoles que bebían whisky y charlaban cordialmente. Le saludaron y entablaron conversación. Resultaba gratificante la naturalidad con la que los extranjeros se reconocían entre ellos y se aliaban. También eran comerciantes de pescado y viajaban constantemente de las islas a Noadheb. Se rieron del incidente de las maletas y de sus miedos, pidieron otro whisky y, cuando supieron que había viajado con Rominger, se sorprendieron. Era un tipo muy influyente y algo estirado que jamás daba conversación a nadie con quien no tuviera tratos o negocios. Pedro, en cambio, era de los suyos y también se había alojado en el Sabah durante años, hasta que la compañía japonesa se decidió a alquilarle una vivienda. Trago a trago se bebieron una botella entre los tres y

apuraron dos cajetillas de rubio. Le explicaron con dificultades —a partir de la cuarta copa— cómo distinguir un chopo de un calamar y cómo entenderse con una tripulación rusa sin hablar ni una palabra de ruso. No eran graciosos ni especialmente ocurrentes pero a Mario le parecieron simplemente maravillosos. Uno de ellos, Nicolás, era inspector de mercancías en alta mar. Era un trabajo entretenido, olía el pescado, comprobaba su color y, si no le gustaba, ordenaba que arrojasen las cajas por la borda. A Mario le pareció un buen trabajo si se exceptuaba el inconveniente de que debía pasar largas temporadas exiliado en Noadheb. En Noadheb no había nada, y cuando Nicolás dijo NADA significaba NADA en el mismo lenguaje que hablaba Mario. Un asco. Esa noche se enteró de que la ciudad donde había aterrizado estaba cercada por las minas al norte y por el ejército del propio país al sur. Noadheb era algo así como un reducto militar fronterizo cuya única frontera era el mar y el desierto. Les tomó tanta confianza que les habló de su novia, que le esperaba en Ouarz y que también era médico como él. La quería y la añoraba mucho, tanto, que sentía deseos de llorar cuando pensaba en ella. Se emocionaron, le recomendaron que antes de ir a Ouarz se comprase un sombrero de paja y brindaron por su novia. Luego cantaron juntos un tango melancólico, insistieron los tres en pagar la cuenta, que finalmente recayó en Mario, y se fueron a la cama dando tumbos. Una vez en la habitación, Mario aplastó una pulga que hacía acrobacias sobre su colcha y se durmió plácidamente. Soñó con Ana envuelta en velos y comiendo calamares junto a un apuesto árabe que explicaba chistes en ruso. La llamó, pero ella continuó riendo, se caló un sombrero de paja y se alejó hacia el desierto en el momento en que descargaba una tremenda tormenta de arena. La arena era como cristal áspero que hería su piel y secaba su garganta. Cuando la tormenta amainó y pudo abrir los ojos de nuevo, Ana había desaparecido engullida por las dunas.

Por la mañana, si bien tenía razón en suponer que todo parecería más claro y más diáfano, lo que vio no acabó de convencerlo. Vio los techos agrietados y las paredes deslucidas de su habitación, vio la mugre de las cortinas, vio las manchas de las sábanas donde había dormido y un puñado de cabellos en el cobertor que no eran suyos, vio la madera astillada de las ventanas y las baldosas desgastadas del suelo. Finalmente pudo ver con nitidez las picadas de pulgas que se habían encaprichado de sus piernas. Se rascó con encono hasta hacerse sangre y se fue a desayunar con las gafas de sol puestas para no ver más cosas de las necesarias. En el *hall* topó con sus compañeros de la noche anterior. Bebían gin-tonics de buena mañana en pantalón corto, se lamentaban de la ciudad y del hastío que les producía, achacando la culpa de todo a los nativos, y hablaban por teléfono a gritos en turnos rigurosos. Le explicaron que estaban trabajando y le aclararon que ése era su trabajo habitual, hacer negocios sin salir del hotel, comprando y vendiendo partidas de pescado. No eran los únicos. En su recorrido hasta el restaurante, Mario contó hasta cuatro desconocidos de

mediana edad que andaban de un lado para otro ajetreados y aburridos repitiendo la misma cantinela, pendientes del teléfono y consolándose con un trago de alcohol. Todos parecían presas de un maleficio que les impedía abrir la puerta y salir al exterior.

Desayunó un café aguado con leche de cabra y unas rebanadas de pan con mantequilla. Al comer descubrió que tenía hambre y recordó que la noche anterior no había cenado. La noche anterior le pareció antigua y difusa. El tiempo le jugaba a veces malas pasadas. La ilusión de reconocer de buena mañana a sus compañeros de borrachera le había confundido y hubiera jurado que llevaba semanas viviendo en ese hotel. Pero lo cierto era que acababa de llegar, que había extraviado sus maletas y que tenía por delante una larga jornada para recuperarlas y conseguir un billete de avión a Ouarz. Sólo un sábado y un domingo, un billete de avión y setecientos kilómetros de desierto lo separaban de Ana. Tiempo, espacio y burocracia. Ana estaba lejos, muy lejos. No podía asociarla con el paisaje ni con el aire desaliñado y frustrado de aquellos colonos de barra de hotel ni con el caminar pesado e indolente de las mujeres del país ni con las miradas turbias de los que vestían majestuosas túnicas. ¿Se habría alojado Ana alguna vez en el Sabah? ¿Habría entablado conversación con los negociantes de pescado? ¿Habría escuchado amablemente sus peroratas insultantes sobre la inferioridad de los lugareños? ¿Habría desembarcado en el mismo aeropuerto que él, una noche como la de ayer, sola y sin nadie a quien acudir? No, le era del todo imposible situar a Ana en aquel contexto. Ouarz debía de ser otro mundo más limpio, más transparente y eficaz. Se fumó un cigarrillo a solas y se dirigió a la recepción para consultar su itinerario con los negociantes de pescado. Ninguno tenía un mapa de la ciudad, pero entre todos convinieron que lo mejor sería que alquilase un taxi por horas para hacer los trámites cómodamente. Le indicaron dónde podía cambiar dinero a un precio razonable y, como ya suponía, le recomendaron que tuviese siempre un billete a mano —sobre todo si se trataba de la policía— para solucionar cualquier tipo de problema.

Mario salió del hotel y caminó en la dirección que le habían señalado a dedo, hacia el centro y —a pesar de las gafas de sol— a su alrededor continuó viendo suciedad y desolación. Las casas de cemento estaban construidas anárquicamente, el asfalto había sido devorado por el desierto y el viento soplaba en todas direcciones levantando una gran polvareda que irritaba los ojos y escocía la garganta. Noadheb era una aglomeración de casas a medio alzar con los hierros de las estructuras sobresaliendo de sus azoteas sin flores, las fachadas tristes, con las ventanas desnudas, sin cortinas, las calles sin árboles ni parterres con qué mitigar el desamparo. El urbanismo era tan caótico que a duras penas se distinguían las aceras y las supuestas calzadas cubiertas de arena. No había agua, fuentes, papeleras ni cloacas. El color predominante era el gris. La arena era gris, el suelo era gris y excepto las *melhf*as que lucían las mujeres y las *dara*‘as azules de los hombres, nada rompía la monotonía de un paisaje urbano árido y deprimente. El suelo era un

inmenso estercolero sembrado de latas, papeles, cartones y desperdicios, poblado de cabras hambrientas que devoraban celulosa, restos de comida y eran inmunes a los bocinazos de los taxistas. Paró al primer taxi que se cruzó en su camino, un R-12 desvencijado, conducido por un muchacho negro que le propuso un precio razonable por hora. Le tranquilizó el hecho de que vistiera unos vaqueros raídos y escuchara música en un radiocasete, puesto que eso le daba un vago aire occidental. Al cabo de unos minutos el taxi llegó hasta una calle concurrida, repleta de tienduchas, alineadas una junto a la otra, con las puertas macilentas —pintadas de verde— que dejaban entrever interiores oscuros, de apenas unos pocos metros cuadrados, flanqueados por mostradores de madera barata sobre los cuales se acodaban, invariablemente, hombres solos ocupados en fumar, tomar té o mirar al techo. Los rótulos, grandes y deslucidos, estaban escritos en árabe y en francés y gracias a eso se enteró de que en Noadheb había establecimientos de tejidos, papelerías, supermercados y hasta una agencia de turismo. Cambió de postura para no clavarse los muelles que sobresalían de la mugrienta tapicería y se entretuvo observando a los viandantes que entraban y salían de las tiendas. Caminaban, cargaban bolsas, se detenían y charlaban. Le parecieron normales, personas ocupadas en su vida cotidiana y poco o nada dispuestas a atacar o extorsionar a un extranjero como él. Ya no le anonadaba el color negruzco de su piel ni le intimidaba su lengua ni su ropaje. El taxista le sonrió a través del retrovisor y, antes de dejarlo frente a las oficinas de cambio, le advirtió que no mostrara todo su dinero. Mario salió del taxi en medio del bullicio urbano, tuvo que esquivar un carro conducido por un burro y tropezó sin querer con una mujer que continuó caminando sin inmutarse. Pero nadie reparó en él. Entró en la oficina de cambio, repleta de moscas y, sin ningún contratiempo y en su propia lengua, consiguió entenderse con el empleado y cambiar su moneda un diez por ciento más favorablemente que en el hotel. Fuera le esperaba su taxi, tenía moneda del país y ya no se sentía un completo extraño. Todo era más fácil de lo que esperaba. Concluyó que las primeras impresiones nunca son acertadas.

En la oficina de las líneas aéreas fue recibido por Bessem, un hombre de mediana edad, de ojillos vivos y calva incipiente, que vestía la túnica azul —la *dara'a*— que tanto le inquietó la noche anterior y hablaba su lengua con una imprecisión comprensible. Le estrechó la mano con fuerza, se presentó, se deshizo en lamentaciones al saber que había extraviado sus maletas y le invitó a té. Un muchachito negro comenzó a hervir agua en un cazo sobre una bombona de butano mientras Bessem daba gritos a otro empleado, que se apresuró a coger el teléfono y a marcar un número que sabía de memoria. Le pareció que le hacían caso y que se ocupaban de él. Con eso ya tenía suficiente. Le obligaron a sentarse en una silla carcomida y enchufaron un ventilador. Al pedir el billete de avión para Ouarz, Bessem escribió en números grandes y redondos el precio de la tarifa. El vuelo, tal y como Mario ya sabía, estaba previsto para el día siguiente a las dos del mediodía. Mario sacó su cartera y puso el dinero sobre la mesa. Todo salía a pedir de boca.

Bessem le pidió su pasaporte y anotó meticulosamente a bolígrafo sus datos en el pasaje. El empleado le pasó el teléfono y Bessem lo tomó con un gesto brusco y habló en francés a gritos. Mario escuchó su nombre repetidas veces y la palabra *valisses*. Finalmente Bessem colgó, apretó los dientes y cambió su mirada opaca por otra chispeante y llena de amabilidad. El muchacho les sirvió el té en un vasito de vidrio. Era amargo y caliente y Mario lo bebió de un sorbo. Bessem le dijo que no se preocupara por nada y que él se ocuparía de todo, pero cuando Mario quiso saber cuándo podría disponer de su equipaje, Bessem eludió la pregunta y le ofreció una segunda taza de té. En su país, la costumbre era beber tres vasos: el primero amargo como la vida, el segundo dulce como el amor y el tercero suave como la muerte. A Mario le pareció una bonita parábola y se prometió recordarla. Bessem le recomendó que visitara algunos lugares de los alrededores de Noadheb. Mario volvió a preguntarle por sus maletas y Bessem le ofreció una tercera taza de té y le citó a última hora de la noche. Hasta entonces no sabía nada. Igualmente debía pasar a confirmar su billete. Mario se extrañó ¿Se suponía que no estaba confirmado? Bessem le explicó que era necesario un recuento de pasajeros y hasta que no tuviera el OK no sería válido. Esa noche escribiría el OK en su billete. Mario comenzó a no entender nada, pero era evidente que no debía precipitarse. Bebió la tercera taza de té, se despidió con un apretón de manos de Bessem y subió de nuevo a su taxi. En aquellos momentos el R-12 desvencijado y el muchacho de los vaqueros raídos eran su *limousine* y su chófer. Estaba aturdido por las contradicciones de su interlocutor y por su amabilidad. Le haría caso y visitaría los lugares que le había recomendado.

Mario visitó en un solo día lo que muchos habitantes de la ciudad no habían visto jamás y lo que los comerciantes de pescado no verían nunca. Bessem le había hablado de la Güera, una antigua ciudad en ruinas que fue plaza española antes de la guerra. Estaba situada en un mirador privilegiado y sus costas eran de una gran belleza. El chófer no sabía el camino a pesar de que estaba tan sólo diez kilómetros de Noadheb. El muchacho se perdió infinidad de veces y cometió tantas imprudencias con su coche que Mario le propuso regresar y dar el viaje por acabado. Pero el chico era tozudo y, tras consultar con un par de chatarreros, se empeñó en atravesar un vertedero sembrado de chatarra y dunas —que se suponía que era la ruta—, para lo cual desinfló las cuatro ruedas y, sin importarle los amortiguadores, el cárter ni las llantas, se lanzó con verdadero entusiasmo a sortear demencialmente los obstáculos que hallaba al paso. Mario, pálido y asido a la puerta, acabó por reconocer la pericia y la cabezonería del muchacho que, probablemente, intentaba ganarse su propina a conciencia.

La fortificación estaba en ruinas y el faro, casi derruido, se había convertido en un refugio donde anidaban todo tipo de aves. La arena era blanca, refulgente y la soledad del paraje abrumadora. Mario quiso acercarse a una cala donde se adivinaban unas barcas de pescadores. Se apearon del coche y caminaron a través de los acantilados. La paz de ese lugar recóndito tan cercano y tan alejado de la muchedumbre de

Noadheb se le antojó un regalo para su roma sensibilidad y se le ocurrió que era un bello lugar para pasear con Ana. Ana se hubiera extasiado con las conchas vacías que cubrían esas playas vírgenes y hubiera querido fotografiar el vuelo de las bandadas de gaviotas que chillaban sobre sus cabezas. Todo le parecía idílico e improbable hasta que aparecieron ellos.

Salieron de algún lugar, pero no supo de dónde, aunque después calculó que debían de estar agazapados tras las dunas u oteando el horizonte con sus anteojos desde la fortaleza de lo que le había parecido una ciudad en ruinas. Eran dos hombres armados, vestidos con ropas del ejército y camuflados con turbantes. Les salieron al paso y les dieron el alto. El taxista, asustado, se lanzó a charlar con ellos —en un tono tan neutro que Mario no pudo adivinar si era amable, convencional o amenazador— y confesó a Mario que se habían metido en un buen lío. Habían entrado en zona militar y para ello necesitaban autorización. Estaban empeñados en detenerlos. Mario recordó la recomendación de los negociantes de pescado y sacó su cartera. El muchacho asintió y tomó un par de billetes después de consultar su valor. Se dirigió a los militares y los convenció para que los aceptaran y los dejaran marchar. Mario intervino mostrándoles su pasaporte y pidiéndoles disculpas por su ignorancia. Los militares hablaban entre ellos sin moverse, esperando algo, y Mario comenzó a ponerse nervioso. Oyeron el rugido de un motor y pronto, por la polvareda que levantaba, divisaron un *jeep* que se acercaba a ellos. Mario temió que fuese una patrulla más numerosa, pero ante su estupefacción el *jeep* se detuvo a unos pocos metros y quien descendió no fue ningún militar enfundado en su guerrera sino el mismísimo Rominger, que abrió su cartera y mostró a los militares unos papeles, sellados por la policía, que le autorizaban a acceder a la zona.

—Vaya, vaya, mi amigo Serna. Acaba de llegar y ya se ha metido en un lío.

Mario sintió un gran alivio.

—Le juro que no tenía ni idea de que estuviésemos en zona militar. Simplemente estaba dando un paseo.

Rominger rió y ofreció cigarrillos a todos. Los militares aceptaron complacidos y Rominger les ofreció fuego mientras les hablaba rápidamente y les aclaraba el malentendido. Los militares movían la cabeza y protestaban. Rominger tradujo a Mario sus comentarios.

—No pueden creerse que haya venido usted hasta aquí en un taxi sólo para ver el paisaje.

—No me extraña que no puedan creerlo, yo tampoco sé cómo he tenido esa idea.

—¿Les ha dado algo?

—Un par de billetes.

—Deme dos más.

Mario se los ofreció y Rominger volvió a insistir para que los aceptasen. Finalmente transigieron y, después de guardarlos en sus bolsillos, dieron media vuelta y se despidieron con altanería.

—Rominger, le debo una cerveza.

—Lo tiene difícil en este país de abstemios, será mejor que me invite a un té y que no se aleje mucho de Noadheb si no va bien acompañado.

—Tomo nota.

—Si se ha decidido a hacerme caso y a aclimatarse un poco antes de irse al fin del mundo, le puedo enviar algún amigo al hotel para que le sirva de guía. ¿Dónde se aloja?

Mario se sintió abrumado por su amabilidad.

—En el Sabah, pero mañana vuelo a Ouarz, es una lástima.

Rominger se extrañó.

—¿Ya se ha pasado por las oficinas de las líneas aéreas?

Mario afirmó.

—Y me han vendido el pasaje. Sólo tengo que confirmarlo esta noche y mañana me embarco a mediodía.

Rominger estaba admirado.

—Vaya, es usted muy rápido. Espero que no tenga problemas de última hora.

—Ya le llamaré a usted para que me saque del apuro. Hasta el momento siempre he tenido a quien recurrir.

Rominger se despidió y se retiró hacia su vehículo.

—Ha tenido mucha suerte.

Mario, sin ser consciente de su indiscreción, se atrevió a preguntar:

—¿Y qué hace usted aquí?

Rominger no pareció en absoluto sorprendido.

—Negocios. Un negociante siempre hace negocios.

Mario fue a comer a Cansado, un pequeño pueblecito que había sido fundado por los franceses para alojar a los empleados de su compañía minera y ferroviaria y a los colonos extranjeros. Desde la ventana de su mesa vio partir, en la lejanía, un largo convoy interminable —el tren más largo del mundo según las guías— que transportaba el hierro de la cordillera de Ouarz hasta la costa. En el hotel, para su decepción, no servían alcohol. Pagó la comida al chófer y dio un paseo por la zona, tan pobre como Noadheb, pero con una apariencia más ordenada. Por la tarde se dirigió a la reserva de pesca de Air Afrique y de regreso visitó un mercado de camellos. A pesar del incidente de la mañana acabó satisfecho de su jornada turística y recompensó a su chófer con una cuantiosa propina.

Al anoecer, antes de pasarse por las oficinas de las líneas aéreas, regresó al Sabah para darse una ducha, dejar su dinero en la caja de seguridad y tomarse una cerveza. Encontró a los comerciantes de pescado en el bar bebiendo y bromeando con el camarero, y ninguno de ellos creyó que Mario dijese la verdad. Le acusaron de tirarse un farol. ¿Cómo podía haber estado en tantos sitios en un solo día? ¿A quién se

le ocurría ir a la Güera sin autorización? ¿Rominger le había echado una mano? Mario tampoco entendía que no pudieran entenderlo, al fin y al cabo se había movido en un radio de quince kilómetros, pero se sentía orgulloso de su pequeña y estúpida proeza. No tenía ningún mérito pero le hacía sentirse bien, como su cerveza y su cabello mojado y el triunfo anticipado de recuperar sus maletas y volar hacia Ouarz al día siguiente para besar a Ana y olvidar de una vez por todas las gilipolleces que lo habían tenido entretenido durante los últimos ocho días.

Quedó más tarde para cenar con sus nuevos amigos en un restaurante coreano, que le aseguraron era lo mejor que había en Noadheb, y salió de nuevo a la calle, con energías renovadas, a reunirse con el bueno de Bessem. Conseguir el OK de su billete de avión para Ouarz era en aquellos momentos la única tarea de su vida y cobraba una importancia desmedida.

Bessem no estaba. En su lugar había otro individuo que no le dijo su nombre ni le invitó a té. Tampoco dio respuestas claras a sus preguntas y le planteó que Bessem, antes de marchar, le había advertido de que había problemas. Mario sacó su billete de avión e insistió para que le escribiese el dichoso OK. El empleado negó con la cabeza aduciendo que Bessem le había dicho que había problemas con ese billete. Mario le pidió el teléfono de Bessem, pero el empleado le respondió que no tenía teléfono.

Mario procuró no perder la calma, aunque los nervios estaban a punto de traicionarlo, y preguntó por sus maletas. De las maletas no sabía absolutamente nada, pero añadió que conseguir unas maletas extraviadas era un asunto lento y que tal vez tardaría semanas en resolverse. Mario no daba crédito. O Bessem era un mentiroso o el empleado un liante, pero en cualquier caso, uno de los dos le engañaba.

Volvió a comenzar desde el principio, como si todo hubiera sido un malentendido, con la esperanza de que el empleado recobrase la memoria súbitamente o se abriese la puerta y apareciese Bessem. De nuevo se encallaron en el mismo punto. Había problemas. Mario barruntó que tal vez le estuviese pidiendo dinero. Sacó un par de billetes y los puso sobre la mesa. El empleado los cogió, sin mostrarse sorprendido, y los guardó. Acto seguido le pidió su pasaporte y lo contrastó detenidamente con el billete de avión. Frunció el entrecejo y le mostró el billete a Mario. El apellido de Mario que constaba en su pasaporte no se correspondía con el del billete. Efectivamente, Bessem había escrito una erre que bien podía ser interpretada como una ese. Era un simple estilo caligráfico y Mario se dio cuenta de que le tomaba el pelo y se indignó por hacerle perder el tiempo cuando él tenía prisa, mucha prisa, y no estaba para juegos. Apretó los dientes con rabia, descolgó el teléfono, ofreciéndoselo sin titubeos, y le chilló «quiero hablar con Bessem ahora mismo». Lo dijo gritando y acertó el tono sin proponérselo puesto que estaba realmente enfadado y las venas azules de su cuello estaban tensas y vibrantes como sus músculos. El empleado bajó la vista, marcó un número, esperó pacientemente y luego comenzó a hablar en árabe, rápido, en cuchicheos, como si fuese un delator de una conspiración y Mario un espía que le apuntaba con una pistola. Al otro lado del teléfono Mario

pudo oír la voz de Bessem. Arrancó el auricular al sorprendido empleado y preguntó a gritos por su OK y sus maletas. La voz de Bessem le llegaba clara, pausada, pero no podía verle la cara y le pareció una voz diferente. Le respondió que había habido problemas de última hora. Su pasaje no estaba asegurado porque se habían vendido más billetes de los necesarios. No se podía hacer mucho por él, en todo caso tendría que tomar el vuelo de la semana siguiente. Mario sintió que le flaqueaban las piernas. Si no hubiera pecado de iluso y hubiese mantenido el mismo espíritu de desconfianza que le inspiró su llegada todo le hubiera resultado más comprensible, pero esa mañana había creído ciertamente que lo tenía todo ganado. No era posible, tenía que llegar el día 12 a Ouarz para ver a Ana, lo había dejado todo por ella. Insistió e insistió con la obcecación de los que no tienen nada que perder. Le propuso a Bessem recompensarlo si conseguía confirmar su billete, ya no le importaban las maletas, sólo quería volar a Ouarz. Repetía su cantinela como un niño. Se aburrió de decir lo mismo una y otra vez y no desistió hasta que Bessem, después de un tiempo que se le antojó eterno, cedió como cede un hierro al calor del soplete y le sugirió que dejara su pasaporte y su billete en la oficina y él vería qué se podía hacer. Todo volvía a ser confuso. ¿Por qué fiarse de una voz telefónica? Sólo tenía dos opciones: marchar y perder cualquier oportunidad de encontrarse con Ana o dejar su pasaporte y su billete y confiar en que Bessem estudiara su caso. ¿Si no creía a Bessem, a quién creía? Estaba en sus manos. Le preguntó cuándo podría verlo. Bessem le prometió que a la mañana siguiente estaría en la oficina a las nueve. El vuelo salía a las dos del mediodía, pero mejor no hacerse ilusiones. Mario colgó y admitió su derrota.

Llevaba poco dinero encima porque había dejado sus dólares y la mayor parte de la moneda del país en la caja del hotel. Llegó al restaurante coreano desanimado y con ganas de tomarse una cerveza fresca, pero tuvo una nueva decepción. En el restaurante no servían cerveza. El alcohol estaba prohibido en todos los establecimientos, exceptuando dos hoteles de la ciudad, el Sabah, donde se alojaba, y el hotel Maghreb. Los negociantes de pescado le esperaban en una mesa con mantel de plástico y servilletas de papel. Pedro estaba con ellos y le saludó afectuosamente y le felicitó por haberse ambientado con tanta rapidez. En un solo día ya era un personaje conocido en toda la ciudad porque hasta él se había enterado de su incidente en la Güera. Le prometieron llevarle a tomar unas copas al acabar la cena. Le mostrarían la cara auténtica de Noadheb y todo lo que podía ofrecer la noche. En el hotel Maghreb servían gin-tonics y había chicas que por poco dinero se prestaban a acostarse con los clientes. Eran africanas del sur en ruta hacia el norte, pobres como las ratas e infestadas de piojos, pero eran chicas. Le vieron alicaído y le preguntaron por sus maletas y su billete. Mario comenzó a contarles lo sucedido y todos explotaron en carcajadas. No debía extrañarle, eso era lo habitual. Nicolás se sirvió un generoso plato de pescado.

—¿No le habrás hecho caso?, supongo.

Mario palideció.

—¿Por qué?

Nicolás dejó el tenedor y le recriminó:

—No se puede dejar el pasaporte a nadie.

Mario comenzó a sudar.

—Tengo que tomar ese vuelo, me dijo que era la única manera.

—Tú no sabes cómo funcionan las maneras aquí.

Mario explotó.

—Tengo que estar en Ouarz el domingo.

—Olvídate del vuelo. Cuando dicen que hay problemas no queda ninguna posibilidad. Sólo quiere sacarte dinero.

Telmo, un muchacho de Tudela, asintió con la boca llena.

—No se andan con bromas.

Nicolás se puso en pie y salió del restaurante ante la mirada atónita de Mario. Los demás continuaron cenando.

—¿Dónde va?

—A recuperar tu billete y tu pasaporte. Nicolás sabe cómo entenderse con esa pandilla.

—Pero...

—Anda, come y deja de preocuparte. Aquí no se puede venir con prisas, todo requiere su tiempo.

Mario se sintió un idiota rematado y no pudo probar bocado a pesar de que la mesa estaba repleta de manjares y de que los negociantes hacían gala de un buen apetito. Le recomendaron llenar el estómago, puesto que las desgracias con el estómago lleno eran más llevaderas, y se olvidaron de él porque no era una compañía tan divertida como habían creído en un primer momento. Pedro recordó algo que deseaba decirle.

—Rominger no se dedica a lo del pescado. Cuando ayer me lo comentaste creí que, finalmente, después de tantos años de husmear por aquí, habría acabado por entrar en la familia, pero no. Me he informado bien.

Mario recordó su frase de esa mañana.

—Estaba en la Güera por negocios.

Todos rieron de nuevo.

—¿Negocios de pescado en la Güera? En La Güera sólo hay militares. Los únicos negocios posibles son pedirles un favor a cambio de otro.

A Mario le molestaba quedar como un tonto.

—Pero a algo se dedicará, digo yo. No tiene aspecto de turista.

—Nadie lo sabe. Se sospecha que al mineral, pero está muy bien relacionado. Cuando dijiste lo del pescado me confundiste, pero, como ves, este mundo es muy pequeño. Mañana vuela a Ouarz.

Mario se extrañó.

—¿A Ouarz? No, es imposible.

—Eso es que quería estar solo para quedar con tu novia —bromeó Telmo. Mario no le hizo el más mínimo caso.

—Nos hemos visto esta mañana y no me ha comentado nada de ese vuelo. Mejor dicho, fue él quien me aconsejó que no fuese a Ouarz.

—Los negocios son los negocios. Debe de haber tenido una oferta de última hora. Mario explotó, cabreado de verdad.

—¿Y ha conseguido pasaje?

—Eso comentaban, vaya, lo han asegurado.

Mario golpeó la mesa.

—¿Y por qué a mí me lo han denegado?

Pedro le palmoteo la espalda.

—Para conseguir las cosas se tiene que ser importante. No eres suficientemente importante, Mario.

—Es tan absurdo que por fuerza debe haber otra explicación.

—Muy sencillo, alguien intenta impedir que llegues a Ouarz. ¿Así te gusta más?

Mario no los escuchaba. ¿Por qué Rominger le estuvo diciendo pestes de Ouarz si pensaba tomar el avión el mismo día que él? ¿Por qué esa mañana no le comentó su cambio de planes? ¿Por qué intentó disuadirlo e insistió para que se quedase en Noadheb? ¿Por qué Bessem le había puesto todas las facilidades del mundo esa mañana y después se había echado atrás? ¿Andarían escasos de pasajes y Rominger querría asegurar el suyo? Sólo se le ocurrían estupideces.

Nicolás regresó con las manos vacías. Las oficinas estaban cerradas y ya no se podía hacer nada hasta el día siguiente.

—Procura no ir por ahí indocumentado.

—Lo mejor será llevarlo al hotel —sugirió Pedro, pero Nicolás no era de la misma opinión.

—Que venga a tomarse unas copas y quizás encuentre a alguien que le alegre la noche y le haga olvidarse de su novia.

El comentario jocoso de Nicolás los animó a pesar de que todavía no habían bebido suficiente.

—Y si llegas una semana más tarde, mejor, así te querrá más.

—Las mujeres necesitan jarabe de palo...

Todos rieron y comenzaron a vanagloriarse de sus aventuras. Para ellos, en su mayoría divorciados o solteros, la obsesión de Mario por su novia rayaba en la ridiculez, y lo mismo hubiera opinado Mario unos meses antes. Recordó con amargura las persecuciones de la rubia Lena, la frialdad que le inspiraba Lucía, las argucias de que se había servido para deshacerse de Sonia, la maestra suicida, y muchas otras que acabaron hastiándolo y aburriéndolo después del primer polvo. Sí, probablemente aquellos hombres sólo habían vivido aventuras y no sabían de la

obsesión de una voz, de una mirada, de una piel, no entendían de la locura por un beso. Quien no ha conocido la nieve no añora los inviernos.

Mario accedió a la propuesta de Nicolás de tomar una copa, necesitaba beber algo, tenía la boca seca y el cerebro seco.

El hotel Maghreb estaba muy cerca del Sabah, pero a simple vista se apreciaba que era de menos categoría, más bullanguero y variopinto. El Maghreb era el submundo nocturno donde iban a olvidar sus penas los hombres que estaban de paso en la ciudad, sin casa, sin mujer, sin ilusiones. Allí se consolaban mutuamente y vivían un simulacro de alegría exagerada, con risas estentóreas y bromas pesadas. Exigían su música favorita, estudiaban la mercancía de las muchachas negras, las palpaban, pedían precios, subían con ellas a una habitación sucia y se revolcaban en la cama sobre las mismas sábanas que utilizaban los otros clientes. Se vaciaban sin ternura en ellas y tal vez —en el momento de correrse— cerrasen los ojos y recordasen las caras de otras chicas que significaron algo en otro lugar, en otro tiempo, en otro mundo. Al abrocharse los pantalones ya habían olvidado lo que los condujo hasta la habitación oscura y remataban la noche bebiendo hasta caer redondos.

En el Maghreb se tomó dos copas seguidas con Nicolás y una cubana que hablaba español y que se había encaprichado de él. Era una vieja conocida de Nicolás y fue ella quien, con ingenuidad y para animarlo, sacó a relucir el tren. Hasta ese momento nadie le había hablado de la posibilidad del tren, pero todos sabían que existía. Él mismo había leído en las guías la importancia del tren que unía Noadheb y Ouarz, el ferrocarril minero construido por los franceses, que atravesaba el desierto. Ese mediodía lo había visto con sus propios ojos en Cansado.

—Pero, mi amor, es el tren más largo del mundo.

Mario recordó la visión huidiza de los vagones interminables.

—Lo vi esta mañana.

Nicolás le aclaró.

—La compañía minera, la SNIM, mueve tres trenes diarios que hacen la ruta Noadheb-Ouarz, y a la inversa. Pero es un tren de mercancías, sólo los negros viajan en las vagonetas.

—Te equivocas, mi amor, hay un vagón de pasajeros. Uno solo, en el tren de las tres.

Mario se cogió a sus palabras como un hierro ardiente.

—¿Y en cuantas horas hace el recorrido?

—Quince, dieciocho, depende. Si se toma el tren de las tres se llega a Ouarz a las diez de la mañana. Es un suspiro, mi amor, y no falla nunca.

Nicolás no lo veía factible.

—El viaje es un infierno. Yo no subiría aunque me pagasen. Ese vagón de pasajeros debe de ir hasta los huevos.

Ninguno de los presentes había hecho ese viaje, pero ésa era la forma habitual de

desplazamiento de los nativos. El tren no era ninguna entelequia, existía y no fallaba jamás. Mario apuró su segundo gin-tonic y vislumbró una esperanza. Antes, por supuesto, debía recuperar su pasaporte y comprar ropa. Desistía de recuperar las maletas, pero intentaría que le devolviesen el dinero del billete de avión. A la mañana siguiente se las tendría con Bessem. Encendió un cigarrillo y aspiró el humo.

El tren era la solución más sencilla, más simple, y se lamentó por no habersele ocurrido antes. No tendría que pelear por el billete y había más de 190 vagonetas vacías y tres convoyes diarios. Sería un viaje caluroso, incómodo, interminable, pero llegaría a Ouarz a tiempo de besar a Ana. A un paso de lograr su objetivo no se arredraría por el calor, la sed o las pulgas. El tren, eso era, el tren.

Buscó con la mirada a sus compañeros y vio que estaban ocupados con las chicas. La cubana había acabado por subir con Nicolás hacia las habitaciones y lo habían dejado solo. El espectáculo le pareció deprimente. Muchachas negras, algunas adolescentes, con la mirada extraviada y las ropas obscenas, exageradamente chillonas. Bebían, fumaban y cruzaban y descruzaban las piernas que los extranjeros acariciaban voluptuosamente, sin asomo de ternura. Todos estaban ocupados y decidió regresar al hotel. Estaba a tan sólo cien metros y no tenía ganas de molestar a sus compañeros ni de esperarlos como un idiota durante toda la noche. Pagó su consumición y compró una lata de cerveza. El bar del Sabah ya estaba cerrado a esas horas y quería beber la cerveza en su habitación, solo, dentro de la bañera desconchada, brindando por Ana y por su encuentro. Le devolvieron el cambio y le dejaron sin nada, apenas le quedaron unas monedas. El alcohol estaba a precio de oro y era un lujo sólo accesible para los extranjeros. Entonces le vio claramente. Vestía impecable, como cuando se encontró con él en el aeropuerto, y charlaba con un tipo gordo de camiseta harapienta que se hurgaba la boca con un mondadientes. Era Rominger y, en ese momento, no parecía precisamente que se relacionase con lo mejorcito de Noadheb. Le miró fijamente, con tanta intensidad, que Rominger, incómodo, giró la cabeza hacia donde estaba él y se cruzaron la mirada unos instantes. Ya fuese por la rapidez con la que Rominger desvió la vista o su gesto inmediato de mirar el reloj, de pronto sintió deseos de acercarse a él y abordarlo. No le había gustado ese desconcierto que leyó en su expresión, tan diferente a la franqueza de que había hecho gala esa misma mañana. ¿Por qué Rominger tenía un billete para Ouarz y él no? Le preguntaría cómo lo había conseguido y también le preguntaría, irónicamente, qué pensaba hacer en el fin del mundo y por qué no le había dicho nada de su viaje cuando se encontraron en la Güera. Llevaba unas copas de más y eso siempre lo envalentonaba. Apartó a una chica que se le acercaba con una sonrisa y chocó contra un marinero ruso que no se aguantaba en pie y que, por eso mismo, se agarró a su camisa y le soltó una perorata emotiva que acabó en grandes lagrimones. Tenía los brazos tatuados y le faltaban dos dientes. Pasaba del llanto a la carcajada yapestaba a vodka. Mario se deshizo como pudo del ruso, pero, cuando lo consiguió, Rominger se había volatilizado. Se aprestó a salir y, una vez

fuera, lo buscó en todas direcciones sin ningún resultado. Posiblemente tenía su *jeep* aparcado o había tomado un taxi, el caso es que se había largado. Mario guardó su lata de cerveza en el bolsillo y comenzó a caminar en dirección al hotel. La noche era agradable. La temperatura era más fresca que durante el día y no soplaban el viento despacible que tanto le había molestado. Todo estaba tranquilo, dormido. A lo lejos se divisaban las siluetas de los barcos anclados en el puerto, las chimeneas de la petroquímica y las montañas de mineral de la SNIM. Se olvidó de Rominger porque al día siguiente viajaría en el tren camino de Ouarz y dejaría atrás esa ciudad absurda y cuando recordara sus miserias se reiría abrazado a Ana. Comenzó a silbar una cancioncilla que interrumpió bruscamente al sentirse deslumbrado por los faros de un vehículo. Se detuvo en seco ante el coche que le cerraba el paso y se protegió los ojos con las manos. Eran policías armados y vestidos con ropas del ejército, llevaban turbantes negros que les ocultaban la cara y se dirigieron a él con aspereza. Le pidieron su documentación y cuando Mario metió su mano en el bolsillo para sacar un billete y salir del apuro, sólo halló la lata fría de cerveza que abultaba enormemente en sus pantalones. Entonces recordó que no tenía dinero y que iba indocumentado, pero esa vez no había nadie cerca que pudiera hacerle de intermediario. Quiso volver al Maghreb para pedir ayuda a sus amigos, pero los policías se lo impidieron. Las calles estaban desiertas y la ciudad, apagada y somnolienta, se le antojó muerta. Cuando le encontraron la cerveza se produjo un gran revuelo. Uno de ellos, el policía que a juzgar por la indumentaria, parecía tener más autoridad, le gritó en francés que el alcohol estaba prohibido y que había cometido un delito. Le registraron con ademanes bruscos mientras le apuntaban con sus armas. Hallaron su cartera vacía y eso fue definitivo. Le comunicaron que estaba detenido. Fue una imprudencia por su parte, pero su reacción fue inconsciente. Recordó los trapicheos del empleado de las oficinas aéreas que se había quedado con sus billetes y los militares que habían aceptado su dinero. Tuvo la certeza de que los policías eran tan corruptos como ellos, como los otros, y tan poco dignos de su atención como cualquier maleante. Se negó a obedecerlos y comenzó a gritar en su lengua apelando a sus derechos internacionales, los amenazó con denunciarlos en el consulado, se envalentonó con las copas que llevaba encima y se cabreó cuando le quitaron la lata de cerveza. Al adelantarse hacia ellos para recuperarla cometió un gran error por el tono, por el gesto, por el desafío.

El culatazo fue limpio, seco y tan rápido que apenas sintió dolor. Cayó de bruces en medio de la arena y quedó inmóvil. Los policías lo esposaron, lo alzaron a peso y lo metieron sin contemplaciones dentro del *jeep* celular. Esta vez, como le había advertido Rominger, no había tenido suerte.

CAPÍTULO 16

Al cabo de tres semanas de la muerte de Tomás abandoné a Darío y me mudé con Sergio a un pequeño piso de alquiler en el centro de la ciudad. Dejé atrás mi vida anterior y me dispuse a reencontrar a la Alicia que perdí durante esos años en que conviví con Darío, a la Alicia que no quería oírse llamar *señora* y que, con el tiempo, se olvidó de sus escrúpulos y se acostumbró a recurrir a las mentiras y los engaños.

Darío, con su nariz contusionada, me escuchó sin parpadear durante mi corto soliloquio. Habían enterrado a Tomás el día antes y él acababa de regresar del hospital esa misma tarde. No quise prolongar más el malentendido y le expuse sin ambages que nuestra vida en común no tenía ningún sentido y que debíamos separarnos. Darío, para mi estupor, reaccionó con una carcajada nerviosa.

No me tomó en serio y fingió no haberme entendido. Cerró los ojos a la evidencia y se empeñó en creer que yo estaba trastornada por haber presenciado un asesinato. No me quiso escuchar. Se sentó a mi lado tomándose las manos con suavidad e invitándome a cenar a un restaurante libanés para reconciliarnos y enterrar el mal momento que estábamos pasando. Me besó las manos con una dulzura empalagosa. Se las arreglaría para tomarse unos días libres y salir a navegar con el yate. Sergio, él y yo haríamos un crucero por el Mediterráneo y regresaríamos como nuevos. Él también necesitaba unas vacaciones, la Subdirección y sus continuos viajes a Madrid le habían tenido demasiado ocupado y reconocía que tenía olvidada a su familia. Darío, cuando se lo proponía, podía llegar a ser muy convincente. Había aprendido mucho con sus diplomacias de despacho. Se había convertido en un charlatán y pretendía venderme la pócima de la familia feliz que nunca fuimos. Yo nunca pisé ese yate que se compró en contra de mi voluntad y él nunca tuvo tiempo para navegar y tampoco tuvo mala conciencia por no dedicar ni un minuto de su tiempo a su hijo, aunque nada de eso tenía ya importancia. Quería confundirme, pero me levanté a tiempo de su lado y le respondí que buscaría un abogado y que tramitaría una demanda de separación. Subí a la habitación con el corazón en un puño y me encerré con llave sabiendo que el momento más difícil aún no había llegado. Efectivamente, cuando Darío se dio cuenta de que no podía entrar en la habitación aporreó la puerta como un loco y gritó conminándome a que le abriera. Sergio se despertó y tuve que abrir para correr hacia su cama y calmar sus lloros. Me abracé a Sergio y miré a Darío de soslayo. Había perdido la serenidad y tenía el rostro congestionado y las manos

rojas de golpear la puerta. Me asusté, pero no quise que él se diera cuenta de que le temía y, aunque estaba muerta de miedo, levanté la cabeza y le sostuve la mirada. No me resultó nada fácil. Estaba tan trastornado por esa ofensa de cerrarle la puerta que creí que me pegaría. Pero hice bien en no bajar la cabeza. Aquella noche dormí en la habitación de Sergio y Darío tuvo que conformarse con nuestra cama, demasiado grande para él. A pesar del susto me convencí de que sus gritos y sus golpes eran una expresión de su desamparo. Había intuido que por primera vez yo iba en serio.

De buena mañana se presentó mi madre en casa pidiéndome explicaciones. Darío la había telefoneado para ponerla al corriente de mi desafío y ella había venido a reñirme como si yo fuera una niña. Me pidió que recapacitase y le contesté que llevaba diez años recapacitando y que todo estaba muy claro. Mi madre se sentó en el balancín lamentándose y repitiendo la cancioncilla de sus presentimientos. Sabía que tarde o temprano yo cometería una locura y tiraría por la borda los logros de tantos sacrificios. Supongo que se referiría al balancín, a la casa y a la cuenta corriente de Darío.

—Siempre fuiste una loca, Alicia, una loca rematada.

Mi madre fue el primer obstáculo que tuve que salvar y no fue fácil porque, a su manera, a la manera de las madres, lo estaba pasando mal y yo no era del todo indiferente a la idea de que ella sufriera por mí. Librarme de ella y convencerla de que mi separación no era asunto suyo me supuso un mal trago.

Me puse en contacto con un gabinete de abogados y la conversación que mantuve con ellos fue tan deprimente como la que había tenido con mi madre. Al saber que mi marido tenía propiedades y dinero me propusieron demandarlo y pedir compensaciones económicas. Me aconsejaron que no fuera tonta y que actuase con astucia para llevarme un buen pedazo del pastel. Me marché asqueada. No quería dinero, propiedades, pensiones ni derechos sobre nada excepto sobre mi hijo. Lo único que deseaba era romper un contrato y empezar de nuevo.

Esa tarde Darío llegó mucho antes de lo previsto. Me trajo un ramo de flores y volvió a proponerme una reconciliación. Metí a Sergio en la cama, telefoneé a una canguro y acepté ir a cenar con él para evitar que el niño se enterase de nuestras disputas. En un lugar público, Darío no se atrevería a montar un escándalo.

Procuré ser más sincera que el día anterior. Le di todo tipo de argumentos para que comprendiera que ya no le quería, que continuaba con él por costumbre, que disentía de él en todo, que nuestra vida en común era vacía y falsa, que él mismo se hacía un flaco favor admitiendo que yo fingiese ser su esposa sin desearlo. Hacia los postres pareció entender. Le chispearon los ojos y musitó por primera vez:

—O sea, que te quieres separar de mí.

Yo asentí aliviada. Por fin entraba en razón. De pronto su voz sonó glacial.

—¿Quién es él?

Fue como un jarro de agua fría.

—No hay ningún hombre.

Darío no parpadeó. Se había asido a la única explicación plausible. Yo le dejaba por otro.

—¿Quién es tu amante? ¿Le conozco?

Me esforcé por aparentar tranquilidad, pero otra vez me daba miedo.

—Darío, no tengo amantes. No me he enamorado de ningún otro hombre. Quiero vivir sola, con Sergio.

Darío cruzó los dedos de las manos, como rezando. Suspiró con un gesto conmisericordioso, actuando en una pantomima que debía representar para otros a menudo, reconociendo o dando por supuesto que él lo sabía todo y que sería generoso conmigo, condescendiente, invitándome a sentirme cómoda con él para confesarme e implorar su perdón.

—Venga, Alicia, te conozco, te conozco muy bien, y no creas que no te entiendo. En las parejas sucede, se tienen aventuras, *flirts*, pero eso no supone tirar por la borda un matrimonio. Si nos falta la confianza, ¿qué nos queda?

Estaba mareada. Otra vez intentaba llevarme a su terreno y en su terreno me hacía perder pie. Decididamente no había diálogo posible.

—Me da igual lo que creas. Me puedes poner un detective si te apetece, pero cuando haya iniciado el trámite de separación alquilaré un piso y me iré a vivir con Sergio.

Me levanté de la mesa y lo dejé solo, con la mirada perdida, estupidizado.

Cogí un taxi y, al llegar a casa, me encerré en la habitación de Sergio. Hice bien. Lo oí llegar horas más tarde dando traspies. Me llamó, me buscó por la casa, trastabilleando, gritando mi nombre con la lengua pastosa, hasta que vi horrorizada cómo giraba lentamente el pomo de la puerta y tuve arrestos para advertirle que no continuara porque no pensaba dormir con él. El pomo se detuvo y oí el ruido sordo de su cuerpo caer al suelo, y lo imaginé arrodillado, derrumbado por su derrota. A través de la puerta me suplicó que no me fuese, que no le abandonase, que volviese a nuestra cama.

Me hizo llorar. Sentía cómo las lágrimas me traicionaban y salían a borbotones, silenciosas, saladas. Darío estaba sufriendo y no fingía, pero yo no podía darle mi amor porque no lo tenía.

Entonces supe por qué no le había dejado antes. Darío me retuvo siempre, me había asido aquella noche en el baile y nunca más había soltado mis manos. Para mí fue muy doloroso saberme querida, hubiera sido preferible que Darío estuviese aburrido de mí como sucedía en tantos y tantos matrimonios.

Aguanté unos días más, mientras intentaba localizar infructuosamente un abogado que mereciese la pena. Por fin hallé un gabinete que accedió a pedir llanamente la

separación por incompatibilidad de caracteres. Yo hubiese deseado añadir más matices, me parecía demasiado simple, demasiado pobre. Si hubiese estado en mis manos legislar, hubiera introducido como motivos de separación la incompatibilidad de ideologías, de ambiciones, de valores, de escrúpulos... pero los contratos matrimoniales deciden sobre las relaciones personales simples. ¿Éramos realmente incompatibles Darío y yo? ¿Estábamos incapacitados para comer juntos, bailar juntos y dormir juntos? Nuestra incompatibilidad iba más allá de los hechos tangibles. Eran nuestros sueños y nuestras éticas los que en realidad eran incompatibles. Demasiado complicado para las leyes y para mi madre, sobre todo para mi madre, que con los años se había encaprichado de una tesis absurda según la cual Darío y yo éramos complementarios precisamente por nuestra diferencia de caracteres. Cuántas sandeces se han dicho y se han escrito sobre los contrarios perfectos. La teoría del yin y el yang, la atracción de los polos opuestos, palabrerías que nunca se corresponden con las pequeñas realidades comprendidas en el reducido espacio temporal de una charla. Darío y yo no teníamos nada que decirnos, nada que comunicarnos porque hablábamos lenguajes diferentes sin intersección probable.

Yo evitaba a Darío y ya no nos dirigíamos la palabra, pero su presencia fantasmagórica, poblando todos los rincones de la casa, surgiendo de improviso de donde no le esperaba, con su mirada cargada de reproches y de odio, me hacía vivir en un constante estado de ansiedad. En seguida descubrí que, de buena mañana, un tipo gordo y sudoroso se apostaba en la acera de enfrente de casa y subía a su Renault blanco en cuanto yo arrancaba mi coche y me esperaba a la salida del trabajo atisbando desde los cristales de una cafetería. Adiviné que había contratado un detective. Al poco vino a visitarme su abogado y me comunicó que Darío, en el caso que yo siguiese adelante con mi idea, estaba dispuesto a reclamar la custodia de Sergio y a impedir que me lo llevase. El abogado era un joven que disimulaba su calvicie peinándose con gomina y leía sus papeles en un tono contundente, con la rutina del que se sabe poderoso y cuya tarea consiste en amenazar. Un personaje tan tenebroso y poco recomendable como el suizo, aquel amigo de Darío que, en una ocasión, invitó a casa a cenar. El suizo parecía elegante y educado, pero bajo esa apariencia de *gentleman*, puro barniz, se ocultaban las maneras rudas de un hombre sin escrúpulos. Estudiaba los objetos y los muebles de la casa con avaricia y me desnudaba con la misma mirada lujuriosa con que se servía generosamente el vino de reserva en su copa. Con Darío, sin embargo, fingía una mansedumbre empalagosa, ficticia. Temí que si Darío le daba la espalda, confiado, se abalanzaría sobre él con un cuchillo en la mano, saquearía sus bienes y huiría con el botín. El suizo me causó desazón y le pedí a Darío que no le invitase más a casa. Darío se rodeaba de esbirros turbios, como Saavedra, como el suizo, como el detective, y ahora azuzaba a su abogado, un niño pretencioso y engreído, contra mí, para intimidarme y

coaccionarme sirviéndose de Sergio. Eso era sucio. Darío quería asustarme, y lo consiguió.

A partir de aquel momento, el día a día se convirtió en un infierno. No fui capaz de hacer las cosas ordenadamente. Una noche —a salvo del detective y aprovechando una ausencia de Darío— cogí mi coche, tomé a Sergio, ya dormido, y a *Gilda* y me refugié en casa de Garla. Carla me recibió con los brazos abiertos y me prometió imposibles. Carla siempre fue optimista y un poco ilusa. Cuando me abrió la puerta a las cuatro de la madrugada, me vio cargada con la maleta, el niño y la gata y supo que un detective me seguía los talones y que un abogado me demandaría, se emocionó e intentó compensarme de todos los sinsabores de nuestra amistad. Conociendo a Carla, sabía que ese su lado peliculero no duraría mucho y que la euforia se desvanecería tan pronto comenzase a agobiarse por los lloros del niño, los pelos de la gata y las llamadas de un ex marido celoso. Apreciaba a Carla y sabía hasta dónde podía abusar de su hospitalidad. Gracias al paréntesis de tranquilidad que tuve en su casa conseguí encontrar un pequeño piso de alquiler y comprar cuatro cosas imprescindibles para trasladarme a mi nuevo domicilio. Carla no llegó a agobiarse porque desaparecí con suficiente presteza de su casa dándole así la oportunidad de añorar el bullicio de cada mañana y el vacío de nuestra ausencia. Nos despidió enternecida y se ofreció para ayudarme en lo que hiciese falta. Le tomé la palabra y luego me olvidé de su ofrecimiento. Las peripecias a caballo de la separación fueron nimiedades comparadas con todo lo que sucedió luego. Ese invierno lo pasé asustada, escuchando tras la puerta, pasando el cerrojo, parapetándome en mi soledad y sintiéndome aún más indefensa. Me curté con lágrimas y sollozos contenidos, con desengaños y decepciones. No volví a ser nunca aquella Alicia que, como *Gilda*, maullaba desde su terraza sin atreverse a penetrar en la oscuridad. Ese invierno supe lo que era la oscuridad.

Fue un invierno caliente y pegajoso que cubrió la ciudad de fango. Las arenas del sur, transportadas a lomo de nubes plomizas, cayeron sobre nuestras cabezas como en las plagas bíblicas. La primavera anterior había sido seca, el verano había incendiado bosques, el otoño había nacido apagado y árido y cuando por fin, a mediados de invierno, los cielos se nublaron, levantamos la cabeza esperanzados con la ilusión de recibir el agua, pero sólo llovió fango y el aire continuó siendo sucio y espeso. Yo también me sentía sucia y lavaba mis manos para limpiar la huella de las caricias que prodigué a Darío y para olvidar que fueron las mismas que apretaron la mano temblorosa de Tomás, abrieron la puerta de su apartamento y robaron unos documentos manchados de sangre.

Guardé el disquete de Tomás en mi caja fuerte del banco, junto con documentos a los que nunca había dado importancia. De pronto, la caja fuerte y la llave que me pertenecía sólo a mí cobraron una importancia desmedida. Nadie debía conocerlo

nunca. Ni yo misma. Podría haberlo destruido, pero no me sentía capaz. Me lo impedían el recuerdo de Tomás y su muerte. En las palabras grabadas en ese pequeño disquete se resumía el sentido de la vida de un hombre bueno y no tenía valor para borrarlas y matar a Tomás por segunda vez. Sin embargo, tampoco podía leerlas. ¿Por qué? Supercherías, me decía a mí misma, pero lo cierto era que no estaba preparada para descorder el velo de un pasado próximo, casi un presente inmediato, que me revelara crudamente la verdad sobre el hombre que yo había elegido entre millones de hombres para compartir mi vida. Prefería el engaño o la duda. La duda siempre es piadosa y en su vaivén nos transporta de la luz a la oscuridad dejando en el hueco sinuoso de los estados anímicos una esperanza fugaz. La verdad es cruel. No quise ver a mi padre muerto, no querré ver nunca a ningún muerto ni tendré valor para contemplar la palidez de su rostro yerto. Era cobarde y prefería la duda y el engaño antes que aceptar la irreversibilidad. No quise acercarme a Tomás, no pude dar un paso hacia el charco de sangre que manchó el vestido de aquella muchacha. Cerré los ojos como los cerré después para no ver a Darío y aceptar que conviví con un espectro, un hombre que con la misma boca que me besaba dictaba palabras muertas y ordenaba la muerte de otros. No, no podía y no podría nunca aceptar que yo también había estado muerta durante diez años porque había compartido la cama con un cadáver. Dudaría siempre de Darío y eso me produciría inquietud, asco, pero me aferraría a la esperanza de que tal vez no fuese cierto. Si leía los documentos que recopiló Tomás, perdería mi pasado y sentiría vergüenza de mí misma. No, no pude hacerlo porque yo era lo más valioso que tenía y me necesitaba.

Darío me localizó fácilmente y me hizo una visita por sorpresa a mi nuevo domicilio. No pude invitarlo a café porque no tenía cafetera. Bajaba siempre que podía a la cafetería de la esquina y así me distraía de mi encierro con Sergio y *Gilda*. Me gustaba oír las conversaciones ajenas. Así, entre extraños, me sentía acompañada y el lenguaje me salvaba de la locura pasajera. Paladeaba mi café, escuchaba palabras fuera de contexto y conversaba con el camarero sobre nimiedades. Ese ritual me reconfortaba de las noches silenciosas sin teléfono y sin nadie a quien explicar mis angustias, mis temores, mis estupideces. Debía ir acostumbrándome a mi soledad y aprender a tapan los huecos del silencio con recursos prácticos. No podía explicar nada de eso a Darío y cuando se extrañó de que no tuviese cafetera le mentí para simplificar las cosas diciendo que mis gustos habían cambiado y que ya no tomaba café. Darío se sorprendió. Quizás no esperaba que fuera capaz de prescindir jamás del café, del teléfono ni de la comodidad de nuestra casa, aunque creo que lo más inexplicable era que pudiese prescindir de él.

Me habló con suavidad impostada y me pidió que volviese, que el niño y yo éramos lo único que tenía y que sin nosotros no merecía la pena continuar viviendo. Se me hizo un nudo en la garganta y tuve deseos de tomar un trago de café amargo

para disolverlo. Le ofrecí un coñac y bebimos sin decirnos nada. Le estuve observando de reojo. Darío me quería, seguramente me quería, pero no podía ceder a sus súplicas. No le amaba. Tampoco sentía resentimiento ni odio. Hubiera sido más fácil tener deudas pendientes, reproches, pero no quería entrar en ese juego. Hubiera significado regatear el precio de un matrimonio que ya no me interesaba porque había perdido todo su valor. Hubiera sido ceder a la trampa que me tendía y volver a sentirme prisionera de mis contradicciones.

Le respondí que no sería nunca más su esposa. Perdió la compostura y comenzó a gritar. Esta vez estaba en mi propia casa y le rogué que se marchase y que no me molestase más. Calló en seco y cacé al vuelo su ira contenida, y en ese instante lo creí capaz de todo. Volvía a ser el hombre entero que presidía consejos de administración y firmaba despidos y presupuestos. Bajó dignamente la escalera pronunciando una frase cargada de amenazas.

—Tendrás noticias mías.

No era fanfarronería, lo conocía lo suficiente para saber que las amenazas se harían realidad. Darío me odiaba quizás porque me amaba y eso era mucho peor que mi indiferencia. Me dejó intranquila, sumida en un mar de incertidumbres, temiendo el nubarrón que se aproximaba y que ensombrecería mi futuro. Esa noche dormí abrazada a Sergio. Su calor y su respiración pausada me infundían tranquilidad. Permití que *Gilda* trepase por la colcha y acaricié su lomo. La gatita ronroneó y lamió mi mano. Jamás había dormido acompañada por dos seres que me amaban por encima de todo y que confiaban plenamente en mí. No carecía de afectos, pero si algo sucedía, ni *Gilda* ni Sergio podrían serme de ayuda. Con su amor y su lealtad no tenía suficiente. En realidad estaba sola, muy sola.

CAPÍTULO 17

Mario abrió los ojos en una celda angosta y pobremente iluminada. Se hallaba recostado sobre un jergón y, al levantar la vista, chocó con una mirada opaca. Junto a él había otros camastros ocupados por hombres que yacían dormidos o simplemente atontados. En un principio no supo dónde se hallaba, no podía recordar nada de lo sucedido, pero cuando intentó incorporarse sintió un agudo dolor en la nuca y le vino a la memoria, como un fogonazo, el gesto del policía con el arma en ristre y los ojos entornados, muy juntos, las pupilas dilatadas por la penumbra, la culata cada vez más cerca de su cabeza. Palpó su herida y movió el cuello con precaución. Estaba entumecido e hinchado y bajo la nuca pegajosa quedaban restos de sangre seca. El golpe le causó una herida superficial y una fuerte conmoción. ¿Cuántas horas llevaba inconsciente? Alzó su muñeca para consultar su reloj, pero se lo habían quitado, y de pronto le atenazó la angustia de saberse prisionero, sin reloj, sin tiempo, sin poder acudir a la cita con Ana.

Era un sueño, probablemente todo fuera una pesadilla. Si cerraba los ojos los abriría en su apartamento, junto a Ana, aún soñoliento y con la piel adormecida. Hallaría su cuerpo de melaza acoplado sin resquicios a su forma, cálido, ofreciéndose ingenuamente a su deseo creciente. Palparía el libro que dejó abierto sobre la cama, acariciaría sus nalgas y sus piernas de seda y la despertaría rozándole los labios, robándole un beso.

Oyó unas voces que se acercaban y abrió los ojos sobresaltado. Continuaba detenido, en Noadheb, a setecientos kilómetros de Ouarz, sin documentación, sin dinero y herido. En esos breves instantes de lucidez tuvo el presentimiento de que había perdido a Ana definitivamente.

Contuvo la respiración. Las voces se acercaban, imposible saber de quiénes procedían, pero se acercaban. Desde el limitado ángulo que le permitía su camastro apenas podía vislumbrar los barrotes de la celda. Las voces abrirían la puerta y penetrarían en su cubículo y él, postrado e inmóvil, se hallaría a merced de aquellas voces sin oportunidad de identificarlas con unos rostros, unos gestos. Sólo voces. Sonidos graves en una extraña jerga. Las voces se alzaron, se enzarzaron y quedaron prendidas la una en la otra, confundidas en el tono, en la elocuencia y la aparente incoherencia en que una fonética extranjera se metamorfosea a los oídos de un foráneo. ¿Qué decían? En el peor de los casos decidían su futuro inmediato. Las voces, acompasadas por el ritmo de los zapatos, tan pronto se escurrían pasillo arriba como parecían grávidas y próximas.

Jugaban. Debían de jugar. Era sólo un juego para atemorizarlo. Jugaban a las voces fantasmagóricas que tanto gustan a los niños porque despiertan en ellos el puro placer primario del miedo. Eran conscientes de jugar con él y con su miedo y se escondían, hurgaban en los rincones, se encaramaban al tejado, se filtraban por los resquicios de las ventanas y se reían de él y de su ridícula situación, se mofaban de su ingenuidad y su premura por un beso mortal. Eran las mismas voces que oyera aquella noche de cobertizo a oscuras en que fue sorprendido con Susana. Las pupilas dilatadas, la piel ardiendo, los *jeans* comprometedores lanzados de cualquier manera y ambos escudados tras la vieja bicicleta, con el corazón en un puño y el sexo a medio saborear. Eran las voces tumultuosas de una manada de ballenas rosas remontando el río. Y entonces pudo reír y rió hasta que le saltaron las lágrimas, y su risa era tan gruesa que uno de sus yertos compañeros lanzó un respingo de sorpresa. Sus carceleros eran ballenas rosas. Absurdo como la vida y la muerte, como ese matiz que separa la tragedia de la comedia y que había sabido modelar a su gusto a lo largo de su experiencia como médico. Para sobrevivir se reía de la muerte, bromeaba con el dolor y la desesperación ajenos, parodiaba la tragedia y la tornaba procaz. Él era procaz y ése era un arte que no debía olvidar jamás. Agitado por su risa y conmovido por la imagen corpórea de las ballenas surcando las aguas azules, dejó de oír las voces. Con las voces se esfumaron sus inquietudes y se sintió extrañamente confuso sin poder aseverar quiénes eran. Su nombre era Mario, Mario Serna. Recordó al muchacho entusiasta, de ojos brillantes, descubriendo el mundo ante él, el mundo que olía a bollo recién hecho, apetecible y fácil.

Comenzó con Susana, la vecina que guardaba la bicicleta en el cobertizo de los abuelos. Él tenía por entonces un bozo incipiente y una voz granulada que le hacían parecer mucho mayor. Susana balbuceaba palabras incomprensibles y se sujetaba a su camisa con espanto, con un espanto fingido y delicioso, mientras le susurraba «no creo que me quepa toda», y eso ya era más que suficiente para sus dieciséis años y su masculinidad recién estrenada. Susana y su bicicleta eran el verano de cuando aún cabeceaba el sol en el crepúsculo y se ponía cansino tras las montañas de púrpura y el aire soplaba fresco y perceptible. Él sobre Susana y los *jeans* dejados de cualquier manera, lanzados en plena locura, delatándolos —sobre el manillar de la vieja bicicleta o junto a la caja de herramientas del abuelo—, se imprimían en una postal de adolescencia. Lamentó no haber sido más sabio y no haber detenido el tiempo. Ahora no podía reproducir con exactitud el color de sus mejillas ni el vaivén con que la brisa ondeaba su flequillo de sube y baja, ni tampoco sus gemidos ni sus súplicas aprendidas en los cines de barrio. Todo resultaba lejano y opaco y se confundía con el vértigo de miles de mejillas sin distancia y de gemidos trabajados con esmero. Los sorprendieron. Las voces los sorprendieron y hallaron sus *jeans* y los padres de Susana contemplaron con estupor sus cuerpos desnudos y sus pupilas dilatadas y Susana se esfumó para siempre.

El invierno fue Proust y la melancolía. Sufrió el agujijón de la letra impresa y la

locura de los lomos que se ofrecían obscenos en los estantes de la biblioteca de don Ramón. Prometedores, fascinantes títulos que le hicieron olvidar la vieja bicicleta y le hicieron intuir la complejidad de la palabra y las posibilidades infinitas con que Occidente había apurado el limitado alfabeto de cuarenta y ocho caracteres. En los libros, sumergido en ellos, buceando entre sus aguas turbulentas y ansiando poseerlos todos, descubrió el deseo. Luego los sustituyó por los tratados de anatomía, el pragmatismo y las autopsias. Poco a poco se fueron fundiendo las estaciones, pero él estaba al margen del tiempo y de las incidencias de la climatología y no se indignaba por la desaparición de los crepúsculos ni por la pérdida de los reflejos cobrizos del otoño en los bosques de hayas. Saciaba su hambre y su sed con la inconsciencia del inconsciente y hacía oídos sordos a los catastrofismos mientras se paseaba sobre Elena, María, Vanessa y a través de salas de hospitales y quirófanos estériles.

Nunca supo si su locura fue pasajera o la alimentó durante años. Un torbellino de citas y de rostros en una memoria amenazada por el olvido hasta que, de pronto, un día nació la inapetencia, otro el hastío. Abrió los ojos, bostezó y vio con asombro que su ciudad había sido devastada y su mundo, el que había conocido de niño, se venía abajo. Se abandonó al desencanto, abjuró de la eternidad y perdió la esperanza de un futuro próximo. Sin planteárselo, se sintió presa del destino y trabado hasta la tumba en la trampa mortal de la supervivencia oblicua. La mirada de perfil, la rutina que todo lo puede camuflada bajo la apariencia de Pierre, de Lena, del Luis Ventura, de Darío.

Hasta que llegó Ana, con su bicicleta recién pintada, su primavera al hombro y el atardecer olvidado en el cabello. Ana, con su dulce despertar de cada mañana oliendo a jabón, fue quien le trajo a Proust de nuevo hasta su cama. Ana creía en un futuro que restituiría el sentido común y barrería ese orden absurdo que se había impuesto a la lógica y a las personas, al planeta y a la vida. Mario no la escuchaba mientras besaba su nuca y recorría con sus labios su piel tersa y dorada. Pero Ana no hablaba en vano, aunque Mario no la escuchase, porque la música de su voz lo hipnotizaba y lo transportaba a otros tiempos y, sin saberlo, le proporcionaba la paz que creía olvidada. Hubiera deseado reproducir los monólogos de Ana y anotar todas sus palabras para leerlas degustándolas una a una, como un racimo de uvas maduras, pero sólo podía rememorar el sabor de su piel y la suavidad de su tacto. Ana trajo de nuevo a Proust hasta su cama y le restituyó la memoria. Por eso la buscaba obcecado, sin saber a ciencia cierta si le movía la pasión o la locura. Ana le hechizó y le hizo concebir dudas sobre la evidencia de la soledad metafísica. Había llegado a creer confusamente que Ana y él eran una misma materia que vulneraba las leyes físicas, una conjunción de astros que habían equivocado su órbita y se habían fundido en el firmamento, azarosamente.

Transcurrió el tiempo sin que pudiera medirlo porque, careciendo de reloj,

ignoraba si era de día o de noche. No le dijeron nada, no le acusaron de nada y cuando le ofrecieron una escudilla de puré nauseabundo, que se negó a tragar, agarró al policía por la manga y le exigió hablar con un abogado. Pero el carcelero se encogió de hombros y se escabulló. Mario lanzó su escudilla al suelo y gritó y gritó, pero sólo consiguió que sus compañeros de celda le arrojasen sus sandalias y se riesen de él. Bebió agua, entrecerró los ojos e intentó dormir para evitar pensar y enloquecer.

Cuando lo despertaron y le obligaron a levantarse se sentía muy débil, por su ayuno, por la contusión. Le ardía la cabeza y estaba comido por las pulgas. Dos policías le llevaron en volandas por un pasadizo pestilente como una cloaca, y lo soltaron en una sala de techos bajos y ventanucos con barrotes oxidados. Habían dejado atrás la penumbra y Mario se protegió los ojos con las manos, deslumbrado, evitando la claridad del día que era demasiado intensa, y oyó un «Hola, ya estás libre» formulado por una voz desconocida y cordial. Queriendo caminar hacia esa voz amiga, dio un traspies, con las piernas que apenas le sostenían, y cayó de bruces. Desde el suelo levantó unos milímetros la cabeza, lo justo para preguntar:

—¿Qué día es hoy?

—Trece, lunes trece.

No podía llorar, no sabía llorar, pero tuvo un acceso de rabia e impotencia tirado en el suelo y no reparó en que estaba muy sucio, plagado de colillas, de esputos secos, de polvo. Apretó los puños y golpeó con los nudillos hasta hacerse sangre, y Carlos, su oportuno salvador, le tuvo que sujetar las muñecas y pedir ayuda para levantarlo y para evitar que se hiciese más daño.

Carlos, el artífice de su libertad y un desconocido hasta ese día, le confesó que se asustó al verlo y creyó que estaba más grave de lo que suponía. Le había costado una mañana entera llegar a un acuerdo con el subjefe de policía para que lo dejaran en libertad. Discutieron sobre los delitos que había cometido Mario y por los que, según el subjefe, tendría que cumplir pena de cárcel, ya que ellos no hacían distinciones entre extranjeros o autóctonos y Mario había infringido la ley por su tenencia ilegal de alcohol y para colmo había agredido a la policía. El cónsul estaba de viaje y el vicecónsul se hallaba demasiado entretenido remozando su nueva casa y se desentendió del asunto hasta el regreso del cónsul. Carlos, a solas, tuvo que hacer uso de toda su astucia y todas sus influencias para conseguir que pusiesen en libertad a Mario. Finalmente, tras haber subido el rescate por su cabeza al doble de su valor inicial, el subjefe firmó su puesta en libertad y metió prisa a Carlos para que se llevase de una vez al español porque era un alborotador y los tenía hartos.

Carlos ayudó a subir a Mario en su cuatro por cuatro y lo llevó hasta su casa. Allá Hatu, su sirvienta, le ayudó a desnudarlo y a lavarlo y entre los dos le obligaron a comer una sopa y un yogur. Carlos era corpulento, de tez morena y cabello castaño, y,

por comodidad, en casa le agradaba pasear con unos amplios calzones bereberes y lucir el torso desnudo. Aparentaba ser más joven de lo que en realidad era. Había cumplido los cuarenta y mientras se ocupaba cariñosamente de Mario le fue explicando que nada de lo que veía era suyo puesto que todo, desde el *jeep* hasta la sopa, estaba subvencionado. Su trabajo consistía en dismantelar lo que fue su vida durante tres años y quemar sus sueños en una hoguera financiada con fondos europeos. Carlos era —mejor dicho, había sido— el responsable de un proyecto de investigación sobre las focas monje. El objetivo final era reinsertar una pequeña colonia de focas monje en el archipiélago canario. Después de su extinción en aguas mediterráneas y dado que en Cabo Blanco, en las mismas costas de Noadheb, vivía la última colonia de focas atlánticas, existía la esperanza de que la especie no se extinguiera, pero hacía tan sólo seis meses había muerto más de la tercera parte de focas adultas a causa de una plaga de algas tóxicas. Fue algo imprevisto que dio al traste con la continuidad del proyecto. Consideraron que no era viable y se acabaron las ayudas. Hacía tan sólo quince días que los últimos miembros del equipo se habían despedido de Carlos y habían regresado a su país y Carlos, solo, continuaba cobrando para tirar abajo el edificio que construyó día a día, durante tres años. Fueron tres años confiando siempre en la suerte, en el azar, hasta que finalmente el azar le jugó una mala pasada y le dejó con las manos vacías y la sensación extraña, amarga, de haber invertido demasiadas energías en una empresa fantasma. Mario le escuchaba a duras penas, luchando por mantenerse sereno y dilucidar lo que podía suponer para él y para Ana esa cita fallida. Le habló inconexamente de la cita de Ouarz del día 12, de lo importante que era, evitando hablar de Ana, pero Carlos le recomendó que no pensase en nada y continuó charlando y distrayéndolo hasta que su voz y sus cuidados lo narcotizaron. Mario se dejó invadir por una vaga sensación de bienestar que acabó por vencerlo. Cayó cuan largo era sobre una cama vacía y olvidó sus pesares abandonándose al sueño como un niño.

Mario había dormido, se había duchado, afeitado, vestido con ropa limpia de Carlos, y estaba sentado ante una mesa servida para el desayuno que había preparado silenciosamente Hatu. Todavía conservaba un tenue color ceniciento en su rostro y se sentía el cuerpo dolorido, pero esa mañana, al despertar, había tomado una determinación.

Carlos entró en la sala cargado con unas maletas y acompañado por un muchacho de rasgos bereberes. Las dejó caer en el suelo con estrépito, satisfecho, y atravesó la sala a grandes zancadas. Se sirvió café y mostró a Mario, con un gesto, su trofeo polvoriento.

—Tus maletas.

Mario estaba tan convencido de haberlas perdido definitivamente que ni tan sólo se alegró. Le pareció que en sus maletas no había nada estrictamente necesario y que

eran un estorbo. A pesar de eso disimuló y fingió alegrarse.

—Bebe el café, que aún estás dormido. Tengo mejores noticias y prefiero que las escuches despierto. —Se dirigió al muchacho—: Hamdi, ven a desayunar con nosotros.

Le presentó a Hamdi como su ayudante, aunque no fuera biólogo ni entendiera de focas. Mario no acabó de comprender cuál era su tarea, pero le saludó y le ofreció unas tostadas.

Carlos puso encima de la mesa su pasaporte, le acercó unos papeles y un bolígrafo y le indicó con el dedo dónde debía firmar.

—Firma aquí y aquí. Los datos ya los escribiré yo mismo. Es el recibo de conformidad por haber recuperado tu equipaje.

Mario estaba asombrado por la rapidez con que Carlos había resuelto todos sus problemas.

—¿Recuperaste el dinero de la caja del hotel?

Carlos cruzó una mirada rápida con Hamdi que Mario interceptó pero que no supo interpretar. Buscó en sus bolsillos y extrajo un sobre abultado repleto de billetes y una factura.

—Comprueba si falta algo. He pagado tu cuenta y he regateado por la noche que no estuviste.

Mario estaba intrigado.

—¿Cómo supiste que estaba detenido?

Carlos hizo un gesto vago.

—Aquí se sabe todo.

Mario sentía una indignación sorda por el atropello, la misma que le hizo lanzarse al suelo y lastimarse cuando se enteró de que el día 12, el día de su cita, mientras Ana le había estado esperando inútilmente en Ouarz, él se encontraba inconsciente en una celda a setecientos kilómetros de ella. Era una rabia infantil, obstinada en rechazar lo que a todas luces era absurdo e injusto. Ese mundo que había pisado hacía tan sólo unos días se le había manifestado incomprensiblemente hostil. Sentía rencor por las túnicas azules, los rostros negros, la fonética árabe y los modales turbios que habían obstaculizado su encuentro con Ana.

—Son unos hijos de puta. No me dieron explicaciones, no me interrogaron, no me concedieron un abogado.

Carlos dejó de comer unos instantes y Hamdi tosió.

Mario, de pronto, se avergonzó. Hamdi tenía que haberse sentido por fuerza ofendido por sus diatribas. Se disculpó.

—Lo siento, yo...

Carlos le interrumpió.

—A partir de ahora Hamdi se ocupará de ti. ¿Qué piensas hacer?

Mario había tomado su decisión esa misma mañana.

—Tomaré el tren para Ouarz hoy mismo, a las tres.

—¿Estás en condiciones?

Mario asintió. Tenía un ligero dolor de cabeza y se sentía el estómago revuelto y las piernas débiles, pero no estaba enfermo.

Hamdi se dirigió a Carlos y se despidió. Le habló en árabe con contundencia, luego ofreció la mano a Mario y le dijo que lo pasaría a recoger más tarde. Carlos quedó indeciso.

—Hamdi quiere que te explique lo que sucedió en el hotel.

Mario se extrañó. Carlos se sirvió más café.

—Me dijeron que la noche que no fuiste a dormir se presentaron unos tipos preguntando por ti. Sabían que ibas indocumentado. Entraron en tu habitación y te estuvieron esperando. Por suerte no apareciste, pero en el hotel Sabah todos creen que les mentiste y que estás metido en líos.

Mario quedó lívido. Le costó interpretar lo que Carlos le había explicado tan sucintamente.

—¿Quieres decir que me buscaban? ¿Para qué?

Carlos chasqueó la lengua cansadamente.

—Por favor. Estamos solos, quizás no te acababas de fiar de Hamdi, pero no hace falta que continuemos fingiendo. Prefiero que hablemos claro. ¿Sabían que venías? ¿Te siguieron la pista?

Mario estaba tan atónito que no acertaba a responder.

—¿Quién? ¿De qué me estás hablando?

Carlos se irritó.

—Quizás seas muy importante y les hagas mucha falta y quizás yo sea un mierda que sólo sirve para sacar a gente importante como tú de los atolladeros en que se meten, pero escúchame bien, me conozco esto como la palma de la mano y nadie pregunta por nadie si no va informado. ¿Me explico?

Mario tomó aire, respiró una vez, dos, y por fin contestó de la forma más pausada que supo:

—Creo que hay un malentendido.

Carlos explotó.

—Yo también. Hay muchos malentendidos, demasiados. No creas que es fácil para mí tragarme el orgullo y enviarte sano y salvo con todos los honores mientras recibo una patada en el culo como pago a mis servicios. Sé que no me perdonan lo de Benedetto. Carlos el de las focas es un patán. Sé que piensan eso de mí y por eso los prefieren del norte, aunque sean tan idiotas que se dejen detener con una lata de cerveza en el bolsillo, sin documentación, y se lían a tortazos con la poli nada más llegar. A eso se le llama ser gilipollas.

Mario hizo un intento por pacificar la situación.

—En eso último estamos de acuerdo, soy un gilipollas.

Carlos no sonrió.

—Y si además de serlo quieres parecerlo, pues adelante. Cuando acabe de

desmantelar los campamentos me vuelvo a casa. Tengo un piso en Madrid, lo heredé de mi abuelo. En la capital me daré una capa de barniz porque me he convertido en un salvaje ignorante.

Mario no podía preguntar todo lo que se le antojaba incomprensible y tampoco quería exaltar aún más a Carlos. Se conformó con aclarar una sola cuestión.

—¿Quién te informó de que venía?

Carlos se interrumpió y le miró fijamente.

—La organización.

Mario tomó aire. Ana era la única persona que sabía que él viajaba a Ouarz. Por fuerza Ana tendría algo que ver en todo ese lío.

—¿Hablaste con Ana?

Carlos se extrañó.

—¿Ana? ¿Es Ana quien se ocupa de ti? No sabía que Ana estuviese mezclada en esto.

Conocía a Ana. Carlos sabía cosas de Ana y Mario tuvo que reprimirse para aparentar una frialdad que le sonaba tan falsa como el papel que Carlos le atribuía. Se levantó y se arrodilló ante su maleta. La abrió como inspeccionando su contenido y sacó su ropa. Preguntó con un hilillo de voz:

—¿Estuvo en Noadheb?

Carlos le miró inquisitivamente.

—No sé nada de ella desde la detención de Benedetto y tampoco sabía que estuviera convocada para la reunión de la cúpula. Como ves, no estoy enterado de casi nada.

Mario dejó caer el calcetín que sostenía. Ana militaba en las McLoppainer. Era uno de ellos, Carlos acababa de reconocerlo. Tragó saliva y respiró profundamente. Quería saber tantas cosas... Ahora ya no podía echarse atrás y desmentir el malentendido. Carlos daba por supuesto que él era un militante de las guerrillas McLoppainer y él debía continuar adelante, pero sin comprometerse.

—¿Trabajasteis juntos tú y Ana?

Carlos habló sin tapujos, aunque midiendo las palabras:

—Ella estaba en Ouarz, coincidimos allí durante un año. Luego me vine aquí y nos veíamos a intervalos, cuando ella o yo teníamos permiso.

Mario entendió más cosas de las que Carlos reconocía explícitamente. Le sostuvo la mirada hasta lograr que Carlos, incómodo, desviase la suya. Carlos se levantó, hurgó en un baúl, tomó una bolsa militar y la vació.

—Será mejor que dejes las maletas y te lleves la bolsa.

Carlos había hablado de Ana utilizando un tono más íntimo, de índole personal. ¿Qué papel jugaba Ana en la llamada que recibió Carlos avisándolo de su llegada? ¿Fue Ana quien contribuyó al equívoco de su militancia en las McLoppainer? Porque, evidentemente, Ana militaba en la organización, pero eso no era todo. ¿Por qué Carlos y Ana se veían aunque no trabajasen juntos? ¿Se trataba simplemente de una

relación profesional?

Carlos fue en busca de una cantimplora y la llenó de agua. A pesar de que parecía estar en todo, tenía los gestos ausentes. Se agachó junto a Mario y le ayudó a distribuir el equipaje. Había en su actitud un intento de aproximación. Mario lo notó en la forma en que doblaba sus camisas y sobre todo en el ritual sencillo y casi olvidado de liar un canuto y pasárselo. Finalmente, Carlos, con la mirada puesta en la cremallera de la bolsa que se obstinaba en no cerrarse y fingiendo una naturalidad forzada, habló en un susurro:

—¿Sabes algo de ella?

La palabra *ELLA* tamborineó en los oídos de Mario durante décimas de segundos que le parecieron eternos. En ese *ELLA* estaba contenida toda la añoranza de un solitario para quien el pasado se resume en un pronombre femenino. El circunloquio para eludir su nombre, el tono en que fue pronunciado, la impaciencia oculta del interrogante. Todo le conducía a una única respuesta que lo inquietó. Carlos había amado a Ana y quizás la continuaba amando. Era demasiado arriesgado sincerarse y no conducía a nada. Carlos estaba tan confundido respecto a él que aunque le explicase la verdad no la entendería. Escogió una respuesta lo suficientemente ambigua pero que contenía una gran dosis de verdad.

—Le perdí la pista hace unos meses. En estos momentos no sé nada de ella.

Carlos no volvió a tocar el tema de Ana y, si bien pareció que no perdía el hilo de la cotidianidad y que se fijaba en todo, lo cierto es que estuvo absorto el resto de la mañana. Mario supuso que la experiencia de convivir con las focas y de pasar largas temporadas solo, observando, anotando, monologando, había modelado su carácter decantándolo a la misantropía. Aprovechó el silencio que le brindaba para intentar reordenar sus ideas y atenerse a ese descubrimiento sobre la identidad de Ana y la peligrosidad de su cita. Se preguntó quién podría haber ido a esperarle al hotel y con qué intenciones, recordó las sospechas del policía de Las Palmas y la intervención de la chica de las aerolíneas. Todos creían que él militaba en las *McLoppainer*. Evitó hablar con Carlos por miedo a que descubriera su error y se negara a ayudarlo. Necesitaba su ayuda para llegar a Ouarz.

Durante la comida, Carlos comenzó a charlar en un soliloquio fluido. Tenía cuarenta y un años, era biólogo y llevaba nueve años fuera de España. Antes de trabajar con las focas estuvo en el desierto estudiando los efectos de la sequía sobre la fauna sahariana. Conocía el desierto como la palma de su mano, lo amaba y sabía sobrevivir con poca agua, una brújula y una docena de latas. Conocía la lengua *hassania* y era amigo de los bereberes. Seis años de desierto, tres en el mar, eran suficientes para perder casi el contacto con los amigos de su país. Los había visto secuenciadamente —a intervalos semestrales como en un documental— comprar un piso, casarse, tener hijos, separarse, pelear por una plaza en la universidad, aspirar a una cátedra, trasladarse de ciudad y, tras cada nuevo cambio, los hallaba más distantes, más mezquinos y más encerrados en sus convencionalismos. Hacía poco

había muerto su madre y al asistir a su entierro no había sabido llorar porque hasta en el entierro de su propia madre se había sentido un extraño, como cada vez que viajaba a su tierra para pasar una corta temporada y regresaba con la amargura de ser un extraño. Pero esta vez estaba decidido a comenzar de nuevo, a instalarse en Madrid y adaptarse a su antiguo mundo.

Al despedirse, se disculpó por su arrebató y le pidió que no lo tuviese en cuenta. Le deseó suerte y le recomendó prudencia. Mario le agradeció todo lo que había hecho por él y subió al cuatro por cuatro con Hamdi al volante. Lamentó que se interfiriesen tantos obstáculos entre él y Carlos porque, a pesar de sus rarezas y sus prontos, Carlos le recordaba a Tomás. Carlos era una buena persona, como Tomás, y en eso no acostumbraba a equivocarse. Tal vez fallara con las mujeres, pero tenía buen ojo con los hombres. Siempre le habían parecido infinitamente más fáciles porque el que tenía cara de hijoputa lo era. Carlos no era un hijoputa como Darío, pero tenía un grave inconveniente: amaba a la misma mujer que él.

¿Y Ana? ¿Lo había amado también? ¿Vivieron juntos una historia de amor apasionada como lo había sido la suya? ¿Lo abandonó como a él sin decirle adónde iba? ¿Le citó alguna vez en un lugar remoto para ponerlo a prueba o pedirle ayuda? No sabía nada del pasado de Ana y no podía pensar en ese pasado sin un cierto deje de tristeza. ¿Era posible sentir celos de la nada, de un tiempo que no existió para él? Los sentía. Estaba celoso de Carlos y sus recuerdos de una Ana más joven, más ingenua, más alegre y más inexperta en el amor... no, no. Todo eran suposiciones. Ni tan sólo sabía a ciencia cierta si Carlos y ella habían sido amantes, a lo mejor todo era una confusión y Ana nunca había estado enamorada de Carlos. Pero Carlos poseía los ingredientes románticos de los héroes de *western* que tanto gustaban a las mujeres. Carlos no tenía nada que envidiar a los actores que encarnaban a esos aventureros apuestos, valientes y comprometidos que exploraban los confines del mundo. Carlos era Gary Cooper y Lawrence de Arabia y compartía con ese inglés loco su halo de solitario impenitente amante de los peligros y los desiertos. Era posible que Ana se hubiese enamorado de él. Cabía dentro de lo posible.

¿Y quién era esa Ana que militaba en las guerrillas McLoppainer sin que él lo sospechase en ningún momento? ¿Qué hacía Ana en el Luis Ventura, en Barcelona, en el despacho de Darío? ¿Era eso lo que ocultaba con encono y que tanto lo había intrigado? ¿Tenía que ver su militancia con su desaparición, con su miedo, con su amistad con Tomás?

Ana continuaba siendo su eterna pregunta.

CAPÍTULO 18

Después de una interminable espera, el tren de mineral con destino a Ouarz se puso en marcha. Estaba anocheciendo y Mario celebró la partida del convoy. Estaba literalmente embutido en el único vagón de viajeros, un vagón abarrotado de mujeres, niños, cabras y ancianos sentados precariamente en el suelo, sobre sus fardos y equipajes. Sólo unos pocos, los más afortunados, se acomodaban en las desvencijadas sillas de madera. El aire era denso, apestaba a orines y sudor y acentuaba la sordidez del destartado vagón.

Le pareció una incongruencia que el tren más largo del mundo, el tren que con tres locomotoras arrastraba más de ciento noventa vagonetas de mineral y unía el mar y el desierto a lo largo de setecientos kilómetros de vía, tan sólo dispusiera de un único vagón de pasajeros. A cada traqueteo, las rodillas huesudas de un viejo se hundían en la espalda de Mario y el dolor de ese golpe seco se sumaba a los retortijones y al sudor frío y repentino que, como el castañeteo de dientes, le sobrevenía sin avisar. Una bacteria le había gastado una jugarreta y sufría una descomposición de vientre. Lo estaba pasando mal, muy mal, y temía que, de un momento a otro, sin poder remediarlo, no podría aguantarse más y acabaría cagándose en los pantalones. Se había sentado sobre su bolsa, esperando que surtiera efecto la pastilla que tomó en la estación, y procuraba no moverse ni un milímetro. Empezó a notar los primeros síntomas antes de subir al tren, pero no le comentó nada a Hamdi por miedo a que le aconsejara posponer el viaje. Aprovechó el momento en que Hamdi se distrajo saludando a unos viejos conocidos para correr tras un muro y aliviarse. Fue una diarrea fulminante, posiblemente a causa del agua que bebió a sorbos en la comisaría. Hamdi atribuyó su debilidad y el color ceniciento de su piel a los días de ayuno y a las penalidades del encierro, le ayudó a sacar el pasaje y a acomodarse en el vagón y le recomendó que se mantuviese cerca de la puerta para poder respirar algo de aire. Fue peor de lo que imaginó en un primer momento. En cuanto los pasajeros invadieron con sus animales y sus bultos el poco espacio disponible, Mario quedó prisionero de su postura.

Habían salido de Noadheb hacía tan sólo treinta minutos, pero treinta minutos podían ser una eternidad, sobre todo teniendo en cuenta que esa media hora era una sexta parte del tiempo que debería esperar sin ir al retrete hasta la próxima parada prevista al cabo de tres horas. El tren llevaba mucho retraso y Mario intentó distraerse mirando las estrellas titilantes a través de los sucios vidrios de la ventanilla y pensar en algo que no fuera un váter. De nuevo hubo un frenazo y las rodillas del viejo se

hundieron en sus costillas. Apretó los dientes para no gritar y para vencer el retortijón que le hurgaba en las entrañas y que esa vez venía acompañado de un escalofrío súbito, intenso, y de unas fuertes arcadas. Sintió deseos de llorar por su situación ridículamente desesperada y comenzó a desfallecer y a ceder al impulso de sus esfínteres, porque ya le daba igual y no podía aguantarse más. Pero el tren se balanceó traqueteando y frenando lentamente hasta que, en un último estertor, se quedó clavado en la vía. En el vagón hubo un revuelo que le liberó de su postura. Los que estaban más cerca de la puerta la abrieron y se asomaron para curiosear y Mario se aferró a esa posibilidad. Sin importarle nada ni nadie avanzó a ciegas hacia la puerta abierta, desabrochando su cinturón y arrollando cuanto hallaba a su paso. De un manotazo apartó a los que se colgaban del pasamanos y salió al exterior, al desierto, se adentró unos metros a tientas en la oscuridad y se agachó sobre la arena con los pantalones bajados, cerrando los ojos y liberándose del dolor insoportable. No pudo parar. Una vez hubo dado rienda suelta a su vientre no pudo detener la diarrea. Cada vez que intentaba incorporarse, seguro de haber acabado porque ya no le quedaba nada en el cuerpo, se repetían los dolores y tenía que volver a acuclillarse y abandonarse al capricho de sus intestinos. Estuvo largo rato con las piernas abrazadas y la mandíbula tensa, presa de las convulsiones sucesivas, cada vez más espaciadas, cada vez menos dolorosas, hasta que finalmente quedó vacío y exhausto. Esperó unos minutos más, respirando entrecortadamente, y al fin se decidió a levantarse, incrédulo aún, tembloroso, abrochándose el cinturón y secando el sudor que le cubría la frente. Estaba sin fuerzas, como si acabara de correr una maratón. Entonces miró a su alrededor y se preguntó por qué se había detenido el tren en plena noche, a pocos kilómetros de la ciudad y en medio del desierto. A lo lejos, en dirección a la cola del convoy, a más de trescientos metros de donde se hallaba, se veían luces. Se dirigió hacia allá para curiosear y estirar las piernas. Así posponía el regreso al angosto vagón donde debía sufrir aún dieciocho horas de castigo. Pensar en esa sentencia ineludible volvía a ponerlo enfermo. A medida que se acercaba fue distinguiendo con más claridad los bultos de camiones y hombres y los sonidos rotundos, metálicos, del choque del metal al recibir un impacto. Estaban cargando unos bidones en las vagonetas. Supuso que serían de agua. Carlos le había comentado que la mayoría de poblaciones no disponían de agua potable y que se estaban explotando frenéticamente los pocos pozos que todavía quedaban en el desierto. Uno de los camiones maniobró a la derecha, sus faros iluminaron un *jeep* con emblemas militares y se dio cuenta de que era un vehículo del ejército. En efecto, el ejército había detenido el tren y estaba dirigiendo la operación de carga. No estaba solo, las sombras fantasmagóricas de otros hombres con turbantes habían descendido de las vagonetas y paseaban sin perder de vista el tren, fumando, charlando, estirando las piernas. Un militar les dio el alto y los hombres se escabulleron como ratones y desaparecieron amparándose en las tinieblas. Quizás se había aventurado demasiado y los militares —lo sabía por experiencia— no eran precisamente gente amable y dispuesta a responder a las

preguntas de un extranjero idiota. Le pareció un paseo temerario y decidió dar media vuelta y regresar al vagón, pero entonces, entre las voces extrañas, distinguió una fonética familiar, acostumbrada al mando, de tonalidad ronca, que daba órdenes en francés. ¿De quién era esa voz? La conocía. Se arriesgó a aproximarse un poco más, a pesar de que los soldados acordonaban la zona con sus rifles en ristre e impedían acercarse a los viajeros. Se detuvo y escuchó atentamente las voces impersonales de los desconocidos y el rumor sordo de la caída de la carga de los pesados bidones en las vagonetas hasta que su paciencia le recompensó de nuevo con el sonido nítido de esa voz.

—*Ça va!*

Rominger. ¡Eso era! La voz de Rominger. No tenía ninguna duda. Aguzó la vista y, en efecto, reconoció su silueta en lo alto de un camión. Gesticulaba, mandaba y al parecer dirigía el trabajo, pero... ¿Qué hacía Rominger cargando en plena noche unos bidones en las vagonetas del tren que se dirigía a Ouarz? Así pues, no había ido a Ouarz tal como él creía. Quizás ése era el negocio que apalabraba con los militares el día que se encontraron en la Güera. Ellos detenían el convoy y Rominger cargaba bidones y hacía negocios. La palabra negocios pronunciada por los hombres de negocios acostumbraba a tener una aureola de exquisitez que, en la realidad, resultaba ser mucho más prosaica. Los hombres de negocios eran fatuos y primarios. Los negocios vistos de cerca, obviando los disfraces, la pedantería y la parafernalia, eran tan decepcionantes como los juguetes despanzurrados. Rominger cargaba bidones en el tren y daba órdenes a una pandilla de chorizos y maleantes y se hacía ayudar por el ejército corrupto. Ése era su negocio, bonito negocio.

Rominger era omnipresente y cicatero. Cada vez que se cruzaba con él, que acostumbraba a ser a menudo, era como si se diese de bruces con un gato negro. Sin ser supersticioso, acabaría creyendo en los maleficios, como cuando eran niños y creían que el pobre Lumi era un gafe y le daban esquinazo a la primera de cambio. Lumi tenía los dedos meñiques combados y diminutos y la abuela de Tolín les explicó que eso era cosa del diablo y que si los rozaba ni que fuese con la punta de uno de sus dedos les traería mala suerte. Un día, jugando a la pelota, Lumi agarró a Mario por un brazo y, aunque Mario se desasíó de un tirón y recitó una oración que les había enseñado la abuela de Tolín, esa misma noche los de la banda de la Robla, los enemigos acérrimos del pueblo, los atacaron por sorpresa al salir de la escuela y le abrieron la cabeza de una certera pedrada. Don Ramón, vendándole la herida, intentó convencerlo de que todo había sido una pura coincidencia, pero la abuela, en un aparte, recomendó a Mario que no se acercase a Lumi por si acaso. Con Rominger le sucedía exactamente lo mismo. Cada vez que el italiano se interfería en su camino, como por casualidad, azarosamente, sucedía alguna desgracia. ¿Eran supercherías como hubiera sostenido don Ramón?

No tuvo tiempo de pensarlo porque el tren arrancó sin avisar y lo cogió desprevenido. El vagón de pasajeros estaba a más de trescientos metros y se iba

alejando acompasadamente al ritmo de la marcha que imponía la locomotora. Mario hizo lo que hicieron los otros. Corrió hacia la primera vagoneta que surgió a su paso y se sujetó con ambas manos a los bordes, pateando ridículamente en el aire y sin saber de dónde sacar fuerzas para levantarse a pulso y saltar dentro. Pero fueron otras manos las que resolvieron su problema y lo izaron milagrosamente en volandas. Se agarró muy fuerte e, impulsándose con los pies, logró saltar dentro. Cayó a peso en el suelo junto a otros hombres a los que apenas podía distinguir porque tenían la tez demasiado oscura y se cubrían la cabeza con turbantes. Cayó en medio de ellos, palpándose los riñones doloridos por el encontronazo, y se sintió un extranjero caído del cielo, patoso e ignorante. Pronto se convirtió en el blanco de todas las miradas y en el motivo de todos los comentarios. Hablaban de él, estaba seguro. Se reían de él, también estaba seguro. Quizás comentaban lo fácil que sería soplarle el dinero al extranjero idiota que había caído en su vagoneta y lanzarlo luego al desierto para que el sol y la arena completaran la faena. Llevaba encima todo su dinero y toda su documentación y dependía enteramente de la buena voluntad de sus compañeros de viaje en las largas horas que les quedaban por recorrer juntos a la intemperie. Se sintió desarmado e indefenso y cerró los puños instintivamente, presto a defenderse de la única manera que conocía, aunque supiera de antemano que no le serviría de nada. Por no tener, no tenía agua ni alimentos, y lo único que llevaba con él eran las pastillas contra la diarrea. Palpó en el bolsillo de su pantalón y extrajo la cajita. Afortunadamente aún tenía sus pastillas. Su gesto no pasó inadvertido al muchacho joven que se sentaba a su lado, sinuoso y largo como una serpiente, y que inmediatamente le estiró de la camisa para llamar su atención. Mario, inquieto, se apartó de él, pero el muchacho lo agarró del brazo con cierta insolencia. Mario estaba asustado e intentó retroceder, pero topó con la espalda de otro bereber que le cortaba la retirada. No tuvo más remedio que hacer frente al muchacho que continuaba interpeleándole insistentemente con el índice clavado en las pastillas. Mario sólo atinaba a ver sus dientes blancos e intentó convencerse de que el chico era inofensivo y de que le movía la curiosidad por saber para qué servían sus pastillas. Decidió hacerle un pequeño teatro. Hizo el ademán de bajarse los pantalones, se acuclilló, fingió un espasmo intestinal, resopló, se secó el sudor imaginario que le cubría la frente, se limpió exageradamente el culo con la mano derecha y se subió mímicamente los pantalones. A continuación señaló las pastillas, tomó una, engulléndola a palo seco, e imitó unas tijeras. Mario no era un payaso profesional ni un experto en acertijos o charadas, pero su actuación los hizo desternillarse. El muchacho larguirucho repitió los gestos que había hecho Mario y mostró su mano derecha a todos tronchándose de risa. Se estaban burlando de Mario porque había hecho servir la misma mano para limpiarse el culo que para comer. El chico, sin cortarse lo más mínimo, cogió la cajita y, como si se tratase de un caramelo, cogió una pastilla y la engulló golosamente. Mario tuvo una idea. Se levantó y ofreció hospitalariamente sus pastillas a los contertulios improvisados. Todos aceptaron

complacidos y la paladearon haciendo grandes ruidos con la boca. La medicación les podía causar un estreñimiento pasajero, pero no era grave. Tuvo vergüenza por tomarles el pelo, aunque se consoló pensando que había actuado de buena fe y que era lo único que podía ofrecerles, exceptuando unos pocos cigarrillos que se apresuró a compartir. A los pocos minutos, la vagoneta de Mario refulgió de brasas rojizas, dejando a su paso una estela de humo blanquecino, como una constelación más suspendida en el firmamento, que se disolvía en el cielo nocturno cuajado de estrellas. Mario nunca había visto tantas estrellas juntas. Se acurrucó bajo la bóveda celeste y sintió la tentación de alargar su mano y alcanzar una estrella para guardarla en su bolsillo y llevársela a Ana. Fueron unos pocos instantes de felicidad absoluta, unos raros instantes de paz y de concordia con el universo que sirvieron para reconciliarse con él mismo y con su destino. Se conformaba con estar vivo y sentir el viento y el silencio sobre su piel.

Sus compañeros fueron acabando sus cigarrillos y le sonrieron complacidos. Pronto comenzaron a desempaquetar fardos y, como por ensalmo, aparecieron un infiernillo de butano, un cazo, hierbas y un par de vasos de vidrio. Era la hora del té, el primero de los interminables té que tomarían juntos en esas largas horas de travesía por el desierto, dentro de una vagoneta al raso, bajo un gigantesco firmamento. Mario aceptó su té y su comida y agradeció la manta que le ofrecieron y en la que se arrebujó entornando los párpados y dejándose arrullar por sus risas y sus bromas. Viajaba hacia Ouarz, surcando los vastos arenales de dunas y matorrales a bordo del tren más largo del mundo, un tren de mineral con las vagonetas sucias de polvo de hierro, infestado de pulgas, ajado, oxidado y macilento. Viajaba para reunirse con Ana y cada vez se sentía más cerca de ella porque a cada nuevo kilómetro se adentraba un poco más en su secreto, en sus recuerdos difusos. Ana había contemplado esas mismas estrellas y había bebido el mismo té aromático y quizás también había viajado en ese tren áspero, interminable, con sus traqueteos y sus frenazos. Ana, seguramente, había compartido la comida con hombres azules tocados con turbantes negros y quizás les había hecho reír, como él, al intentar explicarles una anécdota ayudada por la mímica. Ana movía las manos como las alas de una paloma, gesticulando con dulzura y a veces corroboraba algunas aseveraciones con un gesto, reiterativamente, y ahora Mario caía en la cuenta de que debió de aprenderlo para hacerse entender por gentes que no hablaban su lengua. En tan sólo una semana había penetrado en recodos que jamás exploró mientras la tuvo cerca.

Cuando se enteró por boca de Carlos de que Ana militaba en las guerrillas se recriminó a sí mismo haber estado ciego y sordo. Le habría bastado mirarla y escucharla para comprender el origen de sus sobresaltos, su tendencia a refugiarse en las sombras, a pasar inadvertida, a mirar hacia atrás y buscar los resquicios por donde poder huir en caso de peligro. Ahora él sabía lo que era sentirse vigilado y perseguido y se sentía más próximo a Ana que cuando compartían la misma cama. Lamentó no

haberla escuchado por las noches cuando le susurraba al oído sus quimeras y él se sentía excitado por su voz y sellaba sus labios con sus besos y entendía que no eran palabras vanas pronunciadas para llenar el silencio. Pero entonces no podía detenerse a escucharlas porque tenía urgencia por poseerla y no podía desperdiciar su atención desentrañando misterios que se le antojaban poéticos y sensuales. Ana le había ocultado su militancia pero, aunque se la hubiera confesado, Mario no la hubiera creído. Ana, entonces, era una creación suya, una imagen sin pasado ni futuro, y su presente no admitía el compromiso con el mundo exterior. No, Mario no hubiera aceptado que Ana amase los desiertos y los océanos, ni a los hombres de las túnicas azules. Eso hubiera significado compartirla y estaba celoso de todo y de todos. No, la militancia de Ana no casaba en absoluto con la rutina de la sala de partos del Luis Ventura, con el tedio de los programas televisivos ni con las llamadas telefónicas de Pierre invitándole a sus fiestas. Tampoco había querido compartir la ilusión recién estrenada de su amigo Tomás que, buceando en sus ordenadores para rastrear la pista del Erzorium, halló respuestas a sus preguntas y motivos suficientes para distanciarse del egoísmo práctico que él intentaba inculcarle. Ahora podía entender a Tomás y a Ana y la verdad de ambos discurría mansamente, como el tren, y esa verdad iluminaba algunas incógnitas de su viaje. Ana había sido su ángel protector y lo había arropado con los tentáculos de la organización para protegerlo. La mano de Ana había empujado a la chica de las aerolíneas y a Carlos a ayudarlo. Ana estaba cerca, le protegía, velaba por él y le esperaba en Ouarz.

Poco a poco se fue relajando y, a pesar de la incomodidad de la postura en que se hallaba y de la dureza de metal del suelo de la vagoneta, fue adormeciéndose, como el resto de viajeros, hasta que le despertó la luz macilenta del amanecer.

En la llanura de Ouarz había llovido y eso constituía una gran novedad. La sequía había azotado la región a lo largo de las últimas décadas y esa semana se vieron las primeras gotas de agua que caían en tres años. Ouarz era una ciudad minera, construida por los franceses, cuadrículada y desperdigada a los pies de una gran cordillera de hierro negro, refulgente, que también escondía riquezas de cinc y cuarzo. Después de un paisaje monótono y horizontal las abruptas montañas de mineral de Ouarz, coronadas por los jirones de nubes que desgajaba el sol del mediodía, le parecieron a Mario un espejismo. Durante kilómetros y kilómetros el tren contorneaba cansinamente la explotación minera y serpenteaba entre filones abandonados y macizos vírgenes. Roca, arena y cielo. Una trilogía despojada de ternura pero llena de encanto que cautivó a Mario. El agua había formado algunas charcas que a mediodía estaban repletas de niños chapoteando, de cabras y camellos bebiendo y de mujeres armadas de latas y bidones que vigilaban a unos y otros y llenaban sus recipientes. El agua era oro para los nómadas y su escasez había forzado a la gran mayoría a sedentarizarse e instalarse en las ciudades. Muchos de los niños

que salpicaban, alborotando junto a sus madres, no habían visto nunca descargar una nube e ignoraban lo que era un río. Eran niños nacidos del polvo, con la piel reseca y los cabellos sin brillo. Por eso celebraban su descubrimiento alegremente, a la manera inconsciente de los niños. Pero el agua duraría poco porque todos disputaban su parte. Además de los hombres y sus rebaños, la arena, el sol y las semillas pugnaban por arrebatar esa agua a sus contrincantes, hasta que las charcas se secaban y se evaporaban, transformándose en brumas, y las brumas se disolvían en aromas intensos que el viento transportaba con la misma indiferencia con que castigaba las tierras áridas y erosionaba las cimas de las lomas.

El mediodía era pegajoso, insólitamente húmedo y bochornoso a causa de las lluvias recientes. Mario llegó hasta el hotel con la camisa sudada y la cabeza ardiendo. Recordó la broma de los negociantes de pescado que le recomendaron comprarse un sombrero de paja para ir a Ouarz. Desde que salió el sol hasta que el tren se detuvo en Ouarz resistió estoicamente la insolación y el ayuno por la excitación de haber llegado al final de su viaje. Sorprendentemente, al bajar de la vagoneta recuperó su equipaje intacto. Lo halló abandonado en medio del vagón de pasajeros, en el mismo lugar donde lo dejara cuando salió precipitadamente. Quizás necesitara un poco de sombra, una ducha y algo de comida, pero en aquellos momentos nada de eso era importante. Lo más urgente, lo realmente apremiante era encontrar a Ana. Había llegado a Ouarz con cuatro días de retraso. Ana le esperaba el domingo día 12 y él llegaba el jueves 16. No tenía ni idea sobre dónde ni cómo localizarla, pero creyó que lo más prudente sería alojarse en el hotel y, una vez allí, preguntar discretamente por ella. Se dejaría ver, daría voces y hablaría con todos los extranjeros que encontrara a su paso. Las colonias de occidentales funcionaban por el boca a boca y, como cualquier novedad era bienvenida, a buen seguro que la llegada de un médico europeo no pasaría inadvertida.

El director del hotel, Halile, un hombre de sesenta años, de nariz prominente y alérgico al tabaco, alardeaba de haber vivido en Europa y de hablar más de seis lenguas. Le presentó a su hijo Joanes, un joven de unos veinte años que había estudiado en España. Joanes le ofreció una mano cálida al saber que se trataba de un médico y susurró que estaban necesitados de personal. Su padre, Halile, lo acogió con una afabilidad interesada, no exenta de pedantería, dado que se enorgullecía de contar entre su clientela con ingenieros, economistas y químicos, y Mario, en su calidad de médico, completaba el plantel de profesiones cualificadas.

Halile hablaba y Mario no estaba de humor para escuchar los relatos nostálgicos del viejo ni sus recuerdos de España, ese tipo de *souvenirs* memorísticos que consistían en el nombre de una calle o la marca de un vino, confundidos entre mil calles y mil vinos de otros países, bailando entre mil caras y entresacados con pinzas de una realidad que los pasavolantes —que no duraban más de un año en la misma

ciudad— jamás llegaron ni a sospechar. Aprovechó un descuido y le preguntó solapadamente por Ana. Lo hizo con discreción, pero Joanes se puso repentinamente serio y lo miró con desconfianza. Su padre barruntó unos segundos, como un ordenador leyendo el disco duro, y movió afirmativamente la cabeza.

—Una joven española muy buena médico, sí, señor. Alegre y rubia.

Mario quedó sorprendido. No estaba muy seguro que hablasen de la misma persona. Ana no era rubia y era muy probable que el viejo se confundiese. Se arriesgó a darle más datos.

—No, rubia no, pelirroja, el cabello rojizo.

El hombre negó contundentemente.

—Era rubia. Era una chica muy simpática, mucho.

El hijo del director, Joanes, le cortó tajantemente:

—¿Es usted policía?

Mario quedó helado.

—Trabajábamos juntos en el mismo hospital y ella me comentó que pasaría por Ouarz, que a lo mejor vendría a saludar a sus amigos.

Mario se arrepintió inmediatamente porque el director discutió con su hijo recriminándole su falta de educación, pero el chico tomó su pasaporte y lo leyó con atención, luego le repasó de arriba abajo murmurando:

—Imposible.

—Pero...

—Fue una lástima, pero no volverá más. Aquí ya no tiene amigos y si usted la conociera sabría que no puede regresar.

Los tres se quedaron mirando anonadados. El director, incómodo, habló con dureza a su hijo y lo despidió. Mario volvió a sentir la misma sensación que conociera en Las Palmas y en Noadheb de caminar por un terreno pantanoso, desconocido, plagado de trampas. ¿Qué sabía él de Ana? ¿Le habló de su vida en Ouarz? ¿Quién era la Ana pelirroja y dulce que él conocía y quién era esa otra Ana rubia y alegre que conocían el viejo y su hijo? ¿Eran realmente la misma? ¿Qué había sucedido con Ana que le impedía volver a pisar Ouarz? ¿Por qué el chico murmuró que fue una lástima?

Halile se disculpó:

—No haga caso a Joanes. Es muy joven y no sabe comportarse.

—Quizás no estamos hablando de la misma persona.

Mario rellenó su ficha con la sensación de haber causado una mala impresión al suspicaz director y a su hijo e insistió en la confusión.

—Quizás no me habló de Ouarz.

Hable cogió su ficha con una sonrisa postiza y procedió a apuntar los datos en el libro de registro. Eso era, el libro de registro. A lo mejor Ana se había registrado con otro nombre y no era la misma Ana de quien hablaba ese hombre. Sabría distinguir su letra entre cualquier letra. En aquellos instantes avisaron al director para que acudiese

al comedor y dejó solo a Mario con su llave, a la espera de que viniese un muchacho a recoger su equipaje. Aprovechó esos segundos y cogió el libro con celeridad, pasando las páginas sin leer, sin prestar atención a los nombres, atento a las letras. Retrocedió hasta el mes anterior y volvió hacia delante. Esta vez sí se fijó en los nombres, y uno de ellos le hizo detener la página. Rominger se había alojado dos noches en el hotel durante los días 11 y 12. Eso le hizo enfurecer. Rominger había ido a Ouarz con el avión de Noadheb. ¿Cómo era posible que lo viese esa misma noche junto el tren, a menos de veinte kilómetros de Noadheb? ¿Tenía el don de la ubicuidad o le perseguía?

Rominger estaba en todas partes, Ana era rubia y Mario se sentía cansado y obtuso y comenzaba a no entender nada. Lo mejor sería tomarse una buena ducha, comer algo y dirigirse al hospital.

En Ouarz no había taxis y el hotel, a pesar de lo que opinase el director y del precio abusivo de las habitaciones, era infinitamente más cochambroso que el de Noadheb. Mario tuvo que pagar a un empleado rezongón para que le acompañara en su coche particular. No se veía capaz de caminar los cuatro kilómetros que distaba el hospital del pueblo bajo el sol abrasador del mediodía. El hospital se hallaba ubicado en las afueras de la ciudad, a medio camino del campo de refugiados, y estaba dotado y financiado por la Fundación Luis Ventura que presidía Darío. Ana había trabajado en ese hospital y ahí la conocerían y la recordarían. Podría hablar con compañeros suyos, con becarios españoles que a buen seguro le darían más datos y le llevarían hasta Ana. Besaría a Ana, con su mechón rebelde, su sonrisa pícara y sus ojos tristes; su Ana.

Pero Rominger había vuelto a traerle mala suerte.

—¿Si no ha venido a quedarse, a qué ha venido? ¿A fisgonear? ¿A hacer informes? Pues anote, nos falta de todo y yo sólo tengo dos manos. Pedí refuerzos hace tres meses y sólo vienen a inspeccionarme.

Mario intentó calmar a Nardim, un médico recién licenciado nacido en Noadheb que había estudiado medicina en España. El único médico que atendía a los innumerables pacientes que se congregaban ante las puertas del consultorio.

—No soy ningún inspector. Estoy de viaje y...

—No tengo tiempo para turistas.

—No hago turismo.

—Tampoco estoy para acertijos.

Nardim hablaba al tiempo que intentaba acertar con una aguja hipodérmica el brazo de un niño que se resistía a que le pinchasen. Mario le ayudó a sujetarlo.

—Muchas gracias. Veo que tiene compasión por los enfermos.

Mario tragó saliva. Entendía a Nardim. Cualquier médico podía entender la angustia que siente un compañero que se ve desbordado por su trabajo y, para colmo, desprotegido y fiscalizado. A él le había sucedido en alguna ocasión y podría asegurar que gastaba peor genio que Nardim. Intentó suavizar la situación como pudo.

—Puedo hacer algún trámite para que te envíen ayuda. Estoy seguro de que hay médicos esperando esta oportunidad.

Nardim desinfectó la aguja y despidió al niño y su madre. Pidió a una enfermera que le sustituyera y tomó a Mario por el brazo sin explicarle cuáles eran sus intenciones, aunque, a juzgar por la determinación de sus andares, parecían muy claras. Atravesó diversas dependencias del hospital a grandes zancadas sin dejar de sujetar a Mario. Los pacientes salían al paso de Nardim, le ofrecían la mano y caminaban junto a él, calladamente, unos metros, hasta que Nardim les dirigía unas palabras de consuelo. Cruzaron una sala lúgubre y mal aireada, repleta de enfermos, y salieron a un patio cuadrangular rodeado de dependencias anexas que parecían almacenes. Nardim se introdujo en uno de ellos. En el suelo se amontonaban cajas y más cajas con el sello de la Fundación Luis Ventura. Hizo un gesto de desconsuelo abarcando con la mirada todo lo que veía.

—Llegó el sábado con el avión de Noadheb. Es la partida humanitaria para el hospital del campo y no hay ni una sola coincidencia con la lista que les proporcioné.

Metió la mano en una caja abierta y sacó un frasco de Midenum, un jarabe para la tos de los Laboratorios Losón que Mario no recordaba haber visto en los últimos cinco años. Nardim puso el frasco contra la luz e invitó a Mario a que leyese la fecha. El jarabe había caducado hacía tres años. Nardim dio una patada a la caja y le señaló las que había detrás.

—Jarabes para la tos, pastillas para los nervios, supositorios de glicerina, antihistamínicos... Ni un solo reactivo para el laboratorio, ni una jeringuilla, ni asomo de desinfectantes, antibióticos ni analgésicos... no hay nada de lo que les pedí.

Mario estaba atónito. ¿Ésa era la ayuda de la fundación que facturaba Darío a Laboratorios Losón a precios millonarios? ¿Dónde estaban los becarios? ¿Dónde estaban los fabulosos medios humanos y técnicos que se suponía que aportaban el Primer Mundo y el generoso Darío al campo Ouarz? Mario se sentó sobre una de las cajas de antihistamínicos y tuvo un acceso de risa. Enviar antihistamínicos a un país sin vegetación, sin floración y sin maleza. Nardim se sentó junto a él, pesadamente, y hundió la cabeza entre sus manos. Se notaba a la legua que estaba agotado.

—He rescatado unas cuantas cajas que pueden ser útiles al campo de refugiados, aunque ni tan sólo he tenido tiempo para llevárselas.

Mario se compadeció de Nardim. Era una crisis. En todos los hospitales había crisis y colapsos pasajeros.

—Ya las llevaré yo mismo.

Nardim suspiró.

—Desde que comenzaron las lluvias tengo la consulta colapsada.

—¿Y en el campo no hay más médicos?

—Sólo dos ATS cooperantes. Están bajo mis órdenes, pero hace semanas que no nos vemos.

La idea de Mario sobre Ouarz y el hospital se vino abajo. ¿Siempre había sido igual? ¿Ana también trabajó en esas condiciones? Nardim había sido compañero de Ana, aunque no se había arriesgado a preguntar sobre ella porque temía que despertara la desconfianza como ya lo hizo con el hijo del director del hotel. Joanes dijo que Ana no tenía amigos. ¿Se refería a Nardim?

—Me han dicho que en Ouarz trabajó una médico española. Se llamaba Ana...

Nardim afirmó con la cabeza.

—Sí, estuvo aquí.

Mario tragó saliva.

—¿Erais amigos?

—No llegué a conocerla. Me enviaron poco después de que se disolviera el equipo.

Mario se atrevió a continuar.

—¿Cuántos médicos había?

Nardim suspiró.

—Eran tres. Ana y dos más. Se turnaban trabajando en el campo de refugiados y atendiendo la consulta del hospital. Cuando me destinaron aquí también me prometieron que seríamos tres, pero me han dejado solo.

—¿Y cuándo se fueron?

—Poco antes del verano, pronto hará ocho meses. Lo recuerdo porque me enviaron a Ouarz en julio. El calor era insoportable y los termómetros marcaban sesenta grados.

Mario temía hacerse insistente, pero no podía dejar de preguntar.

—¿Y sabes por qué se fueron?

Nardim también pareció darse cuenta de que había invertido demasiado tiempo en Mario y de que no podía permitírselo. Se levantó y comenzó a arrastrar unas cajas. Mario le echó una mano.

—Todo fue muy confuso y he oído muchas versiones. Hubo la detención de Benedetto y las repatriaciones. El caso es que el hospital quedó vacío y no es fácil encontrar médicos que quieran venir aquí.

Mario calló. De nuevo oía referirse a la detención de Benedetto. Carlos le había hablado de ello y ahora Nardim.

—¿A Benedetto le detuvieron en Ouarz?

Nardim abrió la puerta y apiló las cajas.

—Sí, muy cerca de Ouarz.

—¿Y Ana fue repatriada?

Nardim se plantó.

—Yo no estaba. Si quieres saber más cosas, pregunta a otros, yo llegué más tarde. Mario optó por dejar de preguntar, pero solicitó un último favor.

—¿Puedo consultar vuestros libros? Los que llevaba el equipo anterior, en tiempos de Ana.

Nardim le miró receloso pero no le respondió. Cargaron las cajas en el todoterreno de Nardim y a continuación le llevó hasta las oficinas y le entregó un libro fechado un año antes. Mario lo cogió tembloroso y dudó antes de abrirlo al azar. Efectivamente, ahí estaba, inconfundible, la letra picuda de Ana con sus anotaciones meticulosas, sus informes ordenados por fechas, exactamente igual que hiciera en el Luis Ventura. Lo cerró inmediatamente. Necesitaba esa prueba para creer que Ana, la chica rubia y alegre que él no llegó a conocer, era su misma Ana.

—La pista continúa tres kilómetros y se pierde durante un centenar de metros. Sobre todo continúa en línea recta y no te desvíes. Estamos en zona minada y ha habido más de un accidente.

Mario no le escuchaba. Pensaba en lo absurdo que era todo y en el abismo que le separaba de Ana.

—En el campo pregunta por Svent. Es el jefe y él te atenderá. Tú mismo le instruyes sobre los medicamentos, y si hay problemas me traes noticias.

Mario asintió a todo sin atender a nada porque una sola idea, insistente, repetitiva, monótona, le tenía ocupado. Ana, la Ana que él había inventado, quizás no existía.

El campo de refugiados de Ouarz tenía una extensión de aproximadamente cien hectáreas con apenas dos edificios de cemento y un sinnúmero de tiendas de campaña que se agrupaban formando pequeñas comunidades cuadrangulares. Mario avistó algunas mujeres cocinando en el exterior de las *haimas*, a la usanza de los nómadas, y unos pocos chiquillos correteando por las calles desiertas. No le costó dar con Svent, todos le conocían y le indicaron dónde podría encontrarlo. Svent le recibió dando muestras de efusividad, le estrechó las manos tres veces y le invitó a té.

Un rato después, Mario sorbía una taza de té y ayudaba a Svent a abrir las cajas que Nardim le enviaba.

—¿Ana? Pues claro. Ella y yo fuimos los primeros. Codo con codo. Sólo empezar nos cayó encima una epidemia de sarampión. No paraba quieta, me ayudó con las letrinas, con la desinfección del agua y peleó para conseguir la ayuda humanitaria y los becarios. Sin ella, Ouarz hubiera sido muy diferente.

Svent, polaco de nacimiento, era pequeño y fornido y le faltaban tres dedos de un pie, por eso cojeaba al andar. Los perdió en un accidente ocurrido cuatro años atrás. Si hubiera estado un metro más cerca de donde explotó la mina hubiera perdido la vida.

—Podía pasarse una semana entera sin dormir y nunca tenía ojeras ni se ponía de mal humor. El primer año sufrió quemaduras en la piel. Era demasiado blanca, pero

luego se bronceó y perdió ese aire nórdico, de princesa de los fiordos.

Mario volvió a dudar. Ana tenía la piel curtida, melosa, no era blanca ni delicada. Pero Svent la recordaba como una muchacha nórdica.

—Valía mucho Ana, muchísimo. Pero todo se acaba, lo bueno y lo malo, y Ana se acabó.

Svent escupía frecuentemente y manipulaba las cajas con sus manos anchas y rojas y cada vez que nombraba a Ana sus dedos se tensaban como garfios y arrancaban la madera de cuajo, como si fuera un juguete de cartón.

—¡Cojonudo! Más pomadas para quemaduras.

Mario ayudaba, pero sin el brío del polaco. Se atrevió a hablar claro:

—La estoy buscando.

Svent se detuvo en su tarea y fijó su atención en Mario de una forma brusca, casi salvaje.

—¿Por qué?

Mario estaba seguro de que si su respuesta no le satisfacía, Svent le rompería la cara sin más dilaciones. No era un individuo que se andase por las ramas, se veía claro que lo suyo era la acción directa, las respuestas concretas, el blanco o el negro. De nada le servirían las ambigüedades.

—La necesito.

Podía haber dicho que la quería, que la amaba con locura, pero lo cierto es que la necesitaba por encima de todo porque la necesidad implicaba premura, ansiedad, inmediatez, y eso era lo que sentía desde que emprendió el viaje. Svent le entendió sin más aclaraciones.

—¿Y qué te hizo suponer que la encontrarías aquí?

Mario prefirió ser cauto.

—Me habló mucho de Ouarz y creí que quizás habría regresado.

Svent suspiró y por un momento pareció que cediese al sentimentalismo, a la nostalgia, pero en seguida se repuso y empleó su tono tajante.

—Ana se acabó, y Ana no es de las que miran atrás. Ana se fue y nadie en su lugar querría volver, y ella menos que nadie. Supongo que sabes a lo que me refiero.

Lo estaba sometiendo a un examen. No dudaba sobre su sinceridad, pero quería saber hasta qué punto conocía a Ana. Mario arriesgó el todo por el todo.

—Sé que Ana militaba en las guerrillas, que detuvieron a Benedetto cerca de Ouarz y que luego Ana y sus compañeros fueron repatriados. Eso es todo lo que sé, y también sé que ella me necesita.

Svent escupió.

—Estás muy equivocado. En casi todo. Es cierto que detuvieron a Benedetto, pero el resto es falso. Ana nunca necesitó a nadie, ni a ti ni a ningún otro.

Mario sufrió un arrebató de celos. Svent sabía que había habido otros, esos otros que él no conocía y con los que no podía compararse. Se dominó y Svent, un viejo zorro, caló su rabia contenida y sonrió con sarcasmo.

—Si te necesitaba, como tú dices, te habría hablado de lo sucedido. Quizás entonces no te hubieras tomado la molestia de buscarla tan lejos. Pero a ti tampoco te dijo nada. —Dejó caer una carcajada—. Yo no me metí en la cama con Ana, si es eso lo que te preocupa. Nunca se me pasó por la cabeza, yo era su amigo.

Svent se puso repentinamente triste y rectificó:

—Creía que era su amigo. ¿Lo comprendes?

Mario comprendió que Svent hablaba de él mismo, de su peculiar recuerdo de Ana, de un asunto no resuelto entre los dos y que a él le servía como excusa para escupir, como su saliva, el mal gusto de boca que le dejó la ausencia de Ana. Ana también se fue de su lado sin despedirse.

—Fue estúpida. Yo era el único que podía entenderla.

Svent le mostró su mano roja y tensa. La colocó horizontal, con los dedos extendidos como si estuviera jurando sobre una biblia.

—Fíjate bien. Ya no me tiembla cuando cubro con una manta el cadáver de un niño. Ya no me enjuago las lágrimas con ella porque ya no lloro, ya no la utilizo para escribir cartas furibundas quejándome de nuestra indefensión.

Cerró el puño con rabia y su mano regresó a la faena de abrir cajas, incapaz de permanecer ociosa como el mismo Svent.

—He dejado de creer en la bondad humana, pero no está mal para empezar. Ahora comercio con las vidas. Hago balance cada mes de las vidas que me quedan y de las que podré conservar hasta el mes siguiente.

Mario callaba y escuchaba a Svent y sus justificaciones y sus despechos. Ana había despreciado su amistad y, dijera lo que dijese sobre su escepticismo, Svent se sentía herido. Quizás el director del hotel se refiriese a Svent cuando habló de que Ana no tenía amigos.

—Ella tenía sus ideas cuando llegó aquí, todos las tenemos. Si vives entre la mierda y se te muere la gente entre las manos tienes que tener ideas sobre quién tiene la culpa. —Le mostró las tiendas que se alzaban a su alrededor—. Esto es un estercolero y desde el norte nos lanzan las migajas y la chatarra de lo que les sobra. Las multinacionales, los gobiernos, las mafias, el Banco Mundial se encargan de quitarles de la boca las mejores tajadas de su propia comida y les pagan con hambre y miseria.

Mario asintió.

Svent sacó unos frascos de antibiótico y Mario comprobó las fechas de caducidad. Afortunadamente todavía estaban en curso. Svent señaló hacia las tiendas, las mujeres y niños que pululaban a su alrededor.

—Les roban y ellos no lo saben. Se llevan el mineral y el pescado. A los pocos que trabajan los explotan, a los que sobran los meten en campos de refugiados y les hacen creer que los ayudan. —Se encaró con Mario—. Trabajo por salvar sus vidas, no por salvar a la humanidad.

Mario asintió, estaba convencido de ello. Svent añadió la última coletilla:

—Y eso no quiere decir que no tenga ideas al respecto. Pues claro que tengo ideas y sé que los campos de refugiados son coartadas para negocios sucios y guerras programadas.

Svent rió sarcásticamente.

—De eso vivo...

Mario calló abrumado por el cinismo de Svent. Él no preguntaba sobre la realidad de Ouarz ni sobre la injusticia ni sobre su peculiar filosofía, él preguntaba por Ana y la respuesta había excedido con mucho su curiosidad inicial. Aún tenía una gran duda.

—¿Qué sucedió exactamente cuando detuvieron a Benedetto?

Svent le estudió con sus pequeños ojos azules inyectados en sangre. Mario detectó que sufría una irritación ocular y que, aunque posiblemente fuera crónica, no utilizaba gafas oscuras para protegerse del sol. No hacía falta preguntarle por qué. Se imaginó que Svent tendría una teoría contundente sobre el valor de sus ojos y de su vista como lo tenía para todo lo demás. Svent hubiera sido un buen instructor militar porque las dudas no tenían cabida en su discurso conciso y le gustaban las respuestas claras a las preguntas claras.

—La única que sabe lo que realmente sucedió es Ana. Lo demás son conjeturas y no me gusta hablar sobre conjeturas.

Mario no se dio por vencido.

—Pero, ¿objetivamente qué ocurrió?

—Depende de lo que entiendas por objetivo.

Mario se desesperó.

—¡Y yo qué sé! Lo objetivo es que he hecho un viaje de tres mil kilómetros para saber de Ana y estoy a punto de volverme loco.

Supo tocarle su punto flaco.

—De acuerdo. Benedetto se había refugiado en una *haima* a tres kilómetros de Ouarz a causa de una tormenta de arena. Llegó hasta la *haima* en un cuatro por cuatro procedente de Libia con un conductor de las guerrillas que le prometió que regresaría a por él una vez se hubiera abastecido. Pero el conductor no pudo recogerlo porque unas horas más tarde una patrulla del ejército detuvo a Benedetto y al mismo tiempo otra patrulla irrumpió en el hospital y se llevó a los dos compañeros de Ana que también militaban en las McLoppainer. Ana no estaba en ninguna parte y no apareció hasta el día siguiente. Ana no fue detenida ni inculpada. Benedetto, en cambio, fue trasladado a Noachock y los compañeros de Ana repatriados y entregados a la policía española. Ana regresó a España pocos días después. Eso es lo objetivo.

Mario asimiló lentamente lo que Svent le acababa de escupir y recordó el relato de Carlos cargado de resentimiento, defendiéndose de acusaciones injustas en torno a la detención de Benedetto. Carlos era el conductor que llevó a Benedetto hasta Ouarz. Y Ana... Se resistió a creerlo.

—No es cierto.

Svent se sirvió más té mientras masticaba las palabras.

—Conjeturas, mierda de conjeturas.

—¿Cómo?

—Me has pedido que fuese objetivo, pero la objetividad no existe, ni tú ni yo sabemos qué hizo Ana y únicamente podemos hacer conjeturas al respecto.

Mario se indignó.

—¿La crees capaz de denunciar a sus propios compañeros?

Svent se defendió.

—Yo sólo he dicho que a ellos los detuvieron y en cambio a Ana no.

Mario le cortó.

—Y tampoco puedo creer que Ana tuviera algo que ver con la detención de Benedetto. Es absurdo. Ana es fiel a sus principios.

Svent bebió su té, ya frío, y le señaló unas cajas abiertas.

—Devuélveselas a Nardim. Aquí no las necesitamos. —Se levantó para cargarlas de nuevo y se giró hacia Mario—. Yo, sobre eso que has dicho de los principios, no pondría la mano en el fuego por nadie. Ni siquiera por mí mismo.

Mario calló. A su manera tenía razón. Él también abandonó a Rosa Lago en manos de Darío. Pero Ana, Ana era diferente. Había aceptado con naturalidad, casi con orgullo, que Ana perteneciese a las McLoppainer. A pesar de que le hubiese mentido o de que le hubiese ocultado su pasado, la militancia de Ana fue un descubrimiento liberador que le sobrevino como un estornudo y reordenó, de golpe, el caos. La tesis del compromiso con una organización clandestina era plausible, honrosa y podía explicar los miedos de Ana, sus recelos, sus silencios y sus desapariciones. Cuando Carlos le hizo esa revelación fue como dar con la pieza principal de un rompecabezas y encajar el resto. Todo coincidía, todo tenía sentido, todo estaba claro. Ahora Svent, de una patada, lanzaba su rompecabezas por los aires y, con su pretendida objetividad, le desbarataba la jugada.

Mario sabía poco de las guerrillas. A decir verdad, no se había molestado nunca en analizar sus acciones ni leer sus escritos, pero sentía una simpatía especial por ellos cada vez que paralizaban una planta nuclear o saboteaban las instalaciones de una petroquímica o boicoteaban productos de consumo nocivos para la salud. Continuamente, la prensa se hacía eco de sus acciones y tarde o temprano sus acciones acostumbraban a crear polémica y la polémica derivaba en opinión y la opinión venía acompañada por datos fehacientes exentos de oportunismo que sacaban a relucir fraudes y engaños contraídos con el pueblo, con los ciudadanos de a pie, con los pobres y los perdedores, con los que no sacaban partido de los grandes negocios y sufrían el paro, los despidos y la contaminación y para los cuales no había futuro. Mario sabía que vivían bajo la era de un cambio climático irreversible y que la vida del planeta estaba sentenciada si no se tomaban medidas drásticas y urgentes. Mario sabía todo eso, pero nunca había sido consciente de saberlo. Ni tan sólo cuando se enteró de que Ana militaba en las McLoppainer se tomó la molestia de recordarlo. Le

tranquilizó hallar una explicación a los silencios de Ana y con eso tuvo suficiente. Como siempre, como ya le había sucedido otras veces, fue la pérdida lo que hizo subir el valor de la mercancía. Siempre que perdió un juguete, un profesor o una novia descubrió lo mucho que le importaban y lamentó no haber sido más feliz cuando los tenía. La imagen de Ana comprometida con una causa que él compartía — sin ser consciente de ello— tenía un valor insustituible, y ahora Svent, de un zarpazo, quería arrebatársela. Svent regresó del coche, donde había cargado las cajas sobrantes, y pareció leer su pensamiento.

—Créeme, no pienses en ello. La única que sabe lo que sucedió es Ana.

Mario le observó y adivinó que Svent también creía en la inocencia de Ana.

—Estuve esperándola —suspiró—. Pero Ana se fue sin decirme nada.

Mario imaginó a Svent esperando a Ana noche tras noche, con los brazos abiertos, dispuesto a escucharla y a ofrecerle de antemano su comprensión. Lo imaginó bebiendo té, lentamente, escupiendo sobre la arena, dejando pasar las horas y esforzando la vista con sus ojillos azules, oteando el camino polvoriento y preguntando a unos y otros si tenían noticias de Ana, hasta enterarse una mañana de que Ana había cogido el avión y se había ido de Ouarz sin despedirse de él.

Svent no mentía y no hubiera tenido un solo reproche para Ana. ¿Por qué Ana evitó a Svent? Tenía que verla y saber ahora más que nunca qué sucedió en Ouarz cuando detuvieron a Benedetto y qué sucedió en Barcelona cuando mataron a Tomás.

—Ana me citó aquí, en Ouarz, pero he llegado con cuatro días de retraso.

Svent quedó silencioso unos instantes. Un hombre tan sanguíneo como él no se relajaba con facilidad, pero había aprendido a controlarse.

—¿Estás seguro de que Ana te citó aquí?

Mario afirmó con la cabeza.

—En ese caso espera a que se ponga en contacto contigo.

—¿Esperar?

—Espera en el hotel, y si no da señales de vida coge el avión y vuélvete a casa, pero no pierdas el tiempo resolviendo enigmas. No conduce a nada.

Svent era clarividente y práctico. No podía pasar el resto de su vida persiguiendo un fantasma.

—Si la ves, dile que la estuve esperando y que todavía la espero.

Mario conducía ensimismado hacia el hospital para devolver el coche a Nardim junto con las cajas sobrantes de la partida de Svent. Se perdió y, sin darse cuenta, regresó a Ouarz. Ouarz estaba casi desierta, prácticamente abandonada. Dio media vuelta y tomó la dirección correcta. Supuso que a las horas del sol los habitantes de Ouarz se refugiaban en sus casas y dormitaban a la sombra. A él también le vendría bien dormir, dejarse caer sobre un colchón mullido y relajarse sin pensar en nada, vacío de preguntas, de dudas, de soliloquios. Estaba hecho un guiñapo. Le dolían los

huesos por esa noche que pasó sobre el suelo de la vagoneta, aún no se había repuesto completamente de la gastroenteritis y arrastraba la debilidad del ayuno en prisión, pero no había sido plenamente consciente de todo ello hasta el momento en que abandonó el campo de Ouarz y se sentó ante el volante. Después de la conversación con Svent el mundo le había caído encima. Conducía por inercia, aturdido por la luminosidad fluorescente del atardecer, y hubiera podido llegar sin problemas hasta el hospital si no hubiese sido por la cabra. La cabra surgió de golpe, como caída del cielo en medio de la carretera. Mario dio un brinco y abrió los ojos de par en par y su pie, más que su conciencia, pisó el freno a fondo y con un chirrido agudo el vehículo se detuvo en seco, en medio de una gran polvareda, a unos pocos milímetros de la sorprendida cabra. Tras la cabra llegó un niño jadeante que la agarró del cuello y tras el niño una mujer joven, que recogió a ambos y se encaró con Mario. Mario, tembloroso, bajó del vehículo y hurgó en sus pantalones hasta dar con una moneda, pero la mujer se dio media vuelta, sin querer aceptarla, y le dejó perplejo y despierto, con un temblor insistente en las piernas. Estaba ante un mercado, un mercado pobre, cuadrangular y polvoriento, asentado alrededor de una plaza sembrada de latas y desperdicios. Las tienduchas, alineadas las unas junto a las otras, las habían construido con cuatro palos coronados con techos de uralita y separados por paredes de plástico. En su interior apenas quedaba el espacio para un vendedor acuclillado y sus cuatro mercancías desparramadas en el suelo o sobre bidones oxidados. Era el mismo diseño funcional y antiestético de la construcción de chabolas que había observado a la entrada de Ouarz. Ésa era la modernidad que Occidente había aportado a esas gentes. Habían sustituido el adobe y la lana por la uralita, el plástico y las fibras sintéticas. Las moscas se amontonaban sobre los pedazos de carne que colgaban al sol, en espera de ser desmenuzados en pequeñísimas porciones. Había tenderetes de ropa vieja, túnicas azules, abalorios y perfumes en polvo de plantas aromáticas trituradas, pero no había un solo comprador, ni un curioso, ni un turista. Estaba en deuda con la cabra y la moneda que llevaba en el puño le quemaba la piel. Compraría algo, cualquier cosa. Se internó en la plaza pausadamente, dejándose invadir por el calor, y observó de cerca a las cabras hambrientas; a los niños descalzos que corrían con los pies encallecidos sobre la arena reseca, casi desnudos; a las mujeres con los vientres hinchados de los que saldrían más niños descalzos; a los viejos acuclillados bajo el tórrido sol, formando corros y fumando sus pipas; a los jóvenes desgarrados, demasiado altos, demasiado delgados, con pupilas ardientes como carbones encendidos. Le pareció atisbar una expresión famélica en todos ellos, la sombra de la pobreza y del hambre. Se acercó a los tenderetes y se interesó por las túnicas azules que prestaban arrogancia a aquellos hombres esbeltos y supo que recibían el nombre de *dara'as*. Le ofrecieron *melhfás* y anillos de cobre, tabaqueras de piel de camello y pipas labradas en plata y marfil, dátiles y llaveros. Él respondía con una sonrisa a sus ofrecimientos y se sentía incómodo por sus atenciones. Le invitaron a té y a leche y pronto descubrió que estaba rodeado de niños curiosos,

discretos, pero curiosos. Uno de ellos se atrevió a pedirle una moneda, pero fue inmediatamente reprendido por un anciano. Mario todavía guardaba su moneda en la mano. Esa moneda no solucionaría nada, no bastaría para satisfacer la sed de monedas de los niños, de sus padres, sus abuelos y sus hermanos mayores. Indeciso, dio media vuelta y subió de nuevo a su coche. Los pequeños le siguieron corriendo unos metros y Mario, sin reparar en lo que hacía, lanzó la moneda por la ventanilla. Inmediatamente un tropel de niños de todas las edades se abalanzó sobre ella con un griterío ensordecedor. Desde el retrovisor pudo ir siguiendo las incidencias del jaleo que se había armado por culpa de la moneda, hasta que tras una curva los perdió de vista. Les lanzó la moneda desde el coche porque le quemaba en las manos y porque no tuvo valor para dársela cara a cara y enfrentarse a la verdad de que con una no bastaría. Esa moneda era el axioma de la caridad del norte para con el sur. Una moneda tramposa.

En el hospital encontró a Nardim en el mismo lugar donde le había dejado hacía tres horas. La cola de pacientes era más larga, más numerosa. La mayoría tosían y tenían los ojos y la piel enrojecidos, las pupilas ardientes por la fiebre y temblores musculares y, a pesar de ello, soportaban sin rechistar el sol de plomo que caía sobre sus cabezas. Mario se abrió paso cargado con las cajas y, de nuevo, se sintió mal, como cuando lanzó la moneda. Nardim estaba desbordado.

—Malnutrición. Su problema es la malnutrición. Nadie muere de hambre porque las familias se ocupan de repartir lo poco que tienen, pero no es suficiente. Ahora, con las lluvias, han proliferado las infecciones.

Nardim observaba la garganta de una embarazada. Cuando Mario visitó las salas observó que la higiene era muy deficiente y ahora, al comprobar que Nardim no disponía de espátulas de recambio y hacía servir una y otra vez la misma espátula en bocas y gargantas infectadas, se percató de las altas probabilidades de contagio que había. Nardim se justificó.

—No hierven el agua ni la leche, la mortalidad infantil hasta los dos años es casi del cincuenta por ciento y no llegan antibióticos. A veces me pregunto si no sería mejor que muriesen todos y acabasen de una vez.

Nardim proporcionó unas pastillas para la tos de la embarazada y la advirtió de que sufría anemia. Le recomendó que comiese carne roja, a sabiendas de que no lo haría.

Nardim se volvió hacia Mario y le señaló las cajas.

—¿Qué me devuelve Svent?

Mario no lo había comprobado. Simplemente Svent había dicho que no le hacían falta y que no tenía dónde almacenarlas. Alcanzó la primera de ellas y extrajo unos supositorios antiespasmódicos. Nardim asintió con la cabeza. Mario acercó la segunda caja a la luz. La madera estaba astillada por las manazas de Svent y no tuvo

ninguna dificultad en meter su mano y hurgar entre la paja para sacar una muestra. Extrajo una pequeña cajita azul y la levantó para leer el nombre del medicamento. A medida que levantaba su muñeca para aproximar la caja a la altura de sus ojos sintió cómo se le nublabla la vista y le temblaba el pulso. No podía creerlo. Pronunció el nombre con un hilillo de voz:

—Erzorium.

Nardim no le dio ninguna importancia.

—Svent no es partidario de los tranquilizantes, pero nunca vienen mal. Son sedantes para el dolor.

Mario tuvo un escalofrío. Sin atreverse a soltar la caja de Erzorium, secó el sudor que había perlado su frente. Se ahogaba. La cajita azul con que soñara Carmen, la paciente del siete sin suerte, había ido a parar a otro continente. Continuaba siendo mortífera, pero allí aún no se sabía. Otras mujeres buscarían en ella un falso consuelo a su insomnio, a sus pesares. Recordó a Tomás, a Darío, a Rosa Lago. El Erzorium le traía demasiados recuerdos. ¿Cómo era posible tanta desfachatez? Tanto cinismo.

—Es un medicamento retirado en Europa.

Nardim continuó con su labor.

—No es ninguna novedad.

Mario sentía cómo le quemaba la mano al contacto con el Erzorium. La cerró y apretó fuerte, muy fuerte, para no dejarla caer y olvidar que tenía en su puño el tumor de Rosa Lago, la vida de Tomás, los besos de Ana. Nada de eso hubiera ocurrido sin esa cajita azul. Su propia voz le sonó opaca.

—Hay indicios de que produce cáncer a largo plazo.

Nardim no quedó muy impresionado.

—Su esperanza de vida es de cuarenta años. No creo que tengan tiempo de desarrollar ningún cáncer.

Mario apretó el puño hasta clavarse las uñas en la palma de las manos.

—¿Han llegado más partidas de Erzorium anteriormente?

—Hace poco que estoy aquí. Ésta es la segunda.

Mario quedó anonadado.

—Entonces no sólo llegan partidas caducadas, también os envían medicamentos defectuosos.

—Qué descubrimiento.

La ayuda desinteresada de la Fundación Luis Ventura y su generosa aportación a Ouarz era un arma de doble filo.

—¿No es posible prescindir de la ayuda externa y abasteceros vosotros mismos? Si tuvierais el control...

Nardim despidió al paciente y le atajó con amargura.

—Aquí no tenemos el control de nada. Estamos endeudados hasta las cejas y en manos de gobernantes corruptos que pactan con las antiguas metrópolis.

Mario comprendió lo que Nardim le estaba diciendo. Simplemente bastaba con

fijarse en su alrededor y ser malintencionado en las respuestas que surgían a sus preguntas. Antes, los nómadas tenían sus *haimas*, sus camellos y sus rebaños, pero eran un engorro para que los países civilizados trazasen fronteras. Los privaron del desierto y ya no les quedaba nada. En Ouarz eran afortunados porque algunos hombres trabajaban en las minas y tenían un sueldo, pero probablemente fuera un sueldo misérrimo que no les bastaba para alimentar a una familia extensa. El mineral se cargaba en el tren hasta Noadheb, luego se llevaba en barcos extranjeros hacia Europa y allí se pagaba a precio de oro. A cambio, los europeos les vendían su maquinaria y les enviaban sus técnicos, sus ingenieros, sus expertos, y el resultado era que los mauritanos salían perdiendo. Los pozos del desierto se habían sobreexplotado y se habían canalizado para dar de beber a las ciudades donde no se producía absolutamente nada. Pero a las metrópolis les traía sin cuidado. Se llevaban el mineral y a cambio enviaban Erzorium para tranquilizar a los nativos y tranquilizar sus conciencias.

Mario guardó la caja en su bolsillo y se puso en pie sin saber dónde mirar, sin saber qué respuesta dar a Nardim, avergonzado por su propia presencia en aquel lugar, testigo de unas evidencias que nunca sospechó que fueran tan flagrantes.

—¿Y cuál es el futuro del país?

Nardim se dispuso a atender a un trabajador con un brazo dislocado y le respondió tajantemente:

—Aquí el futuro no existe.

Caminando hacia el hotel, en lugar de pensar en la posibilidad de que Ana aún le estuviera esperando, pensó en la pobreza. Podía palparla, podía olerla, podía oírla. Había deambulado entre ella sin verla, la había compartido en el vagón del tren y hasta había sido hospitalariamente acogido por ella en la vagoneta donde le ofrecieron comida y abrigo. Había paseado entre ella en el mercado y tenía grabada en su retina la mirada opaca de los niños, sus vientres hinchados, sus parásitos, sus uñas frágiles y su piel reseca. Se sintió abrumado por la pobreza. La pobreza era el paradigma de la injusticia.

En el hotel nadie pensaba en la pobreza. El hotel taponaba las rendijas de sus ventanas para que no se escapase el tibio aire refrigerado que escupían los ruidosos y obsoletos aparatos instalados hacía más de veinte años. El hotel se emborrachaba con el aroma de la cerveza fresca y de los guisos recién cocinados. El hotel dejaba la pobreza fuera, dándose de bruceos contra la puerta, amontonada en las calles y en las chabolas. Dentro del hotel se parapetaban los privilegiados, acodados en la barra del bar, con un vaso de alcohol en una mano y un pañuelo perfumado en la otra para combatir los malos olores y secarse el sudor que resbalaba por sus mejillas y

empapaba sus camisas. Eran los extranjeros que maldecían su mala suerte y soñaban con el día de su partida. Ingenieros, técnicos, pilotos y hombres de negocios venidos de países fríos que criticaban la barbarie y protestaban por las incomodidades y la escasez. Evitaban salir fuera para no tropezarse con esas miradas, negras como el carbón, que les producían incomodidad. Rehuían a los chiquillos y a los vendedores y se hacían acompañar por nativos a sueldo, medianamente occidentalizados, para evitar el contacto con sus interlocutores. No sabían dónde habían aterrizado y no sentían curiosidad por la tierra que los acogía ni por la realidad que los circundaba. Ellos creían que sí porque en ocasiones estudiaban algún folleto turístico y se montaban en sus vehículos, armados con sus máquinas de fotografiar, y se dirigían a una cueva paleolítica con pinturas rupestres o a las ruinas de una antigua ciudad sagrada y allí eran capaces de conmoverse y hasta de dejarse llevar por arrebatos poéticos que erizaban su piel y los emocionaban. Se conmovían ante las naturalezas muertas, pero nunca se preguntaban por qué eran incommovibles ante la vida y la injusticia.

Mario tomó una cerveza con ellos y se fue dando cuenta de todo ello. No eran diferentes a los negociantes de pescado españoles que conociera en Noadheb y sin embargo ese viaje en tren de tan sólo unas horas le había supuesto un salto en el tiempo y el espacio y ahora se hallaba a años luz de Nicolás y Telmo, anclados en su miseria espiritual. Eran igualmente chapuceros e ignorantes y le repugnaron sus discursos, de una monotonía abrumadora, por pedantes y huecos. No pudo acusarlos de nada porque con él se mostraron amables y en seguida le ofrecieron su ayuda y se interesaron por su odisea y se horrorizaron por su detención y su viaje en la vagoneta del tren. Pero su solidaridad era un arma de doble filo. Practicaban la compasión hacia los recién llegados y en esa compasión estaba contenido todo el desprecio que sentían por los nativos. El gregarismo era algo muy humano, no había ninguna duda, pero aquel tipo de gregarismo colonial le molestó profundamente. Dejó su cerveza intacta y se refugió en su habitación para estar solo.

Asimilar la soledad significaba sumergirse en ella sin paliativos ni subterfugios. Había aterrizado en un mundo que no era el suyo y se sentía fuera de lugar. Mientras viajó hacia Ouarz no se dejó dominar por esa certidumbre. Iba a alguna parte a reunirse con Ana. Su viaje era circunstancial y no había lugar para las divagaciones metafísicas. Todo eso se había esfumado. Había llegado a la meta de su camino y se sentía vacío, derrotado, sin esperanzas de encontrar a Ana ni de satisfacer, no ya su deseo de besarla, sino su urgencia por acosarla a preguntas. Se sentía un extranjero entre los extranjeros, un intruso entre los intrusos. Quedarse en Ouarz no tenía ningún sentido. Ouarz era un lugar remoto, olvidado del mundo, perdido en el desierto, el último lugar a donde se le habría ocurrido viajar si no hubiese sido por la llamada de Ana. Sin Ana, Ouarz era pobreza y veía lo que no deseaba ver y caía en la cuenta de

lo que no quería descubrir, y se sentía extrañamente rebelde e irritado por todo lo que se ocultaba a la vista de él y de los que, como él, residían en el norte. Todo continuaría oculto una vez se marchase para siempre.

No es que amara especialmente su país o sus gentes, pero le eran familiares y entendía su lengua y, aunque durante los últimos años le había embargado un pesimismo creciente y de vez en cuando sufría por los bosques desaparecidos, el precio de la gasolina o la renovación de su contrato, sus preocupaciones no traspasaban las fronteras de su pequeña y mezquina comodidad ciudadana de ciudadano de primera. Nunca se atragantó al contemplar una matanza en el televisor, ni perdió el sueño al oír en la radio las cifras escandalosas de muertos por falta de alimentos, ni dejó una cerveza intacta al leer en la prensa los beneficios exorbitantes de una multinacional que se enriquecía en los países donde sus habitantes morían víctimas del hambre, de la guerra y de los desastres climáticos. Ahora sabía algo más, intuía que su mundo, su pequeño universo esterilizado de hospitales y batas blancas y calles asfaltadas, luces de neón, imágenes digitales y coches relucientes estaba construido con el hierro de las montañas de Ouarz.

Esperaría unas horas, una noche, un amanecer, y luego se embarcaría de nuevo en un avión para regresar al norte. Almacenaría en su memoria los besos de Ana, sus suspiros y sus silencios y olvidaría Ouarz. Olvidaría que en Ouarz una tarde, encerrado en un hotel decadente, se abrumó por el vértigo de la soledad y sintió cómo traspasaba un espejo y se contemplaba a sí mismo desnudo e inerme en medio de la nada más absoluta. Él, que había traído centenares de niños al mundo y que siempre se preguntó qué debían de sentir al abandonar el útero materno y abrir los ojos a la realidad circundante, heridos por el dolor de sus pulmones al desgarrarse y el tirón de su cuerpo bajo el peso de la gravedad, supo que lo que le había ocurrido aquella tarde, al desprenderse del cobijo del recuerdo de Ana, era lo más parecido a un nacimiento.

CAPÍTULO 19

La maestra era una chica joven. Estaba en prácticas y se había encariñado de Sergio. La tenían enamorada sus rizos —tan negros, tan ensortijados— y sus ojos grandes y oscuros. Se llamaba Elena y era regordeta y afable. Le gustaba charlar a la salida de clase con todas las madres y despedir a los niños con un beso. Al hablar de los párvulos se le encendían las mejillas y reía con una risa cantarina rememorando las travesuras del día. A mí me admiraba su paciencia infinita y a Sergio le gustaba sobre todo su aroma de agua de colonia. «¿Qué tal con Elena?», le preguntaba yo a veces. «Huele muy bien», me respondía. Los niños aprecian esos detalles. Elena olía bien y era dulce e inocente, por eso me pareció fuera de lugar hablarle de mi separación. Temía que se echara a llorar. Las chicas cándidas y dulces como Elena siempre me habían fascinado, eran capaces de desmayarse, de llorar de emoción, de apropiarse de las penas y las alegrías ajenas hasta el punto de hacerlas propias. Simplemente le notifiqué mi nueva dirección, como un trámite sin importancia, y fingí la mayor naturalidad posible. Fui idiota. Yo revisaba diariamente mi buzón, controlaba mis asuntos bancarios y cada vez que sonaba el teléfono en la redacción y preguntaban por mí sentía que el corazón me daba un vuelco. La amenaza de Darío —«Tendrás noticias mías»— aún no se había cumplido, pero yo sabía que tarde o temprano se materializaría. Me esperaba una querrela judicial, un bloqueo de mi cuenta corriente o cualquier tipo de argucia legal que me veía capaz de arrostrar con la ayuda de abogados aunque fuera un proceso largo y costoso. Estaba advertida y sabía que las noticias de Darío serían contundentes. Fui idiota. El comentario de Elena me retumbó como un mazazo en la cabeza. Me recriminó que mi marido y yo no nos pusiésemos de acuerdo y acto seguido, medio en broma medio en serio, me habló de lo guapo que era Darío. «De tal palo tal astilla», comentó refiriéndose a los cabellos y los ojos de Sergio. No se parecía en nada a mí, pero era calcado a su padre. Me la quedé mirando en silencio, y supongo que con tanta intensidad, que captó rápidamente que acababa de meter la pata. Se tapó la boca con las manos y se refugió en su candidez. Fui idiota. Darío había pasado a recoger a Sergio a eso de las dos del mediodía y Sergio, naturalmente, se había lanzado a su cuello y lo había llenado de besos. Elena le había explicado que había escupido los fideos de la sopa y que había hecho la caca muy blanda. Hasta se me pasó por la cabeza que a Darío se le habría atragantado el almuerzo al oír hablar de la caca de su hijo. No sabía lo que era un fideo ni una caca. Pero si sintió asco lo disimuló muy bien porque Elena me juró, entre sollozo y sollozo, mientras yo descolgaba el teléfono, que se mostró muy interesado en todo lo

que concernía al niño. Elena no tenía ninguna culpa. Un papá de un alumno recogía a su niño antes de hora y lo besuqueaba afectuosamente. Elena no tenía ninguna culpa, pero en aquel momento sentí nacer una gran antipatía contra ella y toda su especie de mujercitas candorosas y sensibles. A medida que marcaba números y más números, infructuosamente, me fastidiaba más su tontería. Juraba que quería a Sergio más que a nadie en el mundo y que si le sucedía algo no se lo perdonaría jamás. Era una frase tan tónica que entendí que aquella chica era un tópico en ella misma. Su olor de agua de colonia tan fresca me mareaba, sus lloros me causaban dolor de cabeza y por fin no pude más y la envié a la mierda.

Darío se había llevado a Sergio y los dos se habían esfumado de la faz de la tierra. Puse una denuncia en el juzgado de guardia y la tramitaron con escepticismo. Hasta que no se dirimiese la separación, los dos compartíamos la custodia de Sergio. Les expliqué que Darío había raptado a mi hijo, pero ellos me hicieron callar mostrándome una demanda presentada por Darío acusándome de abandono del domicilio conyugal en compañía del niño y de ocultación del paradero de ambos. Entendieron mi desesperación, pero me aconsejaron esperar.

Nunca he sabido esperar. La espera para mí es desasosiego. Mi embarazo me cansó a los siete meses, estaba harta de esperar y deseaba conocer de una vez a ese niño que las ecografías me mostraban en blanco y negro y que me acompañaba pateando a todas partes. No fui una embarazada paciente ni una madre paciente, quizás por eso envidiaba la paciencia de Elena. Cuando nació Sergio creí que moría de impaciencia por ver su cara y contar uno a uno los deditos de sus pies. Durante las últimas semanas me atormentó la pesadilla de que naciera sin dedos. Todos se reían de mí, pero no me quedé tranquila hasta comprobarlo. Fue un parto largo, inacabable y no pude soportar el dolor. Yo quería un parto natural, sin anestesia, pero me traicionó mi impaciencia y no supe vivir el momento de cada contracción, aceptarla, comprenderla; me parecían un estorbo y una traba a mi prisa por tocar los dedos de los pies de mi niño. Aguanté tragándome las lágrimas hasta que el dolor me pareció, simplemente, inhumano, me olvidé de los ejercicios respiratorios y las relajaciones y renuncié al parto natural. Avergonzada, casi gritando, pedí a Darío que me suministrase la epidural. El niño pasó con éxito el test de Apgar y Darío se pavoneó de su hijo, que pesaba cuatro kilos y se le parecía como una gota de agua. Me llenó la habitación de flores y me regaló un nomeolvides de oro. Por la noche me administró un calmante y un antibiótico y, sin mirarme, me dijo que era una buena chica y que lo había hecho muy bien. Cuando me quedé sola lloré y lloré porque yo sabía que no lo había hecho nada bien.

Me repetí una y mil veces que Darío no haría ningún daño a Sergio. Era tan

absurdo como improbable. Sin embargo me obsesionaba la idea de no verlo nunca más. Me atenazaba la angustia, el no saber a quién recurrir, dónde ni cómo solucionar mi problema. Si cerraba los ojos y me dejaba llevar por el sueño se agolpaban en mis pesadillas un sinfín de escenas macabras de titulares de prensa amarilla. Me despertaba temblando, recapacitaba y rastreaba las pautas del pensamiento lógico que se esforzaba en jugarme malas pasadas. Darío estaba en paradero desconocido y su ausencia no podría durar siempre. Darío era importante, tenía responsabilidades, cargos políticos, no podía estar pendiente de un niño de tres años, de sus cacas y de sus fideos de por vida. Tarde o temprano reaparecería y entonces nos veríamos las caras. Sólo podía esperar, tal y como me dijeron en el juzgado. Mi abogado también me recomendó esperar y esperar significaba abdicar del tiempo y dejar resbalar los minutos y las horas sin conciencia de vivir. Hubiera deseado ser una serpiente y aletargarme hasta que Darío sacase la cabeza de nuevo al escenario de su teatro habitual.

Le di vueltas y más vueltas. ¿Por qué? Se me ocurrió que Darío se llevaba a su hijo porque Sergio era mío y él me quería a mí. Siempre me quiso aunque me hiciese creer que fui yo quien le seduje. «¿Recuerdas, Alicia, cuando me ponías cerco?» Siempre me deseó y si yo me negaba a hacer el amor con él, dándole la excusa de un día ajetreado, medio en broma medio en serio, me preguntaba por mi amante. Darío había malinterpretado mi desinterés y sospechaba que alguien se interponía entre nosotros, y a lo mejor esa idea obsesiva, que se hizo patente aquella noche en el restaurante, había acabado por calar en él, a pesar de que el detective le habría pasado un montón de informes consignando que yo no me veía con nadie. Tal vez fuera eso, se había llevado a Sergio por celos y quizás ese despecho durase mucho más tiempo del que yo estaba dispuesta a soportar. Yo necesitaba a mi hijo, Darío me necesitaba a mí y a pesar de que podía entender sus motivos no podía aceptarlos. Los tres días que estuve sin tener noticias de Sergio fueron los más largos de mi vida.

Cada mañana telefoneaba ritualmente a casa de Darío, al hospital, a la fundación y a su despacho de la Subsecretaría. En todos los lugares me respondían invariablemente que Darío estaría fuera algunos días. Yo insistía en que era urgente, muy urgente, y que tan pronto tuvieran noticias de él me telefonaran. Me había comprado un móvil y les daba mi número quisieran o no. Me podrían localizar a cualquier hora, no me importaba que llamasen de noche o de madrugada, pero era urgente. Las secretarías, por encima de todo, eran discretas y leales. La experiencia de depender de ellas para mis contactos con Darío a lo largo de los últimos años me había orientado sobre la manera de tratarlas. Era muy simple, también eran mujeres y todo consistía en romper la barrera de la profesionalidad y hacer aflorar su lado humano. Las conocía a todas por su nombre, estaba al caso de sus pequeñeces, les hablaba del niño, de mi trabajo, y ellas, encantadas por la confianza que les

dispensaba, también me confiaban sus problemas de salud, sus embarazos y sus peleas matrimoniales. Quizás fue gracias a ello que Loles, dicharachera y lengualarga, me telefoneó a las ocho de la mañana del cuarto día y, con voz queda, me susurró que Darío se pasaría por el hospital a media mañana a firmar unos documentos. Me rogó discreción y colgó precipitadamente. Por fin, después de tres días de tinieblas, volvía a renacer la esperanza. Estaba tan nerviosa que no atinaba ni a vestirme. Había adelgazado. En esos tres días apenas probé bocado, me alimenté de cafés y galletas y cabeceé algunas horas. Tenía mala cara, pero mi aspecto era lo que menos me preocupaba en aquellos momentos. Se había acabado la espera y de nuevo volvía a tener prisa, mucha prisa. Me puse apresuradamente unos vaqueros y una camisa y me ceñí un cinturón. Mal calzada, despeinada y ansiosa, me lancé a la calle.

Darío no se presentó hasta las seis de la tarde. Loles intentó convencerme para que bajara a comer algo a la cafetería, pero yo no me moví y me mantuve sentada e inmóvil, como una estatua, durante nueve horas. Le pregunté por Mario Serna sin saber por qué se me ocurrió ese nombre —teniendo en cuenta que él no sabía ni que yo existiese—, a lo mejor fue porque quería sentirme tranquila sabiendo que en el hospital había alguien capaz de propinar un puñetazo a Darío. Loles me explicó que Mario Serna estaba en paradero desconocido, que había pedido un permiso y se había largado de viaje. Eso me hizo sentir más sola. A cada nuevo minuto de espera que añadía, a los muchos que ya llevaba, acumulaba más rabia y más crispación. Nueve horas después, Darío cruzó la puerta perfumado, bronceado y satisfecho de su persona. Al verme se detuvo y se le heló la sonrisa, pero en seguida la recuperó y, con mucho aplomo, se acercó hacia mí como si nada hubiera sucedido, como si fuéramos una pareja normal que nos hubiéramos despedido de buena mañana en el baño, él afeitándose y yo dándome algunos toques de maquillaje.

—Alicia, creí que estarías en la redacción...

La redacción, ni me acordaba de mi trabajo. Los avisé de que tenía problemas y luego me olvidé. Hizo el gesto de besarme en la mejilla, con naturalidad, y me sublevó. ¡Cómo era posible tanto cinismo! No me pude aguantar y le di un bofetón sonoro. Loles, al ver el cariz que tomaban las cosas, se disculpó y salió apresuradamente. Darío se frotó la mejilla y me miró dolido. Yo no podía articular palabra, quería gritar, preguntar por mi hijo, exigirle que me lo devolviera, verlo, tocarlo, oírlo, pero en lugar de razonar me abalancé sobre él y le clavé las uñas y le mordí porque llevaba tres días sin dormir ni comer y él había tenido el cinismo de besarme y sonreírme. Darío me sujetó las manos y me dio a su vez una bofetada seca, clínica. Me dolió más que si me hubiera pegado con toda su rabia de amante despechado, sólo me susurró muy quedo: «Alicia, estás dando un espectáculo.»

Darío siempre quería salvaguardar las formas, y por eso, cuando se mostraba irritado o desbordado por las contrariedades, resultaba ridículo y postizo. La

espontaneidad era su gran enemiga y muy difícilmente le salía de las tripas una carcajada sincera o un reniego de verdad. Su vida era un teatro mundis por y para los demás y era tan ducho en el arte de representar que había olvidado cuál era realmente su personaje, por eso reinventaba su pasado y mimaba su memoria alimentándola de leyendas y farsas que creía a pies juntillas y que almacenaba junto a sus álbumes de fotografías.

Me inyectó un calmante a la fuerza y me acompañó hasta mi piso en su propio coche por miedo a que le hiciese quedar mal ante un taxista desconocido. Me dejó sentada en el sofá y me aseguró que telefonaría al día siguiente para hablar con tranquilidad de la separación y de Sergio. Yo luchaba con todas mis fuerzas para no cerrar los ojos ni dejarme vencer por el sueño lánguido que me invadía como un hormiguelo. A pesar de estar medio atontada no dejé de suplicarle ni un minuto que me devolviera a mi hijo, que me dejara verlo, que me permitiese abrazarlo. Darío, impasible, me informó, como si se tratase de un parte médico, que Sergio estaba perfectamente y que hablaríamos de él en cuanto yo hubiese recapacitado y descansado. No dejé que me tocara ni que se acercase a mí y cuando intentó ayudarme a caminar hacia el baño para mojarme la cara le rechacé instintivamente. A menudo había pensado que el primer síntoma de alarma surgió el día en que descubrí que me molestaba la forma que tenía Darío de sorber el café con leche por las mañanas. Ése fue el detonante de un sinfín de pequeños gestos y detalles de su forma de hablar, de moverse, de comportarse, que fueron apareciendo, como si nunca hubiesen estado allí y de pronto formasen parte de Darío. Me irritaba la cancioncilla que cantaba en el baño por las mañanas, me irritaba su mueca nerviosa de humedecerse los labios con la lengua, me sacaba de quicio su voz pastosa que impostaba cuando hablaba por teléfono y sobre todo me asqueaba su forma de hurgarse los dientes después de comer. Atribuí mis pequeñas obsesiones al tedio y al aburrimiento y creí que les sucedía a todas las parejas, pero un día que Carla me comentó muy ilusionada que tenía un novio y que estaba loca por él aunque, añadió, le desagradaba su forma de comer caracoles y chuparse los dedos, le aconsejé que lo dejase. Eso era solamente el principio, luego vendrían los espárragos, las croquetas y los purés de patatas, y finalmente no podría cenar con él. Carla creyó que estaba loca, pero gracias a Carla yo entendí que esa repugnancia que sentía en ocasiones por Darío era mi forma sincera, espontánea, de expresar mi rechazo por alguien a quien ya no amaba y de quien tal vez nunca había estado enamorada.

Con Sergio fue muy diferente. Cuando me lo mostraron en la sala de partos, menudo, rojo de tanto chillar, pataleando en el aire con sus piernecitas desnudas, lo sentí lejano y extraño y dudé de que fuera mi hijo. No lo encontraba ni guapo ni feo, sino sorprendente, y lo más sorprendente de todo era que yo acababa de parirlo. Fue decepcionante porque Sergio no me sugería nada especial y yo estaba empeñada en

quererlo de golpe, desde el primer segundo de su vida. Lo miré con detenimiento y me pareció un gatito y cuando le hablé lo hice con la misma voz que impostaba para acariciar al gato de mi madre, y al rato lo dejé correr porque empezaba a llamarle michino y por muy claro que tuviera que su nombre era Sergio no me salía de dentro identificarle de una forma tan contundente. Mi hijo me parecía una cosa, una cosa blanda, tierna y tan amorfa como la mantequilla, y tuve miedo de que se derritiera y de no saber quererlo como se debe querer a un hijo y me asustó la idea de que algún día pudiera cansarme de él como me había sucedido con su padre. La noche siguiente me desperté sobresaltada y descubrí ante mí a la enfermera que me ofrecía a Sergio berreando, de color púrpura, metiéndose los puños en la boca de puro desespero y arañándose las mejillas. Me dijo que mi niño era un llorón de mucho cuidado, que estaba hambriento y que ya no se conformaba con el agua dulzona con que intentaba engañarlo en la *nurserie*. Yo todavía no tenía leche y Sergio quería mamar. Lo cogí en los brazos y lo mecí intentando apaciguarlo impostando la voz y diciéndole, como a la gata de mi madre, que no fuera tan escandaloso. Pero Sergio no me hizo caso y comenzó a mover la cabecita a derecha e izquierda y a dar cabezazos contra mi pecho. La enfermera me dijo que buscaba mi pezón y cuando iba a replicarle que aún no tenía leche noté en las mamas una punzada intensa, caliente y supe que la leche brotaba por el lloro de Sergio y su perseverancia. Me quedé de una pieza y de pronto, al mirarlo, ya no vi un gatito sino un niño que se agarró a mi pezón y comenzó a succionar ruidosamente. La enfermera nos dejó solos y yo me quedé extasiada contemplándolo y descubriendo que estábamos sintonizados. Besé su cabello negro y acaricié sus manitas susurrándole unas palabras tiernas al oído, le hablé con una dulzura insospechada y entendí que mi voz surgía de algún lugar oculto dentro de mí donde se almacenaba toda la tibieza de un amor que ya estaba preparado de antemano. Esa plenitud de sentirme útil, de amar y ser amada, de arrullar a mi cachorro y tranquilizarlo con mi voz y mi leche, tal vez la suma de todos esos factores, me hizo sentir madre. Me enamoré de él y, a pesar de que la leche me duró poco, mi amor no fue pasajero. De algo etéreo e inexplicable fue convirtiéndose en un sentimiento sólido, palpable y muy hondo.

Sergio fue un despertador en mi vida que sonaba a todas horas y me recordaba mis infinitas obligaciones para con él. Un pequeño tiranuelo que borró mis egoísmos y mezquindades de un plumazo. Sergio se instaló en el centro de mi vida y por primera vez, al abrir los ojos, me hizo sentir la ansiedad de acudir diariamente a una cita amorosa inaplazable. Quería estar de buena mañana ante su cuna para besarlo, abrazarlo, impregnarme de su olor dulzón y velar su sueño. Al principio todo fue intuitivo, me dejaba guiar por mis deseos y los suyos, sin prisas, en una suerte de flirteo cotidiano. Poco a poco nos fuimos conociendo y yo fui grabando su sonrisa, su fisonomía, sus gestos y descubrí que él también reconocía mis pasos y mi voz. Cada hora que me hurtaba a mí misma para ofrecérsela era un tiempo sin intereses. Me sentía abrumada por mi generosidad, puesto que el único pago que yo esperaba de

Sergio era su compañía.

Cuando me incorporé a mi trabajo sentí que con la ausencia de Sergio, en esas horas en que me alejaba de su lado, me faltaba una parte de mí misma.

Con la normalidad llegaron las dificultades y los nervios. Darío no estaba nunca y yo debía cumplir horarios y continuar demostrando en mi trabajo que la maternidad no me había restado ni un ápice de mi energía. Al salir de la redacción, cansada, acudía corriendo a la guardería, recogía a Sergio y me convertía en una madre convencional. Lo paseaba, lo llevaba de compras conmigo, me agachaba para ayudarlo a llenar sus cubos de tierra, riñéndole cada vez que, a hurtadillas, se llenaba la boca de piedras, me metía con él en la bañera jugando con sus patitos y chapoteando como una niña, fingía que la cucharada de puré que se negaba a comer era un tren que se acercaba a un túnel, le explicaba sus cuentos una y otra vez sentada junto a él, en la cama, observando de reojo cómo se iba adormeciendo, parpadeando, bostezando, hasta que caía rendido. Apenas me quedaba tiempo para organizar la casa, los papeles, la ropa, mis compromisos. Si debía redactar algún artículo, lo hacía a altas horas de la madrugada. Había reconocido que no podía con todo y había contratado a Isabel, una mujer encantadora y muy eficiente, para que limpiase la casa por las mañanas y se ocupase de la ropa y de la plancha. Era más afortunada que otras mujeres que no podían permitírselo y, a pesar de ello, no tenía tiempo para nada. Mi falta de paciencia se traslucía en la irritación que me producían los imprevistos. Las enfermedades del niño, sus rabietas repentinas, las citas a las que Darío me obligaba a acudir, mis obligaciones fuera de los horarios establecidos. Esos imponderables que me hacían imposible programar la vida ordenadamente. Desde que nació Sergio mi vida se convirtió en un continuo sobresalto. Compaginaba el trabajo con las papillas, la vida mundana con los parques, el sexo con las pesadillas nocturnas, la militancia con las varicelas, y vivía en una completa esquizofrenia adictiva porque Sergio llenaba mi vida con tanta intensidad que su ausencia me dolía como una muela cariada. La vida, sin Sergio, no tenía sentido.

Darío me telefoneó de buena mañana y me sorprendió tumbada en el sofá, en la misma postura en que me quedé dormida cuando él se fue. El largo sueño que había conciliado gracias a su tranquilizante me había ido como anillo al dedo. Abrí los ojos descansada, anoté en mi agenda la dirección del restaurante donde me citaba a comer y colgué pausadamente, con la cabeza fría y el corazón palpitando. Me acaricié las piernas, que tanto gustaban a Darío, y las noté suaves. Me levanté y fui hacia el cajón de la cómoda, hurgué entre el montón de llaves hasta dar con la más pequeña de todas: la llave de la caja de seguridad del banco donde guardaba el disquete que robé en la casa de Tomás.

En ese disquete estaba la clave para recuperar a Sergio. Destaparía la caja de Pandora.

CAPÍTULO 20

Ana no había dado señales de vida y el plazo que se había concedido Mario para permanecer en Ouarz expiraba esa misma tarde. Llevaba ya dos días descansando en el hotel, la mayor parte de las horas encerrado en su habitación, aletargado, inmóvil, esperando una llamada o una nota, o no esperando nada porque se había convencido de que Ana no vendría y se había propuesto encajar la situación con entereza. Era consciente de que algunas veces se gana y otras se pierde y él había perdido la oportunidad de reencontrar a Ana y prefería creerlo así, antes que concebir esperanzas vanas para luego caer en otra decepción. Ana se había difuminado como un dibujo fallido. A fuerza de pensar en ella, de dibujarla en su memoria una y otra vez, de llenarla de tachones y volver a componer y colorear su imagen, Ana había acabado por convertirse en un borrón sin entidad. Con cuatro trazos firmes habría bastado para mantenerla viva, pero ya era demasiado tarde y Ana, su nombre, su voz, su secreto fueron como una mancha de tinta que se derramó sobre sus recuerdos. No sabía —y posiblemente no sabría nunca— quién fue.

¿Deseaba realmente averiguar cuál era la verdad de Ana? No estaba seguro, pero intuía que la realidad chapucera y cotidiana de Ana, construida minuto a minuto en base a posibilismos brindados por la casualidad y por las necesidades perentorias, la verdad de Ana simple, desnuda, despojada de misticismos, posiblemente sería decepcionante.

Las decisiones personales de cada cual, las suyas propias por ejemplo, se fundamentaban en el azar y el azar podía resultar ridículo y hasta patético. Mario se especializó en ginecología y obstetricia porque equivocó una hoja de solicitud. Fue una jugarreta del destino en la que no hubo ni pizca de seriedad. El destino jugaba bromas y algunas eran más pesadas que otras. Lena fue una broma pesada que le gastó una marca de tintes para el cabello. Si Lena no hubiera sido rubia no le habría seducido.

La vida era una continua improvisación y el mayor error consistía en intentar dotar de sentido a lo que simplemente carecía de él.

El director del hotel, el señor Halile, desde que supo que Mario había tomado la decisión de coger el avión de regreso a Noadheb, se mostró empalagosamente amable facilitándole las gestiones de su pasaje y se ofreció a acompañarlo a visitar el museo de Ouarz —del que se sentía sumamente orgulloso— la misma tarde de su partida. Mario, que no se había movido del hotel en esos dos días, cedió a la insistencia de Halile porque le resultaba demasiado cansado discutir. El director, locuaz en su

servilismo, paseó a Mario por las salas de ese pequeño museo provinciano donde se exponían retazos de un pasado heroico acotado. Un tiempo en el que los nómadas camelleros cedieron el desierto a los colonizadores franceses. En las fotografías en blanco y negro, ajadas por los años, que abarrotaban las paredes, los ingenieros y políticos de tierras del Loira, con las mejillas encendidas por el calor, posaban para la posteridad junto a los orgullosos bereberes ataviados con sus *dara'as*. Esos franceses rubicundos lucharon contra la climatología, doblegaron a los nativos y consiguieron el milagro de horadar las laderas de la cordillera para extraer el preciado hierro que transportarían gracias al ferrocarril. Halile le mostró los mapas, las rudimentarias máquinas y las muestras de mineral de las primeras explotaciones de Ouarz. Junto a ese banquete opulento de progreso expoliador se exponían —a la sombra de una *haima* de piel de camello— las tristes sobras de la cultura local disecada bajo la forma de artesanía y abalorios. Mario, abrumado, contempló en silencio los vestigios de esa aventura africana con tintes de *western* que le remitían a un romanticismo decadente y asintió con movimientos de cabeza al torrente apabullante de palabrería del viejo Hable. La visita duró cerca de una hora y, como colofón, el director le obligó a sentarse ante una mesilla, extrajo de un armario un voluminoso libro de honor y le pidió que improvisara unas líneas. Ése era su tesoro, desde la fundación del museo todos los extranjeros que se habían alojado en el hotel habían escrito una dedicatoria en el libro de honor. Mario salió del aprieto copiando un verso que memorizó cuando era niño.

*Que por mayo era por mayo
cuando hace la calor
cuando los enamorados
van a servir al amor
sino yo triste y cuitado
que yazgo en esta prisión
que ni sé cuándo es de día
ni cuándo las noches son
sino por una avecilla
que me cantaba al albor
matómela un balletero
dele Dios mal galardón.*

No supo por qué había escrito ese romance anónimo ni cómo se le ocurrió, pero lo cierto es que desconcertó a Halile. Se caló unas gafas chapadas en oro y lo releyó una y otra vez, con terquedad infantil, hasta acertar a comprender el significado de los versos. Sonrió satisfecho y felicitó a Mario por su inventiva confesándole que se sentía muy orgulloso de haber conocido a un poeta. Mario no le sacó de su malentendido por no gastar saliva y se puso en pie, decidido a regresar a su

habitación y acabar de preparar su maleta, pero el director no estaba dispuesto a dejarlo escapar.

—Por favor, señor Serna, concédame unos minutos más. No se puede marchar sin haber leído la dedicatoria de otro poeta español que nos visitó hace unos años.

Mario, un poco harto, leyó la insulsa palabrería y confirmó que el susodicho poeta era un pedante.

—También estuvo con nosotros un ministro y un embajador, por favor, lea...

Mario hojeó las páginas con una mueca de hastío hasta que detuvo su mano en una de ellas. Había topado con las firmas de Darío y Rominger. Las dos estaban fechadas el mismo día, tres años antes, y estaban escritas con la misma pluma. Sintió extrañeza por el hecho de que Rominger y Darío hubieran visitado juntos el museo. ¿Era una casualidad? Tal vez, pero confirmaba que Rominger había mentado como un bellaco. ¿Por qué cuando conoció a Rominger afirmó con tanta vehemencia que nunca había estado en Ouarz? Halile parecía encantado por el interés que demostraba Mario y se permitió intervenir.

—Gente importante, muy importante. Siempre que vienen a Ouarz me traen un regalo de Europa.

Mario adoptó un aire ingenuo.

—Darío es mi amigo, trabajamos juntos en el mismo hospital, pero no sabía que conociera al señor Rominger.

—El señor Rominger conoce a todo el mundo. Es muy influyente y a veces se aloja en casa del emir.

Mario probó suerte.

—¿Y a qué se dedica el señor Rominger?

El director también le respondió con evasivas.

—Negocios.

—Pero ¿qué tipo de negocios?

El director se encogió de hombros.

—De todo un poco.

La ambigüedad no podía ser más absoluta. Su único negocio, que él supiera, consistía en detener un convoy de trenes con la ayuda del ejército y cargarlo con bidones de agua. El negocio del agua no daba para mucho, pero los italianos eran listos y muy capaces de hacer negocio hasta con la arena del mismísimo desierto con cualquier cosa. Iba a cerrar la página, pero el director le retuvo.

—¿Me puede traducir la dedicatoria del señor Rominger? No leo alemán.

Mario bajó la vista y comprobó que, efectivamente, Rominger había escrito en alemán.

—Yo tampoco entiendo una palabra.

El director quedó azorado.

—Yo creía que...

Mario arrugó la frente. Había algo que no le cuadraba.

—¿Y por qué un italiano escribe en alemán?

El sorprendido fue el director.

—El señor Rominger no es italiano, es suizo. También habla italiano y español perfectamente, pero es suizo.

Mario recibió un mazazo en la cabeza. Rominger era el suizo, el suizo a que se había referido Ana en su pesadilla la noche que lloró y soñó con Tomás balbuceando palabras inconexas en una lengua que ahora reconocía como hassania. Ana soñó con Ouarz y con Rominger y mezcló a Tomás en el sueño y se incorporó lívida, gritando. Fue la misma noche en que él le preguntó por la muerte de Tomás y Ana le rogó que no hablasen de ello. Los dos fingieron haberlo olvidado, pero de madrugada ella se asió al embozo de su sábana sollozando dormida y él la acunó entre sus brazos susurrándole palabras suaves hasta que se tranquilizó.

Tomás había dicho que la fundación era una tapadera y que Darío tenía entre manos negocios sucios. Lo más sucio que había descubierto era los envíos de medicamentos caducados y retirados del mercado de Laboratorios Losón a través de la fundación. ¿Era eso a lo que se refería Tomás? El envío de Erzorium no daba dinero y los negocios sólo se emprenden cuando hay beneficios. Enviar partidas de medicamentos caducados o fuera de curso era una estafa, pero en ningún caso podía constituir un negocio.

Un muchacho sudoroso irrumpió en el museo. Estaba alterado y se notaba que había llegado corriendo. Señaló a Mario hablando precipitadamente con Halile, pero Halile negó con la cabeza y le mostró la hora que indicaba su reloj. Mario se vio obligado a intervenir.

—¿Qué ocurre?

El director le hizo un gesto como indicándole que el tema no le incumbía y que él mismo se ocupaba de resolverlo. En un tono áspero conminó al muchacho para que se fuese y Mario, que no había comprendido nada, lo vio encaminarse cabizbajo hacia la puerta de salida. Halile chasqueó la lengua.

—Pretendía que atendiese al parto de su hermana. Nardim le ha dicho que lo encontraría aquí y ha venido a buscarlo. Le he explicado que perdería su avión y que estaba de visita.

Mario sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—¿Nardim no atiende partos?

El director comenzó a apagar las luces y guardó de nuevo el libro de honor en un armario.

—Es muy joven y siempre se queja de que tiene demasiado trabajo. Yo creo que no está suficientemente preparado y menos ante un caso difícil como el de Adaia.

—¿Difícil? ¿Por qué?

—Es una chiquilla de apenas catorce años y el niño parece que es demasiado

grande para ella.

Mario sintió como el nudo de su estómago se tensaba. Miró su reloj.

—¿Cuánto tiempo tengo hasta que salga el avión?

El director hizo su cálculo.

—Unas dos horas y media.

Mario no lo pensó dos veces, en un par de zancadas alcanzó la puerta mientras daba órdenes tajantes al atribulado director.

—Me llevo su coche. Consiga un chófer que me recoja en el hospital en dos horas y cuarto y que me traiga mi equipaje y la factura. Lo encontrará todo en mi habitación.

El director quedó con la palabra en la boca, a punto de replicar, pero calló porque Mario ya había desaparecido camino del hospital.

Nardim no había practicado nunca una cesárea, pero aunque hubiera estado dispuesto a hacerlo su pulso no se lo hubiera permitido. En los dos días que habían transcurrido —desde que Mario charló con él por última vez— había adelgazado y sus manos, torpes por la falta de sueño, acusaban el cansancio. Mario le encontró en una de las salas de internos intentando suministrar un calmante a una mujer, con la piel de brazos y manos llagada, que se debatía entre fuertes convulsiones. La sala, impregnada de un olor nauseabundo a carne putrefacta y vómitos, estaba abarrotada de pacientes enfebrecidos, y discretamente lastimeros, acomodados desordenadamente sobre colchones despanzurrados o recostados en el suelo, sobre las losas desnudas. Nardim apenas levantó unos segundos la cabeza y sus labios esbozaron una sonrisa momentánea al reconocer a Mario. Con un ademán señaló en dirección al quirófano y murmuró con voz apagada:

—¿Te ocupas de ella?

Mario asintió. Entendió que no le acompañaría, que a lo mejor no se sentía con fuerzas ni para levantarse y que tendría que apañárselas solo. El caos que se respiraba le recordó sus años de urgencias de un gran hospital. En urgencias también se entendían por señas y muy a menudo unos segundos eran cruciales para salvar una vida.

La muchacha, Adaia, estaba en estado semiinconsciente, pálida y ojerosa, y sufría fuertes hemorragias. La atendían tres mujeres de su familia que intentaban a toda costa impedir que se desvaneciese golpeándole las mejillas e insistiendo para que empujara. En el fondo, las tres sabían que el niño no nacería por mucho que Adaia se esforzara. Al ver llegar a Mario le rodearon ansiosas y la más joven, vestida con una *melhfa* verde, le habló en su lengua.

—Se está muriendo.

A Mario no le hizo falta esa observación, le bastó con un vistazo para darse cuenta de la gravedad del estado de la muchacha, pero necesitaba saber si el niño aún vivía. Buscó un estetoscopio y palpó el vientre hasta dar con la posición del feto. No parecía un bebé demasiado grande pero dedujo por su experiencia que el diámetro de su cabeza excedía la pelvis de la partera. Les pidió que callasen y escuchó atentamente sin dar con el ritmo cardíaco, pero al cabo de unos segundos oyó los latidos débiles y acompasados del pequeño corazón.

—El niño aún vive.

La chica de la *melhfa* verde transmitió su mensaje a las otras mujeres y la noticia fue celebrada con grandes aspavientos. Mario no atinaba con lo que le era necesario y se dirigió a su joven traductora.

—Necesito anestesia, material quirúrgico y luz suficiente. Pide a Nardim que me envíe a alguien para que me ayude.

Mario se lavó las manos y se dispuso a desnudar a Adaia y a colocarla adecuadamente. Palpó las venas de sus brazos casi translúcidos y con la ayuda de una goma le practicó un torniquete en el brazo derecho. Era casi una niña, una adolescente, y su vientre abultaba monstruosamente entre sus menudos pechos.

La chica de la *melhfa* verde regresó al cabo de poco con una enfermera de rasgos senegaleses que escuchó con atención a Mario y, sin mediar palabra, se desplazó mecánicamente de un extremo a otro de la minúscula sala y fue depositando sobre una mesilla auxiliar todos los instrumentos necesarios para practicar la intervención. Sin un respiro comenzó a aplicar el yodo sobre el vientre de la partera, allá donde debería practicarse la incisión, mientras Mario revisaba el material.

—¿Y la anestesia?

La enfermera abrió la boca sin levantar los ojos del vientre de Adaia y sin distraerse de su tarea meticulosa.

—Sólo nos queda éter.

Mario masculló un improperio agarrando el frasco de éter.

—Todo el mundo fuera.

La enfermera echó a las mujeres y ayudó a Mario a colocarse los guantes y la mascarilla. Dado el estado de Adaia, Mario le administró la mínima dosis posible de éter, tomó el bisturí y se encomendó a sus manos.

—Necesito más luz.

La enfermera se disculpó.

—No hay más vatios.

Recordó la observación de Ana cuando él se lamentó por la impotencia que sentía ante el cáncer de Rosa Lago y Ana le preguntó si había amputado sin anestesia. Podía considerarse afortunado, tenía éter, luz, un bisturí y gasas esterilizadas. Lo demás dependía de su pericia y de la suerte.

Fue un niño de apenas dos kilos y medio. Lo extrajo de la matriz sin acabarse de creer que estuviese vivo. Tenía la cabeza deformada y el cuerpo de un color violáceo, amoratado. Sus latidos eran imperceptibles, pero tras cortar y cauterizar su cordón, y estimularlo con masajes y fuertes palmadas, el pequeño respondió con grandes berridos. Parecía tan desvalido como su madre, pero quiso vivir. Mario dejó que las mujeres de la familia se ocupasen del recién nacido y se volcó en Adaia. La muchacha había perdido mucha sangre y, aunque había podido detener la hemorragia, consideró imprescindible una transfusión. La enfermera respondió con un lacónico:

—No hay sangre.

Mario no se desanimó.

—Su familia puede donar.

La enfermera negó con la cabeza.

—No tenemos reactivos y no podemos determinar ni su grupo ni el de los donantes.

Mario cosía el vientre de Adaia y sintió el ligero temblor de sus músculos bajo la punzada de la aguja. Se apresuró a acabar antes de que despertase y pensó en otras posibilidades.

—Por el momento le recetaré hierro y le mantendremos el suero, pero necesitare antibióticos.

La enfermera asentía a todo y Mario continuó barajando alternativas.

—Tal vez Adaia se hiciera alguna analítica anteriormente. ¿Dónde puedo encontrar las fichas de pacientes que confeccionó la doctora Vila?

Mario estaba seguro de la eficacia de Ana.

La enfermera era diligente, pero tenía los ojos hinchados y parecía tan cansada como Nardim. Administró hierro a la chica y dejó un frasco de antibiótico sobre la mesilla. Mario se estaba refrescando la cara y, al oír que abría la puerta, la detuvo alzando la voz.

—¿Se acuerda de lo que le he pedido antes? Quisiera leer las fichas de los pacientes que trató la doctora Ana Vila.

La enfermera quizás estaba irritable por la falta de sueño o quizás creía que ya había hecho suficiente. Se rebotó.

—No.

Lo dijo desafiante y Mario no entendió su actitud.

—¿Por qué?

Estaba nerviosa y respiraba entrecortadamente, pero habló claro.

—Porque no puedo dedicar más tiempo a esta chica. La hemos salvado y ya es mucho. Aquí fuera la gente se está muriendo y me necesitan más que ella. No tengo tiempo para dedicarme a buscar papeles.

De pronto Mario recordó la expresión ausente de Nardim, la sala repleta de pacientes, las quemaduras, el olor nauseabundo.

—¿Qué está ocurriendo?

La enfermera vaciló e intentó responderle pero, a pesar de sus esfuerzos para reprimirse, se le humedecieron los ojos y se sujetó con las manos crispadas al pomo de la puerta, dejó caer la cabeza y prorrumpió en sollozos.

—Es horrible. Es lo más horrible que he visto nunca.

Mario se acercó a ella y la abrazó. Era una muchacha fuerte y cálida y en otra circunstancia la habría considerado sensual. Sintió cómo se abandonaba al recibir su abrazo y oprimía sus pechos contra su cuerpo, notó como necesitaba llorar, sacar fuera su desconsuelo, sentir que alguien la protegía después de haber protegido a tantos desahuciados. Buscó en sus bolsillos y le secó las lágrimas con un pañuelo, la calmó y luego la ayudó a sentarse en una silla.

—Ahora vas a quedarte aquí sentada y te van a traer algo de comer. Quiero que vigiles a esta paciente y que no te muevas de su lado. ¿Me oyes?

La muchacha moqueó y asintió moviendo la cabeza como una niña. Le obedecía porque Mario tenía autoridad y sabía transmitir una seguridad que tal vez él no sintiera. Eso era justo lo que la enfermera necesitaba para reponerse.

—Voy a ver qué se puede hacer.

Al salir del quirófano llamó a la chica de la *melhfa* verde y le dio instrucciones para que fuera al hotel con el encargo de abastecerse de comida y té para el personal del hospital. Eran órdenes del doctor Serna. Luego miró su reloj y comprobó que disponía de media hora antes de que vinieran a recogerlo. En media hora no podría hacer mucho, pero se enteraría de lo que estaba sucediendo y, si era necesario, solicitaría ayuda en Noadheb.

En el pasillo lateral, en dirección a la sala, coincidió con Svent. Estaba sudoroso y cargaba un par de grandes cajas. Le saludó con su vozarrón franco.

—Me alegro de que hayas venido a echar una mano. Nardim estaba desbordado.

Mario le ayudó con las cajas.

—¿Qué pasa? Me han dicho que ha habido muertos.

Svent continuó caminando sin detenerse.

—Nardim me ha avisado esta mañana. Otro cualquiera hubiera pedido ayuda antes, pero el chico es demasiado joven y tiene ese punto de orgullo de los jóvenes que creen que pueden con todo. Lo cierto es que yo estoy tan desconcertado como él, nunca había visto nada igual. Han muerto tres niños y una mujer, pero hay casos de mucha gravedad y no creo que duren más de unas horas.

Mario estaba aturdido.

—¿Una epidemia?

—No lo sabemos. Los síntomas son desconcertantes.

Mario recordó las quemaduras y el olor agrio de los vómitos.

—¿Qué síntomas?

—Primero comenzaron las irritaciones oculares y las quemaduras de piel, pero los que acudieron al hospital y regresaron a sus casas evolucionaron con fiebres altas, espasmos musculares y, hoy, la mayoría sufren además fiebres, diarreas y vómitos.

Mario atajó.

—Una intoxicación.

Svent respondió con cautela:

—Es una posibilidad.

Empujó la puerta de la sala con una patada y entró junto con Mario. Nardim, a pesar de su debilidad, se levantó de un salto al ver llegar a Svent con las cajas.

—¿Traes calmantes?

Svent negó con la cabeza.

—No nos quedan analgésicos, sólo antiinflamatorios y unos pocos supositorios antiespasmódicos, pero tengo una caja intacta de pomada para quemaduras. —Sonrió con sarcasmo—. Por fin sirve para algo.

Mario se dirigió a Nardim:

—¿Cuántos afectados hay?

Nardim se encogió de hombros.

—Sobre una cincuentena, pero van en aumento, continuamente llegan nuevos casos.

—¿Y tienes idea sobre cuál puede ser la causa?

Nardim apretó su mano contra su sien. Posiblemente tenía jaqueca.

—Primero creí que podía ser el agua. Todo comenzó después de las lluvias. Hacía demasiado tiempo que no llovía y muchos pozos secos podrían estar contaminados.

La hipótesis era plausible, pero había un dato que no encajaba.

—¿Y las quemaduras?

Nardim movió la cabeza.

—No lo sé, no son erupciones víricas infectadas y parecen quemaduras producidas por corrosivos. He descartado el cólera, la malaria y la fiebre amarilla. No es una epidemia, pero si no fuera por las quemaduras creería que se expande por contagio. Tengo aquí familias enteras.

Mario se acercó a un niño que estaba instalado sobre una esterilla en el suelo. Le tomó la temperatura y el pulso, revisó sus quemaduras y palpó su vientre. El pequeño sufría espasmos intermitentes. Le ayudó a ponerse en pie y le hizo caminar. Tal y como suponía, los movimientos no estaban coordinados. Lo acostó nuevamente y se dirigió a Nardim.

—Sea lo que sea, afecta al sistema nervioso. ¿Has pensado en la probabilidad de una intoxicación?

Nardim repitió lo que Mario ya sabía.

—Todo comenzó con las lluvias. Tiene que ser alguna bacteria o algún virus que se desarrolla en el agua.

Svent contemplaba con una cierta alarma la precariedad de la atención hospitalaria que Nardim había improvisado.

—Necesitas más camas, más personal y más medicamentos.

Mario no dejaba de cavilar.

—¿Sabes si han tomado algún alimento que pudiera contener algún producto corrosivo? Quizás han sufrido las quemaduras por contacto, al manipularlo.

Nardim se lamentó.

—¿Y las irritaciones en los ojos?

Svent chasqueó los dedos.

—Un gas. Alguna fuga de un producto tóxico. Yo atendí una vez a víctimas del gas naranja y los síntomas eran muy parecidos.

Mario se aferró a esa posibilidad.

—Hasta que no sepamos la causa no podemos detener la epidemia. ¿Quién manda en Ouarz?

Nardim respondió el primero.

—El gobernador de la provincia.

Svent fue práctico.

—Sería una estupidez perder el tiempo con el gobernador. El emir es el único que realmente dispone de medios. Yo mismo me ocuparé de eso.

Nardim se sintió aliviado, como hiciera la enfermera, por traspasar la carga a otras espaldas más fuertes que las suyas. Era muy joven, apenas veinticuatro años, y, aunque no le faltaba valor, carecía de experiencia.

Los interrumpió un empleado del hotel que se abrió paso entre los enfermos y se dirigió a Mario con unos papeles en la mano.

—El director me ha dicho que viniera a recogerlo para llevarlo al aeropuerto. Aquí tiene su factura y su billete, el equipaje está en el coche.

Se produjo un silencio espeso, Nardim suspiró y Svent desvió su mirada de Mario, visiblemente incomodado.

Mario no se permitió reflexionar sobre lo que hacía, simplemente obedeció a lo que le dictaba el instinto. Rechazó el billete y la factura que le tendía el chófer.

—He cambiado de opinión, me quedó unos días más.

El hombre le mostró el billete.

—Ya está pagado, no le devolverán el dinero.

Svent agarró el billete y se dirigió a Mario.

—Puedo aprovechar tu asiento y enviar un hombre a Noadheb para que pida ayuda.

Mario asintió, pero le traía sin cuidado lo que pudiera suceder con su billete. Ya no era un turista, ni un entrometido, ni un curioso, era un médico y tenía mucho trabajo. Desde que cogió el bisturí en sus manos y lo hundió en el vientre de Adaia, absorto en la firmeza de su pulso y ocupado con sus cinco sentidos en mantener con vida a la muchacha, se esfumaron de su cabeza el resto de sus preocupaciones.

Preguntó dónde podía hacerse con una bata y unos guantes y comenzó su tarea desde aquel preciso instante.

CAPÍTULO 21

El campo de refugiados no se vio afectado por la epidemia, pero en Ouarz, donde vivían unas cinco mil personas, más de doscientas sufrieron en mayor o menor grado los efectos devastadores de la extraña enfermedad. En sólo tres días sumaron cincuenta y dos muertos, la mayoría niños y ancianos, y los problemas se multiplicaron al cundir el pánico. El miedo se extendió como una mancha de petróleo y se mezcló con los gemidos de dolor de los moribundos y los lloros por los desaparecidos. Proliferaron los rezos, las pócimas, los amuletos, las medicinas y los santones. La población, asustada, se aferraba desesperadamente a las palabrerías de los charlatanes que les prometían ponerlos a salvo a cambio de unas monedas. Hubo quien se negó a acudir al hospital porque comenzó a correr el bulo de que todos los que entraban morían.

Mario se zambulló en la tarea de atender a los enfermos, que se multiplicaban a cada hora y desbordaban la capacidad del pequeño hospital. Aunque procuraba anotar sintomatologías y recoger datos para dar con la raíz del problema, lo cierto es que se sentía prisionero de la inminencia y, sin un respiro, iba de aquí para allá atendiendo a nuevos casos, intentando reanimar a los moribundos y dictaminando fallecimientos. Organizó como pudo la evacuación de los cadáveres y la desinfección de las salas, con el temor añadido de que la falta de higiene pudiera provocar a su vez brotes de cólera. Por ello ordenó hervir el agua, esterilizar las ropas y utilizar guantes y mascarillas.

El emir, gracias a la intervención de Svent, los abasteció de alimentos y agua y envió una partida de hombres para colaborar en los traslados de los cuerpos. Su ayuda fue un alivio, sobre todo porque andaban muy escasos de personal y la falta de comida y agua podría haberse convertido en una pesadilla.

Mario y Nardim practicaron unas pocas autopsias y observaron quemaduras en laringes y estómagos, inflamaciones de hígado y agarrotamiento de los tejidos nerviosos. Su experiencia forense era muy limitada y les faltaba material de laboratorio para poder dictaminar con exactitud la causa de sus muertes. Enviaron su informe, junto con las biopsias de algunos tejidos y las muestras de sangre y alimentos hallados en sus estómagos, al hospital de Las Palmas y quedaron a la espera de los resultados.

En esos días, Mario comprobó que ninguno de los que atendían a los afectados desarrollaba síntomas de la alarmante enfermedad y descartó lentamente la posibilidad de contagio. La hipótesis de la intoxicación por haber ingerido algún

producto contaminado se hizo cada vez más evidente y lo único que se le ocurrió, de inmediato, fue practicar lavados de estómago y administrar vomitivos. Sin embargo, esos remedios rudimentarios surtían muy poco efecto y el producto tóxico, fuese el que fuese, se absorbía con excesiva rapidez y acababa afectando irremediablemente a las terminaciones nerviosas y produciendo la muerte en la mayoría de los casos.

Svent trabajó duro y no se concedió ni un minuto de descanso. Telefoneó a la fundación y envió un par de informes por fax exigiendo el envío urgente de medicinas y ayuda monetaria. Mantuvo contactos con las autoridades de Ouaz y, después de diversas e infructuosas reuniones, desestimó que se hubiese producido ninguna fuga de gases tóxicos. Él mismo dirigió personalmente la recogida de muestras del agua canalizada que traían desde los pozos de Toaujail y Tourine y se puso en contacto con los controles de depuración, bastante deficitarios, que se seguía en los pozos. En ninguno de ellos se habían detectado cambios tras las lluvias. Svent desconfió, pero carecía de medios para rebatir esos análisis discutibles. Svent aconsejó a las autoridades dictar algunas normas sanitarias preventivas y consiguió la colaboración del ejército, que decretó una cuarentena hasta que no se descartara el carácter epidemiológico del problema. Pronto llegarían refuerzos de Noadheb por vía terrestre y le tranquilizó saber que el consulado español participaba en la operación. Sin embargo, todo eran promesas y aplazamientos. El emir había sido el único que había respondido con diligencia a sus requerimientos.

Svent encontró a Mario junto a Adaia, la muchacha de catorce años que fue sometida a una cesárea cuando se declaró la epidemia. Mario podría haberla olvidado en medio de la confusión y el caos del hospital, pero se resistió a abandonarla porque Adaia podía vivir si se le practicaba una transfusión y se obcecó con esa idea hasta que consiguió rescatar los ficheros de Ana y aventurar una hipótesis arriesgada. Desconocía el grupo sanguíneo de la chica, pero en todas las analíticas que había practicado Ana no había más que un caso de Rh negativo que correspondía a un inmigrante senegalés. Pidió permiso al padre de Adaia, cruzó los dedos y realizó una transfusión a ciegas con la sangre de un hermano de Adaia consignado por Ana como donante universal. Si Adaia era Rh negativo podía morir.

Todo salió bien. Adaia recuperó el color de sus mejillas y Mario, quizás recordando a Ana y su empeño en la lactancia materna, insistió para que diese el pecho a su pequeño. En ese contexto entendió algunas de las preocupaciones de Ana y le dio la razón. Las leches maternizadas no tenían cabida en lugares donde no se pudiera garantizar la esterilización de los biberones ni del agua. Adaia era su pequeño milagro y cada tarde la visitaba unos minutos y comprobaba sus mejoras. Ella le adoraba y Mario se sentía reconfortado por los progresos que, a fuerza de mimos y atenciones, se operaban en el ánimo y la salud de la chica.

Svent le interrumpió y le pidió que le atendiese un instante para mostrarle algo

interesante. Venía acompañado de Joanes, el hijo de Halile. Mario se despidió de Adaia y se reunió con ellos. Svent estaba excitado, palmeó la espalda de Joanes y ofreció un plano a Mario.

—El muchacho se ha dedicado a recoger los datos de los afectados y los ha anotado en el mapa.

Mario lo tomó cuidadosamente y el dedo calloso de Svent le indicó la mancha roja coloreada con rotulador.

—Fíjate. El círculo que ha dibujado al este es donde se concentra la epidemia. Corresponde al barrio de Tazadit, el que se fundó cuando se explotaban las minas de Tazadit hace diez años. En los últimos tiempos se llenó de chabolas de inmigrantes y el noventa por ciento de los afectados viven en esa zona. Hay sólo unos pocos casos aislados en el centro de Ouarz y ninguno en absoluto en dirección a las minas de Rouessa, hacia el oeste.

Joanes se permitió intervenir:

—Quizás se trate de una epidemia contagiosa. A medida que apuntaba los datos me iba dando cuenta de que se había extendido como una mancha de aceite.

Mario negó con la cabeza.

—No, no es posible. En el hospital no ha habido ningún contagio.

Joanes había marcado minuciosamente en rojo las viviendas infectadas y todas ellas formaban un núcleo compacto. En las alacenas de esas casas, en los suelos, en las mesas o jarras de agua se escondía el germen de la desgracia. Svent recogió el mapa y lo dobló cuidadosamente.

—Vamos para allá. Sólo estaremos un par de horas y Nardim ya se encuentra mejor. Joanes se quedará a ayudarlo.

Mario estuvo de acuerdo. Cargó unas cuantas probetas y frascos esterilizados y se proveyó de pinzas y guantes. El material no era pesado, pero Mario siguió a Svent jadeando. Acusaba el cansancio, el nerviosismo y el sueño. Svent tomó el volante y Mario pudo cabecear unos minutos en el asiento contiguo hasta que un brusco frenazo le devolvió a la realidad.

—Ya estamos.

El barrio estaba semidesierto, las casas cerradas y el silencio era absoluto. Svent cotejó el mapa y le señaló un punto.

—En esta calle fue donde se detectaron los primeros casos. La mayoría de muertos pertenecen a esta zona.

Mario recordó a los niños exánimes, convulsos, asustados, con los ojos abiertos antes de morir y las manitas agarrotadas. Sintió náuseas. Sólo ahora, al liberarse del ambiente opresivo del hospital, podía valorar en su justa medida el horror que estaba viviendo. Se pusieron los guantes y cargaron con el material. Svent abrió la primera puerta de una patada y penetraron en la chabola deslumbrados por el sol cegador de la callejuela. El techo era de uralita y las pequeñas ventanas estaban prácticamente tapiadas. Les costó un tiempo acostumbrarse a la oscuridad de la vivienda y, a medida

que las sombras se fueron transformando en objetos tangibles, detectaron que se hallaban en una habitación de unos quince metros cuadrados que tenía como único mobiliario una gran alfombra remendada y unos pocos cojines grasientos. En un rincón de la sala estaba la supuesta cocina habilitada mediante un fogoncillo de butano, unas cacerolas, unos sacos medio vacíos y una lata de agua. No localizaron ni aseos ni tuberías. Los sacos contenían arroz, cuscús y té, los olieron con precaución y no notaron nada extraño. Tomaron muestras de todos ellos y también de unos dátiles amontonados en un plato. Se agacharon y recogieron una muestra del polvo y de la arena que cubría la alfombra. Luego llenaron una probeta con agua de la lata y la observaron a contraluz. Era turbia, pero tampoco significaba nada. Mario se desanimó.

—No hay nada.

Svent tenía más experiencia en esas lides.

—Justo acabamos de comenzar.

Mario señaló sus muestras.

—Somos idiotas, todo esto que recogemos no nos sirve. Si hay un virus camuflado en cualquiera de estas muestras tardarán semanas en aislarlo y detectarlo. Será más rápido el resultado de las biopsias.

Svent calló. Cerraron la puerta y entraron en la vivienda contigua. El panorama era muy parecido. Quizás la única diferencia apreciable fuera que sus habitantes habían abandonado la casa más precipitadamente dejando los restos de un cocido frugal en un plato y unos vasos de té sucios. Mario se cabreó.

—Si tuviéramos reactivos podríamos hacer los análisis nosotros mismos.

Svent se agachó y cazó una pulga que saltaba en la alfombra. La chafó entre sus dedos.

—Aquí todo funciona así. Hoy mismo enviaremos las muestras a Las Palmas y en cuatro o cinco días nos darán resultados telefónicamente.

Mario observó la alfombra, los cojines, el arcón, el bidón, los sacos. En todas las casas hallarían lo mismo.

—Los necesitamos ahora. En cuatro días pueden morir muchas personas. Necesitamos reactivos y personal.

Svent le tomó del hombro con sus manos rojas y grandes, y le apretó hasta hacerle daño.

—Cálmate.

Mario entró en razón.

—Está bien. No conduce a nada, pero todo es una mierda.

Continuaron con su tarea mecánicamente, pero las dudas de Mario también habían comenzado a hacer mella en Svent.

—Tiene que ser el agua.

Svent hablaba para sí mismo al tiempo que hundía su probeta en un bidón semivacío.

—Las quemaduras de la piel, de la boca, del estómago, todo apunta al agua.

Mario se quedó ensimismado contemplando el bidón. Fue como si hubiese estado ciego hasta ese momento.

—Pues claro, ¡los bidones!

—¿Qué bidones?

—Trajeron bidones de agua en el tren. Yo mismo vi cómo los cargaban.

Svent se mostró escéptico.

—¿Bidones de agua? Jamás se han transportado bidones de agua a Ouarz.

—¿Y de qué eran si no?

—No lo sé, pero esta gente no paga por el agua. La buscan y la recogen. Jamás comprarían bidones de agua.

Mario se puso nervioso.

—Podría ser una ayuda humanitaria.

—Todas las ayudas pasan por mis manos y te juro que al campo de refugiados no nos ha llegado un solo bidón.

—Quizás fue una iniciativa particular. Rominger los estaba cargando en el tren ayudado por el ejército. ¿Por qué lo tenía que ayudar el ejército?

Svent se asombró.

—¿Conoces a Rominger?

—He hablado un par de veces con él.

Svent le mostró su pie mutilado.

—El cabrón de Rominger me debe tres dedos del pie.

Mario no pareció comprender.

—No se dedica precisamente al humanitarismo. Trafica con minas y con armas.

Mario se quedó sin respuesta. Por fin había dado con los negocios de Rominger. El suizo era un traficante. Naturalmente. Un negocio lucrativo, secreto o no tan secreto, que le permitía relacionarse con lo mejor y también con lo peor. Comenzaba a atar cabos y a desentrañar algunos misterios que se habían cernido confusamente sobre su persona. Rominger no quería que fuera a Ouarz porque también le confundió con un miembro de las guerrillas. Rominger fue quien apretó las tuercas a Bessem para que rechazara su billete de avión y tal vez fuera el mismo Rominger quien pagara a esos hombres de que le habló Carlos para que le esperaran en el hotel Sabah y le impidieran hacer su viaje. La contemplación del pie mutilado de Svent recorrió el velo de las patrañas de Rominger y su honorabilidad. Pero había una cosa cierta, él le vio cargando bidones en el tren.

—¿Qué te ocurre?

Mario señaló con terquedad el bidón.

—Rominger cargó bidones.

Svent chasqueó la lengua.

—Lo encuentro absurdo.

—Me importa un pimiento que lo encuentres absurdo.

Svent parecía incómodo y se iba frotando el dorso de las manos con los pantalones. Mario se fijó en ellas.

—¡Tus manos!

Svent reparó en ellas. Estaban hinchadas y cubiertas de pequeñísimas ampollas que presagiaban una quemadura leve.

—Mierda... ¿cómo...?

Mario reprodujo la secuencia.

—Las introdujiste en el bidón para tomar la muestra de agua. ¿Lo recuerdas?

Svent fue más rápido que Mario. Se lanzó apresuradamente sobre el bidón y le propinó una fuerte patada, y casi instantáneamente se le iluminó el rostro.

—¡Lo tenemos!

Svent silbó para que el chiquillo lo oyera. Svent fue a meterse la mano en el bolsillo cuando se lo pensó mejor y, con el dedo índice, indicó al chiquillo que se acercara. Se acuclilló para estar a su altura y le mostró un puñado de caramelos, luego señaló el bidón, le hizo una pregunta rápida y esperó la respuesta. El chiquillo se extendió en largas explicaciones. Svent se puso en pie, le ofreció los caramelos y miró a Mario con la palidez impresa en el rostro.

—¿Y bien?

—Los bidones provienen de las minas de Tazadit. El agua la recogieron de un pozo que habitualmente está seco. Nadie me había informado de la existencia de ese pozo.

Svent pidió al muchacho que se acercase a ellos sin miedo y, con una sonrisa, le hizo unas preguntas rápidas en hassania. El chaval le señaló hacia un punto, pero Svent le tomó de la mano.

Mario no comprendía.

—Nos acompañará hasta el pozo. No podemos permitir que la gente continúe extrayendo el agua ni un minuto más.

Se perdieron por las callejuelas polvorientas y se alejaron del barrio. El muchacho se detuvo en un recodo de una calle empinada y señaló un punto en dirección a la cordillera. A lo lejos se divisaban un par de palmeras amarillentas y algunas siluetas humanas. Debía de ser el pozo, pero en el desierto las distancias eran engañosas y a buen seguro que se encontraba a veinte minutos de caminata agotadora bajo el sol. Mario estaba aturdido por el calor e irritable por la falta de sueño.

—No hace falta que nos acerquemos hasta el mismísimo pozo. Podemos dar parte por teléfono para que el ejército lo clausure.

Svent era tozudo y Mario tuvo que admitir que llevaba su buena parte de razón.

—Prefiero clausurarlo yo mismo y evitar que muera ni una persona más.

Mario hizo un último esfuerzo. Limpió el sudor que goteaba de su frente y se refugió en la sombra que proyectaba la corpulenta espalda de Svent. Ante ellos, el

niño, infatigable, saltaba como un perrillo andando y desandando el camino una y mil veces, sonriente, orgulloso de la importancia que le habían otorgado los dos extranjeros siguiéndolo.

Mario llegó al pozo jadeante y con la camisa chorreando. Podía oler el fango, la caricia de la humedad, y ese aroma, por sí solo, bastaba para refrescar la piel. Ante ellos, una familia bereber se guarecía a la sombra de las escuálidas palmeras mientras la mujer extraía un cubo del pozo.

Svent, raudo, sujetó la cuerda que sostenía el cubo y advirtió en hassania a la atribulada mujer. Completó su explicación mostrándole las manos. La mujer dio un paso atrás y rompió en exclamaciones. Se les unieron el marido y los cuatro chiquillos que correteaban semidesnudos y cubiertos de polvo. Al parecer, la mujer había lavado a uno de ellos. Svent intentó tranquilizarla convenciéndola de que lo que causaba la muerte era la ingestión del agua, no su contacto con la piel. Mario estudió el pequeño y comprobó que, efectivamente, presentaba una erupción similar a la de las manos de Svent.

Levantó la mirada y estudió el enclave. Coincidió con los ojillos escudriñadores de Svent. Svent ya tenía una idea preconcebida.

—El agua del pozo proviene de las minas. Fíjate, hay un cauce seco de un riachuelo unos metros más arriba que sale de la mina de Tazadit.

Mario movió la cabeza.

—¿Y qué quieres decir?

Svent fue tajante.

—El agua se filtra en la mina y se contamina.

—Qué tipo de contaminación.

Svent se encogió de hombros.

—Tendremos que ir personalmente. Podría ser algún material peligroso que utilizasen para barrenar o para tratar el mineral, algún bidón con productos químicos en mal estado...

A Mario le pareció una suposición plausible, pero estaba demasiado cansado hasta para pensar. Svent tomó una decisión por los dos.

—De momento cegaremos el pozo, llevaremos al chiquillo al hospital y su padre nos acompañará a Tazadit.

Mario asintió a todo. Estaba demasiado exhausto para disentir.

El bereber, desde el *jeep*, les fue indicando el camino que conducía hasta las minas abandonadas y les explicó que al comenzar las lluvias, y después de seis años de sequía, el pozo de Tazadit volvió a llenarse de agua. Las lluvias los habían sorprendido, a él y a su familia, en el oasis de Tuizine y allá habían hecho acopio de

agua para el viaje. Acababan de llegar a Ouarz con un día de retraso por culpa de una cabra que se había empeñado en parir por el camino. Ahora, citando a Alá y a su benevolencia, reconocía que la cabra les había salvado la vida.

Dejaron el *jeep* al pie de la mina y subieron trabajosamente unos pocos metros por el pedregal. Eran minas a cielo abierto, socavadas en la roca. Tazadit fue explotada durante diez años hasta que agotó sus reservas, y la huella de su explotación era la cavidad que había carcomido la base del cerro. Svent y el bereber dejaron atrás a Mario que, a cada paso, se preguntaba cómo esos hombres delgados y desnutridos sacaban fuerzas suficientes para explotarlas. La pobreza les daba coraje y el hambre les endurecía los huesos. Ningún occidental criado en una ciudad y educado en la blandura de los sofás, del aire acondicionado y los televisores, habituado a las neveras llenas, a los baños y a los coches soportaría la austeridad alimenticia y los rigores de la climatología que soportaban aquellas gentes.

El sol se ponía en un horizonte trazado por el desierto con una rectitud de tiralíneas. Mario se detuvo y contempló la llanura a lo lejos. Era una tierra áspera, pero muy hermosa. Era una tierra desnuda, cegadora, forjada por los contrastes y los colores ardientes, era una tierra mineralizada, reseca como las pieles de los nómadas, agrietada, sedienta y compacta. La llanura de Ouarz era la belleza condensada en un instante, como una gota de perfume.

Levantó la vista y unos metros más arriba contempló el espejismo de miles de bidones precintados que se amontonaban unos sobre otros, semiocultos en las profundidades de la tierra horadada y deteriorados por el tiempo y el abandono. Oyó el silbido de Svent devuelto por el eco de millares de silbidos que entrechocaban contra las concavidades de la roca.

—¡¡¡Bidones!!! ¡Un cementerio de bidones!

El sol iluminó con sus últimos rayos oblicuos el macabro descubrimiento del cuerpo putrefacto de una cabra que yacía a los pies de la mina. Svent se tapó la nariz y se acercó hasta los restos del animal. Mario oyó su voz, millares de voces rebotando de piedra en piedra y diagnosticando las causas de la muerte de la cabra.

—¡Ha bebido del contenido del bidón derramado! Es un líquido que apesta, debe de ser altamente tóxico.

Mario se detuvo a una distancia suficiente para poder apreciar la dimensión del depósito. Aguzó la vista sobrecogido por su descubrimiento.

La oscuridad se cernía sobre su cabeza como las alas del buitre que sobrevolaba el cuerpo solitario de la cabra muerta.

Svent también callaba, abrumado.

Los dos se hicieron la misma pregunta sin explicitarla. ¿Qué contenían esos bidones mortíferos y quién los había dejado allí?

CAPÍTULO 22

Tráfico de residuos tóxicos.

Eso era lo que había descubierto Tomás y que pensaba sacar a la luz en esa rueda de prensa que jamás se celebró.

La Fundación Ouarz era la tapadera de un sucio negocio manejado por Darío y Losón que desviaba ayuda humanitaria sustituyéndola por bidones tóxicos, y Tomás tenía la intención de dar a conocer las toneladas de esos bidones tóxicos que el mundo civilizado enviaba al Tercer Mundo y la ruta que seguían hasta hundirse en el corazón africano. Tomás hubiera sacado a relucir los cuantiosos beneficios que esa simple operación significaba y los muchos millones que movía a su paso. Pero Tomás no pudo hablar por culpa de unas balas y murió para que todo eso no se supiera nunca.

Me quedé unos minutos paralizada ante la pantalla y mi primera reacción fue pensar que no era cierto, que todo era una mentira. Luego me levanté, me serví una copa de coñac y me la bebí de un trago. Me senté de nuevo ante mi PC descompuesta, incrédula, con la cabeza flotando sobre mis hombros, y leí los documentos una vez más, atentamente, sin dejarme ni una coma, hasta comprender el alcance de ese asunto que comprometía no sólo a Darío y a su amigo Losón, sino a multitud de empresas químicas y farmacéuticas. Tenía entre las manos una bomba y apenas podía creerlo, y sin embargo no disponía del tiempo suficiente para reflexionar sobre lo que acababa de descubrir. Quería que Darío me devolviera a mi hijo y quería garantías para que nunca más en adelante pudiese suceder algo que me remitiera a la angustia tan atroz que me había consumido durante esos tres días, los más largos de mi vida. Sergio permanecería siempre conmigo, a mi lado, y Darío no se acercaría al niño nunca más. Por primera vez odiaba con vehemencia. Hasta ese momento no sabía que el odio era un sentimiento frío, agrio, para ser paladeado en silencio y sin arrebatos.

Darío quedó lívido y yo me regocijé con su desconcierto, que aumentaba a medida que pasaba las páginas y leía horrorizado la sentencia definitiva de su fulgurante carrera política y médica.

Lo cogí desprevenido y dejé que hablara sobre sus planes, sobre sus ideas respecto al futuro de los tres y sus maquiavélicas razones para convencerme de que

debía renunciar a mi hijo. Su detective y su abogado habían estado trabajando a fondo en el caso y habían acumulado pruebas concluyentes para que un tribunal me negase la custodia de Sergio por conducta licenciosa y abandono del hogar. El detective de Darío había buceado obscenamente en mi pasado y había dado con una bonita historia de amor que sucedió un verano mientras yo rodaba un documental en una ciudad calurosa. Seguro de que Javier no había sido el único, el detective había buscado hasta dar con testigos que podían declarar cómo yo paseaba con hombres por lugares públicos, cogida de la mano, y me citaba con ellos a las puertas de los cines. Por el momento eso ya era más que suficiente para privarme de ver a Sergio y mantener al niño alejado de mí. El descubrimiento de mi romance con Javier debía de haber herido a Darío en lo más hondo de su orgullo y le habría dado la excusa que necesitaba para alimentar su obsesión de celoso enfermizo. Darío debía de creer a pies juntillas que yo era una ninfómana compulsiva y me alegré de esa confusión. Mi odio agrio, áspero, frío se iba metamorfoseando en un sentimiento reconfortante como una taza de té cargada de azúcar. Degustaba una venganza dulce, venidera, imaginando la desazón de Darío creyéndose un cornudo de por vida. Él mismo se había servido el plato de los celos y a mí sólo me había bastado sazonarlo de silencio. Darío estaba indigestado de celos.

Dejé que hablara y que se escuchara con deleite mientras escanciaba el vino en la copa y paladeaba los espárragos. Darío se consideraba omnipotente y, como yo callaba y le dejaba decir, él se crecía en su arrogancia. Hasta que abrí mi bolso, sin pronunciar palabra, y le ofrecí el papel impreso. Darío se caló las gafas, coquetamente, y lo tomó con la punta de los dedos, con un cierto desprecio, creyendo que le proponía un contrato de separación.

Todos tenemos un momento y aquél —tuve conciencia mientras lo vivía— fue mi gran momento. Darío se vino abajo como un castillo de naipes. Toda su compostura, sus gestos estudiados, su aparente frialdad, sus adjetivos cursis y obsoletos, todo su barniz de político marrullero de pasillos se disolvió en unos segundos y dejó al descubierto a un hombre asustado. Darío dejó caer el papel sobre su plato de espárragos, se quitó las gafas empapadas en sudor y accedió a todo lo que le propuse.

Una hora después se presentó, tal como habíamos convenido, con Sergio cogido de la mano, tan pequeño que apenas le llegaba a la rodilla. Sergio se escondía tras los pliegues de los pantalones de su padre y, desconfiado, apenas sacaba la nariz de su escondrijo. Al verme se lanzó a mis brazos tan añorado de mí como yo de él. Le abracé fuerte, muy fuerte, con toda mi alma, y pude oír el crujido de sus huesecillos y su risa al advertirme que si lo estrujaba tanto se rompería.

Tenía muchas horas para disfrutar de Sergio y conseguir hacerle olvidar ese incidente, pero antes debía solucionar definitivamente mi problema. Acudimos los tres a mi abogado, que ya estaba avisado de la visita, y Darío firmó obedientemente el contrato de separación por el cual renunciaba a la custodia del niño. Quise que su firma fuese registrada ante un notario para evitar más incidentes y, a la salida, le

recordé que no quería verlo nunca más y le advertí que si a mí o a Sergio nos sucedía algo, esos papeles, en manos de un notario, saldrían a la luz pública y acabarían con él.

Esa noche, al llegar al piso, me metí en la bañera con Sergio y accedí a todos sus caprichos. Chapoteamos los dos jugando a los atunes y permití que Sergio inundara el cuarto de baño. Me preguntó si podría cenar una pizza y transigí, a pesar de que siempre me negaba, y le dejé que escogiera, sin un reproche, la pizza más repugnante de todas. Pusimos música, chutamos el balón, construimos un castillo, explicamos chistes y nos dieron las doce. Al poco, Sergio cayó derregado sobre su plato, con la nariz manchada de mozzarella y el sello de su sonrisa en la comisura de los labios. Lo llevé en brazos hasta su cama y lo arrojé besándolo y acariciando su cabello.

A pesar de la resaca de felicidad, cuando el piso quedó en silencio, tuve un sobresalto de angustia y corrí a cerrar la puerta con dos vueltas de llave y el cerrojo. Todavía me temblaban las piernas y quise dormir abrazada al niño para exorcizar de una vez por todas mis pesadillas. Mientras intentaba conciliar el sueño, estirada junto a su cuerpecito, decidí que cambiaría a Sergio de escuela y que me trasladaría a vivir a otro piso donde nada me pudiera recordar el horror de esas tres noches en blanco.

No recapacité hasta que la noria de los acontecimientos se detuvo y un buen día, en la cola del cajero del supermercado, me sorprendí a mí misma pensando que me apetecía telefonar a Carla y quedar para ir juntas al cine. Hasta ese momento los días habían girado incesantemente en un torbellino de trámites, decisiones, traslados y miedos. Me sucedió exactamente igual que cuando, de niña, descubría la primera golondrina anidando en nuestro tejado y caía en la cuenta, encantada, de que había llegado la primavera. Ese capricho de permitirme una noche de asueto con una amiga fue una buena señal, sin duda. Era marzo y mi golondrina me avisó de que mi primavera estaba próxima y me dispuse a relegar los jerseys, la tristeza y el tedio al fondo del armario y a recibir la primavera con los brazos desnudos.

Carla me había perdido la pista y estuvo contentísima al saber de mí. Le resumí lo sucedido —sin nombrar el informe de Tomás— y tuve que apartar el auricular para que sus gritos no me ensordecieran. Carla era expansiva, cordial y lunática, y sus fases de euforia eran tan inconmensurables como sus crisis depresivas periódicas. Detecté que estaba en un buen momento y me alegré porque el entusiasmo de Carla era contagioso. Quiso solucionarme la vida desde el otro extremo del hilo telefónico. En un instante, tris-tras, me emparejó con una docena de amigos suyos y me embarcó en un millón de vuelos chárter. Sexo y viajes, ésa era su receta mágica, aunque a ella no le diera resultados. De ahí sus depresiones puntuales cada vez que regresaba de un viaje y cada vez que era inevitablemente abandonada. Carla no tenía solución, pero

era simpática y yo necesitaba compañía.

Gracias a Carla y a sus consejos me miré al espejo por primera vez en meses y me di cuenta de que el tiempo había pasado con una rapidez abrumadora, devorándome en inquietudes y problemas, sin que yo me preocupara por mi aspecto. Había descuidado mi cabello, mi piel, mi cara, mis piernas, no usaba maquillajes ni joyas, me peinaba invariablemente con un moño recogido con cuatro horquillas para que no me estorbasen las greñas, vestía siempre con mis vaqueros —cada vez más desgastados— y calzaba zapatillas deportivas. Me había relegado a mí misma a la imagen que me devolvía el espejo, una mujer solitaria, agobiada por su trabajo y su hijo cuyos trayectos diarios se repartían entre la redacción, la guardería y el supermercado. Me desnudé lentamente y, mientras mi mano recorría mis piernas y repasaba el contorno de mis pechos, recordé —difusamente— la excitación que me producía esa misma caricia prodigada por la mano de un hombre. Añoraba los besos, los labios húmedos y ansiosos que antes electrizaban mi piel y el tacto de una lengua suave a través de mi cuello, de mis pezones, de mi sexo. Añoraba el jadeo del éxtasis y el abrazo convulso de un cuerpo cálido. El tibio rayo de sol de ese anuncio de primavera metafórica había despertado mi sensualidad y me había incitado a rebelarme contra el abandono al que yo misma me había condenado. La soledad comenzaba a pesarme demasiado. Tenía treinta y dos años y era demasiado joven para llorar a solas mi viudedad.

Opté por el desafío de un nuevo corte de pelo, por la ropa atrevida y los zapatos de tacón, recuperé la suavidad de mis piernas y la tersura de mi rostro y alegré mis labios y mis ojos con la luz de un maquillaje rejuvenecedor. Sergio, al verme, se lanzó a mis brazos, me llenó de babas con sus besuqueos y me preguntó si me habían contratado para salir en una película. Eso fue lo mismo que me preguntó mi madre, pero su pregunta —exactamente al contrario que la de Sergio— era mucho más malintencionada. Ella confió hasta el último momento en que yo recapacitase y volviese con Darío, y cuando se convenció de que no había marcha atrás posible en mi tozudería, su único consuelo fue comprobar que, por mi aspecto anodino y monjil, me decantaba por la castidad y asumía el triste papel de viuda madre. Mi cambio la desconcertó y me riñó delante de Sergio por el descaro de mi falda demasiado corta y el atrevimiento de mi corte de cabello. Se le pasaría, pronto se le pasaría y, aunque repitiese una y mil veces que yo estaba loca y que siempre fui una loca, continuaría queriéndome y continuaría sufriendo por mí.

Carla se enfadó conmigo porque iba demasiado guapa y la eclipsaría. Con Carla nunca sabía si sus arrebatos de espontaneidad eran impostados o iban en serio. En seguida me besó, me felicitó por mi aspecto y me propuso que en lugar de ir al cine a ver una película aburrida nos fuésemos a una sala de tango a ligar. Estábamos despampanantes, éramos la pareja ideal para que los hombres se fijaran en nosotras y teníamos la noche por delante. Me tomó de la mano decidida y continuó parloteando sin esperar mi respuesta. Una cosa tenía que quedar clara, ella escogería primero

porque no se arriesgaba a que yo me llevase el mejor partido y le fastidiase la noche. Le juré riendo, sin que ella me escuchase, que no pisaba una pista de baile desde hacía años, que ya no tenía edad para pasarme una noche sin dormir y que no me acordaba de cómo se ligaba con desconocidos. Carla me estiró del brazo con un «pamplinas» rotundo y me metió dentro de un taxi a la fuerza. Con ella era imposible entrar en razón y por eso, precisamente, me gustaba.

Llegamos demasiado pronto y el silencio vergonzoso de la sala vacía me hizo sentir fuera de lugar. Quise marcharme, pero Carla no se dejó amedrentar y pidió dos copas. Comenzamos a charlar y a beber y las anécdotas de Carla pronto me hicieron sonreír y me incitaron a continuar bebiendo y escuchándola. Bebimos tanto que al cabo de una hora no acertamos con el lavabo de señoras y nos metimos en el de caballeros. Nos reímos abrazadas la una a la otra y nos dio por la tontería de reírnos de todo. En el mismo instante en que la orquesta saludó desde el micrófono y arrancó los primeros acordes de un viejo *swing*, abandoné a Carla y me lancé a la pista de baile. Por entonces la sala se había ido llenando de gente y las parejas salían cogidas de la mano a bailar. Extendí los brazos y unas manos de hombre me asieron fuerte, muy fuerte. Cerré los ojos, como en un sueño, y me dejé llevar por mis piernas y por mis recuerdos confusos. Volvía a ser una joven ilusionada que asistía a un baile para despedirme de una ciudad que se me había quedado demasiado pequeña. Quería viajar, conocer mundo, vivir desenfrenadamente y gozar del amor apasionado de un desconocido. Bailé toda la noche sin saber con quién bailaba y me dejé confundir por la música, el ritmo, las luces y el mareo de girar hasta enloquecer, pero mis zapatos nuevos se empeñaron en destrozarme los pies y tuve que sentarme en una silla para descalzarme. Unas manos de hombre me tomaron el pie suavemente y lo acariciaron. Dejé caer la cabeza lánguidamente y me abandoné al placer de sentirme deseada. La voz de Carla, estridente, me sacó de mis ensoñaciones. Me gritó al oído, con voz dolida, que el tipo que me estaba masajeando los pies era suyo porque ella lo había visto antes y que ya me había advertido de que o jugaba limpio o rompíamos la baraja. Yo me encogí de hombros, con indiferencia, levanté la cabeza y le eché una ojeada. Era guapo, sin duda, pero me daba lo mismo. Borracha como estaba, le pedí a mi amiga que me buscara otro porque esa noche no me quería ir a dormir sola. Carla regresó al cabo de poco con un candidato para mi cama y propuso ir a tomar una copa los cuatro. Lo cierto es que mientras tomaba la copa atiné a comprobar que mi masajista, además de ser alto, fornido y ocurrente tenía una sonrisa encantadora y no me quitaba los ojos de encima a pesar de que Carla se le había sentado al lado y lo tenía completamente noqueado con su palabrería y sus risas. Carla me pareció una pesada caprichosa y una estafadora porque el que se suponía que tenía que ser el sustituto del masajista estaba hecho una madeja de nervios, sudaba hasta por la corbata y se ceñía los michelines con un cinturón tan apretado que le salía el hígado por la boca. No había color y aquella era mi noche. Me levanté, coquetamente, y dije con voz bien clara que quería bailar. Inmediatamente el masajista dejó a Carla con la

palabra en la boca —y la mano muy cerca de su pierna— y se ofreció a acompañarme. Yo me encogí de hombros, mirando a Carla con una disculpa, y le seguí.

El masajista era un profesional que llevaba su paquete de condones en el bolsillo. Me echó un par de polvos sin preguntarme mi nombre y sin esperar a mis orgasmos y sólo se mostró interesado por saber dónde estaban la ducha y las toallas. Si en algún momento sintió la tentación de pedirme el teléfono, esa idea peregrina se le borró de la cabeza al descubrir la cama de Sergio. Posiblemente no se lo hubiera dado, pero no me dejó la opción de negárselo. Se despidió con una prisa repentina y me dejó tirada en la cama, sucia, con la boca pastosa, los pies hinchados y más sola que nunca. Mi noche loca había acabado con la confirmación de la frase favorita de Carla. Los hombres son como los váteres, siempre están ocupados o llenos de mierda.

Combatí la resaca del día siguiente con aspirinas y paños fríos, pero el desengaño de mi aventura me dejó un regusto amargo y una noción de extrañeza al preguntarme quién era yo y qué pretendía engañándome a mí misma con ese derroche de frivolidad de que hice gala toda la noche. La tristeza me desbordó al escuchar el mensaje de Carla en mi contestador automático. Cuando sonó el teléfono salí a toda prisa de la ducha y no tuve tiempo de descolgarlo. Escuché atónita las palabras de Carla. Me echaba en cara haber preferido un polvo a una amiga. Había acabado conmigo y me merecía estar sola porque era incapaz de lealtades.

Me afectó tanto que me eché a llorar allí mismo, con el albornoz empapado, el pelo chorreando agua y sujetando una bolsa de hielo contra la sien con la mano derecha mientras que, con la izquierda, buscaba infructuosamente un pañuelo con el que secar mi desconsuelo y mis mocos. Carla tenía toda la razón. Era una egoísta incapaz de lealtades. Había sido desleal a Darío, a Tomás, a la organización, a mi trabajo y a mi amiga, y merecía mi soledad irreconciliable.

De pronto todo me pareció fuera de lugar, torcido, desordenado. Mi propia vida me era difícilmente justificable. Telefoneé a mi madre y le pedí que Sergio se quedase a comer con ella prometiéndole que pasaría a recogerlo por la tarde. Era sábado, me quedé en casa y me senté ante la ventana con la mirada vacía y la melancolía de la culpa subiéndome por la garganta y asediándome con un quejido, un lamento inútil que no era capaz de expresar. *Gilda* se acurrucó junto a mí, ronroneando y lamiendo mi mano. La aparté con firmeza. La presencia de la gata me traía demasiados recuerdos. Aquella noche que *Gilda* vino a frotarse contra mis piernas y yo, enternecida, la llevé conmigo, le ofrecí un plato de leche y la dejé dormir en la cama de mi hijo, aquella noche acallé mi mala conciencia por esconder con mi silencio la muerte de Tomás. Había sido mezquina con *Gilda*, con Tomás, con Darío, con las McLoppainer. ¿Por qué no me había puesto en contacto con la organización para pasarles los documentos de Tomás? ¿Es que acaso me pertenecían?

Los robé de su casa y los oculté para ocultar un escándalo y, sin embargo, había optado por militar para luchar contra la corrupción y el escándalo. Pensé en esos políticos que me ponían enferma y por un momento los vislumbré tan humanos como yo, tan sujetos a sus pequeñas vanidades y conveniencias como yo.

Ya era demasiado tarde. La organización no confiaba en mí. Durante los últimos meses no había recibido ningún mensaje de Jorge ni de Esteban. No me llamaron para continuar colaborando ni me comunicaron nada respecto a la sustitución de Benedetto. Me habían aislado porque sospechaban que no era de fiar y estaban en lo cierto. Una vez más me había dejado arrastrar por ese marasmo emocional que era mi vida y que me hacía confundirlo todo mezclando indistintamente ideales y lealtades con desamores y odios. Necesitaba más tiempo, necesitaba afecto. Añoraba el amor incondicional de Darío que tanto me había asqueado. Me pesaba la soledad.

La primavera se esfumó de golpe. Las amapolas no llegaron a florecer y no anidó ninguna golondrina en mi tejado. Reinó de nuevo la estación eterna, monótona, de un tiempo sin invierno ni contrastes.

Ese fin de semana llevé a Sergio al zoológico y le enseñé los monos. Estuvimos largo rato contemplando sus muecas y sus rituales. Cuando Sergio se rió de ellos me enfadé y le reprendí diciéndole que nosotros también éramos monos y que debíamos respeto a nuestros primos que, posiblemente, eran más dignos de confianza que los hombres. Sergio se pasó la tarde haciendo el mono y comiendo cacahuetes porque su madre le había dicho que los monos eran sus primos y le hacía más ilusión ser un mono que un niño. Yo hice un esfuerzo y telefoneé a Carla. Le dejé un mensaje pidiéndole disculpas y reconociendo que tenía toda la razón al retirarme su amistad.

Después de ese incidente metí en un cajón mi ropa nueva y la destiné a tiempos mejores. Me había dejado arrastrar por los acontecimientos y quizás debiera remontar el río y volver a emprender el descenso calmadamente, asiendo los remos con ambas manos, para resistirme a las turbulencias que me surgirían al paso.

La mañana en que Gomá me avisó para leerme un fax de una agencia internacional de noticias que acababa de llegar a la redacción conté hasta diez y me prometí no precipitarme.

El fax decía que en Ouarz, donde la Fundación Luis Ventura cooperaba con un campo de refugiados, se había producido una intoxicación masiva que había causado más de cincuenta muertos. Se creía que, entre otras muchas causas, el accidente podía ser debido a la filtración de productos contaminantes en el agua de los pozos.

Gomá levantó la cabeza y me preguntó con curiosidad:

—¿Darío, tu ex marido, no era el presidente de la Fundación Luis Ventura?

Yo asentí en silencio y regresé a mi mesa con las piernas temblorosas.

CAPÍTULO 23

Carlos había cambiado. Se había dejado barba, vestía con *dara'a* y turbante y sus movimientos eran cautelosos, gatunos. Mario le ofreció la mano para saludarlo, pero la notó recelosa y presta a retirarse. Svent, distraído, los presentó.

—Mario, Mario Serna. ¿Quizás oíste hablar de él en Noadheb?

Svent no fijaba demasiada atención en sus palabras, de no ser así hubiese reparado en el titubeo de Carlos. Sin esperar la respuesta, Svent abrió de par en par las puertas del *jeep* y se dispuso a descargar con sus manazas rojas las cajas de alimentos y medicinas que había estado esperando como agua de mayo.

—Pues no, no oí hablar de él...

Mario encajó la sorpresa de escuchar por boca del mismo Carlos que no le conocía. Carlos le ignoró, pasó por encima de su sombra reflejada sobre la arena y ayudó a Svent en su tarea.

—He conseguido un buen pellizco de dólares a través del consulado español y traigo material quirúrgico nuevecito, llegado de Las Palmas.

—¿Has oído, Mario?

Mario estaba en falso. Sin duda, Carlos se había informado sobre él y había descubierto el equívoco de su primer encuentro.

—Plaguicidas. Estuve estudiando la proporción de las dosis de DDT, Dieldrin y HCH y no tengo ninguna duda. Los bidones contienen plaguicidas caducados.

Mario escuchaba la conversación entre Svent y Carlos. Carlos utilizaba frases concisas y contundentes. Hacía gala de un pragmatismo que le faltaba en Noadheb, el justo y necesario para ordenar con un susurro y hacerlo pasar por una sugerencia.

—Es fundamental que pactemos con el gobernador. Deberíamos reunirnos con él esta misma mañana.

Svent asintió y le faltó tiempo para marcar el número telefónico y concertar una entrevista con el gobernador. Svent estaba esperando a Carlos, Nardim también le esperaba y Mario, a regañadientes, tuvo que admitir que se sentía aliviado de que alguien como Carlos le librara de responsabilidades y tomara decisiones por él. Carlos se había investido del liderazgo que nadie deseaba.

Carlos y Mario no se dirigieron la palabra durante la larga reunión que mantuvieron con el gobernador y aunque luego se vieron obligados a comer junto con Nardim y Svent, en el hotel, ambos continuaron simulando no conocerse. El gobernador había accedido a las propuestas logísticas de Carlos. Mario, sin embargo, no acababa de comprender el silencio que tácitamente se había impuesto sobre la

llegada de los bidones a Ouarz.

—¿Por qué no me habéis secundado cuando he pedido al gobernador que se abriera una investigación?

Carlos levantó la cabeza del plato unos segundos, midió a Mario de una ojeada y continuó comiendo. Svent dijo la suya:

—¿Investigar qué? ¿Quién los trajo o a quién sobornaron para dejarlos ahí?

Mario entendió que Svent ya había hecho averiguaciones por su cuenta.

—¿Qué sabes? ¿A quién pagó Rominger?

Svent masticó su comida y engulló rápidamente.

—Al gobernador, por supuesto, aunque seguramente ignoraba el alcance del peligro.

Mario no lo consideró relevante.

—Yo vi a Rominger cargando esos bidones en el tren y estoy dispuesto a declarar donde sea.

Svent peló su naranja con parsimonia.

—Hace diez años que Rominger se pasea impunemente por ahí haciendo negocios con las minas. Antes trabajaba con Lockheed, pero últimamente llegan minas procedentes de Explosivos Alaveses. Es agradable saber que mis dedos han contribuido a mejorar la economía de tu país.

Nardim rió, pero Svent no pretendía hacer reír.

—En fin, con eso no quiero decir que no se tenga que hacer nada, pero Rominger y los de su ralea no son los únicos responsables de esta locura.

Nardim apuró su vaso de té e interpeló a Mario:

—¿Dónde piensas declarar?

Carlos intervino finalmente:

—En el último Tratado de Basilea se prohibió la exportación de productos tóxicos a países del Tercer Mundo.

Mario respiró aliviado. Por fin le hacían caso.

—Por lo tanto, Rominger ha vulnerado el tratado y puede ser juzgado.

Mario esperó su aprobación, pero los tres permanecieron en silencio. Ninguno estaba plenamente convencido de que la iniciativa de Mario prosperase. Nardim rompió el hielo.

—¿Sabes a lo que te arriesgas si acusas a Rominger?

Mario calló unos instantes.

—Bueno, quizás soy un poco idiota, pero han muerto setenta personas y, a fin de cuentas, son ellos los que han corrido un riesgo.

Svent tomó de nuevo el cuchillo y partió su naranja en dos, con determinación.

—Adelante, probémoslo.

Carlos frunció el entrecejo.

—Podemos presentar una reclamación internacional para que se investigue el caso y una acusación particular contra Rominger para que sea juzgado en el país.

Nardim y Svent estuvieron de acuerdo, bebieron sus tés y pagaron su cuenta. Los dos tenían prisa, habían dejado sus obligaciones desatendidas durante unas horas y no tenían más tiempo. Mario aún no había acabado. Había pensado mucho durante esos días en Rominger, en Darío y en Tomás.

—Estoy seguro que la fundación, a través de Darío, también está involucrada en este asunto.

Svent se levantó de la mesa silbando.

—Vas muy rápido, muchacho.

Nardim se despidió con un guiño.

—Cuando vengan a buscarte una noche de éstas recuerda que no nos conocemos.

Carlos y Mario quedaron solos y Mario, que no tenía ninguna obligación, se dio cuenta demasiado tarde de que le faltaba una excusa convincente para marcharse y de que ya no estaba a tiempo de inventarla. Carlos lió lentamente un canuto, lo encendió e invitó a Mario a compartirlo. Ninguno de los dos rompía el hielo. Mario fue prudente y esperó a que Carlos hablase primero.

—¿Por qué me hiciste creer que eras de las McLoppainer?

Lo sabía todo y no valía la pena irse por las ramas.

—Intenté decirte la verdad, pero no me hiciste caso.

Carlos oprimió el canuto con dos dedos, casi aplastándolo.

—¿Estabas liado con Ana?

Mario asintió levemente. Liado no era la palabra exacta, pero no tenía sentido matizar.

—Supongo que tú sabes muchas más cosas de ella que yo.

Carlos se retiró la túnica en un gesto mecánico y elegante, al estilo bereber.

—No estoy seguro.

Mario quedó perplejo. No era el único que dudaba de Ana. Svent, Carlos, todos los hombres que se habían cruzado en su camino compartían la misma opacidad.

—Svent cree que Ana tuvo que ver con la detención de Benedetto.

Carlos reaccionó.

—Eso no es cierto. Ana estuvo conmigo esa noche. Ni ella ni yo nos enteramos de lo ocurrido hasta el día siguiente.

Mario sintió un arrebato de celos súbito, repentino, absurdo. Carlos y Ana habían sido amantes. Esa certeza le causó una repentina incomodidad. No deseaba hurgar en el pasado de nadie y aún menos interrogar a Carlos sobre sus sentimientos, pero lo hizo.

—¿La quieres todavía?

Carlos se mesó la incipiente barba calibrando su respuesta.

—Lo nuestro no era serio. Nos veíamos de vez en cuando. —Dio una calada y expulsó el humo lentamente—. No quise enamorarme de Ana, e hice bien.

Mario recordó el momento en que sintió que Ana era suya. Eso sólo ocurrió cuando llamó a su puerta con el vestido empapado de sangre.

—¿Tú eras el conductor que llevaba a Benedetto aquella noche?

Carlos asintió.

—Nos habíamos desviado de la ruta por culpa de una tormenta de arena y cuando me di cuenta de que teníamos poco carburante me dirigí a Ouarz. Dejé a Benedetto en una *haima* segura y fui a reunirme con Ana. A la mañana siguiente nos avisaron de las detenciones.

—¿Y por qué no detuvieron a Ana?

—Ana era lista y tenía recursos. A mí también me interrogaron y luego me soltaron. Hubiera preferido que me detuvieran.

Mario pensó en voz alta:

—Naturalmente, la organización también tenía motivos para desconfiar de ti...

Carlos le interrumpió tajante:

—¿De dónde sacas esa conclusión tan absurda?

Mario se excusó:

—Cuando estuve en tu casa y me hablaste de la reunión de la cúpula... bueno, me pareció que te quejabas de su falta de confianza en ti y...

Carlos fue comedido con la respuesta:

—Coincidió con la muerte de las focas. Estaba pasando una mala racha.

Mario insistió:

—Pero dijiste que estabas harto y que te ibas a Madrid.

Carlos se sorprendió.

—¿A Madrid?

—Tenías un piso de tu abuelo.

Carlos negó.

—Se quemó.

Mario estuvo a punto de echarse a reír. No sabía si era una broma o una metáfora.

—Es cierto. El piso de mi abuelo se quemó y no tengo dinero para restaurarlo. De momento me quedo aquí, tengo mucho trabajo.

Mario no hizo más preguntas. Era evidente que algo había sucedido durante esos días para que Carlos cambiase de opinión.

—La organización anda detrás del tema de los residuos y es probable que la fundación también tenga que ver en todo ello.

—¿Y por qué no dijiste nada?

Carlos hizo un gesto evasivo.

—Es bueno que las iniciativas surjan de fuera de la organización.

—¿Y qué más sabes?

—Por ahora no mucho más que tú, me irán llegando informaciones. Es posible que el depósito de Tazadit no sea el único.

La cordillera tenía más de treinta kilómetros de longitud y las vías del tren, en su tramo final, discurrían junto a las minas. Carlos tenía razón, podía haber otros muchos depósitos de bidones tóxicos en las minas abandonadas.

Recordó que en el hotel se hospedaba uno de los pilotos de la compañía minera, un muchacho canadiense llamado William a quien le gustaba beber cerveza acodado en la barra del bar del hotel y charlar animadamente de su infancia transcurrida en Sudáfrica. Se quejaba bastante de su espalda. Mario le había dado unos cuantos masajes y había conseguido aliviarle el dolor. William le estaba agradecido y le había invitado a dar un paseo en su avioneta. No tenía más que pedírselo.

—Me parece que podré conseguir una avioneta. Podemos hacer un vuelo de prospección.

Carlos sonrió.

—Estupendo.

—Tendré que hablar con William y esperar a que nos haga un hueco en su horario...

Carlos pidió otro té y Mario hizo lo mismo, ya no tenía prisa, comenzaba a sentirse a gusto con Carlos.

—¿Nunca has tenido contactos con la organización?

Mario negó rotundamente.

—Nunca.

—Y ahora, en cambio, estás dispuesto a colaborar con nosotros.

—No exactamente. Yo lo veo de otra forma. La organización está dispuesta a colaborar conmigo.

—Te lo tomas como una cuestión personal.

Mario cayó en la cuenta de que Carlos se acercaba a la verdad.

—Quizás lo sea. Mataron a un amigo mío, un buen amigo que estoy seguro que sabía cosas que implicaban a la fundación.

—¿Tomás Millán?

—¿Cómo lo sabes?

Carlos sorbió su té caliente.

—Era un colaborador. Nos llegó la noticia.

Mario añadió.

—También era un buen amigo de Ana. Su muerte la afectó mucho.

Carlos se sorprendió.

—Es difícil de creer.

—¿Por qué?

—Ana era inmovible, se sobreponía a los golpes más duros con una facilidad asombrosa.

Mario cedió a una debilidad.

—¿Tienes alguna foto suya?

Carlos pensó.

—Aquí no, pero ya te buscaré una.

Quedaron para más tarde y se despidieron sin tapujos, con un fuerte apretón de manos que sellaba un pacto más allá de sus afinidades ideológicas. Eran cómplices

por haber compartido a la misma mujer y no había asomo de rivalidad entre ellos. Antes de marchar Carlos le hizo una pregunta que no se atrevió a hacerle antes.

—¿Llegaste a verla?

—No. Ni tan sólo sé si estuvo en Ouarz.

Carlos movió la cabeza.

—Con Ana nunca se sabe.

Era cierto, no había pensado más en esa cita y no había vuelto a preguntarse si Ana le estuvo esperando el día 12 o simplemente no acudió a Ouarz. No sabía nada de ella y había llegado a un punto sin retorno donde la verdad de Ana era lo menos trascendente. Ella le había llevado hasta Ouarz y el camino recorrido ya no podría desandararlo nunca más, ya formaba parte de su experiencia para siempre. A lo largo de la ruta se había ido desprendiendo de lastres y a cada paso se sentía más ligero, más libre de prejuicios, de temores, de convencionalismos tramposos que le ataron a discursos que explicaban el mundo, y la complejidad del mundo, desde un simplismo dictado a golpe de consigna. Ana le había hecho un gran favor alejándolo de la espesura de los árboles bajo los que se cobijaba y que le impedían ver el bosque de los absurdos en el que estaba inmersa la humanidad.

El recuerdo de su amigo muerto le avergonzaba. Esta vez no se quedaría con los brazos cruzados como cuando asesinaron a Tomás. Subiría a la avioneta del piloto canadiense, interpondría una denuncia contra Rominger y destaparía la implicación de la fundación y de Darío en el envío de los bidones tóxicos a ese lugar remoto, el fin del mundo para algunos, y que para él, paradójicamente, comenzaba a constituir el principio de su mundo.

Adaia se olvidó del recato que le había sido inculcado desde niña, dejó atrás a su padre y corrió hacia Mario con una sonrisa, tendiéndole las manos. Mario estaba ultimando con Carlos la ruta del vuelo que efectuarían esa mañana. Al oír el saludo de la muchacha levantó la cabeza y aceptó complacido sus muestras de afecto. Adaia era su pequeño milagro. El padre se dirigió a Mario educadamente en hassania. Afortunadamente, Carlos tradujo sus palabras.

—Quiere que vayas a cenar a su casa para agradecerte todo lo que has hecho por su hija y su nieto.

Mario movió la cabeza negándose al ofrecimiento.

—Dile que es muy amable, pero que no puedo aceptar porque no tiene que agradecerme nada.

Carlos tradujo sus palabras con diligencia y, sorprendentemente, el bereber sonrió complacido mostrando una aparatosa muela de oro y palmeó la espalda de Mario. Adaia le tomó las manos y se las besó. Mario se encaró con Carlos.

—¿Se puede saber qué coño les has dicho?

—Haz el favor de sonreír y despedirte. Te esperan el próximo martes por la noche en su casa.

—Pero...

No le quedó más remedio que tragarse su desconcierto y corresponder al efusivo abrazo del padre de Adaia. Una vez solos, Carlos se adelantó a su pregunta.

—No conoces suficientemente a la gente del desierto. Negarse a aceptar su hospitalidad para ellos es una ofensa.

Carlos dibujó una línea en el mapa y chupó dubitativo la punta de su lápiz.

—¿Cuántos envíos crees que se hayan producido?

Mario ya había hecho ese mismo cálculo con Joanes.

—Unos dos cargamentos anuales. Siempre actúan en connivencia con el ejército y los primeros envíos coincidieron con la inauguración del hospital Luis Ventura. O sea, que es probable que hallemos seis depósitos similares a los de Tazadit perdidos por la cordillera.

—Joanes me comentó que en los archivos de Ana hallasteis información.

Mario dobló cuidadosamente el mapa y asintió.

—Ana ya había diagnosticado quemaduras producidas por corrosivos y lesiones del sistema nervioso. En una de sus notas apuntó la posibilidad de contaminación de la capa freática por el filtrado de residuos. No iba tan errada.

—Hay zonas donde el agua discurre a pocos metros de la superficie y es posible que muchos de los bidones de otras minas hayan comenzado a filtrarse como ocurrió en Tazadit después de las lluvias. Ése sí que puede ser un desastre definitivo.

—¿Tú crees que en Basilea nos harán caso?

Carlos negó con la cabeza.

—¿Y si es así, para qué coño sirve tu reclamación?

—Bueno, a veces mostrar los problemas a la opinión pública ya es, en sí mismo, un gran paso.

Mario encendió un cigarrillo.

—Por lo tanto no hay culpables.

—Se puede airear el escándalo y evitar que se produzca otro parecido.

Mario se levantó para buscar un cenicero.

—¿Y a nivel estatal? ¿Si se contraviene una legislación medioambiental estatal es posible sentar en el banquillo a un infractor de la ley?

—Hay demasiadas presiones. Los intereses económicos pasan por encima de la legalidad. ¿Recuerdas la detención de Benedetto?

Mario hizo memoria.

—Tuvo que ver con un pantano...

Carlos jugueteó con el cenicero.

—Benedetto formó parte de una comisión que evaluó los riesgos de la construcción de un pantano en la región de Poo. El tribunal italiano vetó su construcción.

Mario lo interrumpió:

—Sí, ya recuerdo. Hubo mucha polémica porque el pantano significaba la desaparición de grandes zonas agrícolas y la desertización de unos humedales.

—Eso mismo. Earth puso un pleito, hubo un juicio y ganaron los ecologistas, pero el pantano se construyó gracias a las presiones de las empresas constructoras que estaban implicadas en la obra. Benedetto puso querrela tras querrela y, harto de que no respetaran la ley, se proveyó de explosivos y él solo, acompañado de un fotógrafo y un periodista, rogó a los trabajadores que se marchasen y voló el pantano.

Mario chasqueó los dedos.

—Y le encarcelaron.

Carlos calló unos instantes.

—Y además de encarcelarlo le obligaron a pagar millones. El pantano ilegal fue inaugurado meses después por el ministro de Obras Públicas.

Mario ratificó con un movimiento de cabeza, y Carlos continuó:

—Benedetto, desde la cárcel, escribió aquella famosa carta de la que se hicieron tantas copias. *He sido condenado por respetar la ley. A partir de hoy yo, Luigi Benedetto, me pongo al servicio de la humanidad.* Eso ocurrió mucho antes de que se vinculara a las guerrillas McLoppainer.

Mario apagó el cigarrillo.

—¿Quién sustituirá a Benedetto?

—Se barajan dos nombres, Ángel y George, pero la clandestinidad del nuevo dirigente va a ser absoluta.

Mario recibió esa información con una cierta indiferencia. Ninguno de los dos le decían absolutamente nada.

—¿Y tú? ¿Cómo llegaste hasta las McLoppainer?

Carlos hacía mucho tiempo que no se planteaba esa pregunta.

—Bueno, tenía muchos boletos para que me tocara la rifa. Era biólogo y miembro de Earth y me vine hacia aquí, donde todo es más evidente, más flagrante.

Mario le observó. Carlos vestía *dara'a* azul y se tocaba con un turbante. Tenía la piel curtida y sabía escuchar cuando hablaba y ver cuando miraba. Estaba avezado a un espacio abierto sin límites y había cumplido los cuarenta. Tuvo la certeza de que el suyo era un camino sin retorno.

—Nunca volverás a Madrid.

Carlos lo sabía tan bien como Mario.

—Poco después de que tú marcharas comencé a hacer los preparativos para regresar. Cada día me daba excusas para posponerlos, hasta que entendí que no era posible, que ya no podía volver... Decidí que sería mejor quemar mi piso de Madrid.

Mario, en Noadheb, conoció a un español exiliado y ahora en Ouarz estaba ante

un hombre de ninguna parte.

—¿Y qué harás?

Carlos hizo un gesto vago señalándole la ventana.

—Trabajaré en un proyecto de saneamiento del agua de los pozos del desierto que ha lanzado la FAO.

Mario recordó los bosques de hayas secos y se entristeció.

—Es irreversible.

Carlos era sensato.

—El cambio climático es un hecho irreversible.

Mario señaló su vaso medio vacío.

—Podemos subsistir con cerveza.

Carlos rió.

—Faltaré agua para el regadío.

Mario se dio por vencido.

—No continúes. Me abrumas.

Carlos le palmeó la espalda paternalmente.

—No intentes entenderlo todo y creer que puedes detenerlo todo. Podrías volverte loco.

Mario fue sincero.

—Eso es exactamente lo que me está sucediendo.

—Buena señal.

—¿Tú crees?

—De aquí poco me pedirás ingresar en las McLoppainer.

—Se supone que tendrías que ser tú quien intentaras convencerme.

—No creo en el proselitismo, prefiero que seas tú quien decida para que nunca me rompas la cara porque te vendí una moto que no era la que necesitabas.

Mario vació el culo de cerveza del botellín en su vaso.

—¿Ésa es la táctica de las McLoppainer?

—No, ésa es mi táctica. Conozco compañeros que hacen proselitismo hasta entre sus propios padres. Yo soy más prudente.

Mario consultó su reloj. William se retrasaba más de lo previsto.

—¿Y qué me dices de la prudencia de las McLoppainer?

—Difícilmente sostenible, como el planeta. En una organización concurren muchos individuos, muchas circunstancias y también muchos intereses. Todo eso es difícil de conjugar y hay momentos en que uno debe preguntarse si continúa creyendo en lo que creía y si es consecuente con sus principios.

Mario estaba ávido de respuestas y hubiera querido preguntarle por sus principios, pero William, sudoroso, los interrumpió y los invitó a una cerveza antes de coger la avioneta.

El vuelo de prospección duró cerca de tres horas. Tras el despegue, Mario no reparó en que la avioneta ganaba altura y sobrevolaba la ciudad, absorto como estaba en la experiencia de combatir el vértigo que le dominaba, inoportuno, cada vez que William ejecutaba una pirueta. Mario se aferró desesperadamente a su cinturón y entornó los ojos. Al cabo de un rato la razón, que no su instinto, le inclinó a confiar en la pericia de William. Abrió los ojos y se fijó en que Carlos respiraba con normalidad y, a diferencia de él, no tenía el cuerpo agarrotado. Fue aflojando paulatinamente la tensión y, pasado el susto inicial, consiguió relajarse, vencer el miedo, y se vio con fuerzas de otear por la ventanilla. El paisaje a vista de águila era rotundo, desprotegido de sombras y claroscuros, como una gran maqueta de arena y rocas que, en su desnudez inerme, inducía a la ternura. El leve mareo por la falta de oxígeno le alegró como una copa de vino y le infundió optimismo. Surcar los aires fue siempre un deseo recurrente de niño cuando observaba a los halcones lanzarse como flechas sobre sus presas y hendir el viento majestuosos. Se contagió de la euforia de triunfar sobre la gravedad y cuando William le indicó que sobrevolaban las primeras minas y que estuviese preparado porque intentaría un vuelo rasante, tomó la cámara y se dispuso a esperar. La avioneta se lanzó atrevidamente hacia la cordillera de hierro para acercarse lo más posible a las minas de Rouessa, una de las primeras explotaciones, abandonada desde hacía quince años, ubicada al sur de Tazadit y distante unos veinte kilómetros de Ouarz. Mario presionó repetidamente el dispositivo de su cámara sin acertar a saber cuántas fotografías estaba haciendo. Carlos, a su lado, sacó una libreta y comenzó a anotar. El depósito de Rouessa superaba con creces al de Tazadit. Era imposible calcular el número de bidones que había acumulados en las hendiduras de la ladera, pero representaban todo un arsenal. William sobrevoló Rouessa en sucesivos círculos concéntricos y luego se dirigió a Seyala y Azouazil. En todas ellas encontraron la misma evidencia. La cordillera de Ouarz era el vertedero más peligroso del que jamás habían tenido noticia. El mismo William, expansivo y cordial, no podía evitar renegar en inglés cada vez que descubría nuevos bidones. Mario gastó tres carretes en su reportaje fotográfico y Carlos, en un cálculo aproximado, aventuró que la montaña cobijaba más de treinta mil bidones de residuos tóxicos.

Mario descendió de la avioneta trastornado por el alcance de su descubrimiento. Rominger no podría escabullirse a la evidencia de treinta mil bidones y la comunidad internacional tampoco podría permanecer ciega y sorda a ese desastre. El vuelo, el vértigo, la altura, la prepotencia de abarcar con una mirada la inmensidad de las llanuras de Ouarz le había llenado de ínfulas. Había vencido a la inercia de la comodidad y tenía los carretes con las fotografías de esos treinta mil bidones en su máquina.

Carlos colgó el teléfono disgustado.

—¿Qué ocurre?

Carlos chasqueó la lengua.

—El gobernador ha cambiado de parecer. Le he pedido que nos proporcione una muestra de bidones de los depósitos que hemos descubierto en Rouessa, Seyala y Azouazil, pero se niega a emplear a nadie en esa labor.

—¿Por qué?

—Me ha dado excusas baratas. Dice que no puede asumir ese riesgo.

—¿Y el ejército?

—Exactamente igual. Dice que no tiene garantías y que de eso no habíamos hablado en nuestra reunión.

Mario se asombró.

—¿Le has explicado todo lo que hemos visto?

—Evidentemente, pero no creo que le haya sorprendido.

Mario insistió:

—Conseguir muestras de esos bidones puede llevarnos mucho tiempo.

Carlos estaba abstraído.

—Ha cambiado de actitud radicalmente.

Mario le señaló su máquina.

—¿Dónde puedo revelar estos carretes?

Carlos dudó.

—Aquí en Ouarz me parece difícil. Creo que tendremos que enviarlos fuera. Pregúntale a Halile.

Efectivamente, Halile, el director, se deshizo en lamentaciones por la falta de medios que había en Ouarz para revelar carretes fotográficos y prometió a Mario ocuparse personalmente de ese trámite. Tenía un amigo en Noadheb y podría hacérselos llegar a través de la compañía ferroviaria. En un par de días tendría las fotografías. Mario tuvo una breve intuición de que no debería fiarse de Halile y desprenderse de los negativos, pero lo hizo.

En el bar estaba Svent, apagado y taciturno, sentado junto a Carlos. Traía malas noticias y rechazó la cerveza que Mario le acercó.

—El emir vino esta mañana a visitarme con algunos de sus hombres. No lo había hecho desde que inauguramos el campo hará tres años. No se mueve si no se trata de algo sumamente importante.

Carlos le entendió sin necesidad de que continuase, pero Mario no estaba informado del poder que representaba el emir.

—Me lo ha dicho sin tapujos. No piensa permitir que el escándalo vaya a más. Ya ha habido suficiente revuelo y lo que nos conviene a todos es tranquilizar los ánimos y olvidar el incidente.

Mario se quedó sin habla. El emir había colaborado con presteza en toda la ayuda

que le solicitaron cuando se produjeron las primeras víctimas. Les ofreció hombres, alimentos y bebida.

Carlos se dirigió a Svent:

—En definitiva. Quiere que nos larguemos.

Svent asintió.

—Se ha enterado de vuestro vuelo, de tu reclamación a Basilea y de la denuncia contra Rominger. Quiere que nos retractemos.

Mario agarró con fuerza su cámara.

—Cabrón.

Svent lo corrigió.

—Un cabronazo. Él fue el que se llevó la mejor parte del pastel. El gobernador se quedó con las sobras.

El emir controlaba todo cuanto sucedía en su territorio. El valle del Draa era una de las pocas zonas subsaharianas donde todavía pervivía un feudalismo activo. El emir disponía de ejército, poseía la propiedad de las tierras y cobraba sus impuestos. Su generosidad nada tenía que ver con el altruismo. Él fue quien trató con Rominger y él fue quien dio su parte al gobernador. Carlos ya estaba enterado.

—Sabía que ocurriría tarde o temprano.

Mario necesitaba datos.

—¿Y qué influencias tiene el emir fuera de la zona de Ouarz?

Svent fue concluyente:

—Todas. Su familia está emparentada con la tribu que apoya al gobierno. No hay nada que hacer.

—Pero eso no significa que Basilea desoiga la reclamación.

Carlos se encogió de hombros.

—O sí. Los poderes locales siempre son escuchados.

Mario recordó sus tres carretes.

—¿Importa más la palabra de un emir que la prueba de que existen treinta mil bidones tóxicos en esas montañas?

Svent repiqueteó sobre la mesa con sus dedos rojizos.

—Aún te queda mucho por ver.

—¿Y la denuncia contra Rominger?

Carlos suspiró.

—Pronto tendremos noticias.

Las palabras de Carlos resultaron proféticas. Poco antes de que Svent se decidiera a regresar al campo, Carlos recibió una llamada de Noachock y respondió al teléfono desde la habitación de Mario, donde se hallaban los tres reunidos. Svent y Mario contemplaron su expresión con el corazón encogido. No hacía falta ser muy perspicaz para adivinar que las noticias no tenían nada de halagüeñas. Asentía en silencio y apenas pronunciaba palabra. Su rostro se había cubierto de sombras. Carlos colgó el teléfono mecánicamente y se dejó caer en la cama alicaído.

—Lo que me imaginaba. Han rechazado la denuncia contra Rominger. La han desestimado esta misma tarde y se niegan a abrir ningún proceso contra él.

Svent se dirigió a Mario.

—Como ves, el emir llega a todas partes.

Carlos incorporó la cabeza.

—Rominger insistió en conocer el nombre del denunciante.

Svent apretó los dientes.

—Mierda.

Mario sintió tanta rabia que no pudo pronunciar palabra. Cuando quedó solo en su habitación, a pesar del cansancio, padeció insomnio durante toda la noche. Fueron muchas las horas que se dedicó a reflexionar, sudoroso, removiéndose inquieto, dando vueltas y más vueltas sobre sí mismo. Pensó en su situación y en sus alternativas. Se levantó finalmente de la cama y encendió un cigarrillo intentando tomárselo con calma, con la misma calma con que encajaban los golpes Svent y Carlos. Una idea comenzó a bullir en su cabeza. Una idea descabellada, infantil, quizás prematura y muy, muy absurda. Pero si algo había aprendido de su viaje era precisamente eso, la naturalidad para familiarizarse con lo que antes consideraba absurdo.

En el hospital se había recuperado la normalidad, a pesar de que la normalidad, para un occidental, tenía mucho de anómala. Los laboratorios permanecían desabastecidos, los quirófanos faltos de material básico y las consultas continuaban llenas. El olvido de la tragedia reciente era tan patente que ofendió a Mario. En el subconsciente colectivo primaba un deseo tácito de reinscripción en los limitados parámetros de su anormalidad. Necesitaban aferrarse a la vida aunque la vida fuera escasez y penuria, hambre y precariedad. Nardim compartía esa actitud, evitando referirse a los muertos, y en ese respeto aparente hacia las víctimas subyacía una falta de respeto por su memoria. Mario podía comprender que la vida fuera eso, supervivencia y olvido, pero disentía de su concepto cobarde del perdón. Los bidones continuaban en Ouarz, Rominger los dejó allí y tarde o temprano provocarían otro incidente. Nardim lo sabía y los habitantes de Ouarz, en lugar de linchar a Rominger, se proveían de amuletos. Los relatos corrían como la pólvora y los niños escuchaban aterrados la historia de los bidones maléficos que, como los dragones de antaño, habitaban las minas y provocaban la muerte a quienes se acercaban a ellos. Leyenda o mito, las minas abandonadas se convirtieron de la noche a la mañana en un tabú, en un recinto prohibido, en una amenaza simbólica para Ouarz. Pero todos obviaban lo más importante. Nadie discernía entre la maldad de los bidones y la maldad de los que los trasladaron hasta su morada. El emir había hecho su trabajo admirablemente para que todos creyesen que los bidones habían habitado las montañas desde los tiempos de los tiempos.

Nardim había recibido, finalmente, la ayuda del Luis Ventura —tardía, inútil— y la promesa de que próximamente tendría a su disposición dos médicos más. La alegría de Nardim hizo sentirse a Mario, repentinamente, muy solo. Era la soledad metafísica que experimentó al liberarse del recuerdo obsesivo de Ana.

Mientras duró la epidemia huyó de sí mismo y se dejó arrastrar por la excitación de sentirse imprescindible. Ahora carecía de rutina para abandonarse al discurrir monótono de los días y las noches. A medida que Nardim se sumergía en la suya propia distribuyendo los antibióticos enviados por la fundación, celebrando la llegada de reactivos para el laboratorio y soñando con ese equipo que racionalizaría el trabajo diario, Mario se posicionaba en su soledad. Una tarde sorprendió a Carlos en la cama con la enfermera senegalesa que trabajaba a las órdenes de Nardim. Mario se disculpó y cerró la puerta lamentando su indiscreción y recordando difusamente, en el retazo en blanco y negro que captaron sus pupilas, la sensualidad del abrazo cálido de la muchacha el día que lloró contra su pecho. Se preguntó por qué no había sido más rápido que Carlos y había buscado consuelo en sus caricias.

Todos los demás, Nardim, Carlos, Svent, volvían a sus tareas, a sus inquietudes, a su normalidad, pero Mario, que había compartido con ellos momentos excepcionales, no había sabido regresar a ninguna parte.

Estaba solo, solo consigo mismo, y arrastraba aún el vértigo de las alturas. Quiso cerrar los ojos para evitar contemplar un mundo agonizante, contaminado, amenazado por el sol y el calor, la arena y la sequía, un mundo de valores en quiebra y fundamentos podridos. Los cerró porque tenía miedo a comprometerse y le daba reparo admitir que él tenía parte de culpa en el estropicio. Los cerró por cobardía y mientras evitaba mirar sabía, por primera vez, que no tenía excusas, como antes, porque ahora sabía que el motor de la historia estaba en manos de los hombres y las mujeres que poblaban el planeta y que él era uno de ellos. Todo dependía de un leve, un levísimo paso en la dirección precisa.

Halile discutía con su hijo en la recepción del hotel. Era una discusión agria, incomprensible. El muchacho gesticulaba y Hable le obligaba a callar. El chico, Joanes, había ayudado en el hospital durante la epidemia y, desde que Mario tomó las riendas de la situación, cambió la actitud recelosa con que le recibió a su llegada. Mario evitó interrumpirlos y se aprestó a buscar su llave, pero Hable, al verlo, le dirigió una gran sonrisa, le señaló el bar y le susurró:

—Señor Serna, tiene usted una visita.

No había pensado más en Ana, pero en aquel momento Ana irrumpió en su presente como una tormenta de verano. El corazón le dio un vuelco y le sacudió una extraña conmoción. Incapaz de pensar, de discernir, avanzó tembloroso hasta el bar, abrió la puerta y la buscó ansioso, convencido de que sólo Ana podía saber dónde estaba y sólo Ana podía tener interés en verlo. Sufrió un gran desencanto. En la sala

no había ninguna mujer. Ana no estaba, no le esperaba, no le había encontrado. Ana continuaba siendo una obsesión recurrente. Apenas si le dio tiempo a tomar aire para asimilar ese imprevisto emocional cuando reparó en que uno de los clientes había dejado su vaso y le saludaba con la mano desde la otra punta del salón. Era Rominger. Mario tardó unos segundos en reponerse de su decepción y encajar esa nueva circunstancia. Rominger le saludaba sonriente y le invitaba a acercarse a su mesa. ¿Cómo era posible tanta desfachatez? La sangre se agolpó en sus mejillas y le inundó la rabia. Así pues, Rominger era su visita. Rominger había ido a provocarlo, a reírse de él en sus narices, a recordarle que le advirtió no ir a Ouarz. Se dirigió hacia la mesa de Rominger.

—Buenos días, señor Serna.

Mario tomó asiento sin responderle.

—O sea que finalmente tenemos el gusto de vernos en Ouarz. Es usted muy tozudo.

Mario reprimió las ganas de partirle la cara y borrar su sonrisa prepotente.

—Muy testarudo, señor Rominger, puede estar completamente seguro de que soy muy testarudo.

—Me alojo en casa del emir. Supongo que ya sabrá que el emir y yo somos buenos amigos. Sólo he venido a Ouarz a hacerle una visita y a traerle una cosa suya.

Rominger le ofreció un sobre cerrado, pero como Mario no hiciese ningún movimiento para aceptarlo, Rominger lo abrió y le mostró unas fotografías veladas.

—Una lástima. Se velaron todas.

Mario cerró los puños hasta clavarse las uñas, pero no sintió dolor. Había sido un idiota por no hacer caso de su intuición. El muy cabrón.

—Puedo hacer más fotografías, señor Rominger, a menos, claro está, que usted se lleve esos bidones de la misma forma que los traje.

Rominger se puso serio.

—Serna, es usted un imbécil. ¿Cómo se le ocurrió acusarme de traficar con esos residuos? ¿Con qué pruebas?

Mario tomó aire.

—Da la casualidad de que yo viajaba en ese tren la noche en que usted y sus hombres cargaron los bidones. Puedo declarar.

Rominger no pareció impresionado.

—Es más imbécil de lo que me pensaba. Le advierto de que el emir no gasta la misma paciencia que yo.

Mario se hartó de la farsa.

—Hablemos claro. ¿Quién le pagó por traer los bidones? ¿De dónde vienen? ¿Cuántos más hay por ahí diseminados?

Rominger le cortó.

—No lo ha entendido. No ha entendido que se está jugando la vida y que aquí la vida no vale mucho. Casi nada.

—¿Es una amenaza?

Rominger se levantó y dejó su vaso a medias.

—Sé que no milita en las guerrillas y que todo este asunto ni le va ni le viene. Por eso he venido a advertirle. Preferiría no tener que ensuciarme las manos.

Mario le respondió con aplomo:

—Setenta y nueve muertos. Si le parece poco, añada lo que arrastra con su magnífico negocio de minas.

Rominger se encendió.

—¡Evidentemente es usted un imbécil!

Rominger abandonó el comedor a grandes zancadas y se dirigió hacia la puerta. Mario continuó sentado en la misma postura. Alguien se acercó a su mesa, se sentó junto a él y le ofreció un cigarrillo. Levantó los ojos y se encontró con la mirada de Joanes, el hijo de Halile. Joanes le dio fuego, tomó las fotografías veladas y las ojeó.

—Mi padre no entiende nada.

Mario se sintió reconfortado por su presencia.

—Yo tampoco.

Joanes le devolvió las fotografías.

—Más vale que te vayas rápido.

Mario sabía que el chico tenía razón. Su vida allí valía bien poco, como había aventurado el suizo.

—He sido muy ingenuo. Carlos me advirtió que denunciar a Rominger me traería problemas, pero nunca pensé que me jugara la vida.

Joanes asintió.

—Todos temen a Rominger y todos saben que es un cabrón, pero algunos, como mi padre, les ofrecen las mejores habitaciones y la mejor comida y se sienten orgullosos de ser sus amigos. Saben que nos está jodiendo, pero les da lo mismo. No tienen dignidad. Tú sí.

Mario sonrió al chico. Aunque su primera impresión no fuera acertada, le infundía confianza.

—Gracias.

El chico movió la cabeza.

—Tendrías que haberme dado las fotografías a mí. William no volverá a volar con vosotros.

Claro. El gobernador les negaba hombres y medios, el ejército les daba la espalda, la justicia cerraba puertas al caso Rominger, las fotografías se interceptaban y William había sido amenazado. El chico volvió a sonreírle.

—Mañana sale un avión. Te reservaré una plaza.

Mario le señaló las fotografías blancas, veladas como el olvido.

—¿Y esto?

Joanes bajó la voz.

—No todos se conforman con lo que ha ocurrido. Carlos y yo nos hemos reunido

con algunas familias. Están decididos a no permitir que lleguen más cargamentos y a obligarlos a que se lleven estos bidones.

Mario quedó asombrado. El muchacho, Joanes, le sorprendió con su revelación. Así pues, las apariencias eran falsas. Joanes no era lo que parecía y la apacible y tranquila Ouarz tampoco. Algo se había removido en los cimientos de la polvorienta colonia francesa y, calladamente, prudentemente, los familiares y amigos de las víctimas, que habían muerto sin posibilidad de defenderse, se sublevaban contra lo que antes creían inevitable. Mientras él se sentía solo, encumbrado en las alturas, las McLoppainer se movían en las sombras y llevaban a cabo su tarea. Eso era lo que Carlos le había confesado aquella tarde esperando a William. Nada era en vano. Esas muertes, su denuncia, sus fotografías veladas, sus pesquisas, no habían sido en vano. En esos momentos tomó firmemente su decisión. La idea había acabado por germinar y estaba decidido a dar ese paso sin saber hasta dónde le conduciría. Su vida tampoco era vana.

—¿Estás seguro?

Mario afirmó convencido. Carlos le había escuchado sin parpadear y había comenzado a liar un canuto.

—O sea, que quieres militar en las McLoppainer.

Mario puntualizó:

—Si me permitís que me ocupe del tráfico de bidones a Ouarz. Regresaré a Europa e investigaré desde allí.

Carlos dio una calada en silencio y pasó el canuto a Mario.

—Evidentemente, aquí no te puedes quedar. Joanes te ha reservado un pasaje para mañana.

Mario se dejó envolver por el humo dulzón del hachís y lo vio todo más claro. De pronto la vida le parecía prometedor y todo cobraba sentido. Carlos le interrumpió.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—Tomás Millán tenía datos que comprometían a Darío. Si él encontró esos datos, yo también podré hacerlo.

Carlos se mordió los labios.

—Ángel es el nuevo dirigente de las McLoppainer. Hace pocos días me entrevisté con un contacto y me informó de que Ángel tenía interés en priorizar este tema. Me propusieron ir a Europa.

Mario calló y Carlos le dio una palmada.

—Prefiero que vayas tú.

De pronto, Mario se dio cuenta del alcance de su compromiso y de su ignorancia.

—No conozco a nadie ni sé cómo funcionáis.

Carlos movió la cabeza.

—No importa. Se pondrán en contacto contigo y te proporcionarán ayuda. Al

principio te resultará extraño, pero en seguida te acostumbrarás a la esquizofrenia de la clandestinidad. Será mejor que regreses a la normalidad, que te refugies en las rutinas que seguías antes y que no despiertes suspicacias en nadie.

Mario tenía dudas.

—¿Y Rominger? Rominger conoce a Darío.

Carlos le tranquilizó.

—A Rominger lo tenemos controlado. Por la cuenta que le trae callará que ha sido descubierto. No le interesa que sus contactos desconfíen de él porque le sustituirían por otro y perdería clientes y dinero. A Rominger le haremos creer que te ha asustado. Así de simple.

Mario se atrevió a preguntar a Carlos algo que deseaba saber desde que la idea de la militancia comenzó a bullir en su cabeza.

—¿Y Ana? ¿Aún milita en las McLoppainer?

Carlos no le mintió.

—No sé nada de ella y nadie sabe nada de ella. Tal vez quiera mantenerse en la clandestinidad más absoluta o tal vez haya abandonado la organización.

Mario sabía que había quemado todos sus barcos y que nada le remitía a ella. Sólo había sido su curiosidad, el recuerdo del sobresalto que sintió cuando Halile le comunicó que tenía visita y que le trajo a la memoria a Ana.

—Me prometiste que me enseñarías una fotografía suya.

Carlos asintió.

—Mañana, antes de que te vayas, te traeré una fotografía de Ana.

Esa noche, Mario agradeció la oportunidad que le brindaba la cena en casa del padre de Adaia para aparcar momentáneamente su nerviosismo. Estuvo a punto de dar una excusa, pero Carlos insistió para que hiciese un esfuerzo. Le daría un gran disgusto a la muchacha y a su familia. Probablemente habrían comprado comida en su honor y habrían estado cocinando para él. Mario se dio una ducha, se vistió con la poca ropa limpia que encontró en su armario y dejó su maleta preparada. Ésa sería su última noche en Ouarz.

La casa del padre de Adaia era más espaciosa que las chabolas que visitó con Svent. Le recibieron los hombres de la familia. El marido, veinte años mayor que ella, el padre, sus hermanos y dos primos influyentes. Adaia y su madre les sirvieron el té, arrodilladas y serviles, y los hombres fumaron y charlaron estirados sobre las alfombras y los cojines, impúdicamente perezosos, sin prejuicios, tomándose las manos cariñosamente y bostezando con voluptuosidad. Mario era continuo objeto de preguntas ingenuas. Le preguntaron por su mujer y sus hijos, por su casa, por su tierra y su familia. Mario cayó en la cuenta de que no tenía nada de lo que los hombres apreciaban y de que, a sus ojos, debería de parecerles poco menos que miserable. El padre de Adaia insistió en presentarle a una de sus hijas casaderas y Mario, apurado,

dio mil excusas y sudó hasta que los hombres explotaron en una franca carcajada. Estaban bromeando —aunque nunca se sabía si hablaban en serio— y Mario respiró aligerado. Después del té, las mujeres les presentaron una bandeja de dátiles con crema de leche de camella. Los dátiles, dulces y sabrosos, se deshacían en la boca, y tras ellos llegó el cuscús servido en una gran bandeja sin platos ni cubiertos. Los comensales lo atacaron con apetito tomándolo a puñados con la mano derecha, moldeando una bola y engulléndola con ayuda del pulgar. Mario intentó imitarlos sin éxito y Adaia, riendo, le trajo una cuchara. La cena discurrió sin más incidentes y, después de lavarse ritualmente las manos, los invitados se despidieron con amabilidad del padre de Adaia y recordaron a Mario que ya formaba parte de su familia. Mario hizo el gesto de levantarse, pero su anfitrión le rogó que esperase. Al cabo de unos minutos se unió a ellos un anciano que tomó asiento en el suelo, les saludó, sacó su pipa y la encendió ceremoniosamente. Las mujeres les dejaron de nuevo un servicio de té y se retiraron discretamente. El padre de Adaia, interpretado por un primo, se dirigió a Mario y le presentó al anciano Ibrahim, un hombre sabio y justo. Ibrahim tenía una cosa que decirle. Ellos habían buscado a Ibrahim porque Halile les explicó que Mario, a su llegada a Ouarz, había preguntado por una mujer, Ana. Halile creía que Mario buscaba a Ana y que estaba triste porque no sabía nada de ella. Ellos habían querido ayudarle y habían preguntado a sus amigos y familiares hasta dar con Ibrahim. Ibrahim sabía cosas de Ana y por eso mismo lo habían invitado a su casa.

Mario se sintió preso de un maleficio. De nuevo le temblaron las manos y el sudor inundó su frente. Ana. ¿Qué sabía Ibrahim de Ana? Intentó concentrarse en sus palabras dificultosas y prescindir del zumbido que martilleaba sus sienes. Ana volvía a irrumpir en su vida. El primo de Adaia traducía lentamente las palabras de Ibrahim.

—Ana estuvo aquí en Ouarz. Ana vestía *melhfa* y se cubría el rostro porque no quería que la reconociesen. Ana se alojó en mi *haima* conmigo y mi familia y compartió nuestra comida y nuestra agua. Ana nos trajo regalos y nos dio medicinas. Me pidió que me acercase a Ouarz y me enterase de la llegada de un español llamado Mario. Yo fui a Ouarz a preguntar y nadie me respondió. Ana estaba triste. Fui tres veces a Ouarz y el español no estaba. Por las noches, Ana paseaba entre las dunas y regresaba a la *haima* muchas horas después. Comía poco y dormía poco. Antes de marcharse me pidió que no hablase a nadie de ella.

Mario reaccionó con lentitud. Le costaba asimilar esa información que le llegaba demasiado tarde, su vida estaba desacompasada de la vida de Ana y su encuentro era tan improbable como el de dos líneas paralelas. Ana partió cuando él llegó. Le había estado esperando en una *haima* en las afueras de la ciudad y había acudido a Ouarz para verle a él. ¿Era eso? Se conmovió con las imágenes que le sobrevinieron. Ana paseaba sola entre las dunas, vestida con una *melhfa*, los pies desnudos hundidos en la arena, caminando sin rumbo, arropada por el mismo cielo estrellado que le cobijó a él. Ana se desesperaba porque él se retrasaba en su cita. Ana languidecía como una

princesa, sin apenas probar la comida, durmiendo a intervalos, sobresaltada, caminando inquieta, prisionera de la *haima* durante el día, jugando nerviosamente con el anillo de su dedo sin saber que sus manos no obedecían sus mandatos. Mientras él estaba en prisión y viajaba a bordo del tren, Ana contaba las horas y los minutos y se convencía de que no llegaría a tiempo.

¿Por qué no le esperó más días? ¿Por qué permaneció oculta? ¿De dónde venía? ¿Adónde iba?

—¿Habló con alguien? ¿Se vio con alguien?

El viejo Ibrahim afirmó:

—Se reunió con dos hombres que, como ella, llegaron por el desierto. Hablaron durante horas y luego se fueron.

Mario sintió que le atenazaba de nuevo la ansiedad.

—¿Dónde está ahora? ¿Adónde fue?

El viejo hizo un gesto con el brazo.

—Se fue en un vehículo que vino a buscarla. Se fue hacia el desierto, hacia el norte.

Su sueño, la pesadilla de la primera noche que holló el continente regresó esa noche a su duermevela inquieta. Ana, envuelta en velos de vistosos colores, se despedía en un adiós interminable hasta ser engullida por las dunas. Mario la buscaba entre la tormenta de arena que se desataba como la angustia. Cuando creyó verla corrió hacia ella y, antes de abrazarla, levantó su velo, pero la fisonomía de Ana se desdibujó como una nube barrida por el viento. Mario, en su sueño, lloró amargamente porque ya no recordaba el rostro de Ana.

Carlos le esperaba en su mesa para desayunar juntos. Había escrito en un papel un número de teléfono y le pidió que lo memorizara. Cuando llegara a su ciudad debía telefonar y decir su nombre. Ellos se pondrían en contacto con él y a partir de ese momento la organización se encargaría de todo.

Mario no le hizo ningún comentario sobre lo que le explicó el viejo Ibrahim, pero Carlos, como si hubiese adivinado su deseo más oculto, hurgó en el bolsillo de su pantalón y le ofreció una fotografía arrugada. Mario la tomó con manos temblorosas.

Era Ana, la misma Ana que veía en sueños, vestida con una *melhfa* ante un paisaje de arena, sol y horizontes infinitos. Ana se perdía tras una duna mientras agitaba su mano derecha. Su rostro risueño estaba enmarcado por un mechón rebelde que se empecinaba en caer sobre su frente. Pero su cabello no era tornasolado, no tenía el color rojizo de las puestas de sol al atardecer. Su cabello era rubio, de un rubio ceniciento, pajizo. El cabello de Ana que él besó y en el que refugió su rostro tantas y tantas noches de amor era teñido.

Un roce imperceptible le sacó de su ensimismamiento. Joanes le traía su billete de avión y miraba la fotografía de Ana por encima de su hombro. Su voz le sonó despectiva.

—Vendió a sus amigos y traicionó a las McLoppainer.

Carlos y Mario levantaron la vista sorprendidos por su brusquedad. Joanes escupió sobre Ana.

—Se entendía con Darío.

INCIERTA PRIMAVERA

Nosotros somos la Tierra, los humanos, plantas y animales, lluvias y océanos, aliento del bosque y corrientes del mar. Nosotros honramos la Tierra como morada de todos los seres vivos.

Nosotros amamos la belleza de la Tierra y la diversidad de la vida.

Nosotros acogemos con gratitud la capacidad de la Tierra para renovarse como base de toda vida.

Nosotros reconocemos el lugar particular de los pueblos indígenas de la Tierra, sus territorios, sus costumbres y su relación única con la Tierra.

Nosotros estamos consternados por el sufrimiento humano, la pobreza y los perjuicios causados a la Tierra por la desigualdad del poder.

Nosotros aceptamos compartir la responsabilidad de proteger y de restaurar la Tierra y de permitir una utilización sabia y equitativa de los recursos de tal forma que se realice un equilibrio ecológico y nuevos valores sociales, económicos y espirituales.

En toda nuestra diversidad, nosotros somos uno.

PREÁMBULO DE LA CARTA DE LA TIERRA
Foro Global de las ONG. Río de Janeiro, 1992

CAPÍTULO 24

Al principio fue solamente una molestia leve, un escozor en el dorso de las manos que resolvía rascándome con despreocupación y aliviaba aplicándome unas gotas de vinagre sobre la piel. Unos días después, la erupción se extendió a los antebrazos, las manchas rojizas se intensificaron y apareció la náusea. La náusea era turbia y tuve que rectificar sobre la idea romántica que tenía de ella puesto que no era ninguna invención metafórica para identificar literariamente el asco. Acepté que coexistiésemos, del mismo modo que encajé el sarpullido de la piel, la caída de mi cabello y la pérdida de peso, de apetito y de sueño porque, sin saberlo, la indiferencia se había apoderado de mí y yo misma me era indiferente.

Benedetto estaba en la cárcel a la espera de ser juzgado y el planeta parecía indiferente ante esa injusticia, igual que mis compañeros de la redacción fueron indiferentes ante el desastre de Tazadit y sus muertos.

Qué podía importar que yo me sintiese indiferente si ése era el mal endémico de nuestro tiempo.

Sergio tenía tres años y se sentía hambriento muy a menudo. Cada tarde, a eso de las siete, se colaba en la cocina como un torbellino, se subía a una silla y husmeaba en la nevera hasta que yo, venciendo la repugnancia que me producía la comida, me decidía a colocar una cazuela al fuego. Sergio me pedía que cenase con él y elogiaba mis guisos, y mientras se metía la cuchara en la boca, asombrado de que no le reprendiese por ensuciarse, me hacía preguntas y no callaba, insistente, tozudo y repetitivo hasta el aburrimiento. Sin embargo conseguía ahuyentar mi indiferencia obligándome a responderle y a afinar mis respuestas. No aceptaba una frase de compromiso para salir del paso y se enfadaba con mis «síes» y «noes» lacónicos y se reía con facilidad por cualquier tontería. La risa de Sergio era contagiosa y acababa por hacerme sonreír aunque no tuviese ganas.

Al nacer Sergio, Carla me regaló un oso de peluche, lo colocó en la cuna del bebé dormido, suspiró arrobada y me confesó que lo más fascinante de los niños era su ingenuidad. Por eso los ositos eran su mascota preferida. Carla solamente conocía a los osos de peluche de las jugueterías y a los hijos de sus amigos —con sus caritas sucias de chocolate— en las fiestas de cumpleaños. Carla no sabía que los osos devoraban ovejas y que los niños se aferraban a la vida instintivamente y luchaban por ella con uñas y dientes sin ninguna vergüenza. Si se sentían ignorados, se volvían

perversos porque su egoísmo era la brújula de su supervivencia. Carla no tenía ni idea de niños, y yo tampoco.

El pediatra auscultó a Sergio detenidamente e insistió para que tosiera, pero Sergio, muy suyo, le respondió que no tenía ganas. Yo deseé, a pesar de mí, que tuviese un acceso de tos brusco como el que le había acometido hacía tan sólo unas horas, pero Sergio se mantuvo en sus trece y me hizo quedar como una mentirosa.

Había acudido a urgencias de madrugada y asustadísima porque el niño, morado y sin ritmo cardíaco, se me ahogaba. Decidí envolverlo en una manta y meterlo en el coche. Una vez llegados al hospital, la tos desapareció milagrosamente y en la sala de espera Sergio me pidió a gritos un bocadillo de salchichas con una limonada. Creí morir de vergüenza.

El pediatra dejó sobre la mesa las radiografías junto con los resultados de los análisis, y se fijó en mis manos. Las retiré instintivamente y le dije que no era nada, que me sucedía a menudo, sobre todo cuando me ponía nerviosa. Lo cierto es que la hinchazón era espectacular y Sergio metió baza añadiendo que yo estaba enferma porque se me caía el pelo y vomitaba y aunque me ponía vinagre no me curaba.

La situación se hizo grotesca cuando el pediatra, en un aparte, me sugirió que Sergio estaba en lo cierto y que la enferma era yo y no mi hijo. Me pareció una encerrona de mal gusto y quise marcharme, pero el pediatra me rogó que le escuchase. Al parecer, yo tenía problemas de salud y probablemente Sergio había somatizado mi apatía y se había provocado un ataque de asma leve para llamar mi atención. Me tranquilizó aclarando que no era grave si tenía en cuenta que a su consulta acudían niños capaces de provocarse cuadros febriles, parálisis faciales, tics, tartamudeces y hasta regresiones a la fase anal para llamar la atención de sus padres.

Me acordé de Carla y de su desafortunada frase sobre la ingenuidad de los niños y decidí que, a pesar de su ingenua perversidad, Sergio me había hecho un favor avisándome a golpe de tos de que me sucedía algo y de que las cosas no podían continuar así. Pasé sucesivamente por la consulta del dermatólogo, del aparato digestivo y del neurólogo hasta que me enviaron, cargada de resultados e informes, a psiquiatría. Sergio, dicharachero y locuaz, me acompañó en ese trayecto tedioso de esperas, pinchazos e interrogatorios. El psiquiatra, bajando la voz imperceptiblemente, quizás por deferencia al niño o por pudor profesional, me diagnosticó que estaba pasando por una depresión. No le creí y recuerdo que regresé a casa indignada por haber perdido una mañana vagabundeando por las salas de un hospital regentado por ineptos. Rompí la receta del tranquilizante en mil pedacitos y me negué a tramitar la baja.

Luego reflexioné. No lo hice inmediatamente, pero reflexioné.

La indiferencia era como una cucharadita de arsénico disuelta en el café de cada mediodía. Me estaba suicidando poco a poco. Tacita a tacita iba desapegándome de la

vida y me negaba a mí misma la rabia y el grito que me subía garganta arriba y que yo empujaba de nuevo hacia dentro para acallararlo. La náusea.

Me puse en contacto con Esteban. Mejor dicho, intenté ponerme en contacto con la organización a través de Esteban, pero no obtuve respuesta porque el único número telefónico que yo conocía, y donde habitualmente dejaba mis mensajes grabados, ya no existía. La voz metálica de la operadora me comunicó fríamente que no había ningún abonado dado de alta con aquel número y al colgar el teléfono caí en la cuenta de que mi vinculación con el entramado de las McLoppainer era muy frágil, casi inexistente. Definitivamente estaba aislada y no dejaba de ser paradójico que fuese consciente de ello justo en el momento en que había decidido entregarles los papeles de Tomás. Me devané los sesos buscando una forma de acceder de nuevo a la organización y, tras desechar un montón de posibilidades descabelladas, me acordé de Pomés.

El funcionario de prisiones que me invitó a una limonada en la cantina pertenecía al sindicato y al enterarse de que era periodista se empeñó en regalarme el último número de su revista. Le sonsaqué como pude sobre Pomés, ya que lo único que me habían dicho en la puerta —para cerrarme a continuación el paso— era que ese recluso ya no se hallaba en la prisión. El sindicalista fue un poco más explícito y me aclaró que a Pomés le habían rebajado la pena por buena conducta y que le habían concedido el tercer grado hacía unos meses. Su amabilidad llegó hasta el extremo de facilitarme su dirección y me dirigí hacia su domicilio con la revista del sindicato de funcionarios de prisiones bajo el brazo, venciendo a cada paso la tentación de lanzarla a la papelera para no pecar de desagradecida. Afortunadamente, en el mundo todavía quedaban muchachos entusiastas que depositaban su ilusión en las páginas de una revista sindical y que confiaban en una desconocida.

La madre de Pomés era una mujer vengativa, lo noté en sus modales adustos, en sus frases secas y cortantes y en los reproches que me dirigió por interesarme por su hijo. No me dejó entrar y me atendió fríamente, en la puerta, notificándome que Pomés estaba temporalmente recluido en un hospital psiquiátrico y que no le permitían recibir visitas. Se refería a él con desprecio. Le acusó de ser un muchacho falto de personalidad, influenciable y mezquino. El muy burro había dado con sus huesos en la cárcel y había comprometido el buen nombre de su familia. Me habló de la vergüenza que pasaron durante el tiempo que estuvo entre rejas, de las dificultades de su padre para mantener la clientela de su despacho y de su generosidad al aceptarlo a su regreso. Luego entornó la puerta, prohibiéndome tajantemente que me acercara a él y negándose a darme su dirección. Cometí la imprudencia de interesarme por su trabajo —para prolongar la conversación unos minutos más y

enternecerla— y me echó con cajas destempladas gritando que todos los problemas de su hijo se debían precisamente a su trabajo y a su obsesión por los ordenadores y que el personaje más turbio que le imbuyó las ideas más equivocadas había sido aquel informático gordo y calvo que por suerte liquidaron sus propios compañeros. Le pregunté descompuesta si se refería a Tomás Millán y al responderme que sí, que naturalmente hablaba de Tomás Millán y que se alegraba de su muerte, estuve tentada de cruzarle la cara con un bofetón, pero ella fue más rápida y me cerró la puerta en las narices. Me dejó rabiosa y tremendamente confusa. Había dicho que Tomás fue asesinado por sus compañeros. ¿Se refería a las McLoppainer?

El bueno de Tomás. ¿Cómo era posible que alguien odiase a Tomás? La madre de Pomés no tenía ningún derecho a insultarle. Probablemente no lo conocía y nunca lo había visto maullando y lamiendo un plato de leche para que Sergio se acabase la cena. Lamenté no haber escogido con más acierto al padre de mi hijo y me recliné a mí misma no haber reparado nunca en hombres como Tomás, dispuestos a querer a una gata huérfana, a un niño ajeno, a un chaval encarcelado.

Recurrí a Gomá y le pedí ayuda. Estaba muy afectada y no creo que fuese muy ortodoxa en mis explicaciones. Le hablé del asesinato de Tomás Millán y de los muertos de Ouarz sin orden ni concierto. Necesitaba con tanto desespero un poco de ayuda que debí de ser muy convincente y Gomá no tuvo el valor para rechazarme. A pesar de que no era el colaborador ideal, más bien pecaba de charlatán y marrullero, me sacó del apuro con caballerosidad y se avino a investigar con discreción sobre el caso del asesinato de Tomás. Lo tenté con una cerveza y unos berberechos, a esa hora en que el estómago agradece cualquier cosa que le echas, y le dejé muy claro que yo no podía ocuparme del caso por el hecho de que Tomás trabajaba para Darío. Lo cierto es que no estaba dispuesta a asumir el riesgo de que la policía me reconociese por haber estado en contacto con Tomás y me parecía una solemne estupidez meterme cándidamente en la boca del lobo. Claro que no podía decirle nada de eso a Gomá, pero mi excusa le pareció lógica. Se tragó el último berberecho, se chupó los dedos y dejó caer un «Alicia, déjalo en mis manos» que en ese caso agradecí muchísimo aunque la frase fuera tópica y la hubiera pronunciado con un cierto tonillo peliculero, amén de machista.

Gomá me fue informando de sus pesquisas. El asesinato de Tomás Millán estaba sin resolver, se trataba de un caso confuso y, como yo bien apuntaba, pesaba sobre él un cierto silencio administrativo.

Una noche me armé de valor y me dispuse a rescatar los papeles de Tomás. Les tenía respeto. Hurgar en esos documentos me parecía algo así como profanar una tumba, y hubiera preferido entregarlos a Esteban, pero hice de tripas corazón.

Releí la hoja de papel con la que había amedrentado a Darío.

- *La Fundación Luis Ventura, presidida por Darío Cartes, encubre en sus envíos humanitarios al campo de refugiados de Ouarz el tráfico de residuos tóxicos procedentes de empresas farmacéuticas y hospitales. Los bidones tóxicos son embarcados en el puerto de Barcelona con destino a Noadheb bajo la consideración de ayuda humanitaria para luego ser distribuidos en territorio africano y posiblemente en tierra mauritana.*

- *Laboratorios Losón actúa como enlace de dicha operación fraudulenta y facilita en sus dependencias el almacenamiento de bidones tóxicos destinados a su embarque a través de la Fundación Luis Ventura. Paco Losón, su director, coordina a las industrias implicadas, tramita directamente el stock de bidones y paga personalmente a Darío Cartes.*

- *Darío Cartes recibe en dinero negro el pago por sus servicios en ese tráfico de residuos y lo blanquea en una cuenta suiza (desconocida por el momento).*

- *Los envíos se producen irregularmente con una periodicidad de seis meses (el más reciente el 18 de septiembre) y las cantidades de residuos contenidas en los bidones oscilan entre las mil quinientas y dos mil toneladas.*

- *El buque que se ocupa del traslado de los productos tóxicos hace escala en otras ciudades mediterráneas y la carga de Barcelona complementa cargas anteriores.*

Esas notas hicieron palidecer a Darío cuando yo se las mostré en el restaurante. Debían de ser absolutamente ciertas. Tomás adjuntaba a ese documento listados, cartas y facturas escaneadas.

Cotejé minuciosamente los datos y, al cabo de dos noches de trabajo, comencé a entender aquel montón de números. Fue algo así como resolver una ecuación.

Tomás había conseguido salvar el *firewall* de Laboratorios Losón y se había paseado tranquilamente por su base de datos interesado en los envíos de Erzorium. Repasando las listas de pedidos del último año debió de observar que el pedido facturado a la Fundación Luis Ventura, fechado en septiembre, sumaba la aparatosa cifra de mil ochocientas toneladas —lo cual era simplemente un disparate— y el monto de la factura, de dos millones seiscientas mil pesetas, era absolutamente ridículo. Eso le llevó a remontarse a otros envíos anteriores y comprobó que Laboratorios Losón había facturado regularmente a la Fundación Luis Ventura la cantidad de dos toneladas de productos médicos —cifra que le pareció más sensata— por el precio de dos millones cuatrocientas mil pesetas. Tomás se introdujo en la fundación y, efectivamente, comprobó que se hicieron los trámites para embarcar esas

casi dos mil toneladas de ayuda humanitaria como contribución desinteresada de una lista de industrias farmacéuticas. Tomás rastreó las entradas y salidas del almacén de Laboratorios Losón y de sus *stocks* y confirmó la llegada de mil doscientas toneladas de bidones de productos tóxicos (sin especificar su procedencia) y la salida de mil ochocientas toneladas de bidones de productos tóxicos (sin especificar su destino).

No le fue difícil atar cabos y tampoco le fue difícil interceptar el correo privado entre Losón y Darío y hacerse con la copia de un *e-mail* comprometedor. En esa carta, Darío informaba a Losón de la fecha del embarque de la ayuda humanitaria — datada el 18 de septiembre— y le rogaba que el pago se pospusiese al mes siguiente, puesto que debería realizar un viaje a Suiza y eso le facilitaría el ingreso. ¿Cobrar a santo de qué? ¿Cobrar en pago a la compra de unos productos farmacéuticos? Evidentemente, tal y como apuntaba Tomás en sus conclusiones, existía la prueba de que Darío cobraba en dinero negro y de que Losón utilizaba sus almacenes como centro de distribución y a la fundación como tapadera para eliminar los residuos tóxicos de sus laboratorios y de otras muchas industrias farmacéuticas.

Tomás anotaba que el cargamento del buque se completaba con otros bidones procedentes de empresas europeas, que habían sido embarcados con anterioridad en puertos mediterráneos. Esos datos debía de conocerlos pero no tuvo tiempo de anotarlos. Tampoco hallé por ninguna parte el nombre del buque ni el de la empresa consignataria.

El esfuerzo que me supuso zambullirme durante dos días en esos papeles sirvió de estímulo a mi curiosidad y me indujo a documentarme sobre el tema del tráfico de residuos. Me bastó con dar la orden a Carmen, la documentalista más eficiente de la redacción, y hallar a la mañana siguiente mi mesa hundida bajo el peso de informes abrumadores. Los leí atentamente, sorprendida por las similitudes con el caso de Ouarz, y luego los guardé bajo llave.

Por segunda vez me vi en el dilema de pedir ayuda y recurrí a un muchacho apodado *Copi*, un lince de la piratería, un *hacker* auténtico que contrató en una ocasión el responsable de informática con la aquiescencia del director de Informativos para comprobar si nuestro *firewall* era franqueable. Cabe decir que el chaval lo dejó en ridículo porque en un abrir y cerrar de ojos se coló en la red y visitó todas nuestras bases de datos. Copi era inofensivo y necesitaba dinero. Le pagué para que averiguase el nombre del buque que había hecho escala en Barcelona el 18 de septiembre —encargado de transportar la ayuda humanitaria de la Fundación Luis Ventura— con destino a Noadheb. Quería saber su nombre, su procedencia, sus anteriores escalas y la razón de la empresa consignataria. Copi tardó exactamente el tiempo que yo invertí en bajar a tomarme un café para sorprenderme a mi regreso con un informe detallado conseguido a través de la red del ordenador de las autoridades portuarias.

El buque en cuestión era el *West Africa*, armado por Morsk Lines y consignado por la empresa Lugano. El buque tenía una capacidad de O-Teus y procedía de

Livorno y Marsella, ciudades en las que había hecho escala anteriormente. Le pregunté por la empresa Lugano, la que había contratado el buque y que constaba como consignataria de la carga. Me interesaba saber el nombre de los socios y la fecha de su constitución. Copi, sin mediar palabra, comenzó a teclear con furia. Al cabo de un rato me comunicó que Lugano era una empresa registrada en Gibraltar y que tendría serias dificultades para acceder a la clave de acceso, pero que conocía a un amigo que le podría echar una mano. Me aclaró que en Gibraltar las empresas gozaban de beneficios fiscales y sobre todo de absoluta privacidad. Era un paraíso para los negocios turbios, como Suiza lo era para las cuentas turbias. Le pagué el dinero pactado y se comprometió a obtener esa información.

Gomá me resumió su entrevista con el comisario de policía encargado de la investigación del asesinato de Tomás. El comisario lo tenía claro, muy claro. Se trataba de un ajuste de cuentas entre miembros de las McLoppainer. Me quedé boquiabierto ante tamaña gilipollez, pero Gomá continuó impertérrito con su explicación. Tenían una sospechosa. La policía había estado siguiendo la pista de una mujer que se despidió de Tomás Millán poco antes de caer asesinado. Esa mujer había acudido a la cárcel y había interceptado una entrevista que Millán mantenía con un antiguo miembro de la organización, Pomés. Esa misma mujer había acudido esa noche al domicilio del muerto, había registrado su despacho y había hecho desaparecer todos sus disquetes. También había testigos de que visitó a Tomás en su propia casa, se vio con él en lugares públicos y le telefoneó. La mujer era Ana Vila, una militante de las guerrillas que pertenecía a un comando que operaba en el área sahariana y que había regresado de improviso a Barcelona y se había incorporado al hospital Luis Ventura en calidad de médico suplente. Ana Vila se encontraba en paradero desconocido y estaba siendo buscada por la Interpol. No confiaban en dar con ella, con lo cual el caso posiblemente sería archivado.

Yo no conocía a esa Ana ni tenía noticias de ella, jamás oí hablar a Tomás de ese contacto al margen del contacto que tenía conmigo, y me pareció extraño, muy extraño que trabajase en el Luis Ventura y que tampoco hubiese oído hablar de ella a Darío. Le pregunté a Gomá qué móviles podía tener la organización para matar a Tomás. Gomá, muy seguro de él mismo, me respondió que todo se resumía en esa rueda de prensa que convocó precipitadamente. ¿Qué se suponía que iba a decir Tomás en esa rueda de prensa? ¿Por qué la había convocado? Naturalmente, Tomás iba a dar nombres y apellidos de miembros de la organización y por eso lo hicieron callar.

Me cabréé. Era muy fácil hablar de ajuste de cuentas. Formaba parte del desprestigio, de la propaganda demagógica. Fue la misma campaña que emprendieron a la muerte de McLoppainer al darse cuenta del tremendo impacto social que supuso su heroísmo. En Australia, Europa y algunas ciudades americanas

las manifestaciones a favor de McLoppainer se sucedieron espontáneamente. La gente se lanzó a la calle y eso fue un aviso de lo que se avecinaba. Tomaron medidas. Se propusieron acabar con la insurrección e invitaron a Earth para que participase en cuantos proyectos requerían el consejo de los expertos ecologistas. Luego prescindieron de sus informes. Los hicieron servir de coartada para aplacar los ánimos de la opinión pública, pero cuando los militantes de Earth protestaron por sentirse utilizados comenzaron las acciones legales contra ellos y las campañas orquestadas de desprestigio. Detuvieron a miembros de Earth y los acusaron de agitadores, terroristas, políticos frustrados y elementos peligrosos para la convivencia. Fue el final de Earth. Los juicios que se siguieron ahogaron las finanzas de la organización. Los demandaron las compañías petrolíferas, las eléctricas, las papeleras, las constructoras, las autopistas. Fue sencillo. Los lobbies se sentían amenazados por Earth y estaban hartos de perder dinero. Fueron a por Earth y acabaron con la organización. Las McLoppainer sobrevivieron gracias a la clandestinidad, pero Gomá pretendía convencerme —con los mismos argumentos que las multinacionales utilizaron para destruir a Earth— que las McLoppainer era una mafia violenta que acallaba la disidencia de sus militantes por las armas. Era una infamia gratuita que libraba a Losón y a Darío de toda sospecha. La policía no mencionaba para nada esos papeles que yo había rescatado del archivo de Tomás. O bien ignoraba que existiesen, o bien prefería silenciarlos.

Gomá se encogió de hombros. Para él estaba todo muy claro. Tomás Millán era un soplón.

Tomás estaba muerto y no podía defenderse de tantas injurias. Nadie lo había conocido. Ni ese comisario estúpido que me confundió con la tal Ana, ni Gomá, que pretendía ganar el Pulitzer a su costa, ni la madre de Pomés, que lo tachó de gordo y calvo y encerró a su hijo en un manicomio para que lo olvidase.

Recogí a Sergio de la escuela y lo llevé al parque. Sergio me preguntó por las flores y las golondrinas que anunciaban la llegada de la primavera y que aparecían en un cuento que habían leído en la escuela. Le respondí que las flores ya no nos visitaban en primavera porque estaban tristes y no querían asomar la cabeza para contemplar el cielo gris de la ciudad y que las golondrinas pasaban de largo y ya no anidaban en nuestros tejados porque eran más sabias que nosotros y emigraban hacia otras tierras en busca de las flores.

Al regresar a casa me puse a hacer la cena sin dejar de pensar en Ana Vila, esa desconocida que, de pronto, había surgido de no se sabía dónde, me había suplantado y había sido acusada de la muerte de mi amigo Tomás. Sergio apretó el botón del contestador porque estaba parpadeando y ya sabía que cuando eso sucedía significaba que alguien me había telefoneado y había dejado su voz archivada en esa cajita. Acudió de inmediato a la cocina gritando que había un mensaje para mí, pero yo no le

di importancia y le reñí por meter los dedos en la mayonesa.

Me olvidé de la llamada hasta la mañana siguiente.

Era Esteban. Me comunicaba que había una película muy interesante en la cartelera del cine Alexis, que se moría de ganas de verla ese viernes y que, si me iba bien, me proponía quedar para la sesión de las cinco. Se despedía afectuosamente, como siempre que me dejaba sus mensajes. Colgué temblorosa y quise gritar de alegría. La organización volvía a contar conmigo.

CAPÍTULO 25

Fue su mano, le excitó la forma en que tomó la suya y rozó descuidadamente su dorso con el pulgar para quedarse ahí, acariciándole a intervalos cada vez más frecuentes. Mario esperaba el siguiente movimiento, y el siguiente. Pronto, el gesto silencioso de la mano de ella se transformó en una obsesión erótica y se adueñó de su voluntad. Creyó que era pura sugestión, que lo mismo le hubiera sucedido con cualquier otra porque hacía demasiado tiempo que no se acercaba a una mujer y ella era hermosa, muy hermosa. Pero no pudo sustraerse al embrujo de esa mano que respiraba entre la suya, que palpitaba agitada y se aferraba a él. Respondió con cautela presionando ligeramente los dedos. Al cabo de unos instantes sintió su respuesta. Tímidamente iniciaron una conversación muda que discurrió al margen de sus rostros impertérritos, fijos en la pantalla, que seguían con aparente atención esa película que no les decía nada y que no les interesaba en absoluto. Su mano ardía sobre la mano de ella, ajena a la ficción de celuloide que se ocultaba tras los maquillajes chapuceros de los personajes, los textos ensayados de sus diálogos, las luces de las cámaras y la pintura de los decorados. La película le parecía desgarradoramente falsa porque lo real, lo único verdaderamente real era su mano y la de ella, sensuales, despojadas de disimulo, audaces en sus maniobras cada vez más atrevidas. Y de pronto, precipitadamente, amparados en la oscuridad de la sala y las voces ajenas de los actores, entrelazaron sus dedos desbocados como caballos galopando sin freno, abarcando el infinito de los recodos de las manos, clavándose las uñas con desespero sin saber a ciencia cierta cuál era de quién y a qué mano pertenecía. Ella dejó caer sus zapatos e introdujo su pie desnudo a través de su pantalón, mientras él cedía a la urgencia de su deseo y, olvidando quién era ella, deslizaba la mano bajo su vestido, palpando su piel enfebrecida y hallándola suave, tentadora tal como la había imaginado cuando la vio ante él en la cola de la taquilla. Besó su cuello, su barbilla, sus pómulos, tentó su rostro con sus labios hasta alcanzar su boca y enredarse con su lengua con la misma ferocidad con que se encontraron sus dedos. Todo fue repentino y súbito como la erupción del Vesubio que sorprendió a los habitantes de Pompeya en posturas precarias cubriéndolos de lapilli y esculpiéndolos para la posteridad.

Fue su perfume, el perfume que impregnaba la casa de Tomás la noche de su muerte y el último recuerdo que guardó de él. Fue el perfume de jazmín que él había asociado a Ana. Desde entonces lo había reconocido en las paradas de flores del

mercado, deteniéndose al pasar junto a ellas para aspirar su fragancia, hasta que un día descubrió que Ana no olía a jazmín y se preguntó de dónde provenía su obsesión por ese aroma. En el sur la tierra era caliente y áspera y los olores densos de los cuerpos de las mujeres eran agrios y ácidos como las frutas. En el sur dejó de oler a jazmín y la fisonomía de Ana y su falso aroma y su cabello mentiroso como las puestas de sol se diluyeron en la nada. A pesar de que Carlos le enseñara su fotografía y le permitiera quedársela y a pesar de que aún la guardaba en su cartera —y en ocasiones mirara de hurtadillas ese pedazo de papel arrugado que no olía más que a tinta y a polvo— no deseaba soñar con ella. Ana no olía a jazmín.

Fueron sus ojos verdiazules, límpidos, sus ojos de gata díscola, fulgurantes como un estallido de luz. Los mismos ojos que le interpelaron con descarado aquella tarde en el hotel Presidente y que él ignoró, los ojos que contemplaron con estupor el cadáver de Tomás y que se perdieron en el anonimato de las miradas indiferentes de los periodistas que cubrían la noticia. Esa tarde, ante las taquillas del cine, sus ojos brillaron con intensidad y le reconocieron. Sin titubeos ni palabras, supo que los ojos de ella, verdes como los océanos, celebraban su reencuentro.

Fue su pendiente, su delfín diminuto de oro, gemelo de aquel otro que reposaba en el cajón del amigo muerto. Fue ese pendiente y su forma sincera de responder a su interés por él relatándole que un domingo, paseando con Tomás por el parque, se le enredó el cabello en una rama de cerezo y al intentar librarse de ella el pendiente cayó al suelo y los dos estuvieron gateando sobre el césped hasta que Tomás se levantó de un salto con el puño cerrado y gritó que lo había encontrado. Luego lo contempló largo rato y dijo que era precioso, que no podría ser de otra manera porque una vez soñó, y no acostumbraba a creer en los sueños, que ella surcaba los mares y saltaba las olas como un delfín. Por eso decidió regalárselo, porque Tomás le dijo que se parecía a un delfín y lo consideró un cumplido muy bonito. Le relató cómo Tomás, emocionado, aceptó su regalo, lo envolvió cuidadosamente en un pañuelo de papel y lo metió en su bolsillo prometiéndole guardarlo como recuerdo. Se lo explicó sin que él le preguntara, interpretó su curiosidad y le comentó ese incidente con ternura, acariciando el nombre de Tomás al pronunciarlo como acariciaba el lóbulo de su oreja y reseguía la forma del diminuto delfín que lucía solitario y deliciosamente asimétrico en su oreja izquierda.

Fue su nombre, Alicia, asociado a la idea de lo maravilloso. Nunca conoció a ninguna Alicia y de niño llegó a creer que era un vocablo de cuento, como Campanilla o Cenicienta. Alicia habitaba en un mundo donde los sueños, los deseos,

las quimeras y los absurdos no eran imposibles. Alicia tenía que poseer por fuerza el aliento de la magia de su nombre.

Fue Alicia, con su nombre encantado, sus ojos verdiazules, su perfume de jazmín y su delfín de oro diminuto, quien le esperaba a la puerta del cine. Alicia le tomó la mano, rozando levemente su dorso con su pulgar, como por equivocación. Alicia entregó las entradas al acomodador y le condujo a través del pasillo de la sala oscura hasta indicarle la cuarta fila, muy cerca de la pantalla, para que nadie se les sentara delante, ya que no había nada más molesto —le comentó— que tener que esquivar cabezas para conseguir leer los subtítulos de la película. Alicia se sentó junto a él pero no se desprendió de su mano y, poco antes de que comenzaran a aparecer las primeras imágenes, le susurró muy quedo que la llamara Ester. Silabeó Ester arrastrando la ese con dulzura, imitando a Tomás sin darse cuenta. Mario quedó confundido por esa advertencia porque, mientras atendía a los recuerdos que Alicia despertaba en él, había olvidado que su encuentro no era fortuito.

Jorge y Esteban le habían aleccionado acerca de esa cita con Alicia y le habían puesto al corriente sobre lo que la organización esperaba de él. Sospechaban de Alicia. Querían esclarecer la muerte de Tomás y el paradero de los documentos que había recopilado antes de morir y le encargaron la tarea de vigilarla, de enterarse de lo que ella sabía y de lo que les había ocultado. Mario intentó disuadirlos. Él no era la persona adecuada para asumir esa tarea, se equivocaban, no quería tener nada que ver con la ex esposa de Darío y no quería inmiscuirse en ese asunto turbio de deslealtades. No le incumbía. Estuvo a punto de echarse atrás y confesarles que sus convicciones no eran tan sólidas como para juzgar la trayectoria de una militante, quiso replicar que no era un chivato y que no deseaba comenzar su andadura en las McLoppainer caminando por el filo de la navaja, quiso gritar que su imparcialidad era discutible porque Darío, siempre Darío, se había convertido en una obsesión para él. Pero ellos insistieron. Sin la colaboración de Alicia perderían la oportunidad de rescatar una información que significaría el enjuiciamiento de los responsables del envío de productos tóxicos a Ouarz. Accedió sin estar plenamente convencido. No hizo cábalas sobre esa cita, aunque la curiosidad por conocer a la que fuera la mujer de Darío le asaltara a traición en los momentos más impensados.

No, su encuentro no era fortuito. Jorge y Esteban lo habían preparado minuciosamente y habían estado atentos a los movimientos de Alicia durante meses. Esperaban a la persona adecuada y el momento propicio. Mario se dirigió al encuentro con Alicia temeroso por ese paso que estaba dando y plenamente consciente del peligro que entrañaba la clandestinidad. Le habían instruido sobre las medidas de seguridad. Había memorizado teléfonos y contraseñas. Había escuchado

los consejos para actuar en caso de ser detenido. La estructura organizativa de las McLoppainer, concebida como anillos interdependientes, aseguraba que la caída de un miembro no comprometía al resto de comandos. Los escuchó simulando atención sin acabar de asimilar plenamente que las palabras de Jorge y Esteban fueran pronunciadas para él y en función de él puesto que le resultaba extraño el mero hecho de conspirar en su propia ciudad. La anomalía se le hizo patente al salir a la calle y regresar a su apartamento. Rosi le saludó efusivamente en el ascensor y le acribilló a preguntas. En lugar de pensar que su vecina era una pesada entrometida, desconfió de Rosi y entendió que a partir de ese instante debería desconfiar de todo y de todos. Era escéptico respecto a su cometido y a su idoneidad, pero se había contagiado de una excitación desconocida, nueva. Conspiraba, trabajaba en la sombra del anonimato, debería escoger un nombre para ocultar su verdadera identidad, adoptar una personalidad diferente. Durante todo ese día anduvo alterado y confundido, afectado de una cierta esquizofrenia que le llevó hasta un aparador de gabardinas y le tentó con la curiosidad de probarse una de ellas. A solas, en el probador, al meter las manos en los bolsillos y ensayar un ademán enigmático le acometió un ataque de risa. Se sintió ridículo y se preguntó a qué estaba jugando. Tomó su moto y ruló por las calles, sin rumbo, hasta que agotó la gasolina. No le quedó otro remedio que patear media ciudad con la moto a cuestas. Regresó a su apartamento sintiéndose un completo gilipollas. Abrió la nevera y al comprobar que estaba vacía maldijo su imprevisión y se sintió más gilipollas. Se metió en la cama sin cenar y, al contacto con las sábanas ásperas, la soledad regresó a su vera y se acomodó a su lado. Sintió el vacío de esa cama demasiado grande sin Ana y demasiado hundida por su recuerdo, el mismo que se había propuesto borrar definitivamente desde que supo que era la amante de Darío. Joanes le había dado detalles. Se veían en el hotel de Ouarz, donde Darío se alojaba, en connivencia con Halile. Ana se colaba en la habitación de Darío, permanecía en ella unas horas y salía más tarde procurando no ser vista. Joanes había sido testigo de sus citas.

Mario se revolvió en su cama y arrancó las sábanas de un manotazo. Estaba sudado y acalorado, pero no podía ducharse a causa de las restricciones de agua. Se levantó para beber una cerveza y, al volver a abrir la nevera, descubrió por segunda vez que estaba vacía. Llamó al timbre de Rosi a las doce de la noche y Rosi le abrió en pijama, un pijama rojo, calabaza y amarillo estampado de ositos y estridente como su voz. Le pidió una cerveza y Rosi, encantada, lo invitó a pasar a su cocina. Al encender el fluorescente, los ositos amarillos del pijama de Rosi parpadearon como un semáforo y lo aturdieron. Rosi le riñó por llevar tan mala vida y, cariñosamente, le llamó fantasma. Menudo fantasma estás hecho tú. Eso le dijo. Mario agotó su cerveza, la dejó en el fregadero, agradeció a Rosi su amabilidad y bajó la escalera hasta su apartamento. Rosi tenía razón. Era un fantasma. ¿Hacía bien al aceptar ese confuso papel de espía advenedizo? Jorge y Esteban esperaban a alguien que no era él, esperaban a Carlos, y él se adelantó y ocupó su lugar sin que nadie le advirtiera de

que estaba suplantando a Carlos. Carlos, y no él, estaba preparado para adentrarse en los vericuetos de la organización con la cabeza fría. Él, a lo sumo, sentía indignación por el asesinato de Tomás, por la muerte de los habitantes de Tazadit y una rabia sorda e intuitiva contra la arrogancia de Rominger y la impunidad de Darío. Pero eso no era suficiente. Estaba usurpando el puesto de Carlos. El entusiasmo que sintió en Ouarz, al proponer a Carlos hacerse cargo del asunto de los residuos tóxicos, se había ido disipando a medida que se había ido acercando a su objetivo.

Acudió al encuentro con Alicia impregnado de escepticismo. Iba vestido como Mario, caminaba como Mario, impostaba la voz como hacía Mario habitualmente, pero tenía el convencimiento de que aquél no era el lugar ni el momento de Mario. Estaba suplantando a Carlos.

Sin embargo, Alicia le esperaba a él. Al verle, sus ojos irisados reverberaron toda la luz de esa primavera incipiente. Le reconoció a él entre las caras que buscaban a otras caras y, al aproximársele, le dirigió una sonrisa tan deliciosa como su nombre y le envolvió con su perfume de jazmín. Alicia le confió su mano, el temblor de su mano, el deseo de su mano, la excitación de su mano. Alicia no lo consideró un usurpador y se sentó junto a él en la sala oscura y entrelazó sus dedos con los suyos, desesperadamente, y se apretó a su cuerpo con ferocidad. Como si le hubiera estado esperando siempre. Como si esa cita fuera una cita antigua, fechada en su destino desde su mismo nacimiento. Como si esas butacas contiguas de la cuarta fila del cine Alexis hubiesen sido construidas exclusivamente para que esa tarde las ocuparan ellos y descubrieran al sentarse el uno junto al otro que estaban hambrientos de amor y que ése era el lugar que les había sido reservado para devorarse con sus besos y despojarse de sus ropas y su vergüenza.

Mario olvidó quién era ella y creyó que su encuentro era fortuito. No podía ser de otra manera porque sólo el azar, irresponsable, podía haberlo empujado hasta sus brazos. No, Jorge y Esteban no podían haber concebido, ni en sus fantasías más estrafalarias, ese desenfreno que se apoderó de ambos, atacados de una voracidad que se desató como un torbellino y los sumió en la confusión, en un mismo vértigo que lo condujo al fondo de ese abismo insondable donde cayó cerrando los ojos, cegado por su delfín de oro, por los reflejos irisados de sus ojos verdiazules, aspirando su perfume de jazmín.

Llegaron al piso de Alicia cuando todavía no había anochecido. Salieron del cine precipitadamente, sin decirse nada, simplemente recogiendo sus zapatos, recomponiéndose la ropa, limpiándose con un pañuelo la saliva de la piel y poniéndose en pie. Salieron cogidos de la mano y el acomodador los miró alejarse esbozando una sonrisa cómplice, pero ellos ni tan siquiera le vieron. Caminaban muy

juntos, deteniéndose cada pocos pasos para besarse en silencio ante un semáforo, bajo el toldo de un supermercado, a la puerta de una escuela. Ella le dijo que su piso no quedaba muy lejos, a lo sumo unos quince minutos, y Mario le respondió que eso era mucho, demasiado. Ella tembló bajo su brazo, fue un temblor sutil, como un pequeño terremoto, entreabrió la boca con un jadeo y le susurró al oído que no podía esperar más. El descaro de Alicia le hizo enloquecer. La retuvo sujetándola por el brazo y supo que ella sabía lo que estaba pensando. Alicia humedeció sus labios con la lengua, ligeramente, e hizo un ademán con su cabeza señalándole la puerta entreabierta de una portería antigua. Empujaron al unísono y, sin desprenderse de su abrazo, se refugiaron bajo la escalera, junto a la ventana desvencijada de un tragaluz. Era un rincón lúgubre, mohoso, olía a sofritos y por las grietas de las maderas carcomidas se filtraba el eco de las voces de los televisores y los gritos de los niños. Mario se encaramó a la barandilla de la escalera y desenroscó la bombilla que pendía del techo para que no los delatase la luz, pero al sumirse en la penumbra se ofuscó creyendo que Alicia había desaparecido engullida por la oscuridad. La buscó a tientas, enojado consigo mismo por haber soltado su mano, convencido de que la había perdido. Fueron unos segundos de desespero hasta que topó con ella y sintió cómo las manos de ella palpaban su rostro, deteniéndose en la comisura de sus labios, y serpenteaban por su nuca como tentáculos, y su cuerpo se ceñía al suyo, con urgencia, con el mismo temor del abandono momentáneo que le había acometido a él cuando la buscaba. Intuyó en su agitación la misma ansiedad que le consumía a él y se fundió con ella en un abrazo impostergable. La levantó en volandas y la besó, enredándose en sus cabellos, en los botones de su vestido, en sus uñas, y avanzó a ciegas hasta que Alicia resbaló de sus brazos y quedó en pie, aprisionada entre su cuerpo y la pared contra la que Mario la embestía. Se enzarzaron furiosamente, con avidez, como si Alicia fuera la última mujer sobre la Tierra y la hubiera secuestrado de las profundidades del Hades para poseerla vergonzosamente. La penetró susurrándole quedamente al oído su nombre encantado, su nombre maravilloso.

Llegaron al piso de Alicia cuando todavía no había anochecido y Mario, sin poder vencer su impaciencia, y sin esperar a que la llave de ella acabara de girar en la cerradura, desabotonó su vestido y la despojó de la ropa. Alicia quedó ante él, desnuda, con su silueta a contraluz de las persianas echadas y sin otro adorno que el delfín de oro que lucía en su lóbulo izquierdo. Le pareció hermosa, una belleza audaz esculpida en fuego. Contempló su piel incandescente bañada en la tibia luz del crepúsculo, con su cabellera cayendo como una cascada sobre sus hombros, los rizos alborotados, como sus ojos de gata. Alicia, alertada por un aleteo, se movió inquieta hacia la ventana, pero Mario no dejó que se acercara al balcón. Era una estupidez, pero temió que si pisaba el rayo de luz que asomaba por la rendija de la persiana huiría cabalgando a horcajadas del atardecer, alejándose de él como hizo Ana, y

dejándolo de nuevo solo, excitado, hambriento. La sujetó por la muñeca y tiró de ella, lentamente, atrayéndola hacia él. Alicia hizo un leve intento de zafarse de su mano, pero no puso suficiente empeño y quedó en eso, en un intento sin voluntad. La voluntad de ella volvía a desvanecerse, como su propia voluntad y su propia razón cuando quedó atrapado en ella, preso de una lujuria irracional, impropia, inadecuada. Alicia estaba desnuda y tenía la piel caliente, y quiso besar su piel de fuego, milímetro a milímetro, y morder su carne espléndida. Alicia dejó que la besase y la devorase y al contacto de sus labios y sus dientes se fue derritiendo como un pedazo de manteca junto a la lumbre y su piel se tornó húmeda, líquida. Mario se sumergió en ella para bañarse en el mar de sus ojos y surcar sus aguas como el delfín diminuto que nadaba solitario en el lóbulo de su oreja, hundido en su carne. Quería olvidar, necesitaba olvidar, y se asió a ella como a un salvavidas. Alicia era fuego y agua y se ahogó en ella, quemándose en ella. Juntos se precipitaron hacia la nada, irremediadamente, rodando por la pendiente del olvido, perdiéndose en las simas verdiazules de sus pupilas.

Abrió los ojos jadeando y se asustó al ver la sangre que brotaba del cuello de Alicia, que yacía con los párpados entornados. No supo interpretar la razón de esa sangre que goteaba de la pequeña herida que asomaba, entre el collar de diminutas marcas rojizas, como un rubí incrustado, en el cuello blanco de Alicia. Quiso limpiar la sangre con su mano, pero sus dedos se tintaron de rojo y le vino a la memoria el vestido azul de Ana teñido por la sangre de Tomás. Ana regresaba de nuevo a ocupar el lugar que le correspondía, pero Alicia gimió y su cuerpo, convulso, se arrojó a su piel. Su calidez ahuyentó la imagen fría de Ana y la sangre muerta que empapaba su vestido muerto. Mario acercó su boca a la herida de Alicia y la lamió paladeando el gusto salado, tibio, vivo de su sangre. Alicia abrió los ojos y se asombró de esa herida que no le había causado dolor, miró en derredor y dirigió la vista de nuevo a la ventana, pero ya no podía huir porque la luz se había fundido ahogada por el humo de la ciudad, absorbida por la noche. Alicia se incorporó escuchando un aleteo de plumas y le confió, como un secreto, que habían llegado las golondrinas. Por fin las golondrinas que había estado esperando durante tanto tiempo anunciaban la venida de la primavera. Se recostó luego contra su pecho, tomó su mano, la besó y la modeló con sus dedos cerrándola hasta formar un puño. Golpeó con su puño el aire, riendo, y le confesó que conocía sus manos y que su puño había golpeado las nubes que impedían que aflorase la primavera y había conseguido el milagro del regreso de las golondrinas. Mario la escuchaba en silencio, pero las palabras de Alicia no le enternecieron. Prefería ignorar sus anhelos y sus tristezas. No quiso escucharla y silenció sus palabras con sus besos. Yació durante toda la noche con ella, sin tregua, sin detenerse a reflexionar sobre lo que le estaba sucediendo. Se entregó al placer sin darse un respiro, hasta que agotaron sus fuerzas y sus abrazos interminables se fueron tornando lasos, relajados, y acabaron por desfallecer.

Hacia el amanecer, exhausto, se incorporó para encender un cigarrillo y se recostó

de nuevo en la cama de Alicia, junto a su cuerpo dormido, para velar su sueño, ese sueño que sin esforzarse demasiado podía imaginar interpretando la expresión de su sonrisa ladeada y el gesto de sus brazos ahítos. Alicia era fácil, demasiado fácil para ser de carne y hueso. La sofisticación de Alicia se expresaba en su engañosa facilidad para sentir y ésa era la mayor baza de su desinhibida hermosura, suelta como su cabello, indómita como su mirada. Al abrazar el cuerpo de Alicia tuvo la certeza de que se apropiaba de ella por completo y ahora, sin esforzarse demasiado, podía imaginar el sueño que la visitaba.

El maullido le sobresaltó y la ceniza de su cigarrillo cayó sobre el cabello de Alicia desparramado sobre la almohada. Sacudió la ceniza procurando no despertarla y se fijó en el movimiento de los batientes de la puerta del balcón por donde asomaba el amanecer y la cabeza enhiesta de una gata que se coló por el hueco, se acercó a los pies de la cama y jugueteó con los flecos de la colcha. Tenía el morro sucio y las uñas llenas de plumas y supuso que regresaba a casa después de su correría nocturna por los tejados de la ciudad. La gata subió a la cama de un salto limpio, se lamió las patas delicadamente y se frotó contra sus piernas, ronroneando, como si su presencia no le molestase y estuviese habituada a él. Mario la reconoció por su tacto y su pelaje. No estuvo seguro hasta que se acurrucó junto a él. Recordó el mismo ronroneo de *Gilda* sentado en el sofá de Tomás. Recordó la mirada suplicante de *Gilda* saltando sobre su regazo y acomodándose para gozar de sus caricias.

Mario, anonadado, no tuvo valor para responder a sus mimos. Se levantó silenciosamente, recuperó su ropa, se vistió con rapidez y abandonó con sigilo la habitación. Antes de cerrar la puerta contempló por última vez el cuerpo dormido de Alicia bañado por la luz cruda del amanecer y se preguntó cómo era posible que su ceguera hubiese llegado hasta el extremo de olvidar quién era aquella mujer.

CAPÍTULO 26

El simple roce de las sábanas me lastimó la piel y al cambiar de postura me crujieron los huesos como si mi cuerpo fuese el envoltorio de papel de plata de una caja de bombones. Y, sin embargo, tuve un despertar dulce y me hice la remolona resistiéndome a desperezarme y a abrir los ojos para no dejar escapar ni un ápice del bienestar que me arropaba, empalagoso, denso, como ese antojo de bombones que me había visitado al parpadear. Me sentía empachada de caramelo, rellena de chocolate fundido, rebosante de azúcar y miel. Extendí mi mano tanteando el colchón y recibí un lametazo áspero. La retiré inmediatamente al oír el ronroneo de *Gilda* y me incorporé de un salto. En la cama sólo estábamos la gata y yo. Mario se había ido. Me dije que no podía ser, que no podía haberse despedido a la francesa. A lo mejor se había entretenido en el baño dándose una ducha. O tal vez quería sorprenderme y en esos precisos instantes estaba revolviendo en la cocina —poniéndola patas arriba para encontrar dos tazas iguales— y de un momento a otro abriría la puerta sosteniendo una bandeja con tostadas, café y mantequilla y me propondría desayunar en la cama, besándome dulcemente, sin la ferocidad ni la premura con que nos amamos durante toda la noche. Cerré los ojos y me arrebujé entre las sábanas creyendo firmemente que todo ocurriría como yo deseaba, pero esperé inútilmente sin llegar a escuchar el repiqueteo del agua en la ducha ni el sonido de la loza contra el mármol.

Mario se había largado.

Vagué por el piso como un alma en pena esperando encontrar una nota, un mensaje, un objeto, algo que amortiguase ese golpe sordo del abandono, pero no hallé nada para consolarme.

Siempre había creído que las despedidas eran tediosas y prescindibles. Evitaba acudir a los aeropuertos para no tener que repetir una y mil veces esas frases de compromiso vacías, ñoñas, que intentaban llenar artificiosamente la frontera temporal de nadie compartida tácitamente entre el que se queda y el que parte. Ese tiempo muerto, inútil, incómodo, salpicado de miradas a hurtadillas a los relojes, de recordatorios absurdos, de palabrerías intrascendentes. No, no me gustaba despedirme y menos aún que viniesen a despedirme, y me escabullía de las despedidas siempre que me era posible. Mientras estuve con Mario ni tan sólo se me pasó por la cabeza que tarde o temprano acabaríamos necesariamente por despedirnos. Me olvidé de Sergio y de mi trabajo, me olvidé del motivo de nuestra cita, me olvidé de mis temores antes de acudir a ella y de mis expectativas para reconciliarme con la organización, me olvidé de quién era yo misma y me dejé

apabullar por el presente que me reveló el descubrimiento del tiempo en estado puro. Viví con intensidad esas horas, minutos y segundos, perpleja por la percepción del tiempo que brotaba, como la vida, de los poros de mi piel y manaba de mis pulmones y de mis entrañas. El presente fluyó como un manantial y arrastró con él el pasado y burló el futuro. No me fue posible fantasear sobre esa despedida que aún no había sucedido ni concebir un pasado sin Mario puesto que mi vida y la suya existían unidas en ese tiempo Presente, absoluto que abarcaba el Todo.

Difícilmente podría habérselo explicado a Mario. De hecho, no le expliqué nada, creyendo que no haría falta, y ahora me añoraba de una despedida que no había tenido lugar y que ni tan sólo había llegado a imaginar.

Me dolía la herida del cuello y me dolían todos los segundos que pasé entregada a Mario sin prever ese dolor que me angustiaría cuando se desvaneciese el presente.

No le expliqué que lo conocía, que lo estaba esperando, que había soñado con sus manos, que sabía su nombre y su edad, que había hurgado en sus amoríos y su pasado. No le expliqué que guardaba su número de teléfono y su dirección desde el día que golpeó a Darío y que en más de una ocasión reprimí los deseos de telefonarle y presentarme en su piso para hablar con él y cerciorarme de que era real. No le expliqué que había llegado providencialmente, cuando más necesitada estaba de confiar en alguien a quien poder entregar los papeles de Tomás que me quemaban en las manos. No le expliqué que me sentía aislada por aquellos a quienes había creído mis compañeros y que su llamada, la llamada de Esteban, había sido como una palmada de ánimo, un empujón para continuar adelante y no quedarme tirada en un rincón lamentándome por mi mala cabeza. No le expliqué que al oír su nombre en boca de Esteban tuve la intuición de que mi vida daría un giro y que Mario Serna era la persona que había estado esperando durante todo ese tiempo, sin saberlo, porque no era casual que hubiese soñado con su mano y que en mi sueño me aferrara desesperadamente a ella, suspendida en el vacío del vértigo de los sueños. En mis pesadillas, la mano de Mario me sujetaba y me izaba desde el fondo de mi soledad.

No le expliqué que cuando tomé su mano no pude sustraerme a la sugestión de mi fantasía y que en su tacto hallé el refugio a todos mis pesares y que me dejé aprisionar por ella y deseé morir en ella. Entonces me sobrevino la locura, la que mi madre siempre me vaticinaba, y me abandoné a la locura al comprender que con mi mano entre la suya todo era posible. El presente me arrebató la lucidez y dejé de pensar. A partir del instante en que agradecí el calor de su mano y me encogí dentro de ella me invadió el deseo de poseer todo su cuerpo y fundirme en él.

Había dejado a Sergio durmiendo en casa de mi madre. Ya lo había hecho otras veces, pero en esa ocasión actué movida por la intuición vaga de que deseaba sentirme libre. Quería parecer hermosa a los ojos de un desconocido a quien yo ya conocía —como una paradoja— y deliberadamente me perfumé y elegí el pequeño

delfín de oro que Mario avistó la noche del asesinato de Tomás. Quizás fuera una tontería, pero sabía que él reconocería sin más ese pendiente y que no harían falta palabras para invocar el recuerdo de nuestro amigo común.

Mario se había ido de mi cama sin despedirse y yo no podía esperar pacientemente a que la organización se pusiera en contacto conmigo de nuevo. Podrían pasar días, semanas, y yo no quería esperar. No había tenido ocasión de explicarle nada de lo que sabía, no le había entregado los papeles de Tomás y me consumía la impaciencia por saber el motivo de su marcha silenciosa. Se me ocurrían un sinnúmero de razones. Seguramente temió que si me despertaba volveríamos a enzarzarnos en un abrazo interminable. O quizás me besó mientras yo dormía y se despidió sin que yo pudiera oírlo. O tal vez pensaba regresar en cualquier momento puesto que ya conocía mi dirección. Pero yo no podía esperar y cada minuto que pasaba me angustiaba más. No hay nada más angustiante que la suposición y yo suponía demasiadas cosas sobre Mario, sus intenciones y sus deseos, y lo único que podía alejarme de la duda era la verdad. Por eso, en lugar de pasar por casa de mi madre a recoger a Sergio, metí en una cartera los documentos de Tomás y el legajo de papeles del caso, me vestí y me dirigí hacia el apartamento de Mario.

Me temblaban las piernas por el atrevimiento de ese acto impulsivo. Me di cuenta cuando me detuve ante su puerta para llamar al timbre y me falló el valor. Retiré el dedo índice en el último momento. Hasta entonces había dado por supuesto que Mario me había dejado a su pesar, pero... ¿y si se había desembarazado de mí? ¿Y si mi presencia en su piso le parecía engorrosa y se molestaba por mi visita?

Pulsé el timbre con determinación y tomé aire. Me continuaban temblando las piernas, pero miré al frente levantando la cabeza y fingiendo una seguridad que estaba muy lejos de poseer.

Mario se frotó los ojos y se quedó mirándome con incredulidad. Le había sacado de la cama y no se había afeitado. ¿Estupor? ¿Sorpresa? ¿Sueño? ¿Desconfianza? Intenté interpretar el valor exacto de su mirada y el torbellino de sensaciones que me invadieron al tenerlo frente a mí y recordar el calor de su cuerpo tan cercano, tan próximo, me produjo un vahído ligero, algo así como el mareo de un vaso de vino tomado en ayunas. Respiré agitadamente esperando que me tendiera la mano o que sus ojos me acariciasen como lo habían hecho a lo largo de esa noche interminable. Pero no sucedió nada de eso. Me fijé en su mano crispada sujetando la puerta y en su brazo extendido cerrándome el paso y temí que estuviese acompañado, que hubiese una mujer en su cama y que ése fuera el motivo de su frialdad. Sólo pensar

fugazmente en esa imagen improbable me golpeó como una bofetada y me hizo sentir la comezón de los celos. La situación era insostenible a todas luces y yo me sentía cada vez peor. Era incapaz de hablar, de actuar, de hacer o de decir nada. En cualquier momento podía aparecer un vecino y quedarse sorprendido por nuestra ridícula postura. Por fin Mario se decidió a dejarme entrar. Dio un paso atrás y movió la cabeza indicativamente para que yo avanzase, procurando no rozarme en ese breve instante en que yo me colé entre la puerta y su cuerpo y que hubiese bastado para abrazarnos de nuevo y restaurar la armonía de los sentidos que nos embargó como una borrachera durante ese tiempo tan reciente. Penetré en el absurdo. Mario me precedió sin preguntarme nada, me indicó el sofá y sólo me dijo secamente: «Espérame, en seguida vuelvo.»

Quise morirme de vergüenza. Quise morirme de dolor porque el desgarró de su indiferencia me estaba lacerando la carne con mucha más intensidad que las heridas que dejaron sus dientes en mi cuello. Palpé el mordisco que cubría con un pañuelo, para saber si era real o lo había inventado en mi delirio. Con la yema de mis dedos reseguí una a una las huellas de sus dientes en mi piel. No era posible, no podía ser que el hombre que me había dejado sin aliento, sin voluntad, que me había hecho olvidar la razón, fuese ese mismo hombre adusto que me había abierto la puerta.

Regresó con el cabello mojado y vestido con un albornoz. Me preguntó si quería café y acepté sin atreverme a mirarlo a la cara. Luego, los segundos volvieron a pesarme en su lentitud exasperante y quise huir antes de que regresara con las tazas, pero las piernas no me obedecían. Por algún motivo que yo desconocía Mario no me quería, no me deseaba, no me esperaba y jamás hubiera regresado a mi casa.

Me quemé con el café hirviendo y, torpemente, deposité la taza sobre la mesilla para no derramarlo. Las lágrimas se agolparon en mis ojos y me recreé en ese dolor real, tangible. Me había preguntado por *Gilda* y por Tomás. Sus palabras zumbaban en mis oídos acusatorias y vagas, amenazantes por el tono en que las pronunció. Sólo pude responder:

—Me he quemado.

Suavizó las facciones al darse cuenta de que no mentía y de que estaba a punto de echarme a llorar. Me sujetó la cara con su mano, me obligó a abrir la boca, estudió mi lengua y me consoló con un «En seguida te pasará, no es nada». Cuando retiró su mano de mi barbilla y volvió a sentarse en el sofá, alejándose de mí, me eché a llorar como una colegiala. Lloraba porque me había abandonado y me había dejado sola e inerme, con mi dolor, mi quemazo y mi amargura, y no me importaba nada ni tenía ningún sentido fingir que entendía lo que estaba sucediendo. Balbuceé todo lo que sabía y le ofrecí los papeles de Tomás que llevaba en la cartera. Reconocí que, en efecto, yo había entrado en su piso la noche en que murió, que había registrado su ordenador y sus archivos hasta dar con el disquete y que, al marchar, *Gilda* se había

frotado cariñosamente contra mis piernas. Por eso la había llevado conmigo. Le confesé que todo había sido confuso y extraño, que durante ese tiempo había tenido miedo de leer esos papeles porque sabía que Darío estaba implicado en ese asunto turbio y la implicación de Darío me convertía en su cómplice. Entre sollozos le relaté mi peripecia huyendo de Darío y el pánico que sentí cuando me quitó a mi hijo. Admití que me serví de los papeles de Tomás para amenazarlo y que fue entonces cuando descubrí su importancia. Le resumí lo que había averiguado sobre el buque y el cargamento y los intentos infructuosos para ponerme en contacto con la organización a partir de la noticia del desastre de Ouarz. Lo vomité todo de un tirón, me quedé sin aliento y callé. Mario había fumado dos cigarrillos durante mi larga explicación y había un brillo cálido en su mirada. Me tendió un pañuelo y él mismo limpió las lágrimas que caían de mis mejillas, pero en seguida retiró prudentemente su mano y se refugió una vez más en la distancia.

—En la organización desconfían de ti. Creen que cometiste alguna imprudencia con respecto a Tomás, que hablaste sobre él a alguien...

No le dejé acabar. Me puse en pie y le corté furiosa:

—¡Yo quería a Tomás, era imposible conocerle y hacerle daño!

Mario me sujetó por el hombro y me obligó a sentarme de nuevo.

—Está bien. Pero Esteban y Jorge desconfían de ti.

No me importaba nada la opinión de Jorge y Esteban.

—¿Y tú?

Le increpé a bocajarro, envalentonada por el calor de su mano, por ese contacto que me remitía a la locura de nuestros abrazos. Sentí cómo temblaba.

—Me parece que me he equivocado aceptando esta tarea.

Se estaba replegando y su mano se escabullía de mi hombro. Antes de que la retirara definitivamente la apreté con fuerza.

—No miento, créeme, no te estoy mintiendo.

Me creyó. En aquellos momentos supe que había sido convincente y que había recuperado su confianza. Pero algo se había roto. Algo tan etéreo como la magia de una música, de una luz crepuscular, de un perfume. Algo que yo no sabía cómo restaurar. Mario estaba cansado y bajó la mirada.

—Me leeré esos papeles y luego volveremos a hablar.

No quería que todo acabase tan rápido y sentía curiosidad por ese Mario que dudaba sobre su vinculación con las McLoppainer. Recordé la opinión de Tomás sobre él. Estaba convencido de que Mario era un escéptico.

—¿Por qué te has decidido a trabajar en las McLoppainer?

Mario se sirvió más café y llenó mi taza.

—Estuve en Ouarz y... —De pronto calló y se me quedó mirando fijamente—. Lo siento, pero me resulta muy difícil hablar contigo.

Aguanté la respiración.

—¿Por Darío?

Asintió.

—Darío está detrás de todo.

Se me revolvió el estómago.

—A mí también me resulta muy difícil.

Me miró sin comprender. Me había explicado mal.

—Nunca le quise, pero tenía miedo de dejarlo. Ahora... hoy... no me explico cómo pude vivir con él. Pero lo hice.

No, no era convincente, no tenía visos de verosimilitud, sonaba a excusa estúpida, para salir del paso. Era imposible resumir en palabras, en unas pocas palabras, todas las dudas y temores que me habían acometido a lo largo de esos diez años. Por más que quisiera no podría entenderlo nunca y menos aún conseguir que alguien comprendiese mis motivos. Tal vez no había tenido motivos y la vida en general era procaz, mezquina y raramente había explicaciones plausibles para cada uno de nuestros actos y cada una de nuestras decisiones. Quise borrar mis palabras, pero una vez pronunciadas quedaron suspendidas entre nosotros, molestas, simplistas, tópicas.

Mario me habló con una cierta dureza.

—¿Estás dispuesta a ayudarnos?

Asentí esperanzada.

—¿Aunque signifique acusar a Darío de la muerte de Tomás?

Se me hizo un nudo en la garganta. No había pensado en ello, no había querido pensar para nada en esa posibilidad. Mario se dio cuenta de mi desconcierto y me sentí atrapada. Entonces recordé la información que me había pasado Gomá.

—La policía acusa a una tal Ana Vila que según ellos militaba en las McLoppainer.

Lo dije impensadamente sin calibrar la importancia de esa noticia. Lo dije para no tener que pensar en lo que Mario había sacado a la luz. Darío estaba hospitalizado en el Santrec mientras Tomás caía abatido por las balas. Era imposible que Darío, desde su cama, se hubiese enterado de la rueda de prensa. Darío era responsable del despido de Tomás, de esos envíos tóxicos a Ouarz, pero Darío no podía haber dado la orden de eliminar a nadie, no era un asesino.

Mario, muy tenso, me pidió con voz ronca:

—Repíte eso.

Creí que si volvía a pronunciar el nombre de Ana Vila me pegaría. Me sonó a amenaza, a sacrilegio, y evité nombrarla.

—Según ellos, esa mujer fue la última que vio a Tomás. Lo denunció a la organización para que no delatase a nadie en esa rueda de prensa.

Mario se levantó inquieto y paseó arriba y abajo con los puños cerrados. Encendió otro cigarrillo y me interrogó con despecho:

—¿Darío te habló de ella alguna vez?

Negué con la cabeza.

—Ni tan sólo sabía que existiera.

Sonrió con una sonrisa agria, dolida.

—Pues existía y Darío la conoció muy a fondo. Los dos la conocimos muy a fondo, o eso creí.

Ana. ¿Quién era Ana? ¿Qué insinuaba Mario? ¿Qué quería decirme? Estaba ofuscada y veía surgir fantasmas de todos los rincones. O tal vez no fueran fantasmas. Ana Vila tenía nombre y apellido y Mario me estaba sugiriendo que... No podía ser.

—¿Fue su amante?

Mario asintió. Bajé la frente y arremetí con descaro, con ganas de saber más, de ir más lejos.

—¿Ana fue tu amante también?

Mario lanzó su cigarrillo al suelo y lo pateó rabioso sin contestarme. Pero no era necesario.

—¿Qué te dijo la policía? ¿Conocen su paradero?

Tardé unos segundos en responder puesto que me había quedado prendida del gesto de su zapato desmenuzando la colilla con saña, con la saña del que desea desprenderse de algo muy personal, de un objeto, de un recuerdo.

—La busca la Interpol pero ignoran dónde está.

Mario abrió la ventana y tomó aire.

—Nadie sabe nada de Ana. Se ha volatilizado.

Nada más lejos de mi intención que defender a esa mujer que se interfería entre Mario y yo, entre el pasado de Darío y mi pasado, pero no podía creerlo.

—Esa acusación no tiene pies ni cabeza. Tomás no iba a denunciar a la organización en esa rueda de prensa. La policía pretende desprestigiar a las McLoppainer, pero tú y yo sabemos que Tomás no era un soplón y que lo que iba a decir públicamente no perjudicaba a la organización sino a Darío y a Laboratorios Losón.

Mario asintió y volvió a sentarse pesaroso. Se cogió la cabeza con las manos, como si le doliese, como si estuviese a punto de estallarle. Quise acercarme a él y besarle la nuca para ahuyentar el dolor, pero permanecí varada en mi rigidez.

—¿Tomás tampoco te habló de Ana?

Estaba a punto de volverme loca. Ana estaba en todas partes y por lo que parecía había intimado con todos los hombres que se movían a mi alrededor. ¿Cómo era posible que la hubiese ignorado hasta ese momento?

—No. Nunca oí su nombre.

Mario se hundió de nuevo en ese gesto autista que me excluía. Sus pensamientos arrojados por sus manos, la cabeza alicaída, la mirada ausente. Me puse en pie sabiendo que sobraba, que estaba de más, que esa Ana me echaba del apartamento de Mario y de su lado.

Caminé hasta la casa de mi madre dando un largo paseo para desentumecer los

músculos. La ciudad estaba polvorienta y avejentada prematuramente. Busqué infructuosamente en el cielo alguna señal del retorno de las golondrinas, pero no había ni rastro de ellas. Los aleros de los tejados estaban vacíos como la cuenca de los ríos sin peces y los árboles sin frutos. Todo era estéril, inútil. Me convencí de que había sido pura sugestión. Esa noche no existió y en mi sueño oí el aleteo de las golondrinas en el tejado y creí que habían regresado junto con el placer, el amor y la esperanza. Esa mañana, sin embargo, todo volvía a ser como antes. Aunque nada volvería a ser como antes. Mario había trastornado mi rutina y había dejado las señales de sus dientes en mi carne. Regresé a casa aturdida por el parloteo de Sergio y sus regañinas por no atender a sus explicaciones. No lo escuchaba, no podía escucharlo. Todo era confuso, absurdo, estúpido. Esa mujer, Ana, había vivido junto a mí, muy cerca de mí, interfiriendo en mi vida, intimando con Darío, con Tomás, con Mario, y yo había vivido sumida en mis desconciertos, peleando con mis idioteces, ignorante de todo, como una alma cándida, en el limbo de los gilipollas. Ni tan siquiera conocía su cara, su voz, su mirada. ¿Quién era Ana?

Oí el timbre en el rellano del segundo piso y subí los últimos peldaños en una carrera apresurada, llena de tropiezos, hasta girar la llave en la cerradura, abrir la puerta de un empellón y descolgar el teléfono. Pregunté sin aliento «¿Sí?» pero nadie me respondió. Insistí de nuevo y oí claramente una respiración entrecortada que me llegaba desde el otro extremo del hilo. Pregunté: «¿Mario? ¿Eres tú?» Y unos segundos después, sin obtener respuesta, se cortó la comunicación. Había colgado. Me dejé caer abatida porque desde el momento en que escuché el timbre del teléfono creí que era Mario. Deseé que fuera Mario y que quisiera hablar conmigo, disculparse, verme de nuevo, oír mi voz y abrazarme. Tenía el corazón desbocado y sentía el arañazo de la tristeza que trepaba por mi garganta y se instalaba en mis ojos, los llenaba de congoja y resbalaba por mis mejillas sin que pudiera contenerla. Era tan cierto como mis lágrimas. Me había enamorado como una tonta.

CAPÍTULO 27

Nigeria, 1987

En la ciudad portuaria de Koko, en las costas atlánticas, se descubre el almacenamiento ilegal de 18 000 bidones de residuos tóxicos en unos locales propiedad de un comerciante llamado Sunday Nana. Cunde la alarma al saberse que los bidones se hallan en mal estado y que se ha producido una fuga de los materiales químicos que contienen. Las autoridades portuarias emplean más de cien hombres equipados con ropa protectora en la tarea de trasladar los residuos a lugar seguro, pero se subestima el peligro de los contaminantes y muchos de los trabajadores deben ser hospitalizados afectados de parálisis, quemaduras y náuseas. Los hospitales de la ciudad registran un alto índice de nacimientos prematuros durante las semanas siguientes y alertan a las autoridades sanitarias sobre la necesidad de tomar medidas al respecto.

La exportación ilegal de esos bidones procedía de Italia. Las firmas Italianas Ecomar y Jelly Wax —compañías especializadas en traficar con residuos a países africanos— firmaron un contrato con la compañía Nigeriana Iruekpen Construction Company, propiedad de Sunday Nana, y le pagaron, en concepto de alquiler por el almacenamiento de los mismos, la cantidad de 100 dólares mensuales. Los residuos fueron embarcados en el puerto de Pisa e importados en el puerto de Koko en concepto de «materiales relativos a la industria de la construcción y productos químicos residuales».

El gobierno nigeriano obligó al gobierno italiano a repatriar la basura tóxica y en esa operación se invirtieron dos años, puesto que las protestas de algunos puertos italianos para aceptar la carga peligrosa que les era devuelta entorpecieron los trámites.

Italia produce anualmente entre 40 y 50 millones de toneladas de residuos industriales y 16 millones de residuos domésticos, aunque sólo una ínfima parte de los mismos son reciclados y almacenados en su propio territorio.

La extrema pobreza de algunos países africanos, su deuda externa, su frágil moneda y sus dificultades para establecer relaciones comerciales con el Norte los obligan en muchas ocasiones a aceptar residuos peligrosos como forma de ingreso de divisas de sus mermadas economías.

Somalia, 1989

Tras la dimisión del presidente Siad Barre en 1989, Somalia, azotada por la guerra civil y la hambruna, se sume en el caos político y las distintas facciones rivales se otorgan el liderazgo de la nación.

En estas condiciones, Somalia es el territorio elegido —por grandes empresas europeas amparadas por firmas anónimas— para exportar ingentes cantidades de residuos tóxicos, a pesar de haber sido firmado ya el acuerdo de Basilea que prohibía explícitamente la exportación de materiales peligrosos a zonas afectadas por conflictos bélicos.

En 1992 comienzan a salir a la luz datos sobre el destino de esas aproximadamente 500 000 toneladas de basura tóxica que ha sido enviada a Somalia durante el conflicto. Los datos apuntan a que parte de ella fue descargada en el océano Índico y causó una gran mortandad y contaminación marina. Por otra parte, se sabe que el almacenaje de pesticidas en el norte del país fue pasto de las bombas y produjo grandes incendios y consecuentemente provocó el envenenamiento de fuentes potables que afectaron a la población y al ganado.

La controversia se desata en 1992 al conocerse el contrato establecido entre una firma suiza, Achair Partners, y otra italiana, Progreso, con Nur Elmy Osman, que se reconoce como ministro de Sanidad bajo el gobierno liderado por Ali Mahdi Muhammad. Osman cobró durante el año 1991 la cantidad de 80 millones de dólares a cambio de permitir la construcción de un local de almacenamiento de residuos tóxicos y una planta incineradora con capacidad para diez millones de toneladas de residuos tóxicos en territorio somalí.

La comisión investigadora de la UNEP toma cartas en el asunto y descubre que las firmas suiza e italiana son ficticias y encubren a poderosas multinacionales. Osman y las compañías Achair Partners y Progreso niegan la firma del contrato y los gobiernos de los países implicados, Italia y Suiza, declaran ignorar la existencia de dicha actividad. El tratado queda anulado y el local de almacenamiento es vetado por la comunidad internacional, sin embargo nadie es procesado por ese delito ya consumado y las compañías encubiertas bajo las firmas italiana y suiza quedan impunes y en el anonimato.

Albania, 1991

Tras la caída del régimen comunista de Enver Hoxha, Albania, el país más aislado del planeta, se abre al mundo y pide ayuda para reconstruir su economía y fomentar su agricultura. El reto de modernizar sus anticuadas infraestructuras es una ocasión para que los países cercanos vean la ocasión de ampliar sus mercados. Comienzan pues las exportaciones y las ayudas.

Entre los años 1991 y 1992, la empresa alemana Schmidt-Cretan embarca 480 toneladas de «ayuda humanitaria» consistente en pesticidas caducados y de alta peligrosidad prohibidos en la Europa Comunitaria desde 1983. El cargamento, realizado en cinco envíos sucesivos, contenía toxaphene, phenyl, mercurio y acetato. Un litro de toxaphene es capaz de contaminar dos millones de metros cúbicos de agua y matar todo rastro de vida contenida en esa área. Las 480 toneladas enviadas a Albania eran el equivalente de 6000 litros de toxaphene. Para la industria alemana, eliminar la condición tóxica de esas 480 toneladas de productos químicos altamente peligrosos hubiera significado un coste de entre 4800 y 6600 dólares por tonelada. El envío gratuito a Albania le supuso un ahorro de 2 880 000 dólares.

Sin embargo, cuando las autoridades albanesas, alertadas por la contaminación de sus aguas y las enfermedades de sus campesinos, protestan a la empresa alemana y le exigen que repatrie su ayuda altamente peligrosa, la Schmidt-Cretan demuestra que su envío era completamente legal puesto que había sido autorizado por las autoridades del gobierno alemán —según las normativas comunitarias— y había sido aceptado por el Ministerio de Agricultura albanés. El retomo de los pesticidas caducados y peligrosos a su lugar de origen es pues «legalmente» imposible. El gobierno albanés, sin recursos para reciclar los productos ni para almacenarlos adecuadamente, optó por abandonarlos en lugares que pusieron seriamente en peligro la salud de la población.

Desde el momento en que Europa utiliza a Albania como vertedero de residuos nocivos prohibidos en sus legislaciones las posibilidades de explotación turística de Albania se ve vetada por esos mismos países que aducen la peligrosidad de su medio ambiente.

Esta práctica habitual de exportar productos tóxicos caducados a los países del Este europeo necesitados de ayuda es conocida bajo el turbio concepto de «recirculación» de productos y encubre la eliminación gratuita de residuos peligrosos reduciendo los costes del reciclado a cero.

La empresa Schmidt-Cretan ha sido acusada de tráfico «moralmente sospechoso» pero no ha sido procesada por ningún delito.

Benín

Benín, pequeño país africano de 112 000 km² y cinco millones de habitantes, sufría en la década de los años ochenta un déficit tan severo de su balanza de pagos que resultaba imposible pagar el sueldo a los funcionarios estatales. El gobierno de Benín, bajo la órbita de los países comunistas, acepta entre 1984 y 1986 acoger en su territorio varias toneladas de «residuos radiactivos» descargadas por la Unión Soviética. Poco a poco avanza como posibilidad de supervivencia de este país su consideración de vertedero mundial para sufragar su mermada economía.

En 1986, el gobierno de Benín negocia bilateralmente con el gobierno francés la importación de residuos radiactivos e industriales a cambio de la ayuda de 1,6 millones de dólares y 30 años de asistencia económica. Al conocerse la noticia en Francia, el escándalo salta a la prensa y el acuerdo es suprimido, pero se sabe, según declaraciones de Seraphin Noukpo —comandante de marina—, que fue desembarcada una carga de residuos nucleares procedente de La Haya, y posteriormente enterrada en la región de Abomey.

En 1988, el gobierno de Benín firma otro contrato con la compañía angloamericana Sesco-Gibraltar para acumular 50 millones de toneladas de residuos tóxicos a lo largo de diez años en suelo beninense. La BBC, en un documental emitido por la televisión, muestra al público británico las obras del agujero de 1 km² —tomado por fotografía aérea— para almacenar los residuos cerca de la aldea de Agon.

El ahorro en dicha operación para los países industrializados es nada más y nada menos que del orden de 2995 dólares por tonelada. Reciclar los residuos según marcan las normativas europeas supone un coste de 3000 dólares por tonelada. Descargarlos, pagar a los enlaces y enterrarlos en alguna zona alejada de los países ricos cuesta el irrisorio precio de 5 dólares por tonelada.

Líbano, 1988

Son descubiertas en la zona de Kerswan —Líbano— más de 2400 toneladas de residuos químicos contenidas en barriles. Todo lleva a la confirmación de que fueron desembarcados en puertos libaneses —que no se hallaban bajo control estatal— por la empresa Italiana Jelly Wax durante los años 87 y 88. Al poco del descubrimiento, los pescadores del puerto de Tyre, en el sur, descubren nuevos barriles que habían sido arrojados al mar. Poco después salen a la luz más barriles el este de Beirut y Ghazir, a tan sólo 25 kilómetros de la capital.

Según una estación televisiva libanesa, Cristina, el empresario libanés Roer Haddad había cobrado 500 000 dólares por aceptar esos residuos de manos de Jelly Wax.

Inmediatamente se reúnen el embajador italiano en Líbano y el primer ministro Salim Hoss para negociar un acuerdo que permita repatriar la carga a su país de origen. Las conversaciones diplomáticas no dan sus frutos puesto que los italianos se muestran reticentes a asumir los costes completos de la operación. El proceso queda paralizado hasta que en junio del mismo año 89 un rotundo comunicado de la llamada «Organización para la Defensa de los Derechos Libaneses» amenaza con atacar físicamente los intereses italianos en Líbano si en el plazo de una semana el gobierno italiano no traslada los residuos tóxicos de su país. El comunicado de la organización terrorista surte efecto y dos buques —el Vorais Sporiades y el

Yvonne/A— *acuden inmediatamente y trasladan los barriles al puerto de La Spezia en costas italianas.*

En 1989, el delegado del Líbano en Basilea, doctor Milad Jarjouhi, informó ante la Convención sobre las importaciones de esos aproximadamente 16 000 barriles y numerosos recipientes más de residuos químicos entregados y servidos al Líbano como materiales aptos para la «recirculación». Según el delegado del Líbano, dichos cargamentos eran servidos a compañías libanesas por la mafia italiana y denunció asimismo que muchos de esos residuos habían sido abandonados y ocultados en las montañas. Milad Jarjouhi mostró fotografías de niños afectados de carcinomas de piel y declaró que en las montañas del Líbano existían más de 9000 barriles «perdidos».

Mario levantó la cabeza del legajo de papeles y tomó aire.

—¿Continúo o ya tenéis suficiente?

Jorge echó una ojeada al resto de documentos.

—Podríamos estar escuchando casos parecidos durante semanas.

Esteban ratificó la opinión de su compañero.

—Teniendo en cuenta que son sólo la punta de un iceberg.

Mario dejó los papeles sobre la mesa y se restregó los ojos. Había estado leyendo los papeles de Alicia durante toda la tarde y había acudido de inmediato al encuentro con Jorge y Esteban. Apenas había dormido unas horas.

—¿Y la demanda a la Convención de Basilea sobre el caso de Ouarz?

Esteban hizo un gesto vago.

—Carlos se está ocupando de ello con mucha prudencia.

Jorge le interrumpió:

—No nos interesa levantar el escándalo antes de tiempo. Queremos cogerlos con las manos en la masa.

Mario objetó:

—Carlos me dijo que hasta el momento ninguna empresa ha sido juzgada por delito ecológico en el tráfico de residuos.

Esteban sonrió.

—Carlos está en lo cierto. A partir de la Convención de Basilea todo transcurre mucho más sibilinamente.

Mario entendió lo que se proponían.

—Pretendéis interceptar el próximo envío.

—Y encarcelar a Losón, Darío y Rominger.

Jorge asintió.

—Si no han dado marcha atrás. Suponemos que deben de tener compromisos difíciles de cancelar.

Mario se felicitó. La organización no se arredraría ante nada.

—Alicia ha hecho un buen trabajo.

Jorge y Esteban callaron. Mario se vio obligado a insistir.

—Me pedisteis que os diera mi opinión. Pues bien, me ofreció los papeles voluntariamente y sin que yo se los pidiera. Por otra parte, averiguó el nombre del buque, obtuvo información de la policía y estaba preparando un dossier.

Jorge y Esteban se miraron unos instantes. Mario se sintió incómodo por su silencio.

—No tenía forma de ponerse en contacto con vosotros.

Jorge habló por los dos:

—¿Por qué no nos los proporcionó en la primera ocasión? ¿Por qué los guardó?

Mario fue tajante.

—Tenía problemas.

—Sí, claro, problemas personales, con Darío.

Mario se molestó por el tono burlón de Jorge.

—Alicia quería a Tomás. Yo la creo y punto.

Esteban calló, pero Jorge no acababa de convencerse.

—Es arriesgado confiar en Alicia.

Mario se hartó. Encendió un cigarrillo y se puso en pie.

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea para meter en la cárcel a los hijoputas que llevaron los bidones a Ouarz y se cargaron a Tomás, pero no he venido a juzgar a nadie que piensa y cree lo mismo que yo y que se juega el cuello como nosotros.

Jorge habló con un cierto retintín:

—Y está sola y necesita consuelo...

Mario dio un paso hacia Jorge, pero Esteban le detuvo.

—¡Eres un cabrón!

El cabrón había sido él. ¿Por qué la trató tan mal? ¿Por qué ni siquiera la besó al llegar? ¿Por qué dejó que se desesperara en su presencia y se sentó frente a ella interrogándola como un policía?

Jorge palmeó su espalda conciliador.

—Está bien. No tengo nada contra Alicia, me callaré la boca.

Esteban soltó el brazo de Mario y lo invitó a sentarse de nuevo. Mario accedió y se arrepintió de su pronto. Su irascibilidad le había vuelto a jugar una mala pasada. Procuró distender el ambiente.

—¿Qué más queréis que haga?

Jorge arrancó una hoja de su libreta de notas con anotaciones y se la pasó.

—Durante las últimas semanas hemos detectado movimiento en los Laboratorios Losón. Se han recibido cargamentos de bidones en los almacenes y creemos que se está preparando un nuevo embarque.

Esteban no titubeó.

—Necesitaríamos tener datos sobre la fecha de ese envío y el máximo de pruebas posibles que impliquen a la fundación.

Mario no lo vio fácil.

—¿Cómo?

—Sabemos que conoces a la secretaria de Darío y que puedes moverte por las dependencias del hospital. Puedes tener acceso a la fundación y dar la excusa de algún trabajo que te encomendó Nardim en Ouarz.

Mario dudó.

—¿Y Darío?

—Darío está permanentemente en Madrid.

Jorge le aclaró el contenido de sus apuntes.

—Hemos especificado el tipo de documentos que nos interesarían. Cartas personales, facturas, cobros... Léetelo, memorízalo y quema el papel.

Mario dio una ojeada y lo guardó en su bolsillo.

Esteban añadió:

—¿Necesitas algún dato concreto?

Mario se decidió a hablar. Por más que se esforzara en convencerse racionalmente de lo contrario, lo cierto es que la curiosidad le podía.

—Quiero saberlo todo sobre Ana Vila.

Jorge y Esteban se extrañaron.

—¿Por qué razón?

Mario se sirvió cerveza en su vaso.

—Supongo que os habrán dicho que tuve que ver con ella.

Al parecer, no sabían nada y en esa ocasión no bromearon. Mario continuó:

—La policía la acusa de la muerte de Tomás.

Esteban quedó atónito y Jorge se sentó de inmediato indicando a Mario con la mirada que continuase.

—Creen que se trató de un ajuste de cuentas. Según la policía, Ana trabajaba para la organización.

Esteban y Jorge fruncían el entrecejo. No fingían, estaba seguro. Mario esperó unos instantes pero no obtuvo respuesta.

—Bien. ¿Dónde está? ¿Estaba militando en Barcelona?

Jorge no daba crédito.

—No hemos estado jamás en contacto con ella. No la conocemos.

Mario se desconcertó.

—Pero... ¿sabéis de quién hablo?

—Perfectamente, pero Ana Vila no ha estado en Barcelona.

Mario sacó su fotografía arrugada.

—Ésta es Ana Vila. Estuvo trabajando conmigo en el hospital Luis Ventura y Darío le proporcionó el trabajo desde Ouarz. Se acostaba con él y consiguió que desde la Subsecretaría de Sanidad se iniciase un plan de residuos hospitalarios.

Jorge y Esteban, anonadados, reconocieron la fotografía de Ana. Pero continuaron negando. Mario se impacientó.

—Conoció a Tomás, habló con él antes de morir y en Ouarz corrían rumores de que hizo caer a Benedetto.

Esteban se secó el sudor que le había perlado la frente.

—Sólo teníamos noticias de que en efecto traicionó a Benedetto, pero creímos que estaba oculta y protegida por la policía. Si hubiera estado en Barcelona, la organización nos lo hubiera hecho saber. Es imposible.

Mario supo que no era ninguna broma.

—¿Queréis decir que no sabíais que estaba en contacto con Darío y con Tomás?

Jorge y Esteban aún no habían salido de su desconcierto y Mario bajó los ojos para no apabullarlos y se fijó en que vestía un calcetín de cada color. Estuvo a punto de echarse a reír. Todo era tan sencillo como ese detalle. Ana traicionaba a las McLoppainer, regresaba tranquilamente a Barcelona de la mano de Darío, le ayudaba en sus tareas y Jorge y Esteban no se fijaban en ella. Igual que no se habían fijado en sus calcetines.

—No tiene pies ni cabeza.

Jorge protestó:

—Exactamente. Lo que dices no tiene pies ni cabeza, Ana no pudo venir a Barcelona sin que nadie lo supiera. Es imposible que en el sur le perdieran la pista y que regresara a Europa con su nombre y apellidos y trabajase en el Luis Ventura. Es absurdo.

Mario ya sabía por experiencia propia que algunas cosas resultaban absurdas. Tal vez Ana contuviera en ella misma la esencia de la absurdidad.

—Y sin embargo sucedió.

Esteban hacía cábalas.

—¿Y dices que la policía la relaciona con la muerte de Tomás y creen que militaba en las McLoppainer?

—Exacto.

—¿Cómo lo supiste?

—Alicia. Es lista, envió un compañero de la redacción para recabar información. Ella tampoco la conocía a pesar de que su marido estaba liado con Ana.

Jorge dio un paso más.

—¿Sugieres que Ana estaba involucrada en el tema de los residuos y que colaboró con Darío y Losón y que fue ella quien les advirtió de la rueda de prensa de Tomás?

Mario calló. No podía reconocer una cosa así. Sintió un escalofrío. Él amó a Ana y le resultaba inconcebible.

—Si fuera cierto, la organización sería idiota.

Y él también sería un idiota. Mario Serna, el rey de los idiotas. Y Tomás, Emilia, Rosa Lago y todos los que conocieron a Ana y la adoraron. El mundo estaba plagado de idiotas.

Esteban anotó algo en su agenda y la cerró inmediatamente.

—Me ocuparé de ello.

Mario quiso saber algo más.

—Durante todo este tiempo, desde que cayó Benedetto, ¿ha habido más detenciones?

—No, ninguna.

Resultaba difícil de creer. Esteban, amigable, le palmeó la espalda.

—¿Quieres continuar?

Mario asintió.

—Con Alicia.

Esteban y Jorge intercambiaron una mirada y asintieron al unísono.

—De acuerdo.

Una vez en la calle se detuvo para encender un cigarrillo y levantó la vista al cielo. Supo que estaba buscando las golondrinas de las que Alicia le había hablado. Era noche cerrada y las brumas cubrían la ciudad como una telaraña sucia. Era imposible distinguir siquiera el vuelo de las palomas, esas aves que pululaban por el cielo urbano como ratas y depredaban sobras y desperdicios. Los aleros de los tejados estaban vacíos y comprendió que las golondrinas no habían llegado todavía y que probablemente no llegarían.

Al pasar junto al garaje donde reparaba su moto le sorprendió el brillo de unas luces de neón. Provenían de una charcutería del barrio, pero en lugar del expositor de jamones y longanizas topó con una puerta opaca vigilada por un muchacho fornido, con la cara avejentada, que se sentaba en una silla plegable y bostezaba aburrido. El rótulo rezaba COSMOS. Se quedó en pie, asombrado por ese cambio que había sucedido mientras él estaba fuera. Un grupo de jóvenes le sortearon y se colaron puertas adentro, con la chupa al hombro. Los siguió. Una vez dentro del local le invadió el aroma dulzón del tabaco y el alcohol y el sonido amortiguado de la música. Los jóvenes gritaban en una lengua que no era la suya, o eso le pareció en el primer momento. Algunos, los que más, iban de pastillas hasta el culo. Otros se acodaban solitarios en la barra y contemplaban el ir y venir de los visitantes con una estudiada dejadez. La misma que él había practicado durante tantas y tantas noches. Supo leer su vacío, su afectada frivolidad encubriendo su desamparo. Se asían al vaso como único compañero para pasear a través de las horas y los minutos y los segundos de una vida convencional, barata, fácil en apariencia pero tremendamente hueca. Escuchó las conversaciones banales, las frases tópicas, contempló a las muchachas teñidas, como Lena, y escuchó sus risas estridentes. Se preguntó qué los preocupaba. Qué esperaban de sus vidas. Cómo encajaban en ese mundo esquizofrénico gobernado por la mentira y la simulación —en el que vivían a su pesar—, girando con él en sus solsticios y sus equinoccios, cabeza arriba, cabeza abajo, sin ideas, sin quimeras, sin sueños, ignorantes de las constelaciones y del sufrimiento humano.

La camarera se dirigió coquetamente hacia él para preguntarle qué tomaría, pero Mario dio media vuelta y desapareció.

Era un extranjero en su propia ciudad.

CAPÍTULO 27

El silencio de Mario me dolía más que las acusaciones de Jorge y Esteban. Mario había desaparecido, pero yo recibía llamadas en casa y oía la respiración de un hombre —al otro lado del hilo telefónico— que colgaba tan pronto como me impacientaba y le pedía que se identificase. No podía ser Mario, no era su estilo, pero... ¿quién era Mario en realidad? Me lancé a sus brazos a ciegas y creí que mi mano entre la suya bastaba para arrinconar mi soledad. Un espejismo.

No quería volver a sentir vergüenza por mi debilidad y me prometí que no caería de nuevo en el error de llamar a su puerta. Sin embargo sabía que debía hacer algo para recuperar su confianza, la de la organización, la mía propia. Me acordé de Pomés y de su extraña reacción en la cárcel cuando le visité para comunicarle que Tomás estaba muerto. Le pedí la forma de entrar en su casa para destruir la información que pudiera comprometer a las McLoppainer. Supongo que me acordé de Pomés porque hurgué en mis recuerdos para hallar una salida por donde escabullirme. La expresión desencajada de Pomés y su llanto sincero me visitaron en sueños, premonitoriamente. Pomés lloró como un niño cuando le dije que Tomás había muerto, no podía dejar de llorar. No pensé más en ello, nunca evoqué esa escena y la borré de mi memoria junto a todos los recuerdos tristes de aquel día. Y sin embargo había algo muy extraño en aquel llanto inconsolable de Pomés. Yo, a pesar de haber presenciado la muerte de Tomás, no pude derramar una lágrima hasta mucho más tarde. Me lo impidió el estupor, el miedo, la incredulidad. No asimilé todo lo que había sucedido hasta que me abandoné y dejé de pensar. Entonces me invadió la pena.

Pomás sabía algo más, Pomés intuía que Tomás estaba en peligro, Pomés había barajado esa posibilidad porque en ningún momento manifestó su sorpresa ni se negó a creer lo que yo le decía ni me hizo tan siquiera ninguna pregunta. A Pomés no le cogió desprevenido la noticia. Tenía las lágrimas preparadas.

Le pedí que me mirase a los ojos, pero no me escuchaba. Jugueteaba con el asa de mi bolso sin verlo. Pregunté a la enfermera si le habían suministrado un calmante. La enfermera movió la cabeza afirmativamente y me indicó con la mano que insistiese, como si Pomés se tratase de un niño pequeño empeñado en hacerse el sordo.

Estábamos en el jardín y sólo disponía de media hora antes de que Pomés regresase a su rutina de interno psiquiátrico. Había dado con el hospital rastreando

pacientemente en las listas de los centros de la provincia. Había conseguido, con una argucia, que me permitiesen visitarlo sin la autorización paterna y no estaba dispuesta a malgastar todos mis esfuerzos sólo porque Pomés se hiciese pasar por tonto. No era tonto. Tal vez estuviese drogado o adormilado, pero no era ningún idiota. Me jugué el todo por el todo.

—Tomás te quería. Te quería a ti y a tu gata *Gilda*, me lo había dicho muchas veces. Me hablaba de ti como si fueses su hijo y creo que... sí, estoy segura de que le hubiera hecho ilusión tener un hijo como tú.

Su pupila se detuvo unos segundos en mi rostro y en seguida reemprendió su viaje disperso. Estaba segura de que había captado su atención.

—Había cumplido cuarenta y seis años. ¿Te acuerdas? Era un refunfuñón y no le gustaba ser tan viejo. Por eso no quiso celebrarlo.

Pomás abrió mi bolso y volvió a cerrarlo de inmediato.

—¿Tienes un cigarrillo?

Tuve que disculparme.

—Lo siento, no fumo. ¿Quieres que vaya a buscarte uno?

No me respondió. Movi6 la cabeza negativamente y dejó de prestar atención. Pero ese impulso de necesitar un cigarrillo me animó a continuar. Posiblemente había sentido excitación, una excitación que necesitaba aplacar con un cigarrillo, aunque ya no fumase.

—Tomás quería pleitear por tu caso y sacarte de la cárcel. Me lo dijo en más de una ocasión. Pero antes debía acabar de recoger esos datos sobre la fundación y sobre Laboratorios Losón. No quería comprometerte.

Pomás saltó.

—No es cierto.

Estaba nervioso e hizo el gesto de levantarse, pero le cogí la mano. La tenía helada.

—¿No es cierto?

Se desasíó de mi contacto y se metió ambas manos en los bolsillos. Bajó la mirada y se negó a responder.

—Tú sabías que podían matarlo. Lo sabías.

Pomás movió los pies golpeando la hierba con los talones rítmicamente, amparándose en ese tamborileo pertinaz, huyendo de las palabras.

—¿Por qué no le avisaste?

Se tapó los oídos y continuó golpeando con más fuerza. Temí que la enfermera me reprendiese por inquietarlo.

—Fue Ana quien le denunció. Tú sabías que Ana no era su amiga y en cambio no le avisaste. Te portaste muy mal. Tomás te quería.

—¡No! ¡No me quería! ¡Tomás no me quería! ¡Me prometió que me sacaría pero no lo hizo!

Pomás había gritado. Por suerte, la enfermera se había dirigido al otro extremo

del jardín a atender a una interna y estábamos solos.

—Claro que lo hubiera hecho. Tomás no abandonaba a sus amigos, pero lo mataron. —Tomé aire—. Y tú tuviste la culpa.

—¡Yo no les pedí que lo matasen! ¡Me dijeron que no le harían nada, que no le pasaría nada, que solamente le asustarían y que Tomás volvería a casa y yo saldría de la cárcel!

Fui yo quien me quedé repentinamente muda. No comprendía lo que estaba diciendo. No comprendía a quién se refería con ese plural ambiguo, todopoderoso, de seres que prometen y tienen el poder de sacar a un muchacho de la cárcel y de matar a Tomás.

—¿Hablaste con ellos?

No contestó y miré la hora. Me quedaban unos pocos minutos y estaba tan nerviosa o más que Pomés. Comenzaba a ligar cabos, a intuir por dónde habían ido los tiros.

—Les telefoneaste. Sabemos que tú les telefoneaste y les dijiste dónde y cuándo haría Tomás su rueda de prensa. Sabemos que ellos lo mataron.

No negó mi afirmación y sentí cómo la sangre me abandonaba y me sobrevinía un mareo. Estaba en lo cierto. Había sido Pomés quien había dado el chivatazo. El pequeño Pomés, el huérfano que Tomás quería como a su propio hijo.

—¿A Darío? ¿Hablaste con Darío?

Me temblaba la voz. No sé si llegó a escucharme porque mis propias palabras me sonaron lejanas.

—Saavedra.

Respiré hondo.

—¿Y Ana? ¿También lo sabía?

Pomás se tapó la cara con las manos. No sé si en aquellos momentos sus pupilas dibujaban la silueta de la sonrisa de Tomás o vagaban desconcertadas entre las líneas de su destino que tenía impreso en las palmas de sus manos desde que naciera. No me importaba y tampoco quería saber los motivos de su ruindad. Se me había revuelto el estómago. Sentí asco, me levanté precipitadamente y lo abandoné, con su locura acomodaticia y sus tranquilizantes que nunca podrían llegar a sanar su conciencia.

Pomás debió de temer que Tomás se olvidara de él, de su condena, y se lanzara a la guerra abierta contra Losón. Prefirió sacar partido de todo ello y venderse al mejor postor. Ellos le habían sacado de la cárcel, pero su destino en esa institución psiquiátrica no era mucho más halagüeño que el que le deparaban los años de condena entre rejas. Pomés sería siempre prisionero de él mismo, estuviese donde estuviese.

Le pregunté a Sergio si le gustaría volar en un avión. Subirnos los dos, él y yo, a un avión y surcar los aires hasta llegar a una tierra donde aún quedasen flores.

Viajaríamos hacia el sur, lejos, muy lejos, y llegaríamos a tiempo de recibir las golondrinas. Viviríamos en una casa con aleros en los tejados y a finales de invierno dejaríamos migas de pan en las ventanas para que las primeras golondrinas se detuviesen a comer, se enamorasen de nuestro tejado y se decidiesen a anidar en él. Sergio, muy práctico, me preguntó si podríamos llevarnos a *Gilda*. Le expliqué que los gatos viajan metidos en cestos y que no habría ningún inconveniente. Durante el resto del trayecto caminé abstraído y silencioso y creí que se había olvidado de nuestra charla, pero al llegar al portal de casa se detuvo, me miró sonriente y me dijo que sí, que de acuerdo, que le parecía una buena idea. Lo abracé muy fuerte y me lo comí a besos hasta que me pidió que lo dejase en paz. Le daba vergüenza que nos vieran, pero yo no sentía ninguna vergüenza por quererlo y demostrarlo ante el mundo entero. Hacía poco le habían ofrecido a Serra el puesto de corresponsal en Panamá y no se lo había pensado dos veces. Se rumoreaba que habría más vacantes en Sudamérica. ¿Por qué no? No era tan descabellado. Pocas cosas me retenían en mi ciudad y todavía sentía una vaga ilusión por conocer el sur y viajar. No quería lamentarme eternamente por ese viaje imposible y esta vez Darío no podía impedírmelo.

Mario estaba sentado ante mi puerta. No me dijo cuánto tiempo llevaba allí ni se disculpó por su aparición imprevista. En cuanto nos vio se puso en pie sacudiéndose los vaqueros, se acercó a nosotros, me besó en la mejilla y alborotó los cabellos de Sergio preguntándole su nombre. Afortunadamente, el rellano estaba oscuro y las luces no funcionaban. Estoy segura de que enrojecí hasta la raíz de mis cabellos. No supe qué decir y opté por sacar la llave del bolso, hurgando entre los montones de estupideces que trasteaba inútilmente y que jamás necesitaba pero que siempre eran un engorro a la hora de encontrar algo. Me pareció que tardaba años en tantear las llaves y abrir la puerta. Procuré respirar acompasadamente para recuperar el pulso y agradecer la penumbra que hizo más piadoso mi apuro.

Le ofrecí la butaca de la pequeña sala que hacía las veces de todo y le pregunté si quería tomar algo. Me pidió una cerveza y se la serví junto a la merienda de Sergio. Sergio se sentó en el suelo, con sus juguetes, y se olvidó de nosotros. A pesar de que no podía entendernos, su presencia era un pequeño estorbo. Mario y yo nos sentamos cara a cara en silencio. Los silencios me incomodaban y acababan por ponerme nerviosa. Siempre era la primera en romperlos, por eso metía tanto la pata. Hablaba por hablar, por no tener que escuchar el silencio, y por eso admiraba a los que capeaban los silencios con elegancia. Quise hablarle de mi visita a Pomés y me quemaba en la lengua la curiosidad por sus llamadas telefónicas, pero callé y me levanté para poner música. La música aliviaría el vacío del silencio. Era su turno. Yo ya había protagonizado mi escena al aparecer en su casa y había pasado mi mal trago. Era su turno. Le tocaba a él romper el silencio y explicarse. No quise hacer

suposiciones ni dejar volar la imaginación, pero sentía su presencia muy cerca y de nuevo me flaqueaban las piernas. Al pasar junto a él me llegó denso, inconfundible, el olor que había impregnado mi piel durante aquella noche interminable, pero fingí no sentir nada, no alterarme por nada. Y sin embargo estaba segura de que se me notaba. Me gustaba demasiado, me gustaba la imperfección de su rostro anguloso y de sus brazos nervudos y sus piernas largas, y su cicatriz en la rodilla que besé al descubrirla escondida entre el vello negro. Me confesó que era una antigua herida que se hizo de niño con la bicicleta y me enterneció saber que había sido un niño. Así de estúpido, pero todo en Mario me parecía atractivo y me fascinaba la forma en que cruzaba despreocupadamente las piernas y cómo encendía sus cigarrillos y, a hurtadillas, veía su mano sosteniendo el vaso de cerveza y me estremecía al sentir todavía la fuerza de su mano cerrándose sobre mi carne, acariciando mis pechos, mis nalgas. Tenía miedo de volver a sentir el desgarró de su ausencia e intuía que si su mano rozaba mi piel no tendría el valor de ahuyentarla. Evité mirarle a los ojos y me senté de nuevo, amparada por la melodía.

—Jorge y Esteban quieren disculparse contigo y te agradecen tus informaciones.

Sentí un pequeño alivio y una gran decepción. Me aliviaba saber que esas sospechas infundadas sobre mi deslealtad habían desaparecido, pero me decepcioné por los motivos que le habían inducido a llamar a mi puerta.

—Gracias.

Jorge y Esteban no habían cambiado de opinión espontáneamente. Por fuerza Mario debía haberlos convencido.

—Les pedí que trabajásemos juntos. En realidad he venido por eso. Si tú quieres, naturalmente.

Su ofrecimiento era hasta cierto punto vulgar. Trabajar juntos como unos investigadores privados de una serie televisiva. «Creo que formamos un buen equipo.» A pesar de todo querría haberle dicho que sí, pero me abstuve. Callar también daba buenos resultados.

—Estos últimos días me he movido bastante y no he querido verte hasta tener algún resultado.

No había querido verme hasta tener algún resultado. Me dolió.

—Yo también he hecho algunas averiguaciones sobre Pomés.

—Estupendo. Me lo cuentas luego.

Mario se puso en pie con rapidez, vació sus bolsillos de papeles y los dejó amontonados sobre la mesa. Acercó una silla y me indicó que me sentase. Eran fotocopias de documentos.

—Me he pasado la tarde en las oficinas de la fundación.

—¿Has estado solo?

—Loles me ha dejado las llaves. Me la gané explicándole durante dos días mi estancia en el campo de Ouarz. Le mostré una lista de encargos de Nardim y le rogué que no le dijese nada a Darío. La convencí de que se trataba de una labor

humanitaria.

No pude por menos que sonreír. Loles había caído víctima de los encantos de Mario.

—Y cuando la tuviste en el bote te lanzaste sobre los ordenadores.

Mario rió abiertamente.

—Mejor todavía. No te lo vas a creer.

Me tenía intrigada.

—¿Qué?

—Loles estaba muy cabreada con Darío porque hará cosa de un par de meses contrató a un informático para que reordenase toda la información de las bases de datos complicándole la vida con claves, números secretos y accesos prohibidos. Loles, sin que Darío lo supiera, le pidió al informático que imprimiese todos los archivos porque ella no estaba dispuesta a jueguecitos nuevos. De forma que Loles tiene un magnífico archivo en papel sencillísimo de leer y copiar. Por cierto, la fotocopidora de la fundación funciona de maravilla.

Yo ya sabía el motivo de esa reacción de Darío. Darío supuso que los documentos que le presenté los habían conseguido a través de la red y por ello creyó que protegiendo el acceso informático los datos estarían a salvo.

—O sea, que Loles te lo puso en bandeja.

Mario le mostró un papel.

—La cuenta de Darío en Suiza. Ni al más idiota se le ocurriría imprimir ese dato. Pero Loles es radical. O todo o nada.

Sergio nos interrumpió muy disgustado y dejó caer dos piezas de las construcciones sobre la mesa. Ya me extrañaba que hubiese estado tanto rato absorto en sus juegos sin molestar.

—¡No puedo juntarlas!

Le pasaba a menudo, se empeñaba en encajar piezas imposibles y cogía unos enfados morrocotudos. Intenté unirlos pero, evidentemente, no pude.

—Sergio, no funcionan, son de juegos diferentes.

—¡No!

Si se ponía tonto estábamos listos. Mario me cogió las piezas de la mano y se levantó.

—Oye, deja a mamá, que tiene que leer unos papeles. Le he puesto deberes y hasta que no los acabe no la dejaremos jugar. ¿De acuerdo?

Se sentó junto a Sergio en el suelo y revisó el montón de piezas que había desparramado sobre la alfombra. Alzó una de ellas y exclamó.

—¡Mira! ¿Te has fijado? Con ésta sí que se puede hacer una buena hélice.

Sergio quedó absolutamente desconcertado, como yo.

—¿Una hélice?

—Para un avión. ¿Cómo vas a construir un avión sin hélice? En cuanto despegase se pegaba una torta.

Sergio se quedó pensando.

—Es que yo no quería construir un avión.

Mario se puso serio.

—¿Cómo que no? ¿Me estás diciendo que nunca has construido un avión?

Sergio calló avergonzado y yo seguí el juego a Mario. Intervine para hacerlo rabiar.

—Mario, no ves que Sergio es muy pequeño y todavía no sabe construir aviones.

—No es verdad —saltó inmediatamente—. No soy pequeño, ya tengo cuatro años y sí que sé construir aviones.

Mario cruzó los brazos como si se hubiese enojado.

—¿En qué quedamos? Entonces me has engañado.

Sergio meditó sin acabar de llegar a la conclusión de que en efecto nos había engañado. Lo resolvió riendo y encogiéndose de hombros. Mario volvió a la carga.

—Pues nada, me enseñas.

Sergio entendió que de alguna forma Mario le estaba tomando el pelo y protestó riendo.

—Pero si no sé...

—Vale, vale, pues lo intentamos. A ver, ¿de qué color lo quieres?

Sergio me pidió ayuda.

—Mamá, ¿de qué color es ese avión que cogeremos tú y yo?

Callé porque Mario me indicó con la mano que leyese los papeles, dándome a entender que Sergio era cosa suya.

—O sea, que tú y tu mamá os iréis de vacaciones con un avión. Yo creo que será azul, verde y rojo.

Sergio, como todos los niños, no soportaba los errores y se sintió en la obligación de rectificar.

—No nos iremos de vacaciones. Nos iremos de viaje muy lejos y nos quedaremos a vivir allí.

Mario se sorprendió.

—¿Dónde?

Sergio se levantó como un torbellino y desapareció hacia su habitación. Yo fingí que leía los papeles y le oí regresar, sentarse junto a Mario y exclamar orgulloso:

—Aquí.

Le estaba mostrando su libro de cuentos. Exactamente la página donde estaba ilustrada la primavera con sus flores y sus golondrinas. Sentí que me ardía la garganta, un escozor suave, blando, un nudo que podía desatarse en cualquier momento. Me emocioné y evité mirarlos. Los oía lejanos, como si sus voces estuviesen grabadas en una cinta y accionando un botón me remitiesen a la dulzura, a los cuentos que me gustaba escuchar de niña arrebujada entre las sábanas.

—Es un sitio precioso, pero supongo que tendréis una casa.

Oí el rumor de las páginas al girar.

—Como ésta. Una casa con un tejado para que vivan las golondrinas, y nos llevaremos a *Gilda* en una cesta para que no se escape.

—Y para que no se coma a las golondrinas, claro.

Hubo un silencio. Mario lo había fastidiado todo, pero Sergio tenía su pequeño mundo muy ordenado.

—Los gatos no comen golondrinas, comen comida de gatos.

Mario rectificó a tiempo:

—Tienes razón, qué tonto soy. Y bien. ¿Me ayudas a hacer el avión o no?

Los oí revolver y gatear y sus exclamaciones ya no me interrumpieron más. Leí todos los documentos, clasificándolos en función de su interés, hasta que me detuve en uno de ellos. Se consignaba la salida de ayuda humanitaria a Ouarz el día 12 de junio. Faltaba apenas un mes para esa fecha. Darío era un temerario o subestimó las informaciones que yo le pasé. O quizás creyó que realmente nadie más las conocía. O pensó que ésa sería su última tarea y decidió no cancelar sus compromisos.

Las McLoppainer actuarían informando a la prensa y a la justicia. Tal vez solicitasen la colaboración de algún personaje público. En cualquier caso, el escándalo estaba servido. Todo estaba atado y bien atado. Darío había sido excesivamente cauto y estaba con la mierda hasta el cuello. No me compadecí de él. Siempre me había preguntado si había estado enamorada y ahora sabía que no, que jamás lo estuve, que jamás sentí la locura, que jamás me abandoné en sus brazos, que jamás me emborrachó como un vaso de vino en ayunas. Darío me coaccionaba, me convencía, me insistía, pero no me enamoraba, quizás fue por eso que ni tan sólo me di cuenta de que estaba metiéndose en la cama con otra mujer, con esa Ana a quien odiaba sin conocerla y a quien envidiaba porque poseía algo que yo ignoraba.

Depositaron un avión sobre la mesa. Era un avión tosco, muy ingenuo, pero tenía alas, cola y hélice. Sergio estaba rojo de la emoción y miraba a Mario como a un compinche. Lo cogí y lo manipulé.

—¡Qué preciosidad!

Sergio miró a Mario de reojo y Mario asintió. Estaban conjurados.

—Es un regalo para ti.

Hice lo que siempre hacía cuando Sergio se mostraba generoso. Le di un beso muy fuerte.

—Muchísimas gracias, es el regalo más bonito que me han hecho nunca.

—Es de los dos. También le tienes que dar un beso a él.

Sergio me señaló a Mario y Mario se agachó sobre la mesa para que le besase en la mejilla.

—Muchísimas gracias, Mario, me ha gustado mucho vuestro regalo.

Sergio era completamente feliz y creo que yo también. Me levanté y tomé a Sergio de la mano.

—Es la hora del baño. Despidete de Mario.

Sergio se negó.

—Quiero que se quede a cenar con nosotros.

Yo también lo quería, pero nunca hubiese tenido el atrevimiento de decirlo. Sonreí a Mario y asintió.

—Con la condición de que me dejéis hacer una tortilla. Hago unas tortillas buenísimas.

Regresé al cabo de unos minutos y me reuní con Mario. Había dejado a Sergio chapoteando en la bañera con sus barcos y sus delfines y me sentía muy cómoda. Era como si Mario hubiese vivido con nosotros toda la vida. No me importaba que se metiese en la cocina, que me ayudase a fregar los cacharros, ni que jugase con Sergio. Me senté junto a Mario con la familiaridad de los que se sientan a diario el uno junto al otro. Estaba suspendida en una bonita burbuja de jabón y en cualquier momento podría desvanecerse.

—Se te dan muy bien los niños y los aviones.

No era habitual que mis amigos se entendiesen con Sergio. Mario encendió un cigarrillo.

—¿Piensas marcharte?

Me cogió desprevenida. No pensé que hiciese caso de las fantasías del niño.

—Tal vez. Había pensado pedir una corresponsalía en Sudamérica.

Mario me miró a los ojos.

—¿Por qué?

No bajé la mirada.

—Querría empezar de nuevo. Cuando explote el escándalo de Darío se me hará todo muy difícil.

Mario calló.

—Y no hay nada que te retenga aquí.

Se me quebró la voz al responderle.

—Tú lo has dicho.

Pareció que deseaba rectificar, pero cambió de opinión y comenzó a revolver los papeles que había sobre la mesa.

—Será mejor que trabajemos un rato antes de la cena.

Le expliqué mi visita a Pomés más tarde, en la cocina, batiendo los huevos para las tortillas. Mario no podía creerlo y me pidió que lo repitiera. Al entender que decía la verdad frunció el entrecejo y golpeó el mármol con los nudillos.

—¡Maldito cabrón!

—Cálmate.

—Tomás hubiera dado la vida por ese cabrón.

A mí también me sublevaba la mezquindad de Pomés. De repente, Mario mudó la expresión.

—¿Y Ana?

Lo preguntó con un hilillo de voz. Las arrugas de su frente se perlaron de pequeñas gotas de sudor. Le había invadido repentinamente la angustia.

—¿Ana?

—¿Qué te dijo Pomés sobre Ana? ¿Estaba implicada? ¿Trabajaba con Saavedra? Me ofendió su interés por Ana.

—No me dijo nada.

—No me engañes. Si sabes algo de Ana, dímelo.

Le respondí con sequedad:

—Lo siento.

La mirada de Mario se ensombreció y dejó de verme. Yo ya no estaba ante él con un tenedor batiendo un huevo. Mario miraba a través de mí, como si yo no existiese, y su mirada viajaba hacia el pasado, remontando el tiempo. Mario se hallaba lejos, muy lejos, como la mañana en que me presenté en su apartamento y nombré a Ana.

La cena fue un momento opaco. Ana y Pomés compartieron nuestra tortilla y nos indigestaron la cena. Ni siquiera Sergio, con sus carantoñas y meteduras de pata, consiguió hacernos sonreír.

Mientras metía a Sergio en la cama y le contaba su cuento lamentaba la iniciativa de haber invitado a Mario a cenar. Había sido un error. Mario se despediría en cualquier momento y yo no le rogaría que se quedase. Nos habíamos comportado como dos viejos amigos, pero esa ficticia cordialidad era tan falsa como mentirosa. Callábamos todo lo que no nos atrevíamos a expresar. Me confundí. Mario no había venido a verme para declararme su amor. Mario quería desvincularse de lo que había ocurrido y no sabía cómo. Posiblemente no encontrara las palabras que, sin herirme, me hicieran comprender que yo no significaba nada para él. No sabía cómo decirme que nuestros besos y nuestros abrazos fueron vulgares, un revolcón de circunstancias, un polvo como cualquier otro. Ninguno de los dos nos atrevíamos a romper el hielo. Mario se marcharía con su silencio a rastras y unas horas después recibiría su llamada telefónica y me sumiría en el desconcierto.

Nos sentamos en las butacas y nos servimos una copa de coñac. Habitualmente no bebía, pero en aquellos momentos me apetecía tomar un trago de alcohol para armarme de valor y exclamar que era muy tarde y pedirle que se marchara. Mario no parecía que tuviese ninguna intención de irse, ni de hablar, ni de acercarse a mí. Sin la presencia de Sergio no valía la pena continuar interpretando y prolongar por más tiempo la farsa de la camaradería.

El teléfono sonó, me levanté a cogerlo y oí la respiración al otro lado del hilo. Me quedé quieta, muy quieta, mirando a Mario, sin comprender quién podía ser ese hombre que yo había confundido con Mario y que ahora descubría que no era Mario. Colgué en silencio, sin preguntar nada, y me bebí el resto del coñac de un trago.

—¿Qué ocurre?

—Recibo llamadas anónimas desde hace más de una semana. No hablan, no me amenazan ni me dicen nada, simplemente me asustan.

Mario se puso tenso.

—¿Y no tienes idea de quién puede ser?

Gracias al coñac dije lo que pensaba.

—Creía que eras tú.

Mario dejó la copa sobre la mesita.

—¿Yo? ¿Creíste que yo te telefoneaba sin decirte nada? ¿Por qué tenía que hacer algo así?

Entrelacé las manos, nerviosa.

—¡Y yo qué sé!

—Sí que lo sabes. Si no, no lo hubieras pensado.

Me serví más coñac.

—¿Qué quieres de mí?

Estaba tan cabreado como yo. Lo noté.

—Nada. No quiero nada.

Me levanté. Necesitaba una respuesta así para tomar una decisión drástica y actuar. Cogí su cazadora y se la ofrecí.

—Vete, por favor, es muy tarde y mañana tengo que madrugar.

Se quedó sorprendido, pero se puso en pie y aceptó la cazadora. Le alargué el casco y abrí la puerta. Se detuvo indeciso antes de franquearla.

—¿No te da miedo quedarte sola?

Tomé aire y mentí.

—No.

Volvió a detenerse.

—Me puedo quedar esta noche, no me espera nadie.

Me pudo la impulsividad.

—No hace falta, gracias.

Se inclinó para besarme y le ofrecí la mejilla, pero sentí la presión de su mano en mi nuca y sus labios sobre los míos. Di un paso atrás y rechacé su beso. No sé por qué lo hice, pero me arrepentí de inmediato. Mario dio media vuelta y comenzó a bajar la escalera. Me quedé crispada sujetándome al pomo de la puerta y sufrí un vahído. Se me nubló la vista y al comprender que se estaba alejando, que se iría sin remedio, grité sin darme cuenta:

—¡Espera!

Mario se detuvo.

—Quédate.

Subió de un salto los pocos peldaños que lo separaban de mí y nos fundimos en un abrazo desesperado. Sentí sus labios calientes besando mis ojos, mi nariz, mi boca. La caricia de su mano en mi cabello bajando hacia la nuca. Tuve deseos de llorar, pero las lágrimas no llegaron a brotar y en su lugar me invadió una felicidad tan intensa que me remitió a la locura. Estaba locamente enamorada.

CAPÍTULO 28

A Mario le hubiera gustado conocer a Benedetto. La prensa volvía a hablar de él y alternaba los titulares del juicio con los estragos del Niño en las costas del Pacífico. Se hablaba de huracanes que arrancaban las palmeras de cuajo y de tifones calientes que sorbían veleros como si fueran helados de nata. Benedetto y sus palabras imprimían un hálito de serenidad a esas portadas catastrofistas dictadas por el viento y el mar. Alicia le explicó que lo había conocido personalmente y que comió pan con mortadela sentada junto a él en la celda de su prisión de la Toscana. Si entornaba los ojos podía oler el aroma de la retama y el hinojo y ver la mano de Benedetto sosteniendo el carboncillo con el que dibujó ese retrato amarillento de una muchacha de grandes ojos claros y cabellos ensortijados. Alicia lo tenía colgado en su habitación y Mario se enamoró de él en cuanto lo vio.

Mario dormía en la cama de Alicia, una cama grande, cálida, hospitalaria. Una cama refugio que acogía también a una gata y a un niño. *Gilda*, de regreso de sus correrías nocturnas, solía saltar sobre la colcha y hacerse un ovillo a sus pies. Sergio, de madrugada, se colaba entre los dos y se arrebujaba junto a su madre pidiéndole que lo abrazase. Mario nunca se había acostado con tantos seres peculiares y nunca había tenido amaneceres tan ajetreados como los que se vivían en casa de Alicia. Acabó por acostumbrarse a los ronroneos de la gata, a las patadas del niño, a los babélicos desayunos en la pequeña cocina. Se familiarizó con ese bullicio hogareño —que al principio le pareció poco menos que caótico—, llegando a considerarlo entrañable.

Se había quedado con Alicia sin proponérselo. Sucedió espontáneamente, como su abrazo en el cine, y ni siquiera se planteó que estaba viviendo con ella. Simplemente acudía cada tarde al piso de ella cargado de bolsas para la cena porque sus pies tomaban esa dirección y no otra. Poco a poco fue trasladando su ropa y sus enseres personales al armario de Alicia. Prefería dormir envuelto en su perfume de jazmín y evitar así regresar a su cama solitaria donde le esperaba el fantasma de Ana. Junto a Alicia no tenía pesadillas, abrazado al cuerpo de Alicia no lo atormentaban las dudas ni las inquietudes. No se preguntó si estaba enamorado. No quería pensar en nada y no se sentía obligado puesto que ella tampoco preguntaba. Podía besarla y compartir su cena cada noche sin tener que dar explicaciones. Alicia estaba ahí y tenía la piel suave, la boca húmeda y la risa fácil. Por las mañanas abría las ventanas de par en par para que entrase el sol desleído y oteaba el horizonte desde el balconcillo de la sala empeñándose en repetir una y otra vez que tarde o temprano

regresarían las golondrinas porque tenía esa intuición y su intuición no le fallaba jamás.

Mario no soñaba. Mario vivía día a día, minuto a minuto, sin prever lo que le depararía la hora siguiente. Por eso se sorprendió ante la inminencia del viaje.

—¿Dublín? ¿Y por qué demonios tengo que entrevistarme con Ángel en Dublín?

Esteban y Jorge se miraron y sonrieron.

—Querrá felicitarte personalmente.

—O condecorarte.

—Menos coña.

Esteban le palmeó la espalda.

—Será la operación más sonada que hayamos preparado. Te aseguro que nadie se librará del banquillo.

El embarque de los residuos tóxicos se realizaría al día siguiente, 12 de junio. En las últimas semanas las McLoppainer habían trabajado día y noche. Los propietarios de la empresa Lugano eran efectivamente Rominger y Saavedra. Darío se había ocultado tras su hombre de confianza, pero las pruebas de su implicación en el asunto a través de la fundación y la existencia de su cuenta en Suiza eran datos más que suficientes para enjuiciarlo. Losón, Rominger, Darío y Saavedra serían detenidos y juzgados.

—¿Así pues, Sampedro ha aceptado?

—Está encantado. No puede creerse que dispongamos de pruebas tan contundentes.

Sampedro, un prestigioso catedrático de Derecho penal que había ocupado el cargo de senador y que optó por dimitir y sumarse a la disidencia desde otros foros públicos, era un hombre próximo a las McLoppainer.

—Me alegro.

Jorge alargó un sobre de fotografías a Mario.

—Esto es lo último que nos ha llegado.

Mario contempló una a una las instantáneas, algunas un tanto borrosas, de panorámicas de los almacenes de Losón. Eran parecidas, el motivo lo constituía un camión, con la matrícula visible, en plena operación de descarga de bidones. Mario silbó.

—¿Cómo lo habéis conseguido?

—Militantes con paciencia. Estuvieron apostados durante todo un mes en las inmediaciones de los almacenes de Losón. Algunos camiones descargaron durante la noche y no pudieron ser fotografiados, pero anotaron sus matrículas.

Mario consultó más documentos.

—¿Sabéis la procedencia de los bidones?

—Hay más de veinte empresas implicadas.

Mario levantó la cabeza.

—Y Sampedro al frente de todo.

—Efectivamente. Será una operación modélica.

Sampedro tenía la envergadura política que requería denunciar un caso semejante. Acudiría junto con la prensa ante el buque mercante y solicitaría una orden judicial para el registro de las bodegas del *West Africa*. Él mismo aportaría la documentación a la policía y presentaría la acusación particular del caso. Una vez iniciado el proceso, Sampedro se encargaría de recabar el apoyo de otras organizaciones no gubernamentales.

—¿Serán acusados de homicidio por las muertes de Ouarz?

—Se pedirá responsabilidad criminal.

Mario tenía una duda.

—¿Y Tomás? ¿A quién se pedirá responsabilidades sobre el asesinato de Tomás?

Jorge suspiró.

—Eso resulta más complicado. No tenemos pruebas, sólo hay sospechas e indicios. Cualquier abogado un poco hábil puede conseguir una sentencia absolutoria.

—¿Se intentará?

Jorge se mordió los labios.

—Sampedro no puede asumir tantas cosas.

Mario lo tuvo claro.

—Yo mismo ejerceré de acusación particular. Era mi amigo.

—La policía querrá pruebas y Pomés se negará a declarar. Es absurdo intentarlo.

Mario calló ante la evidencia. Esteban le entregó un sobre.

—Tu billete, tu reserva de hotel y el teléfono al que deberás llamar una vez llegues. Memorízalo y luego olvídalo.

Mario se atolondró.

—¿Una vez llegue adónde?

—A Dublín. Adónde va a ser.

Mario abrió el sobre y leyó la fecha.

—Es para mañana.

—Sí, claro.

Mario lo devolvió enfurruñado.

—Quiero estar aquí cuando se descarguen los bidones y detengan a Darío.

Jorge negó.

—Imposible. Ninguno de nosotros estará presente.

—¿Por qué?

—Medidas de seguridad.

—¿Y qué coño tengo que hablar con Ángel en Dublín? Acabo de llegar y no sé nada.

Esteban le ofreció un cigarrillo.

—Hicimos lo que nos pediste. Indagamos sobre Ana Vila.

Mario seguía sin entender.

—La respuesta es ésta. —Le señaló el sobre—. Ángel quiere verse contigo para

tratar sobre Ana.

Mario se cabreó.

—¡Yo no sé dónde está!

—Ángel sí. La tienen controlada y, dado tu interés, quiere responder a tus preguntas y cotejarlas con tu información.

Mario dio una última calada a la colilla y se guardó el sobre en el bolsillo de la cazadora.

—¿Estáis seguros de que saben dónde está Ana?

Jorge asintió.

—¿Y qué podéis decirme sobre Ángel?

Jorge se encogió de hombros.

—Es un tipo discreto y eficaz. No quiere competir con la aureola de liderazgo que pertenece por derecho propio a Benedetto.

Mario sacó sus conclusiones.

—Un técnico.

—Digamos que un histórico de segunda fila. Estaba en la cúpula y nadie supo de él hasta que fue elegido como sustituto de Benedetto. Nosotros no lo conocemos personalmente.

—Un hombre discreto.

Hacía tan sólo unos minutos que había introducido el sobre en su bolsillo y le pareció que aunque quisiera ya no podría liberarse de él. Era una trampa. Desde el momento en que lo aceptó y lo guardó se convirtió en su prisionero. Estaba encerrado en el interior de ese sobre que escondía el misterio de la desaparición de Ana. El pasado, el tiempo que compartió con Ana, irrumpió en su presente y le llenó de confusión. Se sintió presa de un sortilegio, del sortilegio de Ana. Acosado por la misma inquietud que le sobrevino cuando escuchó su mensaje en el contestador. Su voz fue el aliento que le empujó a viajar para reunirse con ella. No había vuelto a escuchar su voz desde que conoció a Alicia. Ana le llamaba de nuevo. Ana había dejado otro mensaje en su contestador. Ana regresaba desde el recuerdo. La sola evocación de su nombre en boca de Jorge y Esteban, la certeza de que existía y otros sabían de ella, el interés que despertaba en Ángel, el nuevo dirigente de las McLoppainer, le insufló la vida. Ana fue cobrando vida y adentrándose en su pensamiento hasta reinar en su ánimo como le había sucedido tantas y tantas veces. Ana, la dulce hechicera, le tendía las manos y hurgaba en su herida rogándole que no la olvidase.

Tuvo un escalofrío y recordó ese invierno con Ana que no pudo ser. En su lugar había conocido la arena del desierto, el sol ecuatorial cayendo a plomo sobre las minas de hierro refulgentes de luz, la miseria, la pobreza, el sufrimiento y la verdad de su propio mundo construido sobre la desigualdad. No se arrepentía de ello. No se arrepentía de nada de lo que hubiera hecho ni dicho ni abjuraba de ese viaje que emprendió con la obsesión de un beso y selló con un pacto de sangre. Ana le había

empujado a todo ello.

Palpó el sobre en su bolsillo y supo que debía acudir a esa última cita con el fantasma de Ana.

CAPÍTULO 29

No lo esperaba. Penélope esperó a Ulises durante veinte años y siempre me pareció el personaje más estúpido de la literatura universal. Rompería mis amarras, las que me sujetaban al miedo, y emprendería mi propio viaje, el que había estado posponiendo a lo largo de doce años. Ya no estaba asustada, ya no era una niña soñadora. Ya sabía lo que podía ofrecerme la vida y por ello no esperaba grandes cosas. Había aceptado durante demasiado tiempo convivir con la indiferencia y ahora tenía la fuerza del amor. Si me quedaba y esperaba el regreso de Mario para mendigar las migajas de su cariño, volvería a conformarme con nada y me perdería el respeto a mí misma.

Le dije a Sergio que podía escoger dos juguetes. Junto con su peluche favorito me ofreció sin titubear el avión que construyeron Mario y él la tarde en que se conocieron. Se me hizo un nudo en la garganta, pero no lloré. Se me habían acabado las lágrimas y no quería comenzar mi nueva vida sintiéndome prisionera de la nostalgia. Mis días con Mario fueron cortos, pero me acompañarían siempre para recordarme que amándolo a él conseguí amarme a mí misma.

Todo sucedió inesperadamente, con la precipitación con que se urden las tormentas de verano.

Mario se presentó con el semblante oscuro, el mismo que tenía la mañana que llamé a la puerta de su apartamento y nombré a Ana. Me mostró el pasaje de avión para Dublín y me explicó que Ángel quería reunirse con él. Nos interrumpió el teléfono y, al descolgar, escuché esa respiración agitada que me amenazaba invariablemente día tras día. Mostré el auricular a Mario y lo tomó con determinación. Gritó: «¡Maldito cabrón, da la cara de una vez!», y colgó furioso. Me senté intranquila y esperé a que hablase. Había aprendido a callar sin impacientarme. Sabía que Mario deseaba decirme algo y no sabía cómo, pero no le azucé. Se disculpó por marcharse a Dublín y balbuceó excusas asegurándome que volvería. No me pidió que lo esperase ni que lo acompañase y sin embargo se empeñó en repetir que volvería. Me temblaron las piernas. Había rechazado la corresponsalía de Buenos Aires por Mario. Quería estar junto a él... pero era él quien se marchaba, o eso me pareció entender porque lo cierto es que sus palabras sonaban a despedida. Por fin se atrevió a nombrarla y empecé a comprender. No podía negarse a saber sobre Ana. Necesitaba aclarar quién era y hasta qué punto tuvo que ver con la muerte de Tomás. Me pareció un razonamiento tramposo. Mario estaba confundido y en esa obsesión

suya por recomponer las piezas de un rompecabezas imposible se ocultaba el orgullo herido de haber sido engañado. Éramos muy diferentes y nuestros caminos comenzaban a bifurcarse sin remedio. Mario se obcecaba en mirar atrás y yo deseaba alcanzar el futuro y olvidar. Tuve miedo de que no regresase nunca si ese pasado con Ana volvía a hurtarlo de su presente y se lo llevaba consigo.

Podía oler la tormenta que se avecinaba. Al sonar con urgencia el timbre de la puerta tuve la certeza de que las nubes estaban próximas.

Darío, a quien creía en Madrid, apareció frente a mí con el rostro alterado. Me empujó y entró en el piso sin que pudiera impedirselo.

—¿Dónde está? ¿Dónde le escondes?

—¿A quién?

—He venido a dar la cara. ¡Ahora que salga él!

Afortunadamente, Sergio dormía en su habitación y no pudo oír los gritos.

—¿De quién hablas?

—¡De tu amante! ¿Me oyes, Mario? ¡Cobarde!

Darío me empujó y le seguí con el corazón encogido, intentando retenerlo, pero Mario salió a su encuentro y Darío se abalanzó sobre él.

—Os habéis reído de mí. Tú y ella.

Mario le sujetó los brazos sin mucho esfuerzo y Darío pateó inútilmente empeñado en una historia absurda a todas luces.

—Lo teníais todo planeado: tu viaje, la separación... ¿Desde cuándo? ¿Antes de que naciese Sergio quizás?

Me quedé helada. Darío estaba convencido de que Mario era ese amante que yo escondía celosamente, el motivo de mis salidas a deshoras, de mis paseos con el niño y la razón de nuestra separación. Por eso había llamado a mi piso en tantas ocasiones, guardando silencio, confirmando que estaba con Mario, obsesionado, alimentando su odio enfermizo.

Darío escupió a Mario a la cara.

—¡Cobarde de mierda!

Mario soltó a Darío para limpiarse el salivazo y pude observar cómo la vena de su cuello palpitaba anormalmente hinchada.

—¡Pobre imbécil!

Darío, imprudentemente, al sentirse libre se envalentonó.

—¡Te has escondido detrás de las faldas de una mujer todo este tiempo!

Mario apretó la mandíbula y avanzó hacia Darío con determinación. Era evidente que se le había acabado la paciencia o que había decidido no tener más paciencia. Cerró el puño, Darío palideció protegiéndose la cara con el codo y yo grité. Todo ocurrió al unísono y en el último momento el brazo de Mario desvió su trayectoria contra la pared, golpeándola una vez, dos, con saña, hasta hacerse sangre en los nudillos. Se detuvo. Respiraba entrecortadamente.

—¡Hijo de puta! ¿Cómo te atreves a levantarle la voz a nadie?

Avanzó hacia Darío acorralándolo, obligándole a refugiarse contra la puerta de la cocina.

—¡Tú lo mataste! ¡Sé que diste la orden a Saavedra desde la cama del hospital!

Darío quiso retroceder pero la puerta se lo impedía.

—¡Mataste a Tomás con tus propias manos!

Blandió de nuevo su puño ensangrentado.

—¡Eres un asesino!

Mario no me había dicho que lo supiera. No me hizo falta preguntar a Darío. Mario decía la verdad. No podía seguir escuchando y quise marcharme, pero Mario agarró a Darío por la camisa y lo zarandeó como a un muñeco. Estaba cegado por la ira, enloquecido. La cabeza de Darío chocó contra la pared y Mario hubiera continuado de no mediar yo. Me lancé sobre él y le rogué que lo dejara, que no valía la pena, que si lo mataba tampoco devolvería la vida a Tomás. Darío sangraba y tenía los ojos rojos e hinchados, a punto de salirseles de las órbitas.

Mario me empujó a un lado.

—¿Has oído? ¡Alicia te defiende! ¿Le dijiste que te acostabas con Ana?

—No era eso, Mario. Yo no defendía a Darío, te defendía a ti y quería preservar nuestro futuro, nuestro y de nadie más. No podía dejarte que continuases adelante. Tú no eras un asesino ¿Cómo pudiste creer que yo tenía celos de Ana? Fuiste tú quien vivió comido por los celos y no perdonaste a Darío esa afrenta.

No pude hablar. Mario tenía los ojos brillantes y la frente perlada de sudor. Me quedé inmóvil sin atreverme a intervenir mientras oía a Mario acusar a Darío de haberse acostado con Ana.

—¡Te serviste de ella para preservar tu negocio de mierda! ¡Ganabas dinero con la mierda y te lo gastabas con ella para tapparle la boca!

Darío, a pesar del miedo o tal vez azuzado por el miedo, se revolvió gritando:

—¡Nunca me acosté con esa puta!

Mario, desconcertado, aflojó su presa.

—¡Era una puta traidora! ¡Me engañó! ¡Trabajaba para las McLoppainer!

Mario, anonadado, dejó caer los brazos y Darío aprovechó ese momento para zafarse de él y empujarlo. Mario trastabilleó, como si esa revelación de que Ana había utilizado a Darío, y no al revés, lo hubiese abatido.

Me alejé de los dos y repentinamente me sentí fuera de lugar. Era su guerra, su duelo personal. Darío me quería a mí, Mario había querido a Ana y ambos se habían confundido creyéndose equívocamente rivales. Lo único que yo deseaba saber era si Mario continuaba queriendo a Ana.

Nos quedamos los tres en silencio, sobrecogidos por la violencia, por el odio, por el rencor acumulado durante todos esos años. Miré expectante hacia Mario, pero él no me vio. Tenía las pupilas opacas, veladas por la ira. Cogió el sobre que contenía el pasaje de avión a Dublín y abandonó el piso sin decir ni una palabra. Le seguí con la vista y me quedé inmóvil mirando la puerta que se había cerrado él mismo y que nos

separaba para siempre. Oí un gemido y un ruido sordo. Darío había caído al suelo y estaba llorando. Bajó la cabeza, avergonzado.

—Alicia... sin ti nada tiene sentido...

Lo despreciaba. A él y a su amor. Había matado con sus propias manos a Tomás. Probablemente, al día siguiente su fotografía saldría en las portadas de la prensa y los titulares lo acusarían de un delito de corrupción. Probablemente acabaría en la cárcel. Lo compadecí, pero no por su condena. Lo compadecí por quererme porque siempre tendría mi desprecio.

Continué mirando hacia esa puerta cerrada por donde había salido el único hombre a quien yo había amado y, muy quedo, casi en un susurro, pedí a Darío que se marchase.

—Vete, por favor.

Me quedé sola.

Después de la tormenta y la confusión descubrí que estaba serena y que había recuperado mi dignidad. Supe que, si lo deseaba, podría hallar fuerzas para comenzar de nuevo. Dependía simplemente de mi voluntad para olvidar.

CAPÍTULO 30

Asentada a ambas orillas del Liffey, la vieja Dublín, jaranera y bulliciosa como su cerveza Guinness, había sufrido los estragos de las inundaciones. El agua había alcanzado los peldaños de las casas georgianas de Merrion Square, había barrido los patios del Trinity College, inundado los comercios de la populosa Grafton Street y cubierto de lodo los aledaños de los hermosos jardines de Stephens Green. Dublín rezumaba agua y apestaba a cloacas. A pesar del moho que cubría por igual, sin distinciones clasistas, los ladrillos de las miserables viviendas de la periferia y de la vetusta Mansion House —dando fe de la familiaridad del lugar con la lluvia—, nadie recordaba un temporal parecido ni una noche tan dramática como la que acaeció el 12 de junio y que se saldó con el triste balance de treinta y nueve muertos.

El vuelo de Mario fue suspendido en tres ocasiones y el avión no despegó hasta veinte horas más tarde. Una vez llegado a Dublín debió permanecer largo tiempo en el aeropuerto hasta ser trasladado a su hotel por un camión del ejército. Ningún taxi se arriesgaba a emprender la ruta de Drumconora Road, una de las más afectadas por la crecida del río Liffey. Mario, que apenas recordaba el repiqueteo de la lluvia contra las ventanas y el sonido del agua cayendo de los canalones de los tejados sobre el pavimento de las calles, quiso pasear bajo la lluvia para comprar la prensa. Salió del hotel sin gabardina. Olvidó su paraguas a posta y fingió un descuido cuando el conserje le advirtió de que el aguacero continuaba y que no tenía visos de amainar. Regresó con el pelo chorreando y los calcetines empapados y se frotó la cabeza con una toalla seca, tiritando de frío, extrañándose de la humedad y del sonido desapacible del viento del mar de Irlanda. Desde el *hall* del hotel —en Lesson Street— podía escuchar el rugido del viento que arremetía contra la cercana bahía. El conserje le ofreció un cerveza tibia y le explicó que el temporal levantaba olas gigantes que habían arrancado las amarras de los buques faros de Dun Laoghaire y había arrastrado un transbordador a varias millas de la costa. El viento barría con furia los acantilados y en Sandicove había causado graves daños a su preciada torre Martello. Mario no pudo sustraerse a la nostalgia de su juventud a orillas del Cantábrico con sus olas embravecidas y sus nubes preñadas de humedad y salitre. Había soportado demasiado tiempo el sol, la sequía, el polvo y la aridez de la tierra cuarteada sin llegar a habituarse a ello y ahora esa abundancia de agua le llegaba como un inesperado regalo. Sin embargo, los irlandeses no pensaban lo mismo y los editoriales de la prensa nacional versaban machaconamente sobre las catástrofes climáticas que estaban asolando el país en los últimos años y que estaban arruinando

su agricultura y su ganadería. Clamaban por la sensatez de su preciado Goulf Stream y todos coincidían en que o bien había bebido mucha cerveza o se había vuelto completamente loco.

Mario se tendió en la cama de su habitación. La moqueta olía a mantequilla rancia y la colcha conservaba las huellas de los muchos huéspedes que se habían arropado en ella, pero Mario no se fijó en esos detalles. Dejó su mensaje en el número de teléfono que había memorizado antes de partir y esperó pacientemente la llamada que le daría el lugar y la hora de su cita con Ángel. Mientras tanto no tenía otra cosa que hacer que enfrascarse en la lectura de las noticias de su país.

Sergio había heredado los ojos negros de su padre. La foto de Darío que publicaba la prensa, con el desconcierto impreso en el rostro, le recordó la expresión de extrañeza de Sergio cuando le respondió que no iría con ellos a Argentina.

Alicia se presentó inesperadamente en el aeropuerto acompañada por Sergio. Vestía de blanco y tenía el rostro más pálido que de costumbre. Le dijo que no le gustaban las despedidas y que no solía despedir a los amigos, pero inmediatamente rectificó y precisó que no se trataba de una despedida sino de un adiós. No le dio tiempo a pensar. Alicia fue muy rápida, demasiado rápida, y antes de que Mario se repusiese de la sorpresa ya había desaparecido. Le explicó que había aceptado la corresponsalía de Buenos Aires y que pensaba trasladarse con Sergio para evitarle problemas por la detención de su padre. Marcharía en seguida, una semana a lo sumo. Necesitaba un poco de tranquilidad, antes de incorporarse al nuevo trabajo, para encontrar una vivienda y una escuela para el niño. No intentó disuadirla ni le pidió que recapacitase. Alicia no le dejó opción. Lo besó tiernamente, le susurró que le quería y se fue. Mario se quedó y ella se fue. Durante esas veinte horas de espera, que le impidieron moverse de la sala de pasajeros, conservó el aroma de jazmín que ella le dejó al besarlo y el destello de sus ojos de gata al decirle que le quería. Tenía presente la tonalidad de las pupilas de Alicia y la sonrisa inocente de Sergio al preguntarle si iría con ellos. Mario le aconsejó que cogiera un abrigo porque en la Argentina, en el otro lado del mundo, estaba a punto de empezar el invierno. No había querido pensar más en todo ello. Había sido incapaz de pensar mientras sucedía y fue incapaz de pensar después, cuando ya había sucedido.

Sampedro y sus declaraciones monopolizaban las portadas de los periódicos españoles, franceses e italianos. De forma escueta resumían de forma más o menos sensacionalista la noticia. Mario fue hojeándolos con impaciencia:

Sampedro destapa el escándalo del tráfico de residuos tóxicos en el que estaban implicados importantes cargos políticos y financieros españoles.

Laboratorios Losón en el ojo del huracán del tráfico de residuos. Basilea pedirá responsabilidades a las autoridades españolas.

África, vertedero de Europa. Organizaciones no gubernamentales se suman a la denuncia de Sampedro y exigen el esclarecimiento del tráfico ilegal de residuos tóxicos.

Sampedro pide responsabilidades criminales para los causantes de las muertes de Ouarz.

Darío Cartes se amparaba en la inviolabilidad de la Banca suiza y la legislación gibraltareña para ocultar sus actividades delictivas.

La ética de la industria farmacéutica cuestionada. Las argucias para enriquecerse a costa de la pobreza.

Más de 5000 barriles de contenido altamente tóxico fueron intervenidos en el puerto de Barcelona a punto de ser exportados a Noadheb como ayuda humanitaria.

En las crónicas de las páginas centrales se detallaban los documentos aportados por Sampedro y se resaltaba la importancia del escándalo. Rominger, propietario de la empresa Lugano y conocido traficante de armas en la costa atlántica africana, Paco Losón hijo, heredero de un imperio familiar y vinculado a la *jet* local, y Darío Cartes, subdirector de sanidad y prestigioso médico cuya fortuna estaba celosamente guardada en Suiza, eran los nombres que encabezaban los titulares.

No hablaban de Tomás ni de su muerte, pero ahí estaban esos documentos a los que dedicó sus energías durante los últimos meses de su vida. Mario se entristeció por el olvido de Tomás y su sacrificio anónimo. Él y no Sampedro se merecía ocupar los titulares de portada y el nombre de Millán hubiera debido ser regalado a la posteridad como alegato de la honradez. Tomás no fue ningún mártir y seguramente no estaba dispuesto a morir aunque le disgustase cumplir cuarenta y seis años, estuviese sin trabajo y no tuviese a ninguna mujer a quien abrazar por las noches. Tomás no había dado su vida por un ideal, pero había sido honrado y hasta cierto punto valiente.

El azar era imprevisible y disponía cosas tan absurdas como la muerte de Tomás, el viaje de Alicia y la presencia de Mario en esa Dublín devastada por las aguas, esperando enfrentarse a la verdad de la mujer que amó.

El teléfono sonó una vez, dos, y a la tercera Mario levantó el auricular y contestó educadamente en inglés. Le respondió una voz masculina que le dictó el nombre de un pub, «Flannery's», y una dirección, «Temple Bar, 44». Le indicó que estuviese en la única mesa que había junto a la ventana a las siete horas y treinta minutos de la

tarde. Ángel acudiría a su cita y se sentaría junto a él.

Todavía faltaban cinco horas para ese encuentro y Mario decidió que lo mejor que podía hacer era acercarse a la bahía y empaparse de salitre para refrescar su nerviosismo y enfriar su impaciencia.

Pidió una pinta de cerveza negra y tuvo que esperar un rato hasta que la mesa que le habían indicado quedó libre. Se sentó inmediatamente a ella y consultó su reloj. Faltaban unos minutos para la hora convenida. El local estaba bastante concurrido esa tarde de jueves marcado por la crecida del Liffey. En Dublín, como en el pueblo de Mario, como en casi todas partes, la taberna era el lugar más indicado para ahogar las penas y combatirlas alegremente con la ayuda de unas copas.

«*Crabb a mule by the neck*», rezaba en letras mayúsculas uno de los posavasos de su mesa. Significaba algo así como «agarra a la mula por el cuello». No comprendió su sentido hasta que se fijó en la marca de la botella de vodka que había en la barra. «Mule.» Se rió de la ocurrencia y no reparó en esa figura silenciosa que se acercó por su espalda, amparándose en las sombras, bordeó su silla y se sentó frente a él. Cuando Mario levantó la vista del posavasos creyó que todo era un sueño.

La silueta de Ana, envuelta en una gabardina marrón, se difuminaba entre las brumas de los cigarrillos. El óvalo dulce de su cara y sus ojos melosos eran tal y como los había soñado. Esa imagen etérea era la réplica exacta de la Ana que perseguía en sus pesadillas y que se desvanecía cada vez que abría los ojos. Quiso extender su mano para tocarla y cerciorarse de que era real, pero le faltó el valor.

—Estabas esperando a Ángel. ¿No es así?

Descubrió que había olvidado el timbre de su voz.

—Me dijeron que Ángel tenía noticias tuyas y no creí que fuera cierto.

Ana se secó el cabello húmedo con un pañuelo. Era rubio.

—Yo soy Ángel.

Mario se la quedó mirando. Le pareció que contemplaba su fotografía, esa fotografía arrugada que le regaló Carlos.

—Tantas mentiras...

—Quise explicártelo todo muchas veces, pero no sabía cómo.

Mario acercó su mano para tectar el cabello ceniciento de Ana, pero la retiró y en su lugar asió la jarra de cerveza.

—Nadie sabía nada de ti... ni Carlos, ni Svent...

Ana esbozó una sonrisa triste.

—Eso siempre es lo más difícil. Dejar atrás a los amigos.

—Svent se hubiera conformado con una despedida. Dudaba de ti.

Ana se llevó la mano a la frente para ahuyentar el cansancio.

—¿Y tú? ¿Dudaste?

Mario hurgó en su recuerdo hasta que volvió a dolerle.

—Te amaba y todos te acusaban de haber traicionado a Benedetto.

Ana suspiró.

—Fue Halile. Me acusó indirectamente por no denunciarme.

Mario recordó los detalles de aquella noche.

—Detuvieron a todos los militantes excepto a ti.

Ana afirmó.

—Halile creía que yo me entendía con Darío, por eso tuvo miedo de ir demasiado lejos y ganarse la enemistad de Darío.

Mario no acababa de comprender.

—Pero... si tú no te acostabas con Darío... entonces...

Ana movió la cabeza interpretando las dudas de Mario.

—No tengo ese tipo de escrúpulos si es lo que quieres saber. Lo hubiera hecho si me lo hubiera pedido.

—Pero no lo hiciste.

—Darío nunca se interesó por mí. Me costó mucho ganarme su confianza. De hecho, la confusión que creó Halile fue providencial...

Mario iba lento en sus deducciones.

—¿Querías ganarte la confianza de Darío?

Ana, con un ademán enérgico, pidió una cerveza al muchacho que servía las mesas. Mario supuso que dirigía las McLoppainer con la misma rotundidad.

—Andábamos detrás del asunto de los residuos. Benedetto me había propuesto que me trasladase a Barcelona para trabajar codo a codo con Darío hasta destaparlo todo.

Mario, incrédulo, la miró interrogante.

—¿Y le hiciste creer a Darío que habías metido a Benedetto en la cárcel y que las McLoppainer iban a por ti? ¿Por eso te dio trabajo en el Luis Ventura y te recomendó tan efusivamente?

Ana sorbió delicadamente la cerveza.

—Decidí seguirle el juego a Halile. La detención de Benedetto fue un golpe muy duro, pero él mismo, a través de un contacto, me deseó suerte.

Mario comenzó a comprender.

—O sea, que eras un topo. Hiciste creer a los mismos militantes de la organización que habías dado el soplo de Benedetto. Lo hiciste para que Darío te protegiese.

—Exactamente.

Mario se señaló con sarcasmo.

—Te lo puse difícil en el Luis Ventura. Nada más conocernos te hablé mal de Darío.

Ana sonrió nostálgica.

—Fuiste un estorbo. Las noches se me hacían largas y no tenía ningún amigo, ninguna amiga. Sólo estabas tú...

—¿Te fijaste en mí desde un principio?

Ana asintió.

—Pero no podía arriesgarme.

Mario se sintió estafado.

—¿Por motivos de seguridad? ¿Sólo por eso?

Ana admitió sus razones.

—No podía enamorarme. Sabía que en cualquier momento me llegaría la orden de desaparecer.

—Como con Carlos.

Ana negó con la cabeza.

—No, con Carlos nunca tuve miedo.

Mario sintió una punzada.

—¿Miedo de qué?

Ana esbozó un gesto vago con las manos. Fue un gesto grácil como el vuelo de una paloma. Mario fue recomponiendo los titubeos de Ana, sus complicidades con Darío, sus silencios, su mirada huidiza. Todo era cierto. Le deseaba y le evitaba.

—Déjame que acabe de explicártelo todo.

Mario asintió. Aún le quedaban muchas incógnitas por resolver. Demasiadas.

—¿Y Tomás?

La mirada de Ana se ensombreció y Mario creyó que no contestaría a esa pregunta, la misma que le hiciese tantas veces.

—Tomás se me adelantó. Yo ya sabía que militaba en la organización desde hacía poco, pero no podía ni imaginarme que hubiese emprendido esa investigación por cuenta propia.

—¿Cuándo lo supiste?

Ana se mordió el labio.

—Fuiste tú quien me avisó el mismo día en que murió.

Mario advirtió que Ana perdía pie, que sus manos acariciaban la jarra de cerveza con un ligero, ligerísimo temblor.

—Si no quieres recordar lo que sucedió...

Ana se quitó su anillo y jugueteó con él.

—Tomás iba a desconvocar la rueda de prensa. Lo convencí y me dio los documentos.

Mario balbuceó:

—O sea que su muerte...

Ana afirmó.

—Fue un sacrificio inútil y dependió de unos minutos. Si no le hubiese entretenido en la cafetería...

Mario chasqueó la lengua. Siempre había un condicional.

—No hay más culpables que los que dispararon.

Ana negó.

—Quise morirme. Tenía que haber muerto yo en su lugar. Fue un error.

Mario comprendió su miedo irracional, su pánico a salir a la calle, sus llantos.

Ana lo confirmó.

—Me hundí.

Mario se conmovió y lamentó no haber podido ayudarla. Ana interpretó sus pensamientos.

—Me ayudaste mucho.

Mario rectificó con amargura:

—Te quería. Te quise con toda mi alma.

Ana bajó los ojos. Dejó resbalar el anillo de su dedo y lo hizo rodar como una peonza sobre la mesa. Se le escapó un murmullo:

—Yo también.

Mario detuvo el baile del anillo aprisionándolo bajo su mano izquierda. Ana levantó la vista y chocó con su mirada acusatoria.

—Pero te fuiste sin decirme nada.

Le tembló la barbilla al responder:

—No podía esconderme siempre. Los dos lo sabíamos.

Mario lo sabía y sabía que Ana le llamó a su lado porque le quería y cedió a su debilidad.

Ana calló y suspiró. Ya no era un sueño y Mario se asombró de que hubiera desaparecido la angustia. Ya no le atenazaba aquella opresión que le ahogaba cuando el fantasma de Ana le visitaba en sus pesadillas. Ana estaba sentada a su misma mesa, era una mujer de carne y hueso que le miraba con una franqueza desconocida tras la que no se ocultaba ningún secreto. Ana se había liberado de ese halo de misterio que la acompañaba siempre. Podía mirarla a los ojos sin inquietarse y sin sufrir por esas palabras no pronunciadas ni por esos pensamientos recónditos que le estaban vedados. Lo sabía todo de ella. Ana era transparente, cristalina, era una mujer con un pasado, con unos motivos, unas razones y unos problemas que no compartió con él. Y sin embargo añoró a la Ana que se ocultaba en las sombras como una gacela asustada y esquivaba sus preguntas —distrayéndolas con el gesto de su mano retirando el mechón rebelde de su cabello— y desviaba su mirada de la suya y la posaba muy lejos, allá donde él no podría acceder jamás. Él amó a otra Ana, a la muchacha escurridiza que se escabullía de sus brazos y que no podía retener. Él amó la fragilidad de su amor y se enamoró de su miedo y de su silencio. En realidad le enamoró el juego de Ana. Esa imagen que no era más que una simple apariencia. Esa dimensión poliédrica con sus mil caras para imaginarla a su gusto y amarla a su conveniencia como a esa fotografía que llevó con él tanto tiempo o a ese fantasma que le visitó tantas noches. Ana era una ficción y por eso no le decepcionó jamás. Inventó a Ana y se enamoró de su secreto.

Acercó su mano y rozó la mano de Ana para colocarle su anillo. Era de carne y hueso y su contacto no encendió su deseo. Acarició su rostro con ternura y supo que

ya no suspiraría por su beso ni le atormentaría en sus sueños. Ana dejaría de perseguirle porque esa mujer que estaba sentada en un pub de Dublín con una jarra de cerveza negra ante ella y que le miraba a través del humo de los cigarrillos formaba parte de su pasado. Ya no cometería ninguna locura por ella. Ana había dejado de ser una obsesión para convertirse en un recuerdo.

—¿Por qué me pedisteis que consiguiese los papeles de Tomás si ya los teníais?

Ana retiró su mano lentamente.

—Estábamos seguros de que Alicia había denunciado a Tomás. Fue por eso.

Mario asintió. Lo sospechaba, sospechaba que esos papeles no eran tan importantes como le dijeron. De otra forma los hubieran intervenido mucho antes. Pero gracias a esa sospecha conoció a Alicia y la amó. Ana se había puesto en pie y había retirado su silla. Le hizo un ademán con la mano y le susurró:

—Buena suerte.

Se dirigió hacia la puerta sin girar la cabeza ni una sola vez. Miraba adelante y seguramente fuese una argucia para no dejarse vencer por la nostalgia. Ana le había querido y por eso se permitió la flaqueza de verlo y conversar con él y mirar atrás con él, en su compañía, durante esos breves instantes que se concedió. Pero su tiempo se había acabado y volvía a ser Ángel y Ángel miraba al frente con determinación. Se alejó de él sin ceder al impulso de torcer el gesto y sonreírle. Abrió la puerta, se subió el cuello de la gabardina y continuó adelante levantando la cara para que la lluvia resbalase por sus mejillas y se llevase con ella su tristeza. Ana se zambulló bajo la lluvia y desapareció.

Mario viajaba con tan sólo una maleta, una maleta ligera como la que perdió en Noadheb. Llevaba un poco de ropa de verano, un cepillo de dientes gastado y un libro que había leído durante su vuelo hada Dublín. Todo era prescindible. Como su billete de regreso a la Península. En el bolsillo de su pantalón abultaban las llaves de su apartamento y por primera vez reparó en que le molestaban. Las llaves siempre le habían parecido un engorro. Miró a su alrededor y disimuladamente abandonó su maleta junto a un mostrador de Air Europe y, sin dudarlo, lanzó sus llaves y su billete de regreso a una papelería. Se sintió liberado y continuó adelante, sin arredrarse por el bullicio ni por la multitud, teniendo más y más claro adonde deseaba ir.

Dirigía sus pasos al sur, hada el frío, hada el dibujo del cuento de Sergio donde las casas tenían tejados, los tejados chimeneas humeantes y en las lomas de las colinas resplandecía la nieve. Donde cada primavera llegaban las flores. Donde las golondrinas habitaban el tiempo de espera hasta el regreso del frío. Caminaba en busca del invierno, de ese invierno que Ana le negó.